



A TRES  
PASOS  
DE LUNA

BEATRIZ CACERES

# *A TRES PASOS DE LUNA*

Beatriz Cáceres

Autor: Beatriz Cáceres. ([beatrizcacerescandea@gmail.com](mailto:beatrizcacerescandea@gmail.com))

Portada: Sol Taylor. ([soltaylor.rdl@gmail.com](mailto:soltaylor.rdl@gmail.com))

Imágenes tomadas de: <http://pixabay.com>

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación al sistema informático, ni transmisión en cualquier forma o formato o en cualquier medio, sea electrónico, por fotocopia, por grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

A mi madre.

Cada día doy las gracias  
porque fueras tú.

A Santa Pola,  
arena, sal y brisa.

## *PRÓLOGO*

No me dejes morir.  
Aunque no quieras reconocerme, soy tu verdad.

Beatriz Cáceres.

–Pero, ¿qué es lo que he hecho? –Apenas logro formularme la pregunta mientras soy totalmente incapaz de centrar la mirada sobre mi mano. No creo que sea el momento idóneo para mostrar debilidad. Aun así, parpadeo sin cesar en un intento de alejar de mí esa visión horripilante con desesperación. A pesar de que mi enojo crece por momentos por mi absurda reacción, no puedo más que comprobar que mis ojos actúan en contra de mi voluntad y efectúan un recorrido angustioso y errático sobre ella. Estoy totalmente dominado por el pánico y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para poder visualizarla en esta asfixiante penumbra. No puedo evitar que la sangre se deslice, todavía caliente, entre mis dedos. Ni tampoco sentir como cae, gota a gota, en dirección a este suelo de hierro repleto de pequeñas rendijas por la que parece querer huir a pesar de su viscosidad para terminar de mortificarme.

Menos mal que este angosto pasillo está lleno de recovecos y es una circunstancia que no deja de estar marcada por su propia ironía. Siempre suelo quejarme por las trabas que puede encontrar una persona tan corpulenta como yo para poder pasar, a pesar de que no puedo dejar de reconocer su utilidad. Ya que me sirven para apoyarme en este momento de angustia en el que mi respiración agitada no ayuda en nada.

“¡Dios!”

“¡Me van a reventar los pulmones!”

“¡Qué dolor!”

Con cada inspiración siento como si una barra incandescente fuera capaz de atravesarme el pecho y, a la vez, me sacude la angustia porque los paneles laterales van acercándose cada vez más junto con el techo.

Se ciñe todo a mi alrededor.

El espacio se reduce.

Pausadamente, despacio y lentamente.

“¡Se va estrechando en una espiral sin control!”

“¡Me ahogo!”

“¡Debe de ser lo más parecido a lo que percibe una persona que se la entierra viva!”

Ante mis ojos, y para mi desesperación, se estrechan vertiginosamente hasta convertirse en un embudo minúsculo y angosto en el que estoy atrapado.

“¡No me muevo!”

“¡No puedo!”

“¡Estoy bloqueado!”

–¡Tengo que conseguir tranquilizarme! –lo digo en voz alta y sin darme cuenta. No encuentro la forma de lograr frenar a mi corazón, que ha decidido ignorarme y cabalgar desbocado en el interior de mi pecho desde hace un rato. Lo que produce una respuesta exagerada de mi organismo y consigue activar su mecanismo de defensa, es decir, decide sudar copiosamente a través de cada uno de sus poros. Expulsando la adrenalina en forma de gotas de angustia, de la misma forma que si fueran minúsculos géiseres.

“¡No puedo resistir el contacto del uniforme empapado sobre la piel! ¡Me provoca más sofocación!”

“¡Se me ponen los pelos de punta!”

“¡No hay quién lo pueda entender!”

Y no es difícil hacerlo, puesto que no hace más de diez minutos estaba tan feliz que hasta había logrado olvidar en qué lugar me encuentro.

“¡Mierda!”

“¡No puedo perder así los estribos!”

Un escalofrío me ha recorrido la espalda al apoyar la cabeza sobre los tubos que rodean todo el perímetro de los paneles laterales.

“¡No puedo respirar!”

Intento aspirar pequeñas bocanadas de aire en vano, aunque está viciado y parece pesar más que el plomo al entrar en mis pulmones.

“¡Dios!”

“¡Estoy desesperado!”

Alzo la vista esperando encontrar una salida en una estúpida e inútil búsqueda imaginaria. Esta sensación claustrofóbica me está arrastrando a un estado de pánico alarmante producido por mí misma ansiedad. Aunque resulta ser un gesto totalmente ineficaz, ya que no puedo dejar de sentir como todo se oscurece y que el techo se acerca más a mí, poco a poco; mientras respiro a trompicones. Cada vez está más cerca de mi cara y puedo visualizarlo rozando, prácticamente, la punta de mi nariz por momentos.

“¡El corazón se me para!”

“¡Qué angustia! ¡No!”

Cierro los ojos a la vez que, con un gran esfuerzo, intento aplacar mis latidos y respiro el aire con pequeños sorbos para conseguir controlar mi agitación, pero mi mente continúa atrapada en lo que acaba de suceder.

“¡¡Dios!!”

“¡Su boca!”

Su boca sobre la mía. La puedo sentir recorriendo mi interior suave y dulcemente con la calidez de su lengua. Hasta que gradualmente me dejo arrastrar en un arrebato más fuerte que la razón, a un ritmo más rápido al ser impulsado por un deseo intenso.

No existe nada más.

Nada.

Un calor profundo, igual que llamas insaciables, se adueña de mis entrañas y me empuja a aferrarme con fuerza. Me duelen los dedos al clavarlos sobre su espalda. Tan solo cedo por un instante para, a continuación, recorrerla con movimientos lentos. Centímetro a centímetro. Puedo sentir cada una de sus vértebras, una a una, bajo la presión de mis dedos de la misma forma que si estuvieran subiendo una escalera y sé perfectamente cuál es su final. Mi delirio.

Disperso mis manos y me detengo en la parte inferior de sus omoplatos que, debatiéndose en su propio frenesí, se asoman y esconden bajo mis caricias.

Soy incapaz de alejarme de la trampa de esos labios y me aferro a ellos con verdadera pasión; aunque mis manos prosiguen su trayectoria hasta detenerse en la línea de sus hombros.

“¡Qué piel tan suave!”

No puedo evitar una sonrisa al recordar que, prácticamente, le he desgarrado la camiseta al quitársela de un tirón. Tiene la suavidad de un mar de seda, cálido y hermoso como la belleza de la juventud. En su interior esconde la promesa palpitante del comienzo, de ser ese lugar en donde nadie ha dejado su huella, de lo que se abre igual que un libro en blanco. Y sus páginas, ansiosas, esperan la llegada de las palabras cargadas de hambre por la vida.

Un suspiro de placer se me escapa a la altura de su cuello. Me estremezco. Mis manos siguen incansables recorriendo su piel sudorosa y, de nuevo, su boca.

Su boca.

No puedo pensar.

El deseo me llena por entero.

Entre pequeños gemidos, me ha abierto la chaqueta con dedos temblorosos por la emoción y ha desabrochado mi camisa botón tras botón

“¡Es tan joven!”

Este pensamiento todavía me hace desear más que no pare su roce. Recorre, beso tras beso, todo el contorno de mi pecho con avidez y cada uno, deja una pequeña huella de labios encendidos que como brasas traspasan mi piel dejándome sin aliento.

Sus manos se detienen en mi cinturón y contengo la respiración, cuando desabrocha el botón y se deslizan al suelo mis pantalones. Se arrodilla ante mí y me baja los calzoncillos con suavidad. Sus ojos azules se detienen en mi miembro y me da la sensación de que no es capaz de parpadear mientras lo observa por unos segundos.

Rodea la base con sus manos y se lo introduce en la boca.

Y, en ese momento, siento el poder de un rayo atravesándome por entero enloqueciendo a mis sentidos que, enfervorecidos, solo me permiten respirar a través de gemidos.

Le sujeto la cabeza.

Su lengua.

Su ardiente lengua, me recorre inicialmente despacio y con suavidad para, poco a poco, aumentar su velocidad y arrastrarme en mi propio frenesí. Cada vez me aferro a su cabeza con más fuerza y muerdo mis labios con desesperación para evitar que nos puedan oír.

Lo sujeto con tanta ansiedad que al estallar se retuerce intentando escapar, igual que si fuera un animal encerrado en su propia trampa y, a pesar de esto, no cedo la intensidad de mi agarre. Lo atrapo con todas mis fuerzas hasta que angustiado empieza a toser atragantado con mi semen.

Entonces, es cuando regreso a la realidad y cedo la presión.

Al hacerlo, cae hacia atrás por el impulso con los pantalones bajados.

—¡Estás loco! ¡Has podido matarme! —consigue decir entre tos y tos, intentando recuperar el aliento. Toda la sangre del cuerpo se le ha quedado atrapada en la cara y provoca que el azul de sus ojos resalte con la misma intensidad que dos gemas, dos piedras brillantes en la oscuridad que nos rodea. En vano, intenta recobrar la respiración con aspiraciones cortas y superficiales; pero parece una tarea inútil.

Algo que no es de extrañar al encontrarnos en el interior de un submarino y, para agravarlo un poco más si cabe, en el interior de su quilla justo al lado del fondo principal. Aunque están en marcha los motores de oxígeno no consiguen renovarlo totalmente, por eso el aire es espeso y asfixiante. Entra en los pulmones con el peso de una losa. Aun así, no me explico la actitud del Capitán al permitir que fume la tripulación. Para mí, sin duda, es una señal inequívoca de debilidad.

La disciplina es primordial.

De todas formas, no se me ocurrió otro sitio arrastrado por mi desesperación, por encontrar un lugar apartado en el que pudiera tener un momento de intimidad. Un deseo imposible dentro de las dimensiones de un submarino, pero la necesidad es la necesidad.

Cuando embarcamos en el puerto de *Wilhelmshaven*<sup>[1]</sup> y lo vi por primera vez, supe que iba a ser mío.

Mientras que el Capitán daba el discurso sobre la cubierta del submarino ante toda la tripulación, no conseguía apartar la mirada de él. Me resultaba excepcionalmente guapo y eso que, por una vez, me pareció que el Comandante se expresaba con la coherencia que debe tener su rango:

—Ante todo, en la mente debemos tener una idea rotundamente clara y que no nos puede dejar lugar a dudas ¡Somos verdaderos héroes alemanes! El deber de un soldado, cada amanecer, no es otro que asegurarse de vestir el uniforme y defender a la patria. Hoy nos enfrentamos a un momento histórico en el que nuestra patria, Alemania, juega un papel muy importante. Son tiempos de hacer acopio de todo el valor del que dispongamos, para mostrarle a nuestra tierra el verdadero amor que le profesamos. Se nos exige mucho y no es para menos ya que ella nos lo ha brindado todo. Por nuestros antepasados, por las generaciones futuras y por una Alemania grande. —¡¡¡Sangre y honor!!! —y tras decir esto, dio el orden para que todo el mundo se incorporara a su puesto, al sonaban los acordes de *Alter Kamaradem*<sup>[2]</sup> interpretados por una pequeña banda militar. Entonces, permanecí un instante observando al pequeño grupo de familiares que agitaban sus pañuelos entre lágrimas y nos decían adiós con sus vítores de ánimo. Mezclados entre ellos se encontraba mi propia familia, mi mujer y mis hijos. Este detalle en concreto, me dejó frío. A estas alturas, estaba convencido de que lo que realmente les importaba era el éxito de nuestra misión. El aspecto primordial del asunto es que a ninguno le interesaba realmente saber de qué se trataba, siempre y cuando supusiera una victoria para nuestra *Alemania*.

“¡Qué más daba si fallecía en el transcurso de la misma!”

“¡Madre mía!”

Este condenado no para de toser y nos van a descubrir. A veces, me cuestiono la supremacía de la raza aria. Cada vez las mujeres alemanas paren hijos más débiles y esto es algo inconcebible. Es un insulto a mi Führer<sup>[3]</sup>.

—No vuelvas a tutearme al dirigirte a mí. —Mi forma de hablar es cortante y adecuada a mi rango. Soy el 2º Oficial de a bordo. Mis palabras suenan todavía más elocuentes al colocarme el uniforme totalmente ajustado y en su sitio, mientras que él permanece en el suelo con los pantalones bajados todavía.

—¿¡Qué!? ¿¡Por qué me hablas así!? Acabo de tener tu polla en mi boca ¿Cómo eres capaz de tener esa frialdad? —contesta con voz lastimera y suspiro con cansancio. A veces tengo la misma sensación que un predicador en el desierto. Me repugnan las personas que no encuentran trabas para demostrar su propia debilidad.

—¡Cállate! ¡Es una orden! Nada de esto ha ocurrido. ¿¡Entendido!?! —Mi ira crece por momentos.

“¿Qué se ha creído el imbécil?”

—¡Eres tú el que no me va a tratar así! ¡Te aseguro que se va a enterar todo el mundo! Todos van a saber la clase de persona que eres. Un viejo y además maricón, ja, ja, ja. ¡Eres patético! —no deja de reír, cada vez más y más fuerte. —A nuestro Führer le va a encantar saber que uno de sus idolatrados Oficiales no es más que un despojo humano. Una moneda falsa del *Reich*<sup>[4]</sup>.

No lo dejo terminar de hablar.

Me abalanzo sobre él con un poseso. Siento tanta furia que hasta me taponan los oídos. Lo agarro con fuerza por el cuello con ambas manos y aprieto, retorciéndolo cada vez con más ahínco. Me mantengo firme, sentado sobre su estómago y sin dejar de apretar. Él patatea, intentando tirarme a pesar de que soy más alto y más grande. Cada vez se agita con más fuerza y a la vez intenta que le suelte el cuello agarrándome las manos con desesperación. Me clava las uñas para arañarme, pero no cedo mi presión. Al cabo de unos minutos, su tez se ha vuelto violácea y sus ojos, erráticos, se ponen en blanco y va perdiendo fuerza hasta que me suelta. La vida se le escapa, por momentos y aprovecho para coger un trozo de metal del suelo y clavárselo en el cuello. Una, tres, cinco veces. Clavo y clavo, enloquecido. Sus heridas expulsan la sangre por los agujeros de la piel como si fueran diminutos aspersores, sin que nada pueda detenerla. De repente, hay algo en mi mente que me hace parar la espiral de violencia. Sin duda debe de ser ese pequeño resquicio de humanidad que todos llevamos dentro.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —Observo mis manos, que están chorreando sangre totalmente incrédulo.

—Calma. Calma. Eres un oficial. Tienes que tranquilizarte y pensar —no puedo dejar de susurrar, al mismo tiempo que camino de un lado para otro por el angosto pasillo. Lo peor es que tomo conciencia de que estoy en pleno centro de un laberinto lleno de corredores igual que ese. Estrechos, oscuros y totalmente abarrotados, tanto de material militar como de suministros y cables, una madeja de cables interminable. Me angustia pensar que, aunque salga de aquí, será para hacerlo a otro igual o peor.

El sudor por el esfuerzo me ha calado de tal forma que llevo la chaqueta totalmente empapada y se desliza a raudales desde la cabeza hacia mi rostro. Las cejas no pueden impedir su paso, desbordadas. Se cuela hasta por los ojos y me escuecen. Arden como brasas dentro de mis cuencas. Un nudo de angustia me llena el pecho y es justo, en este momento, cuando me he apoyado en este panel por la falta de oxígeno. Todo empieza a darme vueltas.

“¡No debo desmayarme!”

“¡Esto no puede salir a la luz!” Es una vergüenza para mi familia y supone represalias que pueden llevarlos hasta la muerte. “¿Acaso he perdido la cabeza?” Merecía morir por estúpido; pero no aquí y de esta manera. “¡Si estuviera en un burdel, como siempre! Vamos piensa, piensa... ¿Y mi mujer? ¿Y mis hijos?” No quiero



imaginar lo que les puede llegar a pasar si esto sale a relucir. El Führer, mi Führer, no va a mostrar piedad y será implacable con ellos.

En cuanto se haga público no va a dudar en aplicarme con todo el rigor de su ley, el artículo nº 175.<sup>[5]</sup>

Nunca había pensado que podría echar de menos los tiempos de la *Weimar*.<sup>[6]</sup> En los que, aun existiendo este deplorable artículo, podíamos vivir con aparente permisividad nuestras tendencias y lo hacíamos disfrutando en nuestros propios locales de alterne, sin que nadie frenara nuestra lujuria.

Soy nazi de corazón y adoré, hasta los límites de la realidad que mi Führer, en un principio, fuera permisivo mientras que actuásemos con discreción; aun cuando el partido se mostrara totalmente contrario. Un hecho que una persona como yo tiene que agradecerse al todopoderoso Himmler.<sup>[7]</sup> Gracias a él, y a su insaciable sed homofóbica, han podido producirse hechos tan salvajemente ignominiosos como la *Operación Colibrí*,<sup>[8]</sup> en la ya tristemente famosa *Noche de los Cuchillos Largos*, en la que de un plumazo fueron abatidos personajes tan importantes para nuestra causa como Röhm<sup>[9]</sup>. Por todo el *Reich* no han parado de correr los comentarios, porque no era un secreto para nadie que Röhm era homosexual y gracias a eso nos sentíamos amparados.

Se le consideraba uno de los intocables por ser el jefe de *Los camisas pardas*.<sup>[10]</sup> hasta que cometió el peor de los errores. Por desgracia, se llegó a creer que estaba por encima del mismísimo Führer. Actitud que le costó la vida.

Por otro lado, no debo olvidar el tema de mis padres. Pertenece a la aristocracia nacionalsocialista y les va a resultar imposible poder afrontar la realidad de tener que vivir la caída de su mundo.

He pasado toda mi vida intentando ocultar mi verdadera naturaleza y si mi mujer, al darse cuenta de mi problema, ha sido comprensiva conmigo motivada por todo el amor que siente por mí, no puedo tolerar que un polvo sin importancia con un desgraciado lo tire todo por la borda. Ingrid jamás ha puesto inconvenientes en nuestra vida sexual, mientras le diera hijos. Ella cree ciegamente en el papel de la mujer dentro del matrimonio que dicta la doctrina hitleriana. Basado firmemente en poder desempeñar al máximo el cometido de ser esposa y madre abnegada.

Y siempre antes de que yo realizase su deseo, se ha esforzado por hacerme feliz; aunque le exigiera posturas inverosímiles y tuviera que lidiar con que, por mi parte, estuviera sumido prácticamente en un coma etílico para poder acostarme con ella. Ya que en ocasiones, promovido por la angustia a la que me sometía el momento, he sido capaz de explotar con una violencia inusual. Hecho que lamento profundamente. Sobre todo en las que con mis arrebatos casi he podido llegar a matarla. Nunca debo olvidar que, ante todo, es la madre de mis hijos. Llegado a este punto, tengo que añadir que solo pensar en el sexo de la mujer, en su textura y en su olor, me estremezco. La sensación de asco es tan brutal que no puedo controlar las arcadas.

Sé que al casarme tapé muchas bocas que empezaban a hacerse oír sobre mi condición y, he intentado mantener mi doble vida lo más en secreto posible. La homosexualidad no tiene cabida en la ideología nazi, por eso, muy a mi pesar, tengo que reconocer que soy víctima de mi propia lujuria. Si hubiera pensado más en mis seis hijos no estaría en esta situación.

“¡No puedo aparecer ante sus ojos como un degenerado!”

“No tengo alternativa. Los quiero demasiado”

Inmerso en toda esa vorágine de pensamientos histéricos, mi mirada se fija en un punto determinado y rápidamente llego a una conclusión. Me levanto y camino decidido hasta llegar al lugar donde está el volante del fondo principal.

“¡Qué estúpido puedo llegar a ser!”

“¡Cómo no se me ha ocurrido antes!”

La solución es morir en acto de servicio con todos los honores.

“¡Qué inútil soy!”

“¡Ha estado todo el tiempo delante de mis ojos!”

Solo tengo que girar el volante y todo habrá terminado en cinco minutos. Abrir el fondo principal significa hundir la nave y es tan fácil como darle vueltas a la llave que, en términos náuticos, se llama volante.

En este momento es de noche y el submarino está en la superficie. La tripulación aprovecha la oscuridad para darse un baño mientras en el Puente se mantienen los del turno de guardia. Me imagino que el Capitán descansará en su camarote y el Oficial de Radio estará sin moverse de su puesto a la expectativa de algún sonido.

“¡Sí, es ahora o nunca!”

No voy a ser juzgado por esto. Estamos en guerra. Un soldado siempre lo está.

“¡Qué más me da que vayan a morir cuarenta y dos personas conmigo!”

No me importa. No siento ningún respeto por la vida humana y, si tengo que ponerlo en la balanza, no existe ninguna alternativa. Salvaguardar mi buen nombre y la posibilidad de que mi familia todavía reciba honores, bien merece este precio.

Sujeto el volante con ambas manos con decisión e intento hacerlo rodar mientras el sudor continúa recorriéndome el rostro y se apodera de mí una tranquilidad extraña. A pesar de ser un soldado, nunca me he planteado la muerte y, justo en este momento, viene a mi mente un párrafo de la biblia escrita por mi Führer, *El Mein Kampf*<sup>[11]</sup>:

<<Dios todopoderoso bendice nuestras armas cuando llegue el momento, sé justo, siempre lo has sido, juzga por ti mismo si hemos sido dignos de nuestra libertad. ¡Señor, bendice nuestra lucha!>>

—*¡Heil, Hitler!*—Hago el saludo con tanto fervor que me da la sensación que el brazo se sale de su sitio. No soy capaz de pensar en nada durante unos breves instantes. Tengo la mente en blanco al intentar girar el volante con todas mis fuerzas. A duras penas consigo que se desplace unos cinco centímetros al mismo tiempo que observo atónito cómo el agua empieza a entrar. Es cuando caigo en la cuenta de que va a ser más lento de lo que pensaba. A pesar de mis esfuerzos, me resulta del todo imposible abrirlo más.

“¡No hay marcha atrás!”

## *PRIMERA PARTE*

Nada nos puede asombrar más que nuestro propio descubrimiento. Ante ese espejo interior no existen las verdades a medias, ni tan siquiera la opción de poder ignorarlas.

Beatriz Cáceres.

Nueva Tabarca. (Alicante).  
España.  
6 de Diciembre de 1936.  
04:00 am.

Si existiera una pregunta que pudiera resumir el verdadero sentido de la vida, sin duda sería:

“¿Se puede hacer algo para cambiarla?”

Sinceramente, creo que no.

Se puede intentar una y otra vez sin descanso, pero ella se trenzará de la misma forma que una poderosa e infranqueable tela de araña. Forjada con un hilo invisible con la dureza del hierro a la vez. Se mantendrá firme y no recapitulará, al tratarse del hilo capaz de forjar nuestro destino y darle la pauta a nuestra vida.

Mi vida hasta ahora se puede resumir con una sola palabra. Mar.

El primero de los recuerdos me ubica en el mismo lugar en el que estoy en este momento, en esta cueva. *La cova del Llop Mar*<sup>[12]</sup>.

No tengo ninguna posesión salvo mi propia existencia. Siempre pienso que la pequeña porción de tierra que puede llegar a ocupar mis pies, no es más que un regalo precioso y único que me ofrece la naturaleza y que, por supuesto, devuelvo en el mismo instante en que avanzo o retrocedo.

Es el mar en su inmensidad, el que pulsa con la fuerza de mareas el ritmo de mis latidos. No puedo dejar pasar los días sin observarlo mientras permito que roce la punta de los dedos de mis pies con suaves caricias.

No existe el horizonte. No puedo entender la necesidad del ser humano por conocer los límites y su tendencia de necesitar acotar la sensación de su propia pequeñez, respecto a un mundo que no reconoce fronteras, ni banderas, ni religión ni guerras.

La naturaleza en sí misma es salvaje. Una cuestión en la que parece ser que queremos superarla.

No quiero pensar con tristeza. Tengo muy asumida la palabra muerte, lo que conlleva, y no me asusta. No pienso en ella de la misma forma en que podría hacerlo si se tratara de una liberación y tampoco como una extensión de la vida que ahora respiro. Soy puro instinto y, en él, no hay lugar para teologismos ni dudas existenciales. No espero de la vida nada y, en consecuencia, de la muerte tampoco. Y ya que quiero ser sincera, hasta hace unas horas tampoco creía en el amor.

No sé por qué pienso en todo esto. Bueno, sí lo sé. Estoy en uno de esos momentos que se consideran cruciales, en el que me acecha un enorme peligro y no puedo hacer otra cosa que esconderme. Lo que viene a por mí es tan grande que no dudo ni un segundo al pensar que la situación va a ser peligrosa. El problema es que vivo en una isla del Mediterráneo, Tabarca, y es un escollo en sí mismo. Es imposible desaparecer en una isla y, mucho menos, cuando se trata de una de pequeñas dimensiones. Realmente, no existe ningún lugar donde esconderse o simplemente desvanecerse.

Aunque, ahora que lo pienso, sería bastante curioso que mi vida terminara aquí, precisamente en el lugar en el que todo empezó. Más allá de ese pensamiento solo tengo imágenes borrosas y puntuales de mi vida hasta que llegué aquí.

De mi padre, mi verdadero padre, más que un recuerdo conservo una sensación. Visualizo unas manos ásperas y rudas con ese olor a mar que se incrusta en cada huella dactilar. Tras años y años de lucha por poder alimentarse a través de redes sumergidas y elevadas con esas mismas manos. No son manos que me transmitan calidez y ternura. Son manos frías y cortantes. Manos que no te llenan el alma.

Por el contrario, de mi madre no recuerdo nada. Mi mente la ha borrado totalmente, y no consigo encontrar una razón. Simplemente, no existe. Ni manos ni olor, ni tan siquiera el eco de una voz lejana, dulce y cariñosa.

Nada.

La primera vez que pisé esta cueva creo que tendría unos siete años, más o menos, y no lo hice sola.

Lo recuerdo perfectamente.

El atardecer creaba reflejos dorados sobre el techo y sus paredes húmedas. Me dio la sensación de no poder distinguir donde empezaba uno y acababa el otro.

Era una noche fría de finales de marzo. Algo extraño en esta zona, pues con los años he podido comprobar que el clima es demasiado cálido. Pero en ese momento, era la primera vez que pisaba este lugar y sentí el peso de la humedad como algo frío e inhóspito.

Mi pequeña hermana, Cara, se aferraba a mí bastante asustada, ya que mi padre había reducido la velocidad de la pequeña embarcación para poder entrar en el interior de la cueva. Llevábamos muchos días en el mar y esa era una circunstancia excepcional. De hecho, en la última fase del viaje, mi padre apagó el motor y soltó el velamen para que nos empujara la fuerza de la corriente; aunque supervisaba continuamente el mapa con la pequeña brújula para asegurarse de que manteníamos el rumbo.

Lo extraño es que en ese viaje mi madre no nos acompañaba y lo hicimos los tres solos. Cuando se cercioró que estábamos cerca de la isla encendió el motor y fue acercándose a la orilla rocosa para atracar con precaución.

Nos observó un instante antes de coger a mi hermana en brazos y de indicarme que bajara a tierra. Lo hice sin pensar, seguida por él. Nos condujo hasta el fondo de la cueva. Se arrodilló delante de nosotras y, sin variar el tono de voz, me pidió que cuidara de mi hermana porque no tardaría en volver. No podía llevarnos al ser un lugar peligroso. Nos comentó que otros pescadores le hablaron de un lugar en el que la pesca era muy abundante y le resultaba imposible hacerse cargo de nosotras. El invierno resultó ser más duro de lo que se recordaba. Y hasta yo misma lo noté, aun siendo una niña. En el pueblo en el que vivíamos, *Massara del Vallo*, que no era más que un pequeño puerto marinero situado al sur de Italia, el hambre hizo verdaderos estragos. Así que decidió arriesgarse e intentarlo en su desesperación.

Nada en su rostro me hizo sospechar. No hizo ningún gesto extraordinario que pudiera advertirme de cuáles eran sus intenciones reales.

Tras un corto abrazo; se marchó sin más.

Jamás lo he vuelto a ver.

No es difícil imaginar lo que sucedió a continuación. No recuerdo cuantos días pasaron, ni tan siquiera puedo evocar las horas en las que grité pidiendo auxilio hasta caer rendida.

No había comida. No había agua.

Mi pequeña Cara temblaba sin parar y yo, impotente, no podía hacer nada para evitarlo. Me quité la poca ropa que llevaba puesta para ponérsela a ella, pero ni aun así conseguí que dejara de hacerlo.

Y continué gritando hasta que mi voz se rompió.

Y Cara, un amanecer plomizo en el que las nubes parecen querer caerse del cielo, un amanecer en el que no sopla ni una pequeña brisa y el mar está tranquilo igual que si fuera una simple sábana, mi Cara, mi pequeña Cara, no se despertó.

La observé una eternidad.

Sus preciosos rizos rubios se le descolgaron sobre su carita y parecía dormir serenamente. Así que sin pensármelo, me tumbé junto a ella y la abracé.

Me despertaron la fuerza de unos brazos al cogerme. Asustada, me revolví pateando. Esos brazos eran los de Juan que me estaba salvando la vida. El pobre

hombre entró en la cueva para coger erizos y pescar lo que se dejara. Era un día de muy mala mar, por eso se quedó en tierra y esto propició que el azar quisiera este encuentro. Cuando entró en la cueva no se imaginaba con qué se iba a topa. De hecho, de lejos le dio la sensación de que el bulto que hacían nuestros cuerpos era otra cosa y casi pasa de largo. Aun así, algo lo detuvo y volvió a mirar con más atención.

“¡Menos mal que lo hizo!, si no, ¡no estaría ahora mismo contando mi historia!”

En ese momento, no era consciente de la situación y solo quería seguir durmiendo al lado de Cara. Juan ignoró mi absurda lucha, puesto que era demasiado evidente que no tenía nada que hacer. Estaba al borde de la inanición y terminé desmayándome por el esfuerzo.

Nunca he podido saber cuánto tiempo estuve ausente. No consigo recordarlo y tampoco quiero. Solo sé que un molesto rayo de sol fue el responsable de atraerme hacia la realidad cuando se coló por las rendijas de aquella pared hecha con tablones de madera. Me incorporé en el camastro sobre el que estaba tumbada y me tapé los ojos con la mano al molestarme.

Observé el habitáculo sin parpadear. Resultó que aquel camastro estaba adosado a una de las paredes de aquella habitación rectangular. El techo, también de tablones de madera, formaba un pico a dos aguas y en el rincón, todavía desprendían calor unos escasos rescoldos de lo que seguramente habría sido una pequeña hoguera y sobre ellos reposaba un perol oscuro y ennegrecido por el humo.

Justo delante de ella, vi lo que me pareció que era una silla que se movía y nunca había visto una con esa extraña forma curvada en las patas y como no fui capaz de identificarla, me encogí de hombros y llegué a la conclusión de que sería eso, una silla.

Me levanté despacio al ver que mis piernas no conseguían sostenerme y, entonces, me di cuenta de que estaba vestida. Aquella ropa no era mía y resultaba ser demasiado grande para mí. Con la inercia, se resbaló por mi cuerpo hasta rozar el suelo y me asusté por el mareo que me entró al agachar la cabeza, así que volví a apoyarme en el camastro.

Me impresionó el frío del suelo. Se trataba de una superficie de tierra prensada que permitía a la humedad entrar libremente impregnándolo todo y mis pies descalzos sintieron la fuerza de aquella tierra a través de mi propia piel. Tuve la sensación de que era su forma de expresarme que no debía sentir temor; aunque me pareciera fría e inhóspita. Aquella tierra era real y tangible. Instintivamente, cerré los ojos para poder percibir mejor su propia firmeza.

No me sentía capaz de llegar hasta la pequeña mesa que estaba en el centro, así que permanecí apoyada y sin moverme.

En ese momento, se abrió la puerta dejando entrar a bocajarro la luz del sol y me tapé la cara con las manos para evitar que me deslumbrara.

Juan me miró un instante.

Era un anciano o eso me pareció. Sus facciones estaban curtidas por el mar y la serenidad de su mirada, me transmitió la sensación de guardar una historia dormida y latente. Llevaba unos pantalones de una gruesa loneta azul marino atados a la cintura por una cuerda, una camisola parecida a la que me había puesto a mí y, en los pies, un calzado que desconocía por completo. Hasta que descubrí que se trataba de unas alpargatas de esparto que, por cierto, solo se ponía en los días fríos, porque el resto del tiempo caminaba descalzo.

Mientras que permanecía observándolo, se agachó delante de la hoguera y le añadió lo que parecían unas cáscaras de algo que en ese momento no reconocí. Más tarde he sabido que eran cáscaras de almendras junto con tallos secos de *posidonia*<sup>[13]</sup>. Una especie de alga marina que rodea todo el suelo marino de la isla.

Se inclinó sobre ellas y sopló suavemente hasta que, avivadas por su aliento, emergieron unas pequeñas llamas. Destapó el perol y con un cucharón le dio varias vueltas a su contenido.

—Debes de tener hambre —dijo, sin volverse para mirarme. —No te preocupes. Hoy hay sopa de pescado y te vendrá bien.

Me limité a seguir sin moverme. Mi instinto me decía que esa persona me hablaba, pero no conseguía oírle. De repente, me di cuenta de que no podía oír nada. La sensación de ausencia de sonido llenó por completo el vacío. Mi respiración se agitó como un resorte y, nerviosa, empecé a tomar aire más deprisa de lo que mis pulmones eran capaces de asimilar. “¿Por qué no soy capaz de oír?” Me preguntaba una y otra vez desesperada. El corazón cada vez me latía más fuerte, más rápido, prácticamente desbocado, y justo en ese momento, empecé a notar unas inmensas ganas de romper a llorar. Las lágrimas se agolparon queriendo salir todas a la vez y, de hecho, así fue. Surgieron imparables, sin contención —y aquí quiero puntualizar que esta simple reacción tan normal, para mí no lo fue. —No puedo decir si el motivo es que nací con esa condición.

La verdad es que nunca lloro.

Juan se levantó sosteniendo un pequeño cuenco humeante entre sus manos. Me observó durante un segundo antes de dejarlo sobre la esquina de la pequeña mesa más cercana a mí.

—Llora lo que necesites, pero luego tienes que comer —y se sentó en aquella silla extraña. Sacó de un bolsillo una pequeña pipa, que no llegó a encender, y se limitó a centrar su atención en la pequeña hoguera.

Lo miré mientras continuaba sin moverme de mi sitio y no fui capaz de dejar de llorar. “¿Qué es lo que voy a hacer? ¿Me he quedado sin voz y sin oído? ¿Cómo? ¿Por qué?” Las preguntas se sucedían una y otra vez en el interior de mi cabeza.

Existe una palabra que para mí tiene un valor incalculable y que no es difícil de entender. La palabra supervivencia. El hambre, que en ese momento era una bestia dándome dentelladas en el interior de mi barriga, fue lo que puso orden en las prioridades. Si no comía, me iba a morir y hambrienta cómo estaba, tampoco podía pensar. Así que me enjuagué las lágrimas con el borde de la camisola y con pasos titubeantes, que me hacían perder el equilibrio, conseguí llegar a ese trozo de madera dónde reposaba aquel tazón que olía tan bien.

Cuando tienes ese grado de necesidad resulta algo inútil esforzarte por comer con tranquilidad. Es imposible y, por pura desesperación, acabé por sostener el tazón inclinado sobre mi cara. Bebía con ansiedad, de la misma forma que si no existiera el mañana. La sensación de calidez de ese caldo recorriendo mi interior era maravillosa.

Muchas veces a lo largo de mi vida cuando he dado algún paseo, me he quedado absorta observando las pequeñas flores que a menudo crecen en los lugares más inesperados y, en ocasiones, me ha llamado la atención que entre esos tallos verdes y sanos haya encontrado uno de un color macerado como si la vida se hubiera negado a recorrerlo en su totalidad. Siempre, me ha gustado imaginar que al tocarlo se pudiera transformar su color y, de forma inesperada, su tono no pudiera ser más verde ni más radiante. Pues bien, esa fue la sensación que tuve al beber aquel caldo. Sentí a mi interior iluminarse ante la calidez de su recorrido.

Juan me miró pensativo y le devolví la mirada.

—Te voy a llamar Luna. Tienes los ojos del color de una noche sin ella.

Observé con atención como movía los labios mientras continuaba sin ser capaz de escuchar nada. Me asusté tanto que, después de dejar precipitadamente el tazón sobre la mesa, corrí hacia el camastro y me tapé hasta la cabeza.

—Aprenderás a no temerme. Voy a cuidarte Luna, tanto tú como yo somos dos almas solitarias —dijo esto y observó por un momento la única foto colgada en la pared. Una foto de su esposa, María.

Pasaron los días, las semanas, los años y Juan cumplió su promesa. Nunca dejó de cuidarme.

Tardé bastante en salir del cobijo de aquella cabaña. Juan nunca me exigió nada. Todo lo contrario. Tuvo mucha paciencia conmigo y esperó a que estuviera preparada y ese día llegó.

Sentí la llegada del amanecer a través de la rendija entre los tablones y, de pronto, me asaltó el impulso de salir al exterior. Al abrir la puerta, la claridad era tan arrolladora que tuve que cogerme de los laterales del desvencijado marco.

La cabaña estaba situada en el extremo más lejano de la isla donde no existía ningún otro tipo de construcción y, este detalle en particular, la convirtió en el epicentro de mi mundo. Para mí fue genial. Nos rodeaba todo un mar y, justo en el centro de esa pequeña porción de tierra, estaba ella.

Sali al exterior y no pude parar de correr a su alrededor. Di vueltas y más vueltas como si algo en mi interior me obligara a hacerlo. Hasta que me dejé caer entre la pequeña maleza con los brazos abiertos para observar entre jadeos el cielo. Se mostraba profundo e impenetrable. Ni una sola nube lo recorría. Era azul, de un azul tan intenso, que suspiré desbordada por él.

Juan, que había estado observando mi trayectoria desde un pequeño saliente rocoso, no pudo más que sonreír con la escena y ese fue un gesto que hasta más tarde no he comprendido lo especialmente extraordinario que es.

Realmente, no sonríe mucho.

Me levanté, caminé hacia él y me detuve a una distancia razonable. Juan sostenía entre las manos un cable transparente que se perdía bajo la superficie del agua. A su lado había un pequeño cubo de metal lleno hasta casi el borde y desde dónde estaba, alcancé a ver que algo se movía en su interior.

—Mira Luna, el mar. Aprenderás a amarlo, aunque te costará. Poco a poco entrará en ti y cuando te vayas a dar cuenta, te habrá devorado por completo. Sentirás que es capaz de correr por tus venas. La vana ilusión de nosotros los hombres no es otra que pensar que podemos doblegarlo, pero es una auténtica fuerza de la naturaleza que, cuando menos se espera, despierta para recordarnos que es un espíritu salvaje y libre —hablaba sin mirarme y observando aquella superficie acuosa sin dejar de demostrar la admiración que le profesaba. Mientras que por mi parte, tras meter un dedo en ella y comprobar que estaba helada, encogí los hombros.

Mirar aquella imagen no me decía nada.

Para mi sorpresa Juan me transmitió serenidad y por un instante tuve la sensación de que su voz entraba en mí como un eco lejano y tenue. Me senté sobre la misma roca que pisaban mis pies y permanecí todo el día observándolo pescar. A ratos hablaba, a ratos no. Me sentía feliz ya que al conseguir tranquilizarme lo podía oír mejor; aunque no entendiera sus palabras. Hablaba de forma distinta y por sus gestos supe a qué se refería más o menos. Darme cuenta de este hecho abrió una puerta en mi interior. Después de todo, no estaba completamente sorda.

Aunque no puedo negar lo evidente, debo reconocer que he tardado bastante en poder controlarlo. Sobre todo, teniendo en cuenta que no es fácil para mí dejar de asustarme y que el momento que me ha tocado vivir tampoco me acompaña.

De todas formas quiero especificar que en Tabarca se hablaba y se habla el tabarquín,<sup>[14]</sup> junto con el castellano y no hay que olvidar que yo provenía de un pueblo del sur de Italia. Aun así, no deja de ser chocante que me costara más el hecho de llegar a hablar, que el de entenderlo. La verdad es que me resultó muy fácil.

Regresamos a la cabaña después de permanecer todo el día pescando. En aquellos días se comía una vez al día, bueno, y en estos momentos también. Nuestra dieta se basaba principalmente en el caldo de pescado. Lo único que no digerimos de un pez es la espina. Juan siempre realizaba la misma maniobra, todas y cada una de las noches. Se trataba de un ritual que efectuaba sin saltarse ni una sola vez alguna de sus pautas. En primer lugar, avivaba la pequeña hoguera para, a continuación, cocinar el caldo en el perol.

Me sentaba en un rincón de la cabaña en el suelo y observaba hasta el más mínimo detalle mientras lo hacía. Primero sacaba el pescado del cubo y con una pequeña navaja lo destripaba, después de pasarle el filo por los costados para sacarle las escamas. A continuación, lo enjuagaba con el agua del cubo. Era evidente que disfrutaba explicándome sus nombres y cuáles entraban en sus preferencias, desde jureles, sargos, doradas, etc.

La lista era interminable.

La pequeña hoguera hacía también la función de iluminar. En Tabarca no había ni luz ni agua potable ni todavía la hay.

Esto último ha sido un verdadero problema para sus habitantes desde el principio de su historia. Durante años se ha convertido en un motivo de auténtica lucha y negociación con el Gobernador de Alicante.

El agua es, sin duda, el bien máspreciado desde siempre.

Tanto que su uso es única y exclusivamente para beber. Todo lo relativo a la limpieza se hace con agua del mar. Algo tan simple como fregar los cacharros, lavarse y, por supuesto, cocinar.

A pesar de resultar difícil imaginarlo, puedo asegurar que el cuerpo se acostumbra a beber, más o menos, cada día sobre la misma hora. Es la manera de reducir su consumo al máximo, por lo menos en tiempos de paz cuando lo único que te preocupa es eso. Resulta ser totalmente diferente en guerra, porque es imposible regular la necesidad cuando estás sometida a una tensión constante.

Puedo decir que el recuerdo de aquellos años guarda una relativa tranquilidad.

Juan supo cómo llevarme en todo momento. Durante el transcurso de aquel verano no fue a pescar a la *Almadraba* para no dejarme sola. Así que subsistimos de lo que pescaba diariamente a pie de orilla. La gente de Tabarca sobrevivía de ese tipo de pesca. Juan me ha explicado infinidad de veces en qué consiste y creo que al final ha conseguido hacérmelo entender.

—Luna es muy sencillo. Mira, te explico. En la *Almadraba* se realiza una pesca conjunta. Nosotros hemos sobrevivido siempre, desde mis antepasados hasta ahora, de la pesca del atún. Como ya te he contado en otras ocasiones, en otros tiempos vivía mucha más gente en la isla y este factor siempre ha dependido de la pesca. Ahora somos muchos menos, porque la *Almadraba* se encuentra en horas bajas. El número de habitantes siempre ha ido a su par.

—Ahora bien, te he dicho que es para pesca de atún, aunque también se captura cualquier tipo de pez migratorio de cierto tamaño, por ejemplo: melvas, albacoras, listados, bonitos y en menor número, los peces espada. Del atún lo aprovechamos todo, desde la piel hasta la espina. Para que me entiendas, es como si estuviéramos hablando del cerdo del que se aprovecha hasta el rabo. De hecho, lo consideramos *el cerdo marino*.

Bueno, tengo que ser sincera y confesar que aunque lo observaba con interés hasta este momento no había escuchado ni una sola palabra. Simplemente, me limitaba a asentir con gesto de muñeca. Mi mente estaba totalmente invadida por una imagen y no cabía nada más. Algo único y que no recordaba haber visto en mi vida: mariposas. Y mientras me evadía, Juan proseguía su explicación embargado por la emoción de enseñarme algo.

—La *Almadraba* se trata de un lugar cercado por redes donde la captura se hace de forma masiva, después de concentrarlos en él. Aquí en *Tabarca* está situada justo enfrente del islote de La Galera. Existen varios tipos de *Almadraba*: *de tiro*, *de monteleva*, *de buche* y *de sedal*. Esta última, se considera un arte menor como la *almadrabilla* y la *jábega* o *arte real*. Te cuento la nuestra, porque estoy viendo tu expresión y no creo que entiendas más si lo hago muy extenso.

Juan me sonreía, puesto que mi mueca no le dejaba dudas. No entendía nada y eso que me esforzaba para que no notara que el tema me aburría muchísimo. Esa es la verdad. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que mi cabeza no cayera sobre aquella mesa de puro sopor que me entraba escuchándole. Por su parte, continuaba hablando sin parar en el mismo tono monótono.

Hacía unos días que a la isla habían llegado, sorpresivamente, una pequeña colonia de mariposas. Hasta el mismo Juan me llegó a comentar que algo así no lo recordaban ni los habitantes más mayores. Seguramente una racha de levante las habría empujado desde el Cabo de Santa Pola hasta nuestra isla. Todos los niños se volvieron locos buscándolas sin resultado. Esto les sucedió al no ser tan observadores como yo. “¡Qué tontos!” Tan solo tenían que limitarse a vigilar sin prisa hasta captar a una de ellas para poderla seguir. Algo que para mí no resultó ser ningún problema puesto que, al carecer totalmente de noción del tiempo, era capaz de pasarme horas y horas observando hasta encontrar alguna pista. Una risilla maliciosa hacía ecos en mi interior cada vez que lo pensaba, porque gracias a eso las disfrutaba todo lo que me apetecía sin que me molestara nadie.

Mientras mi mente estaba en aquella gruta, os aseguro que la voz de Juan me llegaba lejana a pesar de mis esfuerzos por no evadirme.

—La nuestra es la de *copo* o *de buche* y se arma en pleno paso de los atunes en su migración. Se le suele llamar *de paso* y *de derecho* al cubrir las dos trayectorias, es decir, es un viaje de ida y vuelta. Antes incluso de montar toda la estructura, se abre una veda que prohíbe todo tipo de pesca a dos millas del calamento. Esto provoca conflictos al ser muy difícil controlar si realmente se cumple. Ya te he dicho muchas veces que en este mundo hay gente para todo.

Me sonreía al hablar y esperaba a que se la devolviera demostrándole así mi interés, pero yo no estaba allí. Mi mente decidía volar hacia el exterior y perderse en aquel mágico rincón en el que después de tener la paciencia del Santo Job, conseguí dar con ellas. Se trataba de una pequeña caverna en la que pude entrar precisamente por mi pequeño tamaño y delgadez. Aun así, me arañé un poco los brazos y las piernas con la pared rocosa de la entrada.

“¡Nada, que no me dejaba pensar! ¡No había forma! ¡No se callaba!”

Su voz era un runrún continuo.

Y seguía, seguía...

—Bien. La *Almadraba* no se trata de un sistema muy complicado. —Y para que yo lo entendiera mejor, a la vez que hablaba, me dibujaba sobre un papel cada sección que nombraba, con un trozo de cáscara carbonizada de nuestra pequeña hoguera. —Está formada por una parte fija o *cuadro* y unas redes móviles con las que se obliga a los atunes a entrar. Se fija a la tierra con la *rabera de dentro o de tierra*, que aquí en Tabarca está situada a una milla y fijada al islote de *La Galera*. Mar adentro se coloca otra red, la *rabera de fuera*, con la que se empuja a los peces a la boca del cuadro. Entonces, el atún choca con la rabera de tierra y sigue esa pared vertical de redes hasta desembocar en el cuadro y la boca de la *Almadraba*. Si por casualidad, aun así, intentara escapar se toparía con las redes llamadas *legítima y contralegítima*, cerrándoles el paso y haciéndolos regresar al interior del *cuadro*.

Mientras que yo continuaba a lo mío.

No os podéis imaginar qué sensación más increíble. Al entrar permanecía totalmente quieta, sin efectuar ningún tipo de movimiento y entonces... “¡Revoloteaban a mi alrededor!” El leve roce de sus alas parecían caricias. No les asustaba mi presencia y rozaban mi pelo, mis brazos, mis piernas, con verdadera curiosidad por un ser como yo. “¡Eran bellísimas!” En aquella caverna apenas entraba un rayo de luz y era suficiente para poder observar la belleza de sus alas. “¡Me parecían mágicas!”

“¡Buf!”

“¡Por Dios! ¡Qué rollo!”

—Ahora bien, tienes que saber que este tipo de pesca es bastante agresiva y peligrosa. Imagínate que grandes piezas de atún, que pueden llegar a pesar más de quinientos kilos, se amontonan en un sitio cerrado y reducido, después de pasar por las diferentes secciones en las que está dividido este *cuadro*: la *cámara*, el *buche* y el *bordonal* hasta *llegar al copo*, la zona final, donde hay redes de maya cada vez más tupidas en el fondo. Entonces, y solo entonces, el *arráz* que es el que decide cuándo es el momento adecuado, vamos el que manda... —y al llegar a este punto me guiñaba un ojo, pero no conseguía captar mi atención. Me sentía atrapada, porque por más que lo intentaba con desesperación, menos conseguía disimular los bostezos que a medias podía contener. Un sentimiento de culpa me ahogaba. Nunca he conseguido entender cuál era la necesidad de saber todo aquello. Si precisamente las mujeres no pescaban en la *Almadraba*. “¡Eso no había quién lo entendiera y empezaba a desesperarme!... ¡Me quiero ir! ¡Ya está! ¡Voy a fingir dolor de tripa! ¡Ay, no! Eso no me va a funcionar. Ya lo he hecho demasiadas veces ¡Uf! ¡Y sigue!” —... da la orden y desde los barcos que hemos ido colocándonos alrededor del *copo*, tiramos de las redes hacia arriba provocando que suban a la superficie todas las piezas a la vez. A esta maniobra la llamamos *la levantada* y es la parte más peligrosa sin dudar. Nos inclinamos tanto que prácticamente, tenemos el cuerpo fuera de la borda, mientras que con un gancho especial pasado por la muñeca o bicheros, aprovechamos la fuerza de los coletazos que dan los propios atunes intentando escapar para subirlos a bordo —hizo una pausa para tomar aire y se quedó observando con detenimiento el dibujo.

—Los *copejadores* se sitúan en tres de las embarcaciones que hay alrededor del *copo* preparados con sus *garfios*, *berres* o *cloques*, para que al pasar el atún por el lateral del barco, darles un golpe y subirlos a bordo. Normalmente son tres y su nombre depende de en qué lugar estén a lo largo de la parte superior de la borda, la *regala*: *atracadador*, *montador* y *arrachador*. El *atracadador* primero intercepta al atún con un fuerte golpe. El *montador*, lo auxilia con otro certero golpe en el cuerpo del atún, a la vez que empieza a levantarlo y el *arrachador* lo empuja sobre cubierta evitando un golpe de aleta para entonces rematarlo.

“¡Qué crueldad! Está claro que tenemos que comer... ¡Por Dios! ¿Es necesario que sepa todo esto? ¡Me quiero irrrrrrrrr! ¡Quiero ver a las mariposas! ¡Esto no hay quién lo aguante! ¡Uf!. ¡Cada vez me cuesta disimular más los bostezos! ¡Me va a pillar y me voy a quedar sin mariposas!”

“¡Que acabe ya por favor!”

—Aunque siempre intentamos que el animal sufra lo mínimo y, al que sigue vivo, se le remata sobre la borda con un mazo. Tengo que decirte que, lamentablemente, en alguna ocasión ha fallecido algún compañero al caer al agua en medio de todo el caos. Ese el caso del marido de Rosa.

“¡Un momento! ¡Porras!”

“¡Lo ha conseguido!”

Captó mi atención justo cuando ya me imaginaba soltando a todas las mariposas para disfrutar de su vuelo. En mi cabeza era genial el plan que se me ocurrió para sacarlas de la gruta. Sencillamente era perfecto. Juan me miró pues, a pesar de que son muy pocas las ocasiones en que expreso emociones, sabe perfectamente lo que me atemoriza. Siento pánico tan solo de imaginar la posibilidad de que le suceda algo.

“¡Eso sí que no! ¡No quiero ni pensarlo!”

Entonces, sonreía para liberar la tensión del momento y me decía que era de una pasta especial y que no lo tumbaba un levante. Ante lo que me limitaba a devolverle la sonrisa llena de temor y sin terminar de creérmelo mucho, la verdad.

Me gustaría decir que aquella fue la única vez que me habló del tema de la *Almadraba*, pero no es así. No ha parado de explicármelo una y otra vez durante todos estos años. Para él es fundamental que llegue a conocer lo máximo posible sobre el mundo que se desarrolla a mi alrededor.

“¡Buf! Y esto lo digo como un secreto. ¡No lo he escuchado ninguna de las veces! Para mí ha sido una especie de prueba de fuego a la que ha sometido mi paciencia. ¡Si supiera! ¿Cómo se le ocurre soltarle a una niña un rollo así?”

Está claro que yo no hablaba, eso es cierto. Pero no por eso dejaba de ser una niña. Lo único que quería era jugar.

“¡Ah! Y respecto a las mariposas, cuando por fin llegué a la gruta habían desaparecido y jamás las he vuelto a ver. ¡Jo! ¡Con lo fantástico e increíble que era mi plan!”

Bien, volviendo al tema...

Esta isla es una pequeña comunidad de unos cuarenta habitantes como mucho. Están unidos por una solidaridad infranqueable unos con otros. Vivir rodeados por todo un mar y con bastantes penurias, muchas más veces de lo que se desearía, crea un fuerte vínculo y esto hace que se ayuden unos a otros sin vacilar. No hay lugar para rencillas ni rencores. La necesidad es la que manda. Con esto quiero decir que se volcaron en cuanto supieron la noticia de mi existencia, dentro claro de las posibilidades del momento. Gracias a eso, la camiseta de Juan, que me servía de vestido, fue transformada en una batita muy fresca y con respecto a los zapatos, eso sí que era harina de otro costal, porque se ve que mi destino es caminar descalza.

El hecho de que viviéramos en la zona más al *este*, conseguía que me sintiera bien, ya que todos los demás habitantes vivían en la zona *oeste* de la isla en el interior de su plaza fortificada. Lo más cercano a nuestra cabaña era un pequeño faro. A continuación, y a cierta distancia, la casa de campo, con un pequeño huerto en el que intentaban cultivar trigo, avena, cebada, guisantes y garbanzos. También habían gallinas, conejos y varias vacas que eran las responsables de la poca leche de la disponíamos en la isla. Un poco más allá, existía una fortificación con muros de piedra ostionera, la torre de San José, que por suerte para mí, en ese momento, se encontraba deshabitada y prácticamente abandonada.

La realidad es que vivíamos en soledad, a no ser claro, que necesitáramos algo en concreto y no nos quedara otra que ir a la zona habitada. Esta situación me hacía sentirme libre, porque me permitía hacer todo lo que quería. Podía pasar horas recorriendo la isla descubriendo pequeños rincones o, por el contrario, simplemente tumbarme y observar el cielo. En Tabarca existía una comunidad increíble de gaviotas de las que empezaba a sentirme amiga. Hacía tan poco ruido al caminar que cuando

se posaban en la pequeña explanada cercana a la cabaña, parecían no notar mi presencia y cada vez me acercaba un poco más a ellas. Para mí, eran la expresión de la belleza en el cielo. Sin embargo, para Juan no eran más que ratas con alas. Cuando decía esto sonreía pues como todo en la vida, depende de la perspectiva en que se mire.

En general los tabarquinos no eran muy expresivos, por lo que pude ver en alguna de las ocasiones en las que Juan me llevó a una reunión de las que se celebraban en el centro de la plaza. Y digo observar, porque es lo único que hacía. Permanecía en algún rincón sin perderme ninguno de sus gestos y cómo se desenvolvían al hablar.

En esas reuniones el tema siempre, siempre, era el mismo.

El agua.

Era una lucha constante y demoledora. No entendía los argumentos que exponían al costarme mucho oír. Estoy convencida de que si hubiera podido hacerlo, no se hubiera convertido en la “Isla del Silencio” para mí. Tengo la sensación de que no eran personas muy habladoras. Tenían un lenguaje mudo, cargado de gestos y esto lo percibía en casi todos los hombres.

Sin embargo, las mujeres eran más expresivas y muy cariñosas conmigo. Sobre todo una de ellas que se llamaba Rosa.

En cambio, sus hijos no lo eran tanto. En cuanto descubrieron mi peculiaridad, no tardé en ser objetivo de sus insultos y burlas y, por qué no, de sus pedradas también. Les asustaba alguien como yo; esa era la realidad. Y no era para menos. No toleraba que nadie invadiera mi espacio. Juan, que me entendía muy bien, lo redujo a una sola idea y me repetía una y otra vez que tenía que conseguir dominar el miedo. Siempre y cuando la otra persona se mantuviera a tres pasos de mí.

“Tres pasos... tres pasos... A T R E S P A S O S”

A tres pasos, según él, me daba tiempo a salir corriendo que era lo que más me gustaba. Mientras tanto, debía estar tranquila.

No tengo que decir que llevo años y años intentando dominarme sin conseguirlo y que esos tres pasos me han mantenido más o menos cuerda, a pesar de que no puedo olvidar el tema de mi nombre. Por desgracia, les dio mucho juego, porque no tardaron en relacionar la palabra Luna con la palabra lunática y, por ese pequeño matiz semántico, decidieron catalogarme como la loca de la isla.

“¡Menos mal que no se le ocurrió llamarme Ida!”

Sé realmente el trasfondo de estas palabras y lo que significa. No tenía ningún contacto físico. No lo necesitaba, para eso estaba el mar. Cuando me sumergía en él, tenía la sensación de que me abrazaba. Siempre ha tenido el poder de calmar mi ansiedad cuando los nervios pueden conmigo y sobre todo, lo más especial, es que desde un principio he oído su sonido al observar a las maravillosas criaturas que habitan en él.

“Sí, es cierto. Oigo el silencio del mar”

Las noches para mí siempre han sido lo mejor. Juan encontró un pequeño barco a la deriva en una de sus salidas al mar para pescar. Subió, porque hay una ley no escrita para la gente del mar que especifica que un marino que se encuentre con otro en problemas, sea de la raza y condición que sea, debe parar para ayudarlo. Y así lo hizo. Se sorprendió al no encontrar a nadie a bordo. Llegó a la conclusión de que, fuera quien fuera, se habría ahogado por causa de una tormenta, pero de todas formas lo recorrió por entero e hizo algo que nunca solía hacer, cogió algo del camarote. Un libro. *El Rey Lear de William Shakespeare*. Estaba en muy mal estado, y se acordó de mí. Decidió que me leería un poco antes de dormir, convencido de que me haría bien saber que existe todo un mundo más allá de los límites de nuestra pequeña cabaña.

Y eso fue lo que ocurrió cada noche después de cenar. Todas y cada una de ellas, me leía un poco antes de que la pequeña hoguera se apagara. Así que tumbada y medio adormilada sobre el camastro, lo escuchaba o por lo menos lo intentaba.

La historia resultó ser realmente dramática y a veces perturbadora, tanto, que alguna noche tuve pesadillas. Es triste ver que un rey es maltratado por dos de sus adoradas hijas y tan ciego como para no saber apreciar el que le profesa una tercera.

Juan, de vez en cuando, detenía su lectura para hablarme despacio sin dejar de observar aquella pequeña hoguera.

–Luna, no hay más ciego que el que no quiere ver. Esta historia te dice que puedes tener la fortuna de un rey y que el amor no tiene precio. El dinero y las posesiones te dan la tranquilidad de saber que puedes comer lo que quieras y cuando quieras, que si tienes frío, vas a poder pagar la mejor lana, pero a la hora de la verdad, si no tienes amor estarás solo. La noche es una trampa oscura. Puede llegar a hacerse eterna cuando sientes el corazón vacío y créeme si te digo que todo el dinero del mundo, no consigue llenar ese espacio. Aunque estés rodeado de gente nunca se puede estar seguro de por qué están ahí. Si es por ti o por tu dinero. Y eso es terrible.

–Yo quiero que tú encuentres ese amor. El que consigue que al mirar a la persona que amas puedas emocionarte con esa unión sin palabras. El que te hace sentir pleno y a lo único que aspiras, es a poder dormirte a su lado al final de cada jornada para amanecer en el mismo lugar junto a ella. Ese es el amor que tuvimos mi esposa y yo, y es el que todavía le profeso aún en su ausencia –al decir esto, por un momento, permaneció en silencio observando la fotografía de la pared con tristeza.

–Teniendo eso da igual lo que la vida te depare, porque sabes que en cualquier momento sus ojos te devolverán la mirada y sentirás que la vida no puede ser más bella. Esa es la magia del amor y espero que lo encuentres. No quisiera morirme sin verlo; aunque estoy convencido de que eso no pasará hasta que no termine este libro y, al ritmo que vamos, seguro que voy a durar mucho. –Una pequeña sonrisa dio por terminada la charla y cerró el libro. Normalmente alcanzaba a leerme un párrafo y esa noche todavía leyó menos.

Lo que no sabía el pobre Juan es que llevaba más de media hora dormida, totalmente agotada. Correr detrás de las gaviotas cansaba mucho y, además, tengo que confesar que precisamente aquel no fue un buen día para mí. Juan me pilló jugueteando con ellas cerca del rosal de rosas rojas que había plantado justo detrás de la cabaña. Sí, es cierto. Había un rosal precioso que cuidaba con verdadero tesón. Hasta tal extremo, que era capaz de utilizar la escasa cantidad de agua de la que disponía para beber con tal de regarlo.

“¡Nunca he entendido qué era lo que tenía con ese rosal!”

A veces pienso que tan solo se trataba de una pequeña manía. No lo sé. Lo cierto es que cada vez que intentaba acercarme, se volvía loco y era el único momento en el que me hablaba así. Bueno, más que hablar, me gritaba y cuando se ponía así, solía salir corriendo para alejarme lo máximo posible.

“¡Nunca he soportado sus gritos!”

Sin embargo, en otras ocasiones, un Juan invadido por la nostalgia, me contaba historias de su familia que escuchaba con toda atención, puesto que en su mirada llegaba a visualizar como las sombras del ayer desfilan ante mí sin problemas.

–Luna, la importancia de nuestra historia familiar es muy grande. Todo lo que somos, lo que nos ha llevado hasta este punto, está registrado en nuestro carácter de alguna manera. Es como si todos y cada uno de nuestros antepasados nos hubiera dejado una pequeña huella en nuestro interior. Cada una de ellas única –hizo una pausa y me miró con tristeza. –Tú careces de tu propia historia, por eso quiero hacer que mi historia sea la tuya. No es necesario compartir la misma sangre, siempre y cuando tengas el mismo sentimiento en el corazón. Presta atención, porque cada una de estas personas te va a enseñar mucho.

–Mi abuelo Vincenzo era de ascendencia italiana, más en concreto de Pegli, una población situada en el poniente genovés. Era una persona tranquila y de carácter decidido. Tanto que, ante la situación de pobreza en la que vivía, decidió embarcarse rumbo a Tabaka siendo un joven recién casado de diecinueve años, junto con su esposa Antonella de catorce. Buscaba una vida mejor y no lo hizo solo, pues lo acompañaban dos de sus hermanos, Paolo y Giovanni, con sus respectivas familias. Todos eran pescadores de coral.

–No debes olvidar que este relato se ha contado de generación en generación, así que te lo voy a narrar del mismo modo en que lo hicieron conmigo. Para empezar, tengo que situar la historia en el tiempo –hizo una pequeña pausa para asegurarse de que estaba escuchándolo. –Bien, se embarcaron un 22 de febrero de 1738. Al llegar, se encontraron con una isla de tamaño reducido y con el problema primordial de una escasez total y absoluta de agua potable. Este hecho hizo prácticamente imposible a los colonos poder practicar la agricultura, puesto que ni el terreno era propicio ni contaban con abastecimiento para el riego. Así que no es difícil imaginarse la situación. Aun así, la población ascendía a unos mil doscientos habitantes. Y te insisto en que no sé si este dato es totalmente exacto.

—Mi abuelo Vincenzo y sus hermanos tuvieron que lidiar con todo tipo de vicisitudes. Durante tres largos años consiguieron sobrevivir al ser pescadores, pero siempre bajo el mandato de la familia Lomellini, señores de *Pegli*, que eran los que habían arrendado la isla al gobierno español. Por eso tenían otorgado el permiso para colonizarla y explotarla al ser un importante enclave de coral. En esos momentos, se trataba de un gran emporio comercial debido a la demanda de coral. El gobierno de España se comprometió a cubrir los gastos de infraestructura y mantenimiento militar de la fortaleza a cambio de la quinta parte de los beneficios, que era lo que cobraba por el arrendamiento.

—Hasta que el *Bey de Túnez* [15] apresó una tartana francesa donde encontró una carta del *Gobernador de Cabo Negro* en la que instaba a la *Compañía de África del Coral* a comprarle la isla a los *Lomellini* para establecer allí una plaza fortificada. Este hecho hizo sospechar al *Bey* que los tabarquinos eran cómplices de los franceses y no dudó en alistar once galeones bajo la dirección de su propio hijo.

—Así que, la mañana del 18 de junio de 1741, reunió a toda la población en el centro de la plaza. Los revisó, desarmó, alistó por su nombre y los embarcó con dirección a Túnez. No sin antes saquear y destruir toda la isla, incluida la Iglesia. En total, puso en esclavitud a ochocientas cuarenta personas entre hombres, mujeres y niños. Por supuesto, a mi abuelo y sus hermanos también.

—Sí Luna, fueron esclavos con todo lo que la palabra significa. Sin embargo, no pienses que mi abuelo se dejó vencer, sino que todo lo contrario. Esta situación hizo que se afanzara más como patriarca de la familia y en ningún momento, permitió que ninguno de ellos flaqueara.

—No voy a entrar en detalles de las circunstancias en las que trascurrieron sus vidas, entre otras cosas porque eres muy pequeña. Aunque, no es difícil imaginar lo que significa vivir con absoluta falta de libertad.

—Tienes que comprender una cosa por encima de todas. La libertad es lo más preciado que nos puede dar la vida. Sin ella, somos más que almas errantes que lo único que hacemos es existir.

—Escúchame bien, lo que te voy a decir tiene que ser la máxima de tu vida pase lo que pase. ¿Entiendes? —y yo que no podía dejar de observar esa mirada tan limpia, me limité simplemente a asentir con la cabeza.

—Nadie tiene derecho a decirte quién eres y hasta dónde puedes llegar. Absolutamente, nadie. ¿Comprendes lo que te trato de explicar? A lo largo de tu vida te vas a encontrar con todo tipo de personas en infinidad de situaciones, en las que tú, sin dejar de respetar, nunca debes olvidar tu máxima porque eso te hará libre.

Tras una pequeña pausa, prosiguió.

—Bien. Estuvieron en cautividad nada más y nada menos que veintiocho años. Cuando fue liberado mi abuelo, Vincenzo, tenía cuarenta y siete años y esto supuso que lo consideraran mayor para trabajar. Por este motivo, lo pudieron comprar más barato. Su libertad costó cuatrocientos reales, cuando por los más jóvenes, se llegó a pagar un total de setecientos por cada uno. Y todo esto gracias al Padre Juan Bautista Rivarola que, en ese momento, era el párroco de *Tabarka*. Al necesitar dinero el *Bey de Túnez*, el párroco fue enviado con la intención de recaudar fondos, puesto que todo se reducía a ser un negocio. Recorrió Europa durante dieciséis meses pidiendo ayuda sin éxito. Hasta el mismo gobierno español se mostró reacio alegando que si cedían al pago del rescate, este hecho tan solo serviría para perpetuar las prácticas corsarias por parte de Túnez y Argel.

—Las negociaciones fueron interrumpidas en varias ocasiones a lo largo de los años. Hasta que en una de ellas, el *Bey* argelino invadió Túnez aprovechando una revuelta y derrocó a *Alí Pachá*, [16] al que sustituyó por *Mohamed*, hijo de *Hussein*, quien había sido predecesor en el trono. Los esclavos tabarquinos fueron transferidos a Argel como parte del botín y fue desde allí, desde dónde volverían a *España* una vez realizada su venta. Algo que se concedió tras largas negociaciones de los padres fundadores Fray Alonso Cano, Fray Juan de la Virgen trinitarios calzados y Fray Antonio Manuel de Artalejo, mercenario.

Se detuvo un instante para comprobar que lo escuchaba.

Le devolví la mirada con impaciencia para demostrarle que no quería que terminara la historia. Para mí, la idea de pensar en piratas me revolvió el corazón, tanto, que se me salía del pecho.

Juan, que percibía el impacto de la historia en mí, sonreía y dejaba pasar unos segundos más haciéndome ver que encendía su pipa. Hasta que, desesperada, daba unas palmaditas y lo miraba con mi mejor sonrisa, parpadeando sin parar como si mis pestañas quisieran iniciar algún tipo de vuelo.

—Vale, vale... tranquila. No sigas haciendo eso que cualquier día salen volando de verdad y se llevan tus ojos detrás. ¡Eso sería lo que nos faltaba! ¿Verdad, Luna? —reía sin contenerse y eso me encantaba. Su risa me parecía música.

—Bueno, en ese barco de vuelta a España no regresaron todos. Lamentablemente, muchas de las familias sufrieron bajas debido a las enfermedades, el hambre, etc. Algo normal dentro del concepto de esclavitud, si se puede decir así. Vincenzo, mi abuelo, tuvo que afrontar la pérdida de su hermano Giovanni, de Vitoria su mujer y de sus hijos. Giovanni no tuvo tanta suerte al ser vendido con toda su familia a un particular. Todos fallecieron en el incendio de la casa de sus dueños. Para mi abuelo fue un mazazo enorme y si no hubiera sido por mi abuela, Antonella, habría sucumbido a la situación. Mi abuela resultó ser todo lo que su apariencia no mostraba. Era una mujer menuda y delicada. Hasta tal extremo que la blancura de su piel, en más de una ocasión, fue la causante de alzar la voz de alarma ante el temor de alguna enfermedad desconocida y perniciosa, pero hasta ahí llegaba su fragilidad. En su interior escondía un espíritu indomable y luchador, con ese carisma que tienen algunas personas que son capaces de contagiar las ganas de sobrevivir. Mi abuelo, a pesar de su condición de patriarca, se dejó alentar por ella en muchas ocasiones, aunque nunca diera muestras de su propia debilidad ante los demás en un inmenso intento de que no cundiera el pánico. Para él, enfrentarse a los ojos profundos e inquisidores de mi abuela significaba recibir una descarga eléctrica capaz de ahuyentar miedos y fantasmas y si para colmo miraba sus labios, lo invadía la sensación de que una neblina los envolvía alejándolos de aquel terrible lugar. Antonella poseía una luz interior tan cegadora que llenaba cada rincón de su ser.

—Si soy sincero, te diré que mi abuela fue quien lo salvó. Siempre lo he pensado —diciendo esto, se giró para comprobar si me había dormido.

—Espero que esta noche duermas, no quisiera pasarla en blanco. Tengo muchos años encima y ya no aguanto como antes; aunque no te lo creas.

—Bien, ¿por dónde íbamos? ¡Ah!, sí... El viaje de regreso fue agotador y penoso. Tras llegar por fin a un acuerdo con el precio, y después de abonar la totalidad de la deuda, embarcaron un 27 de febrero y a media noche levaron anclas. Mi abuelo y su familia viajaron en la *fragata Santa Teresa* que en total transportaba a ciento once tabarquinos y, por su parte, el *San Vicente* transportaba a doscientos cuatro. Este fue el último traslado, aunque no fue completo por desgracia. Ya que, tanto el *Bey* como algunos amos, no consintieron liberar a algunos de los esclavos por ser capaces de desempeñar trabajos de cierta experiencia y habilidad, a pesar de su precio.

—La llegada se produjo a Alicante sobre el medio día de un 3 de marzo de 1769 y, como los tenían que poner en cuarentena, fueron reclusos en el edificio que hasta dos años antes había sido el colegio jesuita de la localidad. No les quedó otra que vivir allí de manera provisional mientras se aseguraban de que no eran portadores de enfermedades. Se tenía verdadero terror a las epidemias. De todas formas, no les vino mal, ya que en Tabarca se estaba realizando la reconstrucción para hacerla habitable de nuevo tras su destrucción. Por ese motivo la isla había permanecido deshabitada hasta entonces. A todo esto, te quiero decir que a los propios tabarquinos les parecía inverosímil que su manutención y posterior traslado, corriera a cargo de los beneficios que se consiguieron por la venta de todos los bienes de los jesuitas. Algo inconcebible hasta la fecha.

—A partir de este momento, la isla pasaría de llamarse *Tabarka* a ser Nueva Tabarca y en un arranque de generosidad real, debido principalmente por las condiciones en que se encontraban los tabarquinos tras su esclavitud, se les concedieron una serie de exenciones, como por ejemplo: estaban excluidos de hacer el servicio militar, de ahí que seamos hombres de paz, y también liberados de los impuestos a los que estaban sometidos el resto de los pueblos bajo la monarquía de *Carlos III*.

—A mi abuelo se le entregó una casa con título en propiedad. Bueno, a él y a todos los cabezas de familia. Esto supuso una gran alegría ya que al fin volverían a su tierra y podrían ofrecerles a sus familias un techo bajo el que vivir y, por qué no, procurar tener hijos. Eran conscientes de su edad, pero no habían tenido oportunidad hasta este momento de intentarlo. Así que, emocionados por el comienzo de una nueva vida, y por el empuje de mi abuela, tomaron la decisión de no perder el tiempo mirando al pasado y afrontar con toda la dignidad posible lo que les trajera esa promesa de futuro.

—¡Y aquí termino! El resto es fácil de imaginar. Vivieron sus vidas, día a día sin más pretensión. Pero no por eso tienes que pensar que dejaron de pelear para sobrevivir, porque hasta el último de sus días mantuvieron su lucha. Y a eso contribuyó que tuvieron la inmensa alegría de que naciera mi padre, Antonio, su único hijo. Sentir la dicha de tenerlo, consiguió que todo lo demás les pareciera una nimiedad.



–Pero, ¿esto ya es otra historia!, como lo es la mía –susurró, observando fijamente la fotografía de María, su esposa. –Algún día, Luna, cuando duela menos, te hablaré de ella y ahora... ¡A dormir! ¡Veremos quién nos levanta mañana! Bueno, no. Mejor dicho, hoy.

Y ahí, en una penumbra apenas iluminada por los escasos rescoldos de nuestra pequeña hoguera, me sumí en un profundo sueño repleto de corsarios, esclavos y grandes fragatas navegando a pleno golpe de mar. A lo que tengo que añadir una verdad tan simple como que no llegué a entender nada de lo que me había contado.

De esta manera transcurrió nuestra vida durante esa época, en la que me limité a intentar controlar mi miedo con el apoyo de Juan. Uno tras otro fueron pasando los meses, las estaciones y los años. Vivíamos en un mundo de paz y sin intrusos. La vida cotidiana se desarrollaba sin cambios importantes. A no ser que el invierno se presentara con más crueldad de lo habitual y la mala mar impidiera salir a pescar. En ese caso, los hombres se apresuraban a colocar una maroma gruesa de punta a punta de nuestro pequeño puerto para que la fuerza de las olas no arrastrara a ninguna de las embarcaciones mar adentro. Porque, en caso de ser así, suponía un gran esfuerzo para nuestra pequeña comunidad, ya que ninguna familia se podía quedar sin la herramienta para su sustento. Si eso sucedía, todo lo que se pescaba, fuera poco o mucho, se compartía con los desafortunados hasta que las inclemencias del tiempo permitieran volver a la normalidad.

Por eso, en ningún momento, fui consciente de los cambios que se produjeron en mi cuerpo al estar tan sumida en mi propio mundo. Juan, por su parte, cada vez estaba más preocupado y, cuando se veía superado por la situación, no dudaba en pedir ayuda a las mujeres.

Una de ellas, Rosa, para mí era especial. Siendo un mundo inhóspito, no dejaba de asombrarme que esas mujeres desbordaran tanta serena belleza. La piel de Rosa, en concreto, era tersa y sus mejillas estaban ligeramente teñidas del color que lleva su nombre y eso era algo que me llamaba poderosamente la atención. Hasta que, en una ocasión, me contó que esa era la causa de que la llamaran así. Por lo visto, cuando nació su cuerpo por entero tenía esa tonalidad.

En cualquier caso, tengo que confesar que en más de una ocasión las envidié, porque al comparar el tono de mi piel con el de ellas, me hacía dudar de si realmente era tan blanca. En equiparación resultaba ser mucho más morena, debido a que mi piel lucía un dorado bastante oscuro durante todo el año. Lo que me hacía pensar, mientras las observaba, que podría ser la más morena y curtida de toda la isla y eso que me pasaba el día huyendo de aquel sol abrasador buscando cualquier sombra.

Rosa se tomó con mucha calma mi peculiaridad. No dejó en ningún momento de intentar acercarse a mí a lo largo de los años, milímetro a milímetro.

–Bueno, Luna, creo que tengo un trocito de cielo ganado. ¡Ay, muchacha! ¡Lo que me estás costando! Pero no te preocupes que no me voy a dar por vencida. No pienso dejar de intentarlo, ja, ja, ja –reía de una forma tan maravillosa que acaba por contagiarme y reíamos las dos.

–Tienes mucho que aprender. No te preocupes, iremos paso a paso. –Habla sin mirarme, al tiempo que colocaba dos sillas delante del único espejo que había en toda su casa. Lo hacía siempre con la precaución de mantener cierta distancia entre ellas y después, me indicaba con la mano que me sentara.

No puedo dar una explicación coherente del porqué evitaba observar mi propio reflejo mientras Rosa, ignorando totalmente mi comportamiento, se sentaba a mi lado soltándose el pelo para seguidamente poner un peine sobre la pequeña coqueta delante de mí.

–Esto es muy sencillo. Primero cógelo. Mira, ¿ves? Tienes que hacerlo así –se cogía un mechón y peinaba despacio desde la raíz hasta las puntas. –Venga, hazlo. Ahora, tú.

Me gustaría decir que aquello era algo que me entusiasmaba, pero no puedo. Simplemente, me limitaba a repetir a trompicones sus movimientos sin dejar de lamentar mi suerte. Llevábamos años haciéndolo, aunque me resultaba ser un verdadero suplicio. Recuerdo la primera vez en que por fin consiguió que me sentara. Exactamente, no sé cuántos días pasaron hasta que me pude mover de aquel rincón.

Rosa hablaba y hablaba como si yo no estuviera. Era una mujer lista y pensó que me familiarizaría con su voz y con la casa de esa manera. Al principio, cuando me sentaba, apenas sí conseguía ver reflejada mi frente en aquel espejo. Sin embargo, ahora mis piernas y mis brazos habían decidido crecer sin parar y eran largos y delgados, prácticamente, me podía ver el torso por entero. Y observé, sin salir de mi asombro, que era bastante más alta que ella.

En teoría, desde un principio, el propósito de Juan no era otro que el de hacerme venir todos los días a casa de Rosa a acicalarme. Algo de lo que yo rehuía a la más mínima ocasión provocando más de una vez su enfado y, como consecuencia, no me quedaba otra que tener que aguantarlo de ese humor hasta que regresaba de nuevo a casa de Rosa, cabizbaja y vencida. Nunca he podido soportar verlo enojado. Aun así, vivía con ese humor durante largas temporadas. Y no le faltaba razón, puesto que podía llegar a ser insufrible, y le preocupaba mucho mi estado salvaje.

–Cariño, hoy estás muy distraída. Venga continúa peinándote. Tenemos que conseguir dominar esa melena. –Rosa miraba mi pelo con pasión. Siempre me decía que era una marea oscura de la noche y que el secreto de mi brillo natural lo causaban las estrellas que, al desorientarse, se prendían en él.

A Rosa le encantaban las historias. Todos los libros que le dejaba el párroco los leía y releía una y otra vez como si le fuera la vida en ello.

–Cuántas más historias sepa, más te podré contar. Hay todo un mundo esperándote, un mundo entero para descubrir. –Ella no sabía que aquellas palabras me ponían nerviosa y que un nudo de mariposas decidía quedarse a vivir en la boca de mi estómago. “¿Un mundo? ¿Qué mundo? ¿Para descubrir? ¿Yo?”. Mi expresión de preocupación no le pasaba inadvertida, pero la ignoraba y proseguía hablando para tranquilizarme.

–No te preocupes, mi niña. Todo llegará, cada cosa a su tiempo. Ahora, sujétate el pelo en una coleta. Mira, como yo... –se giraba en la silla para que la observara y la copiara. Plegaba el pelo sobre la misma goma, dejándolo sujeto con destreza en un pequeño moño. Era perfecto, sin un solo pelo fuera de su sitio, mientras que, por el contrario, el mío dejaba mucho que desear.

“¡En fin! ¡Al menos estaba semi recogido!”

–¡Bien! –exclamaba eufórica –¡Cada vez te sale mejor! –y lo decía dando pequeños aplausos. –Ahora, vamos a lo importante –al hablar se levantó y cogió la silla para dirigirse con ella al salón. –Vamos ¡Acércate! Tenemos que terminar este libro antes de que el párroco me llame la atención.

“¡Tenía tanta ilusión por enseñarme! ¡Se emocionaba tanto! ¡Era imposible negarse!”

Así que no me quedaba más que resignarme a obedecerla y sentarme enfrente de ella, deseando que acabara lo más pronto posible. No sería justa si no dijera que el aprendizaje ha sido continuo y que su esfuerzo, casi titánico, ha tenido la mejor de las recompensas a pesar de mi espantosa actitud. Después de todo, conseguí enseñarme a leer y a escribir.

La variedad de sus lecturas era totalmente arbitraria debido a que estaban sujetas a lo que el párroco quisiera prestarnos para leer. Desde los clásicos hasta, de forma casi pecaminosa, el mismo *Darwin*.

Tengo que explicar que aquel día en cuestión era el 17 de julio de 1936 y que para la Iglesia las teorías de la evolución no entraban para nada dentro de sus parámetros y sus bases teológicas. Siendo yo puro instinto, desde mi punto de vista, no eran más que tonterías. La vida es más simple que todo eso, pero... “¡A ver quién era la valiente que le negaba una lectura a Rosa!”

“Yo, desde luego, no”

Estábamos tan enfrascadas con el libro que no intuimos nada anormal esa mañana. En el exterior, el sol caía de manera implacable sobre el suelo rocoso de la calle y el canto de las gaviotas era una abrupta banda sonora continua. Mi mirada se mantenía fija en el movimiento de la cortina que separaba el interior sombrío y fresco de ese sol desolador, mientras Rosa leía en voz alta.

Una simple cortina marcaba la diferencia.

Y justo fue el momento en que la mano de un desconocido la apartó bruscamente a la vez que pasaba al interior junto con dos individuos más. Rosa paró de leer al levantar la vista del libro. Su cara no pudo disimular la sorpresa al comprobar que esos hombres iban armados y vestidos con una ropa extraña.

–¡Luna corre todo lo que puedas! ¡Ya! –gritó totalmente desencajada, al mismo tiempo que uno de ellos se acercaba en dos zancadas a ella y le daba un fuerte golpe en la cabeza con la culata del rifle. Rosa perdió el conocimiento en el acto y se desplomó sobre el suelo. Situación que aprovechó el desconocido para caer sobre ella. Excitado por su indefensión.

“¡No me lo podía creer! Pero, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué aquellos hombres actuaban de esa manera? ¿Se trataba de piratas? ¿Nos iban a esclavizar?”

Mi mente era un caos mientras mi cuerpo, totalmente agarratado, no era capaz de mover ni uno solo de sus músculos. El pánico me impedía respirar.

Y ellos cada vez se acercaban más a mí...

—¿¡Qué raro!/? ¿No gritas? Pues, ¡deberías hacerlo! Si existe algún momento, es este sin duda. —Su mirada no ocultaba la evidente lascivia y un intenso tono nasal en su voz penetró en mis oídos de una forma dolorosa y cortante. Sin más, se bloquearon aislándome por completo por el terror que sentía para mi desesperación.

En ese momento, el desconocido traspasó la línea invisible. Mi propia frontera de tres pasos y observé, incapaz de parpadear, cómo las puntas de sus pies rozaban los míos. Desde que recordaba, nadie había llegado a ese lugar. Nadie, absolutamente nadie. Miré mis pies juntos a los suyos, invadidos por otro ser y me pareció que el suelo se difuminaba hasta desaparecer. Así que mi reacción fue como si se soltara un resorte en mi interior. La emprendí a patadas y puñetazos con toda la fuerza con la que fui capaz.

—¡Joder! ¡Manolo, agárrala por detrás! ¡Esta chica es una fiera! —gritó a su acompañante totalmente sorprendido por mi reacción, a la vez que intentaba esquivar mis golpes. En uno de ellos conseguí darle de lleno en la nariz, lo que provocó que empezara a sangrar copiosamente. Retrocedió un par de pasos intentando contener el derrame con sus manos y, con un gesto de impotencia, se quitó la camisa que llevaba para taponar la sangría, mientras que por mi parte, continuaba lanzando golpes en todas direcciones y, como estaba demasiado ocupada evitando que el acompañante se me acercara, no pude ver el cambio en su expresión. Tiró la camisa enrollada al suelo empapada de sangre y, con pasos decididos, se acercó para propinarme un puñetazo en la cara haciéndome caer.

—¡Manolo sujétale con fuerza los brazos! ¡Y tú, José, déjate eso y ven aquí a sujetarle las piernas a esta salvaje! —José, que en ningún momento había soltado a Rosa, levantó la cabeza de entre sus pechos con gesto de resignación.

Proseguí luchando para conseguir liberarme de aquellas manos que me sujetaban por las muñecas y los tobillos sintiéndome desfallecer. Me apretaban tan fuertemente que se estaban poniendo de color púrpura por la falta de riego.

—Lo primero que tienes que saber es mi nombre. Me llamo Jaime. Este dato es muy importante, porque no quiero que jamás lo olvides. Soy la reencarnación del diablo para tí —hablaba intentando controlar su ira. Todo su cuerpo irradiaba puro odio hacia mí. Como si yo, en ese momento, fuera la imagen personalizada de todo el rencor y frustración que guardaba en su interior, mientras me hablaba de cosas a las que yo no conseguía encontrarles el sentido. Así que, después de arrastrarme igual que a una muñeca de trapo, me colocó entre sus piernas y se limitó a observarme con una extraña expresión durante un rato que me pareció eterno. Cuando se cansó, se agachó para sentarse sobre mi estómago y fue cuando me propinó otro puñetazo en la cara. En ese momento, perdí el conocimiento.

Aun hoy, no puedo especificar cuánto tiempo pasó. Seguramente, debido a que durante su trascurso no conseguí recuperar la consciencia totalmente y por eso son escasos los recuerdos que surgen en mi mente. No dejan de ser momentos puntuales que imagino que son motivados por el dolor que llegué a sentir. Son como parpadeos, pequeños reflejos de luz en forma de pesadilla.

Lo malo es que son reales.

A pesar de estar parcialmente inconsciente, notaba como rasgaba la ropa dejándome totalmente desnuda. Esta sensación se ha quedado impresa igual que una huella invisible durante años sobre mi piel. No consigo olvidar el tacto de sus manos recorriéndome sin piedad y de una manera totalmente intrusa. La aspereza de sus palmas era capaz de arañar mis pechos, mi espalda, mi culo y en el interior de mis muslos.

De repente, se desabrochó el pantalón inclinándose sobre mí y me penetró con fuerza.

“¡Dios mío! ¡Qué dolor! ¡Me va a partir en dos!”

“¡No! ¡Por favor! ¡No!”

En ningún momento, aflojó el ritmo ni la fuerza de sus empujones. Con cada uno de ellos, mi cuerpo resbalaba sobre el suelo y notaba que algunos mechones de pelo se enganchaban entre sus juntas, provocando una punzada de dolor en la parte posterior de mi cabeza. La sensación era la misma que si estuvieran arrancándome el cuero cabelludo.

Y me mordía el pecho, los hombros, la barbilla...

Cuando creí que por fin se había terminado, de repente, y para mi sorpresa, se detuvo en seco para ponerse en pie y aun estando en pleno estado de shock, pude observar cómo se le resbalan los pantalones hasta los tobillos.

—¡Ayudadme! ¡Esta zorra va a recibir hoy la lección de su vida! —gritó, totalmente enloquecido.

Me sujetaron entre los tres y me apoyaron boca abajo sobre la mesa todo lo que permitía la altura de mis caderas y, de nuevo, me volvió a penetrar con más fuerza aún si cabe, pero esta vez por todos los lugares por donde puede hacerse.

“¡Era tan grande el dolor!”

Con cada empujón sentí, de la forma más cruel, que se me desgarraba la carne sacudiéndome por entero un intenso calor.

“¡Me quise morir!”

Ese pensamiento no duró más que una milésima de segundo. “¿Morir por dejarme vencer por un intruso que está totalmente loco? ¿Morir por una causa bajo los colores de una bandera? ¿Morir por unas ansias asesinas ocultas en algún insensato ideal religioso o político? ¡Jamás!”

Tan solo moriría si pudiera darle vida a alguien que quiero. Solo lo haría por amor y, aun así, sería en el último instante y sin otra opción.

No conseguía entenderlo. La vida era demasiado preciosa para desperdiciarla en absurdos y cualquier extremo lo es. Y con esa determinación, me aferré a la vida con todas mis fuerzas.

Para ellos tan solo se trataba de una diversión y la disfrutaron turnándose en su propio frenesí hacia el abismo. Fue tal su brutalidad, que la pequeña mesa cedió bajo sus empujones y mi propio peso, rompiéndose y tirándome al suelo con ella. Mi cuerpo reaccionó de la única manera en que pudo hacerlo y una marea de arcadas inundó mi garganta, hasta que empecé a vomitar.

—¡Qué asco! ¡Hija de puta! ¡No sabes comportarte! ¡Salvaje! —Empezaron a pegarme patadas en el estómago, la cabeza y la espalda. —¡Saco de mierda! —Solo se detuvieron cuando empezó a faltarles la respiración por el esfuerzo. Sudaban y jadeaban como cerdos.

Necesitaron de un momento para calmarse, tras el cual se vistieron y recogieron sus armas. Antes de irse, Jaime se agachó y me cogió del pelo tirando de él para inclinar mi cabeza hacia atrás y poder mirarme a la cara:

—¿Te das cuenta? No te he mentado. No me vas a olvidar nunca; aunque te salves de esta. No quiero que te preocupes, porque no me vas a echar de menos. Voy a regresar cada vez que me apetezca. Puede que tarde un poco en hacerlo, porque estás hecha una mierda y merezco lo mejor. La próxima vez traeré a más amigos, no es justo que se lo pierdan, ¿no crees? —esto último, por desgracia, lo oí perfectamente y, durante un instante, pensé que se paraba mi corazón. Afortunadamente, al tener los párpados tan hinchados por los golpes y la vista borrosa por toda la sangre que me cubría el rostro, me impedían distinguir bien su mirada. Debía ser tan repulsiva que le habría vomitado encima. Lo que le hubiera dado la razón que esperaba para matarme.

—¡Ah! Para tu información, te diré que acabamos de entrar en guerra y mi primera decisión como Jefe de Brigada, ha sido haceros una visita. Llevo mucho tiempo observando la isla desde la orilla y siempre me ha molestado ver que vivís ajenos a todo lo que os rodea. Sin hacer caso de la barbarie que se comete a vuestro alrededor como si no fuera con vosotros. ¡Os sentís los elegidos! Para pedir dinero y ayudas sí. ¡Eso sí! ¡Toda la puta historia os la habéis pasado llorando y suplicando! ¡Pues bien! Ahora, sí que tenéis motivos para hacerlo. Os aseguro que ganaremos y que la República será la única forma de gobierno que va a existir. ¡Aunque para eso tenga que matar a mi padre con mis propias manos! —al decir esto, soltó mi pelo y mi cara se golpeó con fuerza contra el suelo.

Se marcharon de nuestras vidas de la misma forma en la que entraron, sin poder evitar sentirse ufanos y contentos. Parecía que con esta acción, hubieran determinado el final de la guerra cuando no había hecho más que empezar.

“¿Estamos en guerra? ¿Contra quién? Y lo que es peor, ¿por qué? ¡No entiendo nada! ¿Qué son los republicanos? ¿Piratas? Pero no, no puede ser. Son españoles”

“¡Qué horror!”

Me desmayé justo cuando mi mente intentaba desesperadamente encontrar una explicación coherente a toda aquella locura.

Muy a mi pesar, mi desmayo duró tres meses más o menos.

Sí, es cierto. Estuve ausente durante ese tiempo y doy las gracias por eso, al evitarme tener que vivir las consecuencias de aquella inesperada visita.

Rosa y yo no fuimos las únicas que sufrimos su violencia brutal. No. Todas las mujeres de la isla fueron violadas, incluso las niñas. Fue tal la magnitud del asalto, que nueve de nosotras no consiguieron sobrevivir.

Entre ellas, las dos más ancianas que para desesperación de sus hijos, se habían negado a marcharse cuando ellos lo hicieron. Al no quedarles otra opción que emigrar hacia Alicante buscando una oportunidad de vivir dignamente y sin penurias. Se suponía que tendrían más posibilidades de conseguirlo al tratarse de la capital.

Tengo que sucumbir ante la realidad de que vivir en una isla significa lo mismo que hacerlo en una ratonera; aunque me duela. Cuando fueron liberados de su esclavitud los antepasados de Juan, y antes de dejarlos volver para darles las casas, el Conde de Aranda [17] le encargó al Gobernador de Alicante un estudio para verificar cuál era el lugar idóneo para colocar la nueva colonia. Se trataba de una medida de prevención contra la piratería y los contrabandistas. Tras sopesar todas las posibilidades, se aprobaron los planos diseñados por el arquitecto Don Fernando Méndez, en los que se reproducía la estructura de baluarte similar al *Castillo Fortaleza de Santa Pola*.

Decidieron construirla con el concepto básico de una ciudad fortificada. Estaba compuesta por una ciudadela fortificada y cerrada con acceso al exterior a través de tres puertas. Estas murallas y baluartes serían la mejor defensa del recinto. Se destinaron unos espacios ocultos para guardar pertrechos, armas y munición para efectuar la defensa en distintos puntos de las murallas. Justo en el centro de la ciudadela, situaron las viviendas que eran todas iguales, es decir, con los mismos metros y divisiones en dos alturas. Junto a las cuales edificaron una Iglesia de nueva planta, el almacén, la fábrica de esparto, la casa del Gobernador y varios aljibes para recoger el agua de lluvia.

Todo esto, son detalles que me ha contado Juan a lo largo de los años en su insistencia en hacerme sentir parte de esta tierra, por eso la importancia de darme a conocer todos los pormenores de su historia.

De lo que no se ha dado cuenta es que eso no me preocupa, porque al no hablar, no se lo he podido decir. Lo quiero por salvarme la vida. Lo anterior a él, y lo que tenga que venir, no me produce ningún efecto. Yo quiero poder mirarlo y saber que existe de forma real y tangible. Todo lo demás ni me lo planteo y, por supuesto, nunca hago ningún gesto para que deje de contarme historias.

Así que no puedo imaginar lo que significó cuando, después de estar ausente tres meses, desperté y tuvo que relatarme todo lo que ocurrió aquella fatídica mañana del 17 de julio.

No solo violaron y saquearon, sino que también asesinaron. La peor parte se la llevó el párroco, que desapareció, y su Iglesia al ser pasto de las llamas.

La Iglesia de Tabarca se construyó en honor a *San Pedro y San Pablo*, de ahí su nombre. Se trata de un edificio de estilo neoclásico y de inspiración barroca. Tiene una nave única subdividida en cuatro tramos, con capillas laterales entre contrafuertes y presbiterio de planta curvilínea. Con una gran puerta principal y otra en el lateral más pequeña, aunque lo más destacable son sus ventanales con forma de flor de lis.

No es que yo sea una erudita en estilos arquitectónicos. No, la verdad es que no. Esto se lo debo a Rosa, pues al ser nuestro párroco el que nos facilitaba los libros para las lecturas, le resultaba absolutamente irresistible entrar por el pasillo central y caminar despacio cuando los haces de luz se colaban perpendiculares por los ventanales justo a su centro. En ese momento, Rosa daba un paso tras otro lentamente con los brazos abiertos, sin poder evitar dejarse arrastrar por la excitación que le producía, mientras me explicaba con todo lujo de detalles cada rincón y cada piedra tallada.

Le resultaba fascinante.

Cada vez que entrábamos lo hacía. Todas y cada una de las veces, y puedo asegurar que fueron muchas.

Verla así, me dejaba sin respiración y no me quedaba otra opción que detenerme para observarla con emoción. Aquella visión era lo más similar a ver a alguien bailar y, hasta ese instante, nunca había visto a nadie hacerlo.

—¡Vaya!, ¡Ahora me toca retroceder! —(suspiro...)

Siguiendo el hilo de los acontecimientos, vuelvo al instante en que perdí el conocimiento.

Rosa llevaba un buen rato intentando volver en sí desesperadamente. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se dieran cuenta. Lo consiguió justo cuando Jaime me levantaba la cabeza de mala manera. Era una mujer muy inteligente y valoró rápidamente la situación a pesar del pánico que sentía. Decidió permanecer inmóvil y aguantar fingiendo su desmayo. Por un lado, estaba segura de que la iban a matar si se levantaba para defenderme y, por el otro, se mantuvo inmóvil porque el daño ya estaba hecho. Así que tras sopesarlo, consideró que lo único que debía hacer era esperar a que se marcharan.

Y así lo hizo.

Se arrastró hasta llegar a mí como pudo en cuanto se marcharon.

—Luna, cariño. Luna. ¡Luna! —al no tener ningún signo evidente de respuesta por mi parte, comenzó a gritar pidiendo auxilio con desesperación mientras permanecía tumbada a mi lado incapaz de incorporarse por el dolor que le producían sus propias heridas.

No se movió de mi lado en todo el día. A ratos se desmayaba, a ratos volvía a gritar y a llorar pidiendo auxilio. Ni ella misma puede concretar con certeza cuánto tiempo estuvimos así.

Lo que siempre me dice, y me repite, aún ahora con el paso de los años, es la impresión que se le quedó metida en el alma por el silencio que reinaba hasta donde era capaz de escuchar. Cada vez que lo recuerda, su cara cambia de color y le recorre un escalofrío por la espalda. Está convencida de que ese día pudo oír el sonido de la muerte.

—Luna, ese día *La Bella* —así llama a la muerte —estuvo con nosotras, a nuestro lado. ¡La podía oír respirar! ¡Te lo juro! Se paseó tranquilamente por toda la casa y, después de hacerlo, se tumbó junto a nosotras y nos observó un largo rato, pero por extraño que pueda parecer consideró que no era nuestro momento. Nunca en mi vida he oído un silencio de esa magnitud. ¡Jamás!. Cariño, se introdujo por la piel hasta rozarme los huesos. ¡Te lo juro por lo más sagrado! Y ese olor a flores secas dentro de un tarro de cristal cerrado, se coló por mi nariz invadiéndome por entero. ¡No te puedes imaginar lo que me cuesta olvidarlo! —Para la pobre es un verdadero suplicio hablar del tema y siempre acaba llorando.

Juan, mi querido Juan, se sintió morir cuando vislumbró una gran columna de humo en el perfil de la isla junto con otras más pequeñas. En ese momento, estaba regresando junto a los demás pescadores de la *Almadraba*.

Soltó el timón y corrió hacia la proa para comprobar con desesperación que la vista no le engañaba al ver que también estaba ardiendo nuestra cabaña en el otro extremo de la isla.

—¡No puede ser! ¡Noooo! —su grito fue tan doloroso y primario que todos pudieron oírlo y pararon los motores a la vez. Las exclamaciones de dolor que se podían oír, desde unas y otras barcas, eran absolutamente desgarradoras.

Juan, cuando consiguió calmarse, cogió una maroma y la lanzó a la barca que tenía más cercana y así sucesivamente hasta que estuvieron todas enganchadas.

Tras asegurarse de que la sujeción era firme, saltaron de una en otra hasta llegar a la de Juan.

—Lo que temíamos ha ocurrido y... ¡No hemos prevenido a nuestras mujeres! Mira que os lo he estado advirtiendo y vosotros que no, que no va a pasar nada al estar alejados de todo. ¡¡Joder!! ¡¿Se puede ser más imbécil?! —la voz de Tomás se desgarraba entre sollozos y provocó que todos los demás deambularan por la cubierta levantando los brazos al cielo sin dejar de lamentar su suerte.

Lo peor era que Tomás tenía toda la razón.

Habían podido observar con asombro el deterioro de la situación desde hacía más de un año y de qué manera había ido aumentando la tensión en el desarrollo de los acontecimientos de forma progresiva. Todos los días laborables viajaban hasta la Cofradía de Alicante para vender el atún, al no poder descargar en el puerto de la isla por sus pequeñas dimensiones. Por esta razón, se convirtieron en testigos del alcance de los acontecimientos.

Tomás era el más joven del grupo y el que primero se dio cuenta, por eso no dejó de insistir para que se tomaran medidas. Realmente no sabía cuáles, pero estaba convencido de que se tenían que tomar decisiones. Lo que le acarrecaba eternas discusiones con los demás, pues todo se consensuaba dentro del grupo. Así que no le quedó más remedio que resignarse y admitir el resultado de la votación en la que se decidió que se mantendrían a la expectativa. Llegaron a este acuerdo por mayoría al pensar que la isla estaba alejada de todo aquello y creían con verdadera convicción que, pasara lo que pasara, no llegaría hasta ella. Así que a Tomás no le quedó otra que aceptarla y limitarse a agachar la cabeza con resignación, esperando estar equivocado con verdadera preocupación.

—¡Silencio! Bueno, vamos a pensar en la situación. ¡Lo primero es lo primero! —la voz de Juan sonó como un relámpago cortando de raíz aquel caos. —Tenemos que asegurarnos de que sean quien sean los causantes, ya no se encuentran en la isla. No nos queda otra que evitar una confrontación, por lo menos en este momento. No tenemos armas ni nada a mano para poder defendernos.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntaron al unísono.

—Mi barca es la más pequeña. Me acercaré hasta el lugar desde el que pueda observar bien y le daré la vuelta entera. Mientras tanto, permanecer aquí hasta que regrese —habló con decisión, porque era verdad que su barca era la más pequeña y a la que menos ruido le hacía el motor.

Cuando comprobó que todos habían saltado a la barca contigua, soltó la maroma y encendió el motor y, al mismo tiempo que se dirigía hasta la distancia adecuada, la sensación de pena y dolor se fue adueñando de él y entonces se permitió llorar sin hacer ruido en su soledad del mar. Lloró esa clase de lágrimas que desgarran al ser las más dolorosas cuando se deslizan por la piel.

Redujo la velocidad todo lo que pudo cuando se aseguró de que estaba a la distancia adecuada para poder ver bien y le dio la vuelta completa a la isla. Una vez que comprobó que ningún tipo de embarcación fondeaba en su perímetro, puso proa para regresar al lugar en el que los demás lo esperaban a todo lo que le daba el motor.

Me cuesta mucho imaginar lo que pudo llegar a sentir al pisar tierra en aquellas circunstancias.

Decidieron fondear cerca de *La Cantera* con precaución, al ser una zona peligrosa para fondear las barcas. Este islote, en concreto, tiene una hermosa peculiaridad motivada por ser el lugar del que se extrajeron todas las piedras que se utilizaron para la construcción de la muralla y la Iglesia. Parece ser que se formó un pequeño camino con los restos que caían al agua, creando un enlace artificial, entre el islote y la isla, al que se puede acceder andando y donde el agua solo te llega hasta los tobillos. A este camino lo conocemos como *el passer*<sup>[18]</sup>.

Caminaron embargados por un intenso y contenido silencio. Juan sentía martillar su corazón dentro de su pecho en cada uno de sus pasos. Intentaba controlar las inmensas ganas de salir corriendo despavorido para buscarme, pero su sentido de la razón era más fuerte que él y se limitó a seguir el mismo ritmo mientras que su mirada escudriñaba la puerta de *San Gabriel*. La última construcción por donde debían pasar para poder entrar en la ciudadela.

Observó las dos pilastras toscanas que la flanqueaban y, justo al entrar en ella para cruzarla, sus ojos se detuvieron en la frase esculpida en la piedra: “*Construido y edificado por obra del Carlos III, rey de las Españas*” “¿De las Españas!” —pensó, totalmente ofuscado por la preocupación, a la vez que llegaba a la conclusión de que sin duda sería un buen momento para que levantara la cabeza. “¡Seguro que se volvía a morir! ¡Mierda de vida! ¡Joder!”

Se quedaron inmóviles ante la imagen esperpéntica que encontraron nada más cruzarla. El humo que desprendía cada una de las casas incendiadas, junto con la gran columna que ascendía de la Iglesia, estaba siendo barrido por una pequeña brisa de mar formando pequeños remolinos cargados de cenizas. El aire era denso y se les introdujo en los pulmones haciéndolos toser. Tuvieron que quitarse las camisolas y atárselas alrededor de la boca. Aun así, esto no les protegía una zona tan sensible como los ojos y no pudieron evitar lagrimear por el intenso calor.

Salieron corriendo todos a la vez.

Cada uno buscando lo que tenían encontrar.

Juan se dirigió hacia la casa de Rosa sin pensarlo y se detuvo cuando ya estaba lo suficientemente cerca como para poder apreciar con seguridad que la cortina de la entrada estaba corrida hacia un lado. Nunca estaba así y el corazón, que hasta ese momento había cabalgado en su interior, redujo su ritmo hasta casi no existir y se llevó la mano al pecho con un acto reflejo.

Caminó lentamente hacia el interior, después de tragar saliva para intentar de esta manera hacer acopio de todas sus fuerzas.

Entonces, nos vio.

Toda la sangre de su cuerpo se retuvo en la zona del cuello al encontrarnos tiradas en el suelo. A su vista, no éramos más que simples despojos de lo que alguna vez se consideraron personas, como si no fuéramos más que basura.

Corrió y se arrodilló junto a nosotras.

Puso una mano sobre cada uno de nuestros cuerpos y alzó la cara, a la vez que abría la boca hasta sentir que se le descajaba; pero no emitió ningún sonido. Se trataba de un grito mudo y desesperado. Dirigió su mirada hacia nosotras otra vez y se tuvo que esforzar por realizar la simple acción de retomar un poco de aire. Le pareció que su propio aliento rasgaba su garganta hasta producirle una herida. Así que tras un largo momento, en el que le costó respirar entre sollozo y sollozo, al fin gritó. Fue capaz de emitir un sonido tan desgarrador que le dio la sensación de que se le quebraran las entrañas.

Sangre.

Sangre por todas partes.

Se enjugó las lágrimas para valorar la situación en un impresionante intento de autocontrol. Aun así, lo primero que hizo, fue asegurarse de que seguíamos con vida entre la maraña de sangre y pelo.

Rosa estaba en mejor estado gracias a Dios, a pesar de que sus facciones estaban desdibujadas por el golpe recibido en la cabeza por la culata y comprobó que también tenía sangre derramada entre sus piernas.

—Rosa. ¡Rosa! ¡Despierta, Rosa! —gritó entre sollozos y se tranquilizó al comprobar que respondía con unos pequeños parpadeos.

—No te preocupes. Todo se va a arreglar —la voz de Juan era apenas un balbuceo.

En cambio, yo, su Luna, estaba destrozada.

Eran demasiado evidentes y brutales las señales de golpes y patadas por todo mi cuerpo, junto con marcas de mordiscos hasta por la espalda y mi cara, mi preciosa cara, no existía. Los párpados estaban tan hinchados que parecían haber absorbido a mis ojos. Se fijó en que tenía la nariz rota y la boca tan abultada que pensó que era un milagro que respirara todavía.

Se levantó rápidamente para buscar todas las sábanas y toallas que pudo encontrar con el fin de ponerlas en una silla lo más cercana a nosotras. Cogió un par de cubos y salió corriendo para traer agua y entonces, de pronto, su cerebro tomó conciencia de la realidad. Se podían oír gritos pidiendo ayuda desde todas las direcciones, pero esto no lo detuvo y continuó corriendo.

Cuando regresó, extendió una sábana en el suelo y con mucho cuidado trasladó mi cuerpo hacia ella.

—Menos mal que estás inconsciente, cariño —apenas sí podía ver nada a través de sus lágrimas.

A continuación, hizo lo mismo con Rosa. Puso un cubo a su lado y con un trozo de toalla lavó todas sus heridas. Rosa tomaba conciencia por momentos y, de vez en cuando, emitía algún quejido de dolor al sollozar.

—¡Luna! ¡Luna! ¡Luna! —Era lo único que repetía, una y otra vez, antes de volver a perder el conocimiento. Mientras que Juan, después de dejarla lo más limpia que pudo, la tapó con una sábana y puso toda su atención en mí.

—Mi niña... ¡No te han dejado ni un solo lugar sano! ¿Quién ha podido hacer algo así? ¡Te juro que lo va a pagar! —No podía dejar de llorar ante mi aspecto y lo que más le inquietaba, era que no había ningún signo de respuesta por mi parte. Nada.

Aquella mañana se realizó un cambio profundo en los habitantes de la isla. Después del trágico suceso, el silencio se prolongó durante días. Se deslizó por toda su superficie el peso de la desolación. Una capa invisible de neblina cargada de locura y desesperación. Juan vivió la imagen de nuestra cabaña reducida a cenizas. Aquel hecho significó el fin de una época en la que se sintió medianamente feliz. Sin saberlo, al entrar en su vida, le proporcionó una razón para seguir luchando cuando las fuerzas empezaban a fallarle.

En ese clímax, y sin ningún estado de ánimo, se decidió que ese lugar fuera el campo santo ya que la cabaña no existía. La ceremonia no estuvo acompañada de ningún tipo de liturgia religiosa, puesto que nuestro párroco había desaparecido y no se sabía nada de él en ese momento. Simplemente, se limitaron a excavar las tumbas alrededor de un extraño rosal que, de puro milagro, había escapado a aquella espiral de destrucción. Al enterrarlos, los cubrieron con la misma tierra inhóspita que les había permitido vivir hasta ese día.

Juan dirigió su mirada hacia un punto de aquel horizonte que curiosamente amaneció gris y se hacía difícil distinguirlo. Un cielo que no se pudo contener, al ser incapaz de dejar paso a un solo rayo de sol entre sus nubes, y empezó a derramar una fina lluvia sobre los presentes.

Totalmente embargado, alzó su rostro para que las gotas resbalaran por él simulando caricias y le dio la sensación de que el mismo cielo lloraba.

—No existen palabras para describir este momento. Ni tan siquiera una forma lógica de buscar, si existe, alguna razón. Lo hecho, hecho está. Nada que hagamos ni podamos decir nos devolverá a ninguno de nuestros seres queridos.

—Lo que sí os aseguro, es que voy a luchar con todas mis fuerzas para que no se vuelva a repetir y lo voy a hacer hasta mi último aliento. Todas y cada una de las almas que hoy hemos enterrado aquí, tienen que saber que su sufrimiento no ha sido en vano y que sus muertes han servido para salvarnos al resto. Me niego en rotundo a no darles un sentido.

—Quiero decirlos que entiendo que decidáis abandonar la isla y os ayudaré en todo lo que pueda, pero los que nos quedemos... ¡Vamos a luchar por nuestras vidas! ¡A plantar batalla al que venga a atacar lo que es nuestro! Aunque me quede solo y pueda contar únicamente con mis dos manos —al decir esto, se giró señalando a la columna de humo que todavía se desprendía de la Iglesia. —¡Juro por mi vida que esto no se va a volver a repetir! ¡Me importa una mierda que sean españoles como nosotros! ¡Que se maten entre ellos si es lo que desean! ¡Y que nos dejen vivir en paz a los que queremos hacerlo! —Tras estas palabras, se mantuvo callado un rato antes de emprender el regreso a casa de Rosa.

El resto de la comitiva lo siguió en silencio.

Durante los días siguientes estuvieron arreglando todo lo que había sido destrozado, menos la Iglesia. Se decidió por consenso que fuera pasto de las llamas, ya que la columna de humo se podría ver a distancia y era una advertencia de que no iban a encontrar nada que mereciera la pena para el que quisiera venir. No se trataba más que de un pequeño intento de ganar tiempo mientras que se preparaban los que querían marcharse.

Entretanto, y de manera paralela a todos estos acontecimientos, Rosa y yo permanecíamos ajenas a todo, acostadas en la misma cama dentro de su habitación. Juan nos cuidaba de día y de noche, porque a esto tengo que añadir que la isla no tenía médico. Respecto a la sanidad dejaba mucho que desear y no puedo especificar si era por falta de medios o por desidia de los gobernantes. El caso es que no contábamos en ese momento con ayuda sanitaria de ningún tipo.

Menos mal que las heridas de Rosa no fueron tan graves como las mías y, gracias a eso, tuvo una rápida recuperación. Se levantó en cuanto se sintió con fuerzas y eso supuso un pequeño descanso para Juan, que ya estaba al límite de su aguante bajo tanta presión. El pobre no podía más que resignarse con tristeza e impotencia al tener que despedirse de tanta gente. La inmensa mayoría decidió marcharse hacia Santa Pola por ser el sitio más parecido a la isla que conocían. Sabían que iban a encontrarse con la guerra cara a cara, pero pensaron que esa era la mejor opción, porque los habitantes de Santa Pola eran marineros y tenían el mismo espíritu de solidaridad.

Tomás perdió a su mujer y a su hijita aquella fatídica mañana, es decir, lo perdió todo. Así que decidió quedarse al comprobar que, realmente, Juan se quedaba solo. No se sentía con fuerzas para empezar en otro lugar, y esa fue la razón de que tomara la decisión.

—¡No me vas a convencer! ¡No! ¡He dicho que me quedo y me quedo! Juan, ¡por favor! Tenemos que dejar de perder el tiempo y pensar qué vamos a hacer si regresan. —Enfadado por escuchar a Juan, terminaba gritándole para ver si de esta manera entraba en razón.

—¡Bien! ¡Haz lo que te dé la gana! Pero hasta que no se marchen, no podemos planear nada. ¡Tenemos mucho que hacer! —Juan le contestaba de mala manera dándole la espalda, cansado de discutir con él.

De alguna manera, puedo decir que en ese momento, y mientras todo esto sucedía, me encontraba perdida en mi mundo particular. Quisiera poder detallar con palabras en qué tipo de universo me sumí, pero es bastante difícil de explicar incluso para alguien como yo. Me sentía de la misma forma que si fuera meramente una sensación. No sufría ningún tipo de dolor y tampoco de emoción. La verdad es que, para ser sincera, tengo que decir que el efecto de no tener constancia de tu cuerpo físico te regala la oportunidad de una falsa ilusión de paz, por así decirlo. Por primera vez en mi vida, no existía el miedo en mí y, realmente tener conciencia de eso, me hacía feliz. A todo esto contribuyó, claro está, que en ningún momento vi ninguna luz extraña y que ni tan siquiera me realizara una visita algún espíritu de los que tanto hablaba y rezaba sin cesar mi querida Rosa. No, nada de eso. Simplemente, me daba la sensación de haberme transformado en un estadio etéreo en el que pude recrearme para pensar en uno de los problemas que más me angustiaban sin ningún tipo de atadura.

“¿Por qué no era capaz de hablar? ¿Por qué la palabra se negaba a salir de mis labios?”

Yo tengo voz. La puedo oír en mi interior. Una voz con un timbre agradable en algunas ocasiones, pero que puede llegar a ser demasiado agudo dependiendo de mi estado de ánimo. Tanto Juan como Rosa a lo largo de los años, y tras bastante esfuerzo por su parte, me han enseñado a amar a la palabra como fuerza vital y arrolladora. Siendo un hermoso puente entre el pensamiento y la emoción. A veces indómita como un poder sobrenatural, mientras que, otras ocasiones, es capaz de arrastrarte el alma y de llenarla de ternura de manera subyugante. No puedo sentir la palabra como una huida. No soy capaz. La palabra es un encuentro con nuestro interior, con otras vidas, otras orillas y con otros corazones.

Entonces, “¿por qué no puedo mirar a Juan y darle las gracias? ¿Qué es lo que me lo impide?” A estas alturas debería de poder hacerlo después de todo lo que había pasado.

Él es la mejor persona que existe en mi vida. Me ha demostrado con creces que siente verdadero cariño por mí y siempre sin pedir nada a cambio. Lo que me lleva a pensar que es amor. Ese amor del que tanto habla y que no consigo entender. Realmente, me quiere de la misma forma que si fuera mi padre.

“¡Un gran padre!”

Y, a pesar de estar inconsciente, tuve la certeza de que se encontraba cerca y de que no me abandonaría sin hacer todo lo posible por salvarme.

Este hilo de pensamientos me conducía de nuevo hacia la eterna pregunta... “¿Por qué no lo hago?” Acaso la base del problema radique en que soy egoísta. “¿Puede ser eso? ¿Es por eso por lo que me niego a volver?” Aunque pueda parecer un extraño razonamiento, no lo es. Realmente, me estaba negando a volver aún a sabiendas de que él estaría sufriendo. No me sentía capaz de regresar a la cruda realidad. No se trataba de que deseara otra opción en concreto, sino que, por ser la primera vez, respiraba sin miedo y esa era una sensación tan extraordinaria que me negaba a perderla. De lo que no me cabe duda es que soy una persona fuerte, aunque en ese momento sentía la flaqueza de no tener determinación. Me recreé tanto pensándolo que descubrí que sufría algún tipo de ausencia, de la misma forma que si existiera un hueco en mi interior por rellenar.

No puedo dejar de sentirme avergonzada al confesar que no puse ningún empeño para regresar y que por eso tardé tanto en hacerlo.

Por otro lado, era Rosa la que vivía pendiente de mí en ausencia de Juan, mientras los demás seguían intentando arreglar al máximo la situación. La pobre se deshacía con mil cuidados hacia mi persona. Lo primero que hacía, nada más levantarse, era arreglarme a primera hora de la mañana después de vestirse y desayunar. Me lavaba las heridas con sumo cuidado, cambiaba las sábanas y me abría los labios para intentar que bebiera, haciendo un verdadero esfuerzo. No he dicho todavía que

Juan se dirigió con el barco hacia Santa Pola arriesgando su vida para conseguir la ayuda de un médico y que, al no estar mejor la situación en el pueblo, fue imposible traerlo hasta la isla. Así que no tuvo otra opción más que abastecerse de todo lo que pudo conseguir para poder efectuarle las curas.

En ese momento, Rosa estaba abriéndome las vendas para revisar una tras otra cada una de mis heridas con la máxima escrupulosidad del mundo y sin poder parar de llorar. Durante días y días lo hizo sin hablar, incapaz de ni tan siquiera pronunciar una sola palabra. Simplemente, se limitaba a curarme en el silencio de sus lágrimas y lo hacía sin dejar de rezar una dolorosa plegaria con bastante temor.

Tengo que decir que ella ha resultado ser todo un descubrimiento para mí a pesar de sus esfuerzos para que no percibiera nada que pudiera asustarme. Me refiero a su dolor, cuando digo esto. Ella se quedó viuda a los quince días de casarse. Un golpe de mar arrastró a Pedro, su marido, hacia su profundidad y con él, se esfumaron todos los sueños de formar una familia. Afrontó este hecho con resignación al ser una mujer de convicciones profundamente religiosas y gracias a ellas, por así decirlo, encontró la manera de poder sentir algún tipo de consuelo. Su razonamiento era muy sencillo y a la par bastante increíble, puesto que, según ella, a Pedro se lo había llevado Dios antes de su hora, porque tenía el alma de un ángel y lo pensaba con tanta intensidad que daba muestras realmente de sentirlo a través de un brillo especial en sus ojos.

Al escuchar sus palabras, la observaba sin dejar de pensar que no podía ser verdad.

Me angustiaba la sensación que me sobrecogía por no poder creerla y no será por no poner todo mi empeño en aceptarlo, pero me resultaba imposible muy a mi pesar. Si era verdad que realmente existía un Dios, “¿por qué consintió que muriera tan joven? ¿Por qué fue capaz de someterla al dolor de esa pérdida? ¿Qué beneficio suponía para el resto de la humanidad?”

Rosa no se volvió a casar y no fue por falta de oportunidades. Simplemente, no volvió a sentir por nadie lo que sintió con Pedro. A la pregunta de cómo pudo sobrevivir entonces sin un marido, la respuesta es muy sencilla. Se dedicó a ser la encargada de remendar las redes y cualquier aparejo necesario para la pesca en el que ella pudiera trabajar. Mientras los pescadores se preocuparon de que nunca le faltara pescado y todo lo necesario para que ella pudiera sobrevivir dentro de sus circunstancias. Se convirtió en el comodín de la isla, lo mismo ayudaba asistiendo al nacimiento de un bebé, que cuidando a alguien enfermo o convertía su casa en una improvisada guardería cuando algún vecino lo necesitaba. Ante lo cual, el párroco decidió que fuera ella la maestra de las niñas. Sí, aquí en Tabarca había una pequeña escuela en la que el párroco decidió hacerse cargo de los niños y permitió que fuera Rosa la encargada de las niñas. Escuela a la que yo no asistía y de ahí su empeño en no perder la oportunidad de hacerlo en su casa. Sin duda, era la determinación en persona y no estaba dispuesta a dejar pasar el momento en el que la visitaba obligada por Juan.

Mientras me debatía en ese mar de preguntas aquella mañana, Rosa cogió un mechón de mi cabello entre sus dedos y empezó a hablar tras secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—Mi niña, mi preciosa Luna. Siento mucho haber dejado de hablar contigo, pero es tanta la tristeza que me ahogo en ella. Cariño, tienes que volver, por favor. No quiero preocuparte, pero es que te lo tengo que decir. Si no vuelves, Juan va a perder la razón. No sabes en qué condiciones está. Deambula de un lado a otro de la isla de la misma forma que un animal dentro de su jaula, y temo por él. Ha dejado de comer y, prácticamente, no duerme. Está enfermo de preocupación. Luna, escúchame. Luna... —y las lágrimas, de nuevo, le impedían pronunciar palabras.

Me acarició el rostro sin dejar de llorar durante un largo momento. Entonces, se alejó un poco para coger una silla y acercarla al lateral de la cama. Se sentó y, mientras que sujetaba mi mano entre las suyas, apoyó la cabeza sobre ellas. No sé si fueron sus palabras o el tono de su voz. La verdad es que de alguna manera, empecé a tomar conciencia. No me sentía con fuerza para abrir los ojos y ni tan siquiera para hacer algún pequeño movimiento con los dedos, pero puedo asegurar que ese fue el momento justo en el que desperté. Y fue tan intensa la sacudida de dolor que me recorrió todo el cuerpo, que grité mientras mis ojos todavía estaban cerrados. Grité con la toda la fuerza interior que había sido capaz de tener dormida durante tantos años. Lo que provocó que se pusiera en pie de un salto al asustarse y que con el impulso tirara la silla en la que estaba sentada.

—¡Luna! ¡Luna! Ay, ¡Dios mío! ¡Luna!. Pero, ¿es posible? ¡Luna! ¡Has vuelto!, ja, ja, ja —y se derrumbó sobre mí llorando y riendo a la vez. “¡Estaba histérica!”

—¡Luna! Mi Luna... —pronunciaba mi nombre continuamente sin parar de llorar.

—¡Madre mía! ¡Voy a avisar a Juan! Luna, ¡escúchame! ¡Ni se te ocurra desvanecerte otra vez! ¡Enseguida vuelvo! —y salió corriendo para buscar a Juan todo lo rápido que pudo —¡Ay, Juan! ¡Juan! ¿Dónde estás? —gritaba sin cesar.

Pude oír alejarse al eco de sus gritos poco a poco, hasta que llegó un momento en que desaparecieron.

Me mantuve inmóvil. Mis oídos, al relajarme, permitieron de esta manera que entrara en mí el sonido de la vida. Unos ruidos tan familiares que me hicieron llorar para mi asombro. Era capaz de oír perfectamente la abrupta voz del mar en el rompiente de las olas, a mis queridas gaviotas y, especialmente, al susurro de la brisa intentando colarse por cualquier pequeña rendija con la que se pudiera topar en su recorrido errático.

La habitación estaba sumida en penumbra y esa exigua iluminación bastaba para que pudiera sentir como ardían mis ojos en cada parpadeo. Aun así, empecé a abrirlos con torpeza poco a poco.

El dormitorio en el que estaba era sencillo. Tenía una cama con un crucifijo colgado en la pared, dos mesitas de noche y una cómoda con el único espejo de la casa. No me supuso ningún esfuerzo reconocer ese lugar ya que se trataba del sitio en el que nos sentábamos para peinarnos, o por lo menos a intentarlo. Y este recuerdo me hizo sonreír antes de proseguir con la inspección.

Bien, al fondo había una pequeña ventana que daba a un reducido patio interior que, en ese momento, permanecía con una hoja cerrada y la otra levemente entreabierta, permitiendo pasar a penas algún rayo de luz.

Me dio la sensación de que el cielo estaba gris y pensé con tristeza que no podría acercarme a la orilla a sentarme tranquilamente a observar el mar.

Me encantan los días nublados, esos en los que no se puede distinguir el horizonte y puedo tener la sensación de que la isla está suspendida en el espacio, ajena a cualquier lugar. Es cuando más siento el peso de nuestra propia levedad.

Por otro lado, la habitación de Rosa parecía tener una especie de halo mágico. No sé si será por el pequeño altar con velas en forma de mariposa flotando como pequeños nenúfares de luz sobre aceite. Lo hacían en el interior de un plato de loza con delicados pétalos pintados por ella y que, por cierto, nunca he conseguido averiguar de qué tipo de flor se trataba. Ese minúsculo lago de fulgor reposaba sobre la cómoda y alumbraba con una luz que oscilaba sobre el rostro de la Virgen Nuestra Señora del Rosario. Dándome la sensación de que la imagen me sonreía a ratos. Algo que era provocado por ese mismo juego de luces. La verdad es que no sé si realmente era esa la razón, pero este lugar siempre me ha resultado bellissimo y enterecedor.

Rosa siempre ha sentido verdadera veneración por esa virgen. Han sido muchas las veces en las que ha observado con interés mi expresión cuando me ha obligado a sentarme delante de ese espejo y he tenido la sensación de que siempre ha esperado algún tipo de reacción por mi parte, pero ese rostro brillante e inexpresivo nunca me ha dicho nada.

—Mírala, Luna. ¿No te parece preciosa? Ella es mujer como nosotras, por eso quizás al rezarle, la pueda notar tan cercana —y callaba para observarme y poder comprobar si sus palabras me producían algún efecto; pero ni me inmutaba. —No te preocupes, ya le hablo y le rezo por las dos, porque estoy convencida de que ella nos protege.

“¿Nos protege? ¿Hasta qué punto podría llegar la fe de esta mujer?” Si eso fuera cierto, en ningún momento habríamos sentido tanto dolor. “¿Qué clase de dogma es benigno cuando te dice que a través del sufrimiento encontraras el cielo? ¡Es que no lo puedo entender! ¿El cielo?” Es decir, “¿todo se reduce a pasarlas putas aquí para luego tener el premio de vivir una gloriosa vida eterna? Pero... ¿Es que acaso estamos perdiendo el juicio por nuestra debilidad? ¡Por favor!” De qué nos sirve amasar conocimientos si a la hora de la verdad los ignoramos por completo. No, señor. Aquí nacemos para vivir de la mejor manera posible. No existe ninguna prueba que demuestre que esas certezas sean ciertas. Ninguna. Yo, que soy instinto, sé a ciencia cierta de lo que dispongo, que no es otra cosa que mi vida y que estoy sometida a las condiciones en que mi organismo esté, es decir, a mi propia fortaleza. Nada me hace pensar que pueda existir nada más allá de todo eso y, por lo tanto, creo que lo más sensato es intentar vivir en consecuencia.

La abrupta entrada de Rosa, Juan y Tomás rompió el hilo de mis pensamientos.

Juan se detuvo en seco al pie de la cama y, por unos momentos, me observó en silencio con los ojos abarrotados de lágrimas.

—¡Juan es verdad! ¿Lo ves? ¡Ha despertado! —la voz de Rosa era el único sonido que rompía aquel intenso silencio.

Juan bordeó la cama con paso lento deteniéndose en el lateral y, sin mediar palabra, rozó con los dedos mi mano antes de sentarse y abrigarme con un tierno abrazo.

—¡Por un momento pensé que te perdería! —su voz estaba quebrada por la emoción. —Luna. ¡Mi pequeña Luna! —y los sollozos no le permitieron continuar.

En ese momento empecé a llorar también, porque su imagen me rompió el corazón. Rosa no había exagerado ni un ápice al contarme en qué estado se encontraba. Parecía una imagen desleída de sí mismo. Unas grandes y negruzcas sombras rodeaban todo el contorno de sus ojos, provocando que su mirada asomara devorada por la tristeza. Había perdido mucho peso y la camisola le bailaba sobre los huesos.

No podía parar de llorar.

“¡Qué mal me sentí por no haber luchado por regresar! ¡Qué egoísta! ¡Juan no se merecía eso!”

Así que con el alma encogida por todo aquello y, quizás, arrastrada por la emoción del momento..., hablé.

—G r a c i a s, Juuuan... —y me tembló el cuerpo entero al hacerlo.

“¡Qué sensación tan extraña me produjo su sonido a través de mi garganta! ¡Pude sentir perfectamente la forma en que se modulaban las palabras dentro de mi boca! ¡Hasta las saboreé!”

Juan, me soltó para mirarme con un impulso y pude ver su expresión de total incredulidad, mientras que Rosa y Tomás se abrazaban riendo y llorando a la vez.

—¡Luna, acabas de hablar! —Me besaba el rostro compulsivamente, de tal manera, que me mojó por entero la cara con sus lágrimas.

—Lo siento mucho. Lamento no haberte hablado hasta ahora —apenas conseguí emitir un leve susurro un poco forzado al costarme vocalizar.

“¡Qué necia pude llegar a ser! ¡Qué inutilidad es desperdiciar la vida sometida bajo las garras del miedo!”

—No, no me digas eso cariño. Sabes que siempre te he dicho que las cosas ocurren cuando tienen que ocurrir. Lo importante es que por fin has despertado y que he podido oír tu voz. ¡No puedo ser más feliz! —y se levantó para dirigirse hacia Rosa y abrazarla. Mientras Tomás, que todavía permanecía en la misma posición al pie de la cama, me sonreía incapaz de moverse. Le devolví la mirada bastante extrañada por el cariño que me transmitía su expresión. Tomás siempre se mantuvo a cierta distancia de mí y no me refirió únicamente a los tres pasos. No. Se trataba de algo más. Siempre me dio la sensación de que le parecía una criatura demasiado extraña y que en cierto modo le desagradaba, de la misma forma que a muchos de los habitantes de la isla. Así que era normal mi extrañeza ante su pequeña muestra de sentimientos.

Eran tantas las emociones que los ojos se me cerraban de puro cansancio, pero antes de caer en un profundo sueño, no pude evitar fijarme en un detalle que me llamó poderosamente la atención. Se trataba del brillo en la mirada de Rosa mientras abrazaba a Juan y, sin darme cuenta, sonreí al cerrar los ojos de nuevo.

Durante un buen rato me observaron en silencio mientras dormía, porque se sentían bien por primera vez en mucho tiempo.

—Tomás tenemos que terminar de organizarlo todo —la voz de Juan rompió el silencio y Tomás asintió con la cabeza sin dejar de observarme.

—Bueno, primero preparo algo de cena —añadió Rosa, dirigiéndose decidida hacia la pequeña cocina seguida por ellos dos.

—Tenemos que planificar bien cada uno de nuestros movimientos. Piensa que somos muy pocos y no tenemos manera de averiguar cuántos van a ser cuando vuelvan.

—Ya lo sé, pero contamos con una pequeña ventaja. Conocemos todos los rincones de la isla y ellos no.

—No podemos confiar en que con eso vayamos a poder sobrevivir y aquí se trata de conseguir sufrir el menor número de bajas posible. Piensa que tan solo podemos contar con nosotros cuatro y tres más —al decir esto último dejó de hablar y fijó la mirada en un punto indeterminado del tazón de sopa que con sigilo le había colocado Rosa delante. Estaba muy preocupado, porque los otros tres eran hombres muy mayores y no sabía hasta qué punto eso iba a resultar realmente una ayuda.

Tanto Tomás como Rosa permanecieron en silencio esperando a que reiniciara la conversación. Lo conocían demasiado y sabían que, en ese momento, las ideas no podían dar más de sí en el interior de su cabeza.

—Bien, no vamos a perder el tiempo. Tenemos que idear un plan preciso y conciso. Esto es fundamental. Lo primero en lo que tenemos que pensar es en dónde las vamos a esconder...

—¿Esconder? ¡Ni pensar! ¡Ese desgraciado tiene que saber quién soy yo!! —Rosa lo interrumpió en un arranque de mal genio sin dejarlo terminar.

—¡Qué dices! ¿Estás loca o qué? Mira, no me hagas perder el tiempo ni la energía con estupideces. Tanto Luna como tú os vais a esconder y ¡punto! Estamos en guerra y en una isla, por lo que estamos expuestos a la visita de cualquiera y, ¡no estoy dispuesto a sufrir ningún susto más! Así que vamos a decidir en qué lugar os vamos a meter ante cualquier circunstancia que consideremos de peligro. ¿Está claro? —La voz de Juan sonó cortante, ante lo que Rosa se limitó a asentir y a observarlo en silencio. No le gustaba nada que se enfadara con ella.

Guardaba un secreto que la estaba quemando por dentro. Un secreto que, por momentos, sentía que no iba a ser capaz de ocultar. Se había enamorado de Juan, para su sorpresa y fuera de todo pronóstico.

“¡Qué intenso esto de sentir amor y a mis años! ¡Quién me lo iba a decir! ¡Benditos todos los santos que así lo han concebido! ¡Cuando ya había cerrado todas las posibilidades a él! ¡Lo he vuelto a sentir! ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer!” La voz de este pensamiento gritaba a pleno pulmón en su interior y se esforzó para apacar el impulso de levantarse y de aferrarse a él.

Juan siempre había sido excesivamente correcto con ella. No es que hubieran mantenido largas conversaciones en alguna ocasión ni nada parecido. Lo que ocurre es que era el dueño de la mirada más limpia que había visto jamás y eso, para alguien como Rosa, era motivo suficiente. Así que su relación siempre fue cordial; aunque se tratara de un hombre parco en palabras. Simplemente, la acción de recogerme y criarme él solo, lo decía todo. Sin olvidar que, realmente, yo resultaba ser una niña extraña y que no hay que olvidar las condiciones en que se vivía, bueno, más que vivir, se sobrevivía. Era un hecho totalmente excepcional el comportamiento de Juan. Todos conocían su necesidad de vivir en soledad y de hecho así lo hacía, apartado de todos en el otro extremo de la isla. Hasta que para sorpresa general apareció una mañana conmigo, que más asustada no podía estar. Rosa, en ese momento, supo que iba a ser muy importante en su vida, y a que tan solo tuvo que mirarme un segundo para saberlo y eso que le costó hacerlo, porque al llegar a la plaza, me detuve a su espalda esquivando la mirada de todos a cierta distancia. Lo que más le llamó la atención fue mi larga melena negra totalmente enmarañada que caía sobre mis hombros como una cascada que casi me rozaba la cintura. Un cuerpecito frágil y delgado que se podía medio adivinar, sin ningún tipo de esfuerzo, bajo aquella camisola con la que Juan me vistió y que a malas penas me tapaba los pies descalzos.

“¡Era la viva imagen de la desolación! ¡Por Dios! ¡Cómo no iba a intentar ayudarlo en todo lo que pudiera!” Así que, cuando Juan terminó la presentación y el grupo se disolvió, se acercó con timidez para hablar con él y ofrecerse en todo lo que pudiera necesitar, al ser demasiado evidente para todos que lo superaba la situación. Hecho que hizo que Rosa lo admirara profundamente.

Siempre que Juan la necesitó acudió a ella y en ningún momento, dudaba en hacer lo que fuera necesario para conseguir que yo, que era su preciosa chiquilla, estuviera bien, porque con el pasar de los años cada vez me quería más.

Esos fueron los parámetros de su relación hasta aquél fatídico día. Absolutamente todo giraba en torno a mí, su Luna.

Para Rosa aquel horrible día algo cambió de manera sutil y totalmente desgarradora en su interior, cuando pudo oír la voz quebrada de Juan junto con sus lágrimas y notar sus manos ásperas curarle las heridas con extrema suavidad. Estaba convencida de que fue el sonido de su voz lo que al final consiguió amarrarla a la vida. Así que cuando por fin despertó y pudo reanudarla de nuevo, sintió de una manera casi viral que una emoción para ella olvidada había entrado a formar parte, tan adentro, que la podía notar correr por su torrente sanguíneo, alterando con eso el ritmo de su corazón. En un primer instante, se asustó mucho por su intensidad y por nada del mundo quería que él lo llegara a percibir.

Así que totalmente desalentada, tomó la decisión de superarla. No era el momento para nada de eso y además ya no era una mujer joven, a pesar de que su piel se conservaba tersa pese a ese implacable sol que acosaba día a día toda la superficie de la isla. Tampoco se consideraba una mujer guapa y se sorprendió a sí misma observándose minuciosamente delante del espejo de la cómoda. No conseguía ver nada extraordinario en sus rasgos. Durante años y años fue capaz de pasar por delante de él sin parar a observarse, sin detenerse a hacerlo de verdad. Hasta ese momento, en que bailaban por el óvalo de su cara las sombras que producían aquellas velas que nunca apagaba.

Abrió un poco el escote de su sencillo vestido y, de momento, sintió una profunda punzada de temor al visualizar a Juan acariciándola en su pensamiento. “¡Eso era demasiado! ¡No!” La sola idea de poder estar con otra persona en esas circunstancias, le parecía algo imposible. No pudo evitar que le temblaran las manos al abrocharse aquellos cuatro botones y tampoco logró que no se le escapara un sollozo de impotencia al sentirse como una adolescente. A la que, desbordada por el despertar de su cuerpo, le cuesta enfrentarse a ese instinto mordaz de necesitar el contacto de la piel por primera vez. Por lo que no le costó llegar a la dolorosa conclusión de que no iba a ser capaz de dar ese paso. Entonces, “¿por qué se apoderaba de ella la sensación de que su vida estaba en su boca y en sus manos? ¿Por qué al mirarlo el resto del mundo dejaba de existir?” y sentía la fuerza intensa de un impulso lento, palpitante y sugestivo la arrastraba, ahogándola en el abismo de sus ojos y dominándola por completo. Sometida a esta sensación, cerró los ojos y sus propias lágrimas resbalaron huyendo de la pequeña trampa de sus pestañas.

Al abrirlos de nuevo, su mirada se detuvo en la fotografía de su boda. Allí estaba Pedro, su marido, observándola vestido de novio con una amplia sonrisa. No pudo remediarlo e inconscientemente, acarició el cristal con los dedos sin poder dejar de sentir aquel amor tan profundo y las lágrimas, de nuevo, de la misma forma que en un sin fin de veces anteriores, empezaron a correr por sus mejillas. “¿Por qué era todo tan complicado? ¿Por qué, Dios Mío? ¡Tantos planes! ¡Tanta ilusión! ¡Tanto amor! ¡Qué inutilidad!” Para al final no darles tiempo a nada, ni tan siquiera a poder tener un hijo. Algo que a ella la habría hecho muy feliz y hubiera sido una manera de mantenerlo con vida de alguna forma a través de algún gesto o en el color de sus ojos... “¡No importaba!” Por alguna razón, el destino no lo había querido así y, resignada, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, a la vez que suspiraba y abrazaba al pequeño marco que guardaba su corazón roto en su interior.

“Tras un cristal... Tenía el corazón atrapado tras un cristal”

Los días pasaron con la pausa de quien no quiere recordar el ayer. Juan estaba desbordado por todo lo que había que hacer para alivio de Rosa. Desde ayudar a los que se marchaban, hasta intentar reparar los aljibes que era lo más indispensable y vital para ellos.

Alrededor de la plaza se construyeron cuatro aljibes enormes para poder recoger al máximo el agua de lluvia, a la par que se edificaba la ciudadela y las viviendas. Algo que no resultó ser muy práctico al no llover mucho en esta zona, por lo que tuvieron que optar por solicitar al Gobernador de turno el transporte de agua en barcazas. Aun así, Juan puso todo su empeño para que, antes de marcharse todo el mundo, lo ayudaran por lo menos a reparar dos, por si acaso. A todo esto, también hay que añadir que se encargaba de cuidarme sin descanso por mucho que insistiera Rosa en que para eso ya estaba ella.

Así que una impotente Rosa, sin saber muy bien qué hacer, tuvo que limitarse a observar cómo poco a poco el miedo de Juan por perderme lo iba consumiendo.

Hasta que una madrugada, lo encontró sentado en un rincón del pequeño patio con la cabeza entre las manos y llorando desconsoladamente. Sin pensarlo, se acercó, se detuvo delante de él y, ajustándose al cuerpo la toquilla de lana que llevaba sobre el camión, alargó la mano para acariciar aquellos cabellos blancos que tanto amaba. Azorada, sintió cómo se perdían sus dedos en él, al mismo tiempo que su propia voluntad. Juan alzó la cabeza al sentir su caricia y, todavía sentado, la atrajo hacia él y la abrazó.

—¡No puedo perderla! ¡No sé qué más puedo hacer! —la aferraba con fuerza mientras su voz se quebraba en un doloroso susurro.

—Juan, tienes que tranquilizarte. Luna es muy fuerte, estoy convencida de que va a conseguir salir de esta. Juan... —y no pudo seguir, porque la ahogaban los sentimientos acumulados.

Juan la soltó para poder levantarse y eso resultó ser demasiado para ella. Se le cortó la respiración al tenerlo así de cerca, con sus pupilas clavadas en las suyas, en su boca y en el descubrimiento de cada rincón de su rostro. Estaba tan embargada por el momento, que no llegó a percibir que el recorrido de los dedos de Juan sobre sus mejillas, le dibujaban el pulso de su deseo con suaves caricias hasta detenerse en el cuello para sujetarle con decisión la barbilla con el fin de atraerla hacia sus labios.

Nada más rozar su piel, lo supo.

Justo en ese momento, percibieron que ese era su lugar. No les importó perderse en la calidez de sus bocas y se amaron de una manera vehemente y arrolladora. De la única forma que pueden hacerlo dos personas que pueden detener el tiempo. Dos personas, a los que la vida los ha despojado de todo y que son capaces de descubrirse el uno en el otro con ternura, hambre y sed. Con la fuerza de dos corazones que, hasta ese momento, no han tenido la oportunidad de expresarse. Dos personas, que tienen la certeza de que nadie es inmune a caer en el abismo de la soledad y que no existen ventanas por abrir para respirar un leve aliento de felicidad en esa insondable sima.

A partir de ese momento, se perdieron el uno en el otro cada una de sus noches, conscientes de que se trataba de un regalo del destino.

Para Rosa supuso que una transformación radical se efectuara en su interior de golpe. Se desvanecieron, en un abrir y cerrar de ojos, los miedos e inseguridades que por su madurez había llegado a sentir. Juan resultó ser una amante ideal. A pesar de sus rudas maneras, escondía un alma sensible y tierna. Así que Rosa sentía que le iba a estallar el corazón al verse reflejada en su mirada y comprobar que su imagen era la expresión de la belleza entre besos y caricias. Solo el amor de Juan fue capaz de conseguido y se sentía inmensamente feliz a pesar de las circunstancias, ya que por muy mal que se pusiera la situación a lo largo del día, estaba convencida de que tan solo necesitaba detener su mirada en esos ojos para sentirse llena por dentro.

Sin darse cuenta, había permanecido perdida en estos pensamientos mientras sus dedos estrujaban nerviosamente la punta de la esquina de la servilleta que sujetaba entre las manos y, por lo tanto, tampoco percibió que Juan y Tomás llevaban observándola en silencio un largo rato.

—Rosa, ¿dónde tienes la cabeza? —Juan acompañó esta pregunta con una cariñosa sonrisa.

—¡Ay!, perdonar... ¡Los nervios me consumen! —intentó que su voz no sonara demasiado histérica.

—¡No es momento para eso! ¡No te dejes dominar! Hasta que terminemos de elaborar el plan, no vamos a acabar esta noche. Por lo menos a grosso modo y ya mañana con tranquilidad, ahondaremos en los detalles. Así que, ¡céntrate! ¡Tenemos que hacerlo! —Juan intentaba no parecer tremebundo, pero es que la situación no era para menos.

—Bien, lo primero es un plan de emergencia. Tenemos que estar preparados para cualquier eventualidad. Con esto quiero decir que no tienen por qué ser ellos los que vengan primero y no sé qué piensas hacer tú, pero yo no pienso luchar cada una de las veces. —Tomás estaba en lo cierto. Solo lucharían con el bárbaro que los masacró y, únicamente, en esa situación arriesgaría su vida.

—Tienes razón. Así que esto es lo que vamos a hacer: siempre habrá un vigía en una de las torres. La fortaleza de la isla cuenta con tres y desde cualquiera de ellas se tiene una panorámica de todo su contorno. Pablo, Pedro y Xisco lo pueden hacer de maravilla. Lo más lógico es que se centren en eso, ya que no van a poder actuar en caso de enfrentamiento por su avanzada edad. Y tranquilo, no voy a volver a discutir sobre esto de nuevo. Ellos lo han decidido así, pues, entonces, que así sea.

Tomás suspiró aliviado, porque por un momento temió otra inútil discusión.

—A ellos les podemos buscar algún escondite en el interior de cada torre. De esta manera, cuando den el aviso no van a tener correr mucho. No nos interesa que alguno pueda sufrir un ataque en ese mismo momento. ¿No te parece?

—Claro, por supuesto. Mañana por la mañana las recorreré por completo hasta encontrar algún lugar en el que puedan esconderse —al hablar Tomás intentaba visualizarlas, a pesar de que no conseguía recordarlas al detalle.

Al construir la fortaleza, se incluyeron tres grandes puertas. *La Puerta de San Rafael* estaba orientada hacia levante y franqueada por dos baluartes en honor a los santos patronos de la isla. Uno en honor de *San Pedro* y el otro en el de *San Pablo*. *La Puerta de San Miguel*, orientada hacia el norte y considerada la puerta principal que daba acceso a la plaza fortificada y la *Puerta de San Gabriel*, orientada hacia poniente y por la que se accedía al islote de la Cantera.

—De acuerdo. Tú dedícate a eso y hasta que no lo tengas resuelto, no pares. Piensa que de eso dependerá la vida de esos tres. —Juan no dejaba de sorprenderse por la actitud de los ancianos, aunque no había mucho que indagar ya que no se sentían capaces de dejar la isla.

—Por otro lado Rosa...

—Un momento, espera, Juan... ¿No te parece mejor si los ponemos de vigías dentro de la torre sur de la Iglesia? Es el punto más alto de toda la isla —lo cortó sin darse cuenta. —Mira, cada vez lo veo con más sentido y haciéndolo así podemos cubrir todos los frentes. Verás, desde el interior de la torre se puede otear perfectamente todo su alrededor a través de los miradores que, por su diseño, permiten que puedan hacerlo sin ser vistos. Estoy pensando que podemos hacer turnos de vigilancia y que en cada turno seamos dos, de esta manera los otros podrán descansar.



–¡Tienes razón! –de repente, Juan cambió su expresión sombría al encajarse las piezas dentro de su cabeza. –Tomás, ¡eres un genio! ¡¿Cómo no lo he pensado antes?!

–Tranquilo. No te alteres, es normal. Estamos agotados.

–¡No! ¡Calla! ¡Es perfecto! y nos va a servir para esconderlas a ellas también. Mira, mejor... Rosa, trae el candil que vamos a acercarnos un momento a la Iglesia –al decir esto, se puso en pie para dirigirse a la puerta. –Dáselo a Tomás. Me voy delante. ¡Ah! Rosa, por favor, no te muevas del lado de Luna. No la dejes sola –y desapareció tras la cortina de la puerta.

–¡Juan, espera! –Un asombrado Tomás también se puso en pie sin terminar de entender el porqué de tanta prisa.

Por su parte, Rosa se acercó hacia el aparador para coger el candil y después de cambiar la vela usada por otra nueva, se la entregó a Tomás.

–No pierdas el tiempo buscando una explicación. Sabes cómo es, no lo puede remediar. Toma y corre tras él –al hablar le mostró la mejor de sus sonrisas. Sabía que Juan podía llegar a desesperar bastante a la persona que estuviera a su lado y estaba convencida de que eso era por los años en los que había vivido en soledad. Al no ser una persona comunicativa provocaba que, en ocasiones, el que estaba a su lado sintiera que actuaba a salto de mata.

–Tranquila. No te preocupes –le devolvió la sonrisa y salió a toda prisa al exterior.

Rosa lo observó marcharse y encogió los hombros antes de ponerse a recoger la mesa y limpiarlo todo. Cuando terminó, regresó a la habitación y acercó una silla al lateral de mi cama para sentarse. Durante largo rato estuvo observándose en silencio hasta que, abatida por el cansancio, se levantó para cerrar la puerta de la casa. Ya que estaban ocupados con el plan, pensó que lo mejor que podía hacer era acostarse a mi lado. La verdad es que hacía un par de meses que no lo había hecho al dormir con Juan. Así que, con todo el sigilo del mundo, se metió bajo la manta y se acercó a mí todo lo que pudo para no despertarme.

–Esto todavía no ha terminado, mi niña –y acarició mi barriga con suaves movimientos. –Sé que eres fuerte y vas a poder con todo. Estoy convencida y, además, siempre voy a estar a tu lado para lo que necesites –su tono de voz apenas era un susurro. Rosa, en ese momento, y justo antes de que el sueño la venciera, sintió que no podía quererme más, mientras que por mi parte dormía plácidamente sin enterarme de nada.

El hecho de recorrer la isla en la oscuridad no dejaba de ser una experiencia escalofriante, incluso para ellos, que era lo único que conocían desde siempre. La escasa luz con la que contaban, provenía del reflejo de las estrellas en una noche sin luna. La isla para no ser infiel a su tremenda historia, de nuevo, se encontraba sumida en horas muy bajas. Por un lado, no había más opción que enfrentarse a la imagen de abandono por estar cerradas todas las viviendas y, por el otro, tampoco podían evitar ver los escombros, que no eran más que una prueba evidente y palpable de todo lo que destrozaron en su visita. Todavía estaban esparcidos por sus calles sin dejar de parecer un triste mensaje de desolación.

Aun así, Tomás era capaz de correr pisando con seguridad al conocer cada centímetro del recorrido como a la palma de su mano. Tras girar la esquina, se encontró con que Juan estaba intentando abrir la puerta de entrada con una barra de hierro. Desde luego no iba a ser fácil. La Iglesia, hasta hacía pocos días, no había parado de arder. De hecho, todavía se apreciaba sin ningún tipo de problema como una intensa nube oscura la rodeaba y esto era debido a que Juan se había mantenido firme en la idea de dejarla arder para que se pudiera ver a lo lejos, con el fin de evitar que nadie quisiera acercarse. Así que alimentaron el fuego con toda la madera que pudieron encontrar, desde los bancos de la misma Iglesia, hasta la que se reservaba en la pequeña zona junto a la muralla destinada a la construcción de barcos.

Juan se colocó la camisola tapándole la nariz y la boca, a la vez que dejaba caer el peso de su cuerpo para hacer palanca sin ceder en ningún momento la presión sobre aquella barra. Un esfuerzo que resultó inútil.

–¡Juan! ¡Juan! ¡Escúchame! ¡Juan! ¡¿Quieres parar?!

–¡Hombre! No te das cuenta de que es imposible. Ven, vamos a dar la vuelta por detrás. Acuérdate de que hay una puerta lateral y es más fina su madera. ¡Vamos! –e inició el camino hacia ese lugar.

Por su parte, Juan se limitó a seguirle a la vez que se secaba el sudor con la camisola.

El calor que desprendía la Iglesia en ruinas era insoportable.

–Mira, ¿ves? Por aquí va a ser más fácil. Espera... Voy a por un mazo y la echamos a bajo –y corrió hacia el pequeño astillero que había en el lateral de la muralla al pensar que podría encontrar alguna herramienta.

Mientras tanto, Juan permanecía ante la puerta sin dejar de sentir impotencia. Posó su mano sobre el tablero y comprobó que estaba caliente por el fuego que todavía ardía en su interior. Nervioso, echó un vistazo rápido a todo su alrededor esperando encontrar algo que le pudiera servir para abrirla y, sin más, escogió una piedra bastante grande que de por sí casi no podía levantar y la emprendió a golpes contra ella. A pesar de que pego un golpe tras otro con toda la fuerza de la que fue capaz, seguía sin ceder un solo milímetro. –¡Joder con el cura! ¡Desde luego la cerró bien antes de marcharse! –y aunque lo intentó, no pudo evitar maldecir al no conseguir nada más que hacerse pequeñas heridas en cada golpe, sangrando por cada una de ellas.

–Pero, ¿qué haces? ¡Estás loco! –la voz angustiada de Tomás hizo un pequeño eco en aquella deshabitada plaza. –¡Joder, Juan! ¡Tienes que calmarte! Si cada vez que me dé la vuelta, vas a hacer una de las tuyas... ¡Vamos mal! ¿Eh? –y lo apartó de un empujón. –¡Mira, coño! –gritó, a la vez que le enseñaba un martillo y un destornillador que consiguió encontrar entre todo lo que había esparcido por la arena. –¡No te quedes ahí pasmado! ¿Quieres hacer algo de utilidad? Entonces, corre hasta mi casa y tráete un par de mantas para protegernos del fuego. ¡Vamos! ¡Corre!... ¡Ah! ¡Mójalas en la fuente! ¡Que no se te olvide! Por nada del mundo quiero quemarme. –Juan ya había empezado a correr y Tomás se centró en la cerradura y empezó a martillar con decisión. No paró hasta que pudo sentir una especie de crujido y, sin darle tiempo a nada más, sintió cómo le golpeaba el rostro una nube espesa, negruzca y sofocante que, alimentada por el oxígeno que entró al abrirse la puerta, retomó con bastante virulencia la fuerza que apenas le quedaba. Cayó hacia atrás sorprendido por su empuje todo lo largo que era y sintiendo como si la piel de su cara formara parte de ese endemoniado incendio. –¡Joder! ¡Cómo duele! ¡Dios mío! –e inútilmente intentaba taparse con la camisola ennegrecida –¡Ahhhhhhh! ¡Esto es insoportable! –rodaba por el suelo intentando limpiarse los ojos desesperadamente. –¡Esto es el colmo! –gemía y lloraba a la vez.

En ese momento, llegó Juan con las mantas y, sorprendido al ver a Tomás en ese estado, se acercó a él y lo puso en pie como pudo para llevarlo a rastras hasta la fuente más cercana.

–Tomás, tranquilo –consiguió decirle mientras lo ayudaba a remojarse la cara. La verdad es que estaba muy impresionado con todo aquello y después de conseguir que dejara de gemitar por el dolor que le producían las quemaduras, se sentó junto a él en el suelo totalmente abatido y superado por la situación. Era inevitable. Se vio allí perdido, en la oscuridad de un mundo que estaba derrumbándose ante él y se preguntó si todo aquello realmente merecía la pena. –Hay muros que no se dejan derribar ni traspasar ni saltar, quizás me tenga que rendir ante la evidencia de que no consigo encontrar la forma de hacerlo. Quizás me tenga que rendir, sí... –Lo invadió un sentimiento profundo de tristeza e impotencia al mirar sus propias manos heridas a las que, hasta ese momento, había creído invencibles e incapaces de rendirse ante nada. Sumido en ese instante de debilidad, cerró los ojos para escuchar igual que en otras tantas ocasiones, la voz que había sido capaz de oír desde su primer segundo de vida. Una voz capaz de arrastrar con ella a sus propios latidos. Una voz subyugante que susurraba las letras de la palabra libertad. La voz de su mar y entonces, de nuevo, volvió a sentir que obraba ese milagro en él. –Mi mar, mi mar..., dame fuerzas. No me dejes. Tú, que golpeas a fuerza de olas esta tierra inhóspita y le das sentido hasta cuando no lo hay. Tú, que eres la voz y el recuerdo de tantas lágrimas. ¡Quédate en mí! –y lloró en silencio.

Transcurrieron un largo rato de esta manera.

–Juan, no sé qué estás pensando y tampoco quiero saberlo. Pero... ¡Como que hay un Dios que vamos a poder con esto! Así que, ¡jarriba! –la voz de Tomás lo devolvió a la realidad y agradeció estar a oscuras al no ser capaz de contener las lágrimas, mientras se esforzaba por sonreír al darse cuenta del torpe intento de Tomás por disimular el dolor que sentía.

–Tienes razón. Soy un viejo quejica y malhumorado. No sé cómo darte las gracias por todo.

–Pues, yo sí. Venga, levántate y vamos. Todavía tenemos mucho que hacer, y no es momento para esto –decidido, se dirigió de nuevo hacia la puerta, tapándose casi por entero con la manta empapada.

Juan lo observó un momento antes de taparse con la manta también y caminar tras sus pasos.

La imagen del interior de la Iglesia les sobrecogió el alma. Ante ellos se desplegaba sin barreras el rostro del mismo infierno y lo peor es que se trataba de suelo

sagrado. Ya que tanto el techo, como las paredes y el suelo estaban sembrados por el mismo tono negruzco del abismo. Les resultaba casi imposible respirar por la cantidad de humo y, con la temperatura tan alta, tampoco podían evitar un constante lagrimeo.

Caminaron lentamente, uno detrás del otro, esquivando como podían los escombros hasta llegar al altar y esto, a pesar de que las llamas danzaban con vida propia impulsadas por el aire que entraba renovado a través de la puerta abierta. Una vez allí, comprobaron la magnitud de la barbarie. Se quedaron petrificados al ver que antes de incendiarla destrozaron todo lo que pudieron.

—Se ve que conocían la leyenda del tesoro de las monedas del *rey Carlos III* y vinieron a tiro fijo. ¡Qué cabrones! ¡Ni siquiera han tenido respeto por los restos de nuestro párroco agustino, *Juan Bautista Rivadola*! —Muy a su pesar, no pudo evitar maldecir entre dientes

Al apartar los escombros, se dieron cuenta de la existencia de un acceso por el que se podía entrar a la zona de las catacumbas, donde estaban las criptas por medio de una escalera que había bajo el altar mayor. Una cuestión que no era extraña en la época en la que se construyó, ya que por aquél entonces se pensaba que el concepto de la Iglesia no era otro más que un lugar de encuentro para los vivos y de descanso para los muertos. Bajo esta premisa cristiana, se favorecía la creencia de que tanto la vida como la muerte, debían estar bajo el mismo techo y ante la atenta mirada de Dios.

A Tomás le costó muchísimo bajar aquellos escalones sosteniendo el candil e intentando a la vez que la manta no se le escurriera, pero es que hasta que no estuvieron abajo del todo, no se pudo confiar. No quería volver a quemarse con las llamas que parecían correr a su lado devorando el poco oxígeno que pudiera quedar.

Tras inspeccionar despacio el lugar, se sentaron justo en el centro de aquella pequeña caverna totalmente agotados por el esfuerzo.

—Bueno, Juan, ¿qué te parece? ¿Lo ves posible? —la voz de Tomás sonó ronca por el empeño que había puesto en llegar hasta allí.

—Sí, la verdad es que sí. Aquí hay espacio de sobra para todos. Traeremos todo lo necesario para que podamos subsistir por lo menos con lo básico en caso de tener que escondernos. Hay que traer unos cuantos colchones, mantas, algún que otro candil, velas, bidones con agua y todo lo que pensemos que pueda hacernos falta. Ten en cuenta que, si vienen, no sabemos cuánto tiempo se quedarán.

—No sé si las mujeres querrán estar aquí. Este lugar pone los pelos de punta —y decía la verdad. Daba verdadera impresión estar en el interior de aquella catacumba. Se trataba de un espacio rectangular y al fondo, ajustadas en el espacio entre pilastras estaban las tumbas, rebajadas y dispuestas perpendicularmente con respecto al eje del espacio sacro. Iluminados con tan solo la escasa luz que producía el candil, les pareció que estaban profanando un lugar destinado para el descanso eterno.

—Espera, Tomás. Tiene que existir alguna salida. Tú y yo sabemos que existen cuevas en el interior de la muralla y de alguna forma tienen que estar conectadas. — Juan se dirigió con el candil hacia la parte más oscura de aquel habitáculo. —¡Ven, mira! ¡Aquí hay una pequeña puerta! —y tanto que era pequeña, solo se podría cruzar de rodillas. Así que tras mirarse con resignación, Tomás se agachó para forzar la cerradura.

Caminaron a gatas por aquel pasadizo oscuro y empedrado hasta que se detuvieron asombrados al desplegarse ante ellos un auténtico laberinto de galerías.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Calla y escucha. —Juan no dijo más y cerró los ojos para poder concentrarse mejor y, aunque todavía permanecían de rodillas, no hizo ningún movimiento mientras intentaba poder distinguir el sonido de la voz de su mar que con pequeños ecos reverberaba en aquellas rocosas paredes. Tomás suspiró un poco impaciente.

—¡Ya está! ¡Vamos! ¡Es por aquí!

Y se dirigió hacia uno de los túneles con decisión. Se desplazaron de la misma manera hasta que entraron en uno que les permitió ponerse en pie. Caminaron en silencio por aquel angosto pasillo con cuidado para no despistarse, porque si lo hacían las paredes rocosas les arañaban los brazos con su aspereza.

Cuanto más se adentraban en él, más fuerte era el eco del sonido del mar y más ufano se sentía Juan al tratarse de una buena señal. Sin duda, ese pequeño punto de luz que vislumbraba al fondo de aquella insondable oscuridad, le regalaba el sabor de una hermosa sensación. La misma que sentía al observarse en los ojos de su amada Rosa. Nada más y nada menos que el aroma que podría tener en su interior una promesa capaz de esconder la felicidad o, en su defecto, una emoción lo más similar a ella.

—¡Ya queda poco! —la voz de Juan retumbó dentro de aquel estrecho lugar con verdadera fuerza. —¡Ánimo, Tomás! ¡Lo vamos a conseguir! ¡No me lo puedo creer! —al terminar la frase, se encontró a cielo raso en mitad de aquella oscuridad nocturna. Tomás se detuvo a su lado en silencio y un Juan jubiloso pudo ver con claridad el brillo de sus ojos. —¡Por fin! Por fin, la suerte parece querer acompañarnos.

Mientras Juan hablaba, Tomás, todavía sin moverse, se giró para poder observar en qué punto exacto se encontraban de la muralla. Siempre se había comentado entre los mismos habitantes de la isla la existencia de innumerables pasadizos que daban a pequeñas cuevas y que incluso algunas estaban situadas por debajo del mar.

—Ya lo veo. Esto es sin duda un gran descubrimiento, pero tienes que pensar que igual que nosotros hemos dado con él, lo pueden averiguar los demás. Todo va a depender del tiempo y de las ganas que tengan de moverse —hablaba sin dejar de observar en todas direcciones.

—Entonces, ¿qué me quieres decir? No te entiendo. ¿Me estás insinuando que hagamos lo que hagamos no tenemos salida?

—No, te estoy tratando de explicar que tenemos que encontrar la forma de que nadie pueda llegar hasta este lugar, salvo nosotros.

—Tomás, eso es imposible.

—No, no es imposible. Es difícil. Espera un momento... —Se alejó un poco para tener mejor perspectiva. Se encontraban justo en el lateral de la muralla que estaba muy cerca de la pequeña playa desde donde se podía acceder a la *cueva del Llop marí*. Tomás observó que por todo el lugar estaban esparcidos por el suelo restos de piedra ostionera. No eran más que vestigios que en su día formaron parte de la muralla.

—Juan, se me acaba de ocurrir una idea —comentó, al regresar sobre sus pasos. —Bien, ¿qué te parece si utilizamos todas estas piedras y rellenamos el hueco por donde hemos salido? —Juan hizo ademán de hablar y Tomás lo interrumpió. —Espera..., déjame que acabe. Mira, podemos hacer dos cosas, o bien dejarlo como está y correr el riesgo que lo descubran o, por el contrario, tabicamos el hueco, pero piedra sobre piedra sin más y con el fin de que sea lo más fácil posible echarla abajo. De esta forma solo dejamos una opción de entrada y con eso evitamos que nos sorprendan en el interior sin darnos opción alguna de poder escapar. Piensa que tenemos pocas armas y que solo estamos en condiciones de luchar nosotros dos. ¿Qué me dices?

Juan permaneció unos instantes en silencio valorando las alternativas que le había expuesto.

—Tienes razón, Tomás. ¡No perdamos tiempo! ¡Vamos a hacerlo! —y se agachó sin más para empezar a recoger piedras y acercarlas a la pared. Su intención era amontonar todas las que pudiera para empezar a rellenar cuanto antes.

—Mientras tú haces eso, voy a asegurarme de que se puede bajar sin dificultad a la cala desde aquí. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo, no tardes. Quiero terminar esto antes de que amanezca. A primera hora empezaremos a apagar el fuego de la Iglesia. Tenemos que hacerlo o va a ser imposible entrar para hacer las guardias de vigilancia y sabes lo que eso significa. En cuanto acabe el humo, estaremos expuestos a cualquier visita. —Juan hablaba sin dejar de cargar piedras ni un momento, a la par que su mente era un intenso devenir de ideas. Por un lado debía de tomar la determinación de llevar a cabo todo el plan y, por otro, le preocupaba muchísimo el estado tan débil en el que me encontraba.

Todavía estaba perdido en ese barullo de pensamientos, cuando regresó Tomás.

—No hay ningún problema. No es difícil bajar. Juan, tendremos que dejar en el interior de la cueva mantas y suministros por si acaso. ¿Qué opinas?

—Sí, lo haremos. Una cosa, ¿podemos coger una de las camas de tu casa? Estoy pensando en Luna. Todavía está demasiado débil y no creo que pueda aguantar mucho la humedad del suelo. ¿Qué te parece si traes a tu casa? y el resto nos apañamos con unos cuantos colchones. No podemos saber cuánto tiempo vamos a estar escondidos, así que lo mejor es que estemos bien preparados.

—Sin problema. Mañana por la mañana la bajamos a la cripta en cuanto se pueda entrar por la Iglesia. Hay que hacer acopio de todas las mantas posibles. Juan tienes que aceptar que tenemos que entrar en todas las casas para poder coger lo que necesitemos. Estamos en una situación de emergencia y, de todas formas, creo que en el momento en el que lleguen van a arrasarse con lo que quede en pie. ¿No lo ves tú así?

—Me temo que sí. Aunque, lo que más me preocupa es el tema de mi barca. Me duele tener que hundirla, pero no consigo encontrar un sitio en el que poder esconderla. Si no lo hacemos, en cuanto la encuentren van a saber enseguida que la isla no está desierta. Por desgracia, todo el mundo sabe que es lo que más valoramos. Nunca, bajo ningún concepto, abandonaríamos una barca. ¿Se te ocurre algo?

—¿Hundirla? Si lo haces, no tendremos escapatoria y estaremos atrapados. Yo confiaba en ella, por eso les dejé la mía a los que se han marchado al hacerles falta.

¡Dios! ¡¿Qué vamos a hacer?! –estaba tan apesadumbrado y desbordado por la situación que no se sentía capaz de pensar en ese momento.

–Hay una opción –el tono de voz de Juan sonó con determinación y Tomás, que acababa de soltar un pedrusco sobre el montón, se irguió con expresión interrogante.

–Hay que hacerse con el barco que traigan...

–Pero, ¡¿cómo?! –exclamó, sorprendido. –Yo no he matado nunca. No sé luchar y, además, no tenemos muchas armas ni munición. –Las gotas de sudor abarrotaban su rostro por el esfuerzo y abrió los brazos al hablar con un gesto de impotencia.

–Ninguno de los dos sabemos y hasta ahora, que yo sepa, ninguno de los dos nos hemos tenido que enfrentar ante una situación así. ¡Se trata de matar o morir! Y ¡lo tengo muy claro! ¡Tenemos que hacernos con el barco! Ahora mismo no se me ocurre nada, pero hay que conseguirlo –y cada vez recogía piedras más rápido impulsado por la misma ira que sentía.

Tomás se limitó a seguir su ritmo en silencio, sopesando la situación y sin dejar de sentir una profunda inseguridad. “Decirlo es más fácil que hacerlo” y sacudió la cabeza intentando que se esfumara ese pensamiento.

Los primeros rayos de luz del amanecer los sorprendió terminando de rellenar el hueco de la muralla. Agotados e incrédulos, se sentaron apoyándose en ella, porque en ningún momento habían pensado que les pudiera costar tanto. No dejaban de sudar e intentaban inútilmente secarse con las mugrientas camisolas sin conseguirlo. En esas primeras horas del alba, el mar permanecía tranquilo como si fuera capaz de presentir su agitación y de esta manera, intentara darles una ilusoria sensación de paz. Durante un largo rato permanecieron en silencio observándolo. Juan no podía remediar sentir que se trataba de ese segundo de paz y silencio capaz de presagiar lo que se iba a desencadenar a continuación. Un segundo, en el que su propia irrealidad cae a plomo sobre lo inevitable. Para él la violencia no llevaba hacia ningún sitio.

“¿Qué puede hacer un hombre ante su propia impotencia? ¿Qué es lo que nos puede quedar después de enfrentarse a ella? ¿En qué lugar de nuestro interior encontramos nuestro propio límite?” Las preguntas se sucedían sin cesar mientras permanecía observando la quietud de ese mar.

–Lo que me queda, lo único que queda soy yo..., salvajemente yo, aferrándome a la vida. –Sin darse cuenta, inmerso en sus pensamientos, pronunció estas palabras en voz alta y Tomás se limitó a observarlo en silencio. –No podemos permitirnos el lujo de vivir sometidos por el miedo y, con esto, no te quiero convencer de nada. Mi barca está ahí todavía, si consideras que no puedes aguantarlo, lo entenderé. Máchate, y no lo pienses más.

–¿Qué dices? ¡No me voy a ir! ¡No pienso hacerlo! No te voy a negar que tengo miedo y no me avergüenza decirlo, esa es la verdad; aunque eso no quiere decir que no vaya a luchar –al decir esto se levantó sacudiéndose el pantalón. –Lo único que estamos haciendo aquí es perder el tiempo. Nos queda mucho por hacer, así que vamos a enjuagarnos a la fuente, pero antes hacemos una paradita en tu casa. Necesito que Rosa me haga ese mejunje al que ella llama café. ¡Estoy reventado! –y empezó a caminar sin mirar atrás. No quería que Juan pudiera ver el brillo en sus ojos.

Por mi parte, los primeros rayos del alba entraron por la ventana de la habitación de Rosa y conseguí despertar de nuevo entre pequeños parpadeos. Sumida en el silencio que me rodeaba, sentí el calor de su mano sobre mi barriga.

La sensación de que no me quedaba un lugar en mi cuerpo que no me doliera me dominaba por completo, aunque no se trataba de algo imposible de asumir. No. La verdad es que no. Me giré con lentitud para poder observar su rostro mientras dormía. Hasta ese momento no fui consciente de la maravillosa sensación de paz que me producía. Sorprendida, tuve que rendirme y admitir que al final esa mujer se había ganado un lugar en mi corazón. Lo había conseguido.

Alargué la mano con lentitud y aparté un mechón que le tapaba parcialmente los ojos con suavidad. Sus rasgos parecían más dulces al estar dormida. Su respiración era pausada y sonreí observándola. Por alguna razón, me daba la sensación de que teniéndola en mi vida, no me sentiría sola y esa era una emoción nueva para mí. Nunca me había planteado esa cuestión, ni había caído en la cuenta de que pudiera sentir soledad.

No puedo más que sorprenderme ante la realidad de que la capacidad de sentir emociones respecto a otras personas, pueda conducirme a descubrir que realmente la vida no es tan plana como la he visto hasta ahora. Los sentimientos están llenos de condicionantes y me supone un esfuerzo asimilarlos sin temer por sentirlos.

En ese momento, ella me tocaba y no me movía. Sentía cómo su calor era capaz de rozar mi piel al traspasar la tela de mi camisón y no me movía. Si cerraba los ojos supe que podría sentir su latido y, a pesar de eso, no me moví. Un rumor silencioso y envolvente se despertaba en mi interior. Creo que era la reacción de mi cuerpo ante su contacto. Esa era la primera vez en mi vida que alguien me tocaba y lo consentí sin moverme, mientras no dejaba de sentir el pulso de ese calor, que subía hasta mis mejillas en oleadas.

“¿Puede ser que se tratara de amor?” De ese amor del que tanto me había hablado Juan. La verdad es que no sabía de qué forma asimilar lo que me estaba sucediendo.

Necesitaba tocarla y alargué la mano. Lo hice titubeante, sin saber muy bien cómo hacerlo. Apenas alcancé a rozarle la mejilla, cuando se despertó. Su mirada se detuvo primero en mí para después hacerlo en mi mano, que se había detenido en el aire. La observó un momento antes de sonreírme y de recogerla con la suya para besarla y dejarla sobre su mejilla, mientras que yo continuaba sin moverme.

–Mi niña, mi Luna. No sabes cuánto te quiero y lo feliz que soy de tenerte de nuevo con nosotros –me hablaba entre susurros, para evitar que las palabras de esa conversación se pudieran deshacer en cenizas en el mismo aire que respiramos.

–Hola, Rosa –apenas conseguí balbucear.

–Bienvenida, cariño. Te he echado mucho de menos. Tienes que saber que esto no es lo mismo sin ti. Eres muy importante para todos nosotros, así que tienes que ponerte fuerte. ¿Entiendes? –me sonreía al hablar.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –conseguí preguntarle a trompicones, porque me costaba mucho respirar entre las palabras.

–¿Que qué vamos a hacer? Algo para lo que estamos muy preparadas, cariño. Seguir hacia adelante, cueste lo que cueste. Si algo sabemos hacer es eso, pero primero mi niña, primero, vamos a desayunar. Estoy hambrienta y tú también debes de estarlo –reía, a la vez que me besaba en la frente y se levantaba colocándose la bata por encima. –Venga, que no se diga que no somos mujeres de armas tomar. Ahora mismo te traigo el desayuno y en cuanto regrese Juan, vamos a intentar levantarte para que te puedas sentar un rato. ¿Qué te parece? –Su alegría era contagiosa y a mí no me quedaba más remedio que rendirme ante ella. Era desbordante y, ante eso, resultaba inútil resistirse.

Permanecí tumbada con los ojos cerrados, esperando a que regresara. Fue entonces cuando ocurrió... algo se movió en mi interior. Me impresionó hasta el extremo que aquella sensación me puso la piel de gallina y puse mis manos sobre el abdomen. Respiré suavemente, tan suave que me dio la sensación de que dejaba de hacerlo y, de nuevo, volvió a suceder. “¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?” Asustada, me senté en la cama. Respiraba tan rápido que me pareció que iba a perder el conocimiento de nuevo. El corazón no podía latirme más rápido, como si intentara salirse del pecho y, sin remedio, empecé a gritar.

–¡Rosa! ¡Rosa! ¡Ven, corre! ¡Tengo algo dentro! ¡Corre! –No lograba dejar de gritar –¡Algo se mueve en mi barriga! ¡Rosa! ¡Roosaaaaaa!

–¡Tranquila, cariño! ¡Luna, escúchame! ¡Tranquilízate! –Rosa regresó a la habitación todo lo rápido que pudo. Estaba blanca como la pared mientras intentaba calmarme sin conseguirlo.

–¡Rosa! ¡Ven! ¡Toca, toca aquí! –Y como loca, le agarré la mano para que la pusiera sobre mi barriga. –¡Tengo algo dentro! ¡Rosa! –En ese momento, me puse de rodillas sobre la cama ignorando todo el dolor que sacudía a mi cuerpo.

–¡Luna! ¡Luna! ¡Escúchame! ¡Cálmate! ¡No pasa nada! ¡Mírame! ¡No pasa nada! ¡Luna! –consiguió que la soltara para poder sujetarme el rostro entre sus manos y, de esta manera, conseguir calmarme. –Luna, mírame. ¡Mírame! ¡Luna! –y al sostener mi cara entre sus manos, consiguió que me detuviera y centrara mis ojos en los suyos; aunque no logré dominar mi respiración. –Cariño, tranquilízate. No pasa nada. La culpa es mía al pensar que tendríamos más tiempo, pero la naturaleza es así y sigue su curso de manera espontánea. Luna, tienes que serenarte. Mírame, ¿crees que te voy a engañar? Sabes que nunca lo haría –hablaba intentando que su voz pareciera lo más pausada posible, sin dejar de insistir para que la mirara a los ojos.

—¿Me voy a morir? —conseguí preguntarle a punto de echarme a llorar de miedo.

—No, cariño. No te vas a morir, por lo menos por ahora. Cuando te tranquilices hablamos. Venga..., inténtalo..., cálmate... —me soltó para abrazarme y, de nuevo, me embargó la paz en el interior de ese abrazo al sentir su calor.

Permanecimos abrazadas en silencio. Era tan intenso que podíamos oírnos mutuamente el latido de nuestros corazones. Estaba bloqueada por el temor y enterré la cara entre los pliegues de su bata. Su aroma me impregnaba por completo. Entraba en mí hasta por los ojos y lo sentía rozar mis pestañas hasta calarme por entero la piel de los párpados. Era como si me envolviera la brisa de un mar de verano, desde mi superficie hasta mi interior. Tenía la cadencia de las pequeñas olas que con suavidad se enroscan sobre sí mismas y se abren con especial delicadeza para darle un leve beso a la orilla. Simplemente, olía a vida.

Justo en ese instante entraron Juan y Tomás en la habitación. Sus caras no ocultaban su extrañeza, porque no era normal que Rosa a esas horas del día no estuviera en marcha.

Se detuvieron en seco a dos pasos del marco de la puerta. Se miraron entre ellos y Tomás entendió el mensaje. Dio media vuelta en dirección a la sala mientras que Juan cerró la puerta y caminó en silencio hasta nosotras. Se mantuvo observándonos durante un momento hasta que abrió los brazos y nos cobijó a las dos.

—Sois las mujeres de mi vida, ¿sabéis? —su voz sonó quebrada por la emoción. —Si alguna vez en mi vida a alguien se le hubiera ocurrido decirme que a esta edad iba a tener la dicha de sentir tanto amor y que no solo eso, sino que, además, iba a hablarlo tan abiertamente, ¡jamás lo habría creído! ¿No os parece increíble que un vejstorio diga tantas tonterías?

—Lo que es verdaderamente increíble es que hables tanto. Tú, al que siempre ha parecido que las palabras no se han creado para pronunciarlas. —Rosa levantó la cabeza para mirarlo sin poder evitar una amplia sonrisa. —¿Qué te parece Luna? ¡Juan está hablando de milagros!, ja, ja, ja. ¡Esto sí que es bueno! —y deshizo su abrazo para acariciarme el pelo. —Escúchame, mi niña. Nada malo te puede pasar, porque estamos contigo y te queremos mucho —me acarició la cara y me sujetó por la barbilla para poder mirarme a los ojos. —Nunca lo olvides.

—¿Qué me pasa? —susurré, observando con obstinación mis manos sobre el regazo. Por eso, no me di cuenta de que Rosa le lanzaba una mirada de advertencia a Juan para que la ayudara, a la vez que le hacía un gesto para que se sentara lo más próximo a mí en la cama.

Yo estaba con las piernas cruzadas y él puso su mano sobre la mía al sentarse.

—No te pasa nada malo, cariño. Estás esperando un bebé, algo muy lógico después de lo que nos pasó. —Rosa me hablaba al mismo tiempo que se sentaba en la silla más próxima a la cama. —Luna, tú has vivido los cambios de tu cuerpo en consecuencia a tu manera de ser y he intentado abordar el tema más de una vez, pero nunca te ha interesado. No me has prestado atención —y a continuación Rosa empezó a detallarme todo el proceso biológico al que yo siempre ignoraba. No por nada en concreto, sino porque mi interés siempre había estado puesto en otras cuestiones y, la verdad, no voy a negar que las grandes charlas me aburren soberanamente a estas alturas. Esto es cierto, hasta tal punto que, hasta en este mismo momento en el que ella no para de hablar, mi mente está en otro sitio. Me dedico a observarlos en silencio, mientras que Juan me mira esperando alguna reacción y ella se esfuerza para que pueda entenderla sin asustarme. “¡Pobre Rosa!”

—¡Un momento! —levanté la voz pues, a pesar de querer ignorarla, la información detallada consiguió llegar a mi cerebro y mi cuerpo respondió como un resorte que se acaba de disparar. —Espera... ¿Me estás diciendo que voy a tener un hijo de ese monstruo? —La angustia me estaba atrapando por momentos e inconscientemente, cerré las piernas y apoyé mi cabeza sobre las rodillas. —¿Me estás diciendo que el resto de mi vida voy a tener que cuidar a un hijo que es el resultado de tanto dolor? ¿Me estás diciendo eso? ¡No puede ser! ¡No! ¡Sácamelo! ¡No quiero! —y en este punto, la histeria se apoderó de mí y perdí el control.

“¡Era incapaz de dejar de gritar!”

—Luna, por favor, cálmate. —Juan intentaba desesperadamente hacerme entrar en razón, pero no lo escuchaba. No podía dejar de patear sin parar y de gritar cada vez más y más fuerte. —¡Luna! ¡Luna! ¡Escúchame! ¡Rosa, ayúdame! ¡No puedo con ella! —y una perpleja Rosa ante mi reacción, se abalanzó sobre mí para inmovilizarme y así evitar que me hiciera daño.

—¡No puede ser! ¡No! —gritaba y sollozaba a la vez, mientras que Rosa continuaba sobre mí sin moverse. Hasta que, paulatinamente, el cansancio empezó a vencerme y poco a poco, mis gritos se transformaron apenas en un susurro. No sé cuánto tiempo permanecimos así. No soy consciente ni de esto, ni de que Tomás entró en la habitación asustado por mis gritos y que al vernos, se detuvo en seco.

—Tranquilo. No pasa nada. —Juan le habló sin volverse para mirarlo siquiera, porque toda su atención estaba centrada en mí.

—Lo siento. No he debido entrar. Me han alertado los gritos... —habló sin dejar de mirarme.

—Rosa, ¿por qué no te vas con Tomás? Necesita un café. La noche ha sido muy larga. —Rosa lo miró y entendió lo que trataba de decirle. Antes de irse, me besó y acarició mi mano. Pero la ignoré por completo y permanecí mirando el techo inmóvil.

Juan se acercó un poco más a mí cuando se cerró la puerta y me cogió la mano con ternura al mismo tiempo que se esforzaba por escoger las palabras que quería decirme. De manera inconsciente, abrió la boca en varias ocasiones para volverla a cerrar sin poder apartar la mirada de la piel de mis manos y este gesto, me hizo entender que por alguna razón parecía querer encontrar la solución escrita de una manera oculta en ellas. Tras varios segundos me miró sonriéndome, al tiempo que me apartaba con ternura un mechón de cabello de mi rostro.

—No sé si lo recuerdas..., —hizo una pausa, mientras continuaba intentando liberar mi cara del pelo —... una vez cuando eras pequeña, te dije que te hablaría de María, mi mujer, si conseguía que doliera menos ¿Te acuerdas de eso? —y volvió a detenerse esperando mi respuesta.

—No mucho, la verdad —conseguí responder con la voz ronca después de haber gritado a pleno pulmón. Lo miré bastante confundida, porque no era el momento de aguantar una charla sobre el pasado. Algo que había ocurrido incluso antes de que naciera y además, en esos momentos, en los que me estaba costando un esfuerzo desmedido controlar el pánico.

“¡Un hijo! ¡Madre mía! ¿Qué voy a hacer? ¡Buffffff! Respira..., respira ¡No te dejes!”

—Luna, Luna, ¿me estás oyendo? Esto es muy importante cariño. Escúchame... —su voz me hacía el efecto de un bálsamo y no podía evitar rendirme ante la realidad. Este hombre que estaba sentado delante de mí y mirándome con ojos de mortal preocupación, se merecía que lo escuchase. Era Juan, mi Juan.

—Bien... —y volvió a hacer una pausa de nuevo. —Si tuviera que emplear una palabra para definir a una persona como María, en ningún momento podría vacilar, porque sería la palabra fragilidad sin dudar. Intenta imaginar algo precioso y único que no es una cosa, sino un ser, cuya insólita luz sea la huella real de la vehemencia y de la delicadeza sobre esta tierra. En definitiva, de todo lo extraordinariamente bello que pueda existir y que, además de todo esto, sea capaz de llenar cada rincón de tu interior simplemente al observarla y de hacerte sentir que rozas el cielo con cada golpe de parpadeo.

—Era apenas un niño cuando la conocí. Me gustaría poderte contar otra cosa, pero la verdad es que la primera vez que miré sus ojos, pude ver que apenas conseguía retener su alma en ellos a malas penas y pensé que era demasiado bella para esta tierra. Sinceramente, me pareció un ángel —se detuvo de nuevo para comprobar si lo escuchaba. Mientras que yo, por mi parte, estaba sorprendida al comprobar que me estaba abriendo su corazón para que lo viera. Así que me esforcé por ofrecerle una sonrisa y me la devolví.

—A pesar de la crueldad de la vida en la isla, del hambre, de la sed, del frío, de la escasez de absolutamente todo, no dejábamos de ser niños y conseguíamos aislarnos de todo aquello. Nos resultaba muy fácil sumergirnos en un mundo de juegos e increíble diversión perdiéndonos por todas las cuevas. Intentando encontrar el cofre del tesoro de algún pirata, nos daba igual de cual, porque la cuestión era perderse e invadirla con nuestras risas y gritos durante horas.

—Tú, especialmente, sabes de qué te hablo. Muchas veces, cuando te he observado jugar, he llegado a pensar que no te podrías parecer más a mí si fueras mi hija de verdad. ¡No sabes cuánto me has recordado aquellos años! ¡Ni te imaginas!

—La niñez nos duraba poco en aquellos tiempos. Empecé a salir a pescar con mi padre en su barca cuando cumplí los nueve años y fue cuando dejé de verla a diario. Mi vida, de pronto, se limitó tan solo a pescar y a dormir al llegar tan cansado. Pasaron los días, las semanas y los años. Y con ellos caminamos despacio hacia la edad adulta con todo lo que supone. Sabes de sobra que no soy muy hablador, así que no te puedo engañar. Cada uno tiene su carácter y el mío es así. No sé si es consecuencia de las horas de soledad en el mar o, simplemente, nací con esta peculiaridad. La verdad es que me cuesta mucho abrirme a los demás y con esto sé que te vas a reír. —Efectivamente, yo sonreía y el me la devolví con ternura.

—Durante aquellos años supe de ella por algún comentario suelto, sin hacer ningún intento de acercamiento por la terrible vergüenza que sentía. Sí, ¡no te rías!, ja,

ja, ja. Era incapaz de acercarme a ella. Me daba la sensación de que se me iba a parar el corazón si lo hacía –reía sin parar al recordar su absurda timidez y consiguió contagiarme con su risa. La verdad es que no me podía imaginar a un Juan joven y enamorado. Sinceramente, por más que lo intentaba, no encontraba la manera.

–Lo cierto es que las pocas noticias que me llegaban, eran bastantes escasas y nada buenas. Durante unos años tuvo que marcharse a vivir a casa de una tía a Alicante al estar tan delicada de salud, porque allí la asistencia médica la conseguía enseguida. María nació con un corazón enfermizo y delicado, pero por alguna razón más fuerte que ella, demostraba una fortaleza extraordinaria al aferrarse a la vida de esa manera.

–Así que, mientras todos mis amigos se casaban, me limité a mantenerme a la espera. De alguna forma sabía que ella iba a volver y que, entonces, ese sería nuestro momento. No te lo puedo explicar, pero estaba convencido. Por su parte, mis padres estaban preocupados por mí. No era normal que no me fijara en ninguna muchacha de la isla y esto no se debía a que no anduvieran más de una detrás de mí. Lo cierto es que me mantenía ajeno a todo. Ya sabes que me sale muy bien hacerlo, así que imagínate.

–Lo chocante del caso, y me vas a dar la razón, es que nuestro reencuentro se produjo durante una de esas bodas. Precisamente, en la de Pedro y Rosa –sonrió ante mi expresión de asombro. –Sí, parece increíble... Pedro era mi mejor amigo y me insistió hasta el aburrimiento en que no se podría casar si no iba a su boda.

La boda se celebró el 15 de junio.

En ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta y pudimos ver a Tomás asomando la cabeza.

–Perdonar que os moleste, pero hay muchas cosas que hacer. Nos vamos a recoger todas las mantas que podamos y de paso llamaré a Xisco para que me ayude a cargar el somier y el colchón de mi casa. ¿Te parece bien? –Al pobre se le veía bastante apurado por su intromisión. Sabía que era un mal momento para interrumpirnos.

–Tranquilo, Tomás. Haz lo que tengas que hacer. ¡Ah!, dile a Rosa que no se preocupe, que estamos bien. ¿Verdad, nena? –se giró para mirarme y me guiñó un ojo acompañándolo con una sonrisa.

–Vale, luego nos vemos –y la cabeza de Tomás desapareció de nuestra vista.

–Es un buen hombre, Luna –me comentó, observándome serio y fruncí el ceño sin terminar de comprender el alcance de ese comentario. Yo sabía que era una buena persona, no hacía falta decirlo. Así que le devolví la mirada totalmente extrañada.

–¡No me mires así!, ja, ja, ja. ¡Qué cara me has puesto! –se reía con ganas y no conseguía entenderlo.

–Es que no entiendo el motivo de ese comentario ni a santo de qué –y al ver que no paraba de reír, me limité a encogerme de hombros y a esperar pacientemente a que se le pasara.

–¡Déjalo!... Bueno, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí!, por la boda... –y de nuevo, sus ojos se iluminaron con las luces del ayer ante mi asombro, todo hay que decirlo. –Era un precioso atardecer de junio. Aquí en la isla, en esas fechas, las bodas siempre se han celebrado por la tarde cuando empieza a refrescar, porque es imposible durante el día por el calor.

–Como te iba diciendo, era un precioso atardecer y la puerta de la Iglesia estaba abierta de par en par esperando a los novios. Tras acompañarlo hasta el altar vestido con mi mejor traje, me limité a buscar un banco en el que estuviera cómodo para poder disfrutar de la ceremonia de mi amigo. La verdad es que la chaqueta del traje me tiraba, porque realmente no era mío. Esto no lo sabe nadie, pero llevaba el traje de la boda de mi padre y no te puedes imaginar lo incómodo que me resultaba al ser un poco más ancho de espaldas que él. La verdad es que pese a los intentos de mi madre para adaptarlo a mi cuerpo, su esfuerzo no tuvo el mejor resultado. Era un traje de paño de lana negro con la chaqueta cruzada, lo que provocaba que todavía me sintiera más ceñido y por un momento, al sentarme, me pareció oír el chasquido de la tela al rasgarse para más angustia. A este detalle tengo que añadir que inconscientemente, me llevaba la mano al cuello de mi camisa blanca de popelina una y otra vez, en un intento de poder respirar dentro del lazo de mi corbata. Si Luna, llevaba corbata; aunque te cueste creerlo. Me la he puesto dos veces en mi vida... –lo escuchaba sin terminármelo de creer. Me parecía algo tan inusual que, mientras me hablaba, no podía dejar de sonreírle a pesar de las circunstancias. Nunca me había hablado tanto, y menos de algo así de personal, por eso me daba reparo hablar por si rompía ese instante.

–Otra cuestión, son los zapatos. ¡Ni loco me iba a calzar otra cosa que no fueran mis alpargatas!, ja, ja, ja. ¡Tendrías que haberme visto con esa pinta!

“¡Era tan especial su risa! ¡Tan excepcional! ¡Cómo no dejarse arrastrar por ella!”

–Te cuento todo esto, porque lo único que quiero es que comprendas lo importante que eres para mí. Nunca he hablado con nadie de este tema ni he contado mis sentimientos tan abiertamente, por eso solo espero que me escuches. Sé que este es un momento demasiado duro para ti y estoy convencido de que necesitas que te lo cuente. No te puedes imaginar lo inmenso que es el alcance de lo que te quiero. ¿Me comprendes? –al decir esto, extendió la mano y rozó suavemente mi mejilla con su reverso. No quería arañarme con la aspereza de su piel y no pude evitar sentirme totalmente bloqueada ante su marea emocional. Estaba desbordada y la verdad es que empezaba a faltarme el aire ante la nobleza de su mirada. –Si alguna vez a alguien se le ocurre decirte que los sueños no se cumplen, la respuesta la encontraras en tu interior y lo podrás hacer desde la misma nube en la que te encuentres. Nadie va a conseguir que no estés en ella, ni te va a dar una verdadera razón de peso que tenga el poder de disolverla como si tan solo se tratara de aire. Te lo digo en serio. Nadie va a tener ese poder, salvo tú misma y te puedo asegurar que si sientes amor en toda su plenitud, te perderás por su intenso abismo y profundidad.

–Bien, prosigo... Estaba sentado y esperando a que entrara la novia acompañada por su familia y amigos. De vez en cuando, le echaba un vistazo a un nervioso Pedro que no sabía muy bien cómo actuar allí de pie delante del altar y no pude remediar sonreírle. Me parecía increíble que un hombre como él, con el que yo había sufrido importantes golpes de mar en pleno invierno, no pudiera disimular su propia inseguridad al dar un paso tan importante. Así que cuando volví a girarme para mirar hacia la puerta y me enfrenté de lleno con aquella imagen, sentí que el mundo dejaba de girar y se detenía. Sin duda, se trata de una de las visiones más bellas que he podido ver en mi vida –su tono de voz disminuyó hasta convertirse en un leve susurro y cerró los ojos, dejándose perder en ese recuerdo. No pude remediarlo y me senté para abrazarle en silencio.

–Luna... ¡Era tan bella que no parecía real! Caminaba delante de Rosa con la vista perdida en el suelo y me dio la sensación de que las últimas luces del atardecer la envolvían creando un aura de luz alrededor de toda su persona. Te puedo asegurar que me costó respirar y que tampoco me sentía capaz de parpadear. Tenía que esforzarme por tragar hasta mi propia saliva. En ningún momento, había pensado en la posibilidad de encontrármela, así que la sorpresa hizo un brutal efecto en mí. Ella, por su parte, se limitó a levantar la cabeza y a sonreírme antes de sentarse al otro lado del pasillo de la Iglesia. Te aseguro que intenté mantenerme centrado en la ceremonia, de verdad que lo intenté, pero fue inútil y eso que Pedro se giró para guiñarme un ojo con complicidad en varias ocasiones, a pesar de que se esforzaba por disimular aquella extraña expresión de su rostro.

–No sabes la terrible sensación que se siente cuando te das cuenta de que tu cuerpo decide ir a su aire por mucho que te esfuerzas intentando tranquilizarte. Cariño, sudaba a mares y cuanto más quería dejar de hacerlo, más lo hacía. Curioso, ¿verdad? –Estaba tan impresionada por todo aquello que no fui capaz de responderle. Sencillamente, no me lo podía creer. No era capaz de imaginarme a un Juan temeroso y muchísimo menos en ese estado por amor. “¡Era increíble!”

–Sé lo que estás pensando. Te cuesta creerlo, ¿verdad? –y no pudo evitar reír a la vez que soltaba mi abrazo para poder mirarme.

–Mira que te he dicho veces que las personas no somos solamente lo que puedes ver. ¡Qué niña eres todavía! El hecho de que yo no sea hablador, no significa que no tenga sentimientos. Luna, soy como cualquier, por eso mi insistencia en decirte que es lo que quiero para ti. No hay nada más importante para mí que tu felicidad –me habla con ternura en sus ojos y no cualquiza, de remedio al pensamiento de que nadie se iba a querer con la misma importancia que él.

–No, Juan no se trata de eso. Lo que ocurre es que siempre te he visto fuerte y decidido. Es normal que me asombren tus palabras. Tu historia es preciosa. No pares, sigue... –por nada del mundo quería perderme ni un detalle.

–Y ahí estaba yo –prosiguió hablando, sonriéndome. La verdad es que mi curiosidad siempre le había hecho gracia y nunca he conseguido descubrir el motivo. –Sudando a mares y ahogándome con el nudo de la corbata. Te recuerdo que era junio y que llevaba un traje de paño de lana –hizo una pausa y me guiñó un ojo –Valeeee... y también, porque mi corazón insistía en salirse del pecho, ja, ja, ja. ¡Cuánto llegamos a hacer por amor! ¡Madre mía!

–En fin, la ceremonia se alargó casi una hora para mí desgracia, así que salí rápidamente al exterior en cuanto pude hacerlo, porque necesitaba aire fresco con urgencia. ¡Y no sabes cuánto!

–Tengo que serte sincero. Salí huyendo lo más rápido que me permitió toda la gente que se agrupó en la entrada principal, para tranquilizarme y pensar. Comencé

a caminar y a caminar hasta que llegué al otro extremo de la isla. Sí, Luna, caminé hasta donde más tarde estuvo nuestra cabaña. Que por cierto, todavía no sabes que la quemaron y ya no existe. No he tenido tiempo de contártelo. Lo siento, cariño... –y al decirme esto, sus ojos se llenaron de pesar y cerré los míos por un instante. Me dolía saber eso. Aquellos oscuros y húmedos tablones de madera representaban el único hogar que había conocido. Juan me acarició la mano con ternura. –No te preocupes. El hogar estará donde nosotros estemos. La cuestión del lugar no es importante y además, mira a tu alrededor, nuestra Rosa nos ha ofrecido todo lo que tiene. No se puede pedir más. ¿No te parece, cariño? Te quiere muchísimo –y observó con avidez cualquier cambio en mi expresión mientras me hablaba.

–Lo sé, Juan. Y yo a ella. Te lo aseguro. ¡Quién puede resistirse! –Eso era totalmente verdad.

Juan sonrió ante mi respuesta, porque era cierto. Una de las cualidades de Rosa, sin duda, era hacerse querer. Te dejaba sin resistencia y, con las barreras vencidas, entraba en ti por mucho que tú quisieras evitarlo.

–Bien, continuó... Permanecí en aquel lugar, incluso, cuando al levantar la vista mis ojos no pudieron abarcar a todas las estrellas. Mi interior estaba completamente patas arriba. Sabía lo que quería, aunque me asustaba no conseguirlo. A estas alturas ya era consciente de que la amaba sin remisión, pero me preocupaba que ella no sintiera lo mismo por mí. Imagino que estas dudas me asaltaban como a cualquier enamorado. Estaba tan ensimismado con mis pensamientos que no era consciente ni de hacia dónde me llevaban mis pasos. Solo te puedo decir que, por un momento, me pareció que caminaba en círculos sin apartar la mirada del suelo.

–Entonces, alcé la vista a la par que me pasaba una mano por el pelo con pesar y la vi. No sé cuánto tiempo había estado callada observándome. Nunca me lo dijo, y tampoco se lo pregunté.

–Como sigas así, vas a conseguir hacer una zanja en el suelo –sonreía al hablar y su voz. ¡Su voz!, No sé explicarlo... era una caricia. –Pensaba que ibas a ir a la cena. –La cena de una boda consistía en juntar todas las mesas de las casas en el centro de la plaza para formar una mesa larga y compartir entre todos lo que se tuviera. De eso se trataba el espíritu de la isla. Cada uno ofrecía lo poco que pudiera tener. Éramos pobres, pero una celebración, era una celebración. Por eso, se procuraba que este tipo de ceremonias se hiciera con el buen tiempo. Eso significaba la posibilidad de tener más pesca con lo que se favorecía a que los ánimos estuvieran más dispuestos para las celebraciones.

–¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? No te he visto en años y no sé..., pensé que hoy podría verte y charlar un poco –al hablar, caminaba despacio y se acercaba más a mí a la vez que, por mi parte, me sentía cada vez más aturrido por su proximidad. No me quedó otra que hacer todo el acopio del valor que fui capaz de reunir. Intenté poner orden en mi cabeza a pesar de mis nervios, porque por nada del mundo quería que ella notara mi caos.

–Estoy bien, María. Realmente, ¿quieres saber lo que me ocurre? –carraspeé para intentar que mi voz sonara lo más serena posible. Ella se había detenido justo delante de mí y me observaba en silencio arqueando una ceja sin comprender.

–Sí Juan, quiero saberlo –y clavó sus pupilas en las mías. Tenerla tan cerca supuso que despertara la determinación que creía dormida por algún lugar de mi interior.

–Siempre hemos pensado que lo que más valioso en esta vida es el agua y no es así. Lo más valioso es el tiempo y no podemos permitir que se escurra entre nuestros dedos de la misma forma que si fuera arena –y sin más, en ese momento, me recorrió una luz que me lo hizo ver todo claro, es decir, supe que me casaría con ella. –María, te amo desde la primera vez que te vi siendo un niño, y quiero que seas mi mujer –al decir esto, me acerqué al máximo a ella, tanto, que no le quedó otra opción más que levantar la cabeza para poder mirarme y la besé con suavidad. Besar sus labios fue como rozar lo sublime. Ella era mi tierra, cálida y acogedora. Soy hombre de mar y nunca pensé que alguna vez iba a amar a esa sensación.

–Juan, no puede ser. –Se soltó para alejarse de mí unos pasos. No esperaba percibir el dolor que encerraban aquellas palabras. María, se giró y permaneció observando un mar que esa noche resplandecía como si miles de estrellas flotaran en él bajo una luna llena.

–¿Por qué no puede ser? Tú también me amas, lo he notado al besarte. María... ¿por qué no puede ser? –Intentaba no mostrarle mi desesperación para no asustarla. –María, mírame y dime por qué... María, mírame... –al hablar, la cogí suavemente por los hombros y la atraje hacia mí.

–No puedo hacerte eso. Sabes que estoy enferma. No puedo arrastrarte conmigo. No te puedo dar una vida plena, porque no sé qué es lo que va a pasar y cuando te hablo de plenitud, me refiero a que no voy a poder darte hijos –su voz era apenas un susurro. A malas penas, conseguía articular las palabras, mientras evitaba enfrentarse con mis ojos.

–Yo no veo que eso sea un problema o es que acaso, ¿quieres vivir para siempre? Mira, lo único que te puedo decir es que te amo y que quiero pasar el resto de mi vida contigo. No deseo nada más. María, ¿me entiendes? Te lo vuelvo a preguntar otra vez... –¿Quieres casarte conmigo? –con delicadeza la obligué a mirarme, sujetándole la barbilla y, al hacerlo, me conmovió observar que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Me miró y no pudo evitar sonreírme de felicidad. Y yo, que hasta ese momento jamás había sentido desesperación; yo, que nunca había sentido ansiedad por nada ni por nadie..., esperé su respuesta impaciente.

–Sí Juan, me casaré contigo. ¡¡¡Quién quiere vivir para siempre!!! –y empezó a reír y ya no dejó de hacerlo. Y no pude evitar besarla desbordado por la pasión hasta que me dolieron los labios.

–No soy capaz de especificar cuánto tiempo estuvimos en ese lugar. Lo que sí que puedo asegurarte es que nos sentíamos plétóricos de felicidad. De tal forma que cuando regresamos a la plaza para contarle la nueva noticia a todo el mundo, nos sentíamos tan felices y ufanos que, si no recuerdo mal, no notábamos el suelo al caminar.

–Éramos conscientes de que lo íbamos a encontrar todo en contra. Algo que resultaba ser una reacción normal ante la delicada situación de María. Por un lado, sus padres pusieron el grito en el cielo al asustarles la sola idea de que su hija pudiese empeorar por las circunstancias y, por otro lado, a mis padres tampoco les hizo mucha gracia por tratarse de que era su único hijo el que se casaba y esperaban con ilusión la llegada de nietos antes de morir. Resultaba demasiado evidente que eso no iba a poder ser al casarme con María

–Todo me dio igual, y me mantuve firme. Así que tras un primer momento de pánico, digámoslo así, no les quedó más remedio que aceptar lo inevitable. Y ese fue el momento en el que mi querido amigo Pedro levantó su vaso para brindar por nosotros y deseamos la misma felicidad que vivía junto a Rosa, y eso que al pobre casi le damos la boda. ¡Se montó una buena!, ja, ja, ja –no podía parar de reír recordándolo y me hizo reír a mí también. Me costaba imaginarme a Juan plantándoles cara a sus padres. Cada una de las ocasiones en las que me había hablado de ellos, no podía haber más amor, admiración y respeto en sus palabras. Juan siempre me hacía hincapié en eso, en la importancia del respeto hacia uno mismo y hacia los demás.

–Esa misma noche decidimos que nos casábamos al día siguiente. Así que la celebración de Pedro, sirvió de fiesta para nosotros también. No eran tiempos para tanto jolgorio y, de todas formas, a nosotros nos daba igual. Lo único que deseábamos era unir nuestras vidas. Al no suceder nunca algo así en la isla, se pasaron la noche bromeando y comentando que no se iban a acostar, de esta manera ya estarían preparados para la ceremonia del día siguiente. La verdad es que fue un hecho excepcional.

–Mis padres decidieron que viviríamos en su casa para evitar que María se quedara sola mientras que estuviera en el mar. Nos vino muy bien por ser una forma de eludir todo el interminable papeleo y los viajes a Alicante para intentar conseguir una. Yo era el único heredero de mis padres, mientras que María tenía tres hermanos más. Menos mal que esta decisión les pareció bien a sus padres, de todas formas, ellos vivían en la calle de atrás y estaban muy cerca de ella en el caso de que los necesitara.

–A la pregunta de si el amor puede cambiarnos y convertirnos en otra persona, te tengo que responder que sí, sin dudar. Para mí es difícil de explicar... Me convertí en otra persona. ¡Era feliz! Tanto, que a veces me preguntaba si todo no era producto más que de mi mente. Sé que te tiene que costar imaginarlo. No paraba de sonreír aun cuando estaba solo. La vida era mía. El mundo giraba a otra velocidad más gris y más pesado, mientras que, por primera vez, no me sentía en el interior de su cansada rueda. ¡Era emocionante!

–Esa es la palabra y de esta forma, esperé a ver el nacimiento de aquel amanecer único e irreplicable. La primera luz de mi nueva vida junto a María. No dejaba de preguntarme por qué esa mujer provocaba esos sentimientos en mí. La noche anterior cuando la abraza, me embargó la fragancia de su cuerpo. Era la misma sensación que andar entre un sembrado de flores silvestres y te puedo decir que no conozco mucho el olor de un campo de trigo, pero te aseguro que todavía siento que ese era el aroma de sus cabellos. María era la misma tierra, a la que yo iba a querer regresar el resto de mi vida ¿Te lo puedes creer?, –y encogió los hombros con incredulidad.

—El día de mi boda pasó como un suspiro. Todo mi entorno pareció perder los nervios. Mi madre se afanó en prepararnos una habitación en el piso de arriba, ayudada por las vecinas, para que pudiéramos vivir con comodidad. Mi padre, por su parte, decidió ignorar a todo el mundo y se marchó cabizbajo hacia el lateral de la muralla, a la pequeña cala en donde reparábamos las barcas, y esto no era una buena señal. Lo conocía muy bien y, esta reacción, no hacía más que confirmarme la preocupación que sentía, pero éramos hombres de pocas palabras y sabía que no iba a hacerme ningún comentario. Simplemente, era su forma de mostrarme su pesar y por primera vez, lo ignoré. Menos mal que a pesar de haberse casado la noche anterior, vino a rescatarme Pedro y nos alejamos lo más lejos que podíamos distanciarnos de todo aquello. Nos subimos a una de las barcas y pusimos proa al mar para poder estar tranquilos al no existir en la isla muchas alternativas para escoger.

—Mientras tanto, la situación no estaba resultando mejor a María. Su casa era un barullo de voces femeninas corriendo de un lado a otro. Su madre y sus dos tías estaban fuera de sí, porque querían preparar todo el ajuar de novia para que mi madre no pudiera quejarse de nada. ¡¿Qué quieres que te diga?! Eran costumbres antiguas. El ajuar de una mujer era algo esencial; aunque fuéramos pobres. Ni te imaginas hasta qué punto daba igual no comer, pero el ajuar, era el ajuar. Una cuestión sagrada. Piensa que esas mujeres se pasaban la vida bordando y cosiendo hasta quedarse sin pestañas. No tienes que olvidar un dato importante y es el tema de la luz. Eran capaces de coser a la luz de una vela. Así que, tras tanto esfuerzo, cada tela para ellas contaba con la mayor importancia del mundo y no les costaba nada empezar a abrir cajones para mostrarte con orgullo la maestría de sus labores.

—A María no le quedó otra que armarse de paciencia. El problema no era pequeño. Se trataba del vestido. Al estar delicada, nunca se preocupó por tener algo de ropa especial para algún momento determinado. De hecho, hasta ese día había tenido tan asumido que no se iba a casar que ni siquiera le preocupó.

—¡No sé qué vamos a hacer! —la voz de Pepica, la madre de María, estaba desbordada por la preocupación. Intentaba no gritar de forma histérica al mirar con desesperación a sus hermanas, Manolica y Vicentita.

—¡Mamá! ¡Quieres calmarle! ¡No pasa nada! Me pongo el mismo vestido que ayer y ya está. No sé por qué te pones así. ¡No lo entiendo! —por momentos, sentía que su capacidad de aguante se le acababa y quería evitarlo a toda costa.

—¡Tú no estás bien! ¡El mismo vestido que ayer! ¡Hasta ahí podíamos llegar! —cada vez sonaba más ofuscada la voz de Pepica y al gritar emitía pequeños pititos hilarantes en su voz. —No lo entiendes. Eres mi única hija y yo..., yo debería de haber tenido algo preparado para ti. Por desgracia, eres tan delgada que mi traje de novia no te sirve. ¡¡Podrían caber en él tres como tú!! —esto último, lo dijo casi en un susurro lamentándose por su torpeza, hasta que de pronto cambió su expresión y buscó la mirada de su hermana pequeña, Vicentita.

—Tú, Vicentita, eres más pequeña. Lo tienes que tener guardado en el baúl. ¡Dime que sí! —y a la pobre Vicentita casi le da un jamacuco al ver que se acercaba en dos zancadas hacia donde estaba con los ojos espantados por la inquietud. Sentía mucho respeto por su hermana, sobre todo, cuando estaba en pleno ataque de nervios y podía llegar a dar la sensación de ser una verdadera apisonadora. Pepica era la más grande de toda la familia y siempre se preguntaron de qué parte del árbol genealógico le provenían esos genes. “¡Era tremenda!” Así que no hacía falta esforzarse mucho para imaginarse la expresión de todas, cuando al nacer María, observaron sus reducidas dimensiones. “¡No cabían en su asombro!” No eran capaces de encontrar una explicación ante el hecho de cómo de una mujer tan grande podía haber nacido un bebé tan pequeño y delicado. Teniendo en cuenta que Pepica ya había parido a tres varones en su misma cama y que todos, y cada uno de ellos, parecían aparentar tener tres meses al nacer. Eran unos bebés sanos y fuertes como ella.

—¡Claro! ¡Voy a ver! —y una asustada Vicentita terminó de pronunciar las últimas palabras en plena calle, al salir disparada hacia su casa de la misma forma que si le fuera la vida en ello. —¡La Virgen! ¡Más me vale encontrarlo! —y entró en su casa como una verdadera exhalación. Subió los escalones de tres en tres, arremangándose la falda con delantal incluido y se arrodilló delante de aquel baúl en el que a lo largo de los años se preocupó por guardar sus recuerdos más queridos. En un primer momento, tras respirar para recobrar el aliento, empezó a sacar las prendas con sumo cuidado hasta que a su memoria regresó la imagen de su ofuscada hermana y empezó a lanzar prendas al aire igual que una auténtica posesa, formando una pequeña tormenta de ropa. Hasta que por fin lo encontró, casi, casi, en el mismo fondo. Estaba envuelto con un fino papel blanco, que era el mismo con el que se lo envolvieron el día que lo compraron en Alicante. Lo cogió con sumo cuidado y, al hacerlo, el papel se desprendió de la tela deslizándose hacia el suelo. Era un vestido sencillo corto de tela de organza bordada blanca, con cuello de barca, ajustado a la cintura y con una falda amplia. Su mirada se recreó un momento al observarlo y saboreó sus propios recuerdos, puesto que un lujo como ese lo pudo tener a su alcance gracias a su madrina, que demostró con creces un férreo carácter y una naturaleza luchadora. Ya que, cuando solo contaba con ocho años, tuvo el valor de marcharse a servir a una casa de gente bien de la capital. Nunca se casó, pero justo al nacer ella, se propuso que su ahijada tendría un vestido de novia como debía de ser. Nada de un traje de chaqueta negro, ni de telas rígidas en las que se pudiera ver la pobreza campando a sus anchas y esta idea se convirtió en su propio sueño. Ahorró durante años sin prisa, pero sin pausa. Con la convicción de que Vicentita sería una verdadera princesa, y así fue. Lo logró. Cuando llegó el día y se lo entregó a una asombrada Vicentita, no podía haber más felicidad en su rostro. De hecho, con el paso de los años, Vicentita había llegado a la convicción de que sin duda ese día tuvo que ser el más feliz de su vida y ahora, en este momento, esos recuerdos le provocaron que una tímida sonrisa aflorara en sus labios hasta que, de nuevo, recordó la imagen de su azorada hermana para torturarla. Sin duda, eso la hizo reaccionar y se puso en pie para correr a toda prisa y llevárselo.

—Ay, Manolica, ¡espero que no tarde! Venga, vamos a preparar el costurero... y tú. ¡Ni se te ocurra moverte! ¡Tenemos el tiempo contado!, y como que hay un Dios que lo vamos a conseguir. ¡Virgen Santa del Rosario! ¡Échanos una mano! —y tras santiguarse con resignación, le ordenó a María que se desvistiera y se quedara tan solo con la enagua puesta. Iba tener vestido de novia, sí o sí.

Y así trascurrió el día más importante de nuestras vidas.

—De nuevo con el atardecer, me encontré vestido con mi mejor traje en el interior de la Iglesia, pero con una diferencia sustancial con el día anterior. Hoy, el protagonista era yo y, como tal, me encontraba delante del altar esperando a mi novia. Me sentía en paz a diferencia de Pedro. Estaba convencido de que toda mi vida había estado girando hasta ese instante tan transcendental y crecía en mí la sensación de que de alguna manera algo más grande que nosotros acababa de encajar en el abismo insondable del universo.

—Así que mientras Pedro me sonreía desde el mismo banco en el que me había sentado la tarde anterior, no me permitía dejar de observar a aquella puerta por la que iba a aparecer mi destino y, con él, la mujer de mi vida. Menos mal que no tuve que esperar mucho, ya que en ese justo instante María hizo su aparición. Y pude observar, lleno de júbilo, a esa preciosa boca caminar hacia mí con una de las sonrisas más hermosas que hayan podido existir.

—No fui consciente de nada de lo que sucedió a continuación. Mi mente y todo mi ser estaban centrados en ella. No te puedo detallar ningún pormenor de la ceremonia, ni tan poco el tiempo que tuvimos que pasar pacientemente con todos nuestros familiares hasta, que por fin, nos dejaron a solas.

—Lo que sí te puedo decir es que la amé hasta que me dolieron los huesos, más allá del corazón y que para mi felicidad, la vida me permitía poder hacerlo día tras día y noche tras noche. Siempre que te he hablado del amor, me he referido a esto, a esta sensación —al hablar sostuvo su mano sobre la mía como si con ese gesto me lo pudiera transmitir y le devolví el apretón suavemente, porque realmente me emocionaba la historia que me estaba relatando.

—Es preciosa... —conseguí decir.

—Sí, Luna. Lo es. Pero no sé dónde está escrito que la felicidad tenga que ser tan efímera. Algo que apenas pueda durar más que un suspiro... —hablaba con la mirada baja y pérdida entre mis dedos. —Nos parecía que ese sol tan resplandeciente iba a durar toda la vida; pero no fue así. Tan solo nos regaló quince días perfectos. Llenos de risas y de ganas de soñar con que todo puede ser posible —por momentos, su semblante iba oscureciéndose de la misma manera que si lo cruzara una espesa nube de tormenta.

—Acabábamos de celebrar las fiestas patronales de la isla, ya sabes el día de *San Pedro y San Pablo*. Lo pasamos realmente bien los cuatro juntos. Gracias a Dios, Rosa y María, se llevaban muy bien y nos encantaba, porque realmente éramos grandes amigos. El futuro se abría ante nosotros de una manera extraordinaria y, por ese motivo, no dejábamos de hacer planes continuamente. Hasta llegamos a proyectar que conseguiríamos hacernos con una barca para los dos, y así pescar juntos. Si te digo que Pedro era uno de los mejores marineros que he conocido, te estoy diciendo la verdad tal cual y sin exagerar —de nuevo, volvió a hacer una pausa y me pareció que era una forma de tomar fuerza para poder continuar.

—Como te iba diciendo, al día siguiente de la fiesta regresamos al trabajo y nos fuimos a pescar. Navegamos en la misma barca, propiedad de uno de los marineros más antiguos, y pusimos proa hacia la *Almadraba*. Estábamos en plena temporada de pesca y teníamos que aprovechar, porque luego el invierno siempre se presentaba demasiado largo y duro. Pedro desempeñaba un papel importante dentro de este sistema de pesca que, por cierto, te he explicado una y otra vez y tú, me has ignorado

en cada una de ellas. Lo sé... –se detuvo y me miró fijamente para ver si yo hacía el intento de responderle algo, pero no lo hice y lo dejé continuar con la misma seriedad en mi rostro. –Él era uno de los *copejadores* y, dentro de esta función, su posición era de ser un *arrachador*, es decir, cuando ya estaban todas las embarcaciones situadas unas al lado de otras alrededor de la estructura, Pedro saltaba de borda en borda hasta llegar al barco más grande. Su función era muy importante, puesto que se encargaba de empujar las piezas hacia la cubierta con la ayuda del garfio que llevaba sujeto a la muñeca y por supuesto, en todo momento, era primordial esquivar cualquier golpe de aleta para evitar una tragedia.

Aunque Juan se esforzaba por no mostrarme toda la intensidad de aquel recuerdo, no pudo evitar por más que lo intentó que no percibiera el intenso dolor que trataba de ocultar. Realmente, pensé que nunca había hablado con nadie sobre este tema ni tan siquiera con María por no mortificarla y por ser demasiado sensible. Así que se trataba de la primera vez que sacaba a relucir el dolor que había sido capaz de guardar en su interior durante tantos años y tomé consciencia de esto. Por eso, no pude remediar que me provocara una punzada en el corazón. Estaba convencida de que ese momento se trataba de uno de los más importantes de su vida y no dejaba de producirme ternura el hecho de que lo compartiera conmigo.

–Todo se desarrollaba dentro de la normalidad. Estábamos en plena *levantada* y él era una verdadera máquina. Sus movimientos eran metódicos y los ejecutaba con la máxima precisión. A pesar de toda la algarabía, era capaz de mantener la mente fría y de poder dominar la situación. No te puedo decir la razón, pero en un momento determinado, y a pesar de tener medio cuerpo fuera de la borda, dirigí mi mirada hacia donde él estaba... –y paró de hablar en seco. Se llevó las dos manos para taparse los ojos, intentando con eso poder retener su dolor. Tras unos segundos, incapaz de contenerse, se levantó y me dio la espalda.

–Juan, por favor no sigas. ¡No soporto verte así! –“¡Estaba tan asombrada! Y a la vez, ¡me sentía tan impotente!” –No es necesario que me lo cuentes, de verdad. Estoy muy emocionada por tu historia, pero si eso va a suponer que sufras, no quiero que sigas. –Era la realidad. En ese momento pensé egoístamente que bastante tenía con lo que me había caído encima como para que, además, tuviera que verlo en esas condiciones.

Juan se dio la vuelta y me miro en silencio al tiempo que una expresión totalmente desconocida para mí, cambiaba la expresión de su rostro

–Luna, eres mi hija. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Nunca he hablado con nadie sobre esto y es normal que me emocione reviviéndolo. Estoy convencido. No, mejor aún. Estoy seguro, de que si alguna vez me hubiera planteado hablarlo con alguien, sin duda alguna, esa persona eres tú –y con dos simples pasos regresó de nuevo hacia la cama y se sentó cerca, muy cerca de mí, para sostenerme la cara entre sus manos. –¡Eres mi hija! ¡Mi hija! –beso mi rostro una y otra vez, sin poder dejar de susurrar esas palabras y dejándome sin aliento.

“¡Realmente me quería de la misma forma que yo lo quería a él!” Por primera vez lo pude oír de sus labios...

“¡Soy su hija!”

Y me embargaron una mezcla de sentimientos agriados, ante los que no pude más que devolverle cada uno de esos tiernos besos.

Permanecimos abrazados y sin hablar. Temerosos de romper aquel maravilloso instante. Hasta que unos pequeños golpecitos en la puerta nos devolvieron a la realidad.

–Juan, ya está todo preparado. Tomás estaba agotado y se ha ido a descansar. Me ha dicho que lo avises cuando termines –la voz de Rosa nos hizo tomar consciencia del presente. Al mirarnos desde la misma puerta, no pudo disimular la preocupación que sentía y aun así, a pesar de eso, era una mujer inteligente y sabía que en ese momento su presencia estaba de más. –De todas formas, tómate el tiempo que necesites. Voy a llevar a los vigías algo de comida y agua. No te preocupes

–Gracias, Rosa –fue la simple respuesta de Juan. No la miró al tener la vista fija en mí y, ante ese gesto, Rosa sonrió levemente antes de cerrar la puerta de nuevo.

Juan cerró los ojos por un instante.

–Lo siento en el alma, pero no puede estar aquí en este momento. Esta conversación es nuestra. Solo nuestra –y me cogió la mano con ternura.

–Lo entiendo. Sería demasiado dolorosa para ella –era una verdad como un templo. “¡Qué me iba a pensar que sus vidas iban a estar tan entrelazadas! Mi propio temor me había provocado que estuviera tan absolutamente perdida en mi mundo que, en ningún momento, percibí absolutamente nada. Lo que me hizo sopesar otra vez la idea de que realmente me había vencido mi propio egoísmo durante todos aquellos años.

–Te he dicho un montón de veces que las cosas no son como realmente aparentan ser y te lo he dicho hasta la saciedad. Luna, si estoy manteniendo esta conversación contigo en este preciso momento, es porque existe una razón. Tú, ahora, piensas que el cielo se te ha caído encima y no es así. Te hablo de todo esto para que tomes consciencia del valor de la vida y que mis experiencias te puedan servir para madurar con más tranquilidad tus decisiones. Soy tu padre y es mi obligación hacerlo. ¿Me entiendes? –me preguntó a la vez que escrudiñaba mi rostro buscando una señal.

–Lo sé, siento que he sido muy egoísta. He vivido con tanto miedo que no me ha permitido ver más allá de él. Lo siento mucho –y miré el techo rehuyendo su mirada con bastante pesar.

–Nadie nos enseña a vivir. Cada uno busca su camino como buenamente puede y le permitan las circunstancias. No te lamente por eso, porque a pesar de todas tus peculiaridades, me has regalado un sinfín de momentos de felicidad. Cariño, no tienes que pensar en eso –y me dio un pequeño apretón en la mano.

–No sé cómo voy a agradecerte tanto... –Mis palabras eran sinceras. Ese hombre me lo había dado todo.

–¡Qué niña eres! No tienes que agradecerme nada. Lo haría una y mil veces, porque eres mi hija –y me besó en la frente.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que hace que para ti sea tan rotundo?

–Ya te lo he dicho antes. Hay momentos, cuando te miro, que me recuerdas muchísimo a María. La verdad es que pareces su hija natural, y no miento. En cambio, en otras ocasiones, ni te imaginas con que intensidad me recuerdas a mí –había tanto amor en él al hablarme que no pude más que sonreírle.

–¡En fin!, tenemos que volver sobre el tema. Es muy importante que lo sepas todo –se detuvo para coger impulso. –Bien, vuelvo al momento en el que hice algo que nunca solía hacer. Dirigí la mirada hacia donde estaba Pedro, en el preciso instante en el que levantaban una de las piezas más grandes de atún que he podido ver en mi vida. De hecho, creo que cuando la pesaron en la lonja más tarde, pudieron comprobar que rozaba los ochocientos kilos, y eso era realmente excepcional. No te puedo decir si este fue el motivo que provocó tan doloroso desenlace. El caso es que pude observar la cara enrojecida y desencajada de Pedro haciendo un impresionante esfuerzo para poder empujarlo por encima de la borda y soltarlo sobre la cubierta. Cuando de repente, y para asombro de todos, se agitó dando imponentes aletazos y por más que intentó controlarlo con todas sus fuerzas; le resultó imposible. Ya que, en uno de esos empujones, consiguió desplazar el peso de Pedro haciéndole perder el equilibrio. Reaccionó rápido, pero una de sus manos estaba atada al garfio y, este a su vez, permanecía clavado y sin soltarse a aquella cola mortal. Me dio la sensación que no era más que un muñeco de trapo zarandeado con una fuerza incontrolable. Aun así, con el brazo que tenía libre, procuró encontrar alguna superficie para aferrarse con desesperación sin conseguirlo.

–Mientras todo esto sucedía, los otros dos *copejadores* reaccionaron a la vez y se soltaron de sus ganchos para emprenderla a golpes con el atún y esto también resultó ser totalmente ineficaz. Aquella bestia parecía no sentir el impacto de aquellos mazazos y aunque la sangre empezaba a brotar por cada una de las heridas propiciadas por semejante paliza, no parecían afectarle en nada. Todo lo contrario, por momentos, los empujones eran cada vez más y más potentes de una forma brutalmente agresiva y salvaje. Hasta el extremo que, en uno de ellos, rompió el cable de seguridad que ataba a Pedro a uno de los vientos del barco. Provocando que se golpeará el pecho con inusitada violencia contra la mureta de la borda y dejándolo sin respiración. Lo que provocó que tras unos segundos perdiera el conocimiento después de poner los ojos blancos y cambiarle el rostro de color, al volver violáceo por la falta de oxígeno –se detuvo, y me pareció que necesitaba coger aire, así que permanecí callada y esperé a que continuara. Juan se puso en pie y empezó a caminar por la habitación, intentando encontrar las palabras adecuadas.

–Te estarás preguntando qué es lo que hacíamos los demás mientras todo esto sucedía –y al agachar la cabeza me dio la sensación de que estaba avergonzado. –Lamentablemente, no hicimos nada. ¡¡Nada!! Tú, que siempre estás nombrando el miedo ¡¡No te puedes imaginar con qué intensidad lo llegué a sentir!! –y levantó los brazos al aire con desesperación, para a continuación sumirse en su propio silencio, sin parar de caminar de un lado a otro de la habitación. –Me quedé petrificado... –y esto lo dijo con un susurro, a la vez que se detenía para observarme. –... ¿Te lo puedes creer? No fui capaz de moverme. No pude. Cada uno de los músculos de mi cuerpo se agarrotó y me quedé aterido por una sensación extraordinaria de pánico, a la vez que todo lo que estaba sucediendo se desarrollaba a cámara lenta. ¡Te lo juro! –al decirlo, reanudó su errática marcha por la habitación con los brazos apoyados en las caderas, sin dejar de mover la cabeza de un lado haciendo una señal inequívoca de negación. –¡Tengo la imagen grabada en mi memoria y no se borrará mientras viva! Lo sé...



–Imagina, por un lado, la trifulca que se desarrollaba en el agua por el aleteo incontrolable que producían todas las piezas de atún intentando escapar de una muerte segura y, por otro lado, el ruido infernal del chapoteo del agua junto con el viento que empezaba a arreciar de levante. Esta mezcla de sonidos nos pareció tan brutal, que nos bloqueó los oídos. Y te diré más, a todo lo anterior, tienes que sumarle los gritos que incesantemente producíamos, porque a pesar de las circunstancias, muchos de los compañeros no se dieron cuenta de lo que pasaba y seguían ocupados con su trabajo.

“¡Me pareció todo tan irreal! ¡Increíble!”

–El impulso que tuvieron los otros dos *copejadores* no hizo más que empeorar la situación, porque el hecho de soltar sus garfios para emprenderla a golpes contra aquel animal, no hizo más que provocar que fuera Pedro el único que permanecía enganchado a la pieza y, aunque todavía permanecía con vida, lamentablemente seguía inconsciente por el golpe –hizo una pausa –No tuvo ninguna posibilidad cuando el atún se desplomó hacia el agua al ceder por su propio peso, provocando su caída con el último y brutal empujón de su aleta. Lo peor fue que arrastró a Pedro como si tan solo se tratara de un fardo, dando fuertes bandazos contra el lateral del casco. De nuevo en el agua, y a pesar del poco espacio con el que contaba, no tuvo problemas para deslizarse hacia el fondo arrastrando al cuerpo de Pedro con él. ¡Dios! ¡Qué momento tan terrible! –se llevó las manos a la cabeza impotente.

–¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua! Fue un grito al unísono que detuvo toda la frenética actividad de golpe. Los compañeros que permanecían al timón accionaron de forma escalonada las bocinas de las embarcaciones, como si de un réquiem sonoro se tratara y aquel sonido se filtró en mi interior, produciéndome un desgarrador escalofrío que sacudió a todos mis huesos –e inconscientemente cruzó los brazos en un ademán inútil para poder abrazarse a sí mismo.

–Todas las tripulaciones nos agolpamos en la borda para intentar encontrar el cuerpo de Pedro en silencio y lo hacíamos embargados por la desesperación. Nada, no conseguíamos encontrar nada. Así que, tras el impacto del primer momento, se decidió proseguir con la *levantada*, porque si existía alguna posibilidad de recuperar el cadáver esa era la única. Teníamos que vaciar el copo de piezas –al decir esto, regresó hasta la cama y se sentó en el lateral de nuevo, incapaz de alzar la vista. Al ver su reacción, no pude más que acercarme hasta él y apoyar mi cabeza sobre su hombro. Permanecí sentada junto a él, con las piernas colgando y rozando el suelo con las puntas de los dedos de mis pies en silencio.

–No te puedes imaginar lo duro que fue tener que proseguir con todo aquello, aun a sabiendas que el cuerpo de mi mejor amigo yacía sumergido en la profundidad de aquella pequeña porción de mar. Trabajamos sin descanso y todo lo rápido que nos permitió aquella terrible situación, hasta que comenzó a atardecer. Hasta que prácticamente, por fin, conseguimos vaciar *el copo* y las embarcaciones de Alicante emprendieron el viaje de regreso a su puerto. Siempre solían acompañarnos tres o cuatro embarcaciones de este tipo. No olvides que se trata de una pesca conjunta y resultaban ser muy necesarias, debido a que disponían de mayor calado que las nuestras. A parte de que sus bodegas eran bastante más amplias, algo muy necesario para conseguir almacenar más capturas y de esta manera nos facilitaba el transporte.

–Así que tras decidir qué barcos nos quedábamos para intentar rescatar el cadáver de Pedro, el resto puso proa hacia Alicante porque la carga era demasiado importante. A pesar de que *el copo* era de forma rectangular, nos colocamos cada una en uno de sus lados e iniciamos el ascenso de aquella temida red. Tras un largo rato, y para nuestro disgusto, vimos emerger el cuerpo de Pedro entre varias de las piezas de atún que aún quedaban –y en este punto de la historia volvió a detenerse y me sostuvo con firmeza el hombro atrayéndome un poco más hacia él antes de proseguir.

–Si tuviera que decirte con una sola expresión el efecto que me causó aquella desgarradora visión, tan solo se me ocurre una. ¡¡Terrible!! El cuerpo de Pedro estaba prácticamente destrozado e irreconocible, mientras que yo... ¡¡No podía apartar mis ojos de él!! ¡Por más que lo intentaba! Me resultaba imposible. Me producía un efecto hipnótico. Imagínate de qué forma eran tan intenso, que hasta me costaba parpadear. ¡Era mi mejor amigo! –y ya no pudo contener más los sollozos. Intentaba hablar, pero la congoja lo ahogaba. –Nos enfrentábamos a un gran problema con una difícil solución, porque el cuerpo estaba justo en el centro de la red y por mucho que la tensamos, no hubo forma de que se moviera. Cuando ocurre esto con alguna pieza no nos preocupa, porque tenemos una especie de arpón largo y la enganchamos para, de esta manera, poderla atraer hacia la embarcación... –suspiró, al secarse las lágrimas con el dorso de la mano –... esa vez no se trataba de una pieza en cuestión, sino del cadáver de Pedro. Así que, después sopesarlo un rato, me até una de las maromas a la cintura y empecé a deslizarme con mucho cuidado por la superficie de aquella red tensada hasta llegar hasta él.

–Tenerlo así de cerca, lo único que provocó fue que sintiera que se me rompía el corazón –y los sollozos regresaron de nuevo. –¡No he hablado nunca de esto! ¡No he podido! ¿Te lo puedes imaginar? Es imposible hacerte a la idea de que esa persona tan importante en tu vida está ahí, tumbado ante ti, después de morir de una manera brutalmente dolorosa –parecía querer respirar el aire a sorbos para intentar controlar su congoja. –Te juro que intenté moverlo con todas mis fuerzas, ¡lo intenté!, pero... ¡Era imposible! ¡Parecía que su cuerpo estaba trenzado con aquella dichosa red! –y se volvió a poner en pie, sin dejar de mirarse las manos. –Estas manos... –las miraba devorando con los ojos cada centímetro de piel –... ¡Eran incapaces! Y, desesperado, miré a mi alrededor para ver si alguno de los marineros se animaba a ayudarme. Entonces, comprobé que se deslizaba un compañero desde una de las otras embarcaciones y que llevaba parte del velamen enganchado a la espalda. –¡Menos mal! Estaba agotándose y no conseguía nada.

–Cuando llegó a nuestra altura, me hizo señales para que me pusiera a los pies del cadáver, mientras que él permanecía a la altura de la cabeza. Se soltó el pequeño amarre que llevaba para la tela y la lanzó lo más cerca que pudo de mí, intentando coger impulso sin caerse. Como las rachas de viento cada vez eran más intensas, le ataron con hilo de sedal en la punta unos pequeños pesos de plomo de pesca. Tuvieron que sopesar que debían de pesar lo justo para que no cayeran a plomo y que ese peso tampoco le impidiera lanzármela. Tienes que tener en cuenta que la red estaba tirante, pero que se movía continuamente con la fuerza del mar y provocaba un continuo balanceo. Así que sujetándome con una mano, me tuve que estirar todo lo que pude para conseguir coger lo que me lanzaba con la otra. Una vez lo alcancé, me hizo una señal y nos arrodillamos manteniendo el equilibrio torpemente –hablaba y gesticulaba simulando el balanceo para que pudiera hacerme una idea mientras que, por mi parte, no podía caber en mi asombro por lo peligroso de la situación.

“¡Vamos que se jugó la vida!”

–Una vez conseguimos abrirla tuvimos que mover el cadáver para intentar meterla lo máximo posible por debajo de él y te puedo asegurar que lo hice sin mirar, porque mis ojos estaban totalmente anegados por las pequeñas salpicaduras del agua del mar. ¡No te puedes imaginar cómo escocía!, pero estaba tan sumido en toda aquella vorágine irreal de acontecimientos que ni siquiera me paré para poder secármelos; aunque fuera con la mano. Así que como pudimos, poco a poco, fuimos girando el cadáver y estirando a la vez de la tela que habíamos colocado por debajo para conseguir envolverlo con ella. Después un rato, que me pareció interminable, por fin logramos tapanlo del todo y mi compañero me hizo señales para que empezara a regresar a mi barco. ¡Cómo pesaba! ¡Era impresionante tirar de aquel cuerpo vencido! Ni siquiera te puedo especificar el tiempo que invertimos en conseguirlo. Lo que sí te puedo decir es que una vez lo engancharon los de arriba para impulsarlo por la borda hasta la cubierta, por fin respiré tranquilo y que, con esa perspectiva, no dudé al subirme al mismo borde de la red y saltar para aferrarme a la borda.

–Al pisar el suelo de cubierta pude notar que las manos me ardían cada vez más y que esa intensidad iba ascendiendo de forma progresiva. Con las prisas no me detuve ni siquiera para colocarme los guantes y, al mirarlas, pude comprobar que estaban en carne viva y llenas de cortes –me abrió las manos para que las observara con tranquilidad y me sentí bastante nula al no ser capaz de distinguir las. Tenía las palmas de las manos recubiertas de un sinfín de pequeñas cicatrices. La verdad es que me parecieron las mismas sombras de las huellas de un campo de batalla. Había mucha historia registrada en ellas que, por cierto, no era capaz de leer.

–Hicimos un pequeño corrillo alrededor del cadáver. No éramos capaces de articular palabra. Aun así, y tras sopesarlo mucho, me tuve que rendir ante una de las evidencias más crueles con la que me ha tocado vivir. Mi amigo acababa de morir de una manera atroz y, para qué engañarme, no pude encontrar una razón que pudiera ser lo bastante coherente para que todo aquello tuviera un significado. ¡No era justo! Mi amigo era una de las personas más honradas que he conocido y no merecía acabar de esa manera en plena juventud y con toda una vida por delante. En ese segundo de flaqueza, mi pensamiento todavía le dio una vuelta de tuerca más a la situación y una inquietante pregunta tomó fuerza de una manera intensa en el interior de mi mente, ¿ahora qué? ¿Iba a pasar el resto de mi vida sin él? –y me observé arqueando una de sus cejas. –¿Ves? Todos tenemos ese segundo de debilidad. Tienes que dejar de pensar que eres una egoísta. Ya te he dicho que cada uno es como es y lo que te acabo de contar lo demuestra. A pesar de toda la amargura del momento; no podía ver más allá de mi dolor. No es algo insólito y extraordinario pensar así, porque forma parte de nuestra propia naturaleza.

–Eso es cierto. Nunca había pensado en la posibilidad de que fueras un egoísta –era sincera al decirselo. Juan me parecía una de las personas más generosas del mundo.

–Pues, ya ves. Ninguno estamos libres de sentirnos alguna vez así – encogió los hombros al decirlo.

—Durante un largo rato, y mientras permanecíamos en silencio, no fui capaz de dejar de sentirme arrastrado por esa sensación. Hasta que me hizo regresar a la realidad la voz de Tono, uno de los pescadores del grupo.

—¿Qué vamos a hacer? Está en muy mal estado, prácticamente irreconocible... ¿Lo vamos a llevar a casa? Yo creo que sus padres y su mujer no tendrían que pasar por esto. —La voz de Tono nos hizo regresar. A ninguno se nos debía pasar por alto que tan solo llevaba quince días casado. Lo escuchábamos sin querer hacerlo, pero sus palabras estaban cargadas de razón. El cuerpo de Pedro estaba destrozado y en la isla los velorios se hacían en casa. Me imagino que como en cualquier lugar de nuestro país. Se solía preparar una habitación para colocar un rústico fêretro con el fin de que los familiares y los más allegados pudieran pasar unas últimas horas despidiéndose de su ser querido.

—Tienes razón, Tono. Debemos decidir ya y, sea el resultado que sea, lo haremos bajo el juramento de que esto jamás se tiene que saber. ¿Está claro? —intenté que mi voz no trazara al hablar porque era un momento decisivo. Así que esperamos a que las otras embarcaciones se acercaran para que sus tripulaciones pudieran expresar su opinión también. No olvidés que actuamos siempre por consenso. Y aunque el mar cada vez estaba más enfurecido por las rachas de viento de levante y de que la noche se nos echaba encima, a pesar de todo esto, no nos movimos de allí hasta que no se decidió por mayoría.

—Y te diré que, para mi sorpresa, fue increíblemente rápido llegar a una conclusión y que se logró con una rotunda unanimidad. Nadie vaciló a la hora de alzar su mano. Cada uno levantó su brazo sin poder dejar de observar al cuerpo tendido y además te voy a decir que, todos y cada uno de nosotros, no dejamos de ser conscientes de que podíamos estar en su lugar.

—No quiero imaginarme la situación. Tuvo que ser un momento dramático a más no poder. —Me estremecía tan solo con pensarlo.

—Bueno, tienes que tener en cuenta que para muchos de nosotros era la primera vez que éramos testigos de un hecho tan brutal. Lo que ocurre es que precisamente resultó ser absolutamente desgarrador para mí. No te puedo decir las noches y noches que me he despertado por mis propios gritos. Una y otra vez, su imagen no ha dejado de regresar a mí y de manera recurrente nada más cerrar los ojos durante todo este tiempo. Esa última imagen de Pedro me ha perseguido toda mi vida.

—Así que, después de tomar aquella decisión, pusimos proa de regreso a la isla. Navegamos en silencio mientras la noche caía sobre nosotros como si se tratara del peso del mundo entero. No le permití a ninguno que me ayudara y comencé a preparar la mortaja de mi amigo, sin abandonarme ese estado de enajenación en el que me encontraba. Con mucho cuidado, y a pesar de que los golpes de mar eran cada vez más intensos, permanecí de rodillas e inclinado sobre él para envolverlo bien con la tela y pasarle una cuerda fina por todo su contorno y dejarlo bien atado. A todo esto, le añadí plomos de diferentes pesos y me aseguré bien de que no se pudieran soltar.

—En un momento determinado, al tiempo que comprobaba que todas las ataduras estuvieran fuertemente anudadas, Tono detuvo el motor y me puse en pie para cerciorarme de que las otras embarcaciones se habían detenido también. Ya que esa era la señal de que habíamos llegado al punto exacto.

—Lo alzamos entre unos cuantos y lo dejamos caer hacia la oscuridad de esas aguas, después de apoyarlo unos instantes sobre la mureta de la borda. Lo hicimos totalmente en silencio. Imagino que cada uno en su interior rezaba una plegaria por él, menos yo. Lo lamento muchísimo, pero no fui capaz de orar por mi amigo al estar bloqueado por el dolor. Sí, Luna, y te diré más, a la pregunta que es más normal que te estés haciendo en este momento, te voy a contestar un rotundo sí. Esa fue nuestra decisión. Tienes que tener en cuenta que hubiera sido excesivamente doloroso para sus padres y para su mujer. Una cosa era sufrir por su pérdida, pero consideramos que devolvérselo en esas condiciones, iba a ser una verdadera tortura de la que no se iban a recuperar nunca. Aun así, y sin llegar a saber la realidad, no lo consiguieron. Sus padres fallecieron devorados por la pena al poco tiempo y en cuanto a Rosa, bueno, esa parte de la historia ya la sabes.

—Permanecimos con los motores apagados hasta que estuvimos bien seguros de que el cadáver no iba a ascender a la superficie y de que pudiera ser arrastrado por la corriente hacia la isla —hizo una pausa y me miró un segundo con una expresión inquisitiva. —¿Te imaginas dónde lo dejamos caer exactamente? —lo observé por un segundo hasta que no pude disimular la expresión de sorpresa. —Sí, Luna. La tumba acuática de Pedro está en la *Punta Falcó*,[\[20\]](#) justo delante de nuestra cabaña.

—No, no me mires así. Todo esto tiene una explicación. En aquel momento, no sabía que más tarde viviría allí. Ese era el lugar en el que solíamos pescar desde que éramos unos niños. Era el punto más lejano de la isla y siempre habíamos podido disfrutar allí con toda tranquilidad sin que nadie viniera a molestarnos. Así que cuando decidimos que lo íbamos a devolver al mar, fue esa la imagen que me sobrevino a la cabeza. Lo expresé en voz alta y a ninguno de mis compañeros le pareció mal. Al fin y al cabo, era una forma de mantenerlo lo más cerca posible de aquella tierra que tanto amó.

—Los días que se sucedieron a continuación, transcurrieron de la misma manera que cuando observas las hojas del calendario que hay colgado en la pared de la cocina, mientras bebes una taza de café y las puedes ver caer una tras otra sin hacer nada para evitarlo, y sin encontrarle el sentido. De repente, todo se volvió gris y la vida que por un instante nos pareció esplendorosa, dejó escapar sus vivos colores para transformarse en un devenir en blanco y negro. Nunca llegamos a conocer el lugar que ocupa una persona en nuestras vidas hasta que desaparece de ella.

—Pedro era de esa clase de hombres que no le importaba mostrar siempre una amplia sonrisa y que solía reír a carcajadas sin contemplaciones. Era un hombre alto y fuerte. Con un rostro de facciones marcadas y rotundas como su carácter. Se llevaba bien con todo el mundo y se preocupaba por todo el que en algún momento lo pudiera estar pasando mal. Por más que lo pienso, y mira que han pasado los años, no consigo encontrarle sentido a esa pérdida que significó para mí el final de una época inolvidable.

—Intenté con todas mis fuerzas superar aquella sensación que me ahogaba. No ya por mí, sino por María. Fue un auténtico mazazo para ella el hecho de entender lo expuestos que estábamos en nuestro trabajo y le costó bastante asimilar que era una posibilidad que podría ocurrir en cualquier momento. Aun así, te diré que no quiso que yo supiera de sus temores. Todo lo contrario. Se mostró cariñosa y atenta, sobre todo con Rosa. No la quiso dejar sola y permaneció a su lado apoyándola, aunque las huellas del cansancio se marcaran en su rostro.

—Al ver la reacción que tuvo, pasé unos días reflexionando y después de pensarlo con calma, decidí que a Rosa no le podía faltar de nada. Así que hablé con el que entonces era el patrón y dueño del barco, para que le abonara una parte de todos mis cobros. No se trataba de descontar una gran cantidad del total, puesto que no representaba más que un cuarto de mi parte. A lo que añadí que también dispusiera para ella de una parte del pescado que me tocara en el reparto y le insistí en que fuera él, el que decidiera qué cantidad era la adecuada. No te imaginas la expresión que puso al oír mi petición. Sabía de sobra lo duro que era ganar cada céntimo y, por descontado, lo que significaba para cada hogar el poco pescado que pudiéramos recoger. Sin duda, lo que más lo descuadró, fue cuando le dije que ella no debía saber nada y que como mi intención era que lo aceptara, se lo tenía que presentar como algo que se decidió por consenso para evitar que pasara necesidad —y sonrió tímidamente al ver mi expresión. —No podía dejarla sola y sin ayuda, Luna. Esa es la verdad y además, estoy convencido de que en el caso contrario, Pedro habría actuado de la misma manera. Jamás habría permitido que María pasara alguna necesidad.

—De todas formas, cuando lo supieron el resto de mis compañeros, decidieron sumarse a la causa y cada uno aportó lo que pudo. Sin permitirse ni una sola vez durante todos estos años dejar de hacerlo, y te digo más, cuando ha fallecido alguno de ellos y lo ha sustituido algún hijo, ninguno se ha negado a continuar y han perpetuado la decisión de su padre hasta ahora —y me sonrió feliz y satisfecho, porque consideraba que de alguna manera no le falló nunca al que fuera su mejor amigo.

—Entonces, Juan, ¿ella no lo sabe? ¿No se lo has dicho todavía? ¿Por qué? —no dejaba de parecerme maravilloso el comportamiento de Juan. Conocía de sobra su generosidad y no pude evitar que me pareciera chocante que no se lo dijera a Rosa.

—No lo voy a hacer. Eso es algo que se va a quedar entre tú y yo. Hay cosas que deben de ser de esa manera. Ya te he explicado por qué lo hice en su momento y las razones que me llevaron a hacerlo. Para mí no tiene ningún sentido contárselo. Es mejor que se quede así —esperó mi respuesta sin alterarse.

—Por supuesto, por mí puedes estar tranquilo. No voy a hablar con nadie de nada de lo que me has dicho. Te lo prometo —lo dije con tanta seriedad que me abrazó sonriendo.

—De esta manera el tiempo no dejó de pasar ante nosotros muy a nuestro pesar. Los días, las semanas, los meses y con ellos, una estación tras otra. Por momentos, me llegó a dar la sensación de que el tiempo no actuaba más que como cualquier tirano, motivado por la seguridad que le da ser consciente de su propio poder. Nos sometía, a pesar de nuestro dolor, a la inquietante sensación de no querer perdernos en el olvido y, en parte, el temor que sentimos por la muerte no es otro que el negarnos a ser meras sombras de algo que alguna vez existió. Te aseguro que en el caso de Pedro no es así. Nunca he dejado de pensar en él en ningún momento y, es más, te puedo decir que he mantenido largos monólogos como si de una conversación inacabada se tratara.

—Lo más increíble no dejaba de ser que en cuanto centraba mi mirada en los ojos de María, todo se transformaba por muy mal que me sintiera. Era una sensación agriulce. Ya te he dicho que ella era mi tierra y es totalmente cierto. En cuanto mis pupilas se enredaban con las suyas conseguía que el dolor desapareciera de mí

interior. Luna, ¡la amaba sin remisión! y daba gracias todos los días por poder tenerla conmigo.

—María, por su parte, se debatía en un mar de dudas. Sabía que me hacía muy feliz, aunque es cierto que le mortificaba no poder darle hijos y ese detalle, se me escapó al estar tan sumido en mi propia pérdida. Te aseguro que no lo vi venir; pero ni de lejos. Nunca me habló del tema ni me hizo comentario alguno sobre él. Los meses habían pasado uno tras otro y a pesar de todo el esfuerzo que hice para disimular mi estado de ánimo, resultó ser demasiado evidente para ella. Así que cada vez fue tomando más fuerza en ella la decisión y una tarde en la que regresé de la *Almadraba*, después de asearme y cambiarme de ropa, subí a nuestra habitación. María estaba apoyada en el marco de la ventana, mirando hacia la plaza en donde la chiquillería jugaba totalmente ajena a su alrededor. Los gritos y risas retumbaban sobre las paredes de las casas que la rodeaban. Al verla así, me detuve un rato en silencio para observarla.

—Si piensa que no sé qué está ahí callado y hecho un pasmarote, está muy equivocado, señor mío —lo dijo susurrando, mientras permanecía aun mirando hacia esa plaza. —Aunque estuviera ciega y sorda, sabría que estás ahí —y entonces, sí, se giró y se dirigió hacia mí en dos pasos para colgarse de mi cuello y abrazarme. Sonreía.

“¡Era superior a ella no hacerlo! ¡Y era tan hermosa esa sonrisa! ¡No podía dejar de observarla totalmente embobado!”

—Vaya, señora mía. Usted, sí que sabe dar la bienvenida a un hombre cansado —bromeé antes de besarla.

—¿Sabe qué día es hoy? —preguntó, alejando su boca de mí y eso era algo que me mortificaba.

—Espera..., no. ¿O sí? Espera..., no lo sé. ¿Me podrías dar alguna pista? —la cogí en brazos para soltarla sobre la cama sin poder dejar de reír.

—¡No te acuerdas! ¡No puede ser! —Fingía un enfado que no sentía realmente y eso me encantaba.

—No. La verdad es que no... —y puso ese pequeño y delicioso mohín que sabía hacer con la boca, ante el que no pude más reír a carcajadas al mismo tiempo que me dejaba caer sobre la cama a su lado.

—Hoy, señor mío, es el día de nuestro aniversario. Hoy hace un año que dije sí quiero y, la verdad... ¡No sé en qué estaría pensando! —Me divertía cuando se hacía la difícil. ¡Era enternecedora! ¿Y qué quieres que te diga? No podía evitar que se me rieran los huesos.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué ofensa, señora mía! Dígame entonces, qué es lo que puedo hacer para arreglar semejante metedura de pata —le seguía la broma, encantado.

—No sé, no sé. La verdad es que le va a costar mucho, caballero, superar el regalo que le he preparado —y como permanecía tumbada boca arriba, me apoyé de costado sobre mi codo para poder observarla mejor sin poder evitar que me dominara la curiosidad.

—¿Regalo? Pero, María, no tengo ningún regalo para ti. No he pensado en eso. Lo siento. —La verdad es que me sentí bastante avergonzado. No podíamos permitirnos ningún lujo.

—Tranquilo... El regalo que he preparado, es para los dos —al decirlo, cogió mi mano y la guio con la suya hasta ponerla sobre su barriga. Al principio la miré sin llegar a entender muy bien lo que me quería decir, hasta que de pronto caí en la cuenta. ¡Un bebé! ¡Eso no podía ser!

—¡Un bebé! ¡Es peligroso! Creí que habíamos dejado claro que esa opción no es posible —me senté y la miré totalmente mortificado por la preocupación. —¡No quiero que te pase nada!

—Juan, ¡no va a pasar nada! ¿Quieres relajarte? ¡Es una gran noticia! —Por momentos, se estaba disgustando y le costaba mucho retener sus lágrimas —Juan, mírame... Juan. Acaso, ¿quieres vivir para siempre!? —es lo último que dijo antes de que la abrazara con toda la intensidad de mi amor.

—No voy a negarte que por un lado me sentía el hombre más feliz. ¡¡Un hijo!! ¿Podría existir algo más maravilloso en el mundo? Un pequeño ser nuestro, solo nuestro... —se detuvo emocionado y no quise interrumpirlo. La verdad es que la historia estaba superando cualquier expectativa que me hubiera podido plantear. ¿Iba a ser padre Juan? y esa pregunta me hizo ecos en el interior de la cabeza.

—Aunque, por otro lado, la noticia fue recibida con la misma proporción de alegría como de temor por parte de nuestros padres. Todos eran conscientes del riesgo que íbamos a correr, aunque ella quisiera darnos a entender que se encontraba de maravilla. La realidad era que en nuestro interior crecía, día a día, la sombra de la preocupación por si su cuerpo no era capaz de aguantar. Cosa que así sucedió. Los cuatro primeros meses pasaron sin ningún tipo de problema, hasta tal punto que empezábamos a relajarnos sin dejar por ello de observarla con atención. Hasta que un fatídico día en el que me encontré a Rosa esperándome en el puerto. La pobre estaba envuelta por completo con su toquilla de lana, porque soplabla una racha tras otra de un iracundo y sorpresivamente frío viento de levante, a pesar de que estábamos a mediados del mes de octubre.

—¿Y eso tú por aquí? ¿Ocurre algo? —Salté del barco antes incluso de que apagaran el motor, al sentir que una lacerante punzada de temor me cortaba la respiración.

—Juan, se trata de María. Tienes que ir a tu casa enseguida... —No la terminé de escuchar al salir corriendo disparado. Estaba tan aturrido que no me fijé en que en la puerta de mi casa había varios grupos de mujeres hablando en corrillos. Pasé de largo por delante de ellas y subí los escalones de tres en tres. No paré hasta que no estuve en el interior de nuestra habitación —se detuvo y me volvió a coger del hombro para atraerme hacia él. Lo que me hizo pensar que esta era la forma de evitar que lo mirara directamente a los ojos para que no viera lo que no me quería mostrar.

—La habitación estaba en penumbra y María yacía en nuestra cama rodeada por sus tías, su madre y la mía. Ninguna de ellas alzó la vista para mirarme, ni tampoco dejaron de rezar una plegaria que apenas pude llegar a oír.

—¡María! ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —conseguí preguntarle aun jadeante por la falta de aliento. ¿Sabes? Una de las cosas que me hizo estremecer desde la punta de los dedos de mis pies hasta el último pelo de mi cabeza, fue un olor extraño que invadía por completo aquella habitación. Era intenso y se coló por mi nariz llegándome hasta la garganta y empecé a toser sin poder contenerme. Me sacudía por entero con cada golpe de tos seca al intentar expulsarlo de mí. Se trataba de un abrumador aroma a flores secas.

—Mamá, ¿qué pasa? —Me dirigí desesperado a ella, al ver a María con los ojos cerrados y con la tez más pálida que una vela. Me dio la sensación de que su piel era de cera.

—Ven, siéntate junto a ella y cógele la mano. Tiene que notar que estás aquí —fue la respuesta de mi suegra y la obedecí. Me senté y sostuve su mano helada entre las mías, intentando darle un poco de calor.

Entonces, habló mi madre...

—Esta madrugada empezó a gritar de una manera tan desgarradora que dimos un salto en la cama y subimos corriendo para ver qué pasaba, cuando no hacía ni una hora que te habías marchado a pescar. Nos la encontramos de pie con el cuerpo inclinado hacia adelante por el dolor y cubierta de sangre. Sangre en su camisón, en el suelo, en la cama... ¡¡Por todas partes!! —Mi madre hizo una pausa para tragar saliva y así intentar contener su llanto. —Al verla así, mandé en seguida a tu padre corriendo a casa de sus padres y han sido ellos los que nos han ayudado a limpiarlo todo y a acostarla.

—¡No podía dejar de llorar! Te llamaba..., tu nombre, Juan. Pronunciaba tu nombre una y otra vez, totalmente desesperada hasta que ha perdido el conocimiento —y volvió a hacer una pausa conteniéndose la emoción. —¡¡Ha perdido el bebé!! —masculó, ya vencida por las lágrimas.

—¿Es normal que esté así? —Ni siquiera me inmuté con lo que me acababa de decir, porque solo me interesaba saber si estaba bien.

—No te puedo engañar. Se está muriendo y ¡no podemos hacer nada por evitarlo! Ha perdido mucha sangre y no tiene la fortaleza suficiente para recuperarse. ¡Os lo advertimos! ¡Este embarazo nunca debió ocurrir! ¡Mi hija! ¡¡Mi hija se muere!! ¡Ay, Dios mío! —la voz de Pepica, su madre, cada vez sonaba más fuerte dentro de aquellas cuatro paredes y sus palabras se negaban en rotundo a entrar en mi mente.

—¡No! ¡Eso no es verdad! ¡No puede ser! ¡Fuera!... ¡Ahora mismo! ¡¡Fuera de aquí todo el mundo!!! —estallé sin contención alguna y rompí en sollozos sobre el cuerpo de María. —Mi amor, mi amor. ¡Estoy aquí! ¡Despierta! ¡Abre los ojos! —la zarandeaba sin medir mi propia fuerza. —¡María! ¡María! —y todas, sin excepción, se pusieron en pie y salieron corriendo de aquella habitación al verme sollozar de esa forma. Mi mundo... ¡Se estaba rompiendo en pedazos! Y ¡no podía hacer nada por evitarlo! Te puedo decir que sentía tal nivel de pánico que no podía pensar. Simplemente, me limitaba a repetir esas frases una y otra vez, hasta que en un momento determinado noté un leve movimiento el interior de mi abrazo.

—Juan... ¡has llegado! —hablaba tan bajito que casi tuve que adivinar lo que decía.

—¡Mi amor! Sí. ¡Estoy aquí, contigo! —recorría su rostro con avidez, buscando desesperadamente una reacción por su parte para conseguir hacerla volver, pero su mirada... ¡Su mirada estaba perdida! —María, cariño, ¿me oyes?

–Juan... –y cerró los ojos de nuevo para no volverlos a abrir jamás.

–La abracé y permanecí en esa postura hasta el día siguiente. No podía separarme de ella. Ante esta situación, nadie se atrevió a subir. No te puedo decir si la velaron ni quienes lo hicieron, porque no era consciente de nada más que de no soltar aquel abrazo.

–Con las primeras luces del amanecer subió mi padre y, al comprobar que continuaba en la misma posición, se sentó en la misma silla donde me senté la noche anterior. Cruzó los brazos y nos observó en silencio, hasta que consideró que era el momento oportuno para empezar a hablar.

–No has querido escucharme en ningún momento y tu negativa a hacerlos no ha traído hasta aquí. ¿En qué estabas pensando? Sinceramente, te creía más inteligente y ninguno de tus actos lo ha sido. ¿Cómo se te ocurre casarte con una mujer enferma? Y lo que es peor, y no por eso menos asombroso, ¿tan poca cabeza tienes que encima le haces un hijo? La verdad, Juan, ¡¡no lo entiendo!! No podemos permitirnos el lujo de tener esas debilidades. Nuestra vida no nos da opción y se nos muestra implacable. María no se debería de haber casado, ni contigo, ni con nadie y tú... ¡Tú! ¡¿Es que no te gustaba ninguna de las mujeres casaderas de la isla?! ¿Qué te pasa? ¿Te crees especial? Piensas que eres una especie de elegido al que, a pesar de que todo su entorno pueda derrumbarse, no le va a afectar en nada. ¡Tú estás por encima de todo! ¡Hasta de mí! ¡Don sabelotodo! ¡Eso eres tú! ¡Y mira a qué nos has llevado! Ahora, tenemos que convivir con la vergüenza de que hayas arrastrado a una enferma hacia la muerte. ¡Hija de uno de nuestros vecinos! Me avergüenzo de ti, de tu egoísmo, de tu falta total y absoluta de respeto hacia nosotros que somos tus padres. Ahora, ¡¡explícame de qué manera podemos afrontar esto?! –esto último lo dije, levantando la mano y señalándome con el dedo. Sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas y tenía el rostro congestionado por intentar controlarse para que no se oyeran los gritos desde la planta de abajo y desde la calle.

–No tengo que explicarte nada... Acaba de fallecer mi mujer. ¡¡Está muerta!! ¡¡Muerta!!! Así que... ¡márchate! –y manteniendo todavía el abrazo, giré la cabeza para mirar en otra dirección.

–¡Eres un cabrón egoísta! Bien, ¡me voy! Pero hoy no ha muerto solo ella. ¡Tú también te acabas de morir para mí! ¡No quiero volver a saber nada de ti en mi vida! –apenas pudo contener su rabia al caminar hacia la puerta en dos zancadas. Su boca se cerró y no volvió a abrirla jamás y cuando digo nunca, es nunca. No volvió a hablar, ni tan siquiera en su lecho de muerte. Vivió el resto de su vida sumido en un silencio total para más desesperación de mi pobre madre que nunca llegó a entender su comportamiento. Ella pensaba desde un punto de vista diferente, en el que imperaba ante todo el hecho de que yo era su hijo, su único hijo, con todo lo que ello puede significar. Después de tener que vivir la muerte de ocho bebés antes de que yo naciera y, ante esta certeza, todo lo demás caía por su propio peso. Eran tiempos en los que la mortalidad infantil era altísima, pero este hecho no bastó para que dejara de intentarlo. Así que no quiso entrar en ningún tipo de debate, para ella acababa de morir su nuera y, con ella, la posibilidad de tener algún nieto.

–No es difícil imaginar lo que sucedió a continuación. A pesar de la oposición de todo el mundo, insistí en que fuera enterrada en nuestro lugar favorito, y no en el cementerio como el resto de los difuntos de la isla. Aguanté en mi casa los días que necesité mientras construía la que luego ha sido nuestra cabaña. Nuestro hogar. A todo esto hay que sumarle que no dejé de salir al mar ningún día, porque era totalmente impensable la opción de dejar de trabajar. Eso era algo inconcebible, a no ser que el muerto fueras tú.

–Mi madre, por su parte, se esforzaba por arreglar una situación que era irremediable, puesto que la brecha que se abrió entre mi padre y yo era tan profunda como una sima insondable con una rotura de proporciones abismales –te aseguro que no exagero nada cuando te lo describo, de verdad. –No tuvo más remedio que aceptar la dolorosa realidad de sentir que me perdía. Sin duda, era una mujer fuerte y luchadora, pero lamentablemente no conseguía encontrar la manera de afrontar aquella situación y se encontró incapaz de poder resistir entre dos frentes.

–Es comprensible, Luna. Imagínatelo por un momento. Se sintió desbordada por todos los acontecimientos.

–La verdad es que sí, pero tu padre fue demasiado duro. Tú, no eres una persona egoísta, de verdad que no –y me apreté más a él.

–No te creas, en parte tenía su razón. Nunca debí de casarme con María. Quizás, si no lo hubiera hecho, la pobre habría tenido una vida más larga. No lo sé. Siempre se ha dicho que *el agua pasada no mueve molinos* y a lo mejor tener este tipo de pensamiento no me lleva a ningún sitio en este momento. Lo que es innegable, es que jamás me arrepentiré de haberlo hecho. Te aseguro que el poco tiempo que tuve para disfrutar de ella fue tan intenso, que ha tenido para mí el mismo valor que toda una vida –al decir esto, me dio un beso cargado de ternura en la frente.

–¡Qué raro! ¿No me has preguntado dónde quise que la enterraran?

–No es necesario, porque lo sé. María ha estado todo el tiempo con nosotros ¿Verdad?

–Sí... –sonrió agachando la cabeza –... más cerca de lo que te piensas.

–¿¡El rosal?! ¿No? ¡No puede ser! ¡¿De verdad?! –no podía ocultar mi asombro.

“¡Madre mía! ¡No puedo contar las veces que me regañó por jugar cerca de él!”

–Sí, nena. Mi María ha permanecido bajo esos preciosos pétalos todo el tiempo. Ella era mi tierra y así ha sido. No ha dejado de serlo durante todos estos años. Todas y cada una de las tardes en las que he pisado suelo tras volver del mar, he regresado hasta ella. ¡Qué más puedo pedir!

Me gustaría poder decir cómo me sentí con aquella narración de su vida, pero me resulta imposible. Me asombraba el intenso calado de sus profundos sentimientos, la manera en que había sido capaz de almacenarlos y seguir adelante con su vida de una forma tan natural. Sin duda, Juan era una persona excepcional, y no lo pensé por el cariño que sentía hacia él. Se trataba de una absoluta y pasmosa realidad. Era una persona entrañable y luchadora a la que el azar me dio la oportunidad de conocer y no solo de eso, sino de algo todavía más importante, me había concedido el regalo de formar parte de su vida. Estaba totalmente enternecida por su esfuerzo y no me cabía duda de que para él fue un hecho profundamente significativo el abrirse a mí de esa manera. Así que por nada del mundo me sentía capaz de defraudarlo. Esta reflexión me ayudó a llegar a la única conclusión posible y la más razonable dentro de aquella sin razón, si puede decirse así. Tendría que hacerle frente a lo que viniera, ya no por mí, sino por él también. No me cabía en la cabeza que tras todo lo pasado, pudiera ser yo la causa de que pudiera llegar a vivir el resto de su vida amargado.

“¡Por nada del mundo iba a ofrecerle eso!”

–Bueno, ¿qué me dices? –y antes de que pudiera contestarle, me frenó poniendo un dedo sobre mis labios. –Lo tengo todo pensado. Verás, ¿qué te parece si decimos que el bebé es mío? Eso te evitará muchos problemas, al fin y a la postre no eres mi hija natural y en estos días ser madre soltera puede significar arrastrar el peso de un verdadero estigma; aunque ese hijo sea producto de una violación. Rosa y yo, ya lo hemos hablado en varias ocasiones, mientras que tú, ya sabes, estabas ausente. ¿No te parece buena id...

No pudo terminar de hablar. De repente, un ruido ensordecedor sacudió el silencio de la isla. Juan se puso en pie y salió corriendo hacia la puerta de la casa. No se detuvo ni aun cuando se cruzó con Rosa, porque el sonido cada vez era más estrepitoso y atronador.

Por su parte, Rosa entró corriendo y me encontró de pie, apoyada a los pies de la cama intentando controlar el temblor de mis piernas.

–¡Luna! ¡Ten cuidado! –Me sujetó por el codo al tiempo que tiraba de la manta para poder echármela por encima. –¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! Pero, ¿qué demonios es eso? ¡Ay, señor, señor! ¡Apíadate de nosotros! –No podía parar de santiguarse, a la par que se esforzaba por aguantar el peso de mi cuerpo sobre el suyo. Menos mal que, en ese momento, estaba de regreso Juan y me sostuvo al vuelo antes de dar con mis huesos contra el suelo sin poder remediar tirarla también. Estaba claro que era todo huesos, pero eso no quería decir que no pesara.

–¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! –Lo dijo gritando a pleno pulmón. No conseguíamos poder oírnos con aquel ruido tan intenso y penetrante. ¡Estaba justo encima de nosotros! Y para nuestra sorpresa, esa sensación era totalmente real. Cuando por fin conseguimos llegar hasta la calle, nos encontramos con que Tomás venía hacia nosotros corriendo despavorido sin dejar de observar el cielo. Tanto era así que tropezó y cayó de bruces sobre el empedrado, sin poder evitar taparse la cabeza con las manos.

–¡Pegaros a la pared! –gritó Juan antes de empujarnos hacia ella. En ese momento, estaba claro que realmente no era consciente de que aquella maniobra no servía para nada y, aterrorizados, miramos hacia el cielo justo cuando sobre nuestras cabezas nos sobrevolaba una pequeña escuadra de tres aviones. Volaban tan bajo y el

ruido resultaba ser tan brutal para nuestros oídos, que nos los tuvimos que tapar con las manos para poder aguantarlo. Pero gracias a que volaban a tan corta distancia pudimos observarlos claramente. Su estructura era de madera recubierta por una tela en la sección superior del casco y en las superficies de las alas y de la cola. También apreciamos, casi con total precisión, que contaban con tres ametralladoras y unas palas con forma de canoa que imaginamos que era para aterrizar sobre el agua. Este pensamiento nos heló la sangre.

—¡Tenemos que irnos de aquí! ¡Vamos! ¡Tomás, corre!

Juan gritaba a la vez que me arrastraba casi en volandas en dirección a la playa. Cruzamos la plaza a la velocidad que nos permitieron nuestros pies y cuando estábamos a punto de rozar la arena, un silbido exageradamente agudo casi consigue rompernos los tímpanos a todos y caímos sobre el suelo retorciéndonos de dolor. Realmente, era insostenible. Aun así, tuve un segundo para fijarme en las letras y números que llevaba escrito sobre sus alas: *CANT Z-50I* [21].

“¡No puede leer más!”

De repente, nos sacudió a todos una de las explosiones más grandes que he visto en mi vida y que, por un momento, consiguió hacer temblar la tierra desde sus cimientos. Fue tal la brutalidad de la onda expansiva que nos levantó en el aire y nos trasportó como si no fuéramos más que simples plumas hasta la misma orilla de la playa.

No conseguíamos recobrar el conocimiento del todo, a pesar de que estábamos en el agua. Permanecí sin moverme y, tengo que confesar que por un momento tras el impacto, pensé que la isla entera se iba a hundir como si de un naufragio se tratara. Me zumbaban los oídos y un pitido sordo no me dejaba pensar. Tan solo me limité a quedarme quieta a la espera de que una incierta debacle cayera sobre nosotros, porque por momentos se iba magnificando cada vez más en el interior de mi cabeza.

—¡Luna! ¡Luna! —la voz de Juan llegaba a mí como un rumor y, al girarme sobre mí misma para poder ver dónde estaba, mi sorpresa fue brutal al comprobar que su cara estaba parcialmente cubierta de sangre por un sinfín de pequeños cortes. Quise levantarme al verlo en ese estado y un intenso dolor me atravesó como el más afilado de los cuchillos y, sin remedio, caí de rodillas a la vez que me llevaba las manos hacia la barriga. “¡No podía soportarlo! ¡¡Qué dolor más espantoso!” Y, entonces, empecé a gritar al máximo volumen que me permitió mi garganta. Grité y grité, sin poder contenerme hasta que una asustada y mareada Rosa se acercó a mí para intentar ponerme en pie; pero fue inútil. El dolor cada vez era más intenso y estaba totalmente histérica sin poder controlarme. Entonces, Juan se acercó con pasos titubeantes y me abrazó.

—¡Cálmate, Luna! —Se arrodilló conmigo para abrazarme y al mismo tiempo miró por encima de mi hombro hasta que su vista se perdió en ese siniestro horizonte. Una espesa nube de polvo, cenizas, destrucción y muerte se extendía por toda la superficie de la isla. Juan y una asustada Rosa, que también se había unido a nosotros en ese abrazo, no podían más que llorar de impotencia ante aquella visión dolorosa de la que me sentía totalmente ajena, porque estaba claudicando ante mi propio infortunio.

—¡No puedo! ¡¡No aguanto este dolor!! ¡¡Dejarme sola!! —Me zafé de aquel abrazo, totalmente desconsolada, para poder llegar a una zona de más profundidad. Necesitaba con todas mis fuerzas sentir el cobijo del mar igual que tantas otras veces, pero el dolor me obligaba a enroscarme casi por completo y, cada vez que daba una brazada, me forzaba a detenerme al dejarme sin respiración. No podía hacer otra cosa que parar y encogerme de dolor sin dejar de sujetar mi barriga entre terribles espasmos.

—¡Luna! ¡Luna! ¡Vuelve! —gritó Juan intentando alcanzarme hasta que Rosa lo frenó.

—Déjala Juan, ¡por favor! ¿Es que no te das cuenta? —al decir esto levantó la tela de su vestido que estaba sumergida en el agua y se la mostró. —Mira... —estaba manchada con mi sangre y era de un tono rojo tan intenso que parecía impermeable a ella. Juan miró a Rosa y se llevó las manos a la cabeza. —¡No puede ser verdad! ¡Otra vez, no! ¡¡No!! ¡¡Luna!!

—¡Juan, mírame! ¡Juan! Ella no es María. Luna es una mujer sana y fuerte, y tú lo sabes. Si no fuera así, no habría llegado hasta aquí con todo lo que ha pasado la pobre... ¡Juan! ¿Me estás oyendo? ¡¡Juan!! —Con determinación, sostuvo su cara entre sus manos para forzarlo a centrar su atención en ella. A pesar de este gesto, Juan no fue capaz de dejar de mirarme absolutamente impresionado por cómo intentaba huir de mi dolor mientras que por mi parte y ajena a su mirada, continuaba haciendo un esfuerzo titánico. Y ante esa evidencia, se rindió. Se dejó llevar por el movimiento de esas manos que, después de todo, lograron que apartara su vista de mí. Un gesto del que se arrepintió enseguida, pues al enfrentarse a los inquisidores ojos de Rosa ya no pudo evitar que viera sus lágrimas. No las pudo esconder.

—Juan... ¡Tranquilo! ¡Debes confiar más en ella! —para Rosa resultó demasiado excesivo enfrentarse a esa mirada y, sin pensárselo, rasgó parte de su falda para poder lavarle las heridas del rostro después de mojarla en el mar. Juan la observó lleno de gratitud mientras lo hacía. Después de todo, consideró que por fin la vida había sido generosa con él y que le había favorecido al brindarle la oportunidad de tener a esa mujer a su lado.

—Espera... ¿Dónde está Tomás? —salió corriendo, dejándola con la mano suspendida en el aire y sin parar de buscar con la mirada en todas direcciones. —¡No dejes a Luna! No te preocupes que no me voy lejos. Tengo que encontrar a Tomás —al escucharlo, Rosa se dirigió lentamente a la orilla caminando por el agua y se sentó lo más despacio que pudo, porque tenía el cuerpo dolorido. Empezaba a anochecer y los últimos rayos de luz se desdibujaban en el horizonte y se aseguró de saber exactamente en qué punto de aquel mar me encontraba. Ni siquiera por un segundo, apartó su mirada de mí. Lo único que faltaba era que me perdiera en aquella oscuridad. Se sentía tranquila, porque estaba convencida que yo dominaba el mar como nadie.

—Si en algún momento alguien pudiera hacerlo, sin lugar a dudas, esa persona eres tú —pensó en voz alta, embargada por la profunda fe que le hacía sentir.

Ajena a todo eso por completo, me debatía en mi propia lucha interior, mientras que tenía un momentáneo respiro entre una punzada y otra de intenso dolor. Me zambullía intermitentemente en esas aguas, buscando en su abrazo cálido poder encontrar un poco de consuelo. Los acontecimientos se habían desarrollado de una manera tan vertiginosa que, aun cuando todavía no acababa de aceptar mi nueva situación, ya me estaba enfrentando con otra todavía más complicada. No hacía más que unas horas que acababa de averiguar que una vida se estaba formando dentro de mí y todavía no me había dado tiempo para asimilarlo. Cuando por una cruel circunstancia, en ese preciso momento, esa misma vida quería huir de mi cuerpo de la forma más dolorosa posible.

Estaba embargada por sentimientos agriados. Por un lado, era consciente de lo que representaba la existencia de ese hijo para mí y me mortificaba pensándolo. Me costaba un verdadero esfuerzo tan solo imaginar que cada vez que lo mirara, iba a ser como recordar una y otra vez una de las circunstancias más penosas de mi vida. No me quedaba otra que ser consecuente con mi naturaleza, y no podía permitirme no serlo. La verdad era esa, sin tapujos. Si una cosa estaba clara, era que no podía engañarme a mí misma y debía afrontar la realidad como siempre lo había hecho desde que conseguía recordar. No quería ese hijo, porque no era producto del amor, sino consecuencia de un acto cobarde, cruel y depravado. Se necesita ser de una pasta especialmente vil para infringirle ese tipo de tortura a otra persona que, por la razón que sea, se pueda encontrar en desventaja.

No existe ninguna justificación para eso.

La violencia no es la voz de la valentía, sino que por el contrario no es más que el lenguaje del cobarde.

Aunque por otro lado, existía un motivo inexorable que no era otro que el mismo significado de la maternidad, con todo lo que ello puede llegar a suponer y, por momentos, me sentía vencida por ese sentimiento. Llegué a pensar que era motivado por el mismo dolor que cada vez era más desgarrador. Por alguna extraña razón, que no conseguía comprender, me resistía a perderlo. Hasta este momento, siempre acepté todo lo que la vida me había querido aportar sin ningún tipo de resquemor y ni tan siquiera llegar a cuestionármelo. Así que, ¡cómo iba a poder resistirme a no quererlo! No dudaba que en él iba a latir una gran parte de mí. “¿Cómo podría sentir animadversión hacia algo tan mío?” Estaba claro que eso no iba a ser posible y que hubiera podido acabar adorándolo, sin más.

Mientras que mi mente estaba perdida en mi propio laberinto de emociones, cada vez me sentía más y más debilitada por el dolor, hasta que llegó un momento en el que no cesó. Y crecía, y crecía, aumentando su grado e intensidad. Lo hizo de una manera tan brutal, que no pude más que gritar hasta que me dolió la garganta y Rosa que, todavía permanecía sentada en la orilla observándome, se levantó y no pudo parar de correr hasta que llegó hasta mí. Lo hizo justo en el instante que sentí con claridad que me abandonaba ese pequeño ser y se alejaba de mí, arrastrado por la misma corriente de esas aguas.

Me abracé a ella totalmente agotada y sin poder dejar de llorar, mientras que el agua que nos rozaba se teñía de un rojo intenso.

Un color que, por cierto, empezaba a ser para mí el matiz del adiós.

—Tranquila, mi niña. Ya está. Todo se ha acabado... —me habló sin soltar mi abrazo y se giró para iniciar el regreso a la orilla. El agotamiento de Rosa era demasiado

evidente, así que me detuve y le di un beso en la mejilla para tranquilizarla un poco.

—Gracias... —le pude decir para demostrarle que estaba bien.

—¿¡Gracias!?! ¿Eso es lo único que se te ocurre decirme? —me sonrió. —De verdad, Luna, me sorprendes. ¡Mira a tu alrededor! ¡¡El mundo entero se está rompiendo en pedazos!! —y no le faltaba razón.

No nos quedaban por caminar más de tres pasos para llegar hasta la orilla, cuando levantó su brazo y lo seguí con la mirada. Me encontré de bruces con una imagen que para mí había pasado desapercibida y que me hizo caer de rodillas arrastrándola conmigo. En mis ojos no podía haber más destrucción y, ante eso, no pude más que quedarme abrazándola en esa posición sin poder articular palabra.

Un auténtico muro de polvareda se extendía hasta ese punto indescifrable en el que se nos puede perder la vista. No más lejos de unos ocho metros de donde estábamos, se había alzado una pared blanquecina de veinte metros de altura, por así decirlo, porque la verdad es que me pareció altísima. Hasta tal punto, que me daba la sensación de que más allá de ella, simplemente todo había desaparecido. La miré con la misma sensación que se debe sentir ante algo infranqueable, igual que si se tratara de una frontera imaginaria entre nosotros, que éramos la vida en ese momento y la muerte capaz de crecerse en el abismo del otro lado.

Rosa como pudo, y tras varios intentos, se puso en pie y me obligó a hacerlo también para sacarme del agua cuanto antes. A estas alturas mi cuerpo ya no me permitía controlar el temblequeo. Así que caminamos hasta la orilla y me dejó un momento para intentar encontrar la manta que llevaba antes de la explosión para poder taparme con ella.

La situación era demasiado irreal para admitirla. Intenté tragar mi propia saliva sin dejar de tiritar. Tampoco podía apartar la vista de aquel inmenso revoltijo que se mantenía suspendido en el aire. Se trataba de una mezcla de arena, piedras de todos los tamaños, trozos de madera hechos añicos y algún que otro componente que no lograba identificar; aunque me esforzaba. Estaba realmente perpleja, pues si no hubiera podido sentir la tierra bajo mis pies con toda su fuerza, la verdad es que me habría creído por completo que la gravedad había dejado de existir. Lo que no resultaba ser nada lógico, porque yo estaba anclada a esta tierra a través de ellos, a la vez que el resto del mundo se desvanecía en esa impresionante nube.

Rosa regresó al cabo de un rato sosteniendo una tela indescifrable entre las manos que sacudía con fuerza sin parar. No se trataba de la manta, se ve que no la pudo localizar y me encogí de hombros al darme igual. Lo único que deseaba era entrar en calor y no lo conseguía por mucho que apretaba mis brazos sobre mi pecho. Así que la observé con bastante desesperación caminar rápido y con mucho cuidado, porque estaba todo el suelo sembrado por completo de escombros. Al llegar a mi altura, la extendió para dejarla caer sobre mis hombros. Algo que agradecí en el alma antes de cerrar los ojos para intentar volver a mí ser. Mis temblores se transformaban progresivamente en verdaderas convulsiones y mis dientes castañecaban sin cesar. No sabía si era por lo que me acababa de suceder, por el frío, o por el miedo que se estaba apoderando de mí de manera irracional.

Menos mal que Rosa respetó mi silencio y se mantuvo a mi lado sosteniéndome por la cintura con su brazo. No podíamos remediar pensar cada una por un lado, y a nuestro aire, sobre todo aquello a la vez que de manera inconsciente nuestros ojos buscaban a Juan entre todo aquel caos. Me esforcé mucho por discernir su contorno de entre aquella espesa nube; pero resultó inútil. Lo único que apenas alcancé a distinguir, y no demasiado bien, era un poco de la silueta de las casas que estaban más cercanas a esa playa, *la platja del Migdia*.<sup>[22]</sup>

Me parecían auténticos espectros de otra vida. Y a pesar de que casi no podía visualizarlas, me esforcé por divisar lo que me pareció que era parte de su estructura semiderruida por el impacto de la bomba y cómo asomaba parcialmente el esqueleto de sus muros de manera silenciosa en algunas de ellas.

Entonces, me asoló de una manera absolutamente demoledora la sensación que se apoderó de mí de golpe cuando, tras permanecer con la vista fija en un punto, descubrí que aquel muro insalvable se estaba aproximando hacia nosotras poco a poco y centímetro a centímetro.

—Nos tenemos que ir de aquí. Rosa, ¿me oyes? —lo dije sin poder dejar de observar aquella visión y no llegó a escucharme, porque acababa de soltarme para correr directamente hacia Juan que, en ese momento, regresaba cargando con Tomás como podía. Me quedé perpleja al mirarlos, porque me parecieron dos figuras fantasmagóricas. Sobre sus cuerpos llevaban una gruesa capa del polvo de aquella nube y, al devolverme Juan la mirada, me costó localizar sus ojos debajo de todo aquello.

—Tranquilos estoy bien. Solo ha sido el impacto —al hablar Tomás tosía, a la vez que nos sonreía para tranquilizarnos.

—Lo que tú digas. ¡Mira que eres pesado! ¡Y nunca mejor dicho! —entre risas, se tuvo que apoyar en Juan para poder sentarse sobre una pequeña roca que sobresalía de la arena, mientras lo ayudaba a extender la pierna izquierda que era la que se había llevado la peor parte. —Voy a buscar algún trozo de madera para utilizarlo de tablilla y así no podrás mover demasiado la pierna. Es una tontería, lo sé. Vas a hacer lo que te dé la gana, ¿o me equivoco? —y miró a Tomás con expresión interrogante.

—Que nooooo, hombre, que no, que te voy a hacer caso. ¡Con tal de no tener que oírte! ¡Hago lo que sea!

—¿Lo que sea? ¡Qué cara más dura tienes! ¡Si no me haces ni puto caso nunca! Si te digo que corras, ¡corre! ¿Tienes idea del susto que me has dado? ¡No te encontraba! —abrió los brazos para resaltar más sus palabras con ese gesto.

—Que vale, que sí, que lo que tú digas —le contestó, sin dejar de pasarse la mano una y otra vez por la pierna que tenía herida y Juan no pudo evitar un gesto de impaciencia antes de irse a buscar la madera.

—¿Estáis bien? —preguntó, masajéandose la pierna.

—Sí, estamos bien ¿Verdad, Luna? —Rosa se había puesto de rodillas a su lado para destapársela e intentar ver mejor el alcance de los daños —¡Hemos tenido suerte! Apenas son unas cuantas heridas leves. Aun así, hay que limpiarlas. Se acercó a la tela que me envolvía y, sin quitármela, la rasgó por la parte de abajo. Hizo varias tiras y las humedeció en la orilla para poder limpiárselas.

—¿Adónde vas con eso? —Tomás se puso en tensión cuando vio que se acercaba para tocarlo —Rosa, ¡ni se te ocurra! ¡Rosaaaaa! ¡Ahhhhhhh! ¡Rosa! —no se contuvo al chillar.

—¡Será posible! ¡Vaya hombres de mar! —lo ignoró sin misericordia mientras que gritaba y gritaba. —¿Te quieres estar quieto? Si te mueves voy a tardar más y esto hay que limpiarlo bien antes de taparlo o ¿es que quieres coger una infección? —Lo curaba sin hacer caso de sus quejas. —Tomás, ¡venga ya! ¡Pareces un chiquillo!

—¿Un chiquillo? ¡Si la tengo en carne vivaaaaa! ¡Ahhhh! ¡Rosa! ¡Que te doy! —empezaba a perder los nervios ante la insistencia de ella.

—Mira, ¿o te estás quieto o la que te doy soy yo? ¡Paraaaa! ¡Ay, por Dios! ¡Los hombres! Al final va a resultar que la que más reñíos tiene es esta chiquilla. Pero, ¡abráselo visto! —y le daba pequeños manotazos, para que la dejara limpiarle bien las pequeñas piedrecillas que estaban incrustadas en su piel.

—¡Tenéis que oírme!... Rosa... Tomás. ¡Hay que irse de aquí! ¡Venga! ¡Vámonos! —los ignoré por completo y grité cada vez más fuerte.

—¿Qué te pasa chiquilla? —se giró para mirarme y, al fijarse en mi expresión asustada, cambió la suya y dirigió su vista hacia dónde señalaba mi mirada.

—¡Venga! ¡Levantaros! ¡Vámonossss! —La espesa nube se desplazaba deslizándose lentamente y, prácticamente, la teníamos encima. Me temblaba todo el cuerpo del terror que sentía, porque me daba la sensación de que íbamos a deshacernos en ella.

Rosa se puso en pie rápidamente y empezó a buscar con la vista a Juan, a la vez que intentaba con todas sus fuerzas levantar a Tomás.

—¡Juan! ¡Juan! ¿Dónde estás? ¡Juan, vuelve ya! ¡La tenemos encima! —gritó repetidas veces, hasta que pudimos verlo reaparecer de entre las sombras del final de la playa.

—¡Tranquilos! ¡Ya sé dónde nos vamos a meter! ¡Venga! —corría hacia nosotros y, con la ayuda de Rosa, cargó con Tomás en dirección a la salida de la cueva que taponaron la noche anterior con tanto esfuerzo.

—¡Vamos, Luna! ¡No te quedes atrás! ¡Cógete de mi camisola y no la sueltes! —Me ordenó sin volverse. Le hice caso sin rechistar y apreté tanto los dedos sobre aquella tela que me dolieron.

Caminamos lo más rápido que pudimos por la parte izquierda de aquella playa en dirección a la muralla y lo hicimos, prácticamente, a trompicones. Por momentos, agachaba la cabeza e intentaba centrarme en los pies de Juan que pisaban el suelo con seguridad delante de mí. Sin embargo, en ocasiones, alzaba la vista para descubrir con verdadero terror que la inmensa nube empezaba a devorarnos en su avance.

Bordeamos en silencio todos aquellos metros de orilla, hasta que llegó un punto en el que finalizaba y se abría dando paso a una pequeña pared escarpada sobre la que reposaba parte de la muralla de piedra ostionera de la fortaleza. Juan se detuvo un instante para cargarse a Tomás sobre su espalda, al mismo tiempo que se aseguraba de que yo estaba detrás.

—¡Vamos! ¡Tenemos que meternos en el agua! —decidió, empezó a caminar adentrándose en el mar. No nos quedó más remedio que seguirle, a pesar de mi estado y de que el agua estuviera helada.

Avanzamos como pudimos entre las oscuras aguas hasta que nos llegó un poco más arriba de la cintura. Entonces, soltó a Tomás y lo apoyó en Rosa. Cuando se aseguró de que estaba bien, comenzó a escalar aquella pared para conseguir llegar al punto exacto donde estaba la puerta tabicada de la cueva. Una vez estuvo arriba, se perdió por unos momentos que nos parecieron eternos hasta que, al cabo de un rato, reapareció para lanzarnos una cuerda.

—¡Rosa! ¡Átase a la cintura! y no te preocupes que yo lo sujeto desde aquí. ¡Tendréis que subir de uno en uno! —Rosa cogió aquella cuerda a la primera y no dudó al pasarla por todo el contorno de su pecho para anudársela fuertemente.

—¡Venga, Tomás! Sube despacio y no te pares. Intenta asegurarte de que apoyas bien el pie antes de seguir escalando —le habló con seriedad y preocupación. No tenía que subir mucha altura, pero, en aquellas circunstancias, lo único que nos faltaba era que alguno sufriera un mal golpe.

—¡Vamos, Tomás! ¡Venga! ¡Sube! —gritó Juan, sin dejar de tensar aquella cuerda.

—¡Va! ¡Va! ¡Joder! ¡Ya voy! —al pobre Tomás apenas si le salía la voz al responderle. Las piernas le temblaban con inseguridad cada vez que buscaba algún pequeño soporte natural en aquella pared abrupta.

Soy consciente de que lo voy a contar a continuación no es justificable y más después de pasar por el trance que acaba de sufrir, pero mi naturaleza se ve que es así a pesar de las adversidades y puedo asegurar, que no he podido dejar de pensar de este modo con todo los sucesos que nos han ido ocurriendo a partir de aquel momento.

Mientras que Tomás continuaba escalando con pasos titubeantes y llenos de temor, Rosa permanecía pendiente de él y, por mi parte, y con un loco impulso, me desprendí de aquella tela y comencé a escalar sin estar sujeta a ningún sitio. No puedo negar que sentía que mi cuerpo estaba desgarradoramente abierto, pero algo superior incluso a ese dolor, me empujó a hacerlo con todas mis fuerzas.

Al darse cuenta Juan de lo que estaba haciendo, no pudo más que reaccionar como si estuviera perdiendo la cabeza, provocando con sus gritos que Tomás se detuviera sin poder evitar aferrarse con todo su ser a aquella pared de tierra. Aun así, ignoré por completo todas las reacciones que se desencadenaron a mi alrededor y no paré hasta que conseguí llegar hasta dónde estaba Juan, que continuaba gritándome igual que un poseso y sin poder soltar la cuerda que sujetaba a Tomás.

—¡Por Dios! ¿En qué estás pensando? ¿¡Te has vuelto loca!? —Sus ojos se le salían de las órbitas por el esfuerzo y por el temor que había sentido por mí. Me limité a observarle entre jadeos, porque la verdad era que estaba completamente extenuada por el esfuerzo.

—¿Qué quieres? ¿Qué continuara dentro del agua? ¡Está congelada!, y además, ¡me encuentro fatal!... —conseguí decirle, antes de dejarme caer de rodillas, tiritando sin parar.

—¡Joder! y ahora, ¿qué? ¿No ves que no puedo soltar a Tomás? ¡Me tocas los cojones como nadie! —gritó, a la vez que intentaba clavar sus pies con fuerza en la tierra para poder hacer palanca con su propio peso y, de esta manera, subirlo más rápido.

Entonces, y para nuestra sorpresa, vimos llegar a Rosa por el otro extremo de la muralla. La pobre, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, salió corriendo hacia la orilla sin dudarlo. Se tapó la cabeza con su vestido, después de quitárselo y de quedarse con la enagua puesta. Y sin pensarlo, entró en aquella espesa pared de polvo por la que fue capaz de caminar a tientas, sin apenas alcanzar a ver prácticamente nada en absoluto. Lo más asombroso de la situación es que tuvo la suficiente frialdad como para detenerse a buscar algo con lo que poder taparme, y eso que apenas si podía respirar.

Tanto Juan como yo nos quedamos sin habla. La verdad es que ni el uno ni el otro supimos reaccionar.

Rosa era así. Tenía esa clase de valentía. La que es capaz de dejar sin palabras y ante la que no pude más que llorar al abrazarla en aquel momento cuando se arrodilló junto mí para taparme. Y todo esto, a pesar de las condiciones en la que estaba, porque conseguirlo lo consiguió, pero el estado en el que quedó después lograrlo no dejaba de ser tremendo. Ya que al no ver, tropezó, una y otra vez, arañándose las piernas y la cara. Aun así, no se detuvo hasta que me alcanzó.

Así que Juan, tras conseguir al fin que Tomás llegará hasta nosotros, soltó aquella cuerda y se dirigió directo hacia ella. La ayudó a ponerse en pie y la observó unos segundos antes de acercar sus labios para besarla con tanta intensidad que por un momento me sentí avergonzada, pues, después de todo, no dejaba de ser cierto que todo aquello lo había provocado yo.

—De verdad que no sé qué voy a hacer con vosotras —dijo, una vez se había repuesto un poco y sin dejar de abrazarla.

—Lo siento mucho... —es lo único que fui capaz de decir.

—Tienes que hacerte a la idea de que somos fuertes, a pesar de ser mujeres—la voz de Rosa tenía un tono conciliador.

—En ningún momento he dejado de pensar eso, pero... ¡Es que esta chiquilla me saca de mis casillas! —soltó el abrazo para mirarme enojado y creo que no hace falta decir que la esquivé como pude.

—¡Venga, Juan! ¡No te pongas así! Sabes mejor que nadie que Luna es muy impulsiva. A fin de cuentas, tienes que pensar que si lo ha hecho ha sido por algo. Además, ¡no pierdas más el tiempo que aún tenemos que intentar entrar en la muralla! —y con un gesto rápido se volvió a poner el vestido empapado para dirigirse hacia donde Tomás estaba tumbado y sudoroso por el esfuerzo. —¡Venga! ¡En marcha! Que todavía nos queda mucho por hacer. —Se volvió para mirarlo con las manos apoyadas en la cadera. Ante lo que Juan no pudo más que resoplar y, tras echarme una última mirada enojada, se dirigió hacia la entrada taponada de la cueva.

Rosa ayudó a Tomás a ponerse en pie y, con pasos lentos, lo guió hacia la pared de la muralla para que se apoyara en ella y se sentara, a la par que Juan no dejaba de maldecir al empezar a quitar cada una de las piedras que con tanto esfuerzo habían colocado la noche anterior.

—¡Esto es de locos! ¡Madre mía! ¡Si lo llegamos a saber, no la tabicamos! ¿Eh, Tomás? —y no sabía si llorar, reír o empujarla a patadas con ella.

—¡Tienes razón! Aun así, no quites más de las necesarias para poder pasar. No nos interesa que se vea mucho, porque no sabemos si va a venir alguien.

—¿Tú crees? Pero si está todo derruido... ¡Joder! ¡No había pensado en esa posibilidad!

—Tranquilo. No pienses en eso ahora. Si nosotros no somos capaces de poner un pie más allá, nadie lo va a poder hacer tampoco, y menos unas personas que no saben ni por dónde pisan. ¿No crees? —Rosa y su ecuanimidad, todo hay que decirlo. No daba señales de perder la calma en ninguna ocasión y eso que había regresado a por mí para ayudarme a llegar hasta el mismo lugar en el que estaba Tomás.

—¡No dejas de asombrarme! —le contestó Juan, totalmente impresionado con su actitud. No pudo evitar una sonrisa al mirarla y al secarse el sudor de la frente —¡Eres única!, y te lo digo en serio.

—¡Bobadas! A veces quisiera saber en qué mundo estáis, porque la verdad es que perdéis los nervios con demasiada facilidad —y tras decir esto, hizo una pausa forzada para evitar soltar una sonora carcajada, al ver la expresión que pusieron los dos de incredulidad.

—¡Hombres! Luna, ¿qué te parece? ¡Se desmoronan ante cualquier cosa! —me guiñó un ojo sin poder dejar de reírse, pero tan solo fui capaz de responderle con una mueca, porque estaba demasiado preocupada por el enfado de Juan.

—¡No me toques las narices! ¡No me las toques!, que ahora no es el momento. Ya hablaremos tú y yo con tranquilidad. Ahora, ven que te voy pasando las piedras más pequeñas a ver si así terminamos antes —hablaba bastante fatigado y sudoroso, sin dejar de sonreírle y con una mirada cargada de complicidad.

—¡A sus órdenes, mi Comandante! ¡Aquí está Rosa para obedecer! —sin dejar de hablar, empezó a apilar todas las piedras que le iba pasando.

En ese momento, cerré los ojos y apoyé mi cabeza en aquella pared áspera. Ellos continuaban a lo suyo entre protestas y risotadas incontrolables. Los cerré para poder hacer acopio de la poca fuerza interior que me quedaba. Poco a poco, empecé a sentir una sensación tibia de calor gracias a la tela que me había conseguido Rosa.

Desde luego, nuestro sentido de la supervivencia era innegable después de todo lo ocurrido. Éramos capaces de sacar fuerzas de donde no había y seguir hacia adelante hasta en los momentos más extremos. La verdad es que, en nuestras mentes, no cabía otra posibilidad que la de levantarnos tras habernos caído. No se trataba

de que fuéramos excepcionales, sino que simplemente era lo que habíamos conocido. Así que, mientras ellos proseguían a lo suyo, esa calidez de la que hablaba, me hizo pensar que después de todo lo que acababa de pasar no podía menos que sentirme afortunada. Mi cuerpo, mi pobre cuerpo, estaba agotado, extenuado y en las últimas, y aun así me respondía. Algo en mi interior, me decía que en un par de días todo se habría quedado atrás y que podría seguir adelante. No puedo explicar la razón; pero es así.

En un momento de aquella extraña escena, en la que mantenía los ojos cerrados y estaba perdida en mis pensamientos, sentí cómo una mano apretaba la mía y abrí los ojos para descubrir que esa mano era de Tomás, que se había arrastrado un poco hasta acercarse a mí. Me limité a observarlo sin hablar, bueno, realmente lo hice sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Sostenía mi mano bajo la suya y me observaba con seriedad en silencio. Entonces, se acercó un poco más a mí y me pasó su brazo por detrás para que pudiera apoyarme en él y me cobijara en su costado para darme calor.

No sé si fue por el agotamiento o porque me encontraba mejor refugiada en su abrazo, el caso es que no me moví. Me mantuve en esa posición y simplemente me limité a respirar y a escuchar a un corazón que hasta ese día había sido un total desconocido para mí. En ningún momento, me había llegado a cuestionar nada sobre él, al demostrarme siempre que yo no le hacía ninguna gracia. Resultaba ser demasiado evidente que no entendía mi comportamiento, por eso se había mantenido a distancia siempre.

Cuando hablo de distancia no me refiero a mi frontera de tres pasos. No. Me refiero a la otra. A ese tipo de distancia que es la suma de varios metros, es decir, lejos. Esa fue una razón suficiente para mí para catalogarlo dentro de mi registro personal, como persona “No, o *dispiace*”<sup>[23]</sup> Al fin y al cabo mi lengua materna era el italiano y, que esa palabra significara desagrada, me venía al pelo la verdad. Sí, es cierto y sé que hasta ahora no he comentado en ningún momento la existencia de ese registro, pero es algo que surgió de manera espontánea y con una certera “base científica,” mi base.

Si resulta que eres alguien como yo, con una particular visión del mundo y de todo lo que te rodea, es de cajón que ese registro salga a la luz. Todo estará en función de cómo respondan los demás ante ti y de qué porcentaje de milímetros deje entre los dos para que corra el aire. A mayor distancia, más grande es el “No” y por lo tanto, más intensa es la sensación de rechazo. Mientras que, por el contrario, a menor distancia más grande es el “Sí” y más “*bello*,” o lo que quiere decir lo mismo, más agradable era la persona en cuestión para mí.

Sin olvidar que ese “Sí” tenía el límite de los tres pasos, claro.

Pues bien, a Tomás le adjudiqué uno de los “*dispiace*” más grandes en su día y no sé si Juan lo llegó a percibir, porque a pesar de ser amigos, no le dio pié para que viniera a la cabaña. De hecho nos visitó muy poco, si no recuerdo mal.

Así que no dejaba de extrañarme aquel cambio de actitud en él. Quizás, después de todo, sí que nos afectaban los acontecimientos que nos estaban pasando. No lo sé. El caso es que al llegar a esa conclusión, abrí los ojos de nuevo y me encontré con un Juan y una Rosa que sonreían observándonos.

–Bueno, ¿qué? ¿Os animáis a levantaros? –nos dijo Juan señalando hacia la abertura de la muralla.

–¡Claro! –y Tomás me soltó rápidamente como si le quemara y, sin decir nada, se apoyó en la pared para ponerse en pie.

–Vamos cariño. Entremos, que cuanto antes lo hagamos, antes podremos descansar un poco. –Rosa, sin pasar por alto aquel gesto de Tomás, se acercó a mí para ayudarme a ponerme en pie y me sujetó antes de entrar a la gruta.

Describir aquella sensación únicamente con la palabra oscuridad es quedarme corta. Tras cruzar a malas penas por aquella defectuosa entrada, nos vimos sumidos en la negrura más absoluta y cuando he dicho que era negra, estoy refiriéndome a lóbrega, tétrica, insondable y tenebrosa hasta decir basta. A eso hay que añadirle que el pasillo por el que caminábamos, era tan estrecho que lo hacíamos ladeados, y eso que soy delgada. Hasta que por fin, después de caminar en esas condiciones una distancia que me pareció eterna, llegamos a una zona en el que ese angosto pasillo desembocaba en otra más amplia. Aun así, no conseguimos llegar a ver nada en aquella oscuridad tan cerrada.

–Bueno, ¡ya hemos llegado! Lo importante es que estamos a cubierto y podemos pasar la noche aquí –al hablar, me dio la sensación de que la voz de Juan reverberaba dentro de aquellas paredes rocosas. –Rosa, mantente al lado de Luna y no te sepaes de ella.

–Tranquilo, busca un sitio para dormir que nosotras ya estamos en ello –le contestó Rosa, a la vez que daba pequeños pasos con los brazos extendidos para intentar localizar un trozo de pared en el que poder apoyarnos para sentarnos.

–Sí, eso. No te preocupes por nosotras y duerme, porque todavía no has descansado desde ayer –le dije, mientras me aferraba al vestido de Rosa para no perderla.

–¿Tomás? ¿Va todo bien? ¿Te has tumbado?

–Sí, Juan. Estoy bien. No te preocupes y descansa. ¡Mañana va a ser un día agotador! –al hablar Tomás, lo pudimos oír perfectamente y me dio la sensación de que no estaba lejos. La verdad es que no conseguía ver nada de nada. “¡Madre mía!”

–Bueno, Luna, acércate. –Rosa me guio, hasta que rocé la pared con la punta de los dedos y pude girarme para sentarme a su lado. Entonces, en esa oscuridad, la busqué porque necesitaba notar su cercanía y, ella, al darse cuenta de eso, me abrazó y besó mi frente. –Buenas noches, mi niña. Descansa.

–Juan... Lo siento. –Esas palabras fueron lo último que susurré antes de caer en un profundo sueño.

–Y yo, Luna. Yo también lo siento –pero ya no lo llegué a oír.

Después de una larga noche plagada de sueños extraños a la mañana siguiente al despertar, comprobé que todavía estaba abrazada a Rosa y me gustó mucho notar su relajada respiración. Me hizo pensar en que todo iba a ir bien. Esperé un rato para ver si era capaz de distinguir algún sonido cuando, en una de las paredes, localicé un pequeño punto de luz que se dirigía hacia dónde estábamos nosotras.

–¡Arriba, dormilonas! ¡Ya está amaneciendo! –escuchar su voz, me hizo sonreír

–Buenos días...

–¡Venga! ¡Hay muchas cosas que hacer! ¿Cómo te encuentras, nena? –al acercarse pude ver que aquella luz no era más que un palo de madera con una tela envuelta ardiendo. Aunque su cara tenía evidentes signos de fatiga, sus ojos nos miraban ávidos por comprobar que todo estaba bien.

–Bien, estoy bien, pero no creo que os pueda ayudar mucho –respondí con voz soñolienta.

–De eso nada. Tú, te vas a quedar quietecita. Lo necesitas para recuperarte. Ya es demasiado por todo lo que has pasado y podemos dar gracias al cielo de que no hayas cogido una infección ¿No te parece? –Rosa, que se había despertado en ese momento, no nos dio tiempo ni siquiera a rechistar y Juan, que estaba arrodillado a su lado, sonreía al mirarla.

–¡Ya has oído! ¡Es lo que hay! –y antes de ponerse en pie, nos dio un beso a cada una. –¡Arriba!, venga que Tomás ya está esperándonos.

El contraste con la luz del amanecer nos hizo llevarnos las manos a los ojos para evitar que nos cegara. Era tan intensa la oscuridad de aquel recóndito agujero que, aun tratándose de las primeras luces del alba, nos resultaba ser demasiada claridad.

Tomás estaba sentado con la pierna que tenía herida totalmente estirada.

–¡Buenos días! Aunque parezca mentira, todavía seguimos en pie y podemos contarle –sonrió al decirlo.

–Eso es cierto. Te doy toda la razón. –Rosa le contestó mientras caminaba hacia Juan para darle un abrazo.

–¡Vaya pareja de tortolitos! ¡Esto no hay quién lo aguante!, ja, ja, ja,

–Ya te vale –refunfuñó Juan, antes de soltarla. –Bueno, vamos al tema. Antes de despertaros, he dado una vuelta por toda la ciudadela con toda la precaución del mundo y no me he encontrado con nadie. Tenemos dos opciones, una de ellas es traer todo lo que podamos necesitar hasta aquí y permanecer escondidos hasta que os recuperéis. Y después, no nos va a quedar otra que marcharnos a Santa Pola.

–Sé que os angustia la idea de tener que pasar más tiempo en este lugar, pero tenéis que reconocer que al menos nos da seguridad. No es un lugar agradable, pero nos protege. Tenéis que olvidar cualquier plan que hayamos hecho con antelación, porque a raíz del bombardeo todo se ha venido abajo y, para empezar, no sabéis cómo lamento tener que daros una mala noticia... –hizo una pausa para tomar aliento. –Nuestros tres vigías han fallecido. No se ha salvado ninguno y, con ellos, tampoco ha escapado de la destrucción la Iglesia. Os puedo decir que tan solo queda parte de ella en pie y esto lo puntualizo por ti Rosa, que eres la que va a venir



conmigo. No quiero que te impresiones. Ni la Iglesia ni la plaza y, sobre todo, muchas de las casas han conseguido salvarse de la debacle. Lo triste es que el impacto ha sido tan brutal que, por mucho que he buscado los restos de nuestros amigos, no he logrado encontrar nada. Se han volatilizado –tras decir esto, se mantuvo en silencio un momento y, por su expresión, nos quedó clara la verdadera dimensión de todo aquello.

–La otra opción es más arriesgada. Podemos elegir la casa que esté en mejores condiciones y meternos en ella, pero de esa manera estaremos al descubierto y sin ningún tipo de amparo. No tenemos armas, ni fuerzas para luchar y pienso que esta opción nos deja indefensos ante cualquier amenaza. No sé... ¿Qué os parece?

–La respuesta es evidente, Juan. No nos queda otra que permanecer en este maldito lugar hasta que podamos irnos. –Rosa intentó que su voz no sonara abatida.

–De todas formas, me iré a ver en qué condiciones está mi barca en cuanto traigamos todo lo necesario, ¡Menos mal que no me ha dado tiempo a hundirla! ¿Eh, Tomás? –sonreía aliviado, más de lo que nosotras podíamos llegar a pensar.

–¡Menos mal! Entonces, ¿todavía está en la *cova del Llop mari*?

–Tiene que estar, porque yo no la he movido de ahí. Aunque de todas formas... ¡Lo primero es lo primero! ¡Vamos, Rosa! Tenemos que empezar a traer cosas... Tomás, ¿estás en condiciones de ayudarnos? ¿Te ves capaz?

–¡Claro! Y además, si veo que no puedo, me paro y ya está.

–Respecto a ti, ¡ni se te ocurra moverte de aquí! Te dejo encargada de vigilar la zona por si viniera alguien. ¿Has entendido? –me preguntó, señalándome con el dedo y arqueando la ceja –Luna, estoy esperando...

–Que sí, Juan, que no me muevo –le respondí huraña, a la vez que me sentaba sobre una roca. Empezaba a desesperarme el concepto que tenía ese hombre de mí. Me daba la sensación de que me veía como a una niña insensata, cuando ya era una mujer. El hecho de que fuera decidida, no significaba que no supiera lo que estaba haciendo. Nadie mejor que yo misma para conocer mis límites y hasta dónde soy capaz de llegar. Así que tener que aguantarlo en ese plan, empezaba a sacarme de quicio y todavía, me molestaba más asumir lo que en ese momento era irremediable, que no era otra cosa, que reconocer que él tenía toda la razón. No podía hacer ningún esfuerzo, porque mi cuerpo realmente estaba en las últimas.

Con ese estado de ánimo, me limité a permanecer allí sentada sin dejar de lanzar unas piedrecitas al azar por aquel pequeño acantilado y, entonces, removida por los nervios, me levanté y caminé sin poder dejar de sentir un aburrimiento mortal. Y sin conseguir apaciguar la voz de mi rebeldía que gritaba a pleno pulmón en mi interior.

No puedo explicar lo que pasó por resultar ser tan increíble que hasta ni yo misma conseguía llegármelo a creer y lo peor es que me cuesta una barbaridad encontrarle una explicación racional aún ahora. Solo puedo decir que, mientras caminaba por delante de aquella entrada siniestra de un lado a otro, de repente, miré en dirección al mar y lo intuí. Ante mí se desplegaba por completo y con toda claridad aquella inmensa superficie acuosa hasta donde me alcanzaba la vista y, por alguna extraña razón, noté que había algo extraño en él. No se cómo ni por qué, pero lo supe y por más que miré fijamente hacia un punto determinado, no fui capaz de distinguir nada. Aun así, lo presentí y este hecho me hizo sopesar que tenía que descubrirlo, en ese momento no, claro, si no Juan me habría comido viva. Así que, mientras me sentaba de nuevo sobre aquella roca, decidí que lo iba a investigar tras un par de días que era lo que calculé que necesitaba para recuperarme.

Por otro lado, tanto Rosa como Juan y Tomás, estaban caminando despacio entre los escombros para intentar alcanzar la plaza de la ciudadela. Rosa sentía por momentos que se le desgarraba el corazón al observar aquella tétrica imagen. La inmensa nube de polvo fue desvaneciéndose en la noche, aunque no lo consiguió del todo y parecía haber dejado de recuerdo una neblina en forma de bruma que persistía en solapar bajo su capa aquella extrema barbarie. Así que caminaba con precaución para evitar caerse, a pesar no era capaz de ver a sus propios pies al caminar y eso que cada vez era más intensa la claridad.

Cuando llegaron al borde del enorme cráter, se dejó caer de rodillas sin poder evitar llorar incapaz de abarcarlo por entero con la mirada, al mismo tiempo que hundía sus manos en la tierra apretándola con rabia y desesperación.

–¡No puede ser! ¡No! –su grito retumbó entre las paredes que permanecían en pie en aquella desolada quietud y sus sollozos gradualmente fueron elevando su intensidad, hasta que sintió que se quedaba sin aire. Todo lo que ella amaba y lo que había conocido, absolutamente todo, se había desvanecido reduciéndose a cenizas y polvo. No conseguía entender el porqué. No lograba encontrar una razón para todo aquello. “¿Qué sentido tenía toda aquella destrucción y muerte?” Y haciendo acopio de su valor, alzó la vista para enfrentarse de nuevo con esa imagen tan dolorosa. Le dio la sensación de que aquel inmenso agujero no era más que una boca que la misma tierra había decidido abrir para tragarse lo que nunca debió existir y, de esa forma, poder borrarlos de su faz. En ese momento, llegó a la conclusión de que nunca debieron de permanecer ahí, sobre su carne. Era evidente que, desde el primer momento, no había hecho más que demostrarles la cara salvaje de su naturaleza que, por supuesto, decidieron ignorar arrastrados por un orgullo sin sentido. Entonces, le sobrevino el recuerdo de sus padres, de sus abuelos y hasta de Pedro, su marido. “¡Tanto esfuerzo y penalidades para nada!” Al pensar esto, levantó los puños cerrados al cielo y permaneció un momento así, hasta que paulatinamente empezó a abrirlos para dejar que la tierra que había aferrado en su interior, se derramara por sus brazos.

–¡Rosa! ¡Rosa! ¿Qué te pasa? ¡Es que lo sabía! ¡Rosa, vuelve! ¡Rosa! –y un Juan desesperado se arrodilló a su lado mientras que la sujetaba por los hombros para zarandearla. –¡Escúchame! ¡No pasa nada! ¡Nada! ¿Me oyes? –Rosa lo miraba sin ver. –Si te dejas vencer, será entonces cuando habrán vencido. ¿Me estás escuchando?

–Pero, Juan... –no pudo decir más al bloquearse de nuevo.

–No, Rosa. No. Está claro que han destrozado una parte de nuestras vidas; pero tan solo es eso. Una parte. Lo importante no está en unos ladrillos, o en un techo, o en un suelo al que pisar. Escúchame... –y sujetó su barbilla para obligarla a mirarlo –... No está aquí, cariño. Está en nosotros. Mira, podrán destruir lo que quieran, pero no lo conseguirán con nuestros recuerdos. Mi amor, por favor, ese no es el problema. No importa el lugar en el que al final consigamos vivir, lo que cuenta es hacerlo y que lo hagamos juntos. Ten por seguro que ninguna bala, bomba ni guerra será capaz de quitarnos eso. ¡Te lo juro! –Las palabras salían agolpadas de sus labios por la emoción y se detuvo para besarla con desesperación.

–Te amo. No sé qué haría si no estuvieras en mi vida... –susurró Rosa, al esconder el rostro en la curva de su cuello.

–Y yo, mi amor, pero tenemos que seguir. Ahora no hay tiempo para llorar y no sabes cómo lamento mi rudeza, cariño –se levantó y, al hacerlo, la ayudó a incorporarse también.

–¡Tomás! ¡Tomás! –gritó al no verlo, porque se había quedado rezagado al costarle andar. –¡Espéranos aquí! Rosa y yo iremos acercando todo lo que consigamos encontrar y tú haz lo que puedas. ¿Me has oído?

–¡Vale! ¡Aquí os espero! –respondió, sin dejar de buscar un palo en el que poder apoyarse. La pierna le dolía y no estaba dispuesto a que los demás se dieran cuenta de cuánto. No quería ser otro problema más, porque ya estaban bastante saturados. Lo peor no dejaba de ser que había pasado la noche entera sin dormir pensando en mí. Las horas habían pasado lentamente y sin descanso. No había sido capaz de dejar de darle vueltas al tema, porque lo sorprendió bastante la reacción que tuvo cuando me apoyé en él y sintió la tibieza de mi cuerpo. Hasta ese momento, le había parecido una persona demasiado extraña y que se le escapaba a su comprensión. De hecho, fueron muchos los años en los que se había mantenido en la distancia precisamente por eso y lo curioso era que discutió muchas veces con su mujer por ese motivo. Ella pensaba que tan solo era una chiquilla con falta de cariño y alababa el comportamiento de Juan como si fuera lo más extraordinario del mundo. E mientras que, por su parte, no lograba dejar de pensar que mi comportamiento era el de una loca cada vez que me veía y que cualquier día iban a amanecer con la noticia de que había matado a Juan durante la noche. Un pensamiento que no le resultaba ser tan disparatado, al no poder contar las veces en las que me había observado gesticulando sola o haciendo movimientos extraños con mi cuerpo.

La mirada de mis ojos negros no dejaba de parecerle un tanto siniestra y no conseguía entender el porqué. Él sabía cuándo una mujer lo atraía y yo no entraba dentro de esos márgenes. Nunca había pensado en mí de esa manera, ni tan siquiera había sentido ningún deseo por mí y ese fue el motivo por el que no pudo dormir. La noche anterior, cuando sintió la fragilidad de mi cuerpo apoyado en su costado, no pudo más que asustarse al comprobar cómo la excitación por esa cercanía dominaba todos sus sentidos. Así que, en cuanto pudo, me soltó como si yo representara al mismo diablo y no pudo evitar sentirse culpable. Al fin y al cabo, nunca había dado señales de ser perversa y, para postre, solo me había ocurrido una calamidad tras otra. Lo único extraordinario en mi vida había sido el hecho de conocer a Juan. Quizás un poco motivado por los remordimientos, decidí que se lo iba a tomar con calma antes de llegar a una conclusión. Acababa de cumplir cuarenta años y se suponía que la madurez concedía la oportunidad de ver las cosas desde una perspectiva diferente.

En ese momento, se dio cuenta de que Juan y Rosa estaban de regreso cargados hasta los topes, así que se levantó para poder ayudarlos.

Pasaron el día yendo y viniendo cargados con todo lo que pudieron aprovechar desde ropa, agua y mantas, etc.

Por mi parte, me limité a permanecer sentada sobre la misma roca con cara de pocos amigos y sin dejar de observar aquel punto en el mar. Hasta que empezó a atardecer y Juan se metió en el interior de la cueva para clavar en el suelo algunas estacas de madera para poder tener algo de luz durante la noche. Me dolía ver el agotamiento en sus rostros, pero no podía hacer nada y, para colmo, tampoco me permitieron acercarme al agua para pescar algo con lo que pudiéramos comer. Así que cuando ya hubo oscurecido, nos metimos en el interior de aquella caverna y me tumbé sobre las mantas que me había preparado Rosa, mientras que se marchaba con Tomás a otra zona de aquel laberinto en la que Juan había preparado todo lo necesario para asar el pescado que de un momento a otro iba a traer.

Permanecí tumbada sin moverme, observando las paredes y el techo de la cueva sin pensar en nada. Tan solo quería escuchar la voz del mar al rebotar en ellas y cerré los ojos centrando toda mi atención en mi cuerpo. Había pasado el día sin sentir dolor y eso era algo muy importante. Estaba impaciente por recuperarme para poder seguir adelante y la perspectiva que se abría ante mí, me encogía bastante el estómago. No me encontraba con fuerzas para iniciar un pulso con Juan, así que ideé un plan para conseguir salir de todo aquello. Estaba claro que en los días siguientes no iba a tener más remedio que moverme lo mínimo y que tendría que acatar todo lo que me dijera sin rechistar. No me quedaba otra que mostrarme sumisa y cariñosa. Si no lo hacía, no iba a conseguir salirme al final con la mía y me moría de ganas por descubrir de qué se trataba aquel misterio. A estas alturas del día, estaba convencida de que pondría todo por mi parte para conseguirlo, pero, claro, esto lo llegué a pensar por el calor que me proporcionaban aquellas mantas. Hasta tal punto que ni siquiera llegué a notar que me dormía.

Contra todo pronóstico, hasta para el mío, fui capaz de aguantar unas cuatro semanas más o menos. Hasta que un día ya no pude más y tomé la decisión después de estar unas horas sentada observando aquel misterio en el mar. El primer paso de mi plan consistía en arriesgarme esa noche, cuando estuvieran todos durmiendo, para intentar llegar hasta la cueva del *Llop marí*. En el segundo paso, me zambulliría y desde allí, procuraría llegar al lugar exacto que me estaba quitando el sueño. Tenía que averiguarlo como fuera. Claro, pero a esto hay que añadir que en la cabeza nuestros planes son perfectos, hasta que nos enfrentamos con la cruda realidad.

Me desperté al oír sus voces. Estaban sentados muy cerca de mí y por eso los pude oír perfectamente; aunque hablaban en susurros.

—Esto no lo esperaba, la verdad que no... —era la voz de Juan que hablaba cabizbajo y angustiado —... No me puedo explicar qué es lo que ha podido ocurrir con la barca. ¡Si yo la dejé bien amarrada y protegida con una tela!

—Pueden existir dos razones, una de ellas, es que alguien se la haya llevado y no nos hayamos dado cuenta. La otra es que por la razón que sea, se haya hundido. Por más vueltas que le doy, no soy capaz de encontrar otra opción. —Tomás le hablaba intentando encontrar una explicación a lo que parecía no tenerla.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? ¿No nos vamos a poder marchar? Y... —de repente, se detuvo sin poder ocultar su expresión de pánico —... ¡¡El agua!! ¡Madre mía! ¿Tendremos agua suficiente para poder sobrevivir? ¡Ay!, ¡¿qué vamos a hacer?!

—Rosa, tranquila. Antes de llegar a eso, ya lo habremos resuelto. Lo que me preocupa es no haber notado que alguien ha estado en la isla, porque podría haber sido muy peligroso —Juan se pasó la mano por el pelo con cansancio. —Bueno, sea lo que sea, ahora mismo no vamos a poder solucionarlo. Así que vamos a dormir. Nos hace falta descansar y mañana con las mentes más frescas ya pensaremos en todas las opciones.

—De todas formas, tenemos que intentar localizar toda el agua que queda en la isla y traerla hasta aquí. Una vez lo hayamos hecho, tendremos que racionarla. No nos queda otra.

—Tienes razón, Tomás. Eso lo haremos mañana, ahora vamos a dormir —respondió Rosa con cansancio a la vez que se tumbaba a mi lado.

Los días siguientes los pasaron intentando recuperar toda el agua posible y, mientras que los demás no se daban cuenta, pude observar a un Juan caminando con la cabeza agachada, intentando no ser arrastrado por la impotencia que le producía que nos encontráramos presos en la isla. Sin posibilidad de poder escapar de una muerte segura. Se puede aguantar sin comer, pero, sin beber, la situación se pondría por momentos más cruda y, con este pensamiento, me resultaba demasiado evidente el peso de su preocupación a pesar de que se esforzaba para que no se lo notáramos. Así que siguiendo las pautas de mi plan, hice caso a todo lo que se me dijo. Pasé una hora tras otra tumbada y sin hacer nada de nada, porque era lo que mi cuerpo necesitaba. Esos días de descanso les vinieron bien a todos, porque al no tener que preocuparse por saber por dónde andaría, pudieron enfocar toda su energía en otros menesteres y la verdad es que me di cuenta de que de vez en cuando me miraban sorprendidos ante mi comportamiento, pero me mantuve firme y me limité a sonreírles. A todos, menos a Tomás. No me convencía del todo aquel cambio de actitud hacia mí. Me resultaba sospechoso, pero no hice ningún comentario sobre eso a nadie.

Con esa resolución me acosté a dormir aquella noche. Bueno, a fingir que estaba dormida para poder llevar a cabo mi plan y, aquí tengo que especificar con un poco de vergüenza por mi parte, que me dormí a pesar de tenerlo todo cronometrado y pensado. Era algo normal con esa oscuridad y calentita, lo más natural resultaba ser eso. Lo bueno es que no me dormí toda la noche. Se ve que acostarme con esa idea fija en la mente, ayudó a que despertara al cabo de unas horas. Así que después de asegurarme que todas las respiraciones estaban pausadas por el sueño, me deslicé hacia el exterior sin hacer ningún ruido y no pude evitar sentirme eufórica cuando conseguí salir.

“¡Al fin libre! ¡Por Dios! ¡Qué suplicio!” Iba exclamando en mi interior, al bajar hacia la cueva sin hacer un solo ruido.

Menos mal que cuando entré en la cueva comprobé que estaba como siempre y me sentí feliz de que nada hubiera cambiado. Aquel lugar para mí siempre había sido un tanto especial. En su día Juan, después de darse cuenta que me daba miedo ir allí, me tranquilizó al contarme que el día en que nos encontró y después de comprobar que mi hermana Cara estaba muerta, decidió sumergirla allí y que por eso sabía que ella se había quedado para protegerme. No tengo que decir que realmente nunca llegué a creerme esas palabras, ya que he repetido en innumerables ocasiones a lo largo de esta historia que solo creo en lo que puedo ver. Aun así, por si acaso, dejé de tener miedo porque me encantaba la idea de que mi hermanita pudiera estar allí. Simplemente, era una forma de no perderla del todo.

Después de revisarla durante un rato, me senté a observar el agua, pero nada. No pasaba nada y no me quedó más que rendirme ante la evidencia de que desde ese punto era imposible llegar hasta el lugar indicado, por estar bastante lejos. Muy a mi pesar, y por mucho que supiera nadar, no me veía con la fuerza suficiente para poder conseguirlo y, además, el mar para mí significa mucho y me siento unida a él como a nada, pero eso no significa que no le tenga un profundo respeto. “¡Para qué engañarme!” En el fondo, me da terror ahogarme, esa la verdad.

Así que me encogí de hombros y pensé que ya que estaba allí, no podía marcharme sin bañarme. Necesitaba entrar en el mar y eso fue lo que hice sin quitarme la ropa, porque necesitaba lavarla.

“¡Qué delicia!” Era maravillosa la sensación de estar dentro de él y por eso perdí la noción del tiempo. Me sumergí una y otra vez, para luego, simplemente flotar y observar el cielo. Entonces, lo vi y no supe cómo reaccionar. Era el barco de Juan. Un desconocido, en ese momento, estaba recogiendo el velamen para poder maniobrar mejor y de esta manera introducirse en la cueva aprovechando el empuje de la misma corriente. Me sorprendió bastante, porque esta acción me decía que se trataba de un hombre inteligente, ya que al no encender el motor nadie podría advertir su presencia en el caso en que en la isla hubiera alguien.

Por más que intentaba fijarme mejor, no conseguía distinguirlo bien. Así que, después de un rato, comprendí que no lo podía identificar. Llevaba puesta y ajustada una extraña ropa que no me permitía poder ver ni tan siquiera el color de su pelo.

—¡Tengo que verlo como sea! —mastiqué las palabras a la vez que me zambullía sin hacer ningún movimiento brusco y tengo que decir que esto me salía a la perfección al tener muchos años de práctica. Mi curiosidad por ese misterioso mundo submarino había sido siempre extraordinaria y no tardé mucho en aprender la lección de que, para poder observarlo, un requisito importante era conseguir no ser vista. Me pegué lo máximo que pude a aquella pared rocosa, mientras que al bucear daba gracias por haberlo hecho tantas veces en ese lugar y de que por ese motivo, lo podía reconocer de memoria a pesar de que la noche estaba muy cerrada y sin luna. Apenas se podían adivinar las terminaciones puntiagudas de sus formas y lo último que necesitaba en ese momento era sangrar y poder darle una pista de mi presencia.

Me detuve cuando reconocí un pequeño hueco entre dos grandes rocas y despacio, y lentamente, ascendí hasta la altura de mi nariz y me mantuve inmóvil. Gracias

a la oscuridad que he mencionado antes, y a que mi pelo es negro como ella, iba a poder pasar totalmente desapercibida. Bueno, eso es lo que pensé en un principio.

Y, bajo esa perspectiva de seguridad, me dediqué a observar cada movimiento de aquel extraño sin reservas.

Después de atracar casi al fondo de la cueva, y yo diría que justo en el mismo sitio que lo había hecho Juan, empezó a descargar unas cajas de lo que a mí me pareció desde el lugar en donde me encontraba que eran de madera. Una tras otra las bajaba de la barca y las depositaba en el suelo. Y, entonces, mi mente se llenó de preguntas.

“¿Qué habría en las cajas? ¿Por qué el extraño las descargaba en este lugar?... ¡Tengo que averiguar de qué se trata!”

Mientras pensaba en todo esto, se ve que por el esfuerzo, debió de agobiarle el extraño traje que llevaba, porque se llevó las manos al cuello y tiró hacia arriba destapando su cabeza y dejando a la vista su cabello rubio. Nunca había visto un pelo de ese color hasta ese momento. En la isla muy pocos eran los que tenían el pelo claro, pero, aun así, no tenía nada que ver con aquel cabello. Era tan claro que parecía resplandecer. No terminó ahí, seguidamente, lo vi deslizar la mano desde la garganta hasta donde acaba el abdomen y aquella tela se abrió dejando su pecho al descubierto. No sé qué me pasó al observar aquella imagen, pero por alguna extraña razón contuve la respiración mientras que él, ajeno a mí, sacaba un brazo y después el otro, dejando colgar la tela de su cintura. Entonces, me dio la espalda y sin darme cuenta, recreé mi mirada por su contorno. Sin duda era un torso musculoso, fibroso, sin exageraciones y su piel hizo que me preguntara si era posible que alguien pudiera vivir sin que le diera el sol. No pude más que sonreír al recordar que la mía era demasiado morena, después de tantas horas tostándome aunque no quisiera. En la isla resultaba ser realmente difícil huir de él. Aun así, aquella piel no dejó de parecerme demasiado blanca y delicada, sobre todo, porque era la de un hombre. Hasta ese momento, los hombres que había conocido, tenían pieles cubiertas de vello y curtidas por el sol y las mareas, así que aquella visión me impresionó bastante, todo hay que decirlo. Sin duda, era un hombre alto, de espaldas anchas y cintura estrecha.

No voy a negar que me llamé poderosamente la atención.

No, no puedo negarlo.

Cuando regresé a la realidad, me di cuenta de que él había continuado con la descarga y que, de improviso, pareció notar mi presencia. No puedo explicarlo de una forma coherente, pero dejó la caja en el suelo y empezó a caminar hacia mí sin titubear. Lo miré sin terminármelo de creer antes sumergirme sin prisa y bucéé todo lo rápido que pude para salir de allí totalmente sorprendida.

“¡Menos mal que lo hice!”

Porque el desconocido, al asomarse y no ver nada, se tiró al agua para comprobar que era verdad.

Llegué hasta la orilla prácticamente sin aliento. No me cogió por muy poco y yo quería observarlo con tranquilidad antes de dar a conocer mi presencia, para así descubrir de qué se trataba aquel misterio.

Así que, manteniendo la misma actitud, subí por la muralla hasta situarme justo encima de la entrada de la cueva, y me quedé allí tumbada boca abajo todavía empapada. Pensé que ese lugar era el mejor para poder continuar vigilando todos sus movimientos. La entrada estaba, más o menos, a ocho metros por debajo de mí y si efectuaba alguna maniobra con el barco desde ese punto, lo podría ver sin problemas.

Y resultó que no estaba tan equivocada. Al cabo de un rato, observé despuntar la proa del barco de Juan sin ningún problema. Entonces, me giré y me quedé muy quieta para evitar que detectara de alguna forma mi presencia, porque antes en la cueva, me dio la sensación de que tenía ojos en la nuca. Cuando ya consideré que había pasado un tiempo prudencial, de nuevo, me coloqué boca abajo para poder observarlo y me sorprendió no poder distinguirlo. Sin duda aquel extraño sabía muy bien lo que hacía y tenía cada paso bien estudiado. Me pareció una maniobra muy astuta por el hecho de que supiera esconderse tan bien, a no ser claro, que simplemente se hubiera limitado a bordear la isla para dirigirse a algún punto de la costa.

—¡Joder! ¡Esto no se va a quedar así! ¡Lo voy a averiguar cómo sea! —expresé en voz alta sin darme cuenta.

—¿Qué es lo que no se va a quedar así? —la voz de Tomás me sobresaltó por completo, ni siquiera había notado que estuviera por allí.

—Te he preguntado algo, ¿qué has dicho? —insistió y se sentó a mi lado en el suelo. —¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa? ¿Has vuelto a hacer de las tuyas?

—Lo que yo haga a ti no te importa —contesté bastante molesta.

—Te equivocas, me importa y mucho. En realidad, nos importa a todos. Está en juego nuestra seguridad y no estoy dispuesto a que una chiquilla nos ponga en peligro ¿Me entiendes? —Me cogió por la muñeca para que lo mirara.

—No soy ninguna chiquilla. Sé muy bien lo que hago —con un gesto brusco, me solté de su mano y me puse en pie para regresar a la cueva.

—Luna, no te enfades. Sabes que tengo razón, ven aquí... Luna —No lo quise escuchar y caminé sin volverme. Por ese motivo, al actuar así, no me di cuenta de que su voz estaba cargada de pesar y, claro, tampoco vi la expresión de su mirada.

Por su parte, al ver que lo ignoraba, suspiró y se recostó sobre el mismo lugar en el que lo había hecho yo. A Tomás empezaba a preocuparle mucho los sentimientos que yo le producía. Para él no dejaban de tener un sabor agri dulce, por un lado ya no podía negarlos, pero por el otro, había algo en él que se resistía a ellos y no conseguía descubrir el porqué.

A pesar de que la indignación apenas me dejaba respirar, conseguí regresar al mismo lugar sin que ninguno se diera cuenta y esto me vino muy bien, porque me dio tiempo para poder pensar sobre lo que iba a hacer, e insisto que a pesar del cabreo que tenía.

“¡Qué se había pensado! ¿Quién era él para juzgarme! ¡Uf!”

Mi enfado crecía por momentos. Aun así, respiré profundamente varias veces para conseguir calmarme. Lo primero era lo primero. Tenía que descubrir quién era aquel extraño que era capaz, sin saberlo, de volver a cortarme la respiración tan solo con pensar en él en la oscuridad de aquella caverna.

Lo sopesé durante un buen rato y llegué a la conclusión de que no iba a decir nada sobre el barco, ni siquiera a Juan. Sé que parece una idea un tanto descabellada, pero algo en todo aquello me resultaba demasiado sospechoso. Aquel asunto resultaba ser demasiado misterioso. Así que consideré que la mejor opción sería intentar averiguar lo máximo posible antes de enfrentarnos con un problema del que lo desconocíamos prácticamente todo, y de tomar una decisión. Lo sentí mucho por Juan. Sabía la preocupación que estaba cargando sobre su espalda, pero se trataba de una cuestión de prioridades por muy extraño que pueda parecer. Lo primero era lo primero y, con ese pensamiento me dormí después de una intensa reflexión. Por primera vez en mi vida soñé que deseaba rozar una piel que hasta en el sueño me pareció suave y cálida.

No es de extrañar que me despertara con la sensación de que me había caído un ancla encima a la mañana siguiente. Me dolía la cabeza y tenía tanta sed que apenas sí podía pensar, pero no dije nada. Los turnos para beber eran muy necesarios y se debían cumplir a raja tabla. Así que salí al exterior esforzándome por disimularlo para que ninguno se diera cuenta de nada.

Me encontré a los tres sentados, cada uno en una roca y haciendo inventario de existencias.

—Bien, he calculado que nos queda agua para tres semanas más o menos, si continuamos así —era Tomás el que hablaba y al darse cuenta de mi presencia detuvo sus ojos en mí y me sonrió. —Buenos días —al decirlo me miraron los tres, mientras que me limité a sentarme y a asentir con la cabeza.

—¡Madre mía, cariño! ¿Qué despertar! ¿Se puede saber por qué estás de tan mal humor? —me preguntó Rosa sin dejar de sonreírme, pero tan solo le respondí con un movimiento de hombros.

—Déjala, se ve que ha pasado mala noche.

—No, Juan. Es posible que todo lo que tenga sea hambre y sed. Así que vamos, tenemos que pescar algo para comer. —Rosa se levantó, obligándolo a hacerlo a él también.

—¡Espera, mujer! ¡Que todavía no le he dado ni un beso! —Soltó su brazo y se dirigió hacia mí para darme un beso en la frente —¡Ahora, sí! ¡Ya nos podemos ir! —la cogió por la cintura y se marcharon.

Pasó un largo rato y ninguno de los dos dijimos nada. Yo permanecía con la cabeza agachada, pero mis ojos estaban fijos en ese punto del mar. Mientras que Tomás, tras varios intentos fallidos de hablar, encogió los hombros y se puso en pie apoyándose en aquel palo y se marchó también.

Continué en la misma postura prácticamente todo el día. No di muestras de nada en ningún momento. Simplemente, esperé a que llegara la noche. La imagen del desconocido cada vez se hacía más grande en mi interior y mi deseo por volver a verlo también. Y eso me asustaba. Era la primera vez que mi cuerpo me hablaba y, hasta ese momento, nunca lo había hecho. Durante un rato pensé en la posibilidad de comentárselo a Rosa, porque mi instinto me dijo que no era un tema que pudiera hablar con Juan. De todas formas, ¿qué le iba a decir? ¿Que había visto a un desconocido en su barco y que mi cuerpo estaba encendido desde que lo descubrí?

“¡Ay, no!” Estaba claro que no podía hacerlo. “¿Qué me pasaba? ¿Por qué cada vez que lo recordaba sentía ese calor subir hasta mis mejillas?” Y después de darle vueltas y vueltas durante una eternidad, al fin conseguí tranquilizarme. Simplemente, pensé que lo que me pasaba era que me estaba poniendo enferma y, gracias a ese pensamiento, logré pasar el día sin que me pegara algo de verdad. Por momentos, los nervios me vencían y por nada del mundo, quería que los demás se dieran cuenta.

Lo terrible no dejaba de ser que no me quedó otra que pasar los cinco peores días de mi vida, con sus cuatro noches. Lo que no sabía en ese momento, era que no me iba a resultar tan fácil como había imaginado, porque no conseguí volver a encontrarme con aquel desconocido. Por alguna extraña razón, y a pesar de arriesgarme cada noche para salir en su búsqueda, no lograba nada y por eso decidí que esa noche iba a hacer el último intento, y me desanimaba pensar así. Por lo visto, tendría que aceptar lo inevitable, es decir, que no lo volvería a ver nunca.

De esta manera transcurrió el mediodía, el atardecer y tras él, por fin, anocheció por quinta vez y nos fuimos a descansar. El tema del agua empezaba a ser verdaderamente una lata y una verdadera obsesión a la que yo no hacía ni caso. Mi naturaleza era así. Tenía tan asumida la aceptación de las circunstancias que no veía nada extraño en la posibilidad de morirnos por no poder beber. Si esto ocurría era porque tenía que ser así. Lo que para mí realmente resultaba no tener ninguna excusa, era desperdiciar cada hora con eso. Si el final era irremediable, qué sentido tenía pensar continuamente en él.

Este pensamiento lejos de desmoronarme, lo que consiguió fue todo lo contrario. Se despertaron en mí, a parte de ese desconocido deseo, unas terribles ganas de luchar hasta el último momento y con esa determinación me tumbé para hacerme la dormida de nuevo. Hasta que comprobé que todos dormían y me deslicé al exterior con renovadas fuerzas.

No tuve ningún problema en llegar hasta la cueva, de hecho, me felicité a mí misma por mis logros y decidí que una vez que todo hubiera pasado, me sentaría tranquilamente a contárselo a Rosa y a Juan. Estaba convencida de que se iban a sorprender gratamente ante mi valor. Le debía tanto a Juan que me hacía feliz tan solo pensar en que podía liberarlo de tantas preocupaciones. Se merecía una vida más tranquila y feliz junto a Rosa.

Entré en la cueva mientras pensaba en todo esto y después de echar un vistazo para comprobar que no había nadie, ni tan siquiera el barco, decidí bañarme y empecé a desnudarme para meterme en el agua.

Estaba tan engreída de mí misma que no llegué a verlo. El desconocido permanecía al acecho esperándome totalmente oculto en el fondo de la cueva, de la misma forma en que lo había hecho las últimas cuatro noches. Desde luego, se trataba de una persona inteligente, ya que como medida de precaución, se atrevió a fondear el barco en *La Cantera* para evitar ser visto.

—¡Qué belleza! ¿De dónde habrá salido esa mujer? —este era el pensamiento que le venía a la cabeza a Bastián al observarme. A pesar de quedarse atónito con mi imagen, no se le pasaba por alto mi extraño comportamiento. Aun así, se mantenía inmóvil mirándome. —¡Es una preciosidad! Era alta y delgada. Tenía ese tipo de delgadez que resultaba ser hermosa. Cada curva estaba en el punto exacto donde debía estar, junto con unas piernas largas y bien torneadas. Al soltar la melena, su pelo se deslizaba hasta su cintura igual que una cascada de cabellos profundamente negros. Entonces al girarse, podía apreciar sin problemas que sus senos eran turgentes, perfectos y sin darme cuenta, suspiraba emocionado. Había estado tan sumido en la misión que llevaba entre manos, que sentía un profundo cansancio al observarla. —¡Dios mío! ¡¡Es maravillosa!! —era lo único capaz de pensar, aturdido.

Lo que yo no sabía es que durante las cuatro últimas noches, no se había perdido ninguno de mis movimientos. Me había estado espiando sin dar ninguna señal de su presencia. Mientras que yo, ajena totalmente a él, simplemente, flotaba sobre aquellas aguas hasta que me cansaba y me marchaba desanimada. Pero esa noche, de improviso, se deslizó hasta llegar hasta la misma orilla rocosa y se detuvo sin dejar de sentirse asombrado por su reacción, mientras que me limitaba a flotar con una sensación extraña en el cuerpo.

Es cierto que me dejaba mecer por el mar. Para mí era esencial, el hecho de que estar en él me liberara de la opresión de mi cuerpo. Tanto que conseguía desligarme de la misma tierra y, con eso, de todo el temor que me agobiaba.

Por eso mi intensa relación con él, aunque a pesar de todo en ese momento no sé por qué llegué a percibir una mirada sobre mí y reaccioné lo más rápido que pude. Me giré para comprobar si era verdad. Efectivamente, así era. Me enfrenté directamente con los ojos más azules que había visto en mi vida y acto seguido, me quedé bloqueada. Esos ojos me miraban de una forma tan intensa y desconocida que no pude evitar que el rubor me enrojeciera por completo hasta la raíz del pelo.

Permanecimos de esta manera durante un buen rato. Hasta que el desconocido alargó su mano lentamente hacia mí para que saliera del agua. La miré fijamente y luego a él, sin llegar a moverme todavía. Entonces, una leve sonrisa curvó sus labios y la verdad es que me llegó hondo, muy adentro. En fin, que me desarmó y no pude más que obedecer a su invitación. Y así lo hice. Cuando mis dedos rozaron los suyos, una sacudida me recorrió por entero y, más aún, al sentir su fuerza al cerrar su mano sobre la mía para ayudarme a salir del agua.

“¡Madre mía! ¡Qué alto!” es el único pensamiento que tuve mientras que permanecíamos de pie uno frente al otro sin dejar de mirarnos a los ojos. “¡Si apenas le llego por los hombros!” y, nada, que mi mente no salía de ahí. No encontraba la forma.

Para mi sorpresa, y cuando digo esto, me refiero a que si caigo fulminada en ese momento, aun así, no me lo habría podido creer. Alargué la mano hacia ese pecho y me estremecí por entero al sentir su corazón latir, a pesar de que llevaba aquel extraño traje que al tacto me pareció de goma. Arrastrada por esa emoción, apoyé mi frente sobre su barbilla y cerré los ojos.

Sí, los cerré, y me dejé llevar hacia mi mismo epicentro.

En mi interior se desplegó la fuerza de un mundo nuevo para mí. Sentí cómo esa piel era capaz de quemar, aun estando bajo el primer sentido de la lluvia y cómo mi latido se enlazaba al suyo, a la misma vez que se engrazaban igual que si de la estructura más extraordinaria se tratara. Un paradigma especial y único que no había sido creado por obra humana. Simplemente, era el resultado de la espera. Una espera capaz de transformar al mismo corazón en mito. Al que yo, de alguna manera, no había conseguido entender hasta ese momento en el que, por primera vez, me llegó su mensaje. El corazón no tiene ojos, ni labios, ni tacto. No necesita palabras y ese pulso bombardeó hasta el rincón más pequeño de mi ser, hasta la última y minúscula de mis células. Y lo supe, es decir, me hizo el mayor regalo que a una persona como yo se le puede hacer.

Sin palabras, sin conocerle...

Me desveló que lo amaba.

Mientras que él, por su parte, permanecía inmóvil sin hacer ningún intento de tocarme.

Tras un rato, los abrí y me separé unos pasos sin poder articular palabra. Entonces, me entró un pánico indescifrable y salí corriendo a la máxima velocidad que me permitían los pies. Corrí y corrí, todavía desnuda, por aquella empinada cuesta para llegar a la muralla hasta que me faltó la respiración y nerviosa, y entre jadeos, empecé a ponerme la ropa.

“¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué había actuado de esa manera? ¡Porras! ¡Mi corazón! ¡Me daba la sensación de que un momento a otro se iba a parar!”

Y en ese momento, escuché la voz de Juan.

—¿Qué haces, Luna? ¿De dónde vienes? —tanto su mirada como la entonación de su voz no dejaba lugar para las dudas. Estaba terriblemente enfadado.

—De bañarme. He ido a bañarme —fui demasiado rápida al responder y, quizás, no supe disimular muy bien mis nervios.

—Luna, ¡sabes que no quiero que salgas del escondite por la noche! y menos, sola. Dime, ¿qué es lo que tengo que hacer contigo?! ¿Es que no te das cuenta de lo peligrosa que es la situación? —No pude mirarlo y me cogió por los hombros para que levantara la cabeza. Estaba tan desorientada por aquellos desbordantes

sentimientos que no era capaz de hacerlo. –¿No me dices nada? ¡Luna!... ¡Dios! ¡Me dan ganas de darte una bofetada a ver si así entras en razón!

–Bueno, ¡¡basta!! –grité y me zafé de aquel agarre con decisión –¡Estoy harta! –y al ver su expresión de sorpresa, la verdad es que me sentí culpable por tratarle así. –Mira, Juan. Estoy cansada de que pienses que soy una chiquilla insensata, cuando no es así. Sabes mejor que nadie que no puedo soportar estar encerrada entre unos muros y, aun así, he intentado mantenerme en esa caverna porque te quiero. No pienso que esté haciendo nada malo por querer salir un rato a respirar –y tuve que detenerme de nuevo al enternecerme su mirada. –Lo siento, de verdad que lo siento, pero tengo una buena noticia para ti. Al obligarme a estar sentada tantas horas y sin moverme, me di cuenta de que algo extraño se ocultaba en el mar. Así que tras observar y observar, decidí que tenía que averiguarlo y he descubierto que tu barco no se ha hundido...

–¿Qué dices? ¡¿Cómo?! –me interrumpió, sin dejarme terminar y me apartó sin contemplaciones para pasar de largo por delante de mí en dirección a la cueva.

–¡Espera! Juan, ¡que te esperes, joder! –por más que le insistí no hubo manera de frenarlo. Así que bajamos por aquella cuesta sin parar hasta que llegamos a la entrada de la cueva.

Y cuál no sería mi sorpresa cuando al entrar nos topamos de frente con aquel desconocido, que todavía se mantenía en la misma posición en el que lo había dejado diez minutos antes.

“¡No me lo podía creer! ¡Se había quedado clavado al suelo!”

Entonces un Juan iracundo se giró para mirarme.

–¿Estabas aquí con él? y ¿desnuda? No olvides que te he pillado en la cuesta poniéndote la ropa... Luna, ¿dime? ¿Qué narices significa todo esto?

–¡Qué dices! Yo estaba bañándome y al salir me he tropezado con él. –Claro que no le dije toda la verdad. ¿Cómo iba a explicarle que el corazón se me salía del pecho simplemente con mirarlo y que solo deseaba aferrarme a él para poder sentir sus manos recorriendo mi piel? A ver, ¿cómo podría explicarle eso? Cuando no tenía lógica ni siquiera para mí. Aunque, para mi pesar, fue demasiado evidente que al hablar el rubor había invadido por completo mi cara y eso era algo muy difícil de disimular.

–¿Te has vuelto loca?! Y lo que es peor, ¡¡mentirosa!! ¡No veo mi barco por ningún sitio! Mira, Luna, ¡te aseguro que estás acabando con mi paciencia! –según hablaba se iba acercando más a mí...

–¡Basta! –la voz de aquel extraño retumbó poderosamente entre las paredes rocosas, tanto, que Juan y yo nos miramos totalmente sorprendidos. Acababa de hablar perfectamente en español, aunque con un fuerte acento. Lo que me hizo caer en la cuenta de la posibilidad de que fuera de otro país. Y eso me atemorizó más, si cabe.

Vamos a ver, “¿cómo podía sentir que lo amaba? ¿Por qué mi corazón, una y otra vez, me repetía ese mensaje? ¡Por favor! ¡Ahora sí que pienso que estoy loca!”

–¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? y, sobre todo, ¿dónde está mi barco? ¿Qué has hecho con él? –el tono de Juan resultó ser amenazador al hablar y al colocarse justo delante de él cruzando los brazos.

“¡Casi me da un ataque!”

Nunca había visto a Juan actuar así y, mucho menos, había llegado a percibir que en cualquier momento iba a explotar con violencia. A pesar de la camisola, se podía apreciar sin ningún problema que todos sus músculos estaban en tensión y esperando a saltar a la más mínima oportunidad.

Por el contrario, el desconocido no daba muestras de ningún cambio de actitud. Tan solo pude percibir algo en él cuando me miraba y, para mi sorpresa, no me supuso ningún esfuerzo ver en su expresión la misma incredulidad que sentía yo por todo lo que nos había pasado.

–No quiero problemas. –Se movió hacia un pequeño saliente rocoso del suelo y se sentó, mientras que Juan y yo cruzábamos miradas furtivas totalmente sorprendidos, porque al pronunciar aquellas palabras su acento se suavizó hasta tal extremo que, si no lo hubiéramos oído antes, nos habría costado mucho notar que no era español y no puedo negar que me asustó bastante. Mientras que él, por su parte, prosiguió hablando como si nada, ajeno a nuestras miradas y mis pensamientos. –Es cierto que he hecho mal al coger su barco; pero no he tenido otra alternativa. No puedo decir por qué estoy aquí, lo que sí que puedo asegurar es que os voy a ayudar, si vosotros me ayudáis a mí –evito mirarme muy a las claras al hablar y centró su mirada en Juan.

–Todavía no me has dicho quién eres... –respondió Juan sin relajar ni un ápice su tensión.

–Bastían. Me llamo Bastían Krumm, y soy alemán. No puedo decir más.

–¿Alemán? ¿Y qué es lo que hace un militar alemán aquí? –preguntó Juan y se pasó la mano por el pelo con gesto de inquietud.

–No voy a decir nada más.

Ni parpadeó al decirlo, pero por una milésima de segundo, me miró y “¡qué intensidad! ¡Temblé como una hoja!” Y por inconcebible que pueda parecer esa mirada a Juan no le pasó inadvertida. Nos miró sin poder llegar a comprender nada.

–Sé que es un desconocido. Siempre me has insistido en que creyera en mi instinto y Juan, él me dice sin lugar a dudas que este hombre... Bastían, no es mala persona, sino que todo lo contrario. ¡Nos va a ayudar! –intenté hablar, de verdad que lo intenté, sin que la pasión desbordara mis palabras. Juan mantuvo su mirada en la mía sin terminar de creerse lo que estaba viendo. –“¿Cómo era posible que su Luna expresara de esa forma sus emociones? ¿Qué era lo que aquél extraño había sido capaz de despertar en ella? ¡Nunca la había visto así!” Un miedo aterrador lo atrapó sin poder controlarlo. –¡Cállate, Luna! –Se sentía tan impotente que fue lo único que pudo decirme, mientras dirigía de nuevo toda su atención a Bastían –Bien, ¡se me acaba la paciencia! ¡Ahora mismo me dices qué haces aquí! –era tal su expresión que Bastían se puso en pie y en guardia.

–¡No! ¡Ya he dicho y hecho suficiente! ¡No os he matado en el acto por ella! ¡Nadie debe saber que estoy aquí! –grité tan fuerte que sus palabras retumbaron al compás que aquella maldita cueva y, para terminar de rematarlo, hizo un gesto que casi consigue pararme el corazón. Se acercó con solo dos pasos a Juan, tanto, que tuvo que inclinar la cabeza para poder verlo y Juan, a su vez, alzarla.

Entonces, ¡¡perdí los nervios!!

–¡No! ¡Joder! –y me coloqué en medio de los dos a empujones, desesperada.

–¿Quieres tu barco o no? Estoy dispuesto a devolvértelo, pero a cambio necesito que me asegures que no me vas a seguir cuando me marche. No os voy a exigir nada más –a pesar de haberle desconcertado por un momento mi reacción, no dejó de pasarme, y a la vez fascinarme, la forma en que recuperó el control de la situación.

–Y, ¿qué me asegura que después de conseguir tu propósito no nos vas a matar? Dime, ¿qué garantía me das?

–Para empezar, si hubiera querido matarte, ya estarías muerto y sin saber cómo ni por qué. Por vuestro aspecto no podéis evitar los claros síntomas de deshidratación y también de la falta de comida. Esperaré a traéroslo y entonces, solo entonces, me marcharé. Es más, quiero que sepas que es ella la que te ha salvado la vida. ¿Has entendido? –esto último lo dijo señalándole directamente a los ojos con un dedo, a pesar de que todavía me encontraba en medio de los dos.

–Tendrás que ofrecer algo más. Pero ¿qué te pasa con ella, hombre? ¡¡Si la acabas de conocer!! ¡Esto es para volverse loco! –se cogió la cabeza entre las manos al tiempo que caminaba de un lado a otro intentando encontrar una explicación.

–No puedo ofrecer más. Tendrás que creer en lo que te he dicho. Ahora mismo me voy a por tu barco para traerlo aquí y de paso, os conseguiré el agua y la comida que os he dicho –tendió la mano para que Juan sellara el trato de esta manera. –Respecto a ella... La amo y no sé el porqué. Simplemente, lo sentí nada más verla.

“¿Qué me ama?! ¿A mí?” Mi corazón brincaba a estilo libre dentro de mi pecho. Toda la sangre que circulaba por mi cuerpo se detuvo en mi cara, así, “¡de golpe!” Mientras que un desconcertado y conmovido Juan, le devolvió el apretón de manos sin dejar de mirarnos a uno y a otro totalmente fascinado.

–En cuanto vuelva, planeamos lo que debéis hacer, porque hay un problema: debéis navegar durante la noche y, ahora más, después del pequeño bombardeo. No os podéis exponer a ser vistos. Hay que tener en cuenta que las incursiones aéreas pueden producirse en cualquier momento, así que tendréis que evitar el día –hablaba, mientras que se colocaba unas extrañas gafas, pero antes de zambullirse en el mar se acercó a mí, me abrazó y me besó en los labios. Entonces, todo nuestro alrededor se esfumó por completo, incluido un atónito Juan. Todo se desvaneció en el aire. El pasado y el futuro, el ayer y el mañana, absolutamente todo.

–Sé que no sabes nada de mí ni tan siquiera quién soy. Solo sé que te amo y juro ante lo más sagrado que voy a volver a por ti. No te puedo decir cuándo ni dónde..., pero te aseguro que volveré. Me marcharé en cuanto os ayude, pero quiero que sepas que pase el tiempo que pase, voy a regresar a por ti. Te buscaré y no

pararé hasta encontrarte –hizo una pausa sin dejar de mirarme intensamente.

–Espérame –y me soltó para dirigirse hacia la orilla rocosa y, antes de zambullirse, se detuvo unos segundos para volver a mirarme.

–Te amo...

–Lo sé... –susurré, incapaz de parpadear.

Todas y cada una de esas palabras las pronunció despacio y con la voz ronca por la emoción. Y yo sentí que se me quedaba el alma atrapada en todas y en cada una de ellas.

Cuando lo vi desaparecer bajo ese mar, no pude más que sentarme en el suelo al temblarme las piernas de esa manera sin parar.

“¡Madre mía! ¡¡Me ama!!” Estas palabras eran las únicas que mi mente repetía una y otra vez de manera inagotable.

–¿Un pequeño bombardeo? ¿Qué es lo que ha querido decir? ¡¡Si casi hunden la isla!! –balbuceaba incoherentemente cada vez más nervioso –¿Lo has oído, Luna? ¡Eso no puede ser! ¡¡Esta tierra no va a aguantar!! –seguía con su errático divagar. Yo no entendía nada, porque mis latidos eran tan fuertes que no me dejaban pensar.

–¡Por favor! ¡Tranquilízate! ¡Me estás poniendo nerviosa! ¡Se ha ofrecido a ayudarnos! Juan, ¡¡vamos a poder salir de aquí!! –grité, totalmente fuera de control.

–¿Es que no te das cuenta? Pensaba que todo había terminado y que no iban a destrozarnos más nuestra isla. ¡Luna! ¡Van a acabar con ella!

“¡Había tanto terror en sus palabras!”

–¡Escúchame! ¡Juan!... –al oírme así, se detuvo asustado –... Entonces, ¿no es verdad lo que me has dicho siempre? Que lo importante no es el lugar, sino que estemos juntos. ¡¿Me has mentado?! –No pude seguir, porque empecé a llorar. Juan, al darse cuenta del alcance de sus palabras se arrodilló ante mí y me abrazó. –Tienes razón, cariño. Perdóname, por favor. ¡Eso es lo importante! ¡Perdóname!

Estuvimos así un rato hasta que, cuando me soltó, su semblante había cambiado por completo y reconocí ese gesto de determinación que era tan familiar para mí.

–Bien, tú quédate aquí a esperar a tu enamorado... –se detuvo un momento a observarme sin dejar de sonreír... que de ese tema ya hablaremos más tarde. Me voy a avisar a Rosa y a Tomás, así cuando llegue podremos hacer los planes todos juntos ¿Te parece bien, cariño?

–Sí, claro –respondí con bastante timidez. –Voy a esperarlo escondida por si acaso.

–Bien, ¡ahora vengo!

Así que aquí me encuentro escondida y reflexionando sobre mi vida. No deja de sorprenderme que sea el mismo lugar en el que todo empezó. Sigo con la misma sensación de que la situación se va a poner peligrosa, pero sé que lo que va a venir a buscarme no es otra cosa que mi propio destino y no he podido más que llegar a una conclusión:

En este momento ya no estoy tan convencida de que el problema sea descubrir si es verdad o no que se puede hacer algo para cambiar nuestra propia vida.

La cuestión no está en conseguirlo o no.

Se trata de por lo menos intentarlo, aunque uno encuentre la muerte en esa búsqueda.

La vida es demasiado sabia y tiene la capacidad de desvanecer cualquier idea que se haya planeado sobre un mañana que está por llegar.

A lo que quiero añadir que nadie más que yo tiene la última palabra. No me importan cuántas caras me muestre de la realidad. Estoy absolutamente convencida de que, elija la que elija, no dejaré de sentirme libre.

Suena bien, ¿verdad? Lo que no he dicho, es que no puedo dejar de pasarme la yema de los dedos por los labios, porque todavía siento el fuego de su aliento.

Así que no puedo especificar si realmente la libertad existe...

## *SEGUNDA PARTE*

Está por llegar el que todos sienten, pero nadie ha visto.  
El sin nombre.  
El mesías alemán

Dietrich Eckart.  
(Político e ideólogo alemán).

Hotel Vier Jahreszeiten[24]. (Múnich).

Alemania.

12 de diciembre de 1930.

11:00 pm.

El ruido seco del corcho de la botella de champán que sostengo entre las manos me ha hecho volver a la realidad. Hasta este momento, he sido auténticamente un autómata. Hace tanto tiempo que actué de esta manera que, a veces, me cuesta notarlo.

No puedo evitar sonreír mientras lleno mi copa.

Tengo tal poder de abstracción que no he sido consciente que estoy descalzo, hasta que he permitido que esa sensación entrara en mí al perderse mis dedos de los pies entre la mullida alfombra.

Me encamino hacia el sillón orejero de cuero negro que hay delante de la pequeña chimenea con la copa en la mano. Al caminar, los tirantes del pantalón dan pequeños golpecitos a la altura de mis muslos, porque no me los he quitado del todo. Simplemente, los he soltado de mis hombros y ahora cuelgan de mi cinturón.

No he sido capaz de notar el peso de mi cansancio hasta que me he dejado caer en él y el cuero ha empezado a adaptarse a mi anatomía, sometido bajo la presión de mi peso

“¡Qué maravilla!”

En el exterior la nieve cae de manera implacable sobre un mundo quizás demasiado gris.

“Sí, esa es la expresión adecuada”

Hoy es mi cumpleaños y la verdad es que pienso que no podía celebrarlo de mejor manera que con una cita con Hanna en este hotel. Y eso que he tenido que pasar una verdadera odisea hasta llegar a esta habitación.

No deja de preocuparme el hecho de darme cuenta del cambio drástico que se ha producido en una urbe tan bulliciosa como esta. De hecho, he podido ver de soslayo que la ciudad se mantiene prácticamente a oscuras y sin gente. Salvo en *Maximilianstrasse*[25] que es la calle principal en donde estoy ahora. Esta es una situación que se va adueñando de este país cada vez más, por desgracia.

No puedo más que sorprenderme con que la actividad nocturna se encuentra centrada en esta amplia avenida repleta por las limusinas mercedes de los Oficiales, tanto del ejército como de la temida SA.

“No quiero pensar en eso ahora”

Sin darme cuenta, agito la cabeza antes de dale un sorbo a mi copa. Es difícil relajarse y quiero conseguirlo. Hace tiempo que no veo a Hanna y la verdad es que me produce verdadera excitación pensarlo. Así que, para tranquilizarme, detengo mis ojos en la chaqueta del uniforme que he colgado pulcramente sobre mi camisa blanca y sonrío al darme cuenta de que es cierta la fama de metódicos que tenemos los militares.

No solo la he colgado y me he asegurado de que no tenga ninguna arruga, sino que también he puesto mis botas en un rincón del suelo perfectamente alineadas contra la pared. Después, claro, de asegurarme que estaban pulcras y sin ninguna mota de polvo de la calle.

No puedo más que sonreír ante eso.

Nunca pensé que el espíritu marcial prevalecería sobre cualquier cosa y eso que soy hijo, nieto y bisnieto de mandos militares. Yo..., que mi gran ilusión era ser profesor. Aun así, la disciplina resulta ser algo contra lo que es difícil combatir.

Siguiendo esas pautas, he revisado de cabo a rabo la habitación antes de desnudarme. Las escuchas están prácticamente a la orden del día y sé que no queda un solo lugar en todo el país sin cablear por micrófonos en este momento. Resulta prácticamente imposible estornudar y no quedarse esperando a oír una respuesta, aunque estés en el páramo más recóndito de esta nación.

Vuelvo a sonreír al pensar en esto, a pesar de que no tiene ninguna gracia.

Mi vista se pierde en un punto determinado de la alfombra, mientras no puedo dejar de esforzarme por no perderme en ese extraño divagar. Cuando me doy cuenta de que la copa está vacía al intentar beber de nuevo otro sorbo. La observo con resignación, porque no me queda otra que levantarme para volver a llenarla. Así que claudico ante mi deseo, pero, antes de llegar a ponerme en pie, percibo movimiento en el pomo de la puerta e inconscientemente alargo la mano para coger mi pistola. Una *Luger P08 (Parabelum)*[26] de la que nunca me separo.

Me detengo al comprobar que se asoman unos cabellos rubios demasiado conocidos para mí.

Se trata de Hanna que no puede evitar sonreír ante mi aspecto, y no es para menos. Ya que me he sentado en el sillón con el torso desnudo, los pantalones puestos y sin calcetines.

Tras cerrar la puerta, me guiña un ojo y se dirige directamente hacia el gramófono que está sobre una pequeña mesa justo delante del ventanal.

Me vuelvo a dejar caer sobre el respaldo del sillón, mientras la observo caminar sin dejar de pensar que es una mujer bellísima.

No deja de sonreírme con unos labios perfectamente pintados con un rojo intenso. Hanna es una maravillosa mujer que no solo es bella, además, es inteligente como pocas personas que he conocido.

Ha sido ella la que ha planificado nuestra cita y la he dejado hacer, puesto que no puedo más que rendirme ante la evidencia de que me conoce demasiado y por eso, es una tontería intentar aparentar algo que no soy. De hecho, estoy convencido de que cuando sus ojos azules me recorren, saben calcular perfectamente en qué momento estoy de mi vida y ante esa certeza, simplemente, me dejo examinar por ellos sin dejar de sentir una absoluta excitación.

No puedo explicar de qué forma ha podido cuadrar el hecho de que es mi cumpleaños con que, después de meses, se hayan concluido por fin las obras para tener un escenario más amplio y un equipamiento más moderno en el Nationaltheater München[27]

Está convencida de que en un mundo en el que reina la desconfianza y todos y cada uno de los movimientos son estudiados buscando algo oculto en ellos, lo mejor que se puede hacer es actuar con normalidad. Así que tras ver una oportunidad con la apertura de la temporada teatral, no dudó en quedar conmigo para vernos en este hotel que es el centro neurálgico de esta ciudad hoy por hoy.

De hecho, he sido incapaz de contabilizar las personalidades que se encontraban sentadas en él al entrar en su *lobby*[28] A primera vista, tan solo me han parecido unos rostros con evidentes señales de aburrimiento y apatía al observar el ajeteo de idas y venidas por encima de sus periódicos. Entre ellos y, para mi sorpresa, me he podido encontrar cara a cara con mi padre bajo ese techo espectacular en forma de cúpula de vidriera que representa las cuatro estaciones.

Nos hemos detenido uno frente al otro sin articular palabra. Simplemente, le he efectuado el saludo militar de rigor, acompañado con el taconeo de mis botas y se ha limitado a observarme en silencio durante unos minutos antes de girarse y dirigirse hacia un pequeño salón privado. Seguramente, a una de las incontables reuniones secretas que en estos tiempos no dejan de producirse dentro del Alto Estado Militar.

No me ha extrañado para nada su reacción, y eso que llevo más de cuatro años sin verlo. De la misma forma que sé que nuestro frío saludo no ha pasado inadvertido a nuestro alrededor, por eso me he dirigido hacia recepción con la máxima naturalidad posible y, tras un breve saludo cargado de gestos y de guiños con el recepcionista, no he dudado en indicar que la habitación está a nombre de Greta Baum, uno de los alias de Hanna.

Hanna es espía.

Pero, ahora, no es momento para esto.

Es momento para disfrutar sin pensar en las consecuencias.

Así que centro toda mi atención en ella que, totalmente ajena a mis pensamientos, ha permanecido unos instantes decidiendo qué disco poner y eso que seguramente ha especificado con unas instrucciones concretas todos los detalles en el momento de reservar la habitación. Estoy tan seguro de esto, que me jugaría los



dedos de una mano y no los perdería.

Tras vacilar, al fin se decide por un disco de *Ruth Etting, After You 've gone*"[29].

Cada uno de sus gestos es femenino y delicado. Tiene una especial y graciosa manera de extraer el disco de su funda y de inclinarse un poco para darle vueltas a la pequeña manivela que está en un costado de la caja de madera maciza, hasta que considera que ha llegado al tope y no puede dar ninguna vuelta más.

Se incorpora para abrir las puertecitas frontales para que podamos oír sin problemas la música.

En cuanto empiezan a sonar los primeros acordes junto con la voz melodiosa de la cantante, consigo rescatar del interior de la capa un minúsculo bolso dorado con forma de concha para buscar los cigarrillos y los enciende, después de ponerse dos entre los labios rojos.

No deja de mirarme. Ni tan siquiera cuando echa la cabeza hacia atrás para expulsar el humo hacia el techo. Un gesto que no deja de parecerme extraordinariamente sexy, porque me permite recrearme observando su precioso cuello. Al hacerlo, su melena corta cae igual que una pequeña cascada de ondas rubias hacia su espalda.

Hanna es arrolladoramente seductora.

Vuelve a centrar su mirada en mí al deshacer pausadamente el lazo de raso que anuda la capa de armiño blanco alrededor de su cuello. La deja caer al suelo y yo, sin moverme, sigo su recorrido hacia la alfombra como si estuviera hipnotizado.

Al levantar la vista, mis ojos se pierden en la línea de sus hombros desnudos. Lleva puesto un vestido de seda de color marfil abrochado con un cierre de engarces dorados detrás de su cuello, que no solo permite dejar al aire sus hombros, sino que también la totalidad de su espalda.

Al observar su extremada y delicada piel lechosa, no puedo reprimir una descarga brutal de deseo, mientras contemplo cómo da cada uno de sus cimbreados y sensuales pasos en dirección hacia la champanera para coger la botella y rellenar mi copa vacía. Entonces, y mientras la llena, acerca su rostro al mío y tras permanecer unos segundos, cerca, muy cerca de mi boca, coge uno de los cigarrillos que lleva atrapado entre sus labios y lo pone entre los míos.

Su mirada es intensa y un brillo especial recorre sus ojos al sonreírme, antes de quedarse quieta de espaldas unos pasos frente a mí.

Al hacerlo, balancea la botella de champán al mismo compás que sus caderas con el ritmo de la melodiosa canción y, de la misma forma que si estuviera hechizado, sigo el recorrido de la mano que tiene libre hasta que se detiene en su nuca y observo, sin parpadear, cómo consigue abrir el cierre que sostiene al vestido con un pequeño tirón. Provocando que se deslice hasta sus pies, arrastrado por el peso de la pedrería que llevaba de adorno.

Fuma una calada y lanza el cigarrillo directo al centro de la chimenea a la vez que, con un gesto lánguido, apoya su mano en la cadera mientras que prosigue con ese movimiento fascinante de caderas.

Vuelve a mirarme. Esta vez de perfil y sin poder dejar de sonreírme, hasta que acerca su mano para poder enganchar la punta del guante con los dientes. Estira de él para conseguir quitárselo sin dejar de moverse de la forma más sugestiva y erótica que soy capaz de recordar.

Después de dar pequeños tirones, logra quitárselo y cambia la botella de mano para efectuar la misma maniobra con el otro. Me parece increíble que no los manche, porque sus labios no pueden ser más rojos y los guantes no pueden ser más largos y blancos. Según las normas de etiqueta, deben llegarle un poco más arriba de los codos.

Cuando lo consigo, se inclina hacia adelante para que pueda observar bien la forma redondeada y perfecta de su trasero. Esa belleza está enfundada por unos pantalones cortos de seda color marfil que, a pesar de estar ribeteado por el encaje de blonda más fino que he visto en mi vida, son tan sumamente finos que se puede apreciar a la perfección si tiene algún gracioso lunar en tan hermosa parte.

Suspiro emocionado por el deseo, al comprobar que llevaba oculta una pequeña Derringer[30]38mm, sujeta al muslo izquierdo y aparentemente cubierta por el lazo del portalligas.

“¡Arrebatadoramente deliciosa!”

En ese momento, es cuando se da la vuelta y se da cuenta de que mi vista se ha detenido en ese punto en concreto y levanta el muslo para desatlarla sin dejar de sonreírme. Ese gesto me enternece, al no dejarme lugar para las dudas, puesto que es una prueba evidente de que para Hanna aún conservo un lugar especial en su corazón.

Bajo ningún concepto, se desharía del arma si no fuera así.

Es letal. No puedo imaginar las mil formas que domina para poder matarme y me produce un extraño escalofrío que me recorre por entero.

Me mira sería e intensamente, de la misma forma que puede hacerlo una mujer que sabe que los ojos que la observan están fascinados e indefensos ante su inmenso magnetismo sexual.

Lentamente se lleva la botella hacia los labios para dar un pequeño sorbo y, para mi sorpresa, la alza un poco sobre su rostro e inclina la cabeza hacia atrás para que de esa manera el líquido se derrame por su boca, su barbilla y su cuello. Me quedo observando atónito la forma en que esa marea espumosa parece convertirse en una pequeña cascada dorada capaz de serpentear deslizándose por su preciosa piel hasta cubrir su pecho. Logrando que la piel de sus perfectos y turgentes senos se estremezca al agitarse por su propia excitación y que sus delicados pezones rosados, se contraigan para advertirme que esperan el recorrido de mis labios con ansiedad.

“¡Bendito monje benedictino que tuvo la osadía de investigar para crear el mejor de los vinos!” Exclamo en mi interior, porque no puedo evitar admirarme de la genialidad de aquel hombre ciego. Sé que no se trata más que de una leyenda y que no deja de ser cierto que lo que derrama sobre su piel es el resultado de un tiempo de espera.

Es evidente que la paciencia no es uno de mis dones y, por lo tanto, no coincido en eso con *Pierre Pérignon*[31]. Lo que me lleva a pensar en que no sé cómo demonios lo ha conseguido.

“¡Qué más da!”

No puedo más, y me levanto.

Al llegar a ella, la cojo en brazos y me mira con seriedad al rodearme la cintura con los muslos. Busco sus labios con desesperación, mientras que con dos zancadas la llevo hasta la pared. Soy un hombre alto y Hanna es una mujer delgada y delicada, así que no me supone ningún problema hacerlo.

Sin soltarla, con una mano desabrocho el botón de mis pantalones y le quito de un tirón el delicado pantalón. Entonces, se me escapa un suspiro de alivio al notar que los pequeños corchetes de los laterales no se me resisten.

Emite un pequeño grito de placer y, oírlo, todavía me excita más. Arrastrado por mi propia lascivia, lamo cada centímetro de sus senos antes de penetrarla con movimientos continuados de mi pelvis.

Jadeos, susurros, besos prolongados hasta que nos falta el aire, mientras que la empujo cada vez con más fuerza contra la pared. Entonces, cuando siento que se va a acabar, me detengo y Hanna emite un quebro de desesperación. La miro un momento y sonrío, porque me parece encantadora. Salgo de ella para cogerla en brazos y dirigirme hacia la cama sin poder dejar de besarla.

A mitad del trayecto, me agacho para recoger los guantes y, justo delante del pie de hierro forjado de la cama, me detengo y la dejo en el suelo. Ella me mira sin comprender. Con un movimiento rápido le doy la vuelta y le ato una muñeca a uno de los barrotos con uno de sus guantes para seguidamente hacer lo mismo con la otra.

Al poner mis manos en sus caderas y suavemente dirigirlas hacia el interior de sus muslos, de nuevo, vuelve a gemir de placer, mientras que con una mano en su espalda consigo que se incline hacia delante, dejándome su culo a la altura de mi pene. Entonces, la vuelvo a penetrar con fuerza y sus gritos cada vez son más profundos. Puedo sentir perfectamente que está a punto de tener un orgasmo y, para ayudarla, alargo una de mis manos hacia el interior de sus muslos para estimularla; mientras que con la otra consigo tapar por entero uno de sus pechos y, al notar el endurecimiento del pezón, no dudo en apretarlo fuertemente entre mis dedos.

Aprieto los dientes al sentir que cada vez me cuesta dominar más el fuego arrebatador que me quema por entero. Emito un sonido gutural, a la vez que sus jadeos son cada vez más continuados.

Nos sentimos devorados por nuestro propio frenesí, tanto, que al llegar al clímax, apenas me he dado cuenta de que la he cogido del pelo y sin querer la estoy lastimando.

Extenuado y sudoroso permanezco unos momento apoyado sobre su espalda, porque me encanta escuchar que nuestras respiraciones van al mismo compás.

Entonces, le doy un beso y suelto las ataduras para poder cogerla en brazos y llevarla a la cama.

Hanna apoya su cara sobre mi pecho y la miro a la vez que la deposito sobre ella con delicadeza y me tumbo a su lado abrazándola.

—No te imaginas lo que te he echado de menos —susurro metiendo la nariz en su nuca. Hablo tan bajito que apenas si consigo oírme. No puedo ver su cara al tenerla abrazada por la cintura, pero sé que ha sonreído al escucharme, porque se ha llevado una de mis manos hacia un pecho y la ha dejado ahí.

Me encanta la calidez de su piel y poder sentir cómo, a pesar de no hacer ningún movimiento con ella, la delicada piel de su pezón se va endureciendo tan solo con el contacto y cierro los ojos dejándome llevar por el suave movimiento de su respiración, y vuelvo a sentir cómo se despierta mi deseo de nuevo.

No sé qué es lo que me excita más, el hecho de saber que es una mujer experta en todo tipo de técnicas amorosas por ser parte de su entrenamiento o, por el contrario, darme cuenta de que conmigo no se comporta como la espía que es, sino que simplemente es Hanna.

La verdad es que me vuelve loco. No puedo negarlo.

En ese momento, se da la vuelta y apoya el rostro sobre mi pecho. Es bella y lo sabe. Esta es una de las razones que la convierten en una de las mujeres más peligrosas que conozco. El óvalo de su cara es precioso y enmarca una frente despejada con medidas proporcionadas. Sin cejas, según la moda que impera. Tan solo se limitan a ser dos líneas negras semicirculares perfectamente trazadas por su mano experta y para resaltar más aun a sus preciosos ojos azules. Una nariz recta y, por fin, unos labios pequeños pintados con un rojo intenso, que no pueden ser más carnosos.

Se incorpora para acercar su boca a la mía; pero no me besa. Simplemente, le da un pequeño mordisco a mi labio inferior. Siento que sus ojos no pueden ser más abrasadores a pesar de tener esa tonalidad tan fría. Ella parece que puede leerme el pensamiento y acerca sus labios a mi oído.

—¿Te apetece un baño? —al hablar, es tan cálido su aliento que consigue ponerme el vello de punta y, para mortificarme, se aleja para poder mirarme a los ojos arqueando una de sus cejas. No puedo evitarlo y la aprieto contra mi pecho para besarla, hasta que empieza a agitarse para apartarme sin parar de reír. A pesar de esto, con un grácil movimiento, se sienta sobre mi abdomen y al hacerlo puedo notar perfectamente el fuego que esconde entre sus piernas sobre la piel de mi estómago. Hanna, que parece ignorarme, se incorpora para alcanzar algo que no consigo ver bien y que está sobre la mesilla que hay al lado de la cama.

Lo sostiene entre los dedos y me guiña un ojo.

—Ahora, te voy a enseñar algo que no vas a olvidar nunca —susurra tan cerca de mi boca que puedo sentir cómo mis ojos se juntan, cuando noto que rodea con una especie de goma la base de mi pene y que este, responde totalmente ajeno a mí, endureciéndose como nunca.

—No es malo. Te lo aseguro; por lo menos para él... —y no puede evitar una carcajada maliciosa al darse cuenta de mi expresión de perplejidad. Me vuelve a besar suavemente en los labios antes de sentarse lentamente sobre mi erección y es cuando mi interior prácticamente explota en llamas.

No soy consciente de cómo transcurre el tiempo entre gemidos, suspiros, caricias y una ardiente lengua devorando el aliento de mi boca. Hanna consigue un orgasmo tras otro y me mantengo erecto gracias a esa infernal atadura. Hasta que al fin, me libera y logro el orgasmo totalmente estremecido, al recorrerme con dedos hábiles cada una de las cavidades de mi cuerpo con un hielo de la cubitera.

No puedo más que rendirme entre sus brazos, jadeante, sudoroso, agotado y sin voluntad.

Hanna tiene ese poder.

Al cabo de un rato se libera de mi abrazo para dirigirse al baño y, de paso, apaga el gramófono. No he dicho todavía que al poner el disco ha hecho el mismo truco que hacíamos cuando éramos jóvenes. Ha colocado una de sus horquillas en la base donde se apoya la aguja cuando termina su recorrido y al hacer tope, la obliga a reiniciar mecánicamente una y otra vez el mismo recorrido. Algo que es verdaderamente desesperante al cabo de un rato. Pero no debemos olvidar la situación de nuestro entorno.

Sería un grave error hacerlo.

Siempre que nos hemos reunido, hemos actuado de la misma forma. Hablamos poco y no es porque no queramos hacerlo. Simplemente de esa manera nos evitamos problemas. De todas formas, nos conocemos muchísimo y, cuando quedamos, preferimos que sea nuestra piel la que se comunique.

Nos queremos mucho, aunque los dos sabemos que no se trata de amor.

Es más bien cariño. Un profundo y sincero afecto. Sé que puede parecer frío; pero no lo es. Tanto para Hanna como para mí, sentirlo ya significa demasiado. Teniendo en cuenta que en este momento el amor es un valor en desuso y que, sinceramente, no creo que en todo el país quede nadie que se acuerde de lo que significa.

“¡Mierda de política! ¡Joder!”

A veces, me preocupa mucho olvidar cosas tan sencillas como esas.

—Psssss... —Hanna me devuelve a la realidad al emitir ese sonido. Abro los ojos y levanto la cabeza para comprobar que es ella la que me llama desde la puerta del baño, totalmente desnuda. Así que, tras suspirar, me levanto y me dirijo hacia ella.

Sin duda lo mejor de este hotel es la bañera. Mientras que he permanecido tumbado pensando, prácticamente en posición fetal y enredado entre las sábanas de raso, ha encendido velas y las ha colocado por todas partes. De hecho, he tenido que esquivarlas para llegar hasta la bañera y ahora mismo, estamos los dos sumergidos en ella. Está sentada entre mis piernas y mi abrazo le cubre los senos, mientras que apoya la cabeza sobre mi pecho.

Pienso que esta sensación tiene que ser la más parecida a la felicidad. El agua no puede estar más caliente y tengo que soplar para evitar que la espuma me cubra la nariz.

“¡Qué delicia!”

Hanna al notar mi grado de relajación emite una leve risita.

—Me parece curioso descubrir que tienes cierta afinidad con una mujer muy importante de nuestra historia —no consigue dejar de reír al hablar. —Me sorprende tu amor por esta bañera, ja, ja, ja.

—¡No me digas! Y, ¿puedo saber quién es? —le pregunto bastante perplejo, sin abrir los ojos y con la cabeza apoyada en el borde.

—Claro. Nuestra *Isabel de Habsburgo*<sup>[32]</sup> ¿No lo sabes? Hay una leyenda que cuenta que le encantaban las bañeras de este hotel, porque no son fijas. Se cree que por eso solía pasar algunas temporadas hospedada aquí. Hasta que en una de las ocasiones se descuidó e inundó las habitaciones de la planta inferior y tuvieron que hacer reformas para arreglar el estropicio, ja, ja, ja. Lo peor es que, entonces, se decidió cambiar el estilo de las bañeras, ja, ja, ja.

Es demasiado evidente que disfruta mucho riéndose de mí y la detengo en seco al sujetarle la barbilla para obligarla a besarme, a pesar de la incomodidad de la postura, a la vez que le levanto parcialmente el trasero para introducir uno de mis dedos en él. Ella vibra por entero y cuando considero que está lo suficientemente relajada, la sujeto por las caderas para introducirle poco a poco mi pene.

Pesa tan poco que no me cuesta nada subirla despacio para volverla a bajar suavemente, mientras grita con una mezcla de deseo y dolor. Me detengo para abrirla los muslos y mientras que la acaricio con una de mis manos, con la otra, aprieto sin consideración sus pezones alternativamente. De repente, y no sé por qué, necesito hacerle sentir mi fuerza ante la que ella gime cada vez más y más fuerte. Hasta que nuestra propia lujuria consigue hacernos gritar a los dos a la vez.

Tras unos momentos en los que todavía permanezco en su interior, a pesar de sus estremecedores suspiros, la abrazo con suma ternura y cierro los ojos. No sé por qué razón tengo el presentimiento de que esa es la última vez que la voy a ver.

Una vez, cuando era más joven, leí un párrafo que ahora mismo no consigo recordar de quién es y no es de extrañar después de la noche que llevo. No recuerdo cuáles eran las palabras exactas, más o menos, decía que “*Solo en los tiempos oscuros es cuando se puede apreciar la verdadera naturaleza de los hombres*”

En su día, aquellas palabras me impactaron, a pesar de que no entendí la profundidad que guardaba y en este momento no puedo más que lamentar que sean tan ciertas.

Somos el resultado de nuestra propia historia. De una decisión equivocada tras otra. Es más, me atrevo a decir que esto ocurre desde el principio de los tiempos.

Pero no soy capaz de proseguir hilando mis propios pensamientos, porque ahora es Hanna la que se desliza hacia arriba y hacia abajo sujetándose al borde de la bañera. Sabe la debilidad morbosa que siento por practicar el *verboten sex*<sup>[33]</sup> con ella. Muy a mi pesar, es la única persona con la que he sido capaz de no coartar mis instintos más primarios. Lo sabe desde siempre y pienso que ese es el motivo por el que cada vez se mueve más rápido y de forma más contundente, sin dejar de acompañar cada acometida con un grito profundo.

Hasta que consigo que me deje llevar y que vuelva a apoyar la cabeza en el borde con los ojos cerrados.

Sus movimientos son tan bruscos que me producen excitación y dolor a partes iguales.

Me deja sin respiración.

Y vuelvo a rendirme ante ella.

Es la única persona que tiene el poder de que me olvide de todo.

Las primeras luces del amanecer me sorprenden tumbado con ella en la cama. Apoyo mi cabeza sobre su estómago y la observo fumarse un cigarrillo en silencio, a la vez que acaricia mi pelo distraídamente mientras tiene la mirada perdida en el techo.

Su piel tiene un aroma especial e inconfundible. Por un lado, estoy encantado de que sea tan europea en sus gestos y costumbres. Hanna no tiene nada que ver con la mujer alemana de hoy en día. Ha cultivado en extremo sus modales y ha cuidado de manera extraordinaria su aspecto físico. No conozco a ninguna mujer que sea más femenina que ella y lo es hasta en los detalles más simples. Como por ejemplo, tiene una especial manera de apoyar la cabeza sobre su mano cuando piensa. En ningún momento deja de ser hermosamente delicada y sensual, y eso me fascina.

Me desconcierta el equilibrio perfecto que ha sabido encontrar, aunque en ningún momento dudo de que su vida continuamente esté en peligro. Su papel es fundamental de la misma manera que peligroso.

–Bastían...

–*¿Sag mir schön?*[34]

–Acabo de recordar que no te he felicitado por tu cumpleaños –al decirlo, tira de mi pelo para que levante la cabeza y la mire.

–No. No lo has hecho –consigo decir sin quejarme.

–Pues eso tiene arreglo –y me empuja para hacerme rodar, deslizándose hacia mi entrepierna.

“¡Menos mal que nos vemos poco!”

No puedo evitar pensarlo al sentirme tan agotado que no soy capaz de detenerla. Hasta que, de improviso, siento que me quema la piel con el calor de su aliento y cómo su lengua recorre por completo mi erección. Entonces, cierro los ojos y extendiendo los brazos apretando las sábanas entre mis dedos hasta que me duelen.

Unos suaves golpes en la puerta consiguen que poco a poco, y lentamente, regrese del más profundo de los sueños. Por un momento, no consigo recordar ni dónde estoy. Hasta que, de nuevo, los golpes logran que abra los ojos por completo.

Me envuelvo con la sábana, al ser lo primero que he pillado después de levantarme y echo un vistazo rápido por toda la habitación, a la vez que me acerco a la puerta y me doy cuenta de que Hanna no está.

Sé mejor que nadie que no le gustan las despedidas, pero había guardado en mi interior la esperanza de que esta vez fuera diferente. Así que no disimulo el mal humor al abrir la maldita puerta.

Lo he hecho tan rápido que he sorprendido al camarero de planta con la mano en el aire.

–Buenas tardes, señor. He venido a comunicarle de que ya es la hora. Dejó usted en recepción el aviso de que le despertáramos a la una del mediodía. Me han enviado para notificarle que ya es la hora, porque nos ha sido imposible comunicar con usted por teléfono. –El pobre hombre no disimula el apuro por realizar lo que le han ordenado, mientras intenta con insistencia poder visualizar por encima de mi hombro el estado de la habitación. Y es cuando caigo en la cuenta de que se me olvidó volver a colgar el auricular.

–Muchas gracias. Puede usted estar tranquilo y comunicarle a su superior que ya estoy despierto. –Intento ser amable a pesar de que no tengo ganas de serlo.

–¿Va usted a bajar a comer? ¿Le reservo una mesa en el comedor?

–No, gracias. Comeré en la habitación –al decirlo, introduzco un billete entre sus dedos antes de cerrar la puerta y de apoyarme en ella unos instantes.

Tengo que ordenar mis pensamientos y conseguir pensar con coherencia.

Sé por experiencia que el amanecer después de pasar una noche con Hanna siempre me resulta extremadamente agotador y difícil. Ella tiene el mismo efecto en mí que si me hubiera absorbido, balanceado salvajemente y expulsado hacia el espacio exterior la potencia brutal de un tornado.

Aun así, una fuerza superior a mí, me empuja a no dejar de hacerlo a pesar de que todavía sigo teniendo la misma extraña sensación de que no voy a volver a verla más y ese pensamiento consigue derribar mi estado de ánimo hasta el mismo sótano de este hotel.

No soy persona de muchos amigos. A estas alturas por fin he comprendido que es así; aunque duela.

Realmente, ahora que lo pienso, solo he tenido dos amigos en mi vida. Hanna y Salomón y eso, porque no puedo contar a mi hermana pequeña, Martha. Aunque en su caso, más que hermana fuera una gran amiga.

Por momentos, el pesar me embarga y camino cabizbajo hacia el sillón. No sin antes, reavivar el fuego de la chimenea. No hace falta que me asome por la ventana para saber que se trata de una fría y nublada mañana de diciembre. Así que, tras conseguir que las llamas cobren fuerza, doy una vuelta para encontrar mis calzoncillos largos y el pantalón. Lo primero que tengo que hacer es darme una ducha y vestirme. Mientras tanto, intento localizar el paquete de tabaco que seguramente me habrá dejado en algún sitio.

Después de dar varias vueltas sin éxito, me encamino al baño. Al mirarme en el espejo, observo impasible la imagen desmejorada que me devuelve mi reflejo y me resulta demasiado evidente que me hace feliz percibir en mi mirada un leve destello distinto, y esto se lo debo a Hanna. Hace tanto tiempo que siento que mi cara es una máscara, que no puedo evitar sonreír al pensar en la perturbadora manera que tiene mi amiga de animarme.

Y con esa sensación, me meto en la ducha.

Al cabo de un rato salgo de ella reconfortado. La verdad es que es lo mejor que he podido hacer. Desde que era un niño, una simple ducha para mí siempre ha tenido el mismo resultado que meterme dentro de una cabina hermética en donde el agua fluye cargada de partículas renovadoras. Es un pensamiento un tanto extraño, pero al fin y al cabo cuando tenía esa edad mis libros favoritos eran los de *Julio Verne*.

El servicio del hotel raya absolutamente en la perfección. El día anterior, cuando saludé a mi padre y pedí la llave en recepción, ni siquiera advertí que cogían mi escaso equipaje. Viajo con pocos bultos. Es una costumbre, digamos, espartana y su explicación es la comodidad. No me gustan las ostentaciones y considero que me sobra justo con lo necesario. Cuatro camisas, un par de corbatas, tres calzoncillos largos de lana, tres camisetas interiores, seis pares de calcetines y, por supuesto, mi bolsa de aseo. Un accesorio imprescindible, puesto que debo estar siempre escrupulosamente afeitado y aseado.

Por eso pienso que es digno de admiración encontrar un lugar con unas pautas de atención tan extremas y me di cuenta enseguida, al ver mi maleta abierta sobre la cama nada más entrar en la habitación. Me maravilló comprobar que habían colgado mis camisas en el armario, cuando me quitaba las botas y los calcetines.

Así que ahora que, por supuesto, no me he acordado de coger el estuche de aseo, no puedo más que sonreír de satisfacción al abrirlo para coger el jabón de afeitar y la brocha, porque estoy desnudo y no tengo ganas de salir del baño.

Hay tanto vapor que me resulta imposible observarme en el espejo, cuando de repente, y para mi asombro, observo que del cristal emergen unas palabras.

“17:00h. *C. Jardín Inglés*”[35]

Me altera un poco comprobar que se trata de la letra de Hanna. Es la primera vez que lo hace y tomo conciencia de la importancia que tiene para ella mi reunión. Me pone de mal humor sentirme obligado a ir cuando no tengo ganas.

Hace tiempo que perdí la fe y por mucho que ella quiera demostrarme que estoy equivocado, no me queda ni tiempo ni voluntad.

Rápidamente enjabono el cristal con el gel y lo froto con fuerza para borrar cualquier indicio. Aun así, vuelvo a abrir el grifo y a dejar correr el agua caliente para verificar que del vaho no resurge nada.

Después de confirmar varias veces que puedo estar tranquilo, regreso a la sala y es cuando me he dado cuenta de que el paquete de tabaco ha permanecido todo el rato sobre la pequeña repisa de mármol de la chimenea. Lo que no hace más que confirmarme que, precisamente, hoy no es buen día para reuniones. Estoy demasiado

disperso. Aunque la reunión sea con una persona importante y que puede conseguir darle un giro a mi carrera.

—Eso todavía me preocupa más —y no me doy cuenta de que expreso mi pensamiento en voz alta, a la vez que me siento en el sillón. —Necesito poder pensar con coherencia. —“¡Otra vez! ¡Lo he vuelto a hacer!” —y suspiro desesperado antes de darle una calada al cigarrillo.

Siento el aroma de Hanna por todas partes y es algo que me atormenta bastante. Son demasiados los recuerdos por acallar. Precisamente, estar con ella me debilita. Por eso, quizás, para alejar de nuevo esa sensación, me levanto decidido hacia el teléfono para pedir la comida. Estoy hambriento. Algo muy normal después de estar con Hanna. Muchas veces he pensado que esa mujer es capaz de vivir del aire. De hecho, creo que la he visto comer en muy pocas ocasiones y es algo que me preocupa. Más aún, porque cada vez que he tocado el tema se ha limitado a reír.

Puedo comprender hasta cierto punto su obsesión por el físico. Ya que de por sí, la mujer alemana tiene tendencia a estar *metida en carnes*, pero no deja de parecerme una manía que roza la obsesión. Y tengo que reconocer que en esta ocasión me ha parecido verla más escuálida que nunca.

“¡Dios! ¿Por qué esta mujer me sacude por entero?”

Sé que es una batalla que tengo perdida de antemano y que no puedo evitar luchar contra ellos. Es muy difícil acallar la voz de los recuerdos, aunque lo intente una y otra vez.

Lo que me lleva a pensar de nuevo en que es imposible huir de nuestro demonio interior.

“¡Daría lo que fuera por sentir un poco de paz!”

“¡Qué barbaridad! ¡¿He dicho paz?!”

Ni siquiera puedo recordar el significado de esa palabra y no deja de parecerme una paradoja precisamente por eso.

Soy un Teniente de Navío de la Kriegsmarine[36]

Así que no entiendo cómo la puedo añorar de esa manera cuando realmente nunca la he conocido. Simplemente, he vivido un espejismo de ella. Al pensar en eso, me encamino hacia la ventana a la vez que me abrocho los tres últimos botones de la chaqueta del uniforme. Para mi sorpresa, se está desencadenando una auténtica ventisca de nieve en el exterior.

“Hoy no va a ser posible la reunión” pienso, al comprobar que realmente no va ser factible y, mucho menos, porque el lugar acordado es un parque enorme.

En este mismo instante es cuando el sonido del teléfono me hace reaccionar.

—*Hallo, guten tag. Mein name ist Bastián Krumm*[37] —al hablar intento que el tono de mi voz suene lo más natural posible, a pesar de que me sorprende la llamada porque no espero ninguna.

—A las cinco en el lobby del hotel. —Se trata de una profunda voz masculina con un fuerte acento que, sin duda, es del norte. No espera respuesta y cuelga.

Cuelgo también y no puedo evitar ponerme nervioso al desenroscar los auriculares del teléfono para comprobar que realmente no hay nada y eso que, con esta, ya lo he hecho cinco veces.

Empieza a convertirse en una obsesión y es algo que me enerva hasta el infinito.

Prefiero mil guerras a esta cruel sensación de inseguridad.

Algo que sin duda potencian con verdadera maestría las mentes que pretenden el poder. No existe nada más contundente que demostrar que la única forma de poder vivir tranquilos sea a través de ellos y esto lo sabe manejar de forma magistral el mayor *hilflos*[38] de nuestra historia.

“¡Enfermo mental de los cojones!”

Por más que lo pienso, no consigo encontrar una explicación para algo que en resumidas cuentas no la tiene y no será porque no me he esforzado durante años en hacerlo.

No consigo asimilar que un retrasado pueda al final salirse con la suya y hacer creer a toda una nación que realmente es el elegido.

“¡¡Por Dios!!”

Si en la Gran Guerra no pasó de ser cabo y en ningún momento ha demostrado dotes de genialidad. Lo único destacable no deja de ser que no se trata más que de un sanguinario oportunista que ha sabido estar en el sitio idóneo en el momento apropiado. Simplemente, se ha limitado a hacer la misma función que un *mistkäfer*,[39] es decir, hacer un discurso fácil entre toda la mierda que puede segregar un país después de una guerra. Sobre todo cuando es el causante de ella por un indómito y absurdo ideal imperialista.

El gran discurso, que según la opinión pública tiene, se basa en gritar a los cuatro vientos lo que todo el mundo necesita oír en una cruel postguerra, porque fluidez oratoria tiene. Eso, sí.

“¡Sin duda tiene la lección bien aprendida el cabrón!”

No deja de ser inconcebible el hecho de que una nación entera termine por creerse que una raza determinada sea la causa de su perdición. En mi opinión, lo que realmente consigue hacerlo más extraordinario aun, es la capacidad para dominar la situación y saber a qué apelar para llegar a convencer a todo el mundo de que forman parte de una raza superior.

“¡¡Es maquiavélico!!”

¡¡*Rassistischen müll!!*”[40]

Unos golpes en la puerta me hacen regresar de mis elucubraciones. Antes de abrirla, compruebo con un rápido vistazo que no hay nada a la vista que pueda ser comprometedor. Sin duda, tiene que ser el camarero con el carro de la comida.

Y, efectivamente, así es.

Le abro la puerta y lo dejo pasar. Se dirige directamente hacia el sillón y detiene el carro delante de él. Tras indicarle que no es necesario que me sirva, observó que echa un vistazo y detiene sus ojos en la champanera. Así que, antes de retirarse, la recoge junto con las copas y espera pacientemente su propina.

Cuando por fin me quedo a solas, me dirijo directamente hacia el carro. Estoy hambriento, pero los modales son los modales. Así que me siento y, con ademanes contenidos, destapo los platos para disfrutar con su olor. Mis papilas gustativas se dejan invadir por el sabroso sabor del succulento *gulasch mit kartoffeln*,[41] *con chucrut*[42] de guarnición. No he podido remediar pedirlo. Sé que con esto poco de gula cuando vivo en un país sacudido por la hambruna, pero hace tiempo que no como de esta manera a pesar de que soy un oficial. La verdad es que la cocina de un buque de guerra no está precisamente reconocida por su exquisitez.

Por un momento, dejo de pensar al cortar el pan de trigo y centeno que parece recién hecho y cierro los ojos cuando lo acerco a mi nariz para olerlo con ansiedad.

“¡¡Qué manjar!!”

Después de dar cuenta de todo, todavía, queda lo mejor para el final y tras darle el último trago a mi *dunkel*[43] suspiro feliz, porque voy a disfrutar como un niño de mi *strüdel*[44] de manzana, adornado con azúcar glas y canela.

Dejo la servilleta sobre la mesa con el último bocado y me reclino en el sillón. Por un momento, siento un poco de preocupación, porque estoy demasiado lleno y normalmente suelo ser muy frugal en mis comidas. No existe ninguna razón para eso. Simplemente, es mi carácter. Estoy convencido de que con lo necesario para funcionar bien ya es suficiente y de que con los excesos solamente se consigue vivir abotargado, como más de uno que conozco.

Al pensar en esto, no soy capaz de percibir que estoy entrando en una agradable sensación de sopor, a pesar de que hago verdaderos esfuerzos para que los ojos no se me cierren.

Me resulta inútil.

En uno de esos parpadeos veo perfectamente su carita. Se trata de un óvalo perfecto que enmarca unos ojos grises que destellan al mirarme. Entonces, veo como mis dedos apartan un mechón de rizos de su frente, pero... “¡No puede ser! ¡¡Mis dedos son los dedos de un niño!!”

—No te asustes dünn[45]... —y justo en ese momento, me despierto por mis propios gritos, sudoroso y jadeante. Hacía mucho tiempo que no la sentía tan viva. Es terrible el poder de la mente y cómo te hace vivir algo que es imposible.

“¡Madre mía!”

Realmente sí que me ha aflojado estar con Hanna. Lo peor es que ahora no sirve de nada lamentarse porque sé que, si regresara en este instante, repetiría cada segundo de la noche pasada.

“¡Ahora no es momento para esto!” y me levanto con decisión. No se trata más que una torpe reacción para eludir lo inevitable. Lo sé.

Así que me dirijo al baño para asearme antes de bajar a tomarme un café. Tengo una cita y sé que es con mi destino.

Al abrirse la puerta del ascensor me sorprende el ambiente tan cálido que se respira en el *lobby* del hotel. Realmente parece la imagen de un club social. Las personas que permanecen sentadas charlan amigablemente como si sus vidas se desarrollaran paralelamente a una realidad demasiado cruel. Así que, después de permanecer unos segundos sin moverme, reanudo mis pasos en dirección a la mesa en la que he visto a dos perros tejoneros color canela sentados sobre uno de los sillones y a su lado, permanece sentado un caballero vestido de calle que me da señales inequívocas de que se trata de un militar.

Lo que más me impacta al acercarme, es su mirada. Esos ojos que me escrutan de la misma forma que si me taladraran, son los de *Wilhelm Franz Canaris*<sup>[46]</sup>.

Permanezco unos segundos en pie tras efectuar mi saludo, mientras me recorre con la mirada sin inmutarse. Me siento seguro, porque sé que mi aspecto es inmejorable y a eso contribuye que la naturaleza ha sido generosa conmigo. Soy un hombre alto, de espalda ancha y de cultivadas maneras. Represento la viva imagen que busca el ejército alemán y por eso, quizás, no llego a comprender del todo su expresión de apatía. Aun así, en ningún momento esquivo sus ojos. No se trata de un gesto desafiante por mi parte, sino por todo lo contrario. No lo hago, porque no puedo dejar de hacerlo. Mi intuición me dice que ese hombre bajito que está sentado delante de mí realmente va a desempeñar un papel muy importante en mi vida.

Entonces, y para mi sorpresa, hace un gesto que puedo catalogar como una media sonrisa y me indica que me siente en el sillón de al lado.

Al sentarme, detengo la vista unos instantes en los perros y me doy cuenta de que están muy bien cuidados al observar el lustre de su pelaje y la calidad de sus collares. Me llama la atención que, a pesar de estar desatados, no hagan el más pequeño ademán de moverse. Se limitan a tener los hocicos apoyados en las patas delanteras y a devolverme la mirada.

No puedo más que buscar el motivo del porqué ha decidido efectuar una acción tan arriesgada y ha tenido la osadía de querer que nos reunamos aquí, precisamente en un sitio en el que estamos rodeados por un sinfín de ojos mal intencionados.

—Lección número uno: Tiene que dominar la situación en todo momento. A pesar de estar rodeado o sometido por el enemigo. Usted siempre debe tener la última palabra. —Su voz es profunda y habla de forma pausada, de la misma forma que si masticara las palabras y sin apenas mover el labio superior. No disimulo mi expresión de sorpresa, porque me ha dado la sensación de que es capaz de leerme la mente.

—Bien, tengo que marcharme ya. Lo que he venido a hacer, ya lo he hecho. —Nada más decirlo, se pone en pie y acaricia a los perros antes de ponerse el abrigo. — Me acaban de nombrar Jefe del Estado Mayor del Mar del Norte —y extiende su mano para apretar la mía. —Tendrá noticias mías mañana. Debe permanecer en el hotel hasta que me ponga en contacto con usted.

Por mi parte, tan solo me limito a devolverle el apretón de manos y a hacer un gesto seco con la cabeza. Tras el cual, se encamina con paso decidido hacia el exterior. Lo observo unos segundos antes de volver a sentarme, sin dejar de sentirme incómodo por la sensación que tengo de que mil ojos están fijos en mi nuca. Entonces, para disimular mi nerviosismo, llamo al camarero para que me sirva otro café a la vez que abro el periódico que está sobre la mesa.

Entre sorbo y sorbo aparento que leo, cuando no lo hago. Necesito pensar o por lo menos intentarlo.

Cuando Hanna me habló de él, en ningún momento me detuve a pensar en cómo sería. Es de cajón que después de toda la historia militar que tiene a sus espaldas y, a pesar de que tendrá como mucho unos cuarenta años, se trate de una persona con grandes cualidades. La verdad es que no lo esperaba así. Tengo que admitir que me ha impresionado y no será porque no estoy acostumbrado a tratar con altos mandos militares, de hecho soy hijo de uno de ellos.

No, no es por eso.

Este hombre tiene una caladura diferente y especial. Soy consciente de que Hanna ha insistido motivada por la preocupación que siente por mí y, la verdad, es que no puedo quitarle la razón. Cada vez me cuesta más esfuerzo mantener la máscara, teniendo en cuenta que en este momento la situación a mi alrededor se va poniendo más y más rancia.

Sé que si no consigo reaccionar, estaré muerto antes de terminar de pensarlo y no se trata de que le tenga miedo a la muerte. No. He nacido y crecido rodeado por ella al ser un niño de la postguerra.

La cuestión es que me gustaría encontrar algún sentido a todo este despropósito antes de morir, si es que lo tiene.

Bien, lo primero es lo primero. Tengo que analizar lo que acabo de presenciar:

\*Me he encontrado con una persona que, a pesar de ser un alto mando, no lleva uniforme.

\*Sus modales son agradables y cordiales aunque, no por eso, he dejado de percibir que se trata de un lobo con piel de cordero.

\*No me ha devuelto el saludo militar y esta actitud me dice que se siente lo suficientemente fuerte como para no hacerlo, a pesar de que estamos rodeados por militares y agentes de la SA, más todo el personal de defensa, o sea, espías vestidos de calle.

\*Un detalle importante que no quiero que se me escape, es la relación cariñosa con sus perros. Siempre se ha dicho que la persona que es amable con un animal, es de confianza, pero he tenido algún compañero cadete que se ha deshecho con mil atenciones con algún gato herido en el pantalán del muelle y sin embargo, ha demostrado la más cruel inquina con su propio compañero motivado por la envidia y los celos.

Y todo esto me lleva a la conclusión de que la solución milagrosa a mis problemas no existe. Aunque como soy militar, se supone que debo dominar un poco el factor de la estrategia y con esto quiero decir que no me queda otra que observar y esperar el desarrollo de los acontecimientos, intentando ver un poco más allá.

No deja de ser una lástima. Prefiero mil veces el combate cuerpo a cuerpo a tener que enfrentarme a una espiral psicológica sin sentido.

Así que con esta extraña revelación, cierro el periódico y me levanto.

Hace tan mal día que no tengo más remedio que volver a mi habitación. El runrún y las risas de las conversaciones que se desarrollan a mi alrededor me están provocando dolor de cabeza. Por eso camino en dirección al ascensor sin levantar la mirada de la moqueta. Es la forma en la que evito tener que mantener alguna insulsa conversación de cortesía.

No me apetece para nada.

Muy a mi pesar, no lo consigo del todo al tener que esperar que se abran las puertas del ascensor junto con una pareja de ancianos y un hombre totalmente vestido de negro. Para mi desesperación, la boca de la anciana no se cierra ni para tomar aire entre palabras. Mientras que tanto su esposo como yo, nos limitamos a asentir con una mueca en el rostro.

Sin embargo, el comportamiento del hombre despierta mis alarmas al detectar algo extraño. Se mantiene en silencio a mi espalda sin quitarse el sombrero y noto cómo su mirada está clavada en mi nuca. A pesar del parloteo incesante, cierro un instante los ojos para conseguir notar la presión de mi Luger en el costado y los vuelvo a abrir tranquilo, al comprobar que está en su sitio.

Soy consciente de que, a pesar de ser un soldado, todavía no he matado a nadie, pero es un detalle que no me preocupa. Me he preparado bien durante la instrucción, de hecho la acabé con menciones de honor. Así que me siento capaz y dispuesto para lo que sea.

Y justo en este momento, se detiene el ascensor y detecto que el extraño se mueve para salir. Al hacerlo, no puede evitar rozarme por la falta de espacio en el habitáculo y me doy cuenta de que parece mi hermano gemelo. No solo coincidimos en peso y en altura, sino que también sus ojos son del mismo color y hasta camina igual que yo.

La verdad es que estoy tan perplejo que no sé si consigo disimularlo. Menos mal que, para mí tranquilidad, la señora en cuestión sigue a lo suyo y que su abnegado esposo solo tiene ojos para ella. Por eso suspiro aliviado cuando el ascensor reanuda su marcha.

Cuando bajo del ascensor, no puedo evitar sentir la sensación de que unos ojos me observan cuando camino hacia mi habitación, a pesar de que sé que el desconocido no está en mi planta. No por eso lo hago más rápido, sino que doy paso tras paso con lentitud y finjo que centro mi atención en la belleza de las molduras

del techo, al tiempo que voy acercando la mano hacia mi pistola con disimulo.

Una vez en el interior de la habitación, empiezo a desabrocharme los botones de mi chaqueta con más tranquilidad, después de comprobar que no hay nadie más que yo y me agrada darme cuenta de que el servicio de habitaciones ya la ha limpiado. No queda rastro de nada, ni del carro de la comida, ni de las velas que Hanna colocó amorosamente por todo el baño y eso me entristece. Sin embargo, y a pesar del olor de los desinfectantes, aún soy capaz de apreciar su aroma.

Me acerco a la ventana con claros síntomas de cansancio. No sé por qué me ocurre esto, si es solo cuando me salgo de mis horarios o quizás sea por la saturación que siento de emociones.

Tampoco me ayuda mucho la imagen que veo a través del cristal. Según me ha comentado el camarero cuando me servía el café, no se recuerda una tormenta de ventisca de estas proporciones, y tiene toda la razón. La ciudad parece un páramo helado y deshabitado. Aun así, todavía refuerza más esa sensación desolada, el hecho de que no pueda apreciar más que unas pocas luces más allá de esta amplia avenida. Tengo la impresión de que si en Múnich existen cinco mil bombillas, cuatro mil están en esta calle.

La postguerra le está pasando una sangrante factura a esta nación y ese es el motivo de que el país entero se estremezca entre convulsiones y protestas. Si intento hacer marcha atrás en el tiempo, no voy a encontrar ningún recuerdo en el que las calles no estén saturadas de gente gritando a pleno pulmón que se muere de hambre. Situación que no han dejado de aprovechar los líderes políticos extremistas, tanto de derechas como de izquierdas, para masacrarse mutuamente a través de sus propias organizaciones paramilitares, que de la misma forma que auténticos brazos ejecutores no han dejado de asesinar impunemente.

Para mí, quizás, la más sangrienta sea la SA. El brazo armado del *NSDAP*, el partido Nacional Socialista, en la que precisamente este año han tenido la genial idea de poner a su mando a *hilflos*,<sup>[47]</sup> el imprevisible.

“¡Jamás pienso pronunciar su nombre!”

Antes de hacerlo, seré capaz de consentir que me tuesten a la barbacoa, que corten cada uno de mis miembros, que me dejen sin lengua, que me quiten los ojos y me reduzcan a una sola ceniza para, a continuación, recomponerme y empezar de nuevo otra vez.

Pasaría por todo eso..., antes de nombrarlo.

“¡*Mein Gott!*<sup>[48]</sup> ¡*Verrückten fan!* ¡*Verdammt braunem!*!”

No puedo más que encoger los hombros al embargarme la misma sensación de impotencia de siempre, así que después de mover los troncos para avivar la chimenea, me tumbo en la cama sin dejar de divagar sobre el tema hasta que me duermo.

Caigo en un profundo sueño en el que se superponen unas imágenes con otras y cada vez respiro con más dificultad por el estrés que me produce. Hasta que llega un punto en el que me agito e intento levantarme, porque realmente no respiro. De la misma manera que si fuera una absurda pesadilla, tomo conciencia de que alguien está tapándome la cara con una almohada con mucha fuerza, tanta, que me parece que de un momento a otro se me va a romper el tabique nasal.

Me retuerzo desesperado para apartar la presión y cuanto más lo hago, más me ahoga, hasta que empiezan a pitarme los oídos.

“¡Dios! ¡No puedo respirar!”

Pataleo y braceo con todas mis fuerzas. Hasta que en un momento determinado, me detengo. Es pura estrategia. Si mi agresor piensa que estoy muerto, soltará la almohada, aunque sea para pegarme el tiro de gracia. Así que con una inmensa sangre fría, me mantengo totalmente inmóvil.

Tras unos segundos, que me parecen eternos, siento como me libera de la presión y le asesto un rodillazo en toda la entrepierna antes incluso de que le dé tiempo a darse cuenta y de que me apunte con el arma. Instante que aprovecho para incorporarme con agilidad para tirarlo al suelo y caer sobre él. Pero, no sin primero agenciarme su pistola. En una milésima de segundo, decido no disparar por el ruido, a pesar de que tiene el silenciador. Me limito a sentarme sobre su abdomen y a propinarle golpes en la cara y en la cabeza con la culata hasta que me duele el brazo.

La sangre comienza a salpicarlo todo, pero no me detengo.

Y contra todo pronóstico, cuando ya empiezo a parar por el cansancio, me agarra con fuerza por la muñeca y la dobla. No puedo evitar gemir de dolor cuando me clava las uñas en la cara con la otra mano.

Está claro que es un hombre fuerte y que está bien entrenado.

Empiezo a sudar copiosamente por el esfuerzo. Tiene tal determinación que acaba por tumbarme y ahora estamos los dos en el suelo sin dejar de propinarnos patadas.

Recibo golpes por todas partes y, aun así, no dejo de agradecer que vaya descalzo. Si llevara las botas y a me habría tumbado.

Después de pegarme una patada en la mandíbula, me ha forzado a mirar hacia otro lado y, gracias a eso, he podido ver mi pistola sobre la mesita que hay al lado del sillón.

“¿¡Cómo puedo ser tan poco previsor!?”

Siempre duermo con la pistola bajo la almohada. Al final va a ser verdad que hoy estoy muy distraído y no me he dado cuenta de que me tumbaba sin ella.

“¡Madre mía! ¡¡Qué desastre!!”

Entonces, tomo una decisión y después de pegarle con todas mis fuerzas una patada en el pecho, me giro para arrastrarme todo lo rápido que puedo hacia ella. Resulta ser una maniobra inútil y le pongo en bandeja la única alternativa posible. El desconocido, casi sin respiración, aprovecha la situación y cae sobre mí sin dejar de darme puñetazos en los costados.

“¡Qué dolor! ¡Qué cabrón!”

Pega y pega sin parar, y no por eso dejo de arrastrarme por la alfombra con él sentado a horcajadas sobre mis riñones.

No me detengo ni aun cuando mi estómago reacciona con una arcada tras otra, hasta que consigo llegar a coger una de las patas de la mesilla y la zarandeo para provocar su caída. Observo que mi pistola no ha caído lejos de mí, y no quepo en mi asombro. Así que, en un último intento, alargo el brazo hasta que consigo rozarla con la punta de los dedos, mientras mi agresor no deja de atormentarme con un puñetazo tras otro.

Resulta ser un esfuerzo inútil, porque no consigo cogerla.

Hasta que llega un momento en el que siento tal furia e impotencia que cojo el florero de fino cristal de bohemia y lo lanzo por encima de mi cabeza para intentar estampárselo contra su cara, a pesar de estar de espaldas.

Es una maniobra totalmente sujeta al azar, ya que no puedo ver exactamente hacia dónde apunto, pero a mi favor tengo que está totalmente embargado por su propio frenesí dándome golpes sin parar.

Mi sorpresa es brutal cuando la suerte me favorece y siento como cae hacia un lado sujetándose el rostro entre las manos. Le he dado de lleno. Momento que aprovecho para recoger mi pistola y, ya en pie sudoroso y jadeante, le apunto directamente a la cabeza. Una acción que ignora por completo y continúa retorciéndose en el suelo de dolor.

Hay sangre por todas partes.

Lo observo atónito por unos segundos, porque al mirarlo bien, me doy cuenta de que se trata de la misma persona extraña del ascensor.

Hasta que justo cuando estoy a punto de apretar el gatillo, se abre la puerta de la habitación y entran abruptamente cuatro desconocidos con la misma indumentaria del que está en el suelo. Rápidamente se dirigen hacia nosotros y uno de ellos, me propina un puñetazo al llegar a mi altura y me hace caer casi sin sentido.

Antes de perder el conocimiento del todo, puedo oír el sonido de dos disparos y con mucho esfuerzo, intento incorporarme para poder ver cómo uno de ellos le atiza un fuerte golpe en el rostro con una pala que lleva. No soy capaz de reaccionar y, para colmo, el impacto del golpe de otra patada termina por derribarme.

Me siento desvanecer en la espesura infranqueable de un abismo, en el que caigo de la misma forma en la que podría hacerlo si me hubieran arrojado a un pozo sin fondo. Tengo flashes puntuales, por lo menos de los primeros momentos, y antes de notar el pinchazo de una aguja en mi cuello.

Todo es absolutamente extraño.

En un primer momento nota cómo me quitan el uniforme y me ponen otra ropa antes de taparme la cabeza con una tela negra. Seguidamente, me sostienen entre

dos para poder trasladarme.

No consigo abrir los ojos y a través de una espesa neblina que nubla mi mente, me doy cuenta de que mis pies rozan una cantidad interminable de escalones, hasta que una bocanada de aire helado me sacude antes de que me inclinen la cabeza para meterme en el interior de un coche.

En ese momento, siento una aguja atravesarme la piel del cuello y es cuando realmente desaparezco para entrar en el infierno.

Frío, un frío intenso.

Lo siento hasta tal punto que me ha despertado. Soy incapaz de dejar de tiritar.

“¡¡Estoy desnudo!! ¡Por Dios!”

Intento moverme a la desesperada; pero no puedo. Estoy atado a una silla por las muñecas y los tobillos. Durante unos segundos, antes de entrar en barrena arrastrado por el pánico, me agito para soltarme y lo único que consigo es caerme de bruces contra el suelo húmedo después de balancear la silla.

“¡Joder, qué frío! ¡Seré idiota! ¡¿Será posible que me haya dejado atrapar por unos sanguinarios hijos de puta?! ¡Esto es el colmo!”

—¡Hombre! ¡Se ha despertado la bella durmiente! —oigo una voz desagradablemente nasal y estridente.

—¡Vamos Franz! ¡Ayúdame a levantarlo que empieza el baile! ja, ja, ja. —El sonido de esas risas me encoje el estómago, a la vez que me levantan bruscamente para dejarme caer con la silla de nuevo.

—Tienes que estar sediento. ¡Franz trae agua! —grita y pienso que la situación se va a poner peor por momentos. Aun así, no digo nada. Me mantengo en silencio, a la par que el desgraciado tira de mi pelo para empujarme la cabeza hacia atrás, a pesar de que todavía llevo puesta la tela negra y no veo nada. —Demasiado guapo para ser cierto o ¿eres guapa y nos estás tomando el pelo? ja, ja, ja. —Su risa me produce pequeños ecos repugnantes, asquerosos y repulsivos en mis oídos y, de pronto, siento el impacto del agua helada que me acaban de tirar con un cubo. Lo sé por el sonido metálico que emite al dejarlo caer al suelo.

—Bien, princesa. Nos vas a decir todo lo que queremos saber. Sí o sí —lo dice con la boca pegada a mi oído y al mismo tiempo que noto que me colocan unos cables por todo el cuerpo, a pesar de que el agua se derrama por mi cuerpo hacia el suelo empapando mis pies descalzos.

—¿Bailamos? —me pregunta y, antes de darme tiempo siquiera a pensarlo, sufro una lacerante descarga eléctrica que me recorre por entero y me da la sensación de que me parto en dos.

“¡El dolor es brutal! ¡¡Ahhhhhh...!”

Pero, no grito. Me limito a jadear para no perder el conocimiento.

“¡Gentuzal!” es lo único que me da tiempo a pensar, antes de volver a sentir otra desgarradora descarga, pero esta vez resulta ser más intensa y duradera, tanto, que vuelvo a caer de lado de nuevo.

Me retuerzo en el suelo empujado por la fuerza de ese dolor descomunal entre escalofrantes espasmos, al mismo tiempo que caigo en la cuenta de un detalle que consigue paralizarme la sangre.

“¡¡No me ha hecho ninguna pregunta!!”

Aun así, esa infame descarga continúa aumentando en crecientes oleadas hasta ser tan insoportable que me desmayo.

La oscuridad de nuevo.

Aunque esta vez, se trata de una extraña penumbra que poco a poco se abre y me deja ver que estoy en mitad de una calle.

“¡¡No puede ser!!” exclamo en mi interior, al darme cuenta de que se trata de la calle donde está mi casa, de que es mi pueblo, y no puedo dejar de dar vueltas sobre mí mismo para comprobarlo.

“¡¿Estoy muerto?!”

Observo el cielo y el sol no puede ser más radiante. Algo que no es normal al ser nuestro clima tan frío y húmedo, pero me da igual. Estoy eufórico y emocionado.

“¡¡Estoy en mi casa!!”

Así que disfruto recorriendo con la vista las pequeñas imperfecciones de los adoquines del suelo. La panadería de la esquina del señor Lenz y cierro los ojos para poder sentir el olor del pan recién hecho, antes de volverme para enfrentarme con la imagen de la entrada de mi casa.

Me dirijo hacia la escalera de madera que da acceso a la puerta y acaricio el pasamano como si fuera la primera vez que lo veo. Recorro con mis dedos cada pequeño recoveco de su grabado y observo que no está la marca que le hice al caerme con los patines. Eso me hace tomar conciencia y, al mirarme, me doy cuenta de que soy un niño. Este hecho me hace reaccionar y me tengo que sentar en el primer escalón al temblarme las piernas por la emoción.

Al levantar la vista, me topo con unos ojos negros increíblemente vivaces. Son los de un niño que está parado delante de mí, que me mira con ojos de curiosidad y sonriendo. Tiene el pelo del mismo color que los ojos y es tan rizado que, a pesar de llevarlo corto, se le ensortija sobre la frente destacando por encima de todo su nariz.

Lleva puesto un abrigo de paño gris y pantalones cortos por la rodilla del mismo color, una bufanda y un gorro de lana.

—¡Hola! Me llamo Salomón y soy tu nuevo vecino —al hablar, señala la casa que está adosada a la mía y su sonrisa es tan amplia que me asombra comprobar la blancura de sus dientes.

De repente, un chorro helado de agua me atrae hacia la realidad. Esta vez no se trata de un cubo y de eso me doy cuenta por la fuerza con que me golpea, y no se acaba.

—¡Señorita! ¡Se está perdiendo usted el baile y eso no puede ser! ja, ja, ja.

“¡Será cabrón! ¡Hijo de puta!”

Es lo único que pienso a pesar de que prácticamente me está ahogando. Puedo decir que aunque se trata de agua, cuando te golpea con esa presión produce el mismo dolor que si te vapulearan, es decir, como si te pisara una manada de elefantes.

“¡¡Ahhhhhhh!! ¡No lo soporto!”

Pero, no digo nada. No grito. No hablo.

Nada.

Se ve que mi actitud los desespera de una forma extraordinaria, porque han cortado el chorro y me han vuelto a levantar otra vez con silla y todo.

—¡Cómo sois las mujeres! ¡Se me ha olvidado que lo que más os gusta son las caricias! —y nada más decirlo me pega el primer puñetazo.

“¡Joder! ¡¡Este loco me va a matar!!”

—¡Habla! —grita a la vez que me golpea la cara, la cabeza, el abdomen y entre las piernas. Está tan cerca que lo oigo resoplar por el esfuerzo, hasta que le pide al compañero que siga él.

Para mi desgracia, salgo perdiendo con el cambio. El compañero tiene una fuerza extraordinaria y con el primer gancho directo a mi mandíbula, me deja fuera de combate, es decir, me vuelvo a desmayar.

Otra vez..., otra vez.

Me debato entre una neblina cargada de confusión y un dolor desgarrador. No soy capaz de especificar el tiempo que transcurre durante esta macabra experiencia. No sé si se trata de días, semanas, meses o quizás tan solo unas horas. De lo que sí estoy seguro, es que me llevan al límite de mis fuerzas y de que, justo en este momento, no soy capaz de volver del abismo.

De hecho, no siento nada.

No sé si estoy vivo o estoy muerto.

Nada tiene sentido.

Hasta que, de nuevo, se abre paso en esta profunda oscuridad el brillo de esa luz extraña y, después de parpadear por su intensidad, oigo una voz que me llama.

–¡Dünn! ¡Dünn![49] ¡Madre te llama! –es la voz de Martha, mi hermanita, que me ha pillado jugando en la calle con Salomón y Hanna.

–¡Martha! ¡Te he dicho mil veces que no me llames así! –le contesto enfadado, porque no me hace ni caso como siempre. Una cosa es que me lo diga cuando estamos solos en casa, pero sabe de sobra que en la calle no debe hacerlo.

–¡Tramposo! ¡Ahora, te vas! Claro, ¡como te estoy ganando! –al hablar Hanna me empuja enfadada. “¡Tiene muy mal perder!”

–¿Qué haces? ¡Tonta! –le devuelvo el empujón.

–¡Bastían! ¡Que te llama madre! –vuelve a gritar para mi desesperación.

–¡Ya voy! ¡Qué pesada eres! –y antes de irme, le vuelvo a dar otro empujón a Hanna.

–¡Mañana te vas a enterar! –me grita desde el suelo, porque con el último empujón se ha caído de culo.

–¡Siempre estáis igual! ¡Qué fastidio! ¡Así no se puede jugar! –Ahora es Salomón el que está enfadado, y a cansado de vernos pelear.

No los oigo porque estoy corriendo hacia mi casa. La calle está abarrotada de gente y de bicicletas. De hecho, las esquivo como puedo hasta que llego a mi portal y subo los escalones de dos en dos. Martha está esperándome con expresión nerviosa. Nuestra madre la atemoriza. Es una mujer muy estricta que nos aplica con precisión lo que considera que tiene que ser la disciplina. Así que, al llegar a ella, le guiño un ojo para que no se preocupe.

Nuestra casa es la típica casa patricia de nuestro país. Su fachada está pintada con un tono de beige demasiado claro. Exactamente es color champán, según mi madre, para darle una nota distinción. Además, para enriquecer su aspecto, tiene un dibujo simétrico hecho con tablones de madera. No es un trabajo rústico, sino que por el contrario la madera está lijada y barnizada con mucho cuidado del mismo color que los marcos de las ventanas. Y, si eso no fuera suficiente, de cada alféizar cuelgan unos maceteros también de madera que en este momento están rebosantes de flores plantadas de un intenso color rojo para embellecerla más.

Su techo al ser a dos aguas bastante inclinadas permite la existencia de una amplia buhardilla que es donde duermo.

La verdad es que vivimos en un buen barrio. Pudo decir que soy de los afortunados. No mucho más allá, la gente no vive en las mismas condiciones. No hay duda de que es un tiempo bastante difícil. Estamos en postguerra y no de cualquier guerra, sino de la Gran Guerra. Esta nación tiene que hacer frente a demasiadas exigencias. A pesar de ser pequeño, soy consciente de que mi entorno está lleno de crispación y de violencia.

Aunque por eso mismo, por ser un niño, no le doy la importancia que debiera y, después de observar la calle, encojo los hombros antes de abrir la puerta.

Al entrar, nos detenemos delante del armario que hay a la izquierda para quitarnos los zapatos y ponernos las zapatillas. Tenemos absolutamente prohibido pisar la madera del suelo y, por supuesto, las delicadas alfombras con los zapatos.

Sigo a Martha, que camina dando saltitos, intentando recobrar la respiración. Mi madre no tolera que nos presentemos jadeando ante ella.

El interior de mi casa es totalmente de madera. Desde el techo hasta el suelo y eso que, en algunas habitaciones, mi madre ha insistido en empapelar las paredes hasta su mitad con preciosos dibujos de flores.

Martha y yo estamos convencidos de que no es una casa para niños. Hay demasiada decoración por todas partes, lo que nos hace imposible jugar y ha ocasionado más de una vez que nos castigaran severamente.

Antes de pasar a la pequeña sala, compruebo que Martha tenga bien puesto el vestido y el pelo y que mi ropa esté en condiciones también. Sé de sobra que los ojos inquisidores de mi madre no van a pasar por alto ningún descuido.

Al entrar, observo que no está sola. Hay un hombre sentado frente a ella con una taza de té entre sus manos. Le cojo la mano a Martha y me encamino hacia ellos.

–Como usted verá, para mi hijo no es importante la puntualidad. –Mi madre habla observándome con severidad.

–Señora mía. En este momento, esa actitud no es un problema. Estamos a tiempo de ajustar lo necesario para que su funcionamiento sea perfecto. Los niños son adaptables y es ahora cuando hay que hacerlo.

Mientras habla lo observo sin llegar a comprender, hasta que me doy cuenta de que mi madre me hace un gesto para que no lo haga. Considera que es de mala educación mirar tan fijamente a las personas.

Mi madre se llama Clara. Es una mujer fría y calculadora. No es una madre cariñosa, pero tampoco puedo esperar más de ella, puesto que es lo que ha conocido. Ella ha crecido en un ambiente estricto y opresivo, en el que las pautas de conducta han sido más importantes que el amor y por eso actúa de esa forma.

La verdad es que no recuerdo que me acariciara alguna vez ni tan siquiera un abrazo. Los pocos que he tenido me los ha dado mi *nana*, la mujer que nos cuida.

Tampoco ayuda mucho a mejorar su carácter que su hermano, es decir, mi tío Paul Bauman, sea un activista acérrimo de la *Freikorps*[50]. Tienen la absurda convicción de que a este país lo han llevado a la ruina los comunistas, los judíos, los gitanos y los eslavos. Esto lo sé, porque he escuchado sus conversaciones a escondidas en más de una ocasión.

–Cuando usted diga, empezamos –le responde, antes de dejar la taza sobre la bandeja.

–Mañana mismo estaría bien. No quiero que pase tantas horas jugando en la calle con esa pandilla de demonios.

–Bien. Entonces hasta mañana –y después de inclinar levemente la cabeza, se marcha.

Mi madre permanece unos segundos observándose las manos que tiene apoyadas sobre el regazo antes de hablar.

–Bastían, a partir de mañana ese hombre va a ser tu tutor particular. Vas a empezar a estudiar y a aprender las normas de comportamiento...

–¡Madre!... –interrumpo.

–¡Bastían! ¡No vuelvas a hacerlo! –Se levanta y me da una bofetada, a la vez que toca la campanilla.

–¡Quitalos de mi vista! ¡Que se bañen y se acuesten sin cenar! –grita enfurecida a una *nana* que se limita a cogernos de la mano y a dirigirse hacia la escalera para subirnos al piso de arriba.

–Tranquilos, no llores que aquí no se acuesta nadie con la tripa vacía –¡Así es ella! Encantadora, cariñosa, amable y todas las palabras dulces y tiernas que se me pueden ocurrir y que todavía no sé.

De pronto, cuando la observo intentando disimular las lágrimas, me envuelve la oscuridad otra vez, pero con una extraña diferencia... En esta ocasión no regreso. Me quedo en ella, sumido en un letargo que hace que me vuelva a preguntar si estoy vivo.

No sé cuánto tiempo permanezco así, hasta que la voz de Salomón la despeja de sopetón.

–No sé Bastían, piénsalo bien antes de hacer nada. –Me mira y me sonrío un poco turbado. –Puedes llamarme romántico si quieres; no me importa. Solo espero que mi primera vez sea con la mujer que amo –y no puede remediar lanzarle una mirada a Martha de soslayo, que en este momento camina por la acera de enfrente.

–Sal[51], se trata de Hanna. Soy muy joven para pensar en el amor. ¿Qué quieres que te diga? ¡Me ha pedido el favor!... y tiene razón. Para que la viole algún loco embrutecido, mejor que sea yo el primero –hablo y hablo totalmente embebido de mí mismo. –¡Alguna vez tiene que ocurrir! ¡Ya tenemos quince años! Además, he oído a más de uno decir que ya hace años que se acuestan con la que les apetece.

–No me hables de ese tema. Me preocupa bastante. Tú, me dices que son tonterías mías, pero cada vez tengo más miedo Bastían –al hablar agacha la vista para que no vea el alcance de su preocupación.

–¡Es que es una tontería! Sal, tú eres alemán como yo. ¡Qué importa que seas judío! ¡Es que no lo entiendo! –hablo así, porque me enfada muchísimo la situación. Salomón es mi amigo desde siempre y sus padres son cariñosos y encantadores. No consigo comprender por qué cada vez más la gente los rechaza por su religión. “¡Vaya mierda!”

–¡No empieces! ¡No tengo ganas de discutir contigo otra vez! Anoche mi padre ya me comentó que si la situación continúa así, nos vamos a tener que marchar... –había mucho pesar en sus palabras.

–¡Qué dices! ¡De eso nada! A ver quién se atreve a decirnos algo. ¡Se las tendrá que ver conmigo! Además, mi padre es un alto mando militar y sé que en el caso que suceda algo, os va a ayudar. –La determinación llena por completo mis palabras y Salomón me mira deseando crearme, pero no me dice nada. Le preocupa mucho la actitud de mi madre, que cada vez disimula menos su aprensión cuando entra en mi casa, y eso que todavía no sabemos ninguno el gran secreto que guarda.

–Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a acostar con Hanna? –me pregunta para cambiar de conversación.

–Sí, estoy decidido. ¿Con quién mejor que con ella? –al hablar lo miro directamente a los ojos. –Será esta noche. Cuando todos duerman le abriré la puerta para que suba a mi habitación. Ya hemos quedado.



Tengo la seguridad que solo se tiene a esa edad y no lo puedo evitar. Solo con pensar que un desgraciado la pueda lastimar se me encoje el estómago. Aunque no se lo digo a Salomón, la verdad es que me preocupa bastante el poder que va cobrando las *Juventudes Hitlerianas* [52]. Sinceramente, hay días que me cuesta hasta a mí caminar tranquilo por la calle y para las chicas todavía es peor.

El estatus de la mujer va empeorando por momentos. Están sometidas a ser violadas en cualquier callejón por uno de esos desaprensivos que nunca van solos por desgracia. En teoría dan una imagen bucólica de la camaradería, de la vida sana al aire libre y, de paso, se supone que están fomentando la formación de los líderes que en un futuro serán los pilares del país. Nada más lejos que eso. Realmente, se trata de un criadero de verdaderos monstruos capaces de cometer las vejaciones más infames que se puedan hacer.

Yo, me salvo de tener que formar parte de sus filas porque estoy destinado a ser militar; aunque eso está por llegar.

Sinceramente, confieso que tengo vocación de profesor.

Hanna, por su parte, cada vez está más atemorizada. Se quiere potenciar la imagen de una mujer que no es femenina, y esto es verdad. Cada vez las chicas son más masculinas y se les imponen hasta la pauta de como tienen que ir vestidas y peinadas para agravarlo más.

“¡Pobre Hanna!” Por eso quiero ayudarla.

—¡Esta decidido! —le contesto a Sal y me doy cuenta de que no está conmigo al ver que tiene la mirada fija en Martha. No sé por qué no me sorprende y cuando voy a preguntarle, de repente, caigo de nuevo en la oscuridad más absoluta.

“¡¡Qué desesperación!! ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no soy capaz de salir de este pozo? ¡¿Será esto la muerte?! ¡¿Me voy a quedar así para siempre?!”

La nada de nuevo, hasta que oigo llorar a Martha.

—¡Nos tienes que ayudar! ¡Estamos enamorados! —Sus preciosos ojos grises al llorar se matizan de verde, dándoles más profundidad.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes tanta prisa? Si solo tienes dieciséis años. Martha, ¡tranquila! —Mi hermana es un par de años más joven que nosotros. No hace mucho que me he enterado que se ven a escondidas y sé que mi madre no lo va a aceptar. Por eso han decidido huir durante la madrugada y no lo llego a entender, aunque es verdad que cada vez la situación es más difícil para Salomón y su familia.

—Dünn, ¿me vas a ayudar? Solo necesito que te asegures que ella no se va a dar cuenta, del resto nos ocupamos nosotros... —al hablar se abraza a mí. “¡Es tan delicada! ¡La quiero tanto!” Es la persona que más quiero en mi vida y me está diciendo que se marcha para no volver. —Dünn, ¡por favor! ¡Ayúdanos! —vuelve a insistir.

La aparto para poder mirarla mejor. Es como si de esta forma intentara guardar cada parte de su rostro en la memoria. Intento que no perciba mi temor. Realmente, no sé cómo voy a poder vivir sin ella y sin Salomón en mi vida.

Me voy a quedar solo.

Ya hace dos años que perdí a Hanna. Después de nuestro encuentro furtivo, simplemente desapareció. Cuando fui a su casa unos días después a buscarla, la encontré cerrada y me dijo un vecino cuando le pregunté que se habían marchado a París.

El padre de Hanna es diplomático, por eso no me extrañó su marcha.

Y ahora me tengo que enfrentar a perderlos también y no estoy preparado, pero no me queda otra opción. La quiero demasiado y, por eso mismo, debo dejarla ir. De todas formas, ella no va a ser feliz quedándose.

No, con mi madre. Eso es imposible.

—No te preocupes. ¡Claro que os voy a ayudar! Dime qué quieres que haga y lo haré. Tenemos que ponernos de acuerdo. Cuéntame qué plan tenéis. —Martha, me observa unos segundos antes de empezar a hablar y me da un beso en la mejilla. —Te quiero, Dünn...

—Déjate de mimos y cuéntame... —le hablo así porque estoy emocionado y no quiero que lo note.

Reuniones como esta, *geheimnis*, [53] han podido ser tantas a lo largo de los años que no soy capaz de contarlas. Lo que no hemos llegado a saber nunca es que éramos espiados por nuestra propia madre. Siempre nos reuníamos en la buhardilla, que es mi habitación y nunca notamos que por la rejilla que había en la pared se pudieran oír nuestras voces y eso que hablábamos en susurros.

La rejilla en cuestión está ahí, porque forma parte del sistema de calefacción de la casa. Es la única manera de que el calor de la chimenea se reparta a partes iguales por todos los conductos a todas las habitaciones. En un principio, se utilizó cuando éramos bebés, ya que era la única forma de que *nana* nos pudiera oír llorar si estaba en la planta de abajo. Situación que aprovechó durante años mi madre para enterarse de nuestras cosas.

Después de estar hablando con Martha toda la tarde y dejar cada punto del plan totalmente claro, me he despedido de ella antes de entrar en el comedor, porque no debemos hacer nada que pueda levantar sospechas. Hay que actuar como siempre ante mi madre y, con esa determinación, nos sentamos en la mesa a cenar.

Durante la cena, mi madre se mantiene erguida en la silla. Su rostro es totalmente inexpresivo mientras trocea una salchicha. Yo, por mi parte, me dedico a hablar de tonterías para relajar la situación mientras que Martha está demasiado pálida, pero me sonríe encantada sin poder disimular el brillo especial de sus ojos.

Al pensar en Salomón caigo en la cuenta de que no he hablado con él. No me he despedido, y lo peor es que ya no voy a poder hacerlo. Ahora mismo estoy subiéndolo los escalones para ir a mi habitación y si cambio de parecer, mi madre puede sospechar.

No suelo salir de noche, porque la situación no está para hacerlo.

Lo que hace que abra la puerta de mi habitación con pesar y resignado ante lo inevitable. Después de ponerme el pijama, compruebo que el despertador está puesto para que suene a las cuatro de la mañana. Es la hora en la que quieren marcharse y tengo que quedarme delante de la puerta de mi madre para impedir que la abra en el caso de que se despierte.

Antes de apagar la luz, me bebo de un trago el vaso de leche caliente que hay en la mesilla y caigo en un sueño profundo, quizás demasiado, del que no consigo despertar hasta las diez de la mañana del día siguiente.

De un salto, me siento en la cama.

“¡No puede ser! ¿Y el despertador? ¡¿No está!!”

Me visto todo lo rápido que puedo y bajo los escalones de tres en tres hasta que llego a la planta baja.

Intento que no se note mi estado de ánimo al entrar en la sala, pero al pasar compruebo que está vacía y es cuando noto el peso del silencio caer sobre mí como una losa y me estremece, tanto, que provoca que mi sangre se paralice. Es la primera vez en mi vida que siento las garras del pánico y echo a correr hacia la habitación de Martha, que está en la primera planta. Abro la puerta de un empujón, tras subir la escalera sin ver los escalones y me encuentro la habitación intacta. Lo observo todo con detenimiento, a pesar de que respiro entre jadeos y no consigo ver nada extraordinario ni fuera de lugar.

Comienzo a bajar las escaleras sin poder salir de mi aturdimiento y es cuando me doy cuenta de que en ese silencio atronador falta un detalle muy importante y que me hace parar a mitad. El violín. “¡No oigo el violín de Edna!” la madre de Salomón. Durante años ha sido el sonido de fondo de nuestras vidas y aunque Salomón se ha quejado muchas veces de la obsesión de su madre por perfeccionar su técnica, siempre me he reído de él al ser demasiado evidente que eran celos. Siempre se quejaba de que adoraba más a su violín que a él.

Edna, sin duda, es una de las mejores concertistas de nuestro país, pero ha tenido la mala suerte de ser judía y mujer. Aun así, poco a poco y después de demostrar su tesón, está haciéndose un nombre a pesar de todo. Algo que a Salomón le está costando aceptar, porque no le queda otra. Su madre no podría vivir sin su música.

Permanezco quieto en la escalera unos instantes más para comprobar que es verdad que mis oídos no me engañan. No. No hay rastro de ninguna sinfonía y de nuevo vuelvo a correr, pero esta vez en dirección a la calle. Corro tan rápido que ni siquiera me paro para quitarme las zapatillas, hasta que llego a la puerta de Salomón y pulso el timbre sin parar.

Una niña rubia y con ojos azules me abre la puerta y me quedo bloqueado unos segundos antes de tragar saliva y reaccionar.

—¿Y Salomón!? ¿¿Dónde está Salomón?! —la aparto a un lado para entrar. —¡Salomón! ¡¡Salomón!! —grito hasta que me duele la garganta y veo que viene hacia mí corriendo una chica del servicio.

—¡Oiga! ¡Deje de gritar! ¡Aquí no vive nadie con ese nombre! ¡Esta es la residencia del Coronel Meller! ¿Está usted loco? ¡Voy a llamar a la policía! —No escucho

ninguna de sus palabras y, después de conseguir apartarla, recorro la casa por completo y me doy cuenta de que no hay ningún rastro, ni de Salomón, ni de sus padres. Nada. Ni un solo objeto; aunque la casa es la misma. Esto lo pienso al observar el marco de la puerta de la habitación de Salomón, mientras lo recorro con la yema del dedo y me detengo en cada una de las muescas que su madre hizo en su momento. A Salomón le preocupaba mucho su altura y creo que parte de esa preocupación era por mi culpa. Crecí con demasiada rapidez y él se pasaba los días comparándose.

A pesar del momento, sonrío con tristeza al recordarlo.

–Perdone, me he equivocado –apenas si consigo balbucear, al tener los ojos tan espantados que son incapaces de recoger toda la información para mandarla a mi cerebro.

Ya en la calle, tras cerrar la puerta, siento que todo gira a mi alrededor sin control. Observo con incredulidad cómo el mundo sigue moviéndose con normalidad y sin ningún sentido.

“¿Dónde están? ¿Qué ha podido ocurrir? ¡Salomón! ¡¡Salomón!!”

Es lo único que soy capaz de pensar al caminar sin rumbo.

“¡¡Me parece todo tan irreal!!” Y doy vueltas y vueltas sin poder ocultar la expresión de terror de mis ojos y mi desconexión con la realidad, hasta que llego a la vereda del río. Durante un largo rato, observo con verdadera obstinación las aguas y alargo la mano sin darme cuenta. Por momentos, pienso que estoy perdiendo el juicio. Tengo que conseguir tranquilizarme. En este estado no puedo ayudar a mi amigo y a su familia. Y es cuando rompo a llorar sin consuelo.

Permanezco en el mismo lugar hasta que comienza a oscurecer y se me hace insoportable aguantar el frío. Así que, cabizbajo, emprendo el camino de regreso sin poder dejar de titilar. Las zapatillas se me han empapado por completo y ese detalle multiplica más la desolación que siento.

Camino y camino totalmente ajeno a mi alrededor hasta que llego a la puerta de mi casa y me detengo para observar la calle con tranquilidad. Doy una vuelta sobre mí mismo y pienso en que algún vecino tiene que haber visto u oído algo. Entonces, mis ojos se detienen en una gran mancha que hay en mitad de la calzada y que se me ha pasado desapercibida antes al salir corriendo. Me dirijo lentamente hacia ella y la sangre se vuelve a detener en mi rostro. Sin duda, es una gran mancha que, por lo visto, han intentado limpiar y no han podido. Aunque la miro absorto, no soy capaz de identificar de qué se trata y eso que, a pesar de la lluvia, son demasiado evidentes los restos de serrín entre las juntas de los adoquines.

“¡No puede ser! ¡¡No!!”

Cierro los puños con tanta fuerza que oigo el sonido de los huesos de mis dedos. Por momentos, una espeluznante idea va tomando forma dentro de mi cabeza y soy incapaz de frenar la asquerosa sensación de odio que me cruza el pecho.

Con determinación, me doy la vuelta y me encamino hacia mi puerta. Por primera vez, tomo conciencia de que existen determinadas situaciones que al enfrentarlas significan lo mismo que llegar a un punto sin retorno. Sé que soy joven, pero de alguna manera al coger el pomo para entrar, estoy convencido de que al abrir esa puerta nada volverá a ser igual.

Y, efectivamente, así es.

Nada más abrirla, me encuentro frente a los gélidos ojos de mi madre. Está de pie muy cerca de la entrada. Su gesto es más adusto que de costumbre, o por lo menos es lo que me parece a mí.

–Es la hora de la cena. No tardes. –No dice más y se dirige hacia el comedor.

No le contesto. Me limito a quitarme las zapatillas y a dárselas a *nana*, que me mira con una extraña expresión y comprueba que no hay nadie alrededor, antes de llevarle el dedo índice a los labios para indicarme que no hable, al mismo tiempo que señala la rejilla de la pared.

La observo sin terminármelo de creer y ella vuelve a insistir con el mismo gesto, antes de marcharse con las zapatillas en las manos.

Permanezco unos segundos observándola y es cuando caigo en la cuenta de que en mi habitación hay otra y subo corriendo hasta que me arrodillo ante ella con desesperación.

No puedo más que llorar al cubrirla con la palma de la mano.

“¡Tantos años sin darme cuenta! ¡Qué tonto! ¡Por Dios! ¡Qué confiado!”

Entre lágrimas, una idea empieza a surgir del rincón más oscuro de mi interior de la forma más cruel y estremecedora, a pesar de mis torpes intentos por esquivarla. Tiene voz propia y empieza a gritar de tal manera que me llevo las manos para taparme los oídos.

“¡¡Martha!! ¡No! ¡¡Nooooooooo!!” exclamo enmudecido sin poder dejar de llorar. Hasta que algo cruje en mi interior de la misma forma que si se hubiera roto en mil pedazos y las lágrimas cesan de golpe, dando paso a una frialdad extraña, y me levanto para lavarme la cara y cambiarme.

No quiero que mi madre vea ningún signo de dolor en mi rostro y, con ese propósito, bajo las escaleras.

Al entrar en el comedor me la encuentro sentada a la mesa. Ni siquiera levanta la vista del plato para mirarme, mientras que permanece erguida como siempre.

–Si tardas cinco minutos más, habría ordenado retirar tu plato. Sabes que el horario se tiene que cumplir –habla como siempre y no consigo ver ningún indicio de nada en su voz.

–¿Dónde está Martha? –pregunto, ignorando sus palabras y sentándome, a pesar de que no tengo ninguna intención de cenar.

–Martha no va a venir –me contesta, inmutable, con el mismo tono de voz y antes de introducirse la cuchara de sopa en la boca.

–Madre... te he hecho una pregunta. ¿Dónde está Martha? –repito y esta vez subo el tono de voz.

–Si no vas a comer, llamo para que te retiren el plato...

“¡Joder!” Por momentos, noto crecer la ira aunque hago verdaderos esfuerzos para acallarla, pero la rabia me corroe y no puedo.

–¿¡Dónde está Martha!? –grito y me pongo en pie. Y al hacerlo, consigo derramar la sopa por todo el mantel al volcar el plato.

Ella se limita a observar el líquido derramado y a mantenerse erguida.

–¡Bastían! ¡Eso no son formas! ¡Me estás gritando! –y con una parsimonia que me parece irreal, deposita la cuchara en el borde del plato para mirarme. Puedo ver que su mirada está llena de odio y que hace verdaderos esfuerzos para reprimirse. –No pienso consentir que me grites. Además, no te he dado permiso para levantarte.

–No te lo he pedido, madre –y me encamino hacia la puerta para dirigirme a mi habitación.

–¡Bastían! ¡No te he dado permiso para irte! ¡No te puedes marchar! –grita al comprobar que no le hago ni caso. Es más, la ignoro totalmente y subo las escaleras todo lo rápido que me permiten los pies. Estoy decidido.

“¡¡Me voy!!”

Lo increíble es que, al entrar en mi habitación, me encuentro una bolsa de viaje preparada encima de la cama con mi ropa y todas mis cosas. Cuando me acerco para cogerla después de ponerme el abrigo, observo que hay una nota sobre ella:

“*Mein Kleiner.* [54] *le espero en la Iglesia. No se vaya sin verme. Lo sé todo*”

“¡¡Es la letra de mi *nana*!!”

Después de leerla, arrugo el papel sin darme cuenta y lo meto en mi bolsillo. Sin embargo, me detengo antes de dar un paso más al sentir una punzada de temor. No sé qué voy a hacer con mi vida y tampoco tengo mucho dinero, y esto lo pienso al comprobar mi cartera. En este momento no puedo lamentar más no haber sido más ahorrador. La verdad es que nunca pensé en que podría encontrarme en esta situación.

Aun así, estoy decidido y con ese estado de ánimo me encamino hacia la puerta. Pero no sin antes, echar un último vistazo a lo que hasta ahora ha sido mi hogar. Esta habitación representa toda mi vida y es lo que estoy pensando cuando la cierro.

Al bajar las escaleras me encuentro a mi madre en la puerta.

–¡No serás capaz! ¡Bastían! ¡Te prohíbo que te marches!! –Tiene la cara enrojecida y los ojos totalmente abiertos al gritarme.

–Apártate... madre –le contesto a duras penas.

–¡No! ¡¡No te vas a ir!! –y se pone justo delante de ella, agarrando el pomo con nerviosismo.

–Madre, dime... ¿Qué has hecho con Martha?! ¡¡Sé que has hecho algo!! –al hablar me acerco lentamente a ella, hasta que casi puedo notar su aliento en mi rostro. –Nunca fue lo suficientemente buena para ti. ¿¡Verdad!?! ¡No hacía nada bien! Ni sus modales, ni su forma de vestir y por supuesto, ¡su pelo! ¡Durante años la

has mortificado por eso! Realmente, ¿ese es el problema! ¡¡No toleras su existencia!!... ¡Habla, madre! ¿¡Qué le has hecho!? –siento como le escupo cada una de mis palabras al gritarle, pero las ignora y continúa aferrándose al pomo de la puerta.

–¡*Es war eine tückische Hündin!!* [55]–Sus palabras destilan puro odio al salir por sus labios y consigue bloquearme al escucharla durante unos segundos.

–¿¡Era!? ¡Madre!... ¿¡Era!?

“¡Esto no puede estar ocurriendo!”

Y me enfrento a ella abiertamente.

–¡Madre! ¡¡Apártate!!

–¡No! –grita y levanta la mano para darme una bofetada, pero la detengo en el aire.

–¡Nunca más! –tiro de su brazo con todas mis fuerzas hasta que consigo sentarla en el suelo y sus sollozos empiezan a ser más profundos y desgarradores, pero no la miro y paso por su lado en dirección a la calle.

–¡Bastían! ¡Nooooooooo! ¡Bastían! ¡Si te vas, no vuelvas jamás! –Son las últimas palabras que alcanzo a oír sin dejar de avanzar con paso decidido entre la húmeda oscuridad de la noche, y no dejo de ser consciente de que nunca más voy a escuchar su voz.

No puedo remediar sentir una extraña sensación al pensar que por primera vez estoy respirando solo y que soy el dueño de mis actos, aunque respire como si me faltara el aire.

Algo que resulta ser totalmente cierto, porque acabo de notar un dolor real y tangible en mis manos. Es tan intenso que, aunque no consigo regresar de la profunda oscuridad en la que he vuelto a caer y parece devorarme, lo puedo sentir hasta tal grado que me deja sin respiración y grito sin poder contenerme a pleno pulmón. No puedo dejar de hacerlo.

“¡Ahhhhhhhhhh! ¡¡Es insoportable!! ¡Me están abrasando los dedos! ¡Malditos locos hijos de puta! ¡¡Ahhhhhhhhhh!!”

Y vuelvo a desaparecer...

Hasta que el sonido de mis propios pasos me devuelve a esas calles que conozco tan bien y me detengo al darme cuenta de que el dolor ha desaparecido.

“¡Me estoy volviendo loco! ¡No entiendo nada!”

“¡No soy capaz de distinguir si esto es real o no!”

“¡¡No sé si estoy vivo!!”

Estoy tan sumido en mis pensamientos que, cuando me detengo para saber por dónde voy, me doy cuenta de que me he parado justo en el centro de la *marktplatz*: [56] que aquí en *Bad Honnef* más que una plaza en sí misma, se trata de una intersección de calles en la que apenas hay tráfico. Algo que agradezco muchísimo por el momento tan amargo en el que me encuentro. Así que me ajusto el abrigo y aprieto el paso en dirección a la *Iglesia de San Juan Bautista*.

Al llegar a su altura, veo que en uno de sus costados hay una pequeña puerta abierta y que mi *nana* me espera envuelta por completo con una toca de lana. Es la hermana del sacristán y suspiro aliviado al no tener que entrar en suelo sagrado. Soy luterano y sinceramente no me apetece nada entrar en una Iglesia cristiana. Mi *nana* es católica. Lo que hace que me sorprenda muchísimo la decisión de mi madre al elegirla para cuidarnos.

Realmente, hay cosas que no tienen explicación.

Me abraza y me hace pasar al interior de lo que en un principio pienso que es una especie de almacén. Al observarla, me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas y la abrazo hasta que, después de unos momentos, me suelta para indicarme que me siente sobre una caja de madera.

–La culpa es mía... –consigue decir tras unos segundos, pero al ver que la voy a interrumpir, me hace un gesto para que no hable. –No, déjeme hablar, por favor. Hace mucho tiempo que debí hacerlo. Sé que le pido mucho, pero tiene que entender que son tiempos de mucha necesidad y le aseguro que en un principio era así. Para mí no significaba más que un trabajo, hasta que irremediablemente empecé a quererles y me asustó que me apartaran de ustedes. Sabe que no tengo hijos –se detuvo y me acarició la mano. –Desde el primer momento supe que los espiaba y no le di importancia. Llegué a pensar que hasta cierto punto era bueno por sí se metían en algún lío. Aunque es algo que en sí mismo no tiene mucho sentido, ya que siempre han sido buenísimos y se han portado bien... –se detiene de nuevo para intentar no llorar. –¡La culpa es mía! ¡Debí advertirles! ¡Qué me iba a pensar que la señorita Martha se iba a enamorar del señorito Salomón! –y los sollozos de nuevo la obligaron a parar. Por mi parte, la escucho y mi corazón parece latir cada vez más despacio por la impresión. –Bien, mientras hacían sus planes, ella hizo los suyos y, ¡¡lo peor es que no pude negarme y la tuve que ayudar!! –Otra pausa..., otra vez. –La señora llamó a su hermano para denunciar a la familia Rothman con el pretexto de que eran traidores a la patria.

–¿¡Qué!? –“¡¡No me lo puedo creer!!” Grito de tal forma que –¡¡voz produce ecos en mi cabeza. –¿¡Me estás diciendo que los ha denunciado!? –y me levanto, sin poderlo evitar, y comienzo a propinar patadas a todo lo que me encuentro, arrastrado por mi frustración.

–¡Por favor! ¡Siéntese! ¡Tengo que contárselo todo! –al contestarme cada vez llora más intensamente –¡Herr [57] Bastián! ¡Por favor! –Me suplica antes de tirarse a mis pies para rogarme que la escuche, y esta reacción me detiene. No puedo verla así, esa mujer ha estado conmigo siempre, a todas horas. Ha sido su mano la que he notado sobre mi frente cuando he tenido fiebre y, “¡no han sido pocas veces!” Así que con un gesto de ternura me agacho para recogerla y ayudarla a sentarse otra vez.

–No solo ha hecho esto... Una vez quedé con su hermano y sus secuaces, me ordenó que les pusiera un somnífero en la leche y como no se fiaba de que lo hiciera, se mantuvo a mi lado todo el tiempo para comprobar que era así. Su intención era que no se enterasen de nada de lo que iba a pasar. Así que cuando subimos y comprobamos que dormían profundamente, simplemente se sentó en la sala a esperar a que llegara el momento. –Oír sus palabras es demasiado doloroso y apoyo los brazos sobre los codos para sostener la cabeza entre las manos, porque no quiero que vea mis lágrimas.

–A las dos de la madrugada en punto, unos golpes en la puerta nos avisaron de que ya habían llegado. La señora la abrió y habló unos momentos con su hermano. Siento no poder repetir las palabras, porque no las llegué a escuchar, aunque no es difícil imaginarse la conversación. Nada más cerrar nuestra puerta, se oyó un gran estruendo en la casa de al lado, junto con golpes y gritos. Entonces, subí a la habitación de su hermana para intentar ver algo desde su ventana y, ¡ojalá no lo hubiera hecho! ¡¡Esa imagen me va a acompañar toda mi vida!! –no puede seguir y rompe en sollozos desgarradores.

–Pude ver como el señor Rothman, el padre de Salomón, intentaba defender a su mujer y a su hijo, mientras eran empujados a patadas para llevarlos a la furgoneta. En un momento determinado, uno de esos salvajes empujó a la mujer y la tiró al suelo, provocando que el señor Rothman le propinara un puñetazo en plena cara. Situación que aprovecharon los demás para caer sobre él, hasta que uno de ellos empezó a golpearlo con la culata de un rifle y le reventó la cabeza –se detuvo de nuevo y lo agradecí, porque me faltaba el aire. El señor Rothman siempre ha sido muy agradable conmigo. Es un hombre culto e inteligente, con los mismos ojos que mi amigo. Vívaces y curiosos. Había heredado la fortuna de su padre que fue un magnate del aceite y él, simplemente se limitó a seguir sus pasos. Según él, ese líquido dorado es el motor del mundo.

“¡Maldita! La maldigo, sí, ¡¡una y mil veces!! ¡El señor Yaacov no merecía una muerte tan cruel!”

–Entonces, su amigo se volvió loco. Empezó a gritar totalmente desesperado y a intentar propinarles patadas sin poder evitar que su padre se desangrara en mitad de la calle. Hasta que oí el sonido de un disparo y vi cómo le impactaba en plena cara. –Sin darse cuenta *nana* se vuelve a llevar las manos para taparse los oídos e imagino que igual que la primera vez. Y sus palabras, sus palabras, entran en mi mente despacio, rasgando, arañando y quebrándose por entero.

“¡Mi amigo está muerto!” y lloro de tristeza y pesar “¡¡¡¡Muerto!!!! ¡Muerto!! ¡Nooooooooo! ¡Salomón!” Mis sollozos no pueden calmar la intensa ola de odio que siento en estos momentos por la mujer que me dio la vida, mientras que *nana* no se detiene en su relato.

–Sin perder más el tiempo dispararon a la mujer también. Se ve que consideraron que muerta daría menos problemas. A continuación, cargaron los cuerpos igual que si fueran simples sacos de patatas y desaparecieron. Entonces, la señora me ordenó limpiar la calle. ¡Sí! ¡¡Fui yo!! La que cargué con cubos y cubos de agua para intentar limpiar una mancha que no se dejaba. ¡No conseguía verla entre las lágrimas! Apenas si la vislumbraba. Roja, intensamente roja, sobre la oscuridad del empedrado. No puedo decirle el tiempo que estuve intentando borrarla. ¡Era imposible! –La pobre no puede dejar de llorar, ni yo tampoco.

“¡Qué tragedia más horripilante! ¡Mi amigo! ¡Sus padres! ¡¡Todos muertos!! Y, ¿por qué?...”

“¡¡Lo más doloroso es que han muerto por nada!!”

–Lo peor es que no acaba aquí... –al decir esto, se seca las lágrimas para mirarme con seriedad y siento que el corazón se me va a parar. –En uno de los viajes que

tuve que hacer para recoger más agua, me di cuenta de que un coche se paraba justo en la entrada de la casa. Se trataba del doctor Schütz. La señora lo hizo pasar y lo condujo hasta la habitación de la señorita Martha. Al ver eso, y como me encontraba en la cocina llenando cubos, me quedé para intentar oír lo que ocurría. Se lo había visto hacer montones de veces, así que repetí lo mismo y me quedé atónita al comprobar que era verdad que se podía oír todo sin problemas.

–Joseph, quiero que la examines. No deseo sorpresas –era la voz de la señora, sin duda.

–Sí, está en cinta –respondió el médico, al cabo de un rato de largo silencio. Me imagino que después de examinarla.

–¡*Es wird hure!*! [58]... ¡No la quiero aquí! ¡Llévatela! ¡Es una traidora! ¡Quiero que acabes con ella y con el monstruo que lleva dentro! ¡Me dan asco! ¡Está contaminada! –¡No dejaba de gritar! ¡Estaba enloquecida! Y yo, yo... ¡No podía creer que estaba oyendo esas palabras!

–Si es lo que deseas, Clara, así será –fueron las únicas palabras que conseguí escuchar del doctor, porque empezaron a bajar la escalera y tuve que disimular. Y entonces –aquí empiezo a llorar y ya no para. Me habla sin dejar de hacerlo. –Me y tuve que quedar en plena calle haciendo como que limpiaba, sin poder hacer nada por mi niña. Vi como llegaba una ambulancia y se la llevaba para siempre y no hice nada para salvarla. ¡La culpa es mía! ¡Toda mía! –al exclamar, no tiene consuelo y la observo sin hacer ningún gesto. Noto cómo cada uno de mis músculos se está agarrotando con cada una de sus palabras y que todo empieza a girar vertiginosamente a mi alrededor, a la par que siento que mi corazón se para, antes de caer vencido de bruces contra el suelo sin ser capaz de respirar.

No soy consciente del tiempo que pasa hasta que un desagradable olor me hace recobrar la consciencia. Es el sacristán que, alertado por mi *nana*, me obliga a oler un pequeño frasco de cristal que huele a amoníaco.

–¡Por Dios, Herr Bastián! ¡Qué susto me ha dado! ¡He pensado que estaba muerto! –Cuando por fin puedo fijar mi vista en ellos, compruebo que están pálidos y aterrados.

–No te preocupes *nana*, estoy bien –y la verdad es que mi voz no suena muy convincente al hablar. –Tengo que pedir un favor ¿Me puedo quedar a pasar la noche aquí? Mañana por la mañana me marcharé, lo prometo y, además, lo más lejos posible de todo esto... –mientras hablo, cruzan sus miradas con complicidad, a la vez que él me ayuda a levantarme.

–Ya lo habíamos pensado. Le he preparado unas mantas al fondo para que pueda descansar y le he traído un poco de leche caliente también –su mirada no puede estar más llena de ternura y hace que me dé cuenta de que a pesar que esa mujer está convencida de su cobardía, no puede estar más equivocada. Tiene el valor del cariño, por eso me acerco a ella y la abrazo en silencio.

–No tienes la culpa de nada. Es esta maldita situación. Las personas como tú, no tienen más remedio que claudicar. Tienes un gran corazón, por eso te pido que por favor tengas cuidado. No quiero pensar que te pueda suceder algo a ti también. –Mis palabras son un susurro, ante las que reacciona apretándose a mí más en ese abrazo. No puedo ser injusto, simplemente, es una víctima más de las circunstancias.

–Quiero creerle, ¡no sabe usted cuánto! ¡Esta culpa me está volviendo loca! –Se separa de mí y se lleva las manos a un bolsillo interior del abrigo para entregarme una cantidad de dinero que ha conseguido ahorrar tras años de mucho trabajo. –¡No me mire así! ¡Tiene que aceptarlo! A mí no me hace falta y siempre lo he guardado para una situación de apuro. ¡No creo que me vaya a encontrar con otra peor que esta! ¡Así que lo coge y no hay nada más que hablar! –Estoy tan sorprendido que no sé cómo reaccionar, pero esa mujer me conoce demasiado y sabe que no he sido capaz de ahorrar nada.

“¡No la puedo engañar!”

Y, tras mirarla unos instantes, la vuelvo a abrazar emocionado y lleno de gratitud.

–¡Quite, quite! ¡Tómese la leche y descanse! ¡Mañana le espera un largo día! –Me empuja de la misma forma en que lo ha hecho siempre que he bromeado con ella, aunque con ese gesto no evita que pueda ver su preocupación.

–Una última cosa que no logro entender. ¿Cómo han podido instalar a una familia en una noche? –se lo pregunto, porque ese detalle para mí es escalofriante y me hace pensar en la posibilidad de que existan familias para rellenar el hueco de otras personas. Algo de lo que he llegado a oír rumores, pero nunca los he creído y me estremezco solo con pensarlo.

–¿Una noche? ¿Quién le ha dicho eso? –me contesta con seriedad. –Herr Bastián, usted ha estado durmiendo una semana, –prosigue con la misma gravedad. –Mírese el brazo. Lo ha mantenido drogado hasta que ha considerado que era el momento de despertarlo.

Al escuchar esas palabras, me revuelvo completamente por dentro y me quito rápidamente la ropa hasta que puedo ver las marcas de los pinchazos. “¡Increíble! ¡Ha sido capaz! ¡Por Dios! ¡Qué sangre fría!” y busco torpemente la caja para sentarme de nuevo. Me tiemblan las piernas y, aunque intento disimularlo, no consigo ocultar a sus ojos el gran dolor que me parte el corazón.

–Gracias, *nana*. Te aseguro que no te voy a olvidar nunca –consigo decir después de unos momentos en los que no logro recuperar el aliento.

–¡*Mein Kleiner!* [59] –susurra, antes de darme un beso en la frente y marcharse para evitar que vea sus lágrimas.

Es duro enfrentarse en soledad a una realidad tan despiadada, pero estoy convencido que tiene que ser peor enfrentarse a una muerte sin sentido.

Las sombras de las personas que he perdido se niegan a marcharse de mi mente y no sé por qué tomo conciencia de que no van a hacerlo nunca. Siempre van a formar parte de mí, igual que una parte indivisible de mí ser.

Las horas se suceden una tras otra perezosamente, sin prisa. No soy capaz de cerrar los ojos. Soy consciente de que su tic-tac esta noche suena más intenso, igual que si fuera la propia voz del tiempo y que esta es su manera de decirme que este momento de desolación no morirá conmigo, que se quedará grabado eternamente bajo uno de los dígitos de su circunferencia. No sé, quizás sea la extraña manera de expresarme la mente que no serán olvidados nunca. Ni ellos, ni la infinita cantidad de personas que han podido ser aniquiladas sin ningún sentido.

“¡Martha!” Es la última imagen en la que pienso antes de caer rendido cuando prácticamente se empiezan a vislumbrar las primeras luces del amanecer y justo en el momento en que una mano me sacude el tobillo para alertarme. Es el sacristán. Sin duda, teme que me puedan encontrar y quiere que me marche. Mientras me incorporo, vuelvo a hacerme la misma pregunta que siempre me ha intrigado.

“Si se supone que este hombre es uno de los muchos ayudantes de los emisarios que tiene Dios en la tierra para transmitir su mensaje, en estos momentos, ¿dónde está su caridad cristiana?” y sacudo la cabeza al observar que la misma niebla ennegrecida que me tiene preso, empieza a rodearme y que comienza a absorberme lentamente hasta que me disperso en ella.

Pero justo antes de desaparecer, me doy cuenta de que tanto dolor me ha dejado sin fe.

No creo en nada.

Entonces, al rincón más lejano de la nada, suponiendo que ese lugar exista, empieza a llegar el rastro de un perfume demasiado conocido para mí. Lo aspiro sin llegar a crérmelo del todo y, por momentos, lo huelo más intensamente. Se cuele por mi nariz y me llega hasta la garganta.

“¡Hanna!” y abro los ojos de golpe, de tal forma que una intensa e inhumana punzada de dolor me recorre por entero haciéndome gritar como un poseso.

Ante esta reacción, Hanna, se levanta asustada y, entre parpadeo y parpadeo de mi único ojo sano, consigo ver que alguien se acerca con una jeringuilla.

“¡Dios! ¡No lo puedo aguantar!” continúo gritando y retorciéndome a pesar de estar atado a la cama, mientras me mira con ojos espantados hasta que, poco a poco, empiezo a sentir el efecto del calmante y consigo respirar más sosegado.

–Lo siento mucho... Debías morir para que pudieras seguir viviendo –la voz de Hanna entra en mí igual que un auténtico bálsamo. Hay mucho pesar en sus palabras y no puedo evitar que una lágrima se deslice por mi maltrecho rostro al sentir el cariño de su mirada. –Me tengo que ir. Sé fuerte. Estoy convencida de que lo vas a conseguir –susurra al incorporarse para poder aproximarse a mí y darme un beso sobre la venda que protege mi cabeza. Sin darme cuenta, suspiro profundamente al notar su cercanía y me sonrío antes de marcharse.

Cierro el ojo pensando que de nuevo la siniestra niebla me va a arrastrar con ella, pero no es así. Simplemente, me duermo. No sé dónde estoy, ni qué es lo que me han hecho los malditos desaprensivos. Tampoco sé si me han liberado. Así que me limito a dormir, sin llegar a darme cuenta realmente como van pasando los días.

Poco a poco voy sintiéndome con más fuerzas y consigo estar despierto más tiempo. Algo que logra desesperarme. Resulta muy amargo recuperarse de una brutal paliza, en la que puedo incluir el detalle de que me han infringido las más abyectas de las torturas. La verdad es que no me han dejado ni un hueso sano y para mí es toda

una experiencia que no deja de ser intensamente dolorosa.

Mi día a día se desarrolla entre los cuidados de una enfermera con expresión neutra, de la no he conseguido sacar más que saludos, alguna sonrisa y despedidas. Y de un médico que, todavía, es más parco en palabras y gestos. Son las únicas personas que veo o, lo que es lo mismo, las únicas personas que tienen acceso a mí, porque aún no sé cuál es mi situación. Por más que lo intento, no consigo averiguarlo y no me preocupa. Quiero centrar todas mis energías en recuperarme cuanto antes para conseguir resolver este misterio.

Permanezco en la misma habitación. Se trata de un lugar totalmente aséptico y con una decoración similar a la de un hospital. Es blanca por entero. Techo, paredes de azulejos y suelo. Hay un par de ventanas frente a la cama, pero al no caminar, no he podido llegar hasta ellas para poder asomarme y descubrir dónde narices estoy. Tampoco ayuda mucho el hecho de que están tapadas con unos visillos que permiten únicamente entrar a la claridad.

No soy consciente de la velocidad en la que transcurre el tiempo y esto me da la falsa ilusión de estar suspendido en el aire. No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Es muy importante saber en todo momento en qué punto se encuentra uno, porque no saberlo equivale a perder totalmente la noción de la orientación, y a veces siento verdadero vértigo. Por eso, por esta inquietud, y por no tener nada mejor que hacer, estoy aprendiendo a calcular en base a los escasos indicios de mi entorno. Me fijo, por ejemplo, en pequeños detalles que normalmente se me pasan desapercibidos. De algo tiene que servirme la disciplina militar que no es simplemente un concepto. Más bien, se trata de una actitud que he decidido ejercitar al aburrirme tanto.

Por eso, desde hace unos días, estoy controlando el nivel de la intensidad de la claridad que entra por la ventana y he descubierto que puedo distinguir, a grosso modo, en qué momento del día estoy. No es fácil y a pesar de eso, creo que lo he conseguido.

También he descubierto que si le doy una oportunidad a mis oídos, son una fuente inagotable de información, que soy capaz de clasificar igual que si mi cerebro fuera un archivador.

Por ejemplo:

Sé que el acceso al edificio en el que estoy, tiene un pequeño camino de grava, porque puedo distinguir el sonido de las ruedas de un coche al deslizarse sobre ellas. Esta semana en concreto, hemos recibido la visita de cinco coches. Lo malo es que no he podido diferenciarlos por marcas por el ruido de sus motores. A tanto no llego, y menos sin tener ningún tipo de referencia. Esa es la verdad.

También sé que algunas de las personas que nos han visitado, han caminado por delante de mi puerta y se han detenido unos instantes ante ella. Lo que me ha llevado a comprobar la existencia de algún espejo oculto por el que pudieran estar observándome. Una búsqueda infructuosa por cierto, porque no he conseguido encontrar nada con la vista.

Por esto mismo, me he centrado en identificar los pasos y hay algo que se me escapa. Soy capaz discernir los pasos de la enfermera y del doctor, pero hay otros que todavía no consigo saber de quién son, y ya empiezan a ser muy familiares para mí. De hecho, estoy convencido de que en cuanto pueda, sabré de quién se trata en cuando lo oiga andar.

“¡En fin!” a esto se reduce mi vida en este momento. No me queda otra que tomármelo con calma.

Estoy centrado en ese pensamiento cuando, de improviso, percibo que unos pasos se dirigen hacia mi puerta y que se detienen un par de segundos antes de abrirla. Se trata, en concreto, de los pasos que tanto me intrigan y por eso contengo el aliento al observar cómo se abre la puerta a cámara lenta para dejar paso al mismísimo Canarias.

Por mi parte, intento que mi rostro no refleje ninguna sorpresa; aunque estoy estupefacto. Mientras que por la suya, se limita a observarme seriamente antes de cerrarla de nuevo y coger una silla para acercarla lo máximo posible al lateral de la cama.

Se sienta y permanece callado un rato que se me antoja larguísimo. No sé cómo reaccionar y le devuelvo la mirada con el mismo gesto.

–Lección número dos: Nunca subestime a la persona que tiene ante usted –me dice, sin dejar de penetrarme con la mirada. –No tengo mucho tiempo, así que voy a ir directamente al grano.

–Ha sido reclutado para formar parte de la *Abwehr*.<sup>[60]</sup> A partir de ahora forma parte del servicio de defensa. Solo recibirá mis órdenes directas, de nadie más, y bajo ningún concepto –y se detiene para comprobar que oigo sus palabras.

–No soy su amigo y nunca lo seré. Quiero dejarle claro que al menor indicio de sospecha, lo aplastaré igual que si fuera una cucaracha. –La verdad es que hay tanta determinación en sus palabras que trago saliva convencido de que ese hombre, que me mira con aspecto agradable y cuidados modales, es capaz de eso y más.

–Siempre voy a ser yo el que me ponga en contacto con usted, cualquier intento por su parte de pasarse por alto esta indicación, le costará la vida.

–Bien... y como deferencia a la *dama*, me voy a permitir la licencia de compartir con usted parte de información secreta –imagino que se refiere a Hanna, del mismo modo que ella se refiere a él como “C” y no deja de parecerme brillante por su simplicidad. Así que voy a hacer lo mismo, lo llamaré *mein freund*.<sup>[61]</sup> por lo que me acaba de decir.

“¡Con tantos alias tiene que ser una suerte no volverse loco!”

–Sí, es cierto. Sé lo que se está preguntando. He sido yo el que ha ordenado su detención y posterior tortura. Era necesario. Tenía que saber cuál es su límite y tengo que decirle que ha cumplido de sobra todas las expectativas que tenía sobre usted. Antes de que la *dama* me propusiera su nombre, ya estábamos sobre sus pasos por el hecho de enrolarse en la marina. En estos días todo se sabe y lo que se desconoce, se investiga hasta la raíz. Su padre, el general Erich Krumm, nunca ha ocultado su aversión por la marina en público y sus comentarios despectivos son conocidos por todo el mundo. Por eso al enrolarse, sin darse cuenta provocó que la atención de algunas altas esferas se fijara en usted. En estos tiempos no es normal que un hijo contradiga a su padre tan a las claras y, más aún, después de tener conocimiento de la visita que le realizó a la Academia de Kiel –levanta una ceja, se ve que sorprendido por mi expresión. Por mucho que lo quiera disimular, me ha dejado de piedra. “¿Cómo puede ser que lo sepan todo? ¡Es increíble!” –Sí, estoy al tanto de la gran bronca que tuvieron y el hecho de que se quedara, terminó de confirmarme que no tiene nada que ver con él.

–Tengo que decirle que usted y yo coincidimos en un detalle importante. No somos racistas. No soy antisemita y nunca lo seré. Soy anticomunista y no he dudado, ni dudaré en hacer todo lo posible por matar a todos los comunistas que pueda.

–Lo que me lleva a aclararle el último punto antes de irme. Está muerto. Con esto le quiero decir que legalmente lo hemos matado. Bastián Krumm ya no existe. Lo asesinaron aquella noche en la habitación del hotel. ¡Jamás debe repetir ese nombre!!... Tiene que borrarlo como si nunca hubiera existido. Así que, en cuanto esté operativo, se le asignará una serie de nuevas documentaciones con diferentes nombres. Y cuando digo que está muerto, es que lo está a todos los niveles. No existe nada, ni nadie que le ate a ningún lugar y que pueda interceder en sus órdenes. ¿Está claro? –espera a ver mi reacción y, yo, simplemente, me limito a asentir sin parpadear. Estoy bloqueado y aturdido ante su despliegue de información. Necesito asimilarlo.

“¿Muerto?, es decir, ¿no existo!”

–¡Ah! Un dato importante, y que no quiero que se me olvide, es que tiene que saber que con todo esto le he salvado la vida. Estoy seguro de que como mucho habría durado un mes más antes de que lo hubieran asesinado o se hubiera suicidado arrastrado por su propia desesperación. No interesa en este momento una persona con su actitud. No tiene ni idea de cómo disimular su desagrado ante un cambio que, quiera o no, se está produciendo.

–Cuando el doctor me avise de que puede caminar, aunque sea con la ayuda de un bastón, volveré y entonces le daré la tercera y última lección –es lo último que dice antes de levantarse para volver a depositar la silla en su sitio y no puedo más que observar cómo se marcha sin que se me pase esa extraña sensación.

“¡Tranquilo Bastián, tranquilo! Vamos a ver... ¡respira! ¡Venga! ¡Vamos!” es la voz de mi interior que, prácticamente, me está dejando sordo.

“¿Qué es lo que acaba de pasar?”

“¡Respira! Vamos... tú puedes”

“¡Otra lección! ¡Si casi acaba conmigo con las dos primeras!!”

Bien, por prioridades y paso a paso.

Lo primero que me ha dicho es que soy espía.

“¿Espía?! ¡Si no tengo ni idea de nada!”

No entiendo por qué me lamento de algo que ya no tiene solución, puesto que estoy muerto oficialmente y, con este pequeño detalle, se ha ido al traste mi carrera

militar. Al pensar en eso, regresan a mi mente los últimos momentos en la habitación del hotel y de repente, de la misma forma que si se encendiera una luz en mi interior, empiezan a encajarse las piezas. Estoy convencido de que mi agresor en ningún momento fue consciente de que realmente él era la víctima por su asombroso parecido conmigo y este detalle también me revela el motivo por el que entraron a saco. Su intención era evitar que le disparara con mi pistola. Tenía que morir, pero con el disparo producido por otra arma.

Respecto al infierno que me han hecho pasar con las torturas, está demasiado claro el motivo. Además, *mein freund* no me ha dejado dudas con esta cuestión. Era necesario comprobar si puedo flaquear bajo la peor de las presiones y parece ser que lo he conseguido sin saberlo.

Otro punto importante es el tema de mi padre. Es cierto todo lo que ha dicho y no por eso deja de sorprenderme. Mi padre es militar de cuna, como se suele decir. Hijo y nieto de militares. Mi familia durante siglos ha estado unida al devenir de nuestra nación, dando su vida por ella cuando ha sido necesario. Es un hombre al que realmente he visto pocas veces en mi vida. Su carrera militar para él es lo más importante, relegando con ello su vida familiar a un segundo plano. Nunca he tenido grandes conversaciones con él y tampoco he disfrutado de los típicos momentos de intimidad y complicidad que pueden suceder entre padre e hijo.

Mi padre inició su carrera militar en 1889 ingresando en el Ejército Imperial Alemán con diecisiete años. Combatió en la Gran Guerra como Teniente bajo el mando del coronel Hans Von Seeckl. [62] Fue un destacado oficial que llegó a colaborar en la planificación de las Campañas contra Serbia y Rusia en el frente oriental. Cuando finalizó la guerra en 1919 entró a formar parte de la *Reinwehr*[63] con el rango de Coronel, mientras proseguía bajo el mando de Seeckl y lo más importante, es que ha sufrido en primera persona tener que asumir las difíciles condiciones del *Tratado de Versalles* [64], en las que se ha permitido que nuestra nación quede totalmente expuesta, porque solo se le autoriza conservar un ejército irrisorio. Algo que es totalmente cierto, porque ahora mismo, y en teoría, su dotación no puede ser superior a siete divisiones.

Para mi padre se trata de un ultraje en toda regla del que hace responsable a la marina, por ser ellos los que decidieron nuestra rendición al amotinarse y dejarnos sin posibilidades de morir defendiendo a nuestra patria.

Así que no es difícil imaginar de qué humor se presentó en la Academia de Kiel para hablar conmigo, cuando no hacía más de dos meses que había ingresado en la escuela de cadetes después de huir de mi casa.

No puedo negar el respeto que siento por él, pero a la vez no se trata solo de eso. En esa emoción hay un porcentaje altísimo de temor. Sin duda, es una persona que impone con su presencia. Así que cuando mi Cabo me avisó de que me estaba esperando en la oficina del Coronel de la base, suspiré inquieto, y no era para menos.

Tan solo tuve que abrir la puerta y enfrentarme a su rostro para darme cuenta de que estaba profundamente enojado. Por eso, creo que dio varios pequeños paseos antes de empezar a hablar.

—Recoge tus cosas. ¡Nos vamos!

—No, padre. No me pienso ir —al contestarle, soy consciente de que es la primera vez que lo contradigo y que, además, le mantengo la mirada.

—¡Basta! ¡No puedo perder más el tiempo! ¡Tengo cosas más importantes que hacer! ¡¡No pienso consentir que un burdo problema doméstico me frene!! ¡Por Dios! ¡Soy un soldado y no estoy para tonterías! —con dos zancadas se ha puesto justo delante de mí, tan cerca, que prácticamente se rozan nuestras narices y tengo que levantar la barbilla por su estatura, porque si soy alto, él aún lo es más. Sin duda, es una persona de gran envergadura.

—Me sorprende, padre... Nunca habría pensado que consideraras la desaparición de tu hija como un problema doméstico —mástico las palabras al estar recomido por la indignación y quizás por eso, no puedo más que susurrar.

—¡Tonterías! ¡Te comportas igual que un niño insensato! ¡Te vienes conmigo y no lo repito otra vez! Dime... ¿Acaso es esta tu manera de vengarte?, porque si era eso lo que querías, lo has conseguido. ¡Me indigna verte con ese uniforme! ¡Es el color de los cobardes! ¡¡Un Krumm jamás debería vestirlo!! ¡Puercos traidores! —cada vez grita más alto y en ningún momento, se detiene a pensar en que nos pueden oír los que están al otro lado de esa puerta. Al observarlo, lamento que su concepto del honor esté tan atrofiado y mantengo mi actitud, a pesar de que al gritar una de la venas de su frente se hincha por momentos y de que su cara no puede estar más enrojecida.

—¡He dicho que no!..., padre —al responderle aprieto los puños. Tengo que pensar rápido y encontrar la forma de librarme de él. No puedo olvidar que tengo dieciocho años y que legalmente tiene las de ganar en este momento. Por otro lado, también es importante el hecho de que he podido entrar en la Escuela de Oficiales por mi apellido y con estos gritos no sé si me van a permitir quedarme. Hoy por hoy, a este tipo de academias tan solo tienen acceso los que pertenecen a un alto nivel social y mi padre está echando pestes sobre la jerarquía de la marina sin cortarse un pelo.

—¡Quítate eso!... ¡Ya! —ahora sí que se rozan nuestras narices.

“¡Como me suelte un puñetazo me parte en dos!”

—¡Está bien! ¡Tú ganas!... —parece relajarse un poco al oírme —Pero, padre, te aseguro que mi comportamiento va a ser tan vergonzoso que voy a conseguir que desees que te trague la tierra. A ti y a tu honorable apellido... ¡¡Lo juro por Martha!! ¡Y sabes que lo hago! ¡Estoy dispuesto a tirar por el desagüe toda nuestra rancia historia familiar! —me desborda la intensidad de mi ira y por primera vez en mi vida, estoy tan decidido que no me importa que me mate de un guantazo, y resoplo de indignación.

“¿Cómo pueden importarle tan poco sus hijos? ¿Qué es lo que falla? ¡No lo entiendo!”

Pienso en todo esto sin bajar la guardia, al mismo tiempo que me escruta minuciosamente con la mirada y calcula hasta dónde soy capaz de cumplir lo que acabo de gritar. Es un hombre astuto y sabe que tiene mucho que perder. Lamentablemente, en estos momentos, no se valora como debiera una larga trayectoria militar debido al ambiente tan surrealista en el que vivimos y por eso mismo, se aleja de mí para ajustarse bien el uniforme antes de colocarse el abrigo sobre los hombros, sin dejar de mirarme con dureza al abrir la puerta y salir de mi vida.

En ese instante, dejé de existir.

Y hasta la tarde en la que nos encontramos en el lobby del hotel, no lo había vuelto a ver. Por eso, cuando Canaris me ha dicho que no debo tener nadie que me ate absolutamente a nada, ha acertado de lleno.

Estoy solo y, visto lo visto, mejor que sea así.

Lo pienso con tanta determinación que noto como una sensación desconocida y extraña para mí va tomándose el pulso. Acabo de caer en la cuenta de algo muy importante. Hasta ahora, siempre había intentado esquivar toda la historia, porque me angustiaba profundamente recordarla.

No sé si esta será la sensación que produce la madurez, pero la siento de otra manera. No es que no me duela. Estoy convencido de que jamás podré dejar de pensar en Martha, Salomón, sus padres y mis padres. Lo que ocurre es que me parece que la puedo ver desde otra perspectiva.

Ahora no deseo morir, a diferencia de los últimos años.

No.

Quiero vivir. Necesito saber que existe algo más que todo este despropósito antes de que todo se acabe.

Quizás esté en lo cierto cuando se ha referido a que me ha salvado la vida al obligarme a través de torturas a enfrentarme a la muerte. Sí, quizás esta sea la clave. Soy alemán y nunca voy a dejar de serlo, pero este hecho no quiere decir que tenga que aceptar sin condiciones todo lo que está ocurriendo.

Tengo que actuar con inteligencia y conseguir lidiar con lo que sea hasta que llegue el momento en el que tenga que decidir de nuevo. No me queda otra que ser paciente y si con ello tengo que hacer un pacto con el mismo diablo, lo voy a hacer sin dudar.

Con esta decisión, afronto mi nuevo estatus sin hacer preguntas e intentado hacerlo lo mejor posible.

Así que desde mi cama, me he limitado a ver pasar una estación tras otra sin desesperarme y sin perder el juicio. Y aseguro que las he visto ver repetirse hasta que ha llegado el momento de poder levantarme.

Algo que ha sucedido esta misma mañana después de desayunar. Me he quedado un rato embobado con la luz particularmente luminosa que entraba por las ventanas cuando, sin esperarlo, se ha abierto la puerta y he visto al doctor y a la enfermera con una silla de ruedas. No voy a negar que he sentido verdadera excitación al sentarme en ella y comprobar que por fin iba a poder salir de estas cuatro paredes. Sin embargo, para lo que no estaba preparado es para lo que he descubierto a continuación.

Tras abrir la puerta y guiarme con la silla hacia fuera, me he encontrado en mitad de un pequeño pasillo que da acceso a un salón. Mis ojos se han recreado observándolo con fascinación, teniendo en cuenta de que no soy consciente de cuánto tiempo he permanecido encerrado en aquella habitación blanca y que, por lo tanto, me parece que la simple visión de unos sofás, una chimenea encendida, unos grandes ventanales y alfombras cubriendo el suelo de madera, son algo extraordinario. Lo más impactante no ha sido esto, no. Lo más impresionante ha resultado ser lo que he descubierto cuando han abierto la puerta. Casi dejo de respirar cuando me he dado cuenta de que estoy en una cabaña aislada en mitad de las montañas.

Me he quedado estupefacto. De hecho, no he sabido muy bien de qué manera reaccionar y, simplemente, he suspirado para que el aire puro entrara en mis pulmones, al mismo tiempo que he observado el horizonte intentando averiguar dónde narices me puedo encontrar.

No hay duda de que es verano. A esta altitud si fuera invierno, la nieve tendría más de quince centímetros.

“¡No entiendo nada!” es lo único que se me ocurre pensar, mientras me giran para entrar de nuevo otra vez.

“¡Ni siquiera sé si estoy en mi país! ¿Dónde narices estoy?” y por más que busco algún detalle con la vista que me pueda dar algún indicio de algo, no lo consigo.

En cualquier otro momento de mi vida, me habría dejado abatir por la situación. Ahora, soy una nueva persona, un nuevo Bastián. Bueno no, un nuevo lo que sea. Así que he decidido que todo a su tiempo y lo primero, y principal, es conseguir andar de nuevo.

Esta es mi meta más importante. A raíz de eso, no he parado de insistirle al médico en empezar a hacer ejercicios para fortalecer la musculatura. En un principio se ha negado, porque considera que todavía estoy demasiado débil, pero al ver mi decisión, ha terminado por claudicar.

“¡No ha tenido más remedio!” más que nada, por el hecho de que me niego a seguir encerrado en esa habitación y le he explicado a las claras la imposibilidad de que me pueda escapar, porque aparte de no caminar... “¡No tengo ni idea de dónde estoy!”

Hago ejercicios durante horas. No paro más que para dormir y al amanecer, de nuevo, empiezo otra vez. Hora tras hora, día tras día, una y otra vez, sin descanso.

Me he empleado tan a fondo y con tanta insistencia, que he logrado que solo me quede una leve cojera en la pierna derecha por superar, cuando han empezado a caer los primeros copos de nieve.

No he consentido que el dolor me frene ni tampoco el no llegar a saber si ciertamente me dejará de doler alguna vez. Aquellos desaprensivos me rompieron todos los huesos. Aun así, no me puedo quejar del todo, porque las roturas fueron limpias al saber lo que se hacían y, gracias a ese detalle, la recuperación se supone que es más rápida.

Por otra parte, no encuentro la forma de obtener ningún tipo de información del exterior. No tengo ni idea de lo que está pasando más allá de los límites de esta cabaña y empieza a ponerme nervioso la sensación que se tiene cuando uno deja de existir. De hecho, hay momentos en los que me pregunto si *mein freund*<sup>[65]</sup> no se habrá olvidado de que estoy aquí y, en cambio en otros, pienso que en cualquier momento mi médico me va a atacar para acabar conmigo por una orden directa de él. Y lo peor es que no dejo de preguntarme qué clase de actitudes habrá podido ver en mí como espía, puesto que a pesar de que mi enfermera comenzó a visitarme casi todas las noches cuando empecé a mejorar, no he alcanzado más que a arrancarle gemidos con un orgasmo tras otro.

“¡Soy nulo por lo visto!”

Esta situación lo único que ha conseguido es que se despierte en mí un instinto mordaz de supervivencia. Estoy totalmente liberado del peso de la desesperación que me producían los amargos recuerdos. Sigo pensando en Martha, de hecho, es el motivo por el que me esfuerzo por superarme cada día en vez de mortificarme.

Me habla mucho en sueños y siempre me dice lo mismo, una y otra vez.

“Tranquilo... dünn!” estas son sus palabras y, a continuación, me sonrío.

No hay más.

Después de pensarlo detenidamente, he decidido protegerme y he ideado un plan. He puesto pequeñas señales de aviso por la cabaña. De esta manera, si surgiera la posibilidad de que pueda estar en peligro, por lo menos espero tener tiempo para defenderme a pesar de que no tengo armas, ni posibilidad de acceder a alguna.

Este detalle lo he suplido con pequeños objetos que voy recogiendo a escondidas y que oculto de la mejor manera posible. Aun así, gracias a esta sensación, mi oído funciona a la perfección y soy capaz de detectar las ruedas de un coche desde el mismo instante en el que empiezan a rodar por el camino de acceso a la cabaña, que es lo mismo que decir que soy capaz de oír perfectamente cualquier ruido que se produzca a veinte metros. El problema es que lo llegue a distinguir para saber de qué se trata, pero oírlo lo oigo.

Lo que me lleva hasta este instante en el que me quiere vencer el sueño y por alguna extraña razón, mi instinto no me permite dormir.

Estoy tumbado a oscuras y respiro suavemente mientras me concentro en el exterior. Hay algo que no me termina de cuadrar. Por un lado, mi enfermera esta noche no ha venido y por el otro, no dejo de percibir cierto grado de tensión en el silencio que me rodea.

Así que me levanto despacio, coloco la almohada en mi lugar y la tapo con la sábana antes de ponerme pegado a la pared justo al lado de la puerta y sin poder evitar una sonrisa al comprobar mi aspecto. Estoy descalzo y llevo puesta una bata hospitalaria abierta por detrás, con una pequeña tijera oculta entre los dedos de la mano de las que se utilizan para las curas como única arma.

“¡Estoy preparado para luchar!, ja, ja, ja, ¡madre mía! ¡Esto es de locos!”

Me río con nerviosismo, a la vez que observo atónito abrirse la puerta de mi habitación lentamente. A mi favor tengo que llevo tanto rato a oscuras que tengo la vista acostumbrada a ella, mientras que el intruso no. Él va mejor preparado. Lleva puestas unas extrañas gafas para poder ver bien en la oscuridad, pero ese detalle en particular no me detiene y, tras cerrar la puerta de golpe, me abalanzo sobre él y lo agarro fuertemente por el cuello hasta que siento crujir sus huesos. Por su parte, no ha dejado de disparar, imagino que por un acto reflejo. Entonces, lo suelto y se desploma sobre el suelo. Rápidamente, me pongo de rodillas a su lado para cogerle la munición de la pistola y es entonces, cuando percibo que hay más agresores al otro lado de las ventanas al escuchar el crujido de las pequeñas piñas que he ocultado en la nieve justo delante de ellas.

No me da tiempo a más.

Los que están apostados en el exterior han empezado a disparar ráfagas y no he tenido más remedio que usar el cuerpo del intruso como escudo. Un primer impulso que no me sirve de mucha utilidad, porque puedo oír las balas silbar por encima de mi cabeza.

“¡Joder! ¡Qué cabrones! ¡Así también puedo yo!”

A pesar de este pensamiento actúo rápido. Sé por experiencia que para obtener el éxito, se tiene que arriesgar al máximo y reacciono de manera totalmente suicida. Lo más normal es intentar huir del fuego, pero por el contrario, me estoy arrastrando hacia él.

Cuento con el factor sorpresa y me mantengo pacientemente en la misma posición, mientras las balas no cesan de llover y de destrozarlo todo. Hasta que llega el momento en el que tienen que recargar y me levanto en milésimas de segundos y disparo tres veces, dando de lleno directamente en los objetivos que caen abatidos para mi sorpresa.

Es la primera vez que mato y, realmente, no me produce ninguna impresión.

No tengo más tiempo para detenerme a pensarlo, porque de repente han derribado la puerta de una patada y, después de ver que no tengo otra opción, me he puesto en pie y he atravesado una de las ventanas de un salto dando de bruces contra la nieve helada. En mi mente me ha parecido buena idea, pero en la realidad no puede ser peor. Al caer he dejado todo mi peso sobre el hombro derecho y creo que me lo he dislocado.

“¡Qué dolor!” y tampoco he tenido en cuenta que estoy prácticamente desnudo y descalzo. Así que el mal humor me domina cuando recojo una de las ametralladoras del suelo antes de ocultarme tras unos setos, a la vez que intento descubrir cuántos son los que me atacan. Aun así, observo por unos minutos el arma que sé que es una de las que están prohibidas para el ejército alemán desde el Tratado de Versalles, lo que me hace cuestionarme cómo demonios habrán podido conseguirla, aunque después de todo lo que me ha pasado ya no me extraño de nada.

“¡No puedo dejar de tirar! ¡Qué frío!”

Si no acaban ellos conmigo, lo va a conseguir el maldito frío que hace.

“¡Qué estúpido! ¡Joder!”

“¡Ahora o nunca!”

Me levanto totalmente decidido a abrir fuego sobre mis atacantes sin pertrecharme detrás de nada. No lo hago por valentía. Lo que me empuja es el frío brutal que me está congelando, pero, de repente, se encienden unos focos exteriores que están colocados por todo el perímetro y que yo no había llegado a descubrir. En un abrir y cerrar de ojos, me encuentro rodeado. Así que dejo caer el arma sobre la nieve y levanto las manos, sin dejar de pensar que en algún momento tengo que morir. Hasta que veo a dos perros tejoneros correr en mi dirección y a una voz por encima de toda aquella algarabía.

—¿Qué está esperando? ¡Venga! ¡Entre inmediatamente! —¡Esa voz!... la reconocería aunque estuviera sordo y esto es en lo único que pienso, mientras me conducen de regreso a la cabaña.

Al entrar, lo primero que noto es la tibieza del ambiente interior y, lo segundo que veo, es a Canaris sentado en el sillón delante de la chimenea con sus dos perros tumbados a los pies.

—Primero, cámbiese. Tenemos mucho de qué hablar. —Es lo único que me dice antes de que mis acompañantes me obliguen a seguir andando hacia el pasillo de nuevo. Pero esta vez, se detienen ante otra puerta y al abrirla me siento reconfortado al comprobar que se trata de una habitación normal, con su cama, su armario, su silla, sus ventanas, sus lámparas y su cuarto de baño.

“¡Con qué poco me conformo! ¡Qué maravilla!” y casi me falta llorar de emoción al comprobar que alguien ha llenado la bañera con agua caliente.

Sé que tiene prisa, pero disfruto del baño hasta que el agua empieza a enfriarse. Después de secarme, abro la puerta y veo que sobre la cama han dejado algo de ropa y unos zapatos.

“¡Por fin!”

Como no hay ningún espejo, no puedo verme en él y no sé qué aspecto tengo. No me preocupa, porque estoy disfrutando de la sensación de estar vestido y, con ese estado de ánimo, abro la puerta y me dirijo al salón.

—Lección número tres: Dispare primero y pregunte después —es lo que me dice nada más verme entrar. Continúa sentado y con los perros cerca de él. Me observa con atención y le devuelvo la mirada sin hablar al sentarme frente a él.

—Ya sé que estará pensando que es una contradicción, ya que la función principal de un espía es recabar información. Sin embargo, ese no es su caso. Antes de empezar, tengo que reconocer que ha resultado ser mejor de lo que en un principio pensé. Ha sido capaz de cumplir con cualquier expectativa. Venga..., acompáñeme. —Se pone en pie, encaminándose de nuevo hacia el pasillo. Me limito a seguirlo obedientemente, hasta que se detiene ante la puerta del fondo y la abre.

Esa puerta nos da paso a una sala amplia que tiene una gran mesa en el centro, un pequeño aparador al fondo y un panel que empieza a deslizarse cuando pulsa uno de los botones que hay dentro de un cajetín sobre la mesa.

El panel que se desliza, resulta ser una pantalla para proyectar películas y tras indicarme que me siente a su lado en la cabecera de la mesa, pulsa otro de los botones y, entonces, el centro de la mesa se desplaza y emerge un proyector.

Realmente estoy asombrado, ya que es la primera vez que veo algo así. Ni en sueños he llegado a pensar que pueda existir este tipo de tecnología y, mucho menos, que la vería en persona.

—Traedla. —Nada más decirlo, se abre de nuevo la puerta y entra uno de los desconocidos que no hace ni una hora que ha intentado matarme. Se detiene a mi lado para depositar delante de mí, sobre la mesa, una caja de madera y, sin más, se da la vuelta y se marcha.

—Bien, tengo mucho que explicarle. Por prioridades, el primer tema que tenemos que tocar es este —lo dice, a la vez que me indica que destape la caja. —Ante usted tiene uno de los secretos que han sido, son y serán más guardados de toda la historia de nuestra nación. Su importancia es tan grande que muchos morirán por salvaguardarla y otros tantos morirán por descubrirlo. Lo que tiene delante de usted es *Enigma* —lo dice y se detiene para observar mi reacción.

Mientras que, por mi parte, me tomo mi tiempo antes de responderle.

—No soy ningún héroe y no llego a entender qué es lo que le hace pensar que lo soy —al hablar, lo miro directamente a los ojos, ignorando por completo lo que me muestra. Es cierto lo que he dicho y no me importa que, en ese mismo momento, saque su arma y me dispare. Quiero hacerle entender que, a pesar del riesgo, no va a tener más remedio que ser sincero conmigo. No estoy dispuesto a vivir ni un segundo más bajo la presión de no saber nada.

Por su parte, mis palabras y mi actitud parecen pillarle totalmente desprevenido y soy consciente de que no es un hombre que esté acostumbrado a que se le cuestione, pero me da igual y continúo manteniéndole la mirada durante un rato que me parece demasiado largo.

Sus ojos me estudian igual que si fueran capaces de ver más allá de mi piel, minuciosa y lentamente. Estoy convencido de que sopesa la magnitud de mis palabras y de que estudia los pros y los contras de continuar adelante con una persona como yo. Aun así, mantengo mi postura que, aunque lo pueda parecer, no se trata de un desafío sino que más bien es una prueba de carácter.

—Tengo que decir que me ha sorprendido. Por lo visto, tenemos más en común de lo que pensaba, pero a diferencia de usted, sigo manteniendo la fe en mis ideales. Sin embargo, usted la ha perdido —al hablar sigue con la misma expresión grave, aunque con una sutil diferencia que detecto a pesar de la intensidad del momento, ya que por primera vez percibo un brillo especial en sus ojos. —¡Y eso es justo lo que necesito!! Un hombre que no crea en nada. Es la cualidad indispensable para su misión. Si no cree en nada, la intensidad de su cinismo no lo dejará implicarse y podrá disponer de la suficiente sangre fría para saber valorar objetivamente cada uno de sus movimientos. ¡Es perfecto! —y detecto tal grado de excitación en su voz que me pone el vello de punta.

“¡Qué narices! ¡Joder! ¡Lo único que he conseguido es implicarme más!”

—Bien..., prosigamos —al decirlo parece recobrar la compostura y esto consigue desesperarme, aunque me esfuerzo para que no lo note.

“Va a ser más difícil de lo que pensaba; pero no imposible. Como sea, tengo que conseguir por lo menos estar un paso por delante de él” pienso con determinación, mientras continúa a lo suyo.

—Estoy convencido de que la máquina que tiene ante usted va a ser una pieza fundamental dentro de los hechos que se van a desencadenar. A estas alturas, ya debe saber que la diferencia entre un soldado y una gran mente militar no reside en el valor del que disponga ese soldado, ni de cuántas veces a lo largo de su trayectoria militar sea capaz de exponer su propia vida en el servicio a la patria. Lo principal es que ese soldado llegue a tener visión de profundidad. La cuestión se basa principalmente en el dominio de la estrategia y en disponer del don adecuado para saber exactamente en qué momento aplicarla —al hablar, no deja de caminar alrededor de la mesa y, ajeno a él, observo detenidamente el aparato en cuestión. A simple vista, me parece una máquina de escribir encajonada dentro de un armazón de madera, pero aun así, compruebo que tiene tres extraños rotores encima del teclado y alargo la mano para comprobar si se mueven. Efectivamente, así es.

—Se trata de la primera codificadora capaz de cifrar y de descifrar códigos sin necesidad de papel. Este avance se lo debemos a nuestra industria, porque ya hace tiempo que la utilizan las empresas para compartir información —se detiene para comprobar si lo escucho.

—Quiero que la desmonte y la vuelva a montar pieza a pieza antes de explicarle su funcionamiento —y se vuelve a detener.

“¿¡Qué la desmonte!? Pero, si no tengo ni idea de qué clase de mecanismo es... ¡Este hombre está loco! ¡No sé cuánto tiempo puedo tardar en hacerlo! ¡Joder!”

—No tengo prisa —al decirlo, vuelvo a tener la sensación de que puede leerme la mente. —Tiene usted mucho que aprender. ¡En fin! —y encoje los hombros dándome la sensación de que le aburre el tema. —Le voy a facilitar todas las herramientas necesarias para poder hacerlo. Pero no va a centrarse en esto únicamente. Mientras la desmonta, aprenderá inglés, italiano, francés y el más importante, el español como si fuera un nativo. Y cuando digo esto, me refiero a que no se le tiene que notar que es usted alemán.

—Por otro lado, perfeccionaremos sus técnicas de combate. Si se piensa que ya sabe todo lo que tiene que saber, tengo que decirle que no puede estar más equivocado. ¡No tiene ni idea de en cuántas formas se puede matar! —No evita soltar una carcajada al tocar este punto, y es algo que me irrita sobremanera.

“¿Qué se ha creído? ¡Será estúpido!”

—No, no me mire así. También tiene que aprender a dominar su carácter. Se tiene que transformar auténticamente en otra persona. La primera vez que lo vi en Múnich, me bastaron dos segundos para darme cuenta de que desprecia todo lo que se desarrolla a su alrededor y es una actitud que hay que modificar. Usted tiene que ser capaz de estar ante su mayor enemigo sin demostrar el efecto que este hecho le pueda producir. Tengo que hacer de usted un hombre encantador con cuidados modales y tan arrollador que no encuentre obstáculos al seducir tanto a mujeres como a hombres —arquea una ceja al decirlo, mientras que pienso con aprensión que antes muerto que soportar que un hombre me toque.

“¡Ya estamos! ¡Eso sí que no! ¡Por ahí no paso!”



Bastante he tenido que aguantar en mis años de academia. Respeto totalmente al que tenga esas inclinaciones, pero me resulta repulsivo por imposición. Me parece muy bien a algún griego eminente de su época, se le ocurriría la genial idea de que si se incentivaba estas costumbres sexuales entre los soldados, lucharían con más ímpetu por su patria por el deseo de proteger a su compañero al tener un vínculo más fuerte con él. Hasta ahí me llega la compresión y, de hecho, me ha importado una mierda crearme enemigos a mi alrededor por no entrar en el juego durante años.

Pienso en todo y le mantengo la mirada con seriedad.

–Bien... A partir de mañana empezará con todo lo que le he explicado. Le dejo a su disposición esta sala para que la utilice cuando lo necesite. En el proyector hay diapositivas de enigma, por si las tuviera que visionar para servirle de guía. Tendrá a su disposición a varios instructores que son los que lo van a ayudar a conseguir su propósito. Son los mejores en su campo y a esto le añado los cuidados del médico por lo que pueda surgir. Por otra parte, la enfermera se queda con usted para atender sus necesidades. Las necesidades de un hombre son importantes –sonríe al decir esto con un poco de malicia –Otra cosa... ¿Sufrir de claustrofobia?

–Que yo sepa, no –respondo a la pregunta sin llegar a sospechar el motivo. A no ser... que su intención sea la de enterrarme vivo.

–Bueno, ¡ya se verá en su momento! –y se encamina hacia la puerta para marcharse, pero lo detengo.

–Todo lo que me ha dicho requiere tiempo, ¿lo sabe, verdad?

–Le repito que no tengo ninguna prisa. Antes de que esté usted preparado, tienen que suceder una serie de acontecimientos. Cuando llegue el momento apropiado lo pondré al corriente de todo. Mientras tanto, límitese a prepararse. Tiene mucho por delante –es lo último que dice antes de salir por la puerta y dejarme en esa sala sin saber muy bien qué pensar.

Y de nuevo, vuelvo a ver pasar el tiempo sin ningún control sobre él, pero esta vez es diferente al tener libertad de movimientos. La cabaña en la que estoy recluido ha resultado ser más grande de lo que pensaba, aunque aún no he conseguido averiguar cuál es su localización exacta.

Mis días transcurren entre mis ejercicios físicos, las clases de idiomas y mi inseparable *Enigma*, que se ha convertido auténticamente en una prolongación de mí mismo. No me separo de ella en ningún momento, ni por la noche. He tardado meses en desmontarla, porque al no saber realmente lo que hago, he optado por la única opción que he visto posible, y he ido anotando y dibujando cada pieza que he tocado para poder volverla a colocar más tarde.

No me cabe duda que el nombre que le han puesto es el más indicado. Ya que resulta ser eso, un verdadero misterio y he llegado a la conclusión de que es más difícil que resolver el más complicado de los puzzles.

La única alternativa que he encontrado es hacer un diagrama reduciendo su mecanismo a la máxima simplicidad y como no sé realmente a qué me enfrento, he decidido desmontarla desde fuera hacia dentro, por fases.

Tengo claro que lo más insuperable se puede reducir a una simple idea.

Bien, he descubierto que es un dispositivo electromagnético. ¿Por qué? Pues, porque es una combinación de partes mecánicas y eléctricas.

Su mecanismo está formado por un panel de luces con letras del alfabeto, un engranaje mecánico, que es realmente el corazón del dispositivo, y unas teclas muy parecidas a una máquina de escribir, de ahí mi error al pensar que realmente lo era la primera vez que la observé, pero no son simples teclas, más bien, son interruptores eléctricos.

La parte más complicada, que en principio aprecio, es el tema de los rotores. Hay tres ranuras en la parte superior para colocarlos. Cada uno de ellos, se trata de un disco circular plano con veintiséis contactos eléctricos en cada cara. Se ve que cada contacto representa una letra del alfabeto. Al colocarlos en las ranuras, me he dado cuenta de que los contactos de salida del primero se conectan con los contactos de entrada del siguiente rotor y así sucesivamente, hasta que están los tres conectados.

El resto, no va más allá que cualquier mecanismo común. Así que, simplemente, me limito a numerar las piezas que voy desmontando.

Sé que debería de estar de mejor humor, porque a pesar de que esta dichosa máquina me está constando hasta la exasperación, acabo de terminar de desmontarla justo en este momento y me he reclinado en el sillón para observar todas las piezas esparcidas sobre la mesa y que he amontonado en pequeños grupos.

No sé en qué hora estoy. Solo sé que es la madrugada de una noche de verano y que por primera vez en meses enciendo un cigarrillo con tranquilidad, a pesar de que no tengo ningún motivo para estarlo. Solo con pensar que ahora la tengo que montar, me dan ganas de empezar a correr y no parar hasta que se termine la tierra.

“¡No entiendo qué cojones hago aquí!” La realidad es que no deja de parecerme de locos la situación y cuanto más tiempo pasa, más convencido estoy.

A parte de esta pesadilla, me están vapuleando sistemáticamente, tanto con el ejercicio físico como con los idiomas. Me despiertan a cualquier hora y me hacen correr kilómetros de bosque, pero ahí no se acaba, no. A continuación, me llevo verdaderas palizas ejercitando tácticas de combate que no consiguen más que maldiga, una y otra vez, la razón que tenía *mein freund* cuando me dijo que realmente no tenía ni idea. Y con respecto a los idiomas, ha llegado un punto en que no sé con cuál pienso. Sinceramente, a veces tengo la sensación de que me están volviendo del revés. Esa es la verdad.

Así que, con este estado de ánimo, dejo caer los dibujos encima de la mesa y me pongo en pie para irme a mi habitación con pasos cansados.

“No estoy de humor” y es lo último que pienso antes de caer rendido sobre la cama sin quitarme la ropa.

Después de transcurrir un largo rato, o eso es por lo menos la sensación que tengo, me despierto al notar un fuerte calor que me provoca que parpadee hasta que consigo abrir los ojos del todo.

“¡Qué demonios! ¿Dónde estoy?” Es lo primero que me pregunto al verme acostado en una litera que está empotrada en la pared y de que no es la habitación donde duermo.

“¿¿Cómo narices me han traído hasta aquí!?”

Estoy empapado de sudor y el aire es más denso de lo habitual y entra con peso en mis pulmones. Al incorporarme, me doy cuenta de que no lo puedo hacer del todo al estar la litera muy cerca del techo. Después de permanecer unos minutos evaluando la situación, me limito a dejarme caer intentando no golpearme la cabeza. Aun así, al dar con mis pies en el suelo oigo un sonido metálico y me doy cuenta de que tanto el suelo como los paneles de la pared y el techo son de hierro.

Y justo ahora, cuando estoy pensando desconcertado en la posibilidad de que me hayan enterrado vivo, vuelvo a escuchar esa voz...

–¿A qué espera? ¡Estoy arriba! ¡Suba ya! –No puedo evitar maldecir entre dientes mi suerte, mientras camino despacio hacia el fondo del extraño habitáculo para subir por la escalera y poder salir.

–¡Seppel! ¡Sabine!<sup>[66]</sup> ¡Vamos, venir! –al llamarlos con insistencia, son lo primero que veo al asomar la cabeza al exterior. Se trata de los dos perros tejoneros que nunca se separan de él, o por lo menos, cuando me visita.

–¡No fallan! Por eso los adoro. Al contrario que las personas, sé que jamás van a traicionarme –esto me lo dice, mientras los premia con pequeños trozos de carne seca. –Se lo digo en serio y no exagero –al decirlo, me mira con seriedad, pero no le respondo y espero a que acabe de jugar con bastante exasperación, la verdad.

–Bien... demos un paseo –se limita a decir, a la vez que empieza a caminar. –Me han notificado que por fin ha terminado de desmontar la máquina y lo felicito, porque gracias a eso, vamos a iniciar las prácticas de la siguiente fase. Y este punto también es fundamental. Como habrá visto al despertar, se ha encontrado dentro de un habitáculo hermético. Sí, ya sé que se estará preguntando cómo demonios ha ido a parar ahí... y la respuesta es sencilla. Si quiere, pierdo el tiempo explicándoselo –hace una pausa para esperar mi respuesta.

–No es necesario. A estas alturas ya no me sorprende nada. Lo único que quiero es que me diga de una vez qué narices estoy haciendo y con qué propósito –se lo pregunto a las claras, sin tener en cuenta la reacción que pueda tener. No me importa y esto quizás sea por el cansancio que siento. No lo sé.

–No tengo ningún inconveniente en decírselo, por lo menos, lo que considero que debe saber por ahora. La habitación en la que se ha despertado es una maqueta a escala real de una de las secciones del interior de un submarino. No está completa, claro está. Es importante que sepa que desempeña un papel transcendental para su futuro. Va a permanecer en su interior hasta que termine de montar la máquina y una vez la haya montado, avisará a su instructor y entonces será cuando vuelva a visitarlo para darle todos los detalles de su misión.

–Ahora, bien. Debe de saber que si al montarla no es capaz de enviar un mensaje cifrado será eliminado en el acto. Tengo que decirle que al avisar a su instructor, éste le dará un sobre sellado herméticamente en el que encontrará la clave para poder ponerse en contacto conmigo. *Enigma* resulta ser un mecanismo más sencillo de lo que piensa en este momento. Para poder emitir un mensaje deberá colocar antes en cada rotor la letra clave que será la misma que tengo yo en la mía, porque esa es la

única forma de conectarse. Tenemos que compartir la misma clave en los rotadores.

—¿Lo ha entendido? ¿Alguna duda? —Se detiene de nuevo para volver a observarme —Es sencillo:

Paso 1.-Montar máquina.

Paso 2.-Abrir sobre que le dará su instructor

Paso 3.-Colocar en cada rotor la letra que le corresponda de la clave

Paso 4.-Fallo: aniquilación.

—Sí ¡Está clarísimo! —y no disimulo el sarcasmo en el tono de mi voz.

—Por lo que veo, aún le queda un poco por dominar de su carácter, aunque no me preocupa, porque sé que le va a venir muy bien estar encerrado una temporada.

No hay nada como la falta de libertad para limar asperezas... —ahora el que habla con sarcasmo es él y se supone que lo tengo que aceptar.

“¡Joder! ¡En que momento me dejé vencer por Hanna! ¡No me lo explíco!”

—Bien, va a permanecer encerrado por dos motivos, uno de ellos ya lo sabe y el otro, simplemente, es porque usted no tiene ningún tipo de preparación ni experiencia en navegar bajo el agua. Usted es marino; pero de superficie. Necesito saber si es capaz de aguantar la presión de vivir una temporada en el interior de uno sin que sufra locura transitoria. No, no me mire así. Se han dado infinidad de casos y no puedo exponerme a que le pase.

—Y eso es todo! ¡Ah!... Cada cierto tiempo, abrirán su escotilla para que pueda respirar un poco de aire. En el interior se ha intentado reproducir al máximo las condiciones ambientales de un submarino, tanto con el oxígeno como con la temperatura. Y no tiene que olvidar cuando le entre la desesperación, que tiene que añadirle la sensación de que convive con cuarenta y dos personas más. Esto se lo digo para que no se le olvide —al decir esto se vuelve a detener y, como ya estamos de nuevo ante el agujero en cuestión que se supone va a ser mi hogar durante una temporada, se limita a mirarme durante un instante antes de darse la vuelta y marcharse seguido por sus perros.

Mientras que, por mi parte, centro mi atención un momento en observar la copa de los árboles y a sentir cómo el aire traspasa sus ramas, antes de volver a meterme en ese maldito cajón y de que cierren la compuerta para aislarme por completo. No puedo evitar preguntarme cómo han sido capaces de construirlo dentro de la parcela donde está la cabaña sin que me haya percatado de nada extraordinario en ningún momento. Lo que me lleva a cuestionarme otra vez sí, realmente, no se ha equivocado conmigo.

“Es demasiado evidente que me faltan actitudes”

Lo pienso después de esperar unos minutos para adaptarme a la luz mortecina de las bombillas del techo. No es que en el exterior hubiera demasiada claridad, apenas si se empezaban a percibir las primeras luces del alba, pero es que aquí adentro es demasiado escasa y es algo que me preocupa.

“¡No sé cómo voy a montar la dichosa máquina!”

Bien, lo primero es lo primero. Tengo que conseguir concentrarme y lo peor es que aquí hace demasiado calor para hacerlo. Tengo la sensación de que estoy a treinta grados por lo menos. Esto lo pienso, al quitarme la ropa para quedarme en camiseta y calzoncillos.

“¡Qué calor!”

“¡Sudo a mares!”

Lo que me hace pensar que va a ser una de los detalles que más me cuesten. No estoy acostumbrado a esta temperatura y no me queda otra que tener paciencia hasta que mi organismo se adapte a esta situación, bueno, y a que el oxígeno es demasiado pesado. Tengo la misma sensación al respirar que si tuviera a un niño sentado sobre mi pecho. El aire es denso y si como me ha advertido, a este detalle le tengo que sumar que lo tendré que compartir con cuarenta y dos personas más, consigue multiplicarse por cien.

No quiero parecer un quejica, pero es que por momentos se cuele por mi nariz una profunda mezcla de fuertes olores, de bencina, aceite, grasa, caucho y, por encima de todos ellos y de manera espectacular, sobresale un intenso olor a pintura.

“Tranquilo, respira...”

“¡Buen comienzo! ¡No llevo ni un cuarto de hora y ya tengo ansiedad por respirar!”

“¡Joder! ¡Qué récord!”

Cierro los ojos para intentar combatir la sensación de ahogo, hasta que después de unos momentos los abro de nuevo al sentir la misma determinación que siempre. “Cuanto antes lo haga, antes podré acabar con todo esto”

Así que me encamino para recorrer por completo el habitáculo y de esta manera tomar conciencia de lo que realmente dispongo.

Se trata de un espacio rectangular que debe medir unos cuatro metros de ancho más o menos, y esto lo calculo en proporción a mi medida. Si mido un metro noventa, (bueno, un metro ochenta y siete para ser más exacto), esto quiere decir que mi zancada perfectamente puede medir cincuenta centímetros. Así que me limito a contar zancadas desde una pared a otra.

Y de altura, si no me equivoco, quizás en la parte más alta pueda rozar los dos metros y medio, así a bote pronto.

Una vez me aseguro de esto, continuo con el siguiente punto, que no es otro que asegurarme de que hay cuarto de baño. Me da igual en las condiciones en las que esté, es algo imprescindible y suspiro aliviado al ver que sí que voy a disponer de uno. Está al fondo y no es muy grande, pero tiene ducha para compensar.

Y ya no hay mucho más por ver a parte de la litera en la que me he despertado, una mesa donde me han dejado todas las piezas y los dibujos para montar *Enigma* y unas botas con suelo de goma que imagino me han dejado para que las utilice, al ser una básica manera de tener toma de tierra.

Así que sin más, me siento ante ella y empiezo desde el principio...

Estoy convencido de que esta experiencia se trata, sin duda, de una de las más extrañas que haya podido tener o pueda tener la posibilidad de vivir en un futuro.

Sinceramente, no sé muy bien cómo clasificarla.

Para empezar, he pasado el tiempo montando la máquina sin descanso por mi parte y digo esto, porque he parado solo cuando ha venido mi instructor cada día para forzarme a hacer ejercicios sin parar, y lo peor es que me ha obligado a hacerlos vestido. Lo que me ha servido, por un lado, para mantener la forma y, por otro, para diferenciar los días. A no ser, claro está, que me haya tomado el pelo al obligarme a hacer dos veces ejercicio en el mismo día.

Es algo que nunca llegaré a saber.

A todo esto, también le añado el tema de la comida. Si digo que ha sido mala, malísima, me quedo corto y tampoco puedo olvidar el detalle de los limones. Tengo claro que es una medida de prevención contra el escorbuto, pero juro que, si me hacen comer un limón más, perderé la cabeza y los mataré a todos.

Lo cierto es que por fin acabo de terminar de montarla y me estoy tomando unos minutos antes de avisar a mi instructor. No soy consciente del tiempo que he empleado en hacerlo. Teniendo en cuenta que, en este momento, no sé en qué día estoy y mucho menos en qué año.

No dudo ni por un instante lo que está en juego.

Si fallo, estaré muerto en menos de un parpadeo y la verdad es que me siento muy cansado, pero la imagen de Martha me empuja a seguir.

No puedo rendirme. No.

“¡Es el momento!” y pulso el botón que enciende una pequeña luz verde en el panel que tengo frente a mí antes de ir al baño. Necesito lavarme la cara. Si tengo que morir, no quiero hacerlo sudando.

Cuando regreso me enfrento con los ojos de mi instructor que me espera con un sobre cerrado en las manos.

Lo cojo y me siento. Al abrirlo, encuentro un papel en el que hay tres letras mayúsculas, H, C, B, y una palabra en clave. Así que procedo a colocar en cada rotor la letra determinada y empiezo a pulsar las teclas para escribir el mensaje: *Úrsula*.

Observo con alivio que cuando las pulso al menos se encienden y eso es una buena señal, pero mientras espero la respuesta no puedo más que sentir inquietud. Soy consciente de que mi instructor está de pie detrás de mí, esperando el momento para ejecutar sus órdenes.

Hasta que de improviso, empiezan a encenderse las teclas que tengo que anotar para descifrar el mensaje. A pesar de mis esfuerzos por no sudar, no puedo dejar de hacerlo y, después de secarme el sudor con el brazo, procedo a escribirlo: *¡Perfekt!*[\[67\]](#)

–Bien, ¡vamos! Tengo que llevarlo a la casa –la voz del instructor me hace volver en mí. “¡Por los pelos!” y estas palabras son un verdadero eco en mi cabeza al levantarme para salir al exterior.

Una vez afuera, necesito parar para sentir el aire fresco. Estoy extenuado y a la vez, siento excitación por saber qué es lo que va a pasar a continuación.

Así que me encamino hacia la casa con determinación, esperando encontrarme con *mein freund* y poder al fin saber todos los pormenores que me comentó en su día que me iba a decir.

Al entrar, para mi sorpresa, no lo encuentro por ningún lado y me encojo de hombros sin llegar a detenerme, porque me muero de ganas por llegar a mi habitación. Necesito urgentemente un baño caliente y una buena cama, tanto, que no me importa no comer. Pero todos estos propósitos se van al traste en cuanto abro la puerta, veo la cama y me dirijo hacia ella dejándome caer prácticamente dormido.

Al día siguiente, me despiertan las voces de mi enfermera y del médico. Discuten porque me dormí sin bañarme y sin cenar. El médico es muy duro al recriminarla, al ser la encargada de que lo hiciera. Ella le explica, con bastante carácter por cierto, que no quiso despertarme cuando entró y me vio profundamente dormido.

La observo hablar y no puedo evitar sonreír al darme cuenta de lo primarios que somos los hombres y lo necesario que es para nosotros el contacto físico. No sé cuánto tiempo hace desde la última vez que la abracé entre las sábanas, pero no puedo apartar los ojos de la delicada piel que asoma por encima del cuello de tela de su uniforme. No soy capaz de oírlos. Lo único que quiero es que el médico se marche para poder abrazarla y sentir la presión de sus tetas al apretarla contra mi pecho.

“¡Qué mal estoy!” es lo que pienso, al pasar por su lado para dirigirme al baño, mientras intento que no se den cuenta de mi erección.

“¡Madre mía! ¡Tiene vida propia!” y me meto bajo el agua helada de la ducha sin poder parar de reír a pesar de las circunstancias.

Durante los días siguientes, me he dedicado a descansar y a recuperarme un poco a la espera de noticias. Para mi suerte, mi instructor ha decidido dejarme en paz. Así que me dedico a comer, a dormir y a tener un buen sexo con mi cuidadora. No es que sea para tirar cohetes, pero al menos me ayuda a relajar un poco la inquietud que tengo.

Son días en lo que he podido meditar mucho sobre mi nueva situación y es inevitable darme cuenta del profundo cambio que he experimentado en mi interior.

No soy el mismo.

Prácticamente la densa nube de aflicción que me consumía ha desaparecido y esto no quiere decir que no me importe el pasado. No se trata de eso. Lo que ocurre es que lo vivo de otra forma. Sé que jamás voy a olvidar a Salomón, es más, ahora estoy convencido de que su amistad ha sido la causa de que fuera impermeable a mi entorno y que, por lo tanto, no pudiera compartir ni entender las erróneas ideas en las que creen la mayoría de las personas que forman esta nación.

El problema no está en la raza ni en la religión. No es tan simple como pueda ser eso. Es algo más profundo y que curiosamente se alimenta de la inseguridad de los propios líderes que son los encargados de gestionar el país.

Si se pasa escasez de alimentos, de libertad...

Si se vive bajo el yugo del terror y la incompreensión, a lo único que se conduce es a que la gran masa se transforme en un solo individuo cargado de odio y prejuicios en su errática búsqueda de la necesidad de encontrar un culpable.

Por eso, sé que voy agradecer siempre haber tenido la dicha de que Salomón y su familia hayan formado parte de mi vida y que lo haré hasta que muera. Aunque de alguna manera, no deja de dolerme pensar que sus inútiles muertes han servido para que tomara conciencia realmente.

Y luego está el tema de la persona que más he querido en mi vida, Martha.

Está tan dentro de mí que la percibo como parte de mí ser y sé que va estar conmigo cada uno de los días de mi vida. Ella significa para mí la expresión del amor y es porque es el único que he conocido. Sentirla de esta manera es la razón que me demuestra que esa emoción puede existir.

Cada vez que rememoro su rostro, su voz y sus gestos, no dejo de sentir una sensación cálida y reconfortante en mi pecho. Y eso me gusta. Consigue que me vea tan solo como un hombre normal que intenta buscar un camino que no sabe bien cuál es, ni hacia dónde lo puede llevar.

Cada vez que pienso en ella, me emociono al sentir que existe algo maravilloso en la vida que aún estoy por descubrir.

La simple evocación de su sonrisa, me llena de esperanza.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi abstracción. Se trata de mi instructor que me trae un uniforme colgado en su percha para que me lo ponga.

–Lo esperan en la sala de proyección –es lo único que me dice, después de dejar el uniforme sobre la silla.

Lo observo unos minutos, porque es un uniforme de la marina, pero a diferencia del mío anterior, la chaqueta es más corta y cruzada. Tiene dos filas de botones dorados a cada lado y al mirar los galones me doy cuenta de que son los de un Cabo 1º.

“¡Me han quitado mi rango de Teniente!” pienso con bastante mal humor. No estoy de acuerdo con esta decisión y voy a dejárselo claro a *mein freund* y, justo en este momento, entra mi enfermera con un espejo.

Me mira sonriendo y me guiña un ojo para animarme a que me asome a él.

A estas alturas sé que no es demasiado lógico que todavía no esté preparado para todo; pero la verdad es que no. Por lo visto carezco del instinto imprescindible que hay que tener. Nada más mirar mi reflejo, he sentido una profunda punzada de desazón.

El espejo me devuelve la imagen de un extraño.

“¡Mí cara! ¡No puede ser!” No dejo de pensar al pasarme los dedos por el rostro. La frente es la misma, pero mis pómulos no, ni la nariz que es más fina y delicada. Entonces, miro mi barbilla y no quepo en mí asombro al comprobar que tengo un pequeño hoyuelo justo en el centro.

“¿Será posible? ¿Cuándo?” y, de pronto, caigo en la cuenta de que tuvieron que aprovechar el momento en el que entré en el quirófano para efectuar los cambios después de la tortura.

“¡Joder! ¡Esta gentuza no tiene límites!” No puedo evitar sentarme para recomponerme un poco sin disimularle mi estado de ánimo a mi enfermera que, antes de marcharse, se encoge de hombros al darse cuenta de mi reacción.

Después de un momento, me he levantado para volver a observarme con más tranquilidad y me he dado cuenta de que realmente los cambios no son tan radicales como me ha parecido en un primer vistazo. Se han limitado, simplemente, a suavizar mis rasgos y, la verdad, es que ahora podría pasar perfectamente por un inglés. Aun así, no deja de sorprenderme comprobar que realmente he pasado años sin mirarme. La última vez que me observé en un espejo, fue el día que cumplí veinticuatro años en el hotel de Múnich y el hombre que se refleja, que soy yo, me da la sensación de que ronda los treinta.

“¡Madre mía!”

Y eso que, más o menos, Hanna me ha prevenido en alguna ocasión, y a su manera, de que son propensos a actuar de esta forma.

Cuando me marché de mi casa llevaba dos años sin verla después de nuestro primer encuentro íntimo. A Hanna la reclutaron en París. Su padre es diplomático y es una costumbre para cualquier red de espionaje intentar agenciarse a este tipo de personas. Por un lado, suelen estar acostumbrados a viajar constantemente y de esta manera llegan a dominar varios idiomas y, por otro, pueden tener acceso a información reservada.

Esto lo sé por ella.

No me cabe duda de que fue lo mejor que le pudo ocurrir. De hecho, estoy convencido de que disfruta con su cometido o, por lo menos, es lo que me ha dado a entender cada vez que nos hemos visto.

Lo cierto es que tardé cuatro años en volver a verla y que fue ella la que me encontró.

Durante mis años de academia, prácticamente, no salí. No deseaba encontrarme con nadie, ni conocer a gente nueva. Estaba totalmente abatido por todo lo que había ocurrido. Hasta que me decidí a hacer un viaje a Berlín unos días antes de embarcar en mi primer buque para hacer las prácticas.

Nunca olvidaré el momento en el que nos reencontramos tras escuchar unos golpecitos en la puerta de mi habitación del hotel.

“¡Dios! ¡Con qué intensidad nos abrazamos!” De hecho, no era consciente de la necesidad que tenía de ese abrazo hasta que la rodeé para apretarla con vehemencia.

Y desde ese momento, no ha dejado de insistirme que la solución para mí está en formar parte de la Abwehr. [68] Está convencida de que de otra forma no voy a

conseguir sobrevivir. Me conoce demasiado y sabe que mi concepto del honor no me permite no servir a mi país. Lo que no sabe, ni le voy a decir, es que dejé de sentirme alemán en el momento en el que aniquilaron de la manera más cruel a todas las personas que amaba.

Jamás haré nada en contra de esta nación; pero no puedo evitar no sentirme parte de ella.

De alguna forma, aunque no puedo explicarlo con un poco de coherencia ni a mí mismo, estoy convencido de que en algún lugar tiene que existir un trozo de tierra que cuando la pise..., me enlace a ella y lo mejor es que no me importa en absoluto si tiene nombre, idioma o religión.

“¡No me gustaría morir sin encontrarla!” Y creo que esa es la razón de que Martha me tranquilice en mis sueños.

No lo sé.

Y, de nuevo, unos golpes en la puerta me recuerdan que tengo una reunión importante. Así que me ajusto el uniforme y me encamino hacia la sala de proyección seguido por mi inseparable instructor.

Nada más abrir la puerta, me encuentro a Canaris sentado y me asombro muchísimo cuando observo que a su lado está sentado otro oficial.

Primero, porque *mein freund* lleva puesto el uniforme y es la primera vez que lo veo con él, y segundo, porque siempre me ha insistido en que solo iba a tener contacto directo con él.

Tras hacer el saludo militar de rigor, me siento en el otro extremo de la mesa, pero *mein freund*, me indica que me acerque más a ellos.

Durante unos instantes, me limito a observar la expresión de gravedad de sus rostros y me doy cuenta de un detalle que destaca en ambos uniformes. No lucen la insignia de *kriegsmarine*, sino que en la pechera sobre el bolsillo derecho puedo ver perfectamente deslumbrar a una insignia en particular. Se trata de un águila dorada con las alas abiertas que agarran una corona de roble y la esvástica del partido nazi en el centro. Al observarla fijamente, aprieto la mandíbula al reconocer sin ningún problema el dibujo de una cruz cuyos brazos se doblan en ángulo recto, ya que es el símbolo del Partido Nacional socialista que lidera *die hilflos*, [69] de los cojones. Lo que no deja de parecerme una cruel ironía y por esta razón en su día busqué su origen, al llamarme la atención que precisamente fuera esa la imagen elegida. No pude caber en mi asombro cuando descubrí que su propio nombre proviene del sánscrito y que es un objeto de culto tanto para budistas como hindúes.

“¡El cabrón no puede ser más cínico, ni más hipócrita y falaz!”

De todas formas, les mantengo la mirada mientras me esfuerzo para que mi expresión no me delate, a pesar de que mi indignación crece por momentos.

“¡Joder! ¡¡No puede ser cierto!!”

—Le presento a mi colega el Capitán de Navío *Karl Dönitz*[70]. Es el Jefe de submarinos (FdU) —Se limita a hacer un simple movimiento con la cabeza que le devuelvo. A la vez que, *mein freund* ignorando el gesto, prosigue hablando... —Lo he puesto al día de su existencia y de la misión para la que se está preparando. Su aportación es fundamental, porque tiene que tener en cuenta que usted se va a enrolar en uno de sus submarinos sin haber efectuado el entrenamiento que considera adecuado e imprescindible, de hecho, los cursos de la academia los ha creado él —mientras habla, los observo y me he dado cuenta de la diferencia sustancial que existe entre ambos. Dönitz es una copia exacta de la actitud de mi padre, no hay duda de que por encima de todo es militar, a diferencia de *mein freund* que, a mis ojos, no puede ocultar el mismo matiz diferente de siempre —... Bien, por lo tanto ha sido indispensable contar con su apoyo. —Cuando quieras... —le dice a Dönitz a la vez que le acerca un tubo.

—De acuerdo. Voy a ir al grano, porque no tengo mucho tiempo —dice a la par que abre el tubo y extrae unos planos para extenderlos sobre la mesa. Es un hombre delgado, con frente despejada, una barbilla bien definida y unos ojos increíblemente claros con una mirada tranquila que me da a entender lo seguro que está de todos y cada uno de sus actos. —Usted se va a enrolar en el U-33 —me hace un gesto para que me incorporé a observar los planos de cerca. —Es fundamental que aprenda los planos de memoria. Tiene que saber en qué lugar están cada volante, engranaje, tornillo de la nave, etc. No debe olvidar que para los cuarenta y dos tripulantes restantes, usted es uno más y no tienen que saber en ningún momento que se trata de su primera inmersión.

—Ahora comprenderá el motivo por el que ha estado encerrado... —al hablar *mein freund* sonríe levemente.

—Sí, pero eso no es suficiente. Lo único que ha conseguido con eso es controlar la claustrofobia de una forma muy básica. Durante unos meses tendrá que someterse a unos ejercicios determinados que le voy a pasar a su instructor y que tienen que estar controlados por cronómetro —lo corta sin vacilar y centra su mirada en mí. —Lo más esencial que tiene que comprender es que cada uno de los integrantes de la tripulación es fundamental y que solo el hecho de que tan solo uno de ellos no funcione dentro del engranaje, puede representar una verdadera debacle. ¿Está claro?

—Sí, señor... —son las únicas palabras que alcanzo a decir.

—Bien el U-33 es un submarino Tipo VIIA y tiene un gemelo que es el U-34, con las mismas prestaciones y características. A estas alturas, no le niego que he hecho caso omiso sobre las condiciones infames del Tratado de Versalles y he puesto en marcha un plan para cambiar radicalmente el concepto de la guerra en el mar. Resulta demasiado evidente que la armada británica está muy por encima de nuestras posibilidades, es decir, a nivel de superficie no tenemos nada que hacer, pero, por el contrario, bajo el mar podemos llegar a ser prácticamente invencibles.

—Es totalmente cierto lo que dice. Gracias a mi colega, hoy por hoy, nuestra nación no está tan desvalida —y con este comentario, *mein freund*, termina por reforzar la sospecha que tengo que por momentos es más grande.

—Caballeros, ustedes me están hablando como si estuviéramos en guerra otra vez. ¿Es así? —al hablar intento no demostrar mi asombro y ellos, tras observarse unos minutos, dirigen sus miradas hacia mí de nuevo.

—Bueno, de ese tema le hablará su superior cuando me marche. Lo lamento, pero es verdad que tengo el tiempo justo —y vuelve a centrarse en los planos como si nada. —Bien, mide 64 metros de eslora, 5'85 metros de manga y 4'37 metros de calado. Estas son sus medidas exactas y se las doy para que vaya haciéndose a la idea. En la cuestión de armamento cuenta con 4 tubos lanzatorpedos a proa, 1 tubo lanzatorpedos a popa, 11 torpedos de reserva, 22 minas y 1 cañón de 88mm. Está propulsado por 2 motores diésel, 2 motores eléctricos y 2 hélices. Su velocidad en superficie es de 17 nudos y sumergido de 8 nudos y tiene una autonomía de 6200 millas a 10 nudos en superficie y de 94 millas a 4 nudos en inmersión... —habla y habla sin parar a la vez que me señala todos los datos que nombra y, por momentos, empiezo a sentirme más incómodo.

—Y eso es todo. El resto de información la tiene en los planos. Si yo fuera usted, en primer lugar, me preocuparía por saber todo lo referente sobre lo más importante, como es la sala de máquinas... Bien, no me entretengo más, me marcho —al decirlo se acerca a *mein freund* para abrazarlo y, antes de salir por la puerta, se gira para mirarnos unos segundos antes de cruzarla.

Después de cerrarse la puerta, el silencio desgarró el espacio existente entre nosotros. Es un momento bastante incómodo, porque permanece observándome impasible, a la par que mi mente es un verdadero caos y aunque intento disimularlo, no sé con certeza si lo consigo.

—No pienso continuar ni un segundo más con todo esto si no me dice de qué se trata. Considero que he tenido mucha paciencia hasta ahora, por eso le advierto que me importa un bledo si en este mismo momento saca su arma y me dispara —hablo pausadamente, sin desvelar el estado de nervios que me corroe por dentro.

Sin embargo, no logro percibir ningún cambio en su expresión a pesar de mis palabras, así que me enciendo un cigarrillo y le devuelvo la mirada.

—No puedo negar que tiene usted toda la razón —habla en un perfecto español, aunque con un acento bastante particular y lo observo perplejo. —La verdad es que ha tenido una paciencia infinita...

—No quiero una disculpa. Le exijo información. No puede pretender tenerme aislado del mundo y sin ninguna opción —le respondo en el mismo idioma y me resulta demasiado evidente que mi pronunciación es mejor.

—Hay un detalle que me llama en exceso la atención y es que, a pesar de dominar mil formas de acabar conmigo sin un arma y así poder escapar, no ha demostrado ninguna intención de hacerlo. Ahora mismo, usted está preparado para llevarlo a término con éxito y estoy convencido de que es capaz de acabar con toda la guardia del exterior sin ningún problema. ¿Puede decirme por qué?

—No me adule y no cambie de tema. Estoy esperando su explicación...

—Y yo, la suya...

“¡Es listo el cabrón!” pienso a la vez que le mantengo la mirada y a pesar de que, por momentos, entrecierra levemente los párpados para asegurarse de cualquier minúsculo cambio en mi expresión.

—No importa. Tengo que decirle que su silencio me dice más que sus palabras —y encoje los hombros. —¡En fin! Ha llegado el momento de darle las instrucciones. Usted no lo sabe; pero acaba de pasar la última prueba —al mismo tiempo que habla, pulsa uno de los botones de la mesa. —Todo correcto, puede retirarse —y me guiña un ojo sonriendo, ante lo que no puedo más que girarme para intentar ver algo a través del visillo de la ventana.

—¿Le he dicho ya que usted me impresiona? ¿No? Pues es cierto. Le aseguro que, en todos mis años de servicio, es la primera vez que pienso que he encontrado la horma de mi zapato y no lo digo por decir. Es verdad.

“No contesto, ¿para qué? Está claro que tiene todas las respuestas”

—¡Un solo parpadeo! Un solo movimiento fuera de lugar y habría caído abatido sobre esta mesa de un disparo. ¡Qué huevos tiene!, ja, ja, ja, —ríe con ganas y es la primera vez que lo veo reír así. Mientras que, por mi parte, sigo fumando sin inmutarme y pensando que seguramente es mi instructor el encargado de hacerlo.

“¡Qué afán tiene ese hombre por acabar conmigo!”

—Bueno... —consigue decir intentando controlar su ataque de risa —En primer lugar tengo que situarlo en el tiempo. Hoy estamos a 31 de julio de 1936 —al oír esa cifra, se me encoje el estómago...

“¡Madre mía! ¡¡¡Llevo seis años en este lugar!!!”

—Sé lo que está pensando, pero era necesario mantenerlo aislado. Tiene que tener en cuenta la gravedad de su situación y de la necesidad de que se preparara a conciencia. Hoy por hoy, puedo decirle que usted es uno de mis mejores agentes o, por lo menos, uno de los que están mejor preparados —hace una pausa para permitirme que asimile. —Tengo grandes proyectos para usted, si todo sale como he calculado, su trabajo va a ser fundamental dentro de los acontecimientos que se van a producir.

—Adolf Hitler es nuestro Führer desde el año 1933. Ahora mismo la consigna que recorre nuestra nación es: “*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*”<sup>[71]</sup> La repiten hasta la saciedad y como es lógico, se ha convertido en un auténtico dogma —al decir esto, noto cierto tono de desengaño en su voz. —Del que no voy a negar que en un principio, me sentí totalmente devoto. Usted sabe que soy anticomunista y la doctrina del partido en ese aspecto cubre todas mis expectativas, pero el tiempo se encarga de poner las cosas en su lugar y la situación está tomando ciertos derroteros que no son de mi agrado. ¡En fin! ¡No estamos aquí para que oiga mis lamentos! ¡Tenemos una misión!

“¡¡Joder!! ¡¡El cabrón se ha salido con la suya!! ¡El país a manos de *die hilflos*!”

—Bien, ahora le explico el motivo del porqué era tan importante que usted dominara absolutamente la máquina y aprendiera idiomas, sobre todo el español, —continúa hablando en el mismo idioma y por lo que veo va a continuar así.

—En España ha estallado una Guerra Civil, precisamente este mes, entre el 17 y el 18 de julio. Una contienda que a malas penas ha pasado desapercibida para nuestros servicios de defensa, por la falta de agentes de forma permanente en el Marruecos Español, ya que ese es el escenario principal de los conspiradores.

—Tengo que decirle que me unen importantes lazos a ese país y pienso que es debido a la temporada que pasé allí como el agente de campo *Reed Rosas*... Sí, es cierto, no me mire así.

—No lo miro de ninguna forma. Simplemente, me ha sorprendido.

—Hay muchas cosas que no sabe sobre mí. De hecho, no me puedo quejar de la vida que tengo. Pero, volvamos al tema, su misión es enrolarse en el U-33 (con nombre en clave: *Tritón*) y junto con el U-34 (con nombre en clave: Poseidón), llevar a cabo la *Operación Úrsula* que, oficialmente, es el *Ejercicio de entrenamiento Úrsula*. Y este es el motivo por el que he tenido que contar con el apoyo de Dönitz. ¡Ah! y por cierto, lleva ese nombre en concreto, porque así se llama una de sus hijas. ¡Todo un detalle! ¿No le parece?

—Los dos submarinos llevan menos de un año en activo y esto a usted no le tiene que preocupar. Su misión es embarcar y ocuparse de que lleguen a su destino diez máquinas *Enigma*. Y ahora, comprenderá el motivo de mi interés para que supiera montarla y desmontarla. No solo se tiene que encargar de entregarlas, sino que también de ponerlas en funcionamiento y de explicar todo lo necesario para que no tengan problemas al utilizarlas.

—¿Quién es mi enlace y cómo me pondré en contacto con él? —pregunto, sin dejar que note mi excitación.

“¡Joder! ¡Me voy! ¡Uffff... No me lo puedo creer!”

—Espere..., tranquilo. Vamos paso a paso. Ya llegaremos a ese punto. En ningún momento tiene usted que olvidar que está en un submarino y hay otro aspecto que no es menos importante, y es que tiene que cumplir la misión que se le ha encomendado a la tripulación. Bien, como jefe de toda la operación y enlace entre el Alto Mando y los submarinos se ha asignado al *Contraalmirante Hermann Boehm*<sup>[72]</sup>. Tiene que coordinar las acciones de nuestros submarinos con la de los submarinos italianos y esto tiene una explicación —lo dice al ver que arqueo una ceja extrañado al saber que Italia también está comprometida. —España se ha dividido en dos bandos. Por un lado, el gobierno republicano de *Manuel Azaña*<sup>[73]</sup> y, por el otro, el bando sublevado a las órdenes del *General Franco*<sup>[74]</sup>.

—El problema es que toda la logística militar, prácticamente, se ha quedado en el bando del gobierno y es la explicación de que el bando nacionalista nos haya pedido ayuda tanto a nosotros como al gobierno de Italia, al quedarse atrapada la mayor parte de sus tropas en el Protectorado Español de Marruecos. Se encuentran bloqueadas, porque la escuadra republicana controla el Estrecho de Gibraltar y a esto hay que añadir que los embarques de armas procedentes de Francia están reabasteciendo los puertos republicanos a marchas forzadas. Así que nuestro Führer, en su generosidad, ha accedido a prestarle apoyo —y en este punto, vuelvo a notar ese matiz especial en su voz.

—¿Francia también se ha implicado? —le pregunto sin terminarlo de digerir.

“¡¿Qué está pasando en el mundo?!”

—Sí, Francia y Rusia apoyan a la República española. Así que es obvio que tanto nosotros como los italianos nos impliquemos también, junto con Portugal. Su presidente, Oliveira Salazar<sup>[75]</sup>, está decidido a apoyar al bando nacional. Hay mucho en juego. Esto a pesar de que el gobierno francés ha manifestado su clara decisión de *No-Intervención* y no deja de parecernos irrisoria su decisión de camuflarse bajo la bandera de las *Brigadas Internacionales*<sup>[76]</sup>... ¡C'est la vie!<sup>[77]</sup>

—Bien, los Capitanes de ambos submarinos tienen la orden concreta de atacar a los buques de guerra de la Marina de Guerra de la República Española. Sobre todo, al acorazado Jaime I y a los cuatro cruceros con los que cuenta la República.

—No es necesario que le comente que todas estas acciones deben mantenerse en secreto. Hasta tal punto que las dos tripulaciones han jurado bajo pena de muerte mantener silencio absoluto. Y es una de las razones de que, en este caso, los submarinos partan desde el puerto de *Wilhelmshaven* y no desde el puerto de *Kiel* que está más transitado en este momento.

—La salida está prevista para el día 21 de noviembre, si no hay ningún contratiempo. Su Capitán es *Kurt Friewald*,<sup>[78]</sup> un gran marino con mucha experiencia —y en este momento, se detiene y pulsa un botón de la mesa para pedir agua. No es la primera vez que observo un pequeño pastillero con el que a veces juega distraídamente con los dedos mientras habla. No sé por qué tengo la sensación de que es hipocondriaco. Me parece extraño que siendo un hombre sano se medique así. —¿Me sigue? —continúa al darse cuenta de que le observo fijamente, tras tragarse una pastilla. —Si tiene alguna duda, pregúnteme, no me importa explicarle de nuevo lo que sea.

—Si lo he entendido bien, me embarco para llevar diez máquinas a España y al llegar allí tengo que explicarle a mi contacto su funcionamiento, aun así estoy bajo el mando del Capitán al formar parte de la tripulación hasta que llegue a mi destino. Por cierto, ¿alguien sabe algo de mi misión?

—Solo el Capitán.

—Perfecto —le contesto y el corazón cada vez me late más deprisa. Por un lado, empiezo a sentir euforia al pensar que me marchó lejos, pero por el otro tengo cierto grado de inquietud.

—Se ha dividido en dos la zona de patrulla y para el U-33 está limitada desde el Cabo de Palos situado en Cartagena (Murcia), hasta el Cabo de la Nao que está en Jávea (Alicante). En concreto fondearán, en una fecha determinada, en las aguas más próximas a una pequeña isla que se llama Tabarca. Vamos a aprovechar su enclave, porque está situada cerca del Cabo de Santa Pola frente a las costas de Alicante. Tome nota, esto es importante: 38°10'00 \*N 0°28'00 \*O. Es la localización exacta de la isla y desde allí el punto más cercano a la costa en línea recta es el pequeño Cabo que le he nombrado. Esa será la localización exacta en la que tendrá lugar la toma de contacto.

—Nos comunicaremos todos los días a la misma hora, que será a las 06:00h. Usted se llevará su *Enigma* con un libro que se ha elaborado para nosotros en un tiempo récord y que cubre un periodo de cinco años. En el encontrará las claves programadas para los rotores. Le recuerdo que sus claves coinciden con las mías y de esta manera estaremos al día.

“¿Un periodo de cinco años?! ¿Cuánto tiempo piensa que voy a estar allí?...”

—Únicamente le permito que se ponga en contacto conmigo en caso de extrema urgencia. De no ser así, lo eliminaré en el acto. ¿Entendido? —y su mirada no me deja ninguna duda de su determinación.

—Lo sé... —Estoy más convencido que nunca de que tiene el poder suficiente para que sus tentáculos puedan sorprenderme en cualquier lugar y, por eso, tengo que ser astuto y adelantarme a sus movimientos en el caso de que sea necesario.

—También quiero decirle que las máquinas que usted lleva son bastante primarias, ya que hasta el momento no se le ha dado un uso militar y por esta razón, la realidad es que España nos está sirviendo de laboratorio de pruebas. No solo con esto, también con los submarinos y con todo lo que les podamos aportar.

—¿Laboratorio de pruebas? ¿Qué quiere decir con eso? —no puedo evitar preguntarle, al darme otra vez la sensación de que algo más grave se está gestando y por el gesto de su cara, es demasiado obvio que no me equivoco.

—Dejémoslo así..., porque es algo que está por llegar y en este momento nos tenemos que centrar en esto. Aun así, le adelanto que las máquinas se están mejorando para nuestro propio uso militar. Lo que ocurre es que no podemos confiarlos de mandarles alguna y correr el riesgo de que caigan en manos enemigas. Sería un craso error. ¿No le parece?

—¿Mejorando? Me parece una tarea ardua y difícil, aunque si usted lo dice, será verdad... —y me quedo unos instantes reflexionando sobre el tema, hasta que llego a la conclusión que considero que es la más lógica —... a no ser, claro, que le añadan más rotores y le conecten una especie de panel eléctrico para conseguir que en cada pulsación de las teclas deriven exponencialmente las posibilidades hasta el infinito...

—Ni se imagina todo lo que hemos avanzado en estos años, a pesar del Tratado de Versalles. No tiene usted ni idea —al decirlo, por unos momentos, se centra en sus propios pensamientos y sonríe.

—Todavía no me ha dicho cuál va a ser mi cometido en el submarino y quiero saber por qué he perdido mi rango —al escucharme, regresa a la realidad y, por un instante, me da la sensación de que empieza a aburrirle la conversación, quizás esté resultando más larga de lo que pensó.

—Está claro, es evidente. Usted se especializó en ingeniería durante sus años de instrucción y como comprenderá el puesto de Teniente ya está adjudicado, así que hemos valorado que puede desempeñar el papel de Segundo Ingeniero a la perfección y sin levantar sospechas. Resulta ser demasiado obvio que si, por la razón que sea, no regresa a la embarcación no les tiene que suponer ningún problema proseguir con su andadura. No sería lógico que desempeñara un cargo indispensable.

—Por otro lado, en el momento que cumpla con su misión, tendrá que esperar nuevas órdenes. Si no me equivoco, seguramente le tocará llegar hasta nuestro contacto en Madrid, puesto que el avance nacionalista se ha detenido a las puertas de la capital y el General Franco necesita las máquinas para ponerse en contacto con sus generales. Así que, bajo ningún concepto, debe separarse de su *Enigma* o estará solo, y no me pienso exponer a que caiga en manos del enemigo. Si esto sucediera, ordenaré su ejecución —hace una pausa unos instantes. —Aunque de todas formas, si no llegáramos a tiempo, debe tomarse una de estas —y saca de su bolsillo una pequeña cajita plateada con dos pastillas que deja sobre la mesa y me mira. —Ocultelas en el interior de su hebilla, ahí no las detectarían nunca. Asegúrese de dejar inservible su máquina y de deshacerse del libro antes de tomarlas.

Soy consciente desde el primer momento de lo que me habla. Ante mí, tengo las famosas pastillas de cianuro de las que tanto se habla y se bromea. “Realmente, ¡no me lo puedo creer! ¡Es cierto!” Así que, sin hacer ningún gesto, las recojo y las guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

—Entonces, ¿no está previsto que regrese con el submarino? —le pregunto, sin ningún cambio en mi tono de voz.

—No está decidido aún. Depende de muchos factores. En su momento recibirá las órdenes concretas.

Y tras una breve pausa, prosigue con el mismo cansancio.

—Bien, es todo por ahora. Dispone de cuatro meses para terminar de prepararse. Justo antes de partir, su instructor le dará un sobre con su nuevo nombre y pasaporte, junto con los datos del enlace en España. Hasta ese momento no tiene necesidad de saberlo... ¿Alguna pregunta más? —y mientras espera alguna reacción por mi parte, es demasiado evidente para mí que reconsidera el hecho de decirme algo más y lo noto, porque frunce el ceño sin parpadear.

—Un último consejo, si me lo quiere admitir... El enemigo se presentará con mil caras diferentes y es listo, sabe leer cualquier síntoma de debilidad. No le dé ninguna oportunidad, porque querrá aprovecharse de su indulgencia y eso le costará la vida.

No puedo negar que escuchar esas palabras de un hombre como él, me sacuden por completo. Lo observo por unos instantes, totalmente convencido de que, por encima de todo lo pasado, el verdadero enigma es él sin duda.

—Lo tendré en cuenta.

—Entonces, ya puede retirarse... ¡Ah! Deje los planos aquí. Aproveche esta noche para reflexionar sobre lo que hemos hablado y empiece a partir de mañana. Por experiencia sé que un cerebro saturado no puede responder con lucidez —al decir esto, pulsa un botón para llamar a mi instructor y es el momento en el que aprovecho para ponerme en pie y marcharme, después de hacer mi saludo militar.

Tras salir y cerrar la puerta, enfrento ese pequeño pasillo con pasos pausados y soy consciente de la existencia de demasiados detalles por dominar, pero por increíble que parezca, predomina sobre todos ellos una única razón capaz de pulsar por momentos cada uno de mis latidos.

“¡¡Lo voy a conseguir!!” y mentalmente coloco el cronómetro a cero.

No puedo negar que estos últimos meses han sido intensos y lo pienso justo en este momento en el que estoy vestido y con mi equipaje preparado, incluida mi *Enigma*. Por fin ha llegado el día, por eso espero pacientemente a que mi instructor me traiga el sobre con las instrucciones.

Bueno, específico que más que equipaje, se trata del típico petate que lleva cualquier submarinista, aunque no puedo más que agradecer la pequeña aportación que me ha hecho finalmente mi instructor, al aconsejarme sobre lo que es realmente necesario en este tipo de viajes. Básicamente, me ha insistido en que no me pueden faltar sobre todo una botella de colonia, *Kolibri*, que es la que todos usan para disimular un poco la intensa atmósfera al tener que convivir tanta gente en un espacio tan cerrado. Un par de jerséis de lana gruesa, mis calzoncillos largos de siempre, camisetitas interiores, calcetines, un mono de trabajo porque soy Ingeniero Segundo, unos guantes tejidos y el chaquetón clásico de cuero de los submarinistas.

A todo esto, he tenido que añadir para mi misión un traje especial de neopreno, unas gafas para poder ver dentro del agua, mi propio tubo de respiración, más la ropa que voy a necesitar en cuanto desembarque, incluido un abrigo. No me falta ni un detalle, llevo hasta los zapatos.

Con respecto al libro de claves, han ideado algo absolutamente ingenioso para que pase desapercibido a la tripulación. Teniendo en cuenta el poco espacio del que se dispone, han cosido un bolsillo rodeado por un velcro con el fin de que me lo pueda acoplar a la ropa que lleve, de esta manera siempre lo llevo encima.

“¡Este detalle me encanta!”

Creo que al final me he ganado su respeto y para eso he tenido que pasar por pruebas que a veces me han parecido insostenibles, pero que he acatado al sentirme totalmente comprometido con la misión y tiene que haber sido palpable, porque he notado ciertos cambios en su actitud con el paso de los meses.

Por otro lado, no he vuelto a ver a *mein freund* y tiene su lógica. Ya sé todo lo que tengo que saber y estoy preparado. La verdad es que no creo que lo vuelva a ver en bastante tiempo.

Nada más pensar en eso, abre la puerta para entrar en mi habitación con un sobre sellado en una de sus manos y después de dármelo, lo sostengo unos breves instantes antes de abrirlo:

Identidad alemana: Maximilian Eichmann. 2º Ingeniero. Cabo 1ª.

Contacto en Alicante: Friedrich Meyer. Forma parte del personal civil.

Contraseña de saludo: “*Honor y gloria*”. Respuesta para confirmarla: “*Fortuna y poder*” Y sonrió levemente al reconocer que son versos que forman parte de *Tristán e Isolda*, el drama musical de Wagner.

Contacto en Madrid: Eberhard Von Stoherer [\[79\]](#)

Nueva identidad: John Noname. Australiano. Periodista gráfico.

Además de estos datos, encuentro mis nuevas documentaciones, mi acreditación de periodista y billetes alemanes, y australianos, junto con dinero español.

Después de guardarlo todo, meto el sobre con el papel en la papelera y enciendo el mechero para eliminarlo, mientras mi instructor me da el estuche con mi cámara de fotos y me sonrío.

—No olvide que a partir del día 21 tiene una cita a las 06:00h. —Me recuerda, a la vez que me ayuda a cargar con todo y nos dirigimos hacia la entrada principal.

—Lo sé... —y no digo más al observar que hay un coche en la entrada con el maletero abierto, esperándome.

—Ha sido un placer —es lo único que me dice y me extiende la mano, después de ayudarme a cargar los bultos.

—Igualmente. Muchas gracias por todo —y de verdad que intento que mi voz suene convincente al devolverle tanto la sonrisa como el apretón, pero antes de meterme en el coche, observo un momento lo que para mí ha sido mi cárcel durante tanto tiempo. “¡Por fin! ¡Pensé que este día no llegaba nunca!” y al sentarme en el asiento de atrás, busco una postura cómoda porque presiento que va a ser largo el viaje.

Nada más lejos que eso...

Me distraigo totalmente abstraído por la belleza del paisaje que me rodea. Mis ojos no pueden abarcar la grandeza de las montañas cubiertas por bosques de hayas rojas, robles, abedules e incluso zonas extensas dominadas por los pinos. Lo más espectacular es sin duda, que pierdo la vista en el fondo para apreciar la belleza de un gran lago que no deja de parecerme que tiene forma de una enorme lágrima que parece caída del cielo. Lo que me lleva a la conclusión de que lo más seguro es que, durante todo este tiempo, he podido estar oculto en algún lugar de los *Alpes Bávares*.

Cuando creo que el viaje se va a prolongar y me recuesto para estar más cómodo en mi asiento, mi conductor gira hacia la izquierda para circular por un camino mucho más angosto. Se estrecha hasta tal punto que la vegetación se roza con los laterales del coche.

Observo su nuca y él se limita a seguir conduciendo con seguridad por el camino hasta llegar a una explanada que se abre entre la vegetación y para mi asombro, detiene el coche junto a una avioneta biplaza en la que aprecio la esvástica en su cola.

“¡No sé si me voy a acostumbrar a eso! ¡Menos mal que me voy!” pienso de mal humor al bajarme del coche para dirigirme hacia dónde está el piloto esperándome, mientras el conductor descarga mis petates.

—Buenas, me llamo *Adolf Galland*<sup>[80]</sup> y soy su piloto —me estrecha la mano con seguridad, a pesar de tratarse de tan solo un chaval que no puede tener más de veinticuatro años. Luce un pequeño bigote en un rostro en el que apenas puede disimular la viveza de sus ojos y una sonrisa abierta que deja a las claras que se trata de una persona feliz. —Tengo órdenes de darle un pequeño paseo por la zona antes de emprender viaje hacia su destino —parlotea sin parar al ayudarme a cargarlo todo en el interior de la avioneta y me indica cómo ponerme el cinturón de seguridad.

—Esta preciosidad se llama *Marla* —me explica sin ninguna prisa y, disimuladamente, observo el horizonte. Es la primera vez que vuelo y no quiero que la noche nos pille en el aire. Acabo de descubrir, aquí sentado, que todo el valor que tengo para el mar, decide brillar por su ausencia tan solo con pensar que voy a estar suspendido en el aire. “¡Madre mía! ¡Estoy acojonado!” Trago saliva intentando que no note mi temor. —Su nombre real es *Henschel Hs 126* y es un avión de reconocimiento. Guarda en su interior el más sexy y sensual de los motores, un *Junkers* y, sin carga, es una esbelta dama que pesa 2030kg. ¡No se puede pedir más! ¿No cree? —al hablar, emite una explosiva risotada antes de encender un puro y sentarse delante de mí. —Ahora va a escuchar la dulzura de su voz... —y en ese momento, empieza a rugir el motor de su hélice tripala al mismo tiempo en que empezamos a rodar por la explanada y contengo la respiración.

Durante un rato, no consigo abrir los ojos y eso que llevo puestas las gafas de piloto que me ha dado junto con el gorro.

“¡Joder! ¡Mi estómago da botes en mi barriga!” Lo último que quisiera es vomitar, pero soy consciente de que va a ser algo inevitable...

—Intente fijar la vista en un punto del horizonte, eso le aliviará un poco hasta que se acostumbre a esta sensación. —Lo oigo hablar a grito limpio por encima del ruido del motor y sigo sus instrucciones al mismo tiempo que respiro despacio. Menos mal que al cabo de un rato parece que consigo calmarme y el estómago vuelve a su sitio. Todo esto se debe a que, a pesar de su juventud, es evidente que es un piloto experimentado.

“¡Menos mal! ¡Lo único que me faltaba es que realizara alguna maniobra extraña!”

Cuando por fin consigo abrir los ojos, el paisaje que se extiende ante mí es impresionante, pero, todavía lo es más, cuando descubro a esa altitud que la cabaña donde he estado viviendo los últimos años no es la única en aquella montaña. Compruebo, totalmente atónito, lo que se me acaba de revelar y pienso que quizás por ese motivo le han ordenado que me dé este pequeño paseo. No consigo contarlas con exactitud, calculo que tienen que haber unas veinticinco más. Me parecen copias idénticas unas de otras, con la misma exacta distribución.

Quizás, esta sea la sutil manera que tiene *mein freund* de demostrarme a las claras la espesura y el intrincado de su gruesa tela de araña, de la que obviamente no soy más que un mero peón.

En ese momento, los gritos del piloto me despiertan de mi abstracción.

—¡Estamos sobrevolando el lago *Hintersee*! ¡Cerca de *Ramsau* en la frontera con el parque nacional de *Berchtesgaden*! ¡Una maravilla! ¿No le parece? —y al decirme esto, me doy cuenta de que realmente no me he equivocado mucho al hacer un cálculo aproximado del lugar, ya que son los *Alpes Bávares* después de todo.

—¡Empezamos el viaje! ¡Tenemos nueve horas por delante! ¡Hay 1002'8km hasta *Wilhelmshaven*!...

—¿¿Cómo!!? —le grito sin contenerme.

—¡Tranquilo! ¡Haremos una parada en *Leipzig* para descansar un rato y repostar! ¡Llegaremos dentro de cinco horas y media!

“¡Madre mía! ¡Cinco horas con este tormento! ¡Me va a dar algo!” y juro que no puedo maldecir más mi suerte, pero soy un superviviente y, ante la adversidad, he decidido no dejarme vencer.

Así que, después de intentar ponerme lo más cómodo posible dentro de las pocas posibilidades que tengo, he decidido disfrutar del viaje y me distraigo observando la grandeza de un mundo que insiste en destrozarse así mismo, mientras que caigo en la cuenta de que es normal que *mein freund* haya decidido que sea de esta forma mi viaje.

Lo que llevo resulta ser demasiado valioso y, por otro lado, es de cajón que quiera evitar que me reconozcan antes de llegar a mi destino. Lo que me hace pensar que el chaval que está sentado delante de mí, tiene que ser uno de los mejores pilotos del país.

No me cabe la menor duda. Estoy absolutamente convencido y, por alguna extraña razón, pensar esto me tranquiliza.

Hasta este viaje, estaba seguro de que los atardeceres más bellos eran los que había podido disfrutar en medio del mar. La sensación de estar rodeado por agua en el momento en el que ese inmenso azul se va transformando, a la par que el cielo, en un lienzo donde la naturaleza de forma magistral pincela los colores más hermosos, siempre me ha desbordado. Tengo que admitir que desde el aire su belleza es mucho más arrolladora.

Mi mirada, en este momento, no puede abarcar la intensidad de los tonos rojos, anaranjados y ocre que se debaten entre las nubes rasgadas de azul. Y, sin poder evitarlo, suspiro emocionado al comprender que no puedo saber con certeza de cuántos atardeceres voy a poder disfrutar.

Mi destino no puede ser más incierto.

Y, de nuevo, pienso en la sonrisa de Martha y me hace bien, tanto, que ni siquiera me inmuto cuando el piloto inicia la maniobra de descenso en las afueras de la ciudad.

Tras un breve aterrizaje, detiene la avioneta justo ante las puertas de un hangar y apaga el motor.

En un primer momento no me muevo, necesito recuperarme antes de ni siquiera intentar bajarme. Así que, cuando por fin me decido, el piloto ya está de vuelta, después de entrar y saludar al mecánico que, con un gesto nervioso, intenta limpiarse las manos con un trapo que no puede estar más mugriento.

—Bueno, ¿qué? ¿Se anima a bajar o piensa quedarse ahí? —me grita fuerte como si el motor estuviera en marcha todavía.

—No, ¡hombre! ¡Bajo ya! —emito una carcajada y no puedo evitar reconocer que al final *mein freund* se ha salido con la suya, al conseguir que sea más simpático.

—Vamos a descansar un par de horas antes de reiniciar el vuelo. No es que sea un palacio, pero al menos disponemos de un par de colchones y de un café tan negro como el aceite de los motores —parlotea sin parar, a la vez que camina unos pasos por delante de mí. Nos encaminamos hacia el fondo de la nave, al lugar que hace los efectos de ser el hogar para el mecánico. No es muy grande, lo suficiente para que quepa un sofá tapado con una tela que a malas penas puede ocultar los agujeros de su

tapicería, una cama, una mesa, algunas sillas y una cocina pequeña en la que reposa una humeante cafetera.

—¡Qué bien huele! —y observo agradecido como me llena la taza antes de sentarme. Estoy aterido por el frío, tanto, que por un momento he llegado a pensar que se me congelaban hasta las ideas.

—Nos queda un trecho todavía. Esperaremos al alba, porque no me fio del tiempo. Se esperan heladas continuas durante la madrugada.

—Lo que usted considere, siempre y cuando lleguemos a tiempo para embarcar.

—No creo que se marchen sin usted —al decirlo, clava su mirada en la mía con curiosidad. —Tengo la sensación de que transporto a alguien muy importante. ¡No se imagina con qué rigurosidad me han dado las órdenes! ¡Madre mía! ¡Ni que fuera a cargar con el mismísimo Führer!, ja, ja, ja, —su risotada emite ecos sin dejar de ser fresca y abierta.

—No me cabe duda de que usted es feliz con lo que hace. ¿Le gusta volar?

—¡No hay cosa que me guste más! Si le soy sincero, lo de ser militar en principio ha sido porque me brinda la oportunidad de poder hacerlo continuamente. ¡Adoro el aire!

—Es usted un hombre afortunado.

—¡El que es afortunado es usted! ¡Qué honor ha debido representar ser el vecino de nuestro Führer! —al escucharle sus palabras me bloquean.

“¿Vecino de *die hilflos*?! ¡No puede ser!”

—¿Es que no lo sabía?... ¡Vaya! por su expresión, me parece que no. Pero, ¡hombre! Si su cabaña tan solo está a unos dieciséis kilómetros de *Berghof*, la residencia de descanso de nuestro Führer ¡A tan solo media hora! —al hablar no me oculta su expresión de extrañeza.

—No se trata de eso. ¡Por supuesto que lo sé! Lo que ocurre es que pensaba que era secreto...

—¿Secreto?... ja, ja, ja. ¡Para un piloto existen pocas cosas que se puedan mantener ocultas! ¿No cree?, ja, ja, ja.

—¡Eso sí que es cierto!, ja, ja, ja —al reír intento que mi risotada suene lo más natural posible y, para disimular, lo hago a la vez que me levanto para acostarme en el sofá. —Si no le importa, prefiero descansar aquí. Le dejo la cama para usted, que es el que pilota... —y le guiño un ojo antes de tumbarme.

—¡Ja, ja, ja! ¡Gracias! Pero descanso poco. Antes de hacerlo tengo que revisar el motor con mi amigo Klaus. Usted no lo sabe, pero ese hombre toscó... —y me señala al mecánico que en ese momento está abriendo la portezuela para dejar a la vista parte del motor de *Marla* y del que por cierto, solo me ha parecido escuchar un gruñido seco al estrecharme la mano —... es uno de los mejores mecánicos de este país.

Al escucharlo, paulatinamente, se me cierran los ojos. Sinceramente, no tengo ganas de una charla sobre mecánica en este momento y no se me ocurre otra alternativa para cortarlo que dormirme rápidamente y, tras unos minutos, descubro que realmente se ha realizado un profundo cambio en mí. Soy capaz de dormir sin dejar de estar alerta. Es un estado en el que me mantengo las veinticuatro horas del día y sorprendentemente no estoy cansado, sino que todo lo contrario. Jamás me he sentido más despierto ni más activo.

No me quiero centrar en eso ahora. Necesito reflexionar sobre la conversación que acabo de tener.

“¡Manda narices! ¡Vecino de *die hilflos*! Pero, ¿hasta dónde puede llegar el cinismo de *mein freund*?!” No será porque no es grande nuestra nación para poder ubicar la cabaña en cualquier sitio. Es demasiado evidente para mí que práctica con el ejemplo continuamente y quizás sea ese el motivo. No deja de ser cierto que cuando más se pretende ocultar una cosa, es cuando más rápidamente se descubre. Al actuar así, y hacerlo tan a las claras, deja de interesar lo que realmente es digno de interés.

“¡Sin duda es un genio!”

Aunque... “¡Un momento!... ¡Claro!” Ahora me explico el motivo por el que estaba vestido con el uniforme y en compañía de Dönitz el día de la reunión. Seguramente vendrían de estar con él...

“¡Joder!” Me cuesta aceptarlo. Se me hace difícil asimilar que nuestro destino esté en sus manos. “¿Quién sabe lo que ese desequilibrado es capaz de idear?!”

Y, de pronto, desde lo más profundo del interior de mi mente empieza a emerger una idea que, por momentos, va cobrando más fuerza. Por primera vez, tomo conciencia de que no tengo ninguna intención de volver. Ahora, no consigo ver de qué manera voy a conseguirlo, pero tengo que lograrlo.

No sé qué es lo que estoy haciendo ni sé hacia dónde me llevan mis pasos. De lo único que estoy seguro es que tengo que seguir hacia adelante.

Retroceder no es una opción ni para coger impulso.

Y, con esta determinación, me vence el cansancio hasta que me duermo.

Pisar de nuevo el suelo de un muelle y aspirar el aroma a salitre mezclado con una amalgama de intensos olores de gasoil, grasa, pintura, junto con una densa neblina, consigue erizarme el vello y necesito pararme un momento para poder recrearme con todo lo que me rodea.

El enclave del puerto de *Wilhelmshaven* es muy importante por su localización. Está situado en la *Baja Sajonia*, en la *Bahía de Jade* y creo, si no me equivoco, que es el puerto con aguas más profundas de toda Alemania. Pero independientemente a todos estos datos, no puedo más que reconocer que, en este preciso instante, mis ojos no dan más de sí para abarcarlo todo. La última vez que estuve en un muelle, fue en el de Kiel y en aquellos momentos, era demasiado palpable en el ambiente el peso de una gran frustración, y eso a pesar de que se trataba de mis primeros embarques y se supone que debe existir un alto grado de excitación.

El gris del metal de los cascos se reflejaba en la atmósfera contagiándolo todo. La misma tonalidad por todas partes, en el aire, en el cielo, en los buques, en los soldados, etc. Sin embargo, y a pesar de la hora, en estos momentos, puedo decir que percibo un cambio sustancial a mi alrededor. No puedo ver ni rastro de aquel color. Lo que sí veo sin dificultad, son los dos submarinos fondeando en un brazo del muelle. Uno justo delante del otro. Y me pregunto hasta qué extremo se ha relajado la actitud, ya que están a la vista del que quiera verlos sin ningún problema y por más que busco con la mirada no logro ver por ningún lado la estructura de algún bunker.

Me parece extraña la ausencia de ellos, porque cuando “desaparecí” estaban iniciando la construcción de este tipo de estructuras en todos los puertos importantes. En un primer momento me chocó, puesto que estábamos sometidos a la implacable opresión del Tratado de Versalles y, para ser sincero, no entendía muy bien la razón que motivaba al Alto Mando a obrar así. Y ahora, reconozco que no dejó de ser una decisión inteligente a la vez que arriesgada, puesto que al fin y al cabo es una medida de protección básicamente y más aún, cuando la armada descubrió su utilidad en la Gran Guerra en la base de Brujas (Bélgica).

Mientras pienso en todo esto, alzo la vista y observo el tranquilo vuelo de las gaviotas y vuelvo a aspirar despacio ese olor tan familiar para mí.

Acabo de despedirme de mi singular piloto deseándole lo mejor, antes de subirme al coche que me esperaba para traerme hasta aquí. No he tenido ni un segundo, ni una milésima de concesión de poder salirme del plan trazado. Por lo menos hasta ahora.

Así que suspiro con resignación y me dedico a observarlo todo.

A pesar de que son las ocho de la mañana hay una actividad frenética a mi alrededor y se debe a que están terminando de introducir la carga en ambos submarinos. Conforme voy aproximándome, puedo ver a soldados ultimando retoques en el casco, electricistas gritándose entre ellos y tengo que caminar con cuidado para no tropezar con los cables y bártulos que hay en el suelo. Todo esto sin poder evitar mirar al fondo para buscar entre la niebla las siluetas de un par de buques.

Los observo unos instantes sin remediar hacer comparaciones, porque no hay color entre las líneas elegantes de un buque y el diseño más básico de un submarino.

Todo en la nave tiene forma redondeada, hasta los dos prominentes bultos que tiene a los costados que son las cámaras de inmersión soldadas a su gruesa panza. Desde esta perspectiva, no deja de parecerme más que un cilindro con la barriga hinchada y con dos cartucheras a los lados. La verdad es que no se han esmerado tanto en sus formas como en su efectividad.

Es una lástima, porque a pesar de que en los planos no me impresionó para nada, tengo que reconocer que representa, hoy por hoy, la vanguardia de la ingeniería. Pensado y medido al milímetro para su máximo aprovechamiento. Además, y como colofón, tiene el potencial de ser una sombra letal bajo las aguas.

Me asomo al borde y, a pesar de la bruma, puedo ver el agua ennegrecida por el aceite alrededor de su casco y si no me equivoco al hacer los cálculos, la cubierta superior no se eleva mucho más de un metro sobre el agua.

En este momento están terminando de llenar los depósitos de combustible que están situados entre el cilindro principal y el casco. Estos depósitos están distribuidos junto con los tanques de lastre principales en varios compartimentos y son los responsables de que la nave pueda sumergirse o ascender según repartan el



nivel de agua y de aire. Por su parte, los tanques de mastre secundarios situados a proa y a popa, más los tanques de aceite, los de agua sucia, los de agua dulce, de regulación, de compensación de los torpedos, no son menos importantes ya que en un momento de peligro, pueden representar la única opción de salvar la nave.

Así que no creo que tardemos mucho en zarpar. Al pensarlo, echo un rápido vistazo a mi reloj sin evitar que se me encoja un poco el estómago y, como un acto reflejo para evitar la desazón, alzo la mirada para detenerla en el Puente, que tanto por delante como por detrás está flanqueado por las piezas antiaéreas. Las recorro lentamente sin perderme un detalle, hasta que detengo la vista en los cables de acero, que desde el Puente se dirigen hacia la proa y la popa con aisladores verdes de porcelana para conseguir evadir el radar.

En este momento oigo un silbido entre todo el alboroto.

—¡Hola! —al dirigir la mirada hacia ese punto, me encuentro con el que imagino que es el Ingeniero de a bordo por su indumentaria. Lleva un mono de trabajo y unas zapatillas, a diferencia del resto de operarios que llevan las botas con suela de goma gorda. —¡Suba! ¡El Capitán está a bordo y lo espera! —y desaparece por el Puente.

Nada más escucharlo, cargo con mis petates cómo puedo para subir por la pequeña rampa de acceso, cuando noto que por detrás me sostienen uno de ellos y al girarme con precaución, me enfrento al rostro de un chaval que debe formar parte de la marinería y que no puede tener más de veinte años.

—¡No se preocupe señor, le echo una mano! ¡Lleva demasiada carga! ¿No? —y sonrío limpiamente.

—Justo lo necesario... —es lo único que le doy por respuesta, ante lo que se encoje de hombros.

Al llegar al Puente, antes de pasar por delante de mí los petates y dejarlos caer por el hueco, observo el escaso espacio del que se dispone, teniendo en cuenta que es ahí donde permanece el oficial de guardia, el suboficial de guardia y dos marineros, uno de los cuales suele ser un artillero (por si hiciera falta utilizar la pieza antiaérea) y el otro, normalmente, es serviola (para poder comunicarse con otras naves sin necesidad de utilizar la radio, a través de las banderas). Entonces, antes de bajar por la escalerilla al interior, dirijo la vista hacia el tubo del periscopio y los mástiles electrónicos e imagino que entre ellos está el radar.

Cuando por fin piso el suelo de la sala de mandos, me encuentro al Capitán comentando con el Oficial Navegante algo relativo a los mapas que están sobre una pequeña repisa acoplada a la pared. Los dos, al notar mi presencia, se han girado para mirarme y les respondo con un saludo militar.

—Estaba esperándole. —Se dirige a mí el Capitán Kurt Friewald. Le devuelvo la mirada a un hombre que resulta ser bastante grande para las dimensiones que en un principio veo en la Sala de Control. Tiene una frente despejada y con unas cejas, prácticamente, albinas y tan tupidas que apenas sí dejan que se asomen unos pequeños ojos azul claro de mirada penetrante y tranquila. Así, a bote pronto, me da la sensación de ser una persona que no pierde con facilidad los nervios. —Subamos a cubierta un momento. Más tarde le haré las presentaciones —y me aparto para dejarle pasar. —Deje sus petates a un lado para que no molesten. No se preocupe, no los tocará nadie, —esto lo dice, al notar una pizca de indecisión en mi mirada. La verdad, es que no quiero separarme de mi *Enigma* ni un segundo, pero no tengo otra opción que asentir y comienzo a subir al Puente tras él.

Una vez en cubierta, camino a su lado en dirección a la popa sin dejar de notar la seguridad que tiene al dar cada uno de sus pasos, a pesar de que toda la superficie está cubierta por el rocío de la madrugada y de que no sería nada extraordinario un inoportuno resbalón.

—Bien, estoy al tanto de su misión. Aun así, quiero dejarle claro que por encima de todo, usted forma parte de mí tripulación y como tal, debe de acatar mis órdenes —hace una pausa para observarme. Su voz es profunda y con evidentes signos de determinación.

—Lo sé, señor. Le aseguro que puede contar conmigo para todo lo que usted considere —respondo para dejarle clara mi postura.

Por su parte, sigue observándome sin variar su expresión.

—Sé que la carga que usted lleva es excesivamente valiosa, por ese motivo, me he asegurado personalmente de que la depositaran en el lugar que he considerado más idóneo. No es necesario que le diga que en este tipo de embarcación el espacio es importante, así que he ordenado que las colocaran en el fondo de la popa donde están los motores eléctricos. Por allí hay menos paso de personal y considero que es el mejor lugar. También, he ordenado que carguen otra balsa de salvamento, porque las que llevamos están destinadas para uso de la tripulación y no puedo exponerme a dejar a parte de ella sin ese recurso en el caso en que las necesitemos, por eso he pedido otra para usted y está almacenada junto a su carga.

—Perfecto. Tan solo me queda una cosa más. Todos los días a las 06:00h tengo que ponerme en contacto con mi superior.

—Hablaré con el oficial de radio para que le permita...

—No, no es necesario —lo corto y él frunce el ceño. —Llevo mi propia radio. Lo que necesito de usted es un lugar en el que poder hacerlo sin estar a la vista de todo el mundo.

—No hay problema. Le cedo mi cubículo. No es muy grande, pero tiene una pequeña repisa que puede serle de utilidad. ¿Algo más?

—No, por el momento, es todo. Hasta que reciba órdenes.

—De acuerdo. Bien, no olvide que es el Segundo Ingeniero de a bordo. Bajemos que le presente al resto —y antes de bajar se gira y me extiende la mano. —Un honor conocerle...

—El honor es mío, señor —respondo al devolverle el apretón.

Antes de empezar a bajar la escalera del Puente, de nuevo, echo un vistazo hacia proa y observo que parte de la marinería está recogiendo todo, y me doy cuenta de que únicamente queda por soltar las amarras para comenzar nuestro viaje.

Nada más bajar, compruebo que era cierto que nadie iba a tocar mis bultos, ya que están tal y como los he dejado. Pero antes de recogerlos, me detengo tras el Capitán sin dejar de lamentar que *mein freund* haya decidido que mi embarque fuera a última hora y con el tiempo justo para zarpar. La dotación lleva días aquí y, por lo tanto, ya han tenido tiempo de conocerse y de compartir alguna borrachera, mientras que yo soy el último en llegar.

Si en el exterior hay una frenética actividad, en el interior resulta ser aún mayor. Observo, atónito, como parte de la marinería se esfuerza por colocar la carga de avituallamiento, es decir, la comida. Siguiendo las órdenes concretas del Contramaestre, Geert Nussbaum, que me acaba de presentar rápidamente el Capitán aprovechando su paso por Control. Se trata de un hombre con rasgos marcados y con una espesa barba oscura que le cubre parcialmente el pecho. Tiene una expresión iracunda en la mirada y da las órdenes con una voz grave y profundamente nasal.

Seguidamente, me presenta al Primer Oficial, Adler Egger, que a simple vista me parece un calco del Capitán y, por lo que observo, no estoy muy equivocado, ya que detecto una especial comunicación gestual entre ellos. No sé por qué me da la sensación de que no es el primer viaje que hacen juntos.

A continuación, me presenta al Primer Ingeniero, Dieter Lang, que se trata del mismo hombre que me ha silbado desde el Puente y que permanece observándome, mientras el Capitán continúa con las presentaciones.

Dieter resulta ser el alma del submarino. Conoce y sabe perfectamente en todo momento en qué situación están todos y cada uno de los tornillos, válvulas, arandelas y, por descontado, sabe reconocer cualquier mínimo ruido que puedan producir, en cualquier tipo de circunstancia. Es un hombre delgado con aspecto nervioso, pero que paradójicamente tiene una mirada tan serena como pueda serlo una noche despejada. Sus ojos negros están rodeados por unas gruesas pestañas que apenas parpadean al escuchar al Capitán y observan minuciosamente cada detalle que se produce a su alrededor.

—Bien, caballeros. Tenemos la salida dispuesta para las 14:00h. No hace falta que les diga que debe estar todo apunto —al hablar, echa un vistazo al reloj que hay en Control. —Vistan el uniforme, tendremos despedida con banda de música y es nuestra obligación ofrecer espectáculo. ¿No les parece? —sonríe unos instantes. —Vamos Maximilian, lo acompaño a su cubículo. Una vez instalado póngase a las órdenes de Dieter. ¿Entendido? —le guiña un ojo al Ingeniero. —Ya no puede usted quejarse más... ¡Ya tiene aquí a su segundo para amargarle la vida! ja, ja, ja. ¡No sabe usted con quién se la juega, Max! ¿Puedo llamarlo así? —y me limito a asentir con una mueca, sin dejar de notar la mirada excrutadora de Dieter.

Cruzamos la Sala de Control en dirección a proa y, en este momento, agradezco a *mein freund* la experiencia que me hizo sufrir en aquel agujero, porque gracias a eso, no siento ningún tipo de agobio, ya que tanto la iluminación como el aire son tan semejantes que me parecen iguales.

La luz artificial del interior alumbrá con la misma intensidad mortecina, pero no hasta el extremo de impedirme ver con claridad que estoy rodeado por un intrincado ir y venir de tuberías pintadas de rojo y azul.

La diferencia con las medidas de un buque son abismales. Para empezar, justo al lado del Control está el habitáculo del Operador de Radio y adosado a él, el cubículo del Capitán que como tiene la cortina verde corrida, me permite observarlo con tranquilidad.

Se trata de un espacio reducido con un catre adosado al mamparo, unas fotos colgadas, una estantería con algunos libros y un estante que hace las funciones de un escritorio.

Nada más.

Para mi suerte, mi litera está justo enfrente de él. Así que aprovecho para colocar mis bultos debajo de ella, mientras me comenta que comparto el sitio con el Primer Oficial, Adler, que duerme en la litera de arriba y que me puedo considerar afortunado, ya que no se tienen que recoger al no impedir el paso y no estar encima de nada importante.

—En principio ya puede usted incorporarse. Imagino que Dieter lo necesita. Cámbiese y búsquelo —y justo cuando va a regresar a Control, se detiene al observar que el 2º Oficial viene hacia nosotros y observo cómo se endurece su gesto, aunque no hace ningún comentario.

—¡Heil! —levanta la mano y le devuelve el saludo. —Bienvenido, me llamo Hans Krause y soy su 2º.

—Maximilian Eichmann, señor —al decirlo, me enfrento con unos ojos extremadamente claros y fríos. Me parece demasiado obvia la diferencia con el resto de la tripulación. Este hombre que tengo ante mí, tiene un rostro alargado con una nariz recta y boca pequeña que no hacen más que reafirmar su rígida actitud. Está pulcramente uniformado y el pelo engominado enmarcado con una raya absolutamente recta, no me deja dudas de su sentido de superioridad sobre el resto, incluido el Capitán.

Es la primera vez que estoy tan cerca de un nazi de convicción y la verdad es que aprieto la mandíbula por la repulsa que me produce, aunque por otro lado, me resulta cómico el evidente manierismo de sus gestos en contraste con su altura, ya que tan solo unos escasos centímetros lo separan del techo. Realmente, parece un gigante enlatado y me esfuerzo por contener la risa al pensarlo, hasta que la voz del Capitán me hace reaccionar.

—Ya le he dicho, Herr Krause que se va a hacer todo según lo previsto...

—Las normas, señor. La tripulación se las salta a la torera y es algo inaceptable. He apuntado una lista de nombres que necesitan un toque de atención...

—¡Basta! —el tono del Capitán se agrava por momentos. —Usted encárguese de lo suyo. En esta embarcación hay un Capitán nada más y ese soy yo, que yo sepa... ¿Tiene usted algo que añadir? —y al preguntarlo arquea una ceja y le clava la mirada.

—Nada, señor —le responde después de mantenerla unos segundos antes de agachar la cabeza y girarse para marcharse.

Entonces, el Capitán me mira con seriedad antes de seguir sus pasos en dirección a la Sala de Control.

“¿Qué acabo de presenciar?” me pregunto al colocarme el mono de trabajo a la vez que busco los guantes, pero no tengo tiempo de pensarlo con calma, porque me muero por empezar a recorrer el submarino.

Así, que me encamino hacia proa esquivando los bultos que están esparcidos a lo largo del estrecho pasillo y, sin dejar de oír los gritos del Contramaestre, ante los que la marinería se limita a obedecer sin rechistar.

Tengo que ir apartándome cómo puedo para dejarlos pasar a la vez que los saludo rápidamente. Y me doy cuenta de la diferencia entre las tripulaciones. En un buque se puede decir que existe cierto tipo de camaradería y creo que es por las dimensiones tan grandes. En esta nave, por el contrario, desde el primer momento me he dado cuenta de que más que camaradería, prácticamente, se trata de un ambiente familiar. No hay espacio para todos y tener que compartirlo crea una atmósfera especial. La relación no es la misma, a pesar de que se mantienen a rajatabla el estatus de los Oficiales.

Un dato importante es que todos son voluntarios.

Bueno, todos menos yo, pero eso no lo saben.

El grueso de la marinería está formado por profesionales como carpinteros, mecánicos, electricistas, etc. No son militares, y los admiro por eso. Sin olvidar que, a todos los que he visto hasta ahora, no tendrán más de veintitantos. De ahí para abajo. Es sorprendente su juventud. Hay que tener un valor especial para formar parte de esta tripulación sin ningún tipo de conocimientos de náutica y, por descontado, sin el concepto de honor que tiene un soldado y que le sirve de empuje para sacrificar su vida.

Es impresionante, la verdad.

Sin darme cuenta, me he detenido en el Casino de Oficiales, que es donde descansan el 2º Oficial, el Oficial Médico Konrad Von Gottschalk, un hombre reservado y de aspecto taimado, más el Ingeniero y el ayudante de ingeniería en prácticas. Está situado justo a un lado del pasillo y tiene una mesa cuadrada anclada al suelo en la que me da la sensación de que solo se pueden sentar a comer cuatro personas sobre los colchones donde duermen, cuando por lo menos, nos vamos a tener que sentar como mínimo siete.

A pesar de sus dimensiones, parece acogedor. Está forrado de madera desde el suelo hasta la mitad del mamparo y también tiene varias estanterías que han llenado de libros. Algo que me alegra, porque no he podido traer ninguno al ir tan cargado, y me apasiona leer. También hay una buena colección de fotografías que más tarde me detendré a mirar con más tiempo.

Ahora, debo continuar...

Seguidamente encuentro las literas que comparten el Contramaestre, el Oficial Navegante y los dos maquinistas y que también tienen suelo de madera, que si no recuerdo mal según los planos, debajo de él están las baterías para los motores eléctricos, por eso no son literas fijas y se pueden recoger. Y, por último, solo me resta por ver el habitáculo de proa que es donde duerme la mayor parte de la marinería y es el lugar en el que se almacenan los torpedos bajo su suelo, por eso las literas se pueden recoger en el caso que se tengan que utilizar. En total hay siete camastros y un par de hamacas colgadas del techo. Tres a un lado del pasillo y cuatro al otro.

Lo más increíble es que no hay sitio para todos, esto quiere decir que se comparten por turnos, estando siempre los colchones calientes, aunque se tengan que acostar dos o tres en una a la vez al ritmo de sus guardias.

Al ser el lugar por donde salen los torpedos, también se trata de uno de los puntos de salidas de emergencias. En este tipo de naves hay dos, uno es este y el otro es el ventanuco de cocina.

Se nota a primera vista, y por todas partes, que la nave es nueva. En este momento, necesito aspirar con tranquilidad, porque a pesar de que estoy acostumbrado al olor a bencina, a grasa, a pintura y a aceite, le tengo que sumar el aroma de toda la comida que están almacenando por todas partes, más todas las respiraciones.

Hay ristas de salchichas colgadas por doquier de las pequeñas llaves que acompañan a la extensa red de tuberías que recorre todo el interior, incluso, carnes, quesos... etc.

Necesito cerrar los ojos y respirar sin ser visto y no puedo sentirme más ridículo. En parte pienso que es normal, llevo mucho tiempo solo o rodeado de poca gente perdido entre montañas y el cambio es demasiado brusco.

“¡Joder! ¡Demasiado tiempo solo!”

Voces, risas y más voces por todas partes. Entran en mis oídos y consiguen desequilibrarme.

El mundo en este momento gira a mi alrededor a toda velocidad, mientras que intento no perder la calma y, cuando creo que lo estoy consiguiendo, abro los ojos y me enfrento a la mirada de Dieter que me observa con seriedad.

—Si piensa que no puede con esto, es el momento de bajarse —al hablar su voz es apenas un murmullo y es un gesto que agradezco, porque me dice mucho de él.

—No, señor. No pienso hacerlo —le contesto con convicción.

—Entonces, sígame. Hay mucho por hacer, vamos a popa. Hay que revisar las conexiones en la Sala de Máquinas Eléctricas —no dice más y lo sigo.

Volvemos sobre nuestros pasos hasta que llegamos a Control y me detengo justo tras él. El Capitán está hablando con el Oficial Navegante, Luther. Están estudiando el itinerario sobre las cartas náuticas y observo que sobre la repisa, a pesar de todos los adelantos técnicos, tiene reglas, lápiz, compás y un sextante. Todo bien puesto en su lugar y organizado. Sobre la carta hay una lámina de plástico protector transparente para poder anotar sobre ella y borrar lo que no sea necesario.

Al vernos, el Capitán se dirige a Dieter.

—No tarde mucho en la Sala de Máquinas, vamos a almorzar y después lo quiero en Control.

Dieter se limita a asentir y reanuda nuestra marcha.

En dirección a popa y justo después de salir de Control, lo primero que veo es el habitáculo de Suboficiales. Tiene cuatro literas a cada lado del pasillo y una pequeña mesa anclada al suelo justo en el centro. Lo que me hace pensar que no tiene que ser muy cómodo, al ser el paso hacia la cocina y hacia la Sala de Máquinas y,

además, es donde comen sentados en las literas de abajo sin parar de levantarse si es necesario.

Lo visualizo y me angustio de nuevo. No quiero que la claustrofobia me venza. No, ahora, que acabo de llegar. Pero es difícil, ya no por el poco espacio que se dispone, sino porque aún hay un montón de cosas por reubicar y los gritos del Contramaestre, Geert, no me están ayudando mucho.

—¿Max? ¿Es usted Max? —me pregunta al vuelo.

—Geert, tenemos prisa. ¡Ahora no es momento! —le grita Dieter sin detenerse, mientras que lo miro y le hago un gesto sin pararme tampoco.

—¡Joder! ¡Era para explicarle lo del váter! ¡Coño! ¡Parece que solo trabajes tú! —Dieter ni se inmota y continúa su camino.

—¡Ya se lo digo yo! —sonríe al gritar y sus rasgos se relajan al hacerlo. —Verá, en esta nave hay dos baños y solo se puede utilizar uno, ya que el otro lo utilizamos almacén por la falta de espacio. Así que, si consigue entrar, va a encontrar una libreta colgada con un bolígrafo, en el que tendrá anotar la hora en que lo utilice y su nombre. Esto lo hacemos para saber quién lo atasca, porque le aseguro que, a mitad de la travesía, se puede llegar a las manos por este problema. De esta manera, nos aseguramos que el “que la caga”, lo arregle... nunca mejor dicho, ja, ja, ja. De todas formas si se viera muy apurado en la hora punta, muchos de nosotros subimos a la cubierta. Allí colgamos una arandela a los barrotos y hacemos nuestras necesidades con el culo al mar, pero bueno esto se puede hacer cuando está en calma, claro, ja, ja, ja, —ríe con ganas y me contagia —¡Espero que no sea muy mojigato!, ja, ja, ja.

—Tranquilo... la necesidad es la que manda, ja, ja, ja, —le contesto contagiado por su risa.

Y en ese momento, llegamos a la escotilla que da paso a la Sala de Máquinas. Al entrar, me llama poderosamente la atención como en tan poco espacio puede haber tanto. Los dos motores diésel se encuentran uno a cada lado del pequeño pasillo como dos pura sangre en reposo. Absolutamente, todo el contorno está abarrotado por manómetros, termómetros, cañerías, bombas de varios tamaños, válvulas y, no solo eso, de cada pequeña pieza hay un duplicado.

Cada motor desarrolla 2800Cv, es decir, esto supone que cuando se ponen en marcha sube la temperatura por su potencia en todo el habitáculo, tanto en el suelo como las paredes. Además, si a esto si le añado que cuando están en acción, la compuerta se cierra quedándose aislado en un compartimento estanco y que el único contacto que mantienen los maquinistas con el resto es solo a través de los altavoces, no me cabe duda al pensar que tiene que transformarse en el mismo infierno y, sin darme cuenta, un escalofrío me recorre la columna.

Los ingenieros al diseñar este tipo de naves decidieron colocar tres compuertas con el fin de dividirla en tres segmentos por si acaso uno de los espacios se inundara. Algo que no deja de parecerme inverosímil. No hay que entender mucho para darse cuenta de que si una sección se inunda por completo, el submarino se hundirá sin remisión.

Y, de nuevo, el sonido de la conversación me devuelve a la realidad.

—Tranquilo... ¡No toco nada! —Dieter al hablar, levanta las manos para mostrárselas a Horst, el primer maquinista.

—¡Qué va! ¡En cuanto me descuide! ¡Sabes no consiento que nadie meta mano a mis mujeres! ¡Solo ronronean como gatitas conmigo! ¡Te lo advierto!...

—¡Joder! ¡Empezamos bien!... ¿¡Has dicho gatitas!? ja, ja, ja... ¡Ahora sí que pienso que estás más loco que yo! ja, ja, ja... —y cuando creo que la cosa va a ir a mayores, para mi asombro, se mantienen la mirada de la misma forma que lo podrían hacer dos gallos dentro de un gallinero demasiado pequeño, hasta que se abrazan sonriendo.

—¡Eres un cabrón! Sabes que si no me lo pides, nunca lo haré...

—Ja, ja, ja, ¡tendría que estar muy borracho para permitir que tus pezuñas de puerco las rocen! ja, ja, ja. —¿Quién es tu sombra? —le pregunta después de soltarse al darse cuenta de mi presencia.

—Es Max, mi segundo. ¡Ni se te ocurra asustármelo que nos conocemos! —Horst lo ignora y me guiña un ojo como respuesta a mi saludo.

—¡No le aguantes ni una! ¡Este cabrón te puede hacer la vida imposible! ja, ja, ja...

—¡Mira quién fue a hablar! ¡En el país de los ciegos el tuerto es el rey!, ja, ja, ja... ¡Vaya par de cretinos! —es la voz de Lear, el segundo maquinista que asoma la cabeza al estar parcialmente oculto en un rincón del motor derecho y al ponerse en pie, se seca el sudor de la cara con la camiseta que lleva puesta —No dejes que abuse de ti, ¡mira cómo estoy yo! ¡En las últimas! ja, ja, ja... —al oír sus palabras, pienso que no pueden ser más ciertas mientras todos ríen sin parar. A simple vista, ambos son tan delgados que parecen espíritus sudorosos con unos ojos saltones rodeados por sombras ennegrecidas, imagino, que por tanto fijarse en las piezas pequeñas y con manchas de grasa por todas partes, que no llegan a borrarse nunca igual que si fueran tatuajes de su piel.

—¡Bien! ¡Se acabó la fiesta! ¡Tenemos prisa! Vamos al fondo a revisar los motores eléctricos... ¡No quiero sorpresas! —e intenta colarse entre ellos, pero el pasillo es tan estrecho que, a pesar de su delgadez, no les queda otra que subirse encima de las máquinas para que podamos pasar.

—¡No te jode! ¡Este se cree el Capitán! ¡Y el condenado no sabe ni dónde tiene el destornillador! ja, ja, ja —Horst y Learn no pueden reír más fuerte mientras que nosotros pasamos al fondo sin hacer ni caso.

Cuando entramos en la sala de los motores eléctricos el cambio es drástico. Se trata de un lugar cerrado, limpio y frío. Nada más entrar busco con la mirada mi carga y, después de comprobar que está bien anclada y tapada en un rincón, centro mi atención en Dieter que, de nuevo, ha estado observando en silencio cada uno de mis movimientos.

—Mi intuición me dice que es usted buena persona y son pocas las veces que me falla. Sé que su función va más allá de lo que en principio se quiere dar a entender. Conozco mucho al Capitán y la forma en la que se dirige a usted me dice que tengo razón...

—Espere... —contesto, cortándolo, pero él a su vez, me hace un gesto antes de asomarse al estrecho pasillo y comprobar que no hay oídos indiscretos cerca.

—No, déjeme hablar. No sé el tiempo que va a estar con nosotros, pero le garantizo que, dure lo que dure, va a cumplir con su deber porque de eso me voy a encargar personalmente. Bien, con esto no busco que me diga nada. No quiero saber. Lo que sí espero es que sea un buen compañero, al que en caso de necesidad pueda recurrir. Yo cubro su espalda y usted cubre la mía —susurra a pesar de que estamos solos y a la vez que mantiene fijos sus ojos en los míos.

—Le puedo asegurar que así va a ser —respondo sin más.

—De acuerdo —y me extiende la mano para cerrar el pacto y la aprieto con firmeza.

—Es demasiado evidente para mí que esta es su primera misión en un submarino. Así que voy a explicarle todo lo que necesite saber, a pesar de que pueda tener toda la base técnica de un ingeniero, porque... es ingeniero, ¿no? —y arquea una ceja al preguntarlo.

—Sí, claro.

—¡Menos mal! ¡Por un momento lo he dudado! —al decir esto se lleva la mano a la frente y sacude la cabeza a la vez. —Tampoco me agobia mucho, porque tenemos el refuerzo del muchacho de prácticas y aun así, podríamos funcionar bien, —expresa lo que piensa en voz alta sin dejar de pasar su mano por la frente.

—Tranquilo. Le aseguro que sé lo que hago.

Por unos instantes, permanece mirándome en profundidad.

—Bien, ¡que sea lo que Nuestro Señor quiera! ¡No podemos perder más tiempo!...

Entonces, para tranquilizarlo, decido darle una exposición de mis conocimientos.

—Estas dos máquinas se alimentan por baterías que, a la vez, se recargan con los motores diésel. Cada una de ellas funciona como cualquier motor eléctrico y tienen 750Cv, o sea, caballos de fuerza. Trabajan sin aire exterior y son máquinas de corriente continua que están situadas sobre los ejes a continuación de los motores diésel, para poder acoplarse a ellos al servirles como generadores de baterías y así poder recargarse con facilidad mientras navegamos por la superficie. Justo detrás de ellos, están a la derecha y a la izquierda los dos compresores de aire para los tanques de inmersión... —hablo y hablo con seguridad, y él me observa.

—Todo eso está muy bien, pero no deja de ser teoría. No me interesa que me repita como una cacatúa sus conocimientos. Necesito estar seguro de que sabe lo que hace, nada más. Hay mucho en juego, nada más y nada menos que la vida de todos y cada uno de los que estamos aquí dentro. Y no sé usted, pero a mí, me esperan mi mujer y mi pequeño a mi regreso... ¿Comprende?

—Sí, por eso le digo que debe estar tranquilo. Por mi parte voy a hacer todo lo que está en mi mano y le aseguro que no pienso darle ningún problema.

—¡Eso espero!... Bien, ¡se acabó la charla! Tenemos que revisar que estén ajustadas las conexiones. Hágalo usted con el de la derecha, yo, revisaré el otro. No pierda de vista ningún amperímetro ni voltímetro ni resistencia y, por supuesto, la conexión de los enchufes...

—A sus órdenes —es lo único que digo antes de centrarme en mi tarea, mientras que él, por su parte, decide darme una charla sobre lo que parece que considera

fundamental que sepa, a la vez que revisa cada uno de los cables con minuciosidad.

—Lo primero que tiene que comprender de este tipo de embarcación es que esta nave flota gracias al aire que almacena en sus tanques. No es como un barco que simplemente se traslada provocando con ello el desplazamiento del agua al ocupar su espacio. En el momento en el que permitimos que se llenen de agua los tanques, nos hundimos hasta el fondo —hace una breve pausa. —Nuestro papel aquí es determinante como ve. Nosotros somos los responsables de tener en todo momento controlado su peso, al no disponer de mucho tiempo para calcular en caso de alarma y de esta manera saber qué porcentaje de aire hay que soltar exactamente y qué cantidad de agua debemos permitir que entre en los tanques para mantenerla a flote. —Se detiene de nuevo y fija la mirada en el bulto de mi carga. —En ese cálculo entra todo, incluso lo que esconde. Con esto le quiero decir que los parámetros no son fijos, porque la nave cada día tiene un peso. Por ponerle un ejemplo, le diré que la variación puede ser bien por el consumo de la comida o por el del combustible y que a esto hay que añadirle el peso específico del agua que la rodea, que al ser salada varía por razones como la profundidad, las corrientes y, por supuesto, el sol que al evaporarla aumenta la concentración de sal. Por todo esto dependemos por completo del densímetro. Estamos obligados a estar midiendo continuamente la densidad del agua, ya que el margen de error que nos podemos permitir como mucho es de cinco kilos... No es mucho margen, la verdad. Pero, unos gramos en este tipo de estructuras pueden hacer el mismo efecto que la presión de toneladas.

—Es mucha responsabilidad y le aseguro que me siento totalmente capacitado para afrontarla —le respondo, sin llegar a decirle que todo eso ya lo sé. Tiene buena intención y no me supone ningún esfuerzo demostrarle mi respeto de esta manera.

—Eso ya se verá... Bien, aquí hemos terminado. Vamos a Control, el Capitán nos espera. Por lo pronto no se separe de sus herramientas y ¡ah!..., un consejo, en cuanto estén en marcha los diésel lávese los dientes antes de comer. Si no lo hace, todo lo que coma le sabrá a grasa de motor, —al hablar, se encamina delante de mí, mientras lo escucho en silencio.

Pasamos por la Sala de Máquinas sin ver a nadie, hasta que llegamos al pasillo donde duermen los Suboficiales y me doy cuenta de que todo lo que había esparcido por todas partes ha sido recogido y colocado hasta por el más insospechado cualquier pequeño rincón. No me cabe duda de la gran labor de Geert, el Contramaestre.

Los hemos pillado comiendo y no les queda más remedio que levantarse para que podamos pasar.

No sé cómo, pero tengo que acostumbrarme y no agobiarme ante la masificación en un espacio tan reducido.

“¡Uffff... qué ahogo!” y disimulo entre bromas para que no se me note.

En este momento tengo claro que voy a tardar un tiempo en saber cómo se llaman todos, así que me lo voy a tomar con calma a pesar de que en ocasiones pueda dar la sensación de ser tonto.

“¡Es lo que hay!” y de improviso oigo la voz del Capitán por los altavoces.

—Ingeniero Dieter, preséntese en el Casino de Oficiales... —y sonrío al escucharlo. El altavoz suena igual que si el Capitán estuviera buceando y Dieter aprieta el paso, por eso casi no me da tiempo a mirar al interior de la cocina. Aun así, veo por encima que hay latas, cajas de huevos, leche en polvo, etc, por guardar y que el cocinero, Otto Meister, se afana en terminar de preparar la comida.

Sé su nombre, porque me lo grita Dieter al pasar a toda prisa. Aun así, en un primer vistazo, he visto a un hombre bajito, calvo y con un gesto de pocos amigos.

No me ha parecido muy agradable. No me dan confianza las personas que no miran de frente. No sé, pero tengo la sensación de que no voy a tener mucho trato con él o, quién sabe, a lo mejor me equivoco.

Dieter parece que me lee el pensamiento y se detiene al entrar en Control.

—Evite hablar con él. No es persona de confianza. Ya lo he oído repetir todo lo que oye... a tipos así los llamo “boca de rape”, ya sabe lo que quiero decir. Es incapaz de cerrarla y es grande —sonríe y me guiña un ojo al compartir conmigo su opinión.

—Gracias. Lo tendré en cuenta...

—No lo olvide. Normalmente son personas propensas a causar problemas. No es la primera vez que se hace la convivencia insostenible a causa de sus tejamanes, aunque este no sabe con quién se la está jugando. ¡Nuestro Capitán puede ser feroz con tipos así! La verdad es que no creo que repita viaje con nosotros... Si no, verá... ¡Tiempo al tiempo!

—Pero, ¡bueno! Señores, ¡a comer! ¡Se nos echa el tiempo encima! —la voz profunda del Capitán nos activa y apretamos el paso hasta que llegamos al váter para asearnos antes de sentarnos a la mesa.

Me resulta demasiado evidente que la tensión se puede cortar al sentarme junto a Dieter en la silla que queda vacía. No nos queda más remedio que compartirla y, de nuevo la estrechez, me vuelve a angustiar un poco, aunque es normal, porque en un lugar donde se supone que tienen que comer cuatro personas lo estamos haciendo ocho. Antes, cuando he hecho los cálculos, se me ha olvidado contar con el radio operador, Frederick Lehrer, al pensar que comía en su cubículo, pero como todavía no hemos zarpado se puede permitir estar con nosotros.

Al mirarlo, me doy cuenta de que es la primera vez que veo un hombre con el pelo de ese intenso color naranja. Si digo que es pelirrojo, me quedo corto, porque es más que eso. Su cabello, a pesar de la escasa luz, parece una llama encendida y lo más sorprendente es que sus cejas y pestañas tienen la misma intensidad, haciendo destacar el color de sus ojos verde hoja sobre una piel a la que le cuesta disimular el recorrido de las venas por su blancura. Me parece transparente. “¡Qué barbaridad! ¡Ahora comprendo el mote que tiene!” Todos lo llaman *freckles*<sup>[81]</sup> y es porque debajo de los ojos y sobre la nariz, se derraman un sinfín de pequeñas manchas en forma de pecas. A pesar de que su imagen pueda dar la sensación, a primera vista, de ser como cualquier joven que pasa las horas de ocio haciendo el tonto, nada más lejos de eso. Tiene una mirada profunda y con una actitud que deja a las claras su alto nivel de responsabilidad.

Permanece en silencio, absorbo con el diálogo que sostiene el Capitán y el 2º Oficial. Como he dicho antes, la tensión se puede cortar y la expresión de *freckles*, no hace más que confirmarme la clara admiración que siente por el Capitán, aunque en ningún momento abra la boca.

—No estoy de acuerdo con usted. Nuestro Führer, nos deja muy claro cómo llegar a ser un gran líder en sus magistrales directrices y es obvio que si uno no se hace respetar, termina por ser el hazmerreír de sus subordinados... —al hablar, el 2º intenta dominarse sin éxito.

—Le vuelvo a repetir que le queda mucho por aprender del liderazgo. El secreto no está en imponer temor, Herr Krause, está equivocado. El éxito se reduce a conseguir su respeto, pero por lo que veo..., no es capaz de entenderlo —le rebate sin disimular su gesto de paciencia, mientras observa el guiso de patatas con carne que tiene en el plato. —Espero que disfrute de la comida... —se dirige a mí y a la vez nos guiña un ojo. Tengo a Dieter tan pegado que nos tenemos que turnar para llevarnos la cuchara a la boca.

—¿¡Está usted insinuando que nuestro gran líder se equivoca!? —se levanta indignado con el rostro enrojecido.

—¡Siéntese! —exclama el Capitán sin levantar la vista del plato y me sorprende porque obedece sin rechistar, a pesar de que hace verdaderos esfuerzos por contener la ira y de que son demasiado evidentes los signos de furia en su rostro.

Durante un intenso rato, el silencio domina la situación y aprovecho para comprobar bastante desanimado que la comida deja mucho que desear. Creo que parte de la intensidad de esta desazón está motivada por los limones que hay esparcidos sobre la mesa. Me basta tan solo con mirarlos para recordar que tengo que comerlos continuamente y se me encoge el estómago.

—No tenemos más remedio... —es Adler, el 1º Oficial, el que me anima al ver mi expresión.

—No crea... se puede suplir con las manzanas, ja, ja, ja... —le sigue el Capitán, a la vez que levanta el vaso con zumo y, de repente, me doy cuenta de que sirvo de pretexto para relajar un poco la situación.

—Ríanse lo que quieran. Les aseguro que comerlos me cambia el carácter, ja, ja, ja —ríe, sin encontrarle la gracia.

—¡Joder! ¡Lo que nos faltaba! ¡Otro insostenible! ja, ja, ja... —ahora es Dieter el que ríe a carcajadas y provoca que el 2º se vuelva a ofender, levantándose otra vez.

—¡Siéntese, hombre! ¡No lo tome a mal! —lo detiene el Capitán, a la vez que con la mirada lo insta a obedecer. —Bien, dejémoslo... —hace una pausa para beber. —Zarpamos a las 14:00h. Ya saben cómo es el turno de guardias —y se dirige al 1º, Adler. —La primera es la suya, pero en vez de llevar al artillero, he decidido que forme parte de su guardia Max.

—Pero, señor... —lo corta, y me hace un gesto de disculpa al que correspondo con una media sonrisa. Sé que no es por mí. Lo que ocurre es que se trata de la primera guardia y considera que debería de hacerse al reglamento, nada más. Algo comprensible, teniendo en cuenta que es una misión que no deja de ser un ejercicio de

prácticas para todos. Nadie de la dotación sabe todavía el papel real que van a desempeñar.

—Tranquilo... tan solo va a ser durante esta primera guardia y no en su totalidad. Quiero que esté tres horas nada más, el resto de la guardia podrá usted contar con el artillero.

—Señor y ¿qué se supone que tengo que hacer yo sin mi segundo? —Dieter no parece estar de acuerdo con la decisión.

—¿Cómo que qué va a hacer? ¡Pues su trabajo! ¡Tiene usted a Ulrich, el de prácticas! —Al oír su nombre, el tímido Ulrich que durante toda la conversación se ha limitado a escuchar y a comer, se pone colorado como un tomate y baja la vista al plato. Es delgado y rubio, pero toda su persona tiene un tono desleído. Es rubio, pero sin brillo. Sus ojos son claros, pero son de un azul envejecido, que junto a un rostro alargado enmarcan una boca con un rictus cansado. No hay duda de que es gris por definición. Creo que quizás haya sobrevivido a alguna enfermedad en su niñez, porque tiene aspecto enfermizo a pesar de su juventud. Así que al ver su reacción, por un momento, me hace dudar de que pueda hacer bien su trabajo en el caso en el que yo no regrese a la nave y no puedo evitar mirar a Dieter con preocupación.

—Señores, ¡no debemos perder la perspectiva! Ante todo tranquilidad. Vamos a necesitar un par de días para que todo el engranaje de la nave esté ajustado. ¡Sin precipitarse! —sigue hablando el Capitán mientras todos lo escuchamos. —Adler y Dieter vengan conmigo a Control. Los demás, cada uno a sus puestos —es lo único que dice antes de desaparecer seguido por ellos.

Permanezco unos segundos sin moverme, todavía sentado, antes de reaccionar.

—Si mi Führer estuviera aquí... —masculla entre dientes el 2º y aprieta el puño que tiene sobre la mesa, enrojecido.

—Ya, pero no está... —es la respuesta de *freckles*, con el mismo grado de indignación y que no pasa desapercibido para esos ojos fríos que le devuelven la mirada llenos de desprecio.

Observo todas las pautas de la conversación sin llegar a creérmelo del todo. Es la primera vez que me doy cuenta del profundo choque que existe en esta nación. Hasta ahora, había estado tan perdido en mis problemas que creía que solo me ocurría a mí, pero veo que no.

Un soldado es un soldado y un soldado con ideología nazi resulta ser un extraño compendio de desvarío y disparate con insólitos tintes de rozar la aberración o, por lo menos, es la percepción que tengo. Si a todo lo anterior, le añado el espacio tan reducido en el que nos movemos, tengo la sensación de que la pugna entre las actitudes puede llegar a ser brutal.

Aun así, me tranquiliza pensar que el Capitán es muy capaz de controlar la situación. Es muy evidente para mí que una parte importante de su aplomo son las horas de mando que carga a su espalda. No tengo más que ver su rostro para leer, entre los surcos de su piel forjados a golpe de mareas, que es un hombre de mar con la seguridad que puede dar la sabiduría de presenciar una cantidad importante de ocasos en el horizonte.

Y con este pensamiento me encamino hacia Control, sin dejar de observar la nuca del 2º que camina delante de mí y me siento afortunado porque, por lo visto, no existo para él.

“¡Joder! ¡Menos mal!” Lo único que me faltaba sería ser el blanco de sus ataques y por una vez, me regocijo al sentirme transparente.

Al entrar en Control me detengo a esperar órdenes y aprovecho para observarlo todo con tranquilidad.

El Capitán departe con el 1º y Dieter, mientras mis ojos se detienen en el timón de babor y el timón de estribor, que no son más que dos volantes en los que están sentados dos muchachos repasando que todo esté todo como tiene que estar. Me sorprende cuando reconozco que uno de ellos es el joven que me ayudó a subir los petates. Justo delante de ellos, se extiende un panel repleto de diversos instrumentos de medida, desde indicadores de profundidad, manómetros, etc.

A un lado, está la columna del periscopio anclada desde el suelo hasta el techo muy cerca de la salida al Puente. Se trata de una de las piezas fundamentales de la nave. En su base veo los dispositivos necesarios para que el observador pueda efectuar los cálculos de distancia, rumbo y velocidad en el caso de determinar un ataque cuando está sumergida la nave. Las dos asas para poder girarlo y observar un determinado punto en el horizonte y el anclaje del cable que lo conecta a un pequeño motor que es el que permite que se suba o se baje, según convenga.

—Bien caballeros, se acerca la hora. Dieter, avise a marinería para que suban todos a cubierta. —La voz del Capitán me hace regresar de mi abstracción cuando pasa por mi lado en dirección a su cubículo para coger su chaqueta. —Max, usted y Dieter no se cambien. Permanezcan en el Puente —no dice más y se marcha.

—Vamos. —Dieter me habla con severidad. —Primero tiene que coger su chaquetón y los prismáticos para hacer su guardia.

Cuando por fin consigo alcanzar el Puente, después de permitir que suban todos delante de mí y cuando digo todos, incluyo hasta al cocinero, la claridad y la brisa me desbordan durante unos momentos en los que Dieter se limita a esperar que me recupere para comenzar a hablar.

—No se equivoque. No me molesta que el Capitán quiera que usted haga esta guardia. Me he quejado, porque no quiero que puedan llegar a descubrir lo que he notado yo, nada más —sonríe el hablar para quitarle importancia. —Le he dado mi palabra de que lo apoyaré en todo momento y no pienso fallar.

—Lo sé, no se preocupe... —Me cuesta seguir la conversación, porque la imagen que tengo ante mí es espectacular. Está toda la dotación firme en cubierta delante del Capitán. Permanecen sin moverse, a pesar de que la brisa cada vez va cobrando más fuerza y es cuando empiezan a sonar los acordes de la pequeña banda de música.

Miro el cielo y un grupo de cuatro o cinco gaviotas planean sobre nosotros a pesar de la frialdad del ambiente. Estamos en noviembre y me da la sensación de que no quieren perderse ni una sola de las palabras de ese hombre vestido con el uniforme y que arenga a sus hombres apelando al valor y al honor.

“¡Emocionante!”

Y empiezan a caer copos de nieve, justo cuando los pañuelos se agitan desde tierra y las filas se deshacen.

“No tengo intención de volver” es la emoción que recorre mi pecho a pesar de sentir nostalgia cuando todavía no me he marchado.

“¡No tiene sentido! ¿Por qué siento este dolor si no la amo? Esta tierra no significa más que pesar para mí... ¿Qué me pasa?”

—Tengo que bajar, pero antes de hacerlo quiero decirle que el perímetro se divide en cuatro cuadrantes. Espere a que el 1º le diga cuál es el suyo —y me guiña un ojo antes de bajar la escalerilla, mientras me hago a un lado para que puedan pasar todos.

Me quedo solo por unos instantes y giro sobre mí mismo para poder mirar desde esa perspectiva la embarcación, y es cuando me doy cuenta de que creía conocer el mar, pero no es así. Es diferente la sensación a esta altura, cuando estoy tan cerca de él. No tiene nada que ver con la experiencia de navegar en un buque.

“Es lo mismo que acariciar su piel!” pienso, embobado por el efecto hipnótico que me produce al fijar la vista en un punto de la superficie del agua.

Y, de la misma forma que te puede sorprender cuando revelas un carrete fotográfico y ves surgir las imágenes atrapadas en el blanco del papel, siento el poder de una poderosa realidad que consigue erizarme la piel. Sin duda, esto significa ser marino y mi corazón late más profundo, diferente, igual que si fuera mecido por ese mar que me rodea y al mismo compás. Por primera vez, lo siento correr en mis venas, y me fascina.

Estoy tan abstraído en mis pensamientos que solo la voz del 1º consigue devolverme a la realidad y tengo que esforzarme para que no se dé cuenta de que estoy emocionado ante la extraña conexión que acabo de sentir. Así que carraspeo para encontrarme la voz.

—¡A sus órdenes!

—Bien, le explico —y me alarga un cinturón que me tengo que colocar para anclarme a la estructura y así evitar mi caída con algún golpe de mar. —El perímetro se divide en cuatro cuadrantes. A mí, cómo 1º, me corresponde el sector que abarca desde la proa hacia los 90º de la banda de estribor. Al suboficial, Franz, le toca vigilar el mismo sector, pero hacia la banda de babor. Al marino Hans, el serviola, le corresponde el sector popa estribor y a usted, como deferencia de nuestro Capitán, le toca vigilar el sector popa babor que resulta ser espectacular al atardecer. —Me guiña un ojo al decirme esto. —El que vale, vale y no hay más que hablar —sonríe abiertamente con el comentario.

—Percibo un leve atisbo de celos. ¿Puede ser? ja, ja, ja.

—¡Qué va! ¡Todo lo contrario! ¡Estoy encantado! Ja, ja, ja. Usted es más guapo que el artillero... ja, ja, ja.

—Pero, ¡será posible! ¡*Mein Gott!* [\[82\]](#) ¡Lo que tengo que aguantar! ja, ja, ja.

Y ante la expresión de extrañeza del serviola, el 1º recobra la seriedad. Adler, como he dicho ya, es muy similar al Capitán y se ve que ha notado que simpatizo con él. Algo que agradezco muchísimo.

En otro momento de mi vida, al oír ese comentario jocosos, me habría puesto más tieso que un palo.

Nunca he podido admitir ese tipo de bromas.

Soy el primero en asombrarse de que por primera vez en mucho tiempo, me siento relajado al hablar con otras personas y es una sensación que había dejado de sentir desde que murió Salomón.

“Me gusta esta sensación. Me siento cómodo siendo Max que, a diferencia de Bastián, tiene una personalidad más abierta y despreocupada. Realmente, estoy asombrado por lo que ha conseguido conmigo *mein freund*”

“¡Me ha convertido en un gran actor!”

Pero no deja de ser cierto que la vida no deja de asombrarme y asisto como un simple espectador a que en cualquier momento surja la posibilidad de que cambie bruscamente con un simple chasquido de dedos.

“¡Es increíble!”

“No todo está dicho”

“No quiero perder la vida buscando culpables”

“No quiero morir sin llegar a encontrar unos ojos en los que pueda ahogarme”

“No quiero. No”

“¡A la mierda! ¡Qué cojones! ¡Unos ojos y la calidez de la piel de los pechos una mujer!”

“¡Basta de ñoñadas!”

—¿Está usted aquí? —pregunta al darse cuenta de que divago. —Tiene que centrar la vista en la superficie y en el cielo. Esta es la verdadera función de la guardia. Le doy un consejo, porque veo que tiene tendencia a evadirse. Imagine por un momento que pueda surgir del cielo la sombra de un avión para bombardearnos. Ese pensamiento conseguirá que no se despiste.

—Gracias —respondo a la vez que observo que una de las lentes de mis prismáticos es de color amarillo y entonces me explica.

—Tiene un motivo. Amarillo para los días nublados. Verde para un día despejado y amarillo oscuro para mirar al sector más cercano al sol que, sin dudar, es la perspectiva más peligrosa, porque nos llega a cegar tanto que se puede confundir a un avión con una gaviota... No se ría, es cierto. Le aseguro que después de tener la vista fija durante horas, se llegan a confundir las siluetas.

—No lo dudo.

—Bien... —y después de oír la voz del Capitán que desde abajo grita “¡En marcha!” Adler se lleva el silbato a los labios y sopla con fuerza. Es la señal para advertir a la marinería que se encuentra en cubierta de que zarpamos y de que deben soltar las amarras de proa y de popa. Lo hacen unos operarios desde el muelle y el resto, desde la cubierta. Llevan unos gruesos guantes grises para no quemarse la piel de las manos. —¡Suelten las amarras! —La voz del 1º suena fuerte y profunda desde el Puente.

Y aunque no existe ningún ruido en la nave, aun así, puedo ver perfectamente cómo nos separamos del muelle y avanzamos despacio igual que si el mar fuera una pista de patinaje y nosotros nos deslizáramos por él.

Centro mi atención en el remolino de agua que emerge de popa, pero su espuma es ligera. No me llega a dar la sensación de ser agua hirviendo, porque es muy suave al romper las burbujas.

Al alzar la vista, observo que el U-34 también está soltando amarras y nos empieza a seguir como si una fuerte atracción le obligara a permanecer en el interior de nuestra estela.

Me cierro el chaquetón y lo ajusto a mi cuello hasta que solo se destaca la punta de mi nariz entre las solapas. Me calo la gorra todo lo que puedo, hasta que la visera prácticamente me roza las cejas. Más que frío, lo que me atenaza y se adhiere con fuerza a mis huesos, es la humedad.

Alzo la vista al cielo y como todavía no hemos llegado a la bocana del puerto, me permito recrearme con la imagen que se despliega ante mí. La nieve arrecia sobre nosotros y al mirar su caída con este hipnótico movimiento, me da la sensación de que crea sinuosas y delicadas siluetas en un espacio donde parece haberse detenido el tiempo.

Es un momento extraño.

Me coloco los guantes y sonrío al pasar cerca de los buques que me ha parecido distinguir esta mañana entre la niebla. Como nuestra quilla rasga la bruma al desplazarnos, me permite comprender el alcance de lo que significa un submarino. Realmente, parecemos una pulga a su lado y es evidente que lo somos, pero, a la vez, siento de manera extraordinaria su fuerza letal y creo que es el mejor ejemplo que he visto hasta ahora de que nunca se debe juzgar a nada ni a nadie por su aspecto.

Entonces, me inclino hacia adelante para escuchar mejor el susurro del agua por encima del casco y veo con claridad que antes de romper contra él, flota sobre su superficie una fina película de aceite y grasa que en vez de repugnarme, consigue todo lo contrario. Es como si fuera la piel del agua y tuviera un hermoso tatuaje sobre ella y eso a pesar de que hoy está tan nublado que el sol no asoma por ningún lado, porque si no fuera así, estoy convencido de podría ver todos los colores del arcoíris tornasolados.

Justo en este momento, al mirar detenidamente todo el costado de la nave surge una palabra en mi mente, Sonne,<sup>[83]</sup> y caigo en la cuenta de que lo voy a llamar así.

Sol, porque todos los días sale a pesar de que lo ignore.

Lo miro y me llega el rumor de lo que está por venir, igual que una promesa de lo desconocido.

“Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene un marino, un lobo de mar, si no ama a su nave?”

Ninguno.

No existe más verdad que esa.

—¡Empieza el baile caballeros! —dice Adler en el instante en que dirigimos proa hacia mar abierto. —¡Asegúrense de que están atados! ¡Hoy vamos a cabalgar! ja, ja, ja.

El eco de sus carcajadas se desvanece arrastradas por la fuerza del aire que nos golpea iracundo al perder la protección de los diques del puerto, mientras me aseguro de estar bien atado y, a la vez, no puedo evitar volverme para mirar hacia proa y comprobar la verdad que guardan sus palabras.

Sonne parece un barco de papel entre las impresionantes olas del Mar del Norte. Por momentos, la fuerza de la marea nos eleva hacia la cresta de unas olas que, si no me equivoco, pueden medir tres metros o quizás algo más. Y me agarro con una mano a la baranda, a la vez que veo impresionado cómo se alza la quilla para luego bajar bruscamente y, junto con ella, nosotros.

“¡Madre mía! ¡Qué gozada!”

Pero, no se acaba ahí. Entonces, y a pesar del oleaje, percibo una potente vibración bajo mis pies junto con varias sacudidas fuertes y observo cómo de la nada, surge de la popa un espeso humo blanco que se asoma y se esconde al mismo ritmo del oleaje. Es la señal inequívoca de que se han puesto en marcha los diésel. Su fuerza es intensa, lo noto porque se agita con ella la baranda a la que me aferro con inseguridad a pesar de que me esfuerzo por disimularlo.

Oigo la voz de Dieter y del Capitán ordenando la maniobra a lo lejos, igual que pequeños ecos de otra vida y eso, a pesar de que están relativamente cerca del Puente, pero la fuerza del viento y de las olas es demasiado intensa.

“¡Menos mal que tengo que vigilar la popa!” es lo único que se me ocurre, ya que al estar en esta posición, no tengo que enfrentarme a esa arrolladora embestida.

Así que, intento observar con los prismáticos sin dejar de resultar cómico.

“¡Por Dios!” Los guantes son tan gruesos que apenas puedo sostenerlos entre las manos y sería fatal que se cayeran al mar.

“¡Joder!”

—¡No se duerma! ja, ja, ja. —Adler no puede evitar mofarse y lo ignora. No es momento para entrar en el juego.

A pesar del ímpetu del oleaje, la fuerza de los diésel reconduce la nave en la dirección adecuada. No es que llevemos mucha velocidad, puede ser que, como mucho, nos movamos igual que un corredor.

No más, pero aun así es demasiado evidente su empuje.

El agua construye verdaderos muros sin ladrillos a los dos lados de Sonne, que prosigue su camino con seguridad a través de ellos sin inmutarse.

“¡Siento que el corazón se me sale del pecho! ¡¡Es impresionante!!”

Si alargo la mano, tengo la sensación de que puedo rozarlos; aunque no lo hago. Lo que sí vuelvo a hacer, es inclinarme para observar la cubierta que está siendo devorada por las olas por momentos.

Hace tanto viento que las gotas de agua llegan hasta nosotros pulverizadas al chocar contra el casco. Me calan por completo y si paso la lengua por mis labios puedo saborear su intenso sabor a espuma de mar y cómo no, tampoco me libro del escozor que me produce al secarse con el aire.

—¡Max! ¡No deje de vigilar! —grita Adler, ante lo que reacciono poniéndome de nuevo los prismáticos en la cara a pesar del tremendo vaivén.

“¡Esto es imposible!” y mascullo una maldición, porque los prismáticos me golpean en la nariz.

“¡Joder! ¡No puedo ser más torpe!”

Navegamos en estas condiciones durante un tiempo que no sé calcular con precisión. Lo que sí puedo decir es que los ojos parecen que se me salen de las cuencas por la tensión continua de estar observando con fijación y puedo asegurar después de mantener un rato en la misma postura, que el nivel de rigidez que me agarra tanto los músculos como los huesos, es capaz de alcanzar cotas elevadísimas de dolor. Hasta que de improviso, el viento comienza a amainar y la altura del oleaje van disminuyendo progresivamente y es cuando el ruido de los motores empieza a oírse con un ímpetu brutal, agresivo y ensordecedor, dejando sobre la superficie las dentelladas de su fuerza en forma de espuma rabiosa que emerge por la popa.

A esta latitud anochece temprano y es precisamente lo que está sucediendo en este momento. El cielo que parece una superficie compacta de nubes grises, va adquiriendo gradualmente tonalidades oscuras.

Es cuando el Capitán nos avisa de que sube al Puente.

—¡Buena cabalgada! ¿No les parece? —es muy evidente el cambio en su expresión al mirar hacia el horizonte. No me cabe duda de que disfruta con el momento y de que por eso, saca un puro del interior de su chaquetón y lo enciende. —¡Ha respondido bien el primer embiste! ¡Una gran máquina! ¡Sí, señor! —al hablar expulsa el humo entre palabras antes de girarse para ordenar abajo. —¡Pueden subir! —grita y se hace a un lado para que pueda pasar un grupo de marineros. Llevan cuerdas anudadas a cinturones que hacen el papel de arneses y que enganchan a ambos lados del Puente. Unos se van hacia la proa y otros hacia la popa. Cargan cubos de pintura, junto con pinceles con los mangos de varios tamaños.

—Hay que borrar las señales que nos identifican —nos susurra con un gesto de gravedad en su rostro, mientras observo atónito cómo esos hombres se juegan la vida al pintar el casco para tapar la numeración y la bandera del país, es decir, cualquier distintivo que esté a la vista. —Esta noche en la cena, les daré los pormenores de la misión, —prosigue susurrando sin apartar la vista ni de Adler ni de mí y agradezco que no haga ninguna alusión a que ya lo sé.

—Por cierto, Max, todavía le quedan dos horas de guardia... —me dice antes de bajar de nuevo a Control y seguidamente, lo oigo ordenar con voz profunda y decidida. —¡Avante toda! —los motores de Sonne recobran impulso para navegar a más velocidad y es la voz de Dieter la primera de muchas en hacer eco a su orden.

Permanezco unos instantes observando la labor de esos hombres antes de girarme a otear de nuevo el horizonte y mientras la noche cae sobre nosotros a plomo.

Vuelvo a colocarme los prismáticos y no consigo ver al U-34 por ningún sitio, ni tan siquiera una pequeña estela de espuma. Y me giro para indicárselo a Adler.

—¡Tranquilo!, —grita. —Cada Capitán tiene sus manías. Seguramente se habrá sumergido —y encoje los hombros a la vez que comprueba con los prismáticos que es verdad que no está. Y esto me hace reflexionar sobre las diferencias abismales que existen entre cada cuerpo de la armada. Por lo visto, cada submarino es una unidad independiente en sí misma, con sus propias pautas y condiciones de navegación y están siempre condicionadas al criterio del Capitán. —¡Salimos ganando! ¡He oído decir que su Capitán es un auténtico hueso! —dice después de un rato, antes de regresar a su puesto y sonrío como respuesta.

La oscuridad que nos rodea cada vez en más profunda y aunque se supone que debemos tener prismáticos con lentes adaptadas a las horas nocturnas, no es así. De hecho, tan solo hay unos y son para uso del Capitán. Lo que supone más esfuerzo aún para la vista y que en cada parpadeo, note sin ningún problema cómo arden en sus cuencas. Mientras el tiempo decide pasar lentamente, medido con suavidad por un mar que por momentos está más en calma.

Paradojas de la vida, pienso, al mirar hacia la inmensidad y el poder del agua con unos ojos que no pueden estar más secos.

Es una noche sin luna y con lo único que contamos es con la escasa iluminación de los astros que brillan sobre un horizonte al que nunca se consigue alcanzar.

Entonces recuerdo un libro importante para mí, *La Odisea*.

“No es la meta, es el camino.

Es el camino...”

En esta soledad del pensamiento, deseo más que nunca que sea cierto. No es por ansiar la tranquilidad de que, en cierta manera, exista una Penélope esperándome incansable en algún lugar.

No se trata de eso.

Es algo más profundo.

Se trata de la *Búsqueda* sin más, sin paliativos ni ornamentos que puedan ocultar la verdad.

“¡Mierda! ¡Otra vez divagando!” Caigo en la cuenta al oír la voz de Dieter pidiendo permiso para subir al Puente.

—¡Caballeros! —sonríe a la vez que se mueve nerviosamente, porque ha subido sin chaquetón y hace un frío que pela. —Max, su guardia a terminado. Así que cuando usted guste, puede bajar. Está esperando el artillero para poder subir a sustituirlo... —No disimula la sorna en su entonación. La verdad es que mi aspecto tiene que ser lamentable por demás.

Me desengancho el cinturón y estoy tan rígido que me cuesta articular las rodillas para caminar. He permanecido con el cuerpo en tensión tanto rato que ahora no me responde.

—¡Parece usted un robot!, ja, ja, ja —se unen a la carcajada los demás, mientras no puedo evitar ruborizarme de vergüenza.

“¡Joder qué cabrones!”

—Vale, vale... ¡Menos risas! —aparento un enfado que no tengo. —¡Un placer vuestra compañía caballeros! —y hago el saludo militar oportuno.

—¡Lo mismo le digo!, ja, ja, ja —Adler no disimula tampoco. —¡Ha sido un gran bautizo!, ja, ja, ja. ¡La pena es que el bebé nos ha salido demasiado delicado! —y me guiña un ojo.

—Brrrrrr... ¡Vamos que me congeló! —Dieter tiritita sin parar, a la vez que empieza a bajar la escalerilla y es cuando decido no girarme y me inclino para deslizarme por la barandilla hacia abajo.

“¡Craso error!” pero, lamentablemente, me doy cuenta al estamparme contra el suelo de Control, provocando que todos abandonen sus puestos para rescatarme.

La mirada del Capitán me lo dice todo sin palabras...

“¡Soy un inútil! ¡Joder!”

Estoy tan entumecido que el golpe no ha hecho más que agravar esta sensación.

“¡Menos mal que no me he roto nada!”

—Tranquilos... Estoy bien, ¡tranquilos! —No puedo negar que me falta la respiración al hablar, a pesar de que intento disimularlo, pero es tan drástico el cambio de temperatura, que he notado su fuerza igual que si fuera una bofetada. Las horas que he pasado en el exterior respirando aire puro no me ayudan nada en este momento.

No hay que olvidar que cuando he subido, los motores no estaban en marcha y que ahora, al peso que ya tenía de por sí el oxígeno, tengo que añadirle un intenso olor a bencina que se cuela por mi garganta hasta mis pulmones.

Más las respiraciones..., sobre todo la respiraciones.

Dentro de las posibles pegas que había calculado de la misión, no me paré a pensar que esta cuestión pudiera llegar a convertirse en un obstáculo insalvable.

“¡Uffffffff, no te dejes! ¡Joder!” La voz de mi interior grita a pleno pulmón y le devuelvo la mirada al Capitán.

—Descanse un rato en su cubículo. Voy a mandar al Oficial Médico, Konrad, a que le eche un vistazo. A las ocho lo espero en el Casino de Oficiales —y se vuelve a

centrar en las cartas náuticas.

Dieter me mira encogiendo los hombros y le indica con la mirada a uno de los timones que me ayude a llegar a mi litera, que resulta ser el mismo muchacho que conocí cuando me enrolé.

Gustav es su nombre. Me parece demasiado amable. Lo observo al hablar y detecto algo en él que no consigo descifrar. Tendrá unos veintipocos como mucho y me da la misma sensación que la primera vez que lo vi cuando me ayudó a cargar mis patatas. Quizás demasiado joven. Tiene unas facciones de corte limpio y medidas proporcionadas, con una frente despejada, cejas bien definidas y unos grandes ojos que, más que azules, me parecen grises. Se atropella un poco al hablar, no sé si es por animarme o porque realmente es así.

Me cuenta a trompicones que es hijo de militar y que la mejor decisión que ha podido tomar ha sido la de enrolarse en un submarino. Está convencido de que somos la élite de la armada.

Lo dice con especial vehemencia y me sorprende.

Cuando voy a responderle, veo que al lado de mi litera está esperándome con expresión apática un Oficial con el que todavía no he hablado.

Es Konrad, el médico.

A pesar de que le digo que todo está bien, me ignora y le pide a Gustav que me eche una mano para ayudarme a tumbarme y no se marcha hasta que no compruebo que tengo los huesos intactos.

Pero no sin antes hacer una pequeña disertación sobre lo importante que es estar seguro en todo momento de dónde se pisa o, en su defecto, saber cómo caer. Ya que considera que se podría comparar a una rotura con el impacto de una carga de profundidad sobre nuestro casco.

“¡Equilibrio ante todo equilibrio!” es lo único que saco en claro de tanta palabrería sin sentido.

“¡Qué petulante! ¡*Mein Gott!*”

Se dirige a mí de la misma forma que si padeciera algún grado de retraso... ja, ja, ja.

“¡Dejaré de saber que no me he roto nada! ¡*Mein freund* me ha convertido en un especialista de mis huesos!”

“¡Madre mía!” y echo la cortinilla para aislarme un poco de mi entorno. Necesito recuperarme. Todavía me escuecen los ojos por el esfuerzo y la caída no ha hecho más que rematar a mi maltrecho cuerpo.

“¡Estoy agotado!”

Es lo último que pienso antes de caer en un profundo sueño, a pesar de todo el ruido de mi alrededor y del potente runrún de los diésel.

Y a todo esto, todavía no he hecho más que iniciar mi misión.

“¿Misión? ¿Qué misión?... “

Unas continuas sacudidas me despiertan, a pesar de que me resisto con todas mis fuerzas. Es Dieter el que se esfuerza por despertarme.

—¡Max, arriba! ¡Max! Pero, ¡hombre, arriba! ¡Es la hora! —No se detiene ni para coger aire, hasta que comprueba que abro los ojos del todo entre ligeros parpadeos.

A pesar de todo, he conseguido dormir una hora y media.

La sensación de sequedad aún perdura y eso que he dormido profundamente y compruebo de mal humor que, Dieter tenía toda la razón al comentarme que en el momento que encendieran los diésel, absolutamente todo tendría su olor y su sabor.

Se me ha introducido por la nariz y la garganta hasta el esófago. Lo peor es que a su paso aniquila la piel de la misma forma que el caballo de *Atila* que bajo sus cascos no permitía que volviera a crecer la hierba.

Tal es su poder de destrucción.

Me pregunto, un poco desanimado, si alguna vez volveré a respirar sin esta sensación desagradable, cuando me incorporo con esfuerzo y me sorprende el excesivo peso de mi cabeza, que me presiona de la misma forma que si sostuviera a un torpedo sobre ella.

“¡Por Dios!”

Me lamento a la vez que al pasarme la mano por el pelo, noto la humedad grasienta entre mis cabellos y al mirar mi mano, veo que está ennegrecida por la grasa que flota en el ambiente a pesar de que físicamente no tenga explicación.

“Pero, ¿qué cojones!? ¡No puede ser! ¡La grasa no flota! ¡Joder!” y me pongo en pie decidido a superarme cómo sea, aunque antes necesite pasar con urgencia por el baño para intentar asearme.

La verdad es que me asqueo.

Cuando por fin me presento en el Casino de Oficiales están todos esperándome con caras de circunstancias. Bueno, todos no. Faltan el 2º que está de guardia y *freckles*<sup>[84]</sup>, el radio operador.

—Bien, ahora que ya estamos todos, os explico las órdenes, —al hablar, el Capitán empuja levemente su plato hacia delante. Tenemos poco espacio, pero lo hace sin pensar y me obliga a tener que sostener el mio entre las manos mientras ceno unas salchichas y un poco de puré de patata, que para mi desgracia como no me he acordado de lavarme los dientes antes, pierden el sabor al encontrarse con mi aliento de motor.

—Nuestro destino es el Mediterráneo. Tenemos que patrullar un segmento de la costa del levante español e intentar localizar ciertas naves concretas para hundirlas... —hace una pausa grave al ver la expresión de todos. —Es la orden y tenemos que conseguirlo.

—Pero... ¿Estamos en guerra? —al preguntar Adler, desaparece de su rostro la expresión de cansancio.

—Alemania directamente no. Sin embargo, han solicitado nuestra ayuda y nos interesa acudir, porque España tiene un enclave estratégico muy importante.

—Señor, ¿piensa que estamos preparados? —pregunta Dieter.

—A nivel sanitario, sí. Disponemos de sobra de material hospitalario en el caso de que hiciera falta —interrumpe Konrad, el médico, con el mismo tono de superioridad de siempre.

—¡No diga sandeces! Si responden a nuestro ataque, de poco nos van a servir los ungüentos y las tiritas. ¡Nos iremos al fondo sin más! —responde Dieter, tajante.

—Caballeros, por favor... Hay que tener más confianza en nuestras posibilidades —oigo sus palabras perplejo y no puedo más que asombrarme de la capacidad de nuestro Capitán para no perder las formas, y lo admiro. Se trata de ese tipo de hombres al que se sigue de pies juntillas sin pensárselo ni inquietarse. No hay duda de que es un verdadero don, del que quisiera disponer más de uno. La verdad es que esa cualidad no está al alcance de cualquiera.

Me devuelve la mirada y vuelvo a tener la sensación de que mi pensamiento es fácil de leer. A pesar de eso, me sonrío.

—¿No tiene ninguna duda? —me pregunta, arqueando una ceja.

—No, señor.

—¿No le parece curioso? El que menos me conoce, es el que más confía en mí. No sé si eso es bueno... —hay pesar en sus palabras.

—No diga eso, señor. Sabe de sobra que estamos con usted siempre, hasta el final —ahora es Dieter el que, con voz grave, pone las cosas en su lugar.

—¡Bien! Dieter, avise a Luther. Está en el Puente verificando si es correcto el rumbo, —al hablar, le hace un gesto a Ulrich para que recoja los platos de la mesa, porque necesitamos espacio —Haremos lo siguiente. Primero, tendremos que dar nuestra posición a conocer a los submarinos italianos que ya están patrullando por la zona. Hay que evitar el fuego amigo como sea y, segundo, nos han limitado exactamente la zona de patrulla. Con eso no vamos a tener ningún problema.

En ese instante, regresa Dieter junto a Luther y lo interrumpen. Momento que aprovecho para observar que Luther lleva el sextante todavía en la mano.

—Señor, acabo de ajustar con los timones nuestra posición. Ahora mismo estamos exactamente en la latitud adecuada —habla con la confianza del que domina algo tan importante como la sensación espacial, a la vez, que me sonrío al darse cuenta de que tengo la vista fija en el sextante.

—Un marino no es nada sin él. A pesar de todo lo que pueda pensar, siempre necesitará tener uno a mano... —y su mirada serena, me deja claro que estoy ante un hombre de la vieja escuela y eso que no es mucho más mayor que yo.

—Tiene usted toda la razón, —contesto, con sinceridad.



–Nuestro amigo Krause está disfrutando amargándoles con una cháchara insufrible sobre el liderazgo en la guardia y sus compañeros tienen cara de querer empujarlo por la borda en un descuido... –nos cuenta Luther con gravedad y, lejos de reír, permanecemos en silencio. Empiezo a creer que, realmente el 2º, se está convirtiendo en un gran problema.

–Todos sabemos qué es lo que hay que hacer. Ese problema es únicamente mío. ¿Está claro? El resto limitense a soportarlo, ya he ordenado que se me comunique en el momento en el que se exceda, –hace una pausa y recobra el buen humor. –Ingeniero Dieter, hoy es sábado y son... –echa un vistazo rápido a su reloj, se quita la gorra blanca y la deja sobre la repisa de la pared –... las 21:45, considero que es buen momento para escuchar un rato de buena música y tomar ese extraordinario líquido que, más que café, parece tinte de calcetines negros. ¿No le parece? –y sonríe al decirlo.

–Por supuesto, señor –Dieter se va a avisar a *freckles* [85], que es el encargado de poner la música al estar el gramófono conectado a los altavoces que recorren cada rincón del submarino.

–Ya verá, va usted a disfrutar con la selección que tiene preparada... ja, ja, ja. –No evita reír y me tranquiliza verlo de otra forma. Al quitarse el gorro de Capitán, no es más que un hombre como otro cualquiera.

–No le haga ni caso. ¡Es terrible! ¡Como le dé por una canción la pone una y otra vez! ¡Joder! –Adler grita y hace un teatral gesto de desesperación, a la vez que reparte tazas para todos.

Todos reímos. Es una agradable sensación y esto se debe al carácter de Capitán. Los miro a todos, a él, a Adler, a Konrad, a Ulrich que se ha levantado para traer la cafetera y a Luther que se ha sentado en mi silla por la falta de espacio. Y no sé si será porque a estas horas la intensidad de la luz todavía es más baja o por la pequeña lámpara que cuelga sobre nosotros, pero una sensación reconfortante me recorre el pecho a pesar de la atmósfera cargada de calor y de la claustrofóbica sensación de encierro.

–En este tipo de naves es muy difícil distinguir el día de la noche, por eso he decidido mantener los horarios normales en un intento de controlar el caos y a pesar del ritmo de las guardias. De esta manera se desayuna, se almuerza y se cena al mismo ritmo que cuando se está en tierra. Todas las mañanas y por las noches, durante una hora tendremos sesión de música. –Nos lo explica a la vez que se inclina hacia atrás y se apoya sobre el mamparo forrado de madera. Son demasiado evidentes los signos de cansancio en su rostro. –Y todo esto independientemente de que algún marinero nos sorprenda con algún concierto...

–¡No vale! ¡No me esperan! –Dieter protesta al regresar y no tiene más remedio que sentarse junto a Ulrich al quitarle el sitio Luther, mientras extiende su taza para poder tomarse el café.

Para mi asombro, las risas y la charla cesan al sonar los primeros acordes. El silencio nos atrapa y cada uno nos perdemos en nuestro mundo. No sé en qué pensarán los demás, por mi parte me recreo observando las fotografías de la pared, porque no me apetece pensar más.

Algunas son imágenes del Capitán rodeado por dotaciones a las que sin duda habrá gobernado y están hechas en el puerto de Kiel. Lo conozco demasiado y no me cuesta ubicarlo por eso.

<<Nunca me quisiste. Tan solo fui un segundo para ti...>>

La voz desgarradora de la cantante no me dice nada. He pasado tanto tiempo desconectado del mundo que no sé ni quién es.

No la conozco.

Me encojo de hombros y prosigo con el recorrido por el resto de fotografías que resultan ser imágenes de nuestro país en diferentes épocas.

–¿No tiene usted en quién pensar? ¿Nadie a quién extrañar? Un marino que no deja a nadie atrás es de lo más preocupante... –Adler me observa fijamente y sin parpadear.

–¿Te estás oyendo? ¿A ti qué cojones te importa?... Además, Max tiene la pinta de tener tantas que no se decide por ninguna... ja, ja, ja. –Dieter sale al quite rápidamente y me guiña un ojo. Sé que contar con este hombre es lo mejor que me ha pasado.

–Algo de eso hay. El problema es que me gustan todas... –y río para disimular mi metedura de pata.

“¡Mierda! ¡Nunca debo mostrarme a las claras!”

–¡Menos lobos... *Riding Hood!* [86] Creo que va a ser más leyenda que otra cosa... ja, ja, ja. De todas formas, el más enamorado de este grupo es nuestro amigo Dieter. ¿No es así? –con este sutil giro, el Capitán, desvía el centro de la conversación hacia otro y suspiro, agradecido.

–¡Es mi reina! –y saca de un bolsillo interior del mono una fotografía de su mujer y de su hijo. –¡No puedo desear más!...

–¡Oh, no! ¡*Mein Gott!* Pero, señor... ¡Acaba de liberar a la bestia! ¡Joder! ja, ja, ja... –Adler, se ahoga al hablar entre risas.

De esta manera pasamos un agradable rato entre risotadas y anécdotas, antes de irnos a descansar y de que, de nuevo, me duerma sin problemas con el ruidito de los diésel y el eco lejano del agua golpeando el casco.

En un principio, y si no hay cambios, las guardias son cada cuatro horas para la oficialía y de seis horas para los maquinistas. *Freckles*, el de la radio, tiene un ritmo diferente por diversas cuestiones. Aun así, y a pesar del trasiego nocturno por los cambios, no se toca diana general hasta las cinco de la mañana.

Después de necesitar diez minutos para conseguir despertar, me pongo en marcha con entusiasmo.

Y es cuando me enfrento a mi primera decepción.

“¡¡Solo hay un baño!!”

Increíble; pero cierto.

Cruzo Control esperando tener un poco de suerte; pero no es así. Por lo menos tengo a ocho personas delante de mí y no me queda más remedio que volver sobre mis pasos para coger el chaquetón y subir a cubierta.

Compruebo la hora al pasar por Control de nuevo. Son las 05:30h. No me queda mucho tiempo y lo pienso al dejar la bolsa de aseo sobre mi litera. No la quiero perder en cubierta y cuando me giro para regresar, observo que hay luz tras la cortina del Capitán.

“¡Menos mal! ¡Tengo que conectarme!”

Pero no me detengo. Necesito subir con urgencia.

Una vez superados todos los baches imaginables y cuando pensaba que no lo iba a lograr, por fin he conseguido llegar al cubículo del Capitán a tiempo para prepararme.

“¡Estoy congelado! ¡Hace un frío brutal!”

No quiero imaginarme cómo habrán pasado la guardia mis compañeros y tampoco, he podido hablar mucho por la prisa que tengo, por eso espero hacerlo en el desayuno.

Bien, ya lo tengo todo listo. Ahora, solo me queda esperar.

Y ya que estoy, recorro con la vista las fotografías más personales del Capitán. Tengo que admitir que es un hombre ejemplar. En cuanto ha oído mis golpecitos en el mamparo, al lado de su cortina, me ha permitido entrar enseguida y se lo agradezco mucho, porque llevo mi *Enigma* a la vista.

Me ha saludado con rapidez antes de marcharse y solo me ha dado el tiempo justo para ver que viste un jersey grueso de lana sobre una camisa oscura con pantalones azules y su gorra, por supuesto. En otro momento habría cuestionado su *manga ancha* con respecto a los uniformes. Pero tenemos tan poco espacio, y es tan agobiante, que me dan ganas de abrazarlo como si fuera mi padre por dejarnos vestir cómodamente.

Creo que es una de las excepcionales condiciones que nos va a permitir.

Son las 06:05h y no llega ningún mensaje. Voy a esperar diez minutos más y me desconecto.

Mientras tanto, sigo curioseando...

En casi todas las imágenes está vestido de uniforme con expresión marcial. La verdad es que no dicen para nada qué tipo de persona es. Bueno, todas menos una. Se trata de una mujer joven. Habla tan poco de su vida que no sé si es de su mujer o de su hija. La verdad es que no sé nada de él.

Elucubro y elucubro sin control cuando se empiezan a encender las teclas. Voy anotándolas con rigurosidad hasta que finaliza y leo lo que he escrito:

“Esta noche cruzarán el Canal de la Mancha. No hay cambios en las órdenes”

Y respondo:

“Llegan órdenes del Alto Mando cruzadas. No se ponen de acuerdo con la acción. Tienen que decidirse”

A lo que me contesta:

“No es su problema. Su misión es llegar y entregar las máquinas”

Es evidente que *mein freund* lo tiene todo demasiado claro. El objetivo es el objetivo. Caiga quien caiga y pese a quien pese, por y sobre todo. Y es algo que me cuesta comprender.

“¿Dónde queda el factor humano en esta certeza?”

Sé que tener este pensamiento no es más que la prueba evidente de que es un signo de debilidad, pero no puedo olvidar lo cercanos que estamos todos en este momento. Y me refiero a una cercanía física brutal por falta de espacio. Es más, si digo que invadiéndonos continuamente, me quedo corto. Por eso me cuesta comprender la frialdad para anteponer intereses a tanto esfuerzo.

De hecho, ahora, al mismo tiempo que recojo mi máquina, puedo oír perfectamente al Capitán maldecir a pleno pulmón. Es difícil gobernar una nave cuando las órdenes no son claras. Están cambiándolas a cada momento y hasta el pobre *fleckles* se está volviendo loco.

Así que dejo la máquina bien escondida bajo mi litera y me asomo al cubículo de la radio.

—¡Vamos a ver Frederick! ¡Esto no puede ser!...

—Pero, señor. Eso es lo que han notificado. —El pobre *fleckles* está tan lívido que sus pecas resaltan como si fueran fluorescentes.

—¡Esto es el colmo! —grita y se gira para mirarme. Me sostiene la mirada unos segundos como si realmente me mirara, pero no me ve y se mantiene así, hasta que su gesto se relaja antes de dirigirse de nuevo a *fleckles*.

—No pasa nada, tranquilo, Frederick. Contésteles como siempre —hace una pausa. —¿Ha desayunado? —y al oír esa pregunta, el rostro de *fleckles* se enrojece tanto que parecen borrársele las pecas al mismo tiempo que asiente. —¡Perfecto, entonces! Max, acompáñeme. Tenemos que llenar el depósito antes de empezar la jornada, ¿no le parece?

—Sí, señor —es lo único que soy capaz de decir, porque estoy atónito. “Tengo mucho que aprender de este hombre” pienso, a la vez que sigo sus pasos al Casino de Oficiales.

Hemos desayunado por turnos unos huevos fritos fríos y un par de salchichas con un café inclasificable. Pero, ¡en fin!, tengo hambre y no es momento para remilgos. Aunque tengo que reconocer que el consejo de Dieter ha resultado y, que gracias a lavarme los dientes con antelación, por lo menos ha servido para que no me sepa todo a grasa de motor.

A pesar de que no son ni las siete de la mañana hay una actividad extraordinaria por todas partes. Todavía no he podido hablar con Dieter. Lo he visto de pasada en Control, antes de dirigirme a popa a revisar los motores eléctricos.

Con el que sí que me he topado, ha sido con el 2º Oficial en la cocina. No sé qué estaría hablando con el cocinero, pero al percatarse de mi presencia, se han callado en el acto y eso que no me he parado.

“Esta gente no es trigo limpio” y no sé por qué no puedo quitarme esa sensación ni siquiera cuando entro en la sala de máquinas después de abrir con esfuerzo la escotilla.

Nada más hacerlo, un calor extraordinario me golpea con fuerza, tanta, que consigue que dé un paso atrás.

“¡Esto es el infierno!” Lo pienso a la vez que me tapo la boca y la nariz con las manos, porque es imposible respirar el intenso olor a diésel.

—¡Cierre la escotilla! —grita Horst y se asoma junto con Lear. Los miro sin terminar de creérmelo. Parecen dos fantasmas sudorosos y ensombrecidos por el tizne de los motores desde los pies a la cabeza. Sus ojos están demasiado brillantes, quizás, por la grasa del ambiente.

—¡Hombre! ¡Si es el señorito!, ja, ja, ja. ¡Vamos, pase! ¡No tenga miedo que no muerden!, ja, ja, ja, —y no encuentro explicación a ese humor. Si fuera yo, estaría maldiciendo en cien idiomas.

“¡No se puede respirar!” Por eso, les sonrío como respuesta y me encamino hacia el fondo.

—¿Ha visto qué belleza? ¡Son dos hembras de pura raza! —exclama con orgullo.

—¡La verdad es que sí! —grito tan fuerte que me duele la garganta. El ruido es ensordecedor al estar los dos motores a pleno rendimiento.

Me quedo observándolos unos segundos antes de dirigirme hacia el fondo. Más que nada para que no se molesten, ya que para ellos se trata de algo importante.

Así que, con todo el disimulo del mundo, vuelvo a taparme la boca y la nariz al darles la espalda, hasta que llego a la pequeña escotilla para acceder a las máquinas eléctricas. Tiene que estar cerrada para evitar que se acumule grasa por todas partes, porque las conexiones son muy delicadas.

Cuando por fin entro, la vuelvo a cerrar y me apoyo en ella para poder respirar.

Después de comprobar que mi carga está intacta y cuando empiezo a revisar, de improviso, suena la voz del Capitán por los altavoces.

—Buenos días, Caballeros. Son las 07:00h. Tenemos previsto llegar esta noche al Canal de la Mancha. Hoy es domingo. A las 11:00h tendremos la oportunidad de disfrutar de los conocimientos de nuestro compañero Luther, el Oficial Navegante. Espero la asistencia del personal que no esté de guardia. ¡Suerte y Gloria! —y en el momento en el que termina su mensaje empieza a sonar música, pero esta vez suenan valses a diferencia de anoche.

Continúo con mi comprobación al compás de la música y no puedo dejar de maravillarme por la capacidad de adaptación del hombre.

No sé ni dónde estoy ni cómo estará el mar que me rodea y me siento bien haciendo mi trabajo a pesar de todo.

De esta manera se van pasando las horas de la mañana. Sigo a rajatabla las indicaciones que me dio Dieter y reviso, inspecciono y compruebo sin cesar. Sin embargo, a ratos, paro para charlar con los que me encuentro. Por lo general, son buena gente y con evidente sentido del humor.

Por momentos, me va embargando el ambiente y voy sintiéndome parte de él.

Hasta que oigo de pronto mi nombre por el altavoz. Es Dieter el que me llama para que acuda a Control.

Al llegar percibo tensión en el ambiente. Dieter me observa con seriedad y me hace un gesto para que me quede allí.

—Señores, ¡es el momento! —justo cuando lo dice, veo que bajan uno tras otro los de la guardia del Puente rápidamente y que Adler es el último, por eso es quien cierra la escotilla de acceso al Puente.

—Todo listo, señor. Cubierta libre. —Adler se cuadra ante de él.

—Bien, Ingeniero. Llévenos al fondo... ¡Inmersión! —una cascada de ecos de esa orden se repite por todo el submarino. El 1º toca la campanilla y avisa a la Sala de Máquinas para que paren los motores.

Lo observo todo conteniendo la respiración.

—Max, atento a cualquier ruido extraño o cualquier vía de agua por muy pequeña que sea... —la voz de Dieter me suena más grave y espesa que nunca.

—Sí, señor —pero no me escucha, porque está totalmente concentrado en los timbres, informes y órdenes.

Y es justo cuando percibo que la vibración de los motores cesa. Los diésel se han apagado y se acoplan los motores eléctricos.

Absolutamente todo se cierra. Desde la salida de humo de los diésel al ventanuco de cocina.

Entonces, desde la Sala de Máquinas avisan de que todo está a punto para la inmersión.

—¡Vacíen los tanques de aire! Uno..., dos..., tres..., cuatro... y cinco. ¡Listos!... ¡Inmersión! —y la orden se repite de nuevo sucesivamente, a la vez que dejan entrar agua en ellos y Sonne se inclina hacia proa, y los timones de profundidad empiezan a dirigirlo, a la par que observo que el indicador de profundidad empieza a moverse.

—¡Max no se apoye en el mamparo! —me grita el Capitán —... con una pequeña sacudida podría romperse todos los huesos de la columna, —no termina de decírmelo cuando un fuerte zarandeo agita a Sonne igual que si fuera un barco de juguete provocando un estruendo enorme. Todos miramos hacia el techo. Son las olas golpeando el Puente justo antes de sumergirse.

—Ingeniero, profundidad 50 metros... —habla despacio a la vez que sus ojos recorren todo el habitáculo de Control. Mientras, Dieter repite su orden sin poder

evitar que la tensión lo domine por completo. A diferencia de él, el Capitán se mantiene tranquilo.

Se han apagado las luces y nos ilumina una luz roja. Por todo el submarino reina un silencio sepulcral y no soy capaz de oír nada. Ni siquiera los ventiladores ni tampoco la radio. Sumergidos no tiene alcance, por eso el silencio parece más intenso. Y por eso también, *fleckles* asoma la cabeza de su habitáculo con el rostro en tensión, al estar al acecho de cualquier mínima señal de sonido en sus cascos.

–04'00 minutos, señor –dice Adler al mirar el cronómetro.

–Proa arriba 10, popa abajo 5 –ordena Dieter, ignorándolo. Y percibo, sin ningún problema, como va inclinándose la nave hacia abajo mientras pienso que sin duda esto tiene que ser lo más parecido a estar en el vientre materno. Por paradójico que pueda parecer, una inmensa sensación de paz me domina por momentos. Sentir cómo me rodea todo un mar en esta quietud es algo fantástico.

–Señores, tenemos que conseguirlo en 03:00m. No hay que olvidar que, a pesar de que sea poco tiempo, hay un factor muy importante y es la estela de espuma que deja la nave en superficie que tarda más de 05:00m en desaparecer...

–¡Listo, señor! –le interrumpe Dieter al comprobar que la popa se nivela y tras cerciorarse de que el poco aire que quedaba ha salido expulsado al oír su característico ruido.

–¡Cierren todos los pasos de aire! –Grita el Capitán –Ingeniero, llévenos al fondo... –vuelve a hacer una pausa para escuchar ruidos –Lo que decía... ¡Hay que conseguirlo en menos de 03'00m! En caso de emergencia esos segundos pueden costarnos muy caros –se dirige a Adler. –No vamos a programar las inmersiones. De esta forma sabremos si realmente la dotación responde. Serán sin previo aviso y en cualquier momento. ¿Entendido?

–Sí, señor.

En este momento, maldigo mi suerte al oír gritos provenientes de la proa. Se ve que se ha abierto una vía de agua y salgo corriendo hacia allí.

“¡Joder! ¡Qué oportuno!” mascullo entre dientes, a la vez que corro todo lo rápido que puedo.

De esta forma he vivido la sucesión de los días, uno tras otro, entre continuas maniobras de inmersión y avistamientos de mercantes en el horizonte. Nada que destacar salvo la increíble labor del Capitán. Hasta que no ha conseguido que la dotación se coordine igual que la maquinaria precisa de un reloj, no ha cesado en su propósito.

De hecho, en este instante, acabamos de cruzar el Estrecho de Gibraltar sin ningún contratiempo y eso que está vigilado en extremo. Hasta tal punto, que hemos conseguido evitar que nos detecte un destructor que ha pasado por encima de nosotros.

Por su parte, *mein freund* ha mantenido la misma línea en sus mensajes. Por mucho que le he insistido con el tema de las órdenes, ha ignorado cada uno de mis intentos y eso a pesar de que el problema se va haciendo cada más gordo por días.

Se puede entender que es muy difícil coordinar a nuestro Alto Estado Mayor con el de Italia, pero esto es un guirigay sin pies ni cabeza. Hay días en el que ordenan ataque sin más, para al día siguiente contradecir la orden por considerarla demasiado arriesgada.

Entiendo perfectamente la actitud de nuestro Capitán. Él, como Comandante de la nave, tiene un propósito por encima de todos, y es salvaguardar la nave con la tripulación al completo. Por eso, no me extraña la determinación que va alcanzando según nos acercamos al objetivo.

Ahora mismo estamos sumergidos en un cuadrante determinado de este mar esperando a que nos avisen de que los italianos se han marchado para empezar nuestra patrulla.

No queremos iniciar un fuego amigo.

Así que me he retirado a mi cubículo a la espera de órdenes. Acabo de terminar la guardia y necesito descansar. Soy consciente de que el momento se va acercando y quiero estar preparado. Voy a jugarme la vida de tantas formas posibles que no soy capaz de coordinar las alternativas que se me ocurren.

Permanezco tumbado con los ojos cerrados dándole vueltas a todo sin parar y es cuando oigo una voz a través de mi cortinilla verde.

–¿Ya se ha tumbado? Pensé que se tomaría un café... –es Dieter que sigue de guardia y, por lo visto, no quiere que descance. “¡Joder!”

–¡Voyyyy!

–¡Sabía que no se iba negar! ja, ja, ja.

–¿Quién puede resistirse a un buen café con excelente compañía...? ¡No se puede pedir más! Vaya sirviéndolo que enseguida voy.

–¡No me deje plantado o se chupara tres guardias seguidas! ja, ja, ja.

–¡Ni loco! ¡Eso es abuso de autoridad! ja, ja, ja –al abrir la cortinilla, compruebo que ya no está y me dirijo al Casino de Oficiales.

Al llegar lo veo sentado y me doy cuenta de que la fatiga es demasiado evidente en su rostro. Cuantos más días pasamos en el interior de Sonne, más evidente es la palidez de las caras que me encuentro. Empezamos a tener aspecto enfermizo y ya no es tan evidente la diferencia entre Ulrich, el *bleich*, [\[87\]](#) y el resto.

“No pude evitar llamarlo así”

–¿Qué mira? ¿Tan mal aspecto tengo? –me pregunta antes de darle un sorbo a su taza.

–¡*Mein Gott!* Lo siento, pero estoy demasiado cansado para aguantar malos humores...

–¿Mal humor? ¿¡Yo!? ¡Pues sí! ¡Estoy hasta las narices del 2º! –grita y no intenta disimular su mala leche. –No me mire así, estoy esperando al Capitán. Va a darnos nuevas órdenes, por eso lo he levantado... ja, ja, ja. ¿No se habrá pensado que no puedo estar sin usted? –Su mofa es tan evidente que no sé si consigo que mi cara no muestre mi sorpresa. –Me toca los cojones que un imbécil nos complique la travesía...

–¿Ha pasado algo?

–¿Y cuándo no? –me pregunta y levanta los hombros a la vez con cansancio. –Sabe que tengo un gran intuición y algo me dice que esto no va a acabar bien...

–Señores... –al oír su voz, levantamos la vista para mirarlo.

–¿Un café? –le pregunta Dieter y niega con un gesto.

–Bien, voy al grano... Me he enterado de que se está preparando algo y sabemos quién es el responsable –hace una pausa para mirarnos. –Sé que estamos al límite, pero no tengo más remedio que darles más trabajo.

–Mi Capitán, usted sabe que puede contar conmigo para lo que sea.

–Y conmigo –responde Dieter con seriedad.

–Lo sé, por eso estamos hablando. Nos faltan el 1º y Luther, pero como están de guardia más tarde les informaré. Bien, tenemos que estar de guardia y a la vez vigilando sus pasos. Sé que pido mucho, pero no nos queda más remedio. ¿Entendido?

–Sí, señor –respondemos al unísono.

–Todo claro, entonces... Ingeniero, ahora sí que le acepto ese café –al hablar se recuesta y se quita la gorra.

–Enseguida, señor.

–Max, no sea tonto y váyase a descansar. Yo me encargo de pesado este... je, je, je –sonríe y me guiña un ojo.

No lo dudo y me vuelvo a mi cubículo sin dejar de estar preocupado por el tema. No quisiera que se complicara la situación cuando ya no esté en el submarino, después de todo lo que he compartido con ellos lo mínimo que puedo hacer es ayudarlos en lo que pueda.

Es cierto que el problema con el 2º se ha ido agravando con el transcurso de los días. No se puede mantener un diálogo cordial con él por más que se intente. Da la misma sensación que estar dándote cabezazos contra la pared.

“¡Es imposible!”

Su nivel de intransigencia es brutal y no solo eso, lo peor es que como te tome ojeriza estás acabado. Puede llegar a ser insoportable. De hecho hemos tenido la pérdida de un chaval de marinería que, por no poder aguantarlo, se tiró por la borda en un descuido y por más que intentamos rescatarlo no hubo manera.

Además, por mucho que pueda parecer increíble, todavía tuvo el valor de poner el grito en el cielo cuando el Capitán quiso dedicarle unas oraciones.

“¡Alemania no es una nación de cobardes!”

Es lo que fue capaz de gritar enardecido por su misma indignación, ante lo que el Capitán ni se inmutó y no hizo ni caso, por supuesto.

Cuanto más desapruebo su actitud, más seguro estoy de no querer volver a mi país. Si imagino que voy a tener que aguantar a personas como él por todas partes, más grima me da y es una sensación que no puedo controlar.

Estoy pensando en todo esto cuando, de improviso, veo a una mano tirar de mi cortinilla para mostrarme una cara que no esperaba ver. Se trata de Krause, el 2º. Eso me pasa por pensarlo tanto.

“¡Al diablo no hay que llamarlo ni con el pensamiento!”

–Tenga cuidado... ¡No sabe dónde se está metiendo! ¡Lo tengo todo anotado! –susurra apretando los dientes con la cara enrojecida y enseñándome una pequeña libreta.

–¿¡Es una amenaza!?

–Usted piensa que no sé cuál es su papel aquí, pero está muy equivocado.

–¿Qué quiere decir? –y cuando hago el ademán de bajarme de la litera, vuelve a correr la cortina y se marcha sin más.

“¡Qué narices! ¡Cómo se atreve! ¡Esto no va a quedar así!” y, es cuando decido acabar con el problema de raíz antes de marcharme. Esos ojos..., me han parecido demasiado desquiciados.

“¿Puede ser que esté sufriendo algún tipo de locura transitoria? ¿Es esto a lo que se refería *mein freund* cuando empezó a prepararme?

“¡¡No puedo dejarlos con este impresentable campando a sus anchas!!”

A pesar de todo el ajetreo y de mi estado de nervios, he conseguido descansar un par de horas y después de refrescarme un poco, pongo en marcha mi plan para pillarlo con las manos en la masa.

Todavía me faltan un par de horas para entrar de guardia, pero lo ignoro y me empleo a fondo en empezar mi vigilancia.

Lo sigo a todas partes. Voy detrás de cada uno de sus pasos sin descanso y cuánto más descubro de él, más repulsa me produce.

Es absolutamente pasmosa su falta de humildad. Es tan desbordante lo creído que está de sí mismo que no me explico cómo puede respirar.

Mi propósito es muy simple. Solo pretendo pillarlo cometiendo alguna infracción grave para tener la excusa de bajarlo a tierra con el pretexto de que necesito su ayuda para mi misión. Después de evaluar los pros y los contras es la mejor solución que he encontrado. Estamos obligados a ir al puerto italiano de *La Magdalena* en el caso de emergencia. Esas son las órdenes, por eso espero tenerlo solucionado antes de llegar a eso. Si lo desembarcamos en Italia tendremos la batalla perdida con el consejo de guerra al que nos va a someter a todos al denunciarnos. Sin embargo, si consigo que baje en España el resultado es totalmente diferente, ya que la zona donde tengo que desembarcar es republicana. Así que me basta con reducirlo para permitir que lo pillen y que los responsables de ajusticiarlo serán ellos.

“Es la única opción que creo más factible”

De esta manera paso el día sin descansar buscando la oportunidad. Sin embargo, para desesperación del Capitán, hasta bien entrada la tarde no recibimos el mensaje de que ya podemos empezar a patrullar. Las órdenes cada vez llegan más lentas y tenemos que alejarnos veinte millas de la costa para poder recibirlas y siempre de noche.

“¡Es desesperante!”

Durante los primeros días de la semana siguiente, nos mantenemos de la misma forma. Patrullamos sin descanso nuestra zona, mientras que lo vigilamos sin cesar. A estas alturas, no tengo dudas de que se trata de una persona más lista de lo que en un principio ha querido mostrar. Me asombra cómo la maldad es capaz de agudizar la inteligencia de la persona más estúpida, pero no sabe que conmigo ha dado con una roca demasiado dura.

Tengo previsto bajar a tierra el día 6 de diciembre y antes de esa fecha quiero solucionar el problema. La única opción es forzar la situación, de tal forma que se sienta incómodo y que no tenga más remedio que hacer algo a la desesperada.

Ahora mismo lo visualizo igual que a un ratón dentro de una ratonera. Sé que es cruel, pero no merece otra cosa. Es una simple cuestión de supervivencia. Si estuviera a su alcance nos masacraría sin reservas. Esa es la realidad.

Hago verdaderos esfuerzos para que no se percate de mis pesquisas. No hay que olvidar la estrechez en la que nos movemos y, aun así, después de mirar y remirar todos y cada uno de sus gestos por muy pequeño e insignificante que sea. De escuchar todas y cada una de las gilipolces que es capaz de soltar por su boca, parece que por fin descubro un leve matiz diferente en su gestualización al dirigirse a uno de los timoneles. Me refiero a Gustav, el joven que me ayudó después de mi caída.

No sé por qué he percibido algo distinto en él cuando se dirige al muchacho y cómo le responde con una mirada especialmente enigmática. Hasta que descubro cuál es su secreto y después de meditarlo un rato, decido actuar y se lo cuento al Capitán.

Cuando se lo comento, se asombra un poco al oír mis palabras, pero rápidamente lo acepta. En ningún momento consideramos que su condición sexual sea un problema, pero dado que para nosotros el problema es él, decidimos que esa sea la excusa para poder detenerlo.

Después de considerarlo, optamos por pasar por alto todas las manifestaciones de flirteo como si no las viéramos. Tampoco es cuestión de que sean muchas, pero es indudable que las hay. De la misma forma que es evidente que nadie más se ha dado cuenta de la situación y por eso me ha ordenado que no diga nada. Si esto se llega a saber, se podría armar una buena. Le ha hecho la vida imposible a demasiada gente y por eso le tienen bastantes ganas.

Por otro lado, le he dejado muy claro al Capitán que soy yo el que va a zanjar el asunto. No estoy dispuesto a que le pueda pasar algo, ya que toda la embarcación depende de él. No le ha hecho mucha gracia aceptar mis condiciones, pero sabe que tengo razón.

A nuestro favor contamos con que está tan embebido de sí mismo que piensa que el resto no somos más que profundos ignorantes, es decir, imbéciles, a los que se les puede doblegar sin problema. A sus ojos no somos más que una masa moldeable que necesita un brazo ejecutor que le indique el camino. Pensar, lo que se dice pensar, no le ven productivo.

Por eso alimento esa sensación sin reservas. No es momento de orgullos heridos ni de sacar pecho para pelear por un reconocimiento que sinceramente no es necesario y menos de un personaje como él.

“Lo importante es cómo te miren los ojos que tú desees. El resto no entra en ninguna consideración. Así de simple”

Como tenemos reducido el campo de posibilidades al mínimo, no nos queda otra que aprovechar los pocos momentos con los que contamos y uno de ellos es cuando me cede su habitáculo para conectarme. Así que, esta misma mañana, me ha notificado que hoy será la noche.

No puedo negar que la excitación es doble para mí. Por un lado está el tema de Krause y, por el otro, mañana empiezo con mi verdadera misión. Aunque, para no perder los estribos, me he centrado en lo que toca ahora.

Por esa razón cuando Luther se ha acercado a mí después de comer y me ha pedido las coordenadas exactas de la isla, se las he dado con determinación. Así podrá calcular de una vez el punto en dónde vamos a fondear. Sé que mañana es el día indicado para la primera toma de contacto, pero después de hablar con el Capitán lo hemos adelantado un día. La tripulación necesita bañarse y ese enclave es el lugar idóneo para poder hacerlo. Son aguas cálidas, poco profundas y tranquilas, además de que casi no hay trasiego de buques.

Paso el resto de la tarde como puedo. Ya está todo organizado. El Capitán ha hablado con Gustav y se ha ofrecido voluntario igual que si del honor más grande se tratara. Algo que es muy de halagar y de agradecer. Es admirable el valor del muchacho al no dudarle en ningún momento, a pesar de lo peligroso de la situación.

Por otro lado, también se lo ha contado a Dieter, por si acaso tuviéramos problemas y no saliera como esperamos. El ingeniero es alguien imprescindible si las cosas se salen de madre. Sobre todo por el sitio que se le ha indicado a Gustav, que es el mejor en él se pueden citar. Aunque tengo que especificar que me cuesta imaginarme a alguien de la envergadura de Krause en un lugar tan angosto.

Se trata de la quilla y solo hay un acceso a ella, que justamente está debajo de la Sala de Máquinas Eléctricas. Es un espacio angosto y agobiante abarrotado de tubos, cables y llaves que son necesarias para el funcionamiento correcto de todo el sistema de engranajes. De hecho, a ese zona solo tenemos acceso los ingenieros y los maquinistas. Se trata del lugar donde está la llave del fondo principal, es decir, el único motivo por el cual se puede hundir la nave desde dentro.

Nos jugamos mucho.

Por todas esas razones, el éxito de la operación depende de una buena coordinación. El problema es que no podemos sentarnos a planearla tranquilamente por su secretismo. Bueno, es un problema hasta cierto punto, porque la verdad es que no me preocupa. Estoy al cien por cien y preparado para lo que sea. Solo espero que el resto me acompañe y no cometa ningún error. Nada más.

A pesar de estar ocupados durante toda la tarde, he tenido tiempo para darme cuenta del ligero cambio del comportamiento de Dieter conmigo. Desde que el Capitán ha hablado con él, me observa más serio que de costumbre y sé que el motivo es porque ha descubierto que me marchó.

Y con todo este maremágnum en la cabeza, me dirijo a mi cubículo. Acabamos de cenar y nos hemos tomado hasta el café como siempre. Parte del éxito del plan reside en actuar con normalidad y como todavía estamos sumergidos, el Capitán ha dado la orden para subir a superficie a las 12:00h y fondear.

Ese es el momento preciso en el que Gustav se tiene que ver con Krause. En el interior solo se quedan el Capitán y *fleckles*. El resto de la dotación tiene la orden de permanecer en cubierta, hasta los maquinistas y el cocinero. Todo el mundo tiene la orden de bañarse. Una medida que ha sido tomada con verdadero entusiasmo, porque aquí dentro cada vez huele peor y eso que, hasta que hemos llegado al Mediterráneo, el submarino ha navegado casi todo el tiempo por la superficie. Permitiendo de esta forma que la escotilla de acceso al Puente estuviera abierta continuamente, pero aun así el olor es insoportable. Ni *Kolibri* ni narices. Nada quita el maldito olor.

Dieter y yo también debemos permanecer en cubierta hasta que el Capitán nos avise de que es el momento.

Todo tiene que parecer normal para no hacerle sospechar y que las pautas se desarrollen como esperamos, por eso he venido a tumbarme. Quiero aprovechar este momento para preparar mi pistola. Se supone que estoy descansando y que nadie me va a molestar. Así que la monto y la desmonto con tranquilidad, hasta que acabo y me tumbo a descansar a la espera de órdenes.

Cuando cierro los ojos visualizo una vez más la sonrisa de Martha y me relajo.

El sonido de la campana de Control me despierta. Se trata de la señal inequívoca de que en la Sala de Máquinas deben apagarse todos los motores. Sin poder evitarlo, pego un brinco y me pongo en pie para dirigirme rápidamente a Control. Necesito subir y observarlo todo con tranquilidad antes de que empiece el operativo, al que por cierto le he puesto el nombre de *verrückter vogel*<sup>[88]</sup>

“Lo sé... ¿Qué puedo alegar? ¡Lo último es perder el humor!”

Al llegar a Control espero impaciente a que el Capitán dé la orden para poder acceder al Puente, pero Dieter me frena con la mirada y entiendo que lo que pretende es que subamos los últimos para que nos sea más fácil volver a entrar sin ser vistos.

Cuando por fin puedo acceder al exterior, me doy cuenta de que la brisa es demasiado suave y cálida a pesar de que estamos en diciembre. No hay que olvidar que venimos del Mar del Norte y que por eso el contraste me resulta tan drástico.

Es una noche cerrada y sin luna. Una circunstancia favorable para poder estar al raso sin problemas, en un principio.

Le pido los prismáticos a Adler para observar con precisión la costa. Lo primero que me sorprende al mirar la isla es que su perfil es muy similar al de un submarino y después de eso, me doy cuenta de que Tabarca tiene pequeñas dimensiones. Según el dossier de información que me dieron en su día, tiene una longitud de 1800 metros y una anchura de 400 metros. Está situada a unos 22km de la ciudad de Alicante y a 2'35 millas náuticas del Cabo de Santa Pola. Por eso ese ha sido el punto de contacto elegido, por ser el más cercano.

Sigo observando y veo que el punto más alto no tendrá más de 15 metros sobre el nivel del mar. Lo que me lleva a pensar que debe ser cierto que pueda existir algún tipo de conexión entre las cuevas de la isla y el Cabo. Este dato es lo primero que tengo que averiguar en cuanto desembarque.

Lo voy a hacer con la convicción de que no está habitada. Sobre todo después del pequeño bombardeo al que fue sometida hace unas cuantas semanas. Estoy convencido de que los causantes de la tragedia fuimos nosotros al ser avistados desde el aire por la escuadra de aviones. Estas aguas no tienen mucha profundidad y, aunque se trataba de una escuadra italiana, al no llevar distintivo consideraron que éramos republicanos y lanzaron las bombas. Una estalló en medio del mar a 500 metros de nuestra localización y la otra en pleno centro de la pequeña isla.

“¡Qué desastre!, por un momento pensamos que zozobraría igual que una nave ¡No me explico cómo aguantó!”

Solo espero que no quedara nadie sobre ella...

Reflexiono sin dejar de buscar puntos estratégicos a lo largo de todo el litoral y tengo que esforzarme para poder visualizar las formas de la ciudad de Alicante a la derecha y al fondo. Apenas si puedo verlas de milagro, porque al estar en guerra no tiene muchas luces encendidas y si miro hacia Santa Pola ocurre lo mismo. Tienen apagado hasta el faro.

A pesar de que las órdenes son estrictas respecto al ruido, la dotación está disfrutando de lo lindo de su baño. Son muchos días sin respirar aire puro y sin tocar el agua.

Los miro desde la altura del Puente; pero no los veo. No estoy aquí. Por momentos, siento como la piel se me va erizando al darme cuenta de que estoy en otro país, en otro lugar y con un millón de opciones posibles de futuro ante mí.

“Me cuesta respirar... ¿Puede ser que sea la sensación de libertad?”

Empujado por esa sensación, me asomo para ver el agua. La imagen que veo es la de un mar distinto, con otro olor y otro lenguaje en sus mareas.

No puedo evitar sentirme extraño y cuando le devuelvo los prismáticos a Adler, me doy cuenta de que me observa sin llegar a entender del todo lo que está pasando en mi interior.

Unos golpecitos en el hombro me obligan a volverme y a enfrentarme a unos ojos. Son los de Dieter que consigue que regrese a la realidad de golpe.

–Tenemos que bajar... –susurra con seriedad.

–Bien... –y le sigo al interior.

Una vez en Control, nos encontramos esperando a nuestro Capitán. Su rostro tiene un gesto tan hermético que no puedo calibrar su estado de ánimo. De lo que sí me doy cuenta, sin ningún problema, es de la determinación que tiene su mirada.

–Ha pasado media hora. Pienso que es suficiente, ¿no les parece?

–Sí, señor. Cuando usted ordene actuamos –le contesta Dieter y empieza a seguirle, pero los detengo antes de que den un paso más.

–Si quieren que esto funcione, tienen que dejarme actuar y darme un margen para maniobrar. Esperen diez minutos antes seguirme, ¿de acuerdo? –al hablar le imprimo seguridad a mi tono de voz a la vez que saco la pistola del bolsillo interior de mi mono. Cuando la ven, me observan unos segundos y tras un cruce de miradas, me dejan pasar.

Me encamino con seguridad por el estrecho pasillo en dirección a popa hasta llegar a los motores eléctricos.

Nada más entrar, me doy cuenta de que la trampilla de acceso a la quilla está levantada y me introduzco por ella sin pensármelo.

Hace tanto calor que el sudor parece otra piel adherida a mi cuerpo y provoca que, al pisar cada uno de los escasos barrotes de la escalerilla, la tela del mono se me pegue por momentos.

A esta profundidad la presión todavía es más insoportable, igual que el oxígeno. Se nota mucho que en esta parte del casco los ingenieros que diseñaron la estructura decidieron que tuviera menos grosor y por lo tanto es más dañina para nuestro organismo.

“No me explico cómo este hombre ha sido capaz de bajar hasta aquí...”

¡Y con el uniforme! ¡Joder! ¡Qué locura!”

Me deslizo con precaución hasta el fondo, justo en el momento en el que el impresentable intenta girar la llave del fondo principal.

–Pero... ¿Qué hace? ¿¡Está usted loco!?! –grito a la desesperada y consigo paralizarlo durante unos segundos por la sorpresa, ya que no espera verme. Por desgracia, su expresión se endurece y se desata más su locura. Observo con perplejidad cómo se transforman sus rasgos antes de emprenderla con auténtica enajenación contra el volante del fondo principal. Grita, bueno, más que eso, aúlla enloquecido mientras se esfuerza al máximo por terminar de abrirla. Es tal su demencia que está dejándose la piel de las manos y se le resbalan por la sangre de sus heridas.

–¡Cabrones! ¡Vamos a morir todos! ¡No sois dignos de mi Führer! –Su rostro no puede estar más enrojecido ni sus ojos más desorbitados. Pero eso no le impide

mirar a su alrededor y agarrar con fuerza una pequeña tubería para arrancarla de un tirón.

—¡Quieto ahora mismo o disparo! —le apunto directamente, a pesar de que mi sudor es tan copioso que empieza a emborronarme la vista, cuando de improviso, consigue desprender la tubería y empieza a caminar como un poseso hacia mí.

No lo pienso y le disparo directamente. Una..., dos..., tres..., hasta cinco veces, pero por extraño que parezca, no consigo tumbarle y me embiste con una fuerza tan brutal que consigue que se me caiga la pistola al agua.

Se tira encima de mí literalmente y tengo la impresión de que me acaba de atropellar un tren de mercancías. Su sangre me salpica la cara y se desliza hacia mi boca y me obliga a escupir, mientras le agarro la mano con la que sujeta la tubería con todas mis fuerzas. Algo que no me sirve para nada, porque me zarandea igual que si fuera un muñeco a su merced. Me golpea con brutalidad contra la mureta y, en cada impacto, se me clavan las tuberías por la espalda y la cabeza.

“¡Joder! ¡No consigo soltarme para darle un puñetazo!” y eso que lo intento hasta casi desfallecer. Su mano es como una auténtica garra y me aferra cuando me bambolea de un lado a otro.

Hasta que empiezo a creer que me va a tumbar y es cuando, de pronto, tiran de él y me lo quitan de encima.

Son el Capitán y Dieter que a patada limpia están intentando reducirlo. Los miro y salgo corriendo para intentar cerrar la llave a pesar de que me ahogo por el esfuerzo.

“¡No se puede respirar! ¡Somos demasiados para tan poco espacio! ¡Me va a dar algo!” es lo único que puedo pensar, a la vez que vuelvo sobre mis pasos para quitarle la tubería e intentar hacer palanca para conseguir cerrar la llave.

“¡Maldito loco hijo de puta!”

Al final tienen que ayudarme los dos a cerrarla, porque se ha encajado y no consigo hacerla rodar.

Cuando por fin lo logramos, caemos de rodillas jadeantes y sudorosos los tres a la vez. El esfuerzo ha sido inhumano, porque el 2º ha plantado cara hasta el final y no nos ha ayudado su gran envergadura ni la estrechez del sitio.

Y como si estuviéramos de acuerdo, de repente, nos damos cuenta de que estamos rodeados de agua.

“¡Nos llega por la cintura!”

—¡Dieter avise que necesitamos ayuda para achicar este desastre! —la voz del Capitán no puede sonar más fatigada y, Dieter al oírlo, se levanta con dificultad para pedir ayuda.

No es mucha cantidad, pero la suficiente para poder darnos problemas.

—¿Y Gustav? —la pregunta del Capitán consigue helarme la sangre y me muevo gateando por el temblor de mis piernas, para buscarlo. Por desgracia, no tengo que esforzarme mucho por encontrarlo.

Está escondido al fondo del todo y encubierto por una maraña de cables. Es una visión desoladora y no deja de parecerme más que una cruel metáfora sobre la secreta vida del personaje abominable con el que no hemos tenido más remedio que convivir.

“¡Pobre muchacho! ¡Tan joven y con tanto por delante!” y no puedo apartar mis ojos de él hasta que el Capitán me llama.

—¡Max! ¿Lo ha encontrado?

—Sí, señor... —No digo más. No es necesario.

Lo que sigue a continuación, no dejan de ser momentos tensos para toda la dotación. Después de conseguir achicar toda el agua y de comprobar que la llave del fondo principal está en condiciones, hemos tapado los cadáveres con unas telas y por orden del Capitán los hemos subido a cubierta.

No consigo apartar la mirada del cadáver de Gustav y tampoco puedo dejar de lamentarme. Y a pesar de que por un momento la brisa me transmitió un mensaje de esperanza, tengo que reconocer que no puedo sentirme peor.

Esta imagen es la prueba real del desastre que va a conseguir arrasar a mi nación del mapa.

No va a existir solución y la barbarie va a conseguir campar a sus anchas y sin freno. El abatimiento me vence ante una realidad tan siniestra. Es terrorífico pensar todo lo que se puede tapar bajo los ideales de un fanatismo que a malas penas puede ocultar su capacidad para destilar odio y desprecio por la vida.

Mientras pienso en esto, me mantengo en la misma posición, incluso, después de ver cómo se sumergen los cadáveres y de quedarme solo observando el abismo oscuro de esas aguas. El cansancio cae sobre mí igual que una losa y es cuando me quito la ropa para meterme en el mar.

“Nada tiene sentido... ¡No consigo entenderlo!” pienso mientras me limito a flotar, hasta que la voz de Dieter me despierta.

—Quiero darle las gracias. Nos ha salvado la vida a todos...

—No. A todos, no.

—¿Qué dice? ¡No piense eso! ¡Gustav dio su vida como un héroe! Si usted lo entiende así, es cuando su muerte perderá todo su sentido.

Al oír sus palabras lo observo sin llegar a creérmelo del todo.

“¿Cómo puede ser que una nación ponga a su gente al límite y que esa gente responda con tanta pasión a pesar de todo? ¿Qué me pierdo? ¿Por qué no soy capaz de sentirlo así?”

—Muchas gracias Dieter por esto y por todo. Es usted un gran compañero. Se lo digo en serio.

—No es para tanto. No siga que me lo voy a creer... —y no sé si lo he avergonzado, porque se ha puesto a nadar para disimularlo.

El resto de la noche transcurre con un ambiente cargado por emociones contradictorias. La pérdida de Gustav ha hecho mella en todos nosotros, a la par que se respira igual que si el oxígeno fuera puro.

No deja de ser contradictorio que en un lugar dominado por la claustrofobia, se pueda tener la sensación de libertad.

Hay una verdad incuestionable que se evidencia en la mirada de todos y es que sentimos tranquilidad a pesar de las circunstancias.

De hecho tengo la misma sensación que si me hubieran quitado una losa de 500k de encima y, por lo que veo, es una percepción compartida.

Por otra parte, sé que esta es mi última noche a bordo y no tengo una explicación razonable para esto; pero es así.

Quizás ese sea el motivo por el que los observo aun estando rodeado por todos y brindando por el valor del muchacho. Cada una de estas personas me ha dado mucho. Algunos sin llegar a saberlo y es por lo que siento que no me voy de vacío.

Estos hombres que tengo ante mí son la viva imagen del valor y del honor. Creo que más no puede pedir una nación.

No puedo saber lo que pasará mañana. Lo que nos traerá el devenir. Pero estoy seguro de que cada uno de ellos lo afrontará con valentía y determinación. Por primera vez en mi vida, soy capaz de sentir orgullo y sonrío al pensarlo y al levantar mi taza para brindar.

Sé que no olvidaré este momento jamás, porque voy a poner todo mi empeño en no hacerlo.

Mi último día transcurre sin ningún imprevisto, salvo que al conectarme *mein freund* me ha sorprendido al decirme que a partir de ahora voy a ser yo el que ponga las pautas de los mensajes. Resulta imposible asegurar que todos los días voy a poder hacerlo a la misma hora, al depender de cualquier imprevisto que surja durante la misión. De hecho, lo tendré que hacer sobre la marcha.

Es un verdadero alivio que amplía mi margen de libertad de movimientos y que me ha puesto de buen humor.

“¡Por fin una buena noticia! ¡Ufffffffff...!”

Y con ese espíritu, afronto los últimos momentos en Sonne. Mi Capitán ha decidido que desembarque después de las 12:00h, que es cuando estaremos de regreso de nuestra patrulla y por eso estoy ultimando los preparativos. A estas alturas ya saben todos que me marcho y ese es el motivo por el que durante la cena he sido el centro de todas las bromas, es decir, se han reído de mí hasta la exasperación, pero no importa.

Ahora mismo estoy sobre la cubierta con mi carga y con la balsa de salvamento preparada, incluido mi equipaje. No dejo nada a bordo.

—Bueno... Max, ha sido un placer compartir misión con usted —al hablar suena grave su voz. —Vamos a patrullar por la zona hasta el día 12. Así que si tiene que

volver, hágalo antes de esa fecha. Tenemos orden de emprender el regreso Alemania a partir de ese día –y me extiende la mano para apretar la mía.

–El honor ha sido mío, mi Capitán –le devuelvo el apretón junto con una sonrisa.

–¡Vaya pintas! ¡No puede ser más raro! ja, ja, ja –Dieter ríe y abre los brazos para abrazarme. Muy a mi pesar tiene toda la razón. Llevo el traje de buzo y mi aspecto deja mucho que desear. –¿Ha guardado mis datos? ¡Espero!

–¡Claro que sí! ¡Un abrazo! Y mil gracias compañero...

–No te digo! ¡Parecen dos damiselas despidiéndose! ja, ja, ja... ¡Al final sí que va a extrañar a alguien! ja, ja, ja –Adler se parte de risa con nosotros.

–¡Calle, insensato! –y Dieter le da un pequeño empujón.

–¡Caballeros! –Me cuadro al decirlo y me subo a la balsa, no sin antes apoyar una de mis manos unos instantes sobre el costado de Sonne, pudiendo sentir su fuerza justo cuando la marea empieza a alejarme suavemente, mientras observo la imagen de los tres sobre la cubierta hasta que me giro para poner proa a la isla.

Tengo la fortuna de que la noche está bastante cerrada, a pesar de que la luna ya está en cuarto creciente. Apenas si consigo ver unos metros por delante de mí, pero gracias al traje que llevo, y a que la balsa es negra, consigo mimetizarme con el entorno.

Necesito que nadie detecte mi presencia.

Remo hasta que me acerco a un pequeño islote que según el mapa que he estudiado con Luther, se trata de *la Cantera*. Me han venido muy bien sus indicaciones y los conocimientos que ha compartido conmigo sobre la localización. Es un lugar peligroso para las barcas, porque su fondo marino es muy rocoso y tiene poca profundidad, pero he decidido que es el mejor lugar precisamente por eso.

Me meto en el agua con el máximo sigilo y la tapo para ocultarla lo máximo posible después de comprobar que el perímetro es seguro durante bastante rato.

No consigo ver a nadie, así que me coloco el tubo y las gafas para bucear en dirección a la *Cova de Llop Mari*, que es donde se supone que voy a encontrar la manera de llegar a la costa.

Al llegar, me quedo de piedra al ver una pequeña barca oculta en el fondo. Aun así inspecciono con minuciosidad todo el lugar a pesar de que no es muy grande y reprimo el impulso de empezar a saltar de alegría, al caer en la cuenta de que si está ahí es porque hay gente en la isla.

Nadie en su sano juicio dejaría abandonada la herramienta que le da de comer. Sobre esto, no dudo en ningún momento.

No soy consciente de que al sopesar la situación camino en círculos y no es para menos, desde donde estoy es imposible acceder por tierra a la costa. No consigo encontrar ninguna caverna o entrada para poder acceder. Así que la información que me han dado es errónea. La única alternativa que encuentro es jugármela y coger la barca.

Y es lo que hago.

La descubro para saltar a su interior y suelto la amarra. Al no encender el motor, permito que sea la misma corriente la que me empuje hacia la salida. Una vez consigo cruzarla, suelto el velamen para iniciar el recorrido hacia *la Cantera*, porque tengo que coger la carga para esconderla en la cueva.

Efectúo la maniobra sin dejar de observar todo el contorno y sigo sin ver a nadie. La verdad es que quiero evitar que descubran mi presencia, porque sé lo que significa y no quiero tener que matar a personas que no tienen nada que ver con todo esto.

Emprendo el regreso después de cargarlo todo. He decidido esconderlo antes de dirigirme al encuentro con mi contacto, que según las órdenes se tiene que producir a las 04:00h. No sé lo que me voy a encontrar, por eso primero necesito cerciorarme de que todo se va a desarrollar sin problemas.

De nuevo, vuelvo a entrar con la barca en la cueva y empiezo con la descarga después de asegurarme de que está bien amarrada. Pero, me tengo que detener y no es porque las cajas pesen mucho, no. Lo que pasa es que el traje de buzo me está asfixiando de calor y necesito quitarme por lo menos una parte de él para poder seguir.

Y es cuando percibo la fuerza de una mirada. Hasta sé perfectamente desde qué dirección me están observando, por eso dejo la caja en el suelo y me dirijo hacia el lugar exacto a la vez que saco mi cuchillo del cinto y lo oculto debajo de la palma de la mano. Pero al llegar, no encuentro a nadie a pesar de que mi instinto se ha activado y me dice que ahí había alguien. Para asegurarme, me tiro al agua para poder observar mejor con las gafas de buceo y no consigo averiguar nada.

“Te voy a pillar..., solo es cuestión de tiempo”

Lo que en ese momento no llevo a saber es que, averiguarlo, va a representar el momento más crucial de mi vida.

A pesar de que sigo con las pautas de mi plan, no consigo sacarme de la cabeza la duda de quién será la persona que me espío y por eso decido ocultarme para poder saber de quién se trata antes de tomar una decisión.

Con ese propósito, a la noche siguiente me oculto y me mantengo a la espera. Estoy relativamente tranquilo, porque ya he conocido a mi contacto, Friederich Meyer, que forma parte del personal civil de defensa y he quedado con él para la entrega y posterior traslado de mi carga. Y eso, aun cuando hemos descubierto que no se podía haber elegido un lugar peor. Desde luego los informadores han hecho una labor absolutamente desastrosa. Lo que evidencia la falta de coordinación y de control dentro del servicio de espionaje. Resulta que el punto de encuentro bajo el Cabo de Santa Pola está muy cercano a un cuartel de Carabineros que hay en la zona y además, y para empeorarlo del todo, se encuentra justo a los pies del faro que es el lugar en dónde se mantiene un destacamento que actúa de radar.

Los republicanos han instalado un dispositivo de escucha que se mantiene en activo durante las veinticuatro horas con el fin de poder avistar la llegada de posibles bombarderos.

Santa Pola es fundamental para la defensa de toda la zona de Alicante, dado su enclave estratégico. Se trata de un verdadero bastión desde donde se puede controlar las incursiones aéreas por este lado del flanco. Por eso, la labor de esta estación de escucha pasiva es fundamental, puesto que son capaces de detectar no solo a los aviones procedentes de Menorca que se dirigen hacia Alicante, sino que también a los que van en dirección a Guardamar, Torreveja y Cartagena.

“¡*Mein Gott!* ¡Qué desastre!”

Aun así, no me desanimo. Va a resultar más difícil, pero no imposible.

Así que he organizado la estrategia en función a la identidad que me han asignado. Como soy periodista gráfico, he quedado con mi contacto para que se haga pasar por mi ayudante y por suerte, como las máquinas parecen auténticas máquinas de escribir, no creo que tengamos problemas si nos paran. Al fin y al cabo, puedo pasar por un periodista que transporta material a la capital para cubrir las noticias del frente.

Ahora mismo, se lucha encarnizadamente a las puertas de Madrid y por eso no resulta extraño ni fuera de lugar.

Aunque, ahora no es momento para esto.

No quiero impacientarme, pero las horas pasan y aquí no hay señales de que vaya a aparecer nadie.

Hasta que, de pronto, observo que la silueta de una persona surge de entre las sombras...

“¡¡Es una mujer!! Pero, ¿qué está haciendo aquí y sola?... ¿Será una superviviente del bombardeo?” Mis dudas se amontonan sin parar. Hasta que sale a la luz y la puedo observar sin reservas.

“¡¡Es bellísima!!” La imagen me deja sin respiración cuando la miro. Aunque..., se comporta de una manera extraña.

Para mi sorpresa y contra todo pronóstico, no soy capaz de moverme y ni siquiera puedo parpadear.

“Pero, ¿qué me pasa? ¿Por qué no me levanto y acabo con ella en el acto?”

No puedo. Estoy bloqueado.

No es la primera vez que veo un cuerpo de mujer desnudo, pero su imagen resulta ser para mí como una revelación. Lo pienso mientras se quita la ropa y se introduce en el mar...

A la vez que oigo crujir algo en mi interior y me invade por entero una extraña luz que hasta este momento no sabía que existía en mí. Hasta puedo oír el murmullo de su voz, por irreal que pueda parecer. Me habla, me está diciendo que esa desconocida que tengo ante mí...

“¡No me lo puedo creer! Pero, ¿cómo? ¿Por qué?”

“A ver..., calma, calma. Piensa..., piensa... ¡No puedo! ¡Soy incapaz! ¡Joder!” y el corazón parece que se me va a salir del pecho al ver que sale del agua. Parece que busca algo...

“¿Me estará buscando a mí?!” Al pensar eso dejo hasta de respirar por si acaso es capaz de descubrirme, hasta que encoje los hombros y se marcha por el mismo lugar por el que ha venido.

Me tengo que apoyar sobre una roca al caer sobre mí el peso del mundo y necesito unos instantes para recuperarme.

No hay nada de lógico en mi reacción.

Dispongo de cuatro noches más para decidir qué es lo que voy a hacer con ella y no quiero precipitarme, pero mi corazón está desbocado y por más que busco una explicación, no la encuentro.

No sé quién es. No sé nada de ella.

Entonces, ¿por qué al verla me ha dado la sensación de que de alguna manera ha existido en mí siempre? Sin darme cuenta, me giro para volver a mirar el lugar donde ha estado y me paso la mano por el pelo con nerviosismo al recordarla saliendo del agua y como hasta la brisa ha cambiado su curso para mecer sus cabellos que son oscuros como la misma noche. Hasta ha sido capaz de ralentizar el momento, al compás de un latido tras otro cada vez más intenso.

Su imagen ha sido ver que el mar se cristaliza para formar un cuerpo maravilloso ante mis ojos, pero no solo eso. Me ha transmitido con brutalidad una especie de ternura desconocida para mí.

“¿Si no creo en nada! No puede ser... No puede ser..., repito sin cesar con perplejidad”

Lo más curioso es que siempre he sido un escéptico con este tema. Cuando alguien a mi alrededor ha dicho que ha sentido un flechazo, nunca lo he llegado a creer. Siempre he pensado que es imposible. No se puede amar a una persona nada más verla. Se puede sentir atracción al tratarse de algo químico. La sensualidad que nos pueda transmitir puede llegar a ser arrolladora y hacerte desear hasta el infinito estar con ella, aunque se trate de un breve encuentro, pero no deja de ser una fuerte atracción física.

Pero..., esto..., esto..., es diferente.

Es todo eso y a la vez algo más profundo y tan abrasador que me pone nervioso no conseguir racionalizarlo.

Tengo que confesar que he sido capaz de aguantar cinco noches de esta manera. En todas y cada una, ella se ha comportado de la misma forma, mientras he permanecido oculto sin moverme.

Pese a no ser más que una auténtica locura, a estas alturas sé que esa desconocida sin saberlo, ha sido capaz de despertar el amor en mí y lo malo es que no me queda tiempo. De hecho, debería de haberme ido ya, pero no puedo hacerlo.

“El amor..., el amor... Pero, ¿me estoy escuchando? ¿No creo que pueda decir más tonterías juntas! ¡Qué cojones!”

“¿A quién trato de engañar?!”

Me miro y me veo encogido en este rincón en el que apenas puedo moverme, tembloroso y asustado por unos sentimientos desconocidos para mí.

“¿Joder! ¿Será posible?”

Levanto la mirada y la vuelvo a observar sin evitar rendirme ante una evidencia que es más fuerte que yo.

Me tiene anclado a esta tierra o si lo pienso mejor..., incluso puedo decir que enredado, atado e intrincado. De la misma manera que se puede... “Ufffffff ¡¡Estoy perdiendo la cabeza!!”

Y con esta madeja caótica de sentimientos encontrados, me deslizo hasta la orilla rocosa para mirarla más de cerca. No soy dueño de mis actos cuando alargo la mano para que la coja, después de mirarnos durante unos momentos.

Su tacto es tan suave como rozar el agua y cuando nos ponemos de pie, me quedo paralizado al mirar sus ojos. No soy capaz de apartar la mirada de ellos a pesar de que está totalmente desnuda.

Son oscuros, profundos e insondables y a la vez cálidos y acogedores. A malas penas pueden ocultar su espíritu salvaje y libre.

Y sigo sin ser capaz de moverme. Estoy petrificado.

Quiero apartar la vista para evitar sentirme incómodo.

“¿Es imposible!”

Su mirada me refleja una realidad desconocida para mí.

Su expresión no puede disimular la misma incredulidad que siento yo y me muestra sin tapujos la increíble belleza de lo que es puro. Si no fuera por lo escéptico que soy por naturaleza, diría que se trata de algo que roza la quimera.

De repente el mundo cobra otra intensidad. Cuando se ama hasta el aire tiene otro sabor. Un poco a rocío, un poco a campos rebosantes de flores silvestres como los hay en mi tierra.

Un poco a todo y un poco a nada.

Hasta este mar que casi puedo saborear si abro mis labios, porque con un impulso se ha acercado a mí y después de mantenerse inmóvil durante un rato, que me ha parecido eterno, ha puesto su mano sobre mi pecho muy lentamente hasta que ha apoyado su frente sobre mis labios.

El tacto de su piel quema como brasas.

Se expande de la misma manera que un fuego salvaje y abrasador que es capaz de colarse en mi interior difuminando las sombras de cualquier mínima duda.

Ante este gesto, he cerrado los ojos.

Ha vencido todas mis barreras, así de simple. Por primera vez soy capaz de sentir a una persona sin más. Sin tener que pensar en intereses ni falsedad.

Esta mujer es tan verdad como la tierra que piso y asombrosamente, no necesito palabras para saberlo.

He compartido el lenguaje de la piel de mil formas diferentes. Piel de terciopelo, cálidas y sensuales y, entre todas ellas, la que más ha destacado ha sido la de Hanna sin duda y aun así no tiene nada que ver con esto, pero ni de lejos. No se parece a nada de lo he llegado a sentir hasta ahora. Nunca he llegado a oír el lenguaje del alma de otra persona, su lenguaje mudo. Y el alma de esta mujer me habla de tal forma que suena tan hermoso como si de música celestial se tratara.

Percibo sus latidos y me estremezco por completo.

No hago ningún movimiento. Ni siquiera intento acariciarla.

No puedo.

Siento el respeto a lo que es hermosamente sagrado.

Soy un hombre y no sé si este comportamiento es normal; pero no puedo evitarlo.

Se apodera de mí un miedo extraño y a la par una absurda inseguridad.

Siento amor de una forma tan abrumadora que no me importaría quedarme así para siempre.

Durante un largo rato nos mantenemos en la misma posición, hasta que parece despertar de un sueño y sale corriendo sin más.

No soy capaz de reaccionar ni en este momento, en el que la veo correr igual que a un gato asustado y en el que no puedo dejar de sentirme torpe e inseguro

“¿Dios mío! ¿¡Esto es el amor!?”

Es entonces cuando todo el universo encaja sus piezas en mi interior.

Esta mujer de la que no sé nada ni tan siquiera su nombre, es la mujer de mi vida y no pienso perderla.

Haré todo lo que sea necesario. Hasta pactar mi entrada en el mismo infierno por conseguirlo.

A pesar de que todavía no soy capaz de moverme ni de tan siquiera tragar mi propia saliva, sonrío al pensar en mi preciosa hermana Martha y recuerdo como le brillaban los ojos la última vez que nos vimos sin que la llegara a entender del todo.

El amor es un sentimiento que te empuja a desear no dejar de sentirlo nunca y ahora me doy cuenta de que no entendí esa tarde nada de lo que ella me quiso



explicar.

En ese momento, no estaba a mi alcance.

No comprendí el nivel de valor que te da para ser capaz de dejarlo todo atrás, incluso a mí que la adoraba.

Ahora comprendo su insistencia al repetirme una y otra vez el mismo mensaje a través de mis sueños para que esté tranquilo y no me preocupe.

Me ha estado preparando todo el tiempo para esto.

Ha llegado el momento de tomar decisiones.

Siento tanta determinación que no soy consciente de que todavía no he conseguido moverme del sitio, hasta que irrumpe en la cueva un anciano que se detiene unos segundos al darse cuenta de mi presencia antes de encaminar sus pasos directos a mí...

## *TERCERA PARTE*

Llegó el tiempo de amar.  
Solo deseo que sean tus ojos lo único que permanezca al disiparse la bruma.  
En algún lugar llueven lirios de otoño, si me susurras te amo.

Beatriz Cáceres.

Santa Pola. (Alicante)  
España.  
16 de septiembre de 1937.  
02:00am.

Parpadeo y abro los ojos..., blanca, igual que un ala de gaviota. Parpadeo y los cierro..., su rostro, su hermoso rostro. Parpadeo y los abro..., blanca, como una flor de azahar. Parpadeo y los cierro..., mis pies descalzos sobre este suelo de hormigón y sonrío al hacerme cosquillas su aspereza y muevo los dedos. Parpadeo y los abro..., blanca, como un lienzo esperando las pinceladas de vida. Parpadeo y los cierro..., su boca, como abismo donde me quiero asomar para ver el infinito. Parpadeo y los abro..., blanca, como la espuma del mar. Parpadeo y los cierro..., clink, clank, clink, es el ruido de una gota que resuena al caer en el interior de una pequeña lata de tomate vacía que ha puesto Juan debajo del caño que hay en el patio, para que no nos resbalemos.

“¡Uffffff! ¡Me estoy volviendo loca!”

Si tu destino es perder la cabeza, lo mejor que puede pasarte es que tengas una buena razón para que un día cualquiera algo se rompa en tu interior, de una forma tan brusca que consiga alejarte de la realidad para no regresar nunca más.

Yo tengo una poderosa razón. Quizás una de las más arrolladoras.

Hoy hace nueve meses y diez días del beso que cambió mi vida para siempre.

Hoy hace nueve meses y diez días que el fuego de unos labios consiguió que este corazón mío, que se negaba en rotundo a vivir, permitiera que ese hombre se quedara en su interior convirtiéndolo en su lugar.

Sé que todavía no entiendo mucho de sentimientos y que me queda mucho por descubrir; pero me esfuerzo.

A la pregunta de cómo se puede amar de esta manera a una persona a la que solo has visto una vez y durante..., digamos a bote pronto, ¿un cuarto de hora? La respuesta es muy sencilla. Se la ama intensamente, de la misma manera que se respira.

¿Que si estoy loca? Bueno..., de atar; pero es superior a mí. Soy capaz de sentirlo de la misma forma que si se tratara de una segunda piel.

No deja de ser curioso, y a la par chocante, que sea capaz de tener que obligarme a no tener miedo absolutamente por todo y que no lo sienta cuando pienso que no va a regresar, porque se habrá olvidado de mí.

Sé que va a volver. No sé cuándo ni cómo, pero lo va a hacer.

Estoy convencida, aunque si no lo estuviera no sería ningún problema. Para amarle no necesito que me ame. No pienso dejar de hacerlo ni en el caso de que no vuelva a verlo jamás.

Creo que esa es la grandeza del amor o por lo menos, lo siento de esta manera.

Amo sin más.

No es lógico, lo sé. Pero, ¿desde cuándo el amor lo es?

Tengo que pensar en otra cosa... ¡Ah, sí!

¿Por dónde íbamos?...

Septiembre ¡Me encanta este mes! El mar aún conserva el brillo del verano y los atardeceres continúan siendo verdaderas explosiones de fuego en el horizonte.

Si me concentro y aspiro profundamente, puedo oler el salitre del mar de la misma manera que si estuviera en la misma orilla. Si me concentro y cierro los ojos, puedo sentir la brisa moviendo suavemente mis cabellos y perfilando el contorno de mi cuerpo de la misma forma que las manos sabias de un alfarero acarician el barro para extraer la más sublime de las formas.

Todo es cuestión de proponérselo.

Me siento libre, de hecho más que nunca.

Y no deja de ser una increíble contradicción. Se puede vivir al aire libre en una isla y sentir claustrofobia, a la vez que se puede vivir encerrada en una habitación secreta y sentirse libre.

De hecho, vivo así.

Encerrada entre cuatro paredes y con una pequeña ventana que da a un patio interior que solo me permite disfrutar de la vista de una magnífica pared blanca.

Nueve meses y diez días...

Uno tras otro.

Observando esa pared, sin poder ver más allá.

Hasta que de pronto, rasga el latido de la noche el tañido de la campana del reloj del Castillo[89]: Son las dos de la madrugada y esto quiere decir una cosa muy importante... “¡Es mi momento!” y un nervioso hormigueo empieza a hervir desde la punta de mis pies hasta el último pelo de mi cabeza, mientras espero a que Juan y Rosa aparten el armario para que pueda salir un rato.

“¡Por fin!”

Pero esta alegría tiene un precio, pienso a la vez que me levanto con rapidez para ponerme el vestido. ¡Me tengo que poner los zapatos! No me apetece volver a oír a Juan rumiando al verme descalza.

“¡Qué martirio!” No consigo entender la fijación que tiene para que me los ponga. A estas alturas tengo muy claro que nací para caminar sin ellos, pero cuanto más intento explicárselo, más cabeza se pone. Y no es tan difícil entenderlo. Hasta que llegamos a este pueblo, todos los días de mi vida los pasé sin ellos y lo peor es que Rosa se ríe a carcajadas al escucharnos discutir.

Siempre me dice lo mismo. No se explica cómo puedo ser tan rara y por eso, empieza a pensar que debo tener algo de gitana en algún rincón del alma y me coge las manos intentando leer mis palmas, convencida de que tengo oculta alma de reyes en las huellas como cuenta una leyenda.

Soy capaz de estar encerrada día tras día sin que me cambie el humor, hasta que llega el momento de ponérmelos. Y esto no es cualquier cosa. Confieso que para mí estar encerrada entre paredes significa lo mismo que debe sentir una mariposa a la que se le quitan las alas sin piedad o, en su defecto, lo mismo que puede representar para un pez estar fuera del agua.

Para ser feliz una persona como yo necesita ver siempre al fondo un horizonte al que no se consigue llegar jamás. Mis paredes me las da el mundo. Un suelo que pisar, un cielo como el más perfecto de los techos y un horizonte inalcanzable por descubrir.

“¡¿Qué más se puede desear?!”

Solo una cosa: su boca, acompañada de sus manos, sus brazos, sus piernas, su pecho... ¡Todo él! ¡Eso es lo que me falta!

No puedo evitar sonreír al oírlos murmurar y a pesar de que se esfuerzan por hacer el menor ruido, les resulta imposible.

—Juan, venga. ¡Mira que eres lento! —se queja Rosa desesperada por verme.

—Ay, Rosa, ¡tranquila! —la respuesta suena a paciencia.

—Nena, ¡ya estamos aquí! —y al decirlo asoma la cabeza mientras Juan protesta por su impaciencia. —Cariño... —y me sonrío. —¡Ay Juan, qué guapa está! ¡Se ha puesto los zapatos por ti! —le dice al colarse a empujones.

—Pero, ¡mujer! ¿Te quieres esperar? —es una pregunta que resulta ser totalmente inútil, porque ya se ha metido dentro y me besa, me abraza, y no me suelta.

—Salgamos ¡Ya está bien de estar en la madriguera! —exclama antes de cogerme la mano para salir, pero no sin antes intentar arreglarme un poco el pelo.

Cuando cruzamos la pequeña puerta para salir con lo primero que me encuentro es con la sonrisa llena de ternura de Juan.

—Hola, preciosa.

No le contesto y me cuelgo literalmente de su cuello para besarlo. Al hacerlo, se ríe al sentir cosquillas con mi espontánea muestra de cariño, pero no lo suelto hasta que no me canso.

—Venga... ¡Ya está bien! ¡Suéltala ya, hombre! —dice Rosa con impaciencia.

—¡Pero si no soy yo! ¡Es ella! —exclama Juan riéndose.

Y después de conseguir que lo deje en paz, salimos al patio en silencio para no despertar a Gertrudis y a Paco, su marido.

Gertrudis es la dueña de la casa. Es prima hermana de Juan. Se trata de una mujer encantadora, cariñosa y hogareña, que no ha dudado ni un segundo en ayudarnos a pesar de todo el peligro que implica.

Es la primera mujer que veo pelirroja en mi vida. Tiene el color de pelo igual que un rojizo y anaranjado atardecer de otoño. Un rostro agradable y lo más destacable sin dudar es su altura, es incluso más alta que yo. A veces, cuando recorro sus piernas con la vista desde los pies hacia arriba, me da la sensación de que no se acaban nunca.

No creo que se lleven muchos años de diferencia. Es evidente que, tanto Juan como ella, se tienen un cariño especial y es por los años que compartieron en la isla cuando no eran más que unos niños. Con el tiempo, al casarse, se vino a vivir a Santa Pola con su marido. Un hombre muy del estilo de Juan, observador y callado, de los que cuentan las palabras al hablar, pero que cuando abre la boca lo hace después de reflexionar mucho lo que tiene que decir. Su aspecto es tranquilo, pero a la vez tiene los ojos más vivaces que he visto hasta ahora y un bigote..., un bigote espectacular, de esos que rizan sus puntas hacia arriba y que cuando habla suele mover hacia los lados con un gesto natural y que me resulta gracioso, aunque lo disimulo para que no se moleste.

No sé por qué la vida es así para mí.

Debería de estar triste; pero no puedo. Si pienso que estamos en guerra y sin la posibilidad de saber si habrá un mañana para nosotros, se me encoje el corazón hasta que casi dejar de latir. Pero en el acto, y de forma espontánea, empiezo a pensar en que estamos juntos, en que todo no es más que un mal sueño y en que me siento feliz porque amo.

Miro al cielo desde aquí, desde el centro de este pequeño patio, y observo la luz de las estrellas que lejanas se esfuerzan por brillar más que nunca y abro los brazos en un torpe intento de abarcarlas con ellos. Son lo primero que veo cada noche al salir y no percibo ningún cambio. La vida sigue y el mundo gira sin detenerse ante nada.

Solo sé que no quiero morir con tristeza y que no quiero vivir sin dejar de ser yo. Para bien o para mal, soy así.

Así es mi naturaleza.

Por eso, cada una de las noches en las que Juan abre la puerta de mi escondite, en todas y en cada una de ellas, decido enseñarle la mejor de mis sonrisas, porque no deja de ser un regalo que me concede la vida. En cualquier momento, puede darse el caso de que no sea él quien la abra y, en ese instante, todo habrá acabado.

No solo para mí; sino para todos.

Si eso pasa, será porque hasta el mismo Juan habrá sido abatido. Él jamás permitirá que nadie llegue hasta mí. Lo sé con tanta certeza, como que el sol sale todos los días aunque esté nublado.

Por eso las celebro y doy gracias constantemente.

Por su parte, no pueden evitar contagiarse por este espíritu extraño que tengo y deciden disfrutar de nuestro momento olvidando todo lo demás.

A nuestro alrededor, la muerte, el miedo, el hambre, la miseria, la violencia, hasta la sinrazón dejan de existir durante ese rato cortito.

Nuestra felicidad se reduce a podernos sentar en un rincón de ese pequeño patio en unas sillas de enea y compartir un rato de charla. A veces, simplemente, me comentan las anécdotas del día y otras, sin embargo, le pido a Juan que me hable de Santa Pola.

La noche en que llegamos no me dio tiempo a poder ver mucho, porque hasta que no estuvo seguro, pero bien seguro de que no había peligro, no me permitió bajar de la barca y cuando lo hizo, me obligó a caminar envuelta con una manta.

No quería arriesgarse a que algún desaprensivo me viera y pretendiera hacerme daño. Son malos tiempos para la mujer y si encima eres joven peor aún.

No es difícil imaginarse la situación. En pocas palabras, me llevó casi en volandas hasta la casa de su prima y una vez allí, cerró rápidamente la puerta y pudimos respirar con alivio a pesar de que estábamos jadeantes por las prisas.

La casa en cuestión es una de las típicas de Santa Pola. Tiene una sola planta, con un tejado forrado por tejas color tierra. Al entrar tiene un pequeño vestíbulo con dos puertas a los lados que son de las dos habitaciones. Ese pequeño pasillo se abre al salón que es donde está la entrada a la cocina y al patio. Y en el patio, al fondo a la izquierda está el baño y a la derecha una pequeña habitación que ha sido reformada, porque anteriormente los padres de Gertrudis criaban conejos y pollos, de ahí la existencia del lugar donde me escondo. Ahora vivo en un pequeño almacén de piensos. Al no utilizarlo, lo condenaron detrás de una alacena, porque Paco construyó un pequeño horno de leña para hacer pan.

La escasez de pan los ha llevado a eso. Hay que tener en cuenta que el sueldo normal de cualquier trabajador no asciende a más de diecinueve pesetas y que el kilo de pan de trigo cuesta sobre las trece. Bueno, ese sueldo es el de los trabajadores del taller de Marcos Lloret en el que trabaja Paco. Del resto no puedo opinar, porque no lo sé.

Ahora mismo el pan es para los ricos. Los pobres no nos podemos permitir más que un ennegrecido pan de centeno. Y siempre se ha dicho que en los malos tiempos se agudiza el ingenio, así que acertaron de pleno cuando decidieron en su día intentarlo.

Hacerlo ellos mismos les garantiza al menos no carecer de él. Aunque aquí quiero puntualizar que beneficios, lo que son beneficios, les aporta bien pocos. Hay que tener una caladura especial para enriquecerte a costa de las penurias de tus vecinos y con esto lo que quiero decir es que prácticamente lo regalan. Gertrudis tiene un corazón inmenso y no es capaz de cobrar un real por él. Pero, lo que es de ley es de ley. A cambio, los vecinos los compensan de mil formas diferentes, desde arroz, sal, huevos, etc. Lo que sea. Digamos que no es más que una especie de trueque.

Por su parte Juan aporta todo el pescado que puede. La verdad es que el pobre trabaja muchísimo. Por las tardes cuando regresa, se cambia y se va a echar unas horas en la construcción de la *Iglesia Rota*. La llaman así, porque realmente está rota. No se sabe el motivo, pero, según me ha contado Juan, cada vez que terminan el techo se cae..., una y otra vez. Así que a pesar de estar en guerra no pueden dejar de recoger los escombros, porque son un verdadero peligro.

Rosa, siempre dice que es porque el *Señor* no quiere estar ahí y por eso la derrumba (cuando lo dice se santigua). No tengo que decir que, tanto Juan como yo, la miramos perplejos sin terminárnoslo de creer.

Y hablando de Juan y de Rosa. Se han casado y estoy muy feliz por eso. Aunque no pudiera estar en su boda y que esta se celebrara prácticamente a escondidas por el momento. Pero, me resarcieron y ese mismo día de madrugada hicieron una especie de ceremonia para que yo pudiera verlos. La ofició Paco que, como sabe de todo, no le supuso ningún problema hacer el papel de párroco. Y esto me permitió que pudiera ver a mi Juan cogiendo las manos de una Rosa a la que no le cabía una sonrisa más grande en su cara. Estaban rebosantes de amor bajo este techo de cielo que tenemos en el patio.

“¡Fue emocionante!” y lloré, sí, lloré abrazada a ellos.

Y pensé en Bastián y en cómo necesito volver a sentir el calor de su piel y de su mirada. Conocerlo ha supuesto una revelación tan impactante para mí que, cuando lo siento, me cuesta hasta respirar.

Lo que me lleva a pensar en Tomás...

“¡Maldito! Si lo maldigo, una y mil veces cada vez que lo pienso”

La noche en que conocí a Bastián, cuando Juan regresó con ellos a la cueva, Tomás fue endureciendo su rostro mientras que Juan contaba todo lo que había pasado.

Permaneció en silencio cuando regresó Bastián con el barco y descargó dos bidones de agua y algo de comida. Nos explicó que lo tenía preparado para él, pero que al ver que nuestra situación era realmente alarmante, nos lo daba a cambio de que lo dejáramos en un punto determinado del mar justo debajo del faro.

Mientras que Bastián indicaba a Juan las maniobras que debía hacer para conseguir llegar hasta Santa Pola, permaneció en silencio. No abrió la boca ni cuando Bastián me abrazó y me besó delante de todos antes de irse para no volver.

A partir de ese instante, a ninguno se nos pasó por alto el evidente y profundo cambio radical que se produjo en él.

Llegamos a Santa Pola y se quedó con nosotros. Habíamos llegado juntos hasta aquí y juntos seguiríamos. Una circunstancia que para mí resultó ser algo insoportable, puesto que cada día era más difícil la convivencia en la casa. Cuando se vive encerrada y privada de toda libertad, la verdad es que la paciencia brilla por su ausencia. Todos ellos podían salir, menos yo. Y esa era una cuestión difícil de asumir, pero la vida se encarga de demostrarnos que toda situación siempre puede empeorar.

Y eso fue lo que ocurrió.

El detonante se desató una mañana, cuando una asustada y descompuesta Rosa llegó a casa faltándole el aire y temblando sin parar. Había salido a ayudar a una vecina a dar a luz al estar la matrona ocupada y tuvo la mala suerte de que cuando regresaba, se topó con un pequeño grupo de milicianos. Entre ellos, y a la cabeza, distinguió sin ningún problema el rostro de Jaime.

En un primer momento, el pánico se apoderó de ella y nos dijo que estuvo a punto de ponerse a chillar como una histérica. Hasta que se dio cuenta de que pasaba por su lado sin reconocerla y decidí proseguir su camino hasta llegar a casa sin respirar.

“¡No podía creérmelo!”

Cuando la escuchó Juan, y después de calmarla como pudo, fue cuando decidió que tenía que ocultarme del todo y me encerró en la habitación, es decir, un encierro dentro de otro encierro. Por un momento me dio la sensación de ser una de esas muñecas... ¡Ah, sí! Las matrioskas, que según me había contado Rosa una vez, se trataba de una muñeca hueca en la que cabía otra en su interior y a su vez dentro de esa otra... hasta un número indeterminado.

“¡Sí, esa era yo!”

Y, en ese momento, fue cuando empezó mi martirio.

“¡Hay tantas cosas que no entiendo! ¡Tantas! ¿Qué es lo que puede pasar en el interior de una persona para que de repente no parezca la misma? ¿Qué motivo puede ser tan grande para empujarla a eso?”

Tomás, que para nosotros era uno más, de la noche a la mañana se convirtió en un desconocido. Siempre de mal humor, sin hablar y cuando intentabas acercarte a él, respondía con exabruptos desproporcionados. Por momentos, tanto Rosa como Juan empezaron a preocuparse. Sobre todo por la manía evidente que mostraba hacia mí y que no ocultaba.

No tenía que hacer ningún esfuerzo para despertar su ira. Simplemente, bastaba con que lo mirara para que se revoliera igual que si estuviera ante la más venenosa de las serpientes.

No me dejaba en paz ni cuando salía al patio de madrugada para respirar un poco de aire. Se convirtió en algo superior para él no decirme continuamente que Bastián era un cerdo que lo único que había hecho era aprovecharse de mí. Se hizo tan insoportable que llegué a decirle a Juan que no quería salir, porque no lo aguantaba.

Lo único que me mantenía en pie era el pensamiento y los sentimientos que tenía hacia Bastián y que me estuvieran recriminando por eso, me lastimaba. Y como no sabía de qué manera reaccionar, dejé de salir. Por su parte, Juan intentó razonar con él, pero lo único que conseguía era enfurecerlo más y decidió dejarlo tranquilo para ver si se le pasaba.

Hasta que una noche, por la razón que sea, se llenó a rebosar el saco donde había estado acumulando toda la bilis que destilaba y al abrirse mi puerta, me encontré con que no era Juan el que la abría, sino él.

—No. No soy tu Juan. Soy yo, el que te da asco —al asomar la cabeza pude ver que su rostro tenía un gesto extraño que lo transformaba por completo. Y sin darme cuenta, retrocedí tres pasos hasta que me tropecé con la pared. —¡Joder! ¿Me tienes miedo? —preguntó ofuscado por sus propios pensamientos.

—Yo no le temo a nadie —contesté y levanté la barbilla para que viera que era verdad.

Él se detuvo al entrar y me miró durante un rato largo, pero me bastó para ver que su respiración se agitaba por momentos y que cerraba los puños con fuerza. Parecía febril por los ojos brillantes y la cara sudorosa. Bueno, la cara y el cuerpo entero, porque estaba empapado.

—¿Por qué no me quieres? —y se llevó las manos a la cabeza con desesperación —¿Prefieres amar a un desconocido cualquiera? ¿A alguien que te dio un beso y no sabes si va a volver a ver? ¿A alguien que lo más seguro es que se esté riendo de ti? Pero, ¡cómo puedes ser tan crédula. ¿De verdad te has creído que va a volver? ¿A por ti? ¿Y qué tienes tú de especial? ¡Un tiparraco como ese a estas alturas ya tiene que estar cansado de follarse a todo lo que pilla! ¡Por Dios! —me gritó, intentando contener las ganas de llorar. —¡¿No eres capaz de ver que te amo?! ¡¡Dime!! ¿Por qué no soy bueno para ti?

Me quedé paralizada al escucharlo, de verdad que fue como si de repente el techo de aquella pequeña habitación se me cayera encima.

“Pero, ¿no puede ser! ¿Me ama? ¿¿Qué está diciendo?!”

—¡No me mires así! ¡Dios! ¡¿Pero qué me has hecho?! —No me podía creer lo que estaba viendo. Tomás se había convertido en alguien totalmente desquiciado. —¡Es como si me hubieras embrujado con esos ojos que tienes! ¡Cuanto menos quiero quererte, más te quiero! —y se detuvo un segundo con la mirada perdida —¡Sí eso es! ¡La culpa es tuya! ¡Tú me has hecho esto! ¡Eres un veneno! —al hablar sollozaba amargo. —No me quieres..., pues ¡ni puta falta que hace!... —se agachó en el rincón y metió la cabeza entre las piernas sin poder dejar de llorar. —¡Tú tienes la culpa de que me esté muriendo de celos! ¡Dios...! ¡Es como si me estuviera pudriendo por dentro!

—Sería capaz de matar por ti... ¡de tanto que te quiero! —de nuevo, silencio —¡De tanto que te quiero, te odio! ¡Estás loca y me estás volviendo loco a mí! —y mientras su boca era una alcantarilla desbordando porquería, todavía no era capaz de moverme. No eran sus palabras lo que me hacía daño. No. Era lo que no decía. “¿Cómo era posible que fuera la responsable de tanto odio? ¡No entendía nada!” y quizás, por eso, se me removió la compasión por él y me acerqué despacio para intentar consolarlo. Tomás nos había ayudado mucho en unos momentos muy difíciles y, ahora, no podía darle la espalda cuando se sentía tan vulnerable como un animal herido.

Y resultó ser un error fatal.

Al sentir mi mano sobre su hombro, se levantó de un salto y me agarró con fuerza la muñeca para atraerme hacia él e intentar besarme. Me revolví para soltarme de su abrazo asfixiante sin conseguirlo, hasta que rodeo con sus manos mi cuello y me empujó contra la pared.

—¡Si no eres mía, no vas a ser de nadie! —apretó la mandíbula al decírmelo, tanto, que incluso la oí crujir y sus ojos..., sus ojos llameaban de puro odio y por más que intenté que me soltara, por más que pateulé, no lo conseguí. Por momentos, me faltaba el aire y empezaban a pitarme los oídos. “¡Me estaba ahogando!”

Hasta que llegó el momento en el que todo se empezó a oscurecer y fue cuando Juan entró y, al ver lo que pasaba, lo empujó con fuerza hasta tirarlo al suelo, pero con el tirón también me arrastró a mí y caímos los tres.

Tosí y tosí, intentando recuperar el aliento, mientras rodaban por el suelo a puñetazo limpio. Nunca había visto a Juan de esa manera y, verlo así, me impresionó. Estaba tan indignado con Tomás que consiguió reducirlo después de darle de lleno dos puñetazos en plena cara. Y un Tomás mareado empezó a gimotear de nuevo al ver que no conseguía lo que quería.

—¡La culpa es de ella! ¡Me busca y me busca y cuando me encuentra se acojona! ¡Es una puta, Juan! ¡No te creas nada de lo que dice! ¡Tiene el veneno del diablo!... —gritaba y gritaba sin contenerse.

—¡Fuera! ¡A la calle! ¡Sinvergüenza y miserable! ¡Has intentado matarla! ¡A una mujer indefensa! —y sin ninguna compasión, empezó a patearlo para que saliera de la habitación. —¡Los hombres como tú tienen un nombre! ¡¡Desgraciado!!

—Juan, ¡por favor! ¡Escúchame! ¡Es ella! ¡Es el mismo demonio! ¡Juan! —pero Juan, cuando consiguió sacarlo a patadas al patio, lo agarró por el pescuezo y lo empujó hacia la puerta sin contemplaciones ante la atónita mirada de Rosa, Gertrudis y Paco.

—¡Fuera! ¡Y como te vea por aquí, te vas a enterar! —y esto último se lo gritó a la vez que cerraba la puerta, pero Tomás lo frenó al encajar su pierna.

—¡Esto no se queda aquí! ¡Juro que lo vais a pagar! —consiguí decir.

—¡Atrévete si tienes cojones! —y, al fin, cerró de un portazo.

El pobre Juan necesitó unos minutos para recomponerse y tomar fuerzas porque, a pesar de todo, no podía evitar lamentarse por ese loco al que acababa de tirar. Siempre había sido un buen amigo y había podido contar con él. Pero el destino de cada uno está escrito y, por la razón que sea, para Tomás estaba decidido que fuera así de descarnado.

Así que suspiró y se encaminó hacia el patio donde me estaban consolando de algo que me costaba entender.

—Luna, cariño... —y se arrodilló para abrazarme.

—Juan, ¡no lo entiendo! ¿Qué le ha pasado? ¡Me ha dicho que tengo la culpa! Pero, ¿de qué?...

—A veces no se entiende el comportamiento de las personas. Nena, tú no tienes la culpa de nada. Por lo que sea Tomás ha perdido la cabeza...

—Pero, Juan...

—Luna, escucha a Juan. Tiene razón. No somos nosotros, es esta desgraciada situación que nos ha tocado vivir, que es capaz de volver loco a un santo. —Rosa hablaba con preocupación y al levantar la vista para mirarlos, fue cuando me di cuenta de que todos estaban pálidos por el susto.

—Pero Tomás es nuestro amigo... y, ¿ahora qué? ¿Dónde va a vivir? Y...

—Con nosotros no —me cortó Paco. —No estoy dispuesto a que un loco duerma bajo mi techo.

—Lamento lo que ha pasado —se disculpó Juan avergonzado, porque a todos nos atormentaba la misma preocupación. —Prima, creo que lo mejor es que nos marchemos. No quiero daros problemas.

—¿Qué?! ¡Ni pensarlo! ¡De aquí no se va nadie! ¿Verdad Paco? —le pegó un codazo a su marido indignada.

—Prima...

—¡De aquí no os movéis y punto! ¡Y no hay más que hablar! —así de rotundo cortó la conversación un Paco que, después de mirarlo, le hizo un gesto a su mujer porque quería irse a dormir. Según él, ya estaba todo el pescado vendido.

Nos quedamos allí un rato más los tres después de que se marcharan a su habitación.

Hasta que no pude más y rompí el silencio...

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada, nena. Vamos a vivir día a día. No podemos hacer otra cosa.

—Juan, ¿tú crees que va a ser capaz de hacer algo? —Rosa intentó que su preocupación no se notara para no asustarme.

—¡Qué va! ¡Si no es más que un pobre desgraciado que ha perdido la cabeza!... —se pasó la mano por la frente al decirlo. —No lo penséis más. Vámonos a dormir, porque ahora mismo es la hora de levantarme y no he descansado nada. —Nos sonrió con cansancio a la vez que nos poníamos de pie.

—Lo siento, Juan.

—Tranquila, cariño... —es lo último que me dijo antes de cerrar la condenada puerta que me aislaba del mundo.

Esto ocurrió hace dos semanas...

Ahora estamos sentados de nuevo en nuestro rincón del patio, porque después del impacto inicial, la situación ha terminado por normalizarse. No sabemos nada de Tomás y tampoco hablamos de él. Nuestro espíritu de supervivencia es así. Lo que no se puede cambiar ni arreglar se queda a un lado, ante todo hay que vivir.

Juan me está contando cosas del pueblo. Por sus palabras sé que tiene pocas calles y que no es muy grande. Me dice que lo que más le gusta es la zona de la playa y Rosa, por el contrario, dice que lo que más le gusta es el Castillo y especialmente la pequeña ermita en la que hasta la guerra siempre ha estado la patrona, *Nuestra Señora la Virgen de Loreto*.

—¿Dónde está la Virgen ahora? —pregunto con curiosidad.

—Verás, nena. La han escondido —y al decirlo, susurra por temor a que nos puedan oír a pesar de que estamos en ese patio. —Dicen que ha sido uno de los del pueblo, que antes de que llegaran los milicianos para quemar todas las imágenes, la cogió y la escondió en el aljibe de su casa. Eso es lo que he oído, pero no sé si no es más que un rumor... —susurra, con los ojos brillantes de expectación.

—Pero, ¿han quemado la Capilla?

—No, ¡qué va! Aquí no han quemado nada. Solo sacaron todo lo que quisieron a la entrada del Castillo y allí hicieron una hoguera.

—Pero, ¿es muy grande el Castillo? ¿Es como nuestra ciudadela de la isla?

—No del todo. Tiene dos puertas, dos baluartes y dos torreones, uno en cada esquina y es cuadrado. Una torre donde está el reloj y la campana que oímos a todas horas. En lo que sí se parecen es que también es de piedra ostionera. Ahora, al estar en guerra, delante de la fallada principal han construido el refugio, pero como nosotros no vamos, no lo hemos visto —me dice Juan y eso es verdad. Al no poder ir yo, decidieron que ellos tampoco. Somos una familia y compartimos nuestra suerte.

—Juan... sigo pensando que es una tontería que nos arriesguemos los tres. Te lo digo en serio —se lo digo, porque me preocupa que les pase algo por mi culpa.

—Luna, ese tema ya lo hemos discutido muchas veces. No pensamos dejarte sola. ¿Está claro? Lo que tenga que pasar, nos pillaré juntos y no de otra manera —al decirlo, me sonríe tiernamente.

—Nena, es un pueblo precioso. Tiene un encanto especial. ¡Estoy deseando que lo puedas ver! Sé que te va a gustar mucho y que vas a ser muy feliz aquí. ¡No te imaginas los kilómetros de orilla que tiene para poder correr! ja, ja, ja ¡Te va a encantar! —Rosa me sonríe y me coge la mano con cariño. Cambia de conversación para que no decaiga mi ánimo.

—La verdad es que la zona del Castillo es preciosa —la corta Juan que se ha dado cuenta de su intención. —Justo enfrente del Castillo está la plaza del pueblo, la Glorieta. Es más grande que la nuestra de la isla y tiene un pequeño templete en el centro junto con unos cuantos árboles que a ti te encantaría ver. Bueno, sé que te gustaría más oírlo, porque algunas veces cuando la cruzo para ir a la *Iglesia Rota*, me tengo que parar por el sonido de los pájaros. Luna, nunca has visto un gorrión. Así que, en cuanto pueda, intentaré conseguir uno para que lo veas...

—Sí, eso es verdad, pero Juan no le has contado nada de los atardeceres todavía... Nena, ¿qué te voy a decir? ¡Son como los de la isla! Preciosos y espectaculares —al decirlo, se le iluminan los ojos.

—¿Y si esto no se acaba? ¿Tengo que pasarme la vida escondida? —les pregunto un pelín atemorizada.

—¡Ay, Luna! ¿Qué dices? Antes que eso, nos marchamos a otro sitio. ¿Verdad, Juan?

—¡Pues, claro! ¡Solo tenemos que subimos a la barca y hasta donde nos lleve! ¿No os parece? —oírlo me alivia.

—Luna, tienes que comer algo...

—No tengo hambre, gracias Rosa.

—Se parece en muchas cosas a nuestra isla, ¿sabes? Por ejemplo con el agua, ¿sabes que la traen en barcas? Traen unas mangueras larguísimas que llegan hasta un aljibe que hay en el Castillo y hasta otro que hay justo en la pequeña plaza que tiene delante la *Iglesia Rota* —sonríe al contármelo.

—¿Sí?

—Sí y también vienen unos carros desde Elche, con trigo, azúcar y demás mercancías.

—A mí me han contado que lo peor es que están acabando con todos los pinos de la sierra. Hay que abastecer a los destacamentos de la zona y por eso están agotando toda la madera —dice Rosa contenta de aportar algo.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Por las mujeres. Juan, solo tienes que pararte a saludar y te enteras de todo...

—Vaya, no sé por qué me sorprende que os quede tiempo para curiosear... ja, ja, ja.

—Igual que los nombres de los recién nacidos. He oído decir que permiten poner nombres como Libertad, Amanecer, Amor... —No puede negar su sorpresa y nos

hace reír.

—Pues a mí me gustan. Juan, ya podrías haberme llamado Libertad en vez de Luna.

—No. Tu nombre es Luna y, ¿sabes por qué?

—Me lo dijiste...

—¡Ah! ¿Te acuerdas? ja, ja, ja. ¡Tú solo recuerdas lo que quieres!

—Ay, ¡pero yo no lo sé! —protestó Rosa.

—¿No te lo imaginas?... Mírala... —arqueó una ceja esperando.

—¿Por qué brilla más que ninguna estrella?

—Aishhh, ¡casi, casi! ja, ja, ja. ¡Luna, no lo va a acertar! ja, ja, ja.

—¡Qué malo! Dímelo...

—No, Rosa. Me dijo que mis ojos son como una noche sin ella —al escucharme Rosa no pudo abrir más la boca.

—¡Eres un poeta! ¡Eso sí que no lo esperaba!

—¡Será posi....

Unos fuertes golpes en la puerta lo cortan en seco y rápidamente me obliga a esconderme y coloca la alacena en su sitio, al mismo tiempo que continúan los golpes, que no paran y cada vez suenan más fuertes.

Se encaminan hacia la puerta y al entrar en el comedor se topan con Paco y Gertrudis. Sus caras soñolientas no pueden disimular el miedo al mirar cómo se acerca Juan a la puerta para abrirla.

—¡Quita, coño! —la voz de Jaime retumba fuerte y clara al empujar a Juan junto con la puerta a un lado. —¡Se me ha informado que en esta casa se está ocultando a una peligrosa traidora a la Patria! ¡Ya la están sacando de su escondite si no quieren que eche abajo la casa entera! ¡Hay que sacar a la rata de su ratonera!! —al hablar se mantiene erguido y seguro de sí mismo —¡Llévenlos a todos al patio! ¡Mira tú por donde esta noche vamos a dar matarile! —Los dos que lo acompañan, los rodean rápidamente y los obligan a ponerse de rodillas con las manos sobre la cabeza. —¡Ya puedes entrar! ¡No te pierdas la fiesta! —al mirar hacia la entrada, se encuentran con que Tomás es arrastrado por otros dos sin contemplaciones y al llegar a su altura, lo coge del pelo para levantarle la cabeza. Son demasiado evidentes los signos de violencia en su rostro. Lo han golpeado a base de bien. —¡La voy a montar delante de ti! ¡Jodido hijo de puta! ¡No hay cosa que me dé más asco que un delator! —le suelta la cabeza de golpe.

Juan y los demás contienen la respiración. “Pero... ¿¿Cómo ha sido capaz de hacerlo?!” Por su parte, Tomás mantiene la cabeza agachada y evita mirarlos directamente al estar recomido por la vergüenza y los remordimientos.

Entonces, los levantan para conducirlos hasta al patio a empujones. Y yo..., yo..., bloqueada, me dejo caer de rodillas en el suelo.

“¿Qué voy a hacer? ¡Antes muerta que consentir que me toque ese salvaje!” y nerviosa busco con la mirada algo con que poder defenderme, pero no hay nada. Solo la cama, una silla y unos cuantos libros que me ha conseguido Rosa.

“¡Estoy perdida!”

Y es cuando oigo como intentan abrir mi puerta a patada limpia y el terror me bloquea de tal forma que, cuando consiguen abrirla, me doy cuenta de que no he sido capaz de moverme ni un centímetro del sitio.

Me sacan a rastras y a empujones, hasta que llegamos a su altura y me obligan a caer de rodillas a sus pies.

No soy capaz de levantar la cara. No soporto ver la imagen de los cuatro de rodillas. Me parte el corazón ver a Juan así.

“¡No los miro!”

La sola posibilidad de ver a una persona como Juan de rodillas, me desborda por completo por la multitud de sangrantes emociones que implica y que me quiebran al intentar asimilarlas. Para mí, él es la personificación del honor, la sinceridad y el valor hacia él mismo y hacia los demás. Y que esté hincando rodillas ante la barbarie y la maldad es la situación más injusta y dolorosa con la que puedo encontrarme.

“¡¡Maldita vida esta!! ¡¿Qué sentido tiene dejarse llevar por las emociones?! ¡¡No son más que crueldad!!”

Por su parte, Jaime permanece observándome con lentitud a la par que un brillo lascivo y siniestro recorre su mirada.

—Vaya... vaya. ¡Qué casualidad! ¡Pensaba que habrías muerto! —se dirige a sus compinches con satisfacción, a la vez que aparta el pelo de mi cara con la punta del cañón de su rifle —¡No hay hembra que aguante una noche conmigo!

Un indignado Juan hace ademán de levantarse al escuchar sus palabras, pero el que tiene detrás lo detiene al propinarle un golpe con la culata en la espalda y con esta acción se desencadena el pánico. Al verlo caer, Rosa no puede evitar gritar y llorar sin consuelo, a la vez que Paco y Gertrudis se abrazan atemorizados.

Y por extrañamiento que parezca, en ese momento, Tomás con un gesto de valor tardío, imagino que por el peso de su mala conciencia, intenta quitarle el arma a uno de los que están a su lado, pero resulta ser un acto inútil y no nos damos cuenta hasta que el sonido de un disparo resuena con fuerza, tanta, que nos pitan los oídos. Entonces, dirigimos la mirada hacia el lugar de impacto, que resulta ser la cara de Tomás, que nos mira unos segundos antes de caer a plomo sobre el suelo.

—¡Joder, esperaba matarlo después de la fiesta! —Jaime guarda la pistola en su cinto mientras habla con sorna. —Bien, ¿por dónde íbamos?... ¡Ah, sí! ¡Quítate la ropa! ¡Pienso follarte hasta reventarte! —y tira de mi pelo hasta que me pone en pie —¡Vamos! ¿O quieres que te la quite yo?...

—¡No será hoy! —El sonido de esa voz corta el momento de la misma forma que el más afilado de los estiletes. No da tiempo para más, porque dispara con precisión a las dos rodillas de Jaime que, después de observar que de cada uno de los impactos su sangre empieza a derramarse, empieza a gritar igual que un cochinito a la vez que cae al suelo arrastrado por el dolor.

Nos quedamos con la boca abierta cuando miramos hacia el origen de los disparos y nos encontramos con Bastián, que totalmente rígido y con el brazo derecho extendido, continúa disparando a los demás hasta que caen uno tras otro sin llegar ni siquiera a rozarle.

Todos están muertos.

Y yo..., yo... ¡¡No soy capaz de reaccionar!!

“¡Es él! ¡Ha venido!” Y el corazón se me sale por la boca cuando corro hacia donde está Juan y me tiro al suelo para abrazarlo.

Por su parte Bastián se acerca a Jaime para arrodillarse a su lado y le gira el cuello con un movimiento brusco para acallarlo.

De repente, silencio...

Mientras levantamos a Juan, Bastián le pide a Paco que lo ayude, porque hay que cerrar la puerta y tienen que traer los cadáveres de los otros dos que están dentro.

—¡Juan ha venido! ¡Ha venido!... —y se me caen las lágrimas al decírselo.

—¡Luna! ¡Qué miedo he pasado! ¡Si te llega a tocar!... —susurra, pero la emoción no le permite seguir y Rosa, al verlo así, nos abraza a los dos.

Al volver, Paco está lívido por la impresión; pero Bastián no. Por el contrario, se muestra tranquilo y seguro de lo que hace.

—Tenemos que deshacernos de seis cadáveres. ¿Qué opciones hay? —pregunta con seriedad y sin mirarme. Todavía no lo ha hecho y eso que respira un poco fatigado, porque acaban de cargar con los dos cuerpos.

—¿Seis?... —pregunta Gertrudis, sorprendida.

—Sí, dos en el interior más estos dos, más Tomás y el cabrón de Jaime —lo dice a la vez que repasa con la vista los cadáveres.

Hasta que Juan, después de pensar, llega a la única conclusión que ve posible.

—Mi barca...

—No. Es imposible llevarlos hasta el puerto sin que nadie los vea. Es demasiado peligroso —contesta rápido.

—¿Cómo has venido? —pregunta Paco que todavía no se ha recuperado de la impresión y que por los nervios enrolla las puntas de su bigote sin parar, un gesto obsesivo que siempre hace cuando piensa.

—En coche, pero no caben todos y no podemos hacer más de un viaje sin levantar sospechas...

Se quedan cayados pensando, hasta que Gertrudis detiene la mirada en la tapa hierro que se ve en el suelo.

—Tenemos un aljibe... —dice.

—Pero, mujer. Eso significa que nos quedamos sin agua... —responde Paco.

—¿Qué prefieres, tener agua o morir por traición? Se te olvida que nuestros vecinos nos van a ayudar en lo que sea. Paco, sé que nos van a ayudar, te lo digo en serio

—Lo sé —y la mira con ternura, porque Gertrudis es especial.

—Bien los meteremos dentro. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir sosa caustica?

—Claro —contesta rápidamente Paco y se va al fondo del patio para arrastrar un saco. —Es lo que mezclamos con la cal para desinfectar las paredes y el techo. Por eso está todo tan blanco. Con el asco que me dan los bichillos no paro de pintarlas. ¡Ah! Y también tengo un resto de ladrillos y cemento. ¿Van a hacer falta?

—¡Eso es verdad! —contesta Gertrudis

—Vale, las mujeres adentro. Juan y... ¿Paco? ¿Se llama así? —y cuando ve que asiente, prosigue. —Ustedes dos ayúdenme.

Lo miro y no me termino de creer que ni siquiera se detenga un minuto para mirarme. “¿Qué le pasa?” y de pronto un temor visceral me recorre por entero. “¿Y si no me quiere? ¿Qué voy a hacer?” La pobre Rosa prácticamente me lleva hasta el comedor a rastras porque me resisto a entrar. No puedo dejar de mirarlo, esperando a encontrarme con sus ojos. Pero, por una razón que no llego a comprender, él me esquivo.

Al ver que cierran la puerta después de entrar, suspiro de alivio. No quiero mirarla directamente, porque si lo hago, no voy a ser capaz de continuar y no voy a querer soltarla de mis brazos.

“¡Me muero por sentir su piel y su boca!..., para mí esos labios sensuales y excitantes tienen un poder de atracción tan fuerte como una fuente con agua pura, fresca y cristalina..., la única capaz de agotar mi sed insaciable.

¡Madre mía, estos dos me observan con fijación!” Así que voy a centrarme en lo que hago.

No tengo otro remedio.

Entre los tres amontonamos los cadáveres cerca de un aljibe que, por suerte, se trata de uno de los más peculiares que he visto en mi vida. Normalmente, suelen estar adosados a una de las paredes de los patios y con una mureta que suele tener la altura de las caderas para más comodidad a la hora de sacar el agua con el cubo; pero este no. Y Paco me explica que para ellos es más cómodo así, al no haber niños en la casa que puedan caerse, y por eso tan solo tiene un borde que medirá un palmo más o menos y la abertura la cierran con una pesada tapa de hierro.

Esto reduce el trabajo a la mitad, porque simplemente hay que dejarlos caer y luego con los ladrillos tabicar el agujero antes de ponerle la tapa de nuevo sobre ella. La sosa caustica no la vamos a echar hasta que no quede más que un ladrillo por poner para no ahogarnos con el olor. Aun así le he recomendado a Paco que lo primero que debe hacer es atornillar la tapa de hierro al suelo para asegurarse de que la peste se queda en su interior. Y que, por supuesto, nunca más se pueda abrir.

No quiero pensar lo peligroso que sería que fueran descubiertos, porque esto no se acaba aquí. Estoy seguro de que van a revolver cielo y tierra para encontrarlos.

Al pensar en todo esto, miro a Juan y decido a hablar con él.

—Juan, necesito que me cuente qué ha pasado. Si no lo hace, me quedaré sin saberlo, porque no quiero preguntárselo a ella. No quiero angustiarla ni que se sienta incómoda. —Se lo pregunto con sinceridad. Necesito saber más de ella y sé que la persona indicada es él.

—Si queréis me voy. No tengo por qué escucharlo —responde rápido Paco al ver que Juan sopesa las palabras antes de responder.

—No, Paco, no te preocupes. No me importa que lo sepas. Pienso que las cosas hay que hablarlas para normalizarlas y, en cuanto a ti, no tengo inconveniente en contártelo, pero respecto a ella, tendrás que tener paciencia y esperar a que decida contártelo algún día. De todas maneras, te aviso de que es muy suya y quizás no lo haga.

—Lo entiendo...

—Me gustaría hacerte una pregunta antes de empezar... ¿Por qué has aparecido justamente esta noche? ¿Cómo has conseguido averiguar que estaba en peligro? Me parece demasiada casualidad.

No puedo evitar sonreír al escuchar sus preguntas. Este hombre es más inteligente de lo que parece, por eso le respondo sin reservas.

—Siempre he sabido cuál era vuestra situación. En estos tiempos que corren cualquier mirada puede ser la de un informador. Yo me marché, pero antes de hacerlo, hice las gestiones pertinentes para saber en todo momento de vosotros y dejé claro que me avisaran si la cosa se ponía fea. Gracias a Dios, el impresentable de Jaime era como un pavo real. Cada vez que movía un pie lo pregonaba a los cuatro vientos. Así que en cuanto detuvieron a su amigo Tomás, me advirtieron enseguida y emprendí el viaje. Lo que no voy a decir es el nombre del que me informa... se dice el pecado, pero no el pecador. —mientras hablo, ayudo a Paco a colocar ladrillos y Juan continúa sentado, porque todavía se resiente por el golpe que le han dado.

Escucha mis palabras y sonrío al recordar la fe inquebrantable de su Luna en mí durante todos estos meses y es cuando se da cuenta de que represento el milagro que ha conseguido que por fin ella crea en algo, al no dudar ni una sola vez en que volvería.

Y es cuando empieza a contarme su historia y lo hace desde el mismo momento en que la encontró abrazada a su hermanita muerta en la misma cueva en que también la encontré yo.

Según van entrando en mí sus palabras, voy sintiendo que no puedo amarla más y no es porque su historia sea dura. No es más que la de cualquier persona que le haya tocado vivir en estos días.

No, no es por eso.

Se trata de algo más sutil y profundo que consigue que la ame más todavía por ser todo un misterio y, de pronto, caigo en la cuenta de que voy a necesitar de un par de vidas para poderlo descifrar.

Es tan inmensa por dentro que me desborda por completo.

Y, precisamente, conocer toda la historia es lo que finalmente me lleva a hablar con él.

—Juan, ella no lo sabe, pero nos vamos a marchar en cuanto acabemos con esto —carraspeo antes de decírselo por la emoción.

—¿Cómo?!... —pregunta atónito.

—Juan... nos tenemos que marchar. No hay más remedio.

—¡¡Marchar!! ¿Adónde?... —y sus ojos se mueven nerviosamente —¡No te la puedes llevar!...

—Juan, no me la llevo... Nos vamos todos y usted el primero, porque sé que si se niega, ella no va a querer irse tampoco —es verdad lo que digo.

—¡Yo no me voy! ¡Esta es mi casa! —exclama Paco con indignación.

—No, Paco. Cuando digo que nos vamos, me refiero a los cuatro. No te preocupes, puedes quedarte si es lo que quieres...

—¡Acabáramos! —y resopla aliviado.

—¡¿Irnos?! Pero, ¡¿A dónde?! Y... ¡¿Cómo?! —se levanta y empieza a caminar de un lado para otro, a la par que gesticula asustado.

—En avión, nos vamos en avión. Ya está todo previsto. El coche nos espera a las afueras...

—¿En avión? Pero, ¿¡qué dices!?! ¿Qué avión? Pero... ¡¡¡Cómo!!! —me corta asombrado.

Suspiro con paciencia antes de responderle, al tiempo que Paco lo obliga a bajar la voz con un gesto para evitar que salgan las mujeres en ese momento.

Si este hombre supiera la verdad caería fulminado sobre este suelo y nada más el hecho de poder imaginársela, lo podría tumbar.



La noche en la que nos vimos por última vez y después de lanzarme al mar en el punto justo en el que debía hacerlo, nadé sin parar hasta llegar a la orilla.

Mi contacto, Meyer, me esperaba con todo preparado y listo para comenzar dentro de la misma furgoneta en la que el día anterior habíamos subido la carga junto con mi equipaje y que habíamos ocultado entre unos pinos de baja altura para que pasara desapercibida, mientras él había pasado la noche en su interior con la pistola en la mano.

Así que, después de quitarme el traje de buzo y vestirme con ropa de paisano, nos dirigimos hacia Santa Pola. El camino en cuestión estaba lleno de socavones y piedras. Para ser sincero en algunos puntos de aquel embarrado camino dudé que pudiéramos seguir; pero aun así lo conseguimos. A pesar que no tuvimos más remedio que pasar justo por delante del cuartel de Carabineros y de que nos pararon dos guardias armados para verificar quienes éramos y qué transportábamos. Nos limitamos a esperar con paciencia mientras efectuaban el registro y nos pedían la documentación y, aunque uno de ellos se alejó para avisar a su superior, no nos representó ningún problema. Era evidente que éramos extranjeros y que transportábamos una carga que no representaba peligro para nadie. Así que, después de hacernos el saludo de rigor, nos permitieron continuar.

Llegamos a un pueblo que en principio nos pareció dormir, pero nada más lejos de eso. La actividad se encontraba en el interior de cada hogar y lejos de ojos curiosos que pudieran resultar peligrosos.

Meyer había conseguido que uno de los habitantes del pueblo nos alquilara una de las habitaciones de su casa, porque después de estudiar la forma de llegar a Madrid, nos dimos cuenta de que la mejor solución sin lugar a dudas, era hacerlo por aire.

Eliminamos desplazarnos por carretera al multiplicarse las posibilidades de fracaso, por no saber el estado en que realmente se encontraban. Así que, nada más llegar, entré en mi habitación para comunicarme con *mein freund* y que nos diera otra alternativa para poder continuar.

Su respuesta no tardó en llegar. Me informó de que cerca de Santa Pola a unos cuatro kilómetros en dirección hacia la ciudad de Elche, los republicanos contaban con una pequeña pista de aterrizaje, es decir, que no constaba de ninguna infraestructura por la cercanía del aeropuerto de Alicante. Se trataba de una zona amplia de terreno despejado en la que se podía aterrizar para cargar o descargar con rapidez, siempre y cuando los aviones no fueran de gran envergadura.

Y, entonces, me dijo que mi piloto sería Galland. No confiaba en otro para que fuera el encargado de venir a recogerme y llevarme hasta Madrid con las máquinas. Hacía poco que se había enrolado en la *Legión Cóndor*<sup>[90]</sup> y por eso, estaba relativamente cerca.

Así quedamos, y así lo hicimos.

A las 05:00h de esa madrugada, Meyer me acercó a la zona indicada y apagamos el motor junto con las luces y esperamos a que llegara.

En el silencio de la espera fue cuando aproveché para comentarme los detalles sobre mi contacto de Madrid. A pesar de que no era una persona muy expresiva, resultó demasiado evidente que quería advertirme. Se esforzaba por disimular la inquietud que le producía el asunto, hasta que lo pude ver perfectamente cuando acercó la cerilla a su cigarro y se le iluminó la expresión de gravedad del gesto.

En pocas palabras, me dijo que todo lo que ocurría en aquel edificio de Madrid, era la más cruel de las salvajadas que había visto nunca. También me comentó que intentó advertir a sus superiores sobre el tema, pero que no había recibido ninguna respuesta y, encogiendo los hombros, me dio a entender que no iba a jugarse la piel por algo que no le importaba a nadie.

Esa no era su labor, pero, aun así, un brillo revelador encendía sus ojos.

—Sabe..., yo tengo hijos..., y esos sinvergüenzas. ¡Eso no es honor! ¡No señor!

Oír todo aquello me pareció algo surrealista. Tenía ante mí a un hombre que se jugaba la vida cada segundo del día y que, por el contrario, no disimulaba su temor ante la crueldad nazi y eso que estaba bastante alejado de Alemania.

Prefería callar y mirar hacia otro lado.

Y este hecho, en pocas palabras, me resumió la actitud de la mayoría y era el indicio que me reveló la forma en la que conseguían doblegar a una masa más grande que ellos en número y que si se pusiera de acuerdo, serían capaces de borrarlos del mapa en poco tiempo.

Por temor se mira hacia otro lado y por este gesto, era capaz de vencer el odio.

“¡Qué horror!” y me perdí en esa sensación hasta que escuché cómo el ruido de un motor iba acercándose.

La situación era peligrosa al brillar esa noche una enorme luna llena que iluminaba sin piedad.

“Luna... ¿he dicho Luna?” y me estremecí por entero.

Solo salí del trance cuando vi la mano del piloto extendida delante de mí para que la apretara.

—¡*¡Mein Gott!*! ¡Otra vez usted! ja, ja, ja —rió a carcajada limpia, a la vez que Meyer cargaba todas las máquinas y mi equipaje —¡Esto ya es una relación formal! ja, ja, ja.

—¡Me alegro de verlo! ¿Qué tal todo? —le devolví el apretón.

—Suba y le pongo al día. No debemos permanecer mucho tiempo aquí... —al hablarme, echaba rápidos vistazos a todo nuestro alrededor.

—Por supuesto —y me volví para despedirme de Meyer. —Un placer y no se olvide de lo que le he pedido. Infórmeme si ocurre algo extraordinario, ya sabe...

—Meyer se quedaba y me había jurado ser mi contacto en la zona. Tenía orden de permanecer por el pueblo para intentar sacar toda la información posible a los destacamentos que se encontraban en la zona con la excusa de ser periodista.

—No se preocupe. Si pasara algo, usted será el primero en saberlo. A cambio no olvide su parte del trato —contestó susurrando.

Lo que no he dicho es que cuando me comentó lo de Madrid y me di cuenta de la importancia que tenía para él, le he ofreci un trato. Si él me informaba sobre Luna y los suyos, a cambio, le he asegurado que solucionaría lo que tanto le preocupaba para que no siguiera ocurriendo.

—Bien, caballeros. Me vuelvo al pueblo. ¡Un honor! —y se dio media vuelta para marcharse.

—¡De acuerdo! —exclamó Galland a la vez que encendía su puro y subía de un salto. —¡Tanto secretismo me pone los pelos de punta! ¡Espías! ¿Quién los entiende?!

Durante un rato no hablamos, porque el ruido del motor era tan fuerte que nos resulta imposible oírnos.

No sabía cómo lo iba a conseguir, pero necesitaba a ese hombre para mi plan.

Recorrimos los kilómetros de un tirón. Necesitaba llegar a Madrid y contactar rápidamente con Eberhard Von Stohrer. Las máquinas empezaban a representar un verdadero lastre y me moría de ganas de quitármelas de encima.

El amanecer, por desgracia, nos reveló unas imágenes impresionantes. La batalla a las puertas de la capital estaba resultando ser demasiado cruenta y sanguinaria y eso estaba provocando el éxodo de un inmenso contingente de personas que abarrotaban las carreteras.

Me quedé mudo observando cómo el grueso del grupo lo formaban mujeres, niños pequeños y ancianos que junto con carretas o mulos o, simplemente, con la carga a sus espaldas de sus escasas posesiones, avanzaban lentamente con las cabezas agachadas por el dolor de lo que dejaban atrás.

Y lo peor es que no conseguía ver el final de la columna, y eso que estábamos en el aire y sobre ella.

“Tengo que alejar a Luna de todo esto... ¡Tengo que conseguirlo!” Era lo único en lo que pude pensar al observar aquella deshumanizada visión.

“¡El mundo se va a la mierda!” Esas palabras se repetían una y otra vez dentro de mi cabeza.

Galland maniobró hasta que aterrizó a las afueras de la capital, pero en la zona sublevada. Y no lo hizo sin peligro. Tuvo que sortear el fuego antiaéreo de los republicanos y lo hizo con seguridad y con una especial frialdad, mientras que yo, por el contrario, me limité a vomitar entre giro y cabriola, cabriola y giro, para esquivar los impactos.

Así que cuando pisé tierra, me tuve que contener para no arrodillarme y besar el suelo.

Era tan evidente la palidez de mi rostro que explotó en sonoras carcajadas sin poder remediarlo.

—¡Tiene el color de un muerto! Pero, ¿¿será posible?! ja, ja, ja. —dijo a la vez que caminamos hacia la entrada del hangar donde nos estaba esperando el Comandante Antonio Sarmiento, miembro del Estado Mayor y Jefe de la Oficina de escuchas y descifrado del Cuartel General del Generalísimo. Él era el encargado de enseñar a los militares a utilizarla y es con quién tenía que tratar directamente.

—¡A sus órdenes! —nos cuadrarnos, tanto Galland como yo. A simple vista, se trataba de un hombre que no era muy alto, con el pelo engominado y un pequeño

bigote fino que recorría todo lo largo de su labio superior, a diferencia de *die hilflos* que lo llevaba más ancho y más corto.

—Señores vayamos al fondo para hablar más tranquilos mientras descargan las máquinas —y empezó a caminar con resolución delante de nosotros.

—Vaya usted. Me quedo para comprobar que la descarga se efectúa sin problemas. Esta parte no me interesa. No tiene nada que ver conmigo —le sonreí por su franqueza antes de seguir al Comandante.

—Me han comunicado que es usted el que nos tiene que explicar su funcionamiento, por eso y para no levantar sospechas, he decidido habilitarle una estancia en este lugar y lejos de la vista de todos —se detuvo para comprobar que lo escuchaba. —No se preocupe, soy de los que aprende con rapidez. No soy de los torpes... —y sonrió.

—No creo, señor. Estaré encantado de enseñarle no solo a utilizarla, sino que también a poder arreglarla en el caso en el que falle —respondí rápido.

—Estupendo. Póngase cómodo que cuanto antes empecemos, antes podremos terminar... —al decirlo, se quitó el abrigo y se sentó en una de las sillas que había alrededor de la mesa.

Debo decir que me sorprendió el despliegue de eficacia, pues a pesar del momento en el que estábamos, habilitaron una pequeña habitación al fondo del hangar que tenía un camastro, la mesa que he mencionado y una pequeña cocina. Por lo visto iba a ser mi hogar mientras lo enseñaba.

Por un lado, me agobiaba pensarlo, pero por otro no dejaba de ser una situación de la que tenía que sacar todo el provecho posible.

Lo mejor era que iba a disponer de tranquilidad y de tiempo suficiente para preparar mi plan. Sin olvidar que aquel hangar era el lugar en donde Galland guardaba su avión cuando no estaba en el aire.

Lo que es lo mismo que decir que iba a conseguir encontrar la forma de convencerlo para que me ayudara.

En mi plan tenía tres obstáculos a salvar:

1º Galland.

2º Dinero.

3º *Mein freund*.

No deja de ser una lástima que el dinero sea un condicionante fundamental en nuestra vida y, por desgracia, para poder llevar a cabo mi plan iba a necesitar una cantidad de dinero importante que no tenía.

Así que decidí aplicar mi máxima de siempre, que no es otra que avanzar paso a paso y puse toda mi intención en conseguir que Galland fuera mi amigo.

Durante un mes fui capaz de permanecer a la expectativa con el fin de encontrar algún punto débil en él. Suena mal, lo sé. Pero la necesidad obliga a hacer cosas que por lo común ni se nos ocurre.

Como he dicho, durante un mes mantuve ese propósito al mismo tiempo que enseñaba al Comandante que, lejos de ser rápido, me resultó un pelín obtuso la verdad y no hay mal que por bien no venga.

Tenía muy clara mis intenciones, pero, con lo que no conté, fue con que realmente iba a convertirse en mi amigo de verdad.

Galland era un hombre con una fuerza vital arrolladora y contagiosa. Para él la vida se reducía a volar y nada más. De hecho, su papel en la *Legión Cóndor* estaba resultando ser demasiado efectivo. No le importaba contra quién luchar ni dónde, siempre que estuviera en el aire.

Así que cuanto más lo apreciaba, más difícil me resultaba conseguir de él lo que necesitaba, pero el destino a veces nos concede un respiro.

Y una noche en la que nos acostamos, después de tomarnos el café y de charlar hasta que nos cansamos, sentí que alguien se aproximaba a nosotros sin hacer un solo ruido y eso despertó todas mis alertas.

Intenté no hacer ningún movimiento brusco al coger mi pistola para que no notara que estaba despierto y esperé pacientemente.

En un principio, pensé que venía a por mí, pero por el contrario, se detuvo ante Galland con un puñal en la mano.

Al verlo ahí, reaccioné rápido y disparé antes de que levantara la mano. No le di tiempo a nada. Y un Galland asustado se despertó al notar el peso muerto de su agresor sobre él.

Rápidamente encendí la lamparita para advertirle de que el peligro había pasado, mientras que de un empujón se lo quitaba de encima.

Galland me miró y en sus ojos no podía haber más gratitud puesto que acababa de salvarle la vida.

Resultó que el agresor era un espía republicano que había estado haciéndose pasar por mecánico para poder acercarse a él. Galland era tan buen piloto que las filas republicanas decidieron quitárselo de esta manera de encima, porque estaba haciendo verdaderos estragos entre sus filas.

Y sin saberlo, me habían proporcionado la forma de conseguir su ayuda. Así que, después de escucharlo decir repetidamente durante varios días que estaría conmigo pasara lo que pasara, decidí pedirle ayuda.

Al principio, cuando se lo conté se quedó callado un rato, hasta que empezó a sonreír y me miró con otros ojos.

—¡No me puedo creer que se la juegue por amor! ¡Ya puede merecer la pena esa fêmea! ja, ja, ja... ¡Pues claro que lo voy a ayudar! ¡Usted es mi hermano!

—No quiero implicarle más de lo necesario. Simplemente, lo necesito para que nos lleve hasta cierto lugar que más tarde le diré. No tiene que saber más del asunto... —se lo dije, no sin cierto pesar.

—Bueno, pues si hemos llegado hasta aquí, ¿deberíamos tutearnos? ¿No crees? —y seguía sonriendo. Ese hombre, bueno mejor dicho, ese muchacho que me miraba con una sonrisa abierta, me estaba enseñando una de las lecciones de mi vida.

—¡Por supuesto que sí! —le devolví la sonrisa.

—Bien... pues ya puestos. Quiero que me digas por qué no has utilizado lo que sabes de mí para obligarme a hacerlo. No es normal tu comportamiento y menos siendo un espía... —se detuvo calibrando mi reacción... ¡Como sigas tardando me voy a hacer viejo! ja, ja, ja... y no sé si llegaré a eso. Bueno, ¿qué me dices?

Tengo que reconocer que no esperaba sus preguntas y que me bloquearon al escucharlas.

—No te niego que al principio no fuera esa mi intención. Pero, amigo mío, eres increíble y no me he podido resistir a tus encantos. Si no la hubiera conocido..., no sé, no sé... ja, ja, ja —mi broma lo pilló tan de sorpresa que su expresión de asombro no podía ser más cómica y tras unos segundos, reventamos con carcajadas sonoras.

—¡Qué cabrón! ja, ja, ja.

Mientras reíamos, pensé en lo ciertas que eran mis palabras. Después de todo, no dejaba de ser cierto que al final descubrí cuál era su secreto y lo irónico de la situación es que lo supe de la forma más tonta. Simplemente, solo le alargué una taza de café desde un ángulo distinto una de las noches en las que después de cenar nos quedamos un rato charlando, para darme cuenta en seguida de que desde ese punto no tenía visión alguna.

—Te diste cuenta con aquella taza de café, ¿verdad? —preguntó cuándo consiguió dejar de reír.

—Sí, fue demasiado evidente.

—Fue un accidente. Estaba realizando una maniobra, cuando unos fragmentos de vidrio se me clavaron en el ojo izquierdo y me dejó sin parte de visibilidad —agachó la cabeza al decírmelo. —Para un hombre como yo, dejar de volar significa lo mismo que morir, por eso no me lo pensé y, cuando hice las pruebas para entrar en el ejército, memoricé el orden y posición de las letras de la plantilla en la consulta del doctor y claro, ¡las pasé a la primera! ¡Soy capaz de volar con un solo ojo! ¿No te parece extraordinario? —al preguntarme volvió a tener la misma expresión de siempre.

—Sí, lo es. Y te digo más, no podría estar en el aire con tanta seguridad como contigo... ja, ja, ja. ¡Qué horror! ja, ja, ja...

—¡No hace falta que lo jures! ¡Te cagas encima cada vez que viajamos! ja, ja, ja... ¡Pareces un muerto al aterrizar! ja, ja, ja.

Nos quedamos callados un rato, intercalando risas espontáneas y caladas a nuestros puros, porque como estábamos de celebración, me invitó a uno.

—¡Todos tenemos secretos! —expresé en voz alta lo que pensaba.

—¡Cierto!... ¡En fin! A lo que vamos... Tienes claro que vas a desertar, ¿no? Y por lo que he podido ver, hay demasiados ojos puestos en ti para poder hacerlo.

¡Madre mía! ¡Cada vez que recibo alguna orden que tiene que ver contigo es como si tuviera que transportar al mismo Dios!

—Lo sé. Lo tengo difícil; pero tengo que intentarlo.

—Pues cuenta conmigo para lo que sea —y me extendió la mano para sellar nuestro pacto.

–Te lo agradezco...

–Por cierto... ¿Le has puesto un nombre al plan? –preguntó y esperó mi respuesta –¿Qué te parece *Fliegen Mousse*<sup>[91]</sup>? Es que tengo debilidad por el dibujo de *Mickie Mousse*. ¡Ya has visto que lo tengo pintado en la cola del avión! ja, ja, ja.

–¡Me gusta!... *Operativo: Fliegen Mousse*...

Y pasamos el resto de la noche sin parar de reír y de fumar. Supe que podía contar con él de la misma forma que él conmigo y pensar eso me tranquilizó. La situación no estaba para bromas y solo el hecho de que nos lo permitiéramos, significaba que a pesar de todo, no habíamos perdido la capacidad de hacerlo.

Pasaron unos meses hasta que por fin pude enviarle a *mein freund* el mensaje de que la misión podía darla por terminada y tuve que esperar un par de días para recibir una respuesta:

*“Tiene que ponerse en contacto con Von Stohrer. Para ello debe cruzar las líneas al lado republicano que es donde se encuentra en estos momentos. Es necesaria su intervención para traslado urgente de paquete a Alemania”*

Al leerlo me quedé petrificado.

*“¿Debo regresar con la carga?”*

Espere unos minutos a la respuesta...

*“Sí. Su función en España ha terminado. Mismo piloto para regresar”*

“¡Joder! ¡Esto no puede estar pasando! ¡¡Regresar!!... ¡Ni muerto!” Necesité de toda la noche para poder tranquilizarme, hasta que pude ver oscuridad al final del túnel.

Lo primero era lo primero y me puse en contacto con Meyer para saber cómo estaba la situación de Luna y de paso le comenté que me marchaba a Madrid y que intentaría seguir manteniendo comunicación como fuera.

Me preparé bien y me despedí de mi amigo después de quedar con él para el momento indicado.

Como no podía llevar mucho encima, cargué con una mochila en la que además de llevar lo básico, incluí toda mi documentación junto con mi cámara, y por supuesto mi *Enigma*. A partir de ese momento, tomé la identidad de John Noname, periodista australiano. Y con ese propósito crucé al otro lado de madrugada y me dirigí hacia la dirección que me habían dado en Madrid.

Caminar por las calles de una gran ciudad sitiada durante la noche era una situación tan absolutamente irreal que, aun estando en ella, no me la terminaba de creer.

La oscuridad era total. Caminaba por esas calles iluminadas por los escasos rayos de luna y los focos encendidos que producían las bombas al caer, que me obligaban a ir sorteando como podía la infinidad de escombros esparcidos por todas partes.

A mi alrededor, la capacidad de destrucción del hombre no me dejaba dudas de su alcance mirara donde mirara. Pude ver barrios prácticamente derruidos, entre los que de vez en cuando se oía algún disparo suelto y gritos. Gritos profundos y desgarradores, acompañados por sollozos capaces de poner los pelos de punta al más valiente.

La miseria campaba libre y se podía ver por todas partes, sobre todo en las personas. Me llegué a tropezar con grupos que caminaban con los ojos espantados y llorosos sin saber muy bien hacia dónde se dirigían. Estaban tan sumidos en su propio terror que parecían auténticas sombras, figuras desleídas de sí mismas y desligadas de una realidad demasiado sangrante.

Tuve que hacer acopio de valor cuando se acercaban a mí. Se limitaban a pasar por mi lado de la misma forma que si fueran fantasmas, sin decir nada. No hacían falta palabras para entender. Me bastó con observar sus pálidos rostros para entender el alcance de su desgracia. No podían ocultar el temor en sus miradas que, enmarcadas en el interior de unos círculos ennegrecidos, no eran más que un clamor enmudecido del hambre y la miseria. Solo el ruido de las bombas al explotar conseguía hacerlos gritar y taparse los oídos.

Era un runrún continuo y mortal que por momentos empezó a elevarse mezclado con las ametralladoras y el fuego antiaéreo, hasta que se hizo insoportable y tuve que esconderme con ellos en el interior de un portal.

Aunque pueda parecer increíble, tardé tres horas en llegar al lugar indicado. Cada pocos metros, me paraban milicianos que salían a mi paso y desde cualquier rincón para pedirme la documentación y registrarme la mochila. Así que, cuando por fin llegué a la esquina de la calle Serrano, que daba justo frente a la Puerta de Alcalá, empezaban a despuntar las primeras luces del amanecer.

No me costó encontrar el lugar exacto, puesto que había un coche con los distintivos del Consulado Alemán aparcado en la puerta y a su lado esperaba el chófer de pie.

Lo saludé y me presenté para que me dejara pasar y, justo en ese momento, fue cuando el sonido brutal de una explosión cercana nos arrojó al suelo.

“¡Va a ser más difícil que lo que pensaba!” y me levanté rápidamente sin permitir que el pitido de mis oídos me frenara.

Una vez en el interior, crucé el zaguán sorteando las cajas y el material que había sido dejado en ese lugar con prisas y sin ningún orden. A pesar de que era bastante grande, estaba tan abarrotado que tuve que saltar para llegar a las escaleras.

Y fue cuando vi una imagen a través del gran ventanal que me freno en seco. Se trataba de un marco de madera que, en otro momento, estaría decorado por un fino cristal tallado de colores, pero que en ese instante, no quedaban más que restos puntiagudos y crispados de lo que alguna vez pudo ser.

Me quedé bloqueado, petrificado o cualquier sinónimo que pueda especificar ese estado anímico.

Al otro lado de ese gran ventanal había un gran patio abarrotado de plantas con una fuente en el centro. Y justo delante de esa fuente, en ese momento, estaba un soldado alemán de pie con el brazo extendido y apuntando directamente a la cabeza de dos niños pequeños. Tendrían como mucho unos seis años. Los podía observar de perfil, pero se evidenciaba que lloraban de puro miedo ante ese psicópata. Entonces fue cuando recordé las palabras de Meyer, y reaccioné rápido.

Me descolgué la mochila de la espalda y saqué mi arma. Y sin pensarlo, lo abaté ante los gritos de los pequeños que se pensaron que el disparo era para ellos.

Seguidamente salté al patio y los llamé; pero no se movían. Tuve que agacharme intentando no ser visto para conseguir llegar hasta ellos y fue cuando me di cuenta de que se habían orinado encima por el terror, por eso no se movían.

Los cogí a peso y empecé a correr en dirección al ventanal, y hasta que pude dejarlos en el suelo, no les hice un gesto con la cara para que se marcharan.

Me miraron unos momentos antes de salir corriendo.

Entonces, al girarme, me tropecé con la mirada gélida de Metzger el secretario de Von Stohrer, que levantaba la mano para que la guardia no me disparara.

–Lo que acaba de hacer es un error del que voy a dar parte a su superior para que tome medidas. Acaba usted de matar a uno de los mejores guardias personales de Stohrer y... ¡Esto no se va a quedar así! –gritó intentando contenerse.

No respondí, me limité a devolverle la misma mirada penetrante.

–Esos niños que usted acaba de salvar, ¡no son más que animales! Que no dudarían ni un segundo en acabar con usted por la espalda. ¡¡Será estúpido!!

–Eso lo dice, porque usted sabe de qué habla. ¿No es así? –respondí con ira, a la vez que me situé lo más cercano a él que pude. De hecho, si no recuerdo mal, las puntas de nuestros zapatos se rozaban.

–¡No tengo tiempo para imbéciles! Pero, le advierto que si da un solo paso en falso más, acabaré con usted; aunque me caiga el peso de toda la cúpula del Reich encima. ¡¿Está claro!?! –gritó con la cara enrojecida por el odio y se dio la vuelta sin más.

Lo miré desaparecer por una de las puertas que daban a ese jardín seguido por su escolta y me di cuenta de que mi misión se había convertido en mucho más de lo que en un principio me ordenó *mein freund*. Miré hacia arriba para observar bien el lugar en el que iba tener que vivir durante una temporada. El edificio en cuestión tenía aspecto de haber sido construido durante principios del siglo pasado. Lo formaban un total de cinco plantas y tenía grandes ventanas de madera que daban a ese patio. Al entrar de nuevo para empezar a subir la escalera, me fui encontrando con más alemanes de lo que pensé. Todos, absolutamente todos, con la misma expresión indescifrable en el rostro. Ese lugar no era la embajada, pero, por el aspecto que tenía, me dio la sensación de que era lo más similar a ella. En cada planta, pude verlos salir de pequeños despachos en todas direcciones cargados con documentos. Estaba claro que intentaban desmontar y recoger todo lo que podían. Ya que en el ambiente

se podía percibir que en cualquier momento tendrían que abandonar el lugar.

A pesar de que el recibimiento no fue muy caluroso, tuve claro que durante mi estancia allí la situación no iba a mejorar.

Y no me equivocaba.

No tardé en descubrir de qué se trataba mi misión. Quisiera poder decir algo sobre el destino, pero a estas alturas creo que ya está todo dicho. Sin embargo, tengo que admitir que no deja de tener una especial ironía algunas veces.

Resultó que la carga que debía transportar con urgencia, no era más que dinero y para añadirle un toque más de mordacidad al asunto, comprobé perplejo que no se trataba de un solo paquete. Más bien eran unas veinte cajas repletas de billetes.

Alemania durante la Gran Guerra descubrió las posibilidades para invertir que ofrecía un país como España y, de hecho, eso fue lo que se hizo. Durante años se fueron abriendo empresas con divisas alemanas sin parar. Empresas a las que no les importaba realizar un previo pago al gobierno de turno, porque aun así los beneficios eran impresionantes.

Pues bien, parte de esos beneficios en esos momentos los tenía ante mí y debía sacarlos del país y llevarlos a una Alemania que necesitaba una inyección de liquidez.

“¡Mein Gott! ¡¡¡Veinte cajas!!!” exclamé en mi interior por la imposibilidad de poder hacerlo con éxito. “¿Cómo voy a sacar veinte cajas sin que nadie las vea?” Y otra pregunta más, pero no menos importante... “¿Cómo cojones voy a llegar hasta Galland?”

Menos mal que el jefe del operativo era yo, porque si hubiera tenido que depender del sanguinario Metzger, hubiera sido un fracaso total.

No tuve más remedio que sentarme a pensar con calma en cada uno de los pasos que debía de efectuar.

A pesar de todos los inconvenientes, estuve días vigilando la zona para intentar calcular de qué forma patrullaban por las calles, a qué horas y con cuánta asiduidad. Pero una zona en guerra es imposible de pautar. Dado que patrullaban a su antojo cuando las bombas y disparos de mortero lo permitían, y eso sin contar con las que eran arrojadas desde el aire. Seguramente, más de una era lanzada por mi amigo.

No hacía otra cosa que vagar por las calles a la espera de encontrar una solución y eso que la posibilidad de supervivencia disminuía por días. Hasta llegar a un punto en que durante una semana solo pudimos salir en contadas ocasiones del refugio al ser bombardeados continuamente.

La situación se estaba volviendo insostenible.

No solo por la guerra, sino por el ambiente de aquel edificio. No conseguí conocer a Von Stohrer. Cuando llegué, ya se había marchado huyendo de unas bombas que cada vez caían más cerca. Y como nuestro gobierno de Berlín le había designado para un cargo importante en cuanto las fuerzas sublevadas consiguieran llegar a la capital, se marchó cuando consideró que no podía aguantar más.

Pero, antes de hacerlo, dejó a Metzger al mando.

Y por desgracia, resultó ser un total desatino. Ya que el personaje en cuestión era violento y depravado hasta extremos inconcebibles.

Ejercía como un tirano su poder dentro de aquellas paredes. Tiranía a la que sometía a su antojo a todo el que estuviera cerca de él, dependiendo de su estado de ánimo.

A todas horas se le podía oír gritar a cajas destempladas sin ton ni son e incluso llegó a sacar su arma y a disparar al aire en más de una ocasión. Al cabrón le daba seguridad su estatus de intocable y abusaba de eso sin parar.

Viendo todo esto, más lo que ocurría en la calle, decidí optar por esperar hasta el último momento para mover el dinero. Cuanto más cercanas estuvieran las fuerzas nacionalistas, más posibilidades tendría de llegar hasta Galland.

Pero los meses pasaban y la situación se mantenía. No había ningún avance por ninguno de los dos bandos de la contienda. Franco mantenía el asedio y eso producía que la escasez y el hambre fueran devastadores para la población que permanecía en la ciudad. A esta situación desesperada, había que sumarle las epidemias y la enfermedad que se nutrían de unas personas que a malas penas podían mantenerse en pie. Y por su parte, los republicanos mantenían su posición con uñas y dientes, sin ceder ni un metro.

Mientras tanto, Metzger perdía la razón a pasos agigantados. Llegó un momento en el que era habitual que ordenara que se fusilara a todo al que él considerara peligroso para su seguridad y lo hacía en ese patio donde tuve mi encontronazo con él nada más llegar. Su comportamiento provocaba que un delirio siniestro dominara hasta el último rincón, contaminando a su paso a todas las personas que se encontraban allí, de la misma forma que un virus virulento y mortal, hasta convertirlo en un nido de ratas desquiciadas devorándose unas a otras.

Llegó a tal extremo, que tuve que permanecer armado las veinticuatro horas y me vi obligado a tener que atrancar la puerta de mi habitación para poder descansar un par de horas si no sonaban las alarmas de bombardeo. De hecho, sé que no me asaltaron para quitarme el dinero por temor a las represalias.

No puedo contar las veces que advertí a *mein freund* de su comportamiento, pero, por más que lo nombraba, seguía sin obtener respuesta. Y las palabras de Meyer me taladraban la cabeza de forma repetitiva.

Había dado mi palabra y tenía que cumplirlo.

Creo que toda esta vorágine de emociones fue lo que propició que tomara la decisión que tomé y de la que no me arrepiento.

Por un lado, estaba el problema evidente del dinero y, por otro, no podía marcharme dejando a ese loco suelto.

No podía matarlo, de la misma forma que él a mí tampoco. Por eso decidí aprovechar esa puntualización hasta el límite y así zanjar el asunto con una maniobra inesperada y sorprendente.

El pasar de los meses me estaba dejando claro que el momento final se acercaba y sobrevino de una forma que quise aparentar que era casual, cuando no lo era.

Al quedarme en el edificio trastoqué sus costumbres sin saberlo. Era un hombre muy amante de la buena cocina, los buenos vinos y también le gustaba la compañía de personas hermosas. Y cuando digo personas, sé lo que estoy diciendo. No le importaba el género, siempre y cuando fuera joven, cuanto más joven, más interés demostraba.

El problema era que al estar en guerra cada vez les resultaba más difícil encontrar a sus ayudantes lo que le gustaba y eso ocasionaba violentas explosiones de ira incontentina.

De ahí que optaran por llevarle niños a los que sometía a las peores vejaciones imaginables. Y de esto es de lo que me habló Meyer en su día. Durante un tiempo actuó a escondidas al tener a su jefe muy cerca, pero al marcharse, fue como si le diera carta blanca para su perversión.

Por lo visto, dentro de sus cálculos nunca pensó que llegaría una persona como yo para trastocarle su “*Dolce Vita*” y quitarle su diversión preferida. A mi favor contaba con que detrás de mí tenía la sombra de un poder ante el que se tenía que rendir aunque no quisiera. Si no hubiera sido así, estoy seguro de que habría acabado conmigo a las pocas horas de llegar.

Así que aguardé el momento oportuno. Los hombres como él, siempre vuelven al redil tarde temprano y como lo sé, esperé pacientemente.

Desde el día de mi llegada, no había vuelto a ver a ningún niño por allí después de lo que ocurrió. Se ve que le dejé claro el mensaje, pero al pasar los meses dio por sentado que me había relajado, además yo insistí en que se diera cuenta de eso al ser un poco más agradable.

Todo se desencadenó la noche en la que regresé para descansar un rato, después de revisar si se estaban haciendo los cambios en el coche que había pedido. Al final, y después de sopesar todas las opciones posibles, decidí que desmontaran el coche para poder forrar todo el bajo con el dinero, pero, claro, eso resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Tuvimos que esconder el coche en la cochera para que nadie viera nada y por eso trabajábamos con poca luz para no despertar sospechas.

Metzger, en un primer momento, se negó porque se quedaba sin coche, pero no tuvo más remedio que aceptarlo.

Por otra parte, me dediqué a descoser mi chaqueta, los pantalones, el abrigo y hasta la mochila, y empecé a forrarlos de billetes. Todos los días cogía un fajo disimuladamente y al llegar la noche, lo ponía en el interior de mis forros.

Sí, lo hice y no me arrepiento. A situaciones desesperadas, medidas desesperadas...

No lo podía matar, pero sí que lo podía culpar de la desaparición del dinero. Necesitaba un cabeza de turco y quién mejor que él. De todas formas, se trataba de un dinero que estaría contado y recontado hasta aburrir y del que en todo momento sabrían la cantidad exacta. Por eso decidí que no sería yo el que lo matara, pero sí que facilitaría el proceso. Eso es verdad.

Pero los acontecimientos se precipitaron esa noche al regresar, cuando caminaba por el pasillo hacia mi habitación y percibí que algo no marchaba bien. Había demasiado silencio y su escolta no estaba por ningún lado. Al estar a oscuras caminé cada vez más despacio para no advertir de mi presencia. Prácticamente me deslicé con la pistola en la mano y me detuve ante su puerta.

La abrí despacio y, al hacerlo, me enfrenté con una imagen cara a cara que me levantó el estómago.

Estaba desnudo y agarraba por el cuello a un niño de unos diez años a la vez que le apuntaba directamente a la cabeza.

Su expresión... su expresión era una combinación de ferocidad, de ira y determinación con un tenebroso y espeluznante toque de frialdad.

—¡¿Qué cojones está haciendo aquí?!! —exclamó y su voz me pareció un sonido gutural casi inteligible.

—¿Va a matarlo? ¡¿Es lo que le excita?! ¿Jugar a ser Dios con un niño que no se puede defender?... ¡¿Será cabrón y cobarde!!

—¡A usted que le importa! ¡Condenado santurrón!

—¡Suéltelo!... ¡Ya! —le apunté con el arma al mismo tiempo que el chiquillo sollozaba con más fuerza sin poder evitarlo.

—¡No tiene cojon... —no le permití acabar y disparé.

Al notar el impacto, soltó el cuello del niño que salió corriendo sin mirar atrás y me acerqué hasta él. Me quedé mirándolo fijamente mientras se sostenía el abdomen en un torpe intento por detener su sangre.

—Lo peor no es sentir que ha perdido... Lo peor es darse cuenta de que la soberbia ha sido capaz de hacerle creer que iba a salirse con la suya —al hablarle, me devolvió la mirada con la misma fijación que la mía. Intentó hablar, pero le costaba respirar y al toser se ahogaba con su propia sangre. —No pensaba matarlo. Amargarle un poco la existencia..., sí. Esa es la verdad. Pero, si alguna vez en mi vida puedo sentirme orgulloso de algo, sin duda, siempre va a ser por ese momento —y a diferencia de todo lo que me había ocurrido hasta entonces, por primera vez no me moví y esperé. Necesitaba ver cómo a cada segundo se le escapaba la vida sin que hiciera nada por evitarlo.

No dejaba de ser una situación excepcionalmente extraña, pero el desarrollo de los acontecimientos me había derivado hasta este punto en el que observé a la muerte sin sentir ninguna emoción.

Hasta que dejó de respirar y es cuando me encaminé hacia el bar y cogí todas las botellas con la que pude cargar. Las fui abriendo para esparcir su contenido por toda la habitación. De vez en cuando pegué algún trago, porque los nervios consiguieron secarme la garganta.

Cuando acabé de vaciar la última botella, me dirigí hacia la puerta para encenderme un cigarrillo y me lo fumé sin prisa. Me quedé observando hasta el más mínimo detalle de la habitación. Siempre había oído decir que desde la antigüedad se creía que el fuego tenía el simbólico significado de ser purificante y reflexioné sobre eso, a la par que lancé la colilla en medio de un charco de whisky. Si era verdad que tenía ese poder, ese era el momento indicado de que obrara el milagro al reducir a cenizas toda la adversidad que parecía vencernos a pesar de todos nuestros esfuerzos. Era el momento de que transformara en humo la carne vil de ese monstruo para transportarlo al mismo infierno en el que debería permanecer ardiendo toda la eternidad sin clemencia y sin perdón.

Continué sin moverme, a pesar de que las llamas fueron cobrando fuerzas alimentadas por el líquido que había esparcido por todas partes y fue cuando me llevé mi mano al pecho y la introduje en el interior de mi camiseta para despegar el velcro que guardaba el libro de códigos que me había acompañado hasta ese momento.

Lo miré un momento. Y tuve la misma sensación que aquel lejano día en el que sostuve el pomo de la puerta de mi casa y sentí que estaba ante un punto sin retorno del camino.

Lo miré durante un segundo más antes de tirarlo sobre las llamas.

Y lo lancé...

Sin duda, ese fue el primer paso de muchos, pero a mi favor guardaba algo inmenso y maravilloso, capaz de darme todo el poder que necesitaba para intentarlo hasta el final.

Tenía mi amor por Luna y eso era más que suficiente.

Con esa determinación y después de asegurarme de que el libro estaba prácticamente deshecho, regresé sobre mis pasos para recoger todas mis cosas. Bueno, todas no. Mi *Enigma*, no. La puse sobre el suelo y la empujé a martillazos con ella, hasta que la dejé inservible.

A estas alturas los gritos recorrían el edificio por completo y fue lo que me hizo volver a la realidad. Debía marcharme cuanto antes. En zona de guerra por las noches se prohibía encender luces para evitar que el enemigo pudiera detectar nada. Por eso, cuando encendí el fuego sabía muy bien lo que me hacía.

En la oscuridad total, un edificio en llamas era un reclamo suficiente para que todo el peso de la artillería cayera sobre él y con esa intención lo hice. La mejor idea que se me ocurrió fue esa. Si el enemigo bombardeaba el edificio, todo lo que hubiera en su interior quedaría volatilizado. Personal, maquinaria, dinero... absolutamente todo. Incluido yo. De esta manera zanjaba dos puntos de mi plan. Por un lado el tema del dinero; un dinero del que a estas alturas ya sabía para qué iba a ser empleado..., para preparar un genocidio similar a este o peor. Y por otro, ¿quién iba a ponerse a verificar entre los escombros si realmente mis restos estaban allí? A *mein freund* no le iba a quedar otra que aceptar que me habían abatido en zona de guerra.

“*¡Mein Gott!* ¡No me puedo lo puedo creer!” apenas podía caminar por el espeso humo negro que ocupaba todos los pasillos y el hueco de la escalera. Al ser tan ancho, el humo ascendía hacia arriba de la misma forma que si fuera una gran chimenea. Provocando que la temperatura fuera insostenible y que mis ojos no pudieran dejar de lagrimear a la vez que buscaba una alternativa de salida.

Todos corrían desparpados en todas direcciones, chocándose unos con otros por la falta de visión. Me detuve delante de la barandilla y miré hacia abajo y, sin pensármelo dos veces, me puse a horcajadas sobre ella para bajar deslizándome. Planta tras planta observé la misma imagen. Carreras, disparos, gritos y empujones para conseguir salir de allí, hasta que faltándome un par de pisos el atasco de todos los que habían bajado me frenó. Y miré hacia abajo antes de decidirme, pero el caos era total y no tenía más alternativas, así que me solté.

Fui a parar sobre unas cajas que amortiguaron en parte mi golpe y necesité unos segundos para reponerme antes de ponerme en pie y salir corriendo de allí, a pesar del lacerante dolor de mi hombro derecho.

No había terminado de cruzar cuando un silbido, que reconocí sin ningún problema, rasgó la noche antes de que la deflagración de la explosión me catapultara hasta la pared de enfrente.

Nada más impactar contra ella, perdí el conocimiento. Estuve inconsciente mientras el cielo parecía desmoronarse sobre mí como si realmente estuviera construido por ladrillos. Un sinfín de cascotes, tuberías y más cascotes llovían sin parar sobre mí, a mi lado y por toda la manzana.

Intenté levantarme; pero no podía. Tuve que esperar a que dejaran de caer escombros y a que la espesa nube de polvo empezara a desaparecer. Me mantuve en posición fetal con los ojos cerrados y agarrando mi mochila con desesperación, mientras que mis oídos seguían desconectados del mundo y me mantenían alejado de toda aquella locura.

En esa postura, con los ojos cerrados y todavía ensordecido, una imagen llenaba la oscuridad de mis párpados... Luna..., su rostro, su boca y la increíble sensación de esperanza que sembró en mi maltrecho corazón. Poder verla significó que no estuviera allí, que si realmente ese era mi momento de morir, no podría hacerlo más feliz.

La amaba, como se puede amar lo que se desconoce y que puede llegar a convertirse en parte fundamental de una vida.

No conseguí despegarme hasta que empezaron a asomar las primeras luces del amanecer. Me incorporé poco a poco y entonces, fue cuando pude comprobar la magnitud del desastre.

En el lugar donde antes estaba el edificio, lo único que quedaba era un enorme cráter abierto. Me pareció increíble que todo pudiera desaparecer, y me quise levantar para poder comprobarlo más de cerca, pero me detuve al apreciar algunos rostros que no conocía entre la capa de polvo que quedaba flotando en el ambiente,

No quise tentar a la suerte y me oculté entre las figuras que iban levantándose de la misma forma que yo, aprovechando que nos había caído una gruesa capa de polvo y parecíamos todos iguales. Encorvé los hombros y dejé caer la cabeza para evitar miradas indiscretas y me difuminé entre la neblina.

Me oculté durante todo el día. Dormité por los portales e incluso me hice pasar por un vagabundo para que me dejaran en paz los milicianos. Tenía la ropa tan sucia que no quisieron escharbar en mi mochila para buscar mi documentación. Y menos mal, porque no tenía. Aguanté sin comer y sin beber hasta que se cerró la noche sobre mí y llegó el momento de que cruzara las líneas de nuevo. Era prioritario que encontrara a mi amigo Galland.

Conseguí llegar como pude hasta la verja que bordeaba todo el perímetro del hangar y esperé a no poder ser visto para saltar, después de asegurarme que el avión estaba en su interior.

Cuando conseguí entrar y me vio, se asombró con mi aspecto, pero una vez aclarado todo, pasamos al penúltimo punto del plan.

Teníamos que volar a Santa Pola para recogerlos antes de que nos llevara a Casablanca, que era el lugar desde donde debíamos embarcar con dirección a América. Descarté esta parte del mundo, porque sabía que durante mucho tiempo no habría paz y pensé que quizás lejos la podríamos encontrar, pero para ese viaje necesitábamos un avión de dos hélices y acordamos que me escondería hasta que pudiera contar con uno.

Y así transcurrieron un par de semanas. Cuando aterrizaba, me acercaba a escondidas y descansaba con él, pero cuando se marchaba, lo hacía yo también y entonces me escabullía por los alrededores a esperar su vuelta. Para mi suerte, conseguí encontrar una casa en ruinas que me servía para guarecerme por lo menos por las noches. La idea era que nadie debía de sospechar que andaba por allí, ya que para todo el mundo había fallecido.

Bueno, para todo el mundo no.

Por lo visto, *mein freund* no acababa de dar el tema por zanjado y durante todo ese tiempo, ordenó a toda la red de espionaje que se encontraba en la ciudad que verificaran si realmente había llegado a fallecer aquella noche. En resumidas cuentas, me estaban buscando y esto lo supe con certeza cuando regresó Galland después de estar cuatro días sin volver.

—¿Has tardado en regresar?... Pensé que no volverías —fue lo primero que le dije cuando conseguí llegar hasta él.

—Vengo de Italia... —al mirarlo me di cuenta de que algo no marchaba bien. —Me ha hecho ir hasta allí para entrevistarse conmigo. Bueno, más que una entrevista, ha resultado ser todo un interrogatorio...

—¿Está en Italia?... y ¿te ha hecho ir? —pregunté asombrado.

—Es un hombre muy astuto y no va a parar hasta que descubra qué es lo que ha pasado realmente... En pocas palabras, algo le huele mal de todo este asunto y yo no paro de darle vueltas a... ¿Cómo cojones se te ocurrió quemar todos los millones?!

—Pero... ¡¡Qué narices!! —solté un exabrupto indignado.

—Ya estaba el tema bastante jodido sin necesidad de empeorarlo más... ¡¡Joder!!

Me bloquearon sus palabras, pero, claro, ¿cómo podría explicarle mis razones para que me entendiera? Una cosa es que se sintiera en deuda conmigo por salvarle la vida, pero otra muy distinta era hacerle partícipe de mi verdadera opinión sobre nuestro país. Para mí era evidente que él se sentía orgulloso de ser alemán y de que para él representaba todo un honor servir a nuestra patria. Cosa que hacía y seguiría haciendo mientras pudiera. Revelarle mi secreto, lo único que me aportaría serían problemas, al provocar su reacción en mí contra y no dejaba de ser una gran verdad que lo necesitaba para conseguir huir. Así que mientras pensara que la única razón era el amor, no habría ningún problema.

—¡Tienes que huir ya! Si no..., no voy a poder ayudarte, —su voz no disimulaba su preocupación y mantuve silencio para poder pensar.

—No, no puedo hacerte esto. No debo implicarte de esta manera...

—¿Qué dices!? ¡Ni hablar!... Si algo bueno hemos sacado de toda esta sinrazón es que me ha ordenado el transporte de otra carga, pero esta vez sin la compañía de ningún agente, porque deben quedarse en la zona para buscarte. En estos momentos, eres prioridad uno.

Al escucharlo me quedé petrificado.

—¿Has visto la belleza del dos hélices que espera al final de la pista listo y preparado para despegar? ¿No? ¡Seguro que no! ja, ja, ja. ¡No me puedo creer que seas espía! ja, ja, ja —y al escucharlo reír sin parar, no supe si reír también o llorar de agradecimiento.

—¡No esperemos más! ¡Ponte en contacto y vámonos! Pero antes aséate un poco, porque si esa mujer te ve con un aspecto tan cochambroso se va a morir del susto. ¡Ah!... Espera a que los motores estén en marcha para saltar al interior y ¡por Dios! ¡Hazlo sin que nadie te vea! —y se marchó sin esperar mi respuesta y al verlo marchar, me puse en acción rápidamente y después de asearme como pude, contacté con Meyer para que nos esperara en la pista de aterrizaje.

Lo que no esperaba eran las terribles noticias que me dio.

—¡Estoy esperando!... ¿Dónde narices se supone que vamos?! —la pregunta de Juan me hizo regresar a ese pequeño patio de golpe.

—A América. Bueno, en concreto a Venezuela. Me he tenido que devanar los sesos para encontrar el sitio adecuado. Pero, ¿sabe?, al final lo he encontrado...

—¿América? ¿Cómo?!...

—Juan, ¡cálmese, hombre! ¡Está todo previsto! He encontrado una isla en la que podremos vivir tranquilos ¡Una isla Juan! Se llama, isla Margarita. Es más grande que Tabarca, más verde y más luminosa, y está rodeado por un mar de aguas cristalinas. ¿Qué más se puede pedir?! —empezaba a fallarme la paciencia. No había tiempo para enzarzarse en una discusión inútil y ese hombre no se daba cuenta.

—¡Tú! ¡Tú has perdido la cabeza! —respondió sin terminárselo de creer.

—Pero, ¡bueno!...

—¡Basta! —El grito de Luna interrumpió la pequeña espiral de nervios. Al oírla nos volvimos a mirarla y su expresión nos dejó bloqueados.

—¡No quiero escuchar ni una discusión más!... Bastián, no voy a dar ni un solo paso, si antes no hablamos tú y yo —y se hizo a un lado para que entrara por esa puerta.

—Luna...

—¡No, Juan!... Ahora, no —y al ver su expresión al mirarla, es demasiado evidente para mí y me despeja cualquier posible duda, porque él irá donde vaya ella, al estar su vida ligada a la suya. Por eso, al agachar la cabeza, no puede esconder las lágrimas que intenta contener.

Al verlo así, encojo los hombros y, sin decir nada más, me encamino hacia ella para seguirla hasta que se detiene delante de la puerta de una de las habitaciones y me hace un gesto para que pase al interior.

Cuando la cierra, nos quedamos de pie, uno frente al otro sin hacer otra cosa que mirarnos profunda e intensamente, tanto, que me da la sensación de que nos zambullíamos en nuestro interior sin dejar un resquicio por rellenar.

Ninguno de los dos somos capaces de romper el silencio y de la misma forma que si dos manos invisibles nos empujaban, nos vamos acercando el uno al otro paso a paso.

Hasta que solo quedan tres.

Por mi parte, permanecí quieta con la vista clavada en esa distancia. Toda mi vida había girado en torno a esos tres pasos, que son la razón y la prueba evidente de que al final no llegara a perder la cabeza del todo.

No puedo pensar..., los latidos de mi corazón me están dejando sorda y cuando alzo la vista para clavarla en sus ojos la emoción consigue estremecerme desde los pies a la cabeza.

Nunca más... Nunca más volverán a existir. Amo de tal manera al hombre que tengo delante de mí y que me mira con una mezcla increíble de amor, ternura, deseo e inquietud, que sé que jamás volveré a poner una frontera en mi vida. Por eso, con un impulso, me tiro en sus brazos temblando por la emoción y lo beso, sí, lo beso una y otra vez con la misma vehemencia que si me fuera la vida en ello.

Su boca es lo más dulce que he probado hasta ahora. Su aliento es capaz de transmitirme el calor de un fuego que deseo que me devore por entero hasta quedar reducida a la nada.

En ese momento, me suelta para mirarme, pero me resisto a separarme de sus labios.

Sé que no tiene que ser fácil para él amar a una persona que es puro instinto, por eso cuando apoya su frente en la mía unos segundos con los ojos cerrados, sé que está haciendo verdaderos esfuerzos por contenerse.

Pero, ¿qué importa que se acabe el mundo y que no nos quede tiempo? Nuestro momento es ahora y no pienso dejarlo pasar.

Así que, sin apartar la mirada de sus ojos, me desabrocho el vestido y se desliza hacia el suelo dejando mi piel desnuda al descubierto y al ver su expresión, no

puedo sentirme más hermosa.

No sé nada del amor, de por sí, lo estoy descubriendo a cada latido que damos en común y que me revela el poder de una emoción capaz de barrer con todo lo demás. Y es lo que me estremece cuando, después de mirarme un rato que se me hace eterno, se acerca a mí y me besa a la vez que siento el poder de sus manos recorriéndome por entero.

Besos, caricias, susurros, gemidos... Ese es nuestro universo en estos momentos. Me devora la sed que siento por él, que lejos de saciarse va creciendo en oleadas mientras me penetra con el ritmo de sus movimientos. Sentirlo de esta manera en mi interior es como abrir las puertas de todos los maravillosos mundos imaginables habidos y por haber. Poder oír su voz ronca, rota por el deseo, susurrándome entre gemidos a la altura de mi cuello que no puede sentir más amor, consigue que por primera vez sea capaz de entender mi propia femineidad. El verdadero valor de lo que significa ser mujer y más aún, desear ser su mujer.

Necesito sentir sus manos por todo mi cuerpo, por mi espalda, por mi cuello, sobre mis pechos y en mi interior.

Por momentos, nuestra necesidad crece a la par que el amor se expande en nuestros corazones, hasta que llegamos al clímax jadeantes y sudorosos, sin poder soltar nuestro abrazo.

Soy capaz de sentir una especial unión en la que no hacen falta palabras.

El tacto de su piel... Su aroma... El sonido martilleante de su corazón que parece querer volar de su pecho... Su respiración, que poco a poco va recobrando la calma al tiempo que me aprieta más con sus brazos, me hace comprender que estos sentimientos no pueden ser más sencillos y a la vez, más complicados.

Pero por alguna extraña razón, por momentos, empiezo a dudar de si seré realmente lo que busca. No me puedo engañar a mí misma y no reconocer que no sé nada de la vida y que una persona como él necesita una compañera que esté más a su altura.

“¿Y si no soy la mujer que espera?” Esta pregunta aparece de improviso desde algún oscuro rincón de mi mente y consigue desequilibrarme por completo.

Y sin darme cuenta, conforme van sucediéndose estos pensamientos, voy respirando con más agitación, hasta que no puedo más y me levanto para vestirme.

–Luna... ¿Qué te pasa? –su cambio de humor me pilla desprevenido. Todavía estoy intentando asimilar la profundidad de mis sentimientos. Hacer el amor es una cosa, pero hacerlo de verdad con los sentimientos a flor de piel, me ha pillado tan fuera de juego que me tiemblan las piernas. –Luna, espera, ven... –y me levanto para abrazarla. Necesito sentirla cerca como respirar. –No sé qué estará pensando esta cabecita tuya para que sin razón te pongas así. Dime, ¿qué te pasa? –le levanto la cara, porque está prácticamente escondida entre mis brazos.

–¿Y si no soy lo que esperas? ¿Y si no te hago feliz? Tú no sabes nada de mí. Hasta que te he conocido, yo... no sabía nada del amor ni siquiera creía en él –y bajo la vista para esquivar su mirada. –El mundo en sí es un verdadero misterio para mí, al que me da miedo asomarme. De hecho, tengo que esforzarme todos los días para conseguir sentirme parte de él. Me preocupa... Bastián, no ser lo que esperas de mí. ¿Me comprendes? –consigo preguntarle, después de mirarlo intensamente para encontrar una respuesta. No soy una mujer llorona, pero tengo que hacer un gran esfuerzo para no hacerlo.

–¿Qué!? –“¿No me lo puedo creer! Pero, ¿de dónde se saca eso?” y no puedo evitar mirarla sin que me desborde el amor. –Tú eres la mujer que he esperado toda mi vida y tengo mil y una razones para amarte. Todo lo que soy, todo lo que puedo llegar a ser... es tuyo –al decirlo la emoción me ahoga, por eso carraspeo antes de seguir. –... Juro que te voy a amar hasta el último de mis días y que mi propósito va a ser hacerte feliz cada uno de ellos. ¿Has entendido?

–Sí... Yo también lo juro.

–Mira... –y le doy la vuelta para que pueda mirar hacia la puerta sin soltarla de mi abrazo. –¿Ves la puerta? Tienes que saber que en el momento en que la cruces, será para dar el primer paso de tu nueva vida... Una vida que vamos a vivir juntos. ¿Estás dispuesta? –y le vuelvo a dar la vuelta para enfrentarme a sus ojos.

–Sí, Bastián. Estoy dispuesta.

–Entonces, cállate y bésame... hasta que me falte el aire.

## AGRADECIMIENTOS

Si alguien me hubiera dicho la primera vez que me senté a escribir que llegaría hasta aquí, no lo habría creído.

Cada narración, cada párrafo, cada frase, guarda en su interior una historia paralela que bien podría merecer ser escrita en otra novela.

Al escribir no hacemos más que describir nuestra versión del reflejo de la vida que nos rodea. En realidad somos eso: observadores de vida.

Por eso no puedo más que estar agradecida.

En primer lugar a mi familia, Emilio, Beita y Carlos por vuestro apoyo y comprensión. Son necesarias muchas horas para crear una historia, por eso no dejo de pensar en la paciencia que tenéis conmigo.

A mi hermano Luís. J. Cáceres por la maravillosa música que me ha compuesto para el booktrailer. Mis historias no son lo mismo sin su banda sonora.

A Sol Taylor por su gran trabajo para la creación de mi maravillosa carátula.

A mi querido, y preferido, profesor de historia Pascuan Antonio Ruso. Siempre se suele decir que a lo largo del tiempo cuando recuerdas los días de colegio suele haber un maestro a destacar y ese, sin duda, eres tú. Mil gracias por tanto.

A mi querido Juan Burgos, que siempre tendrá un lugar en mi corazón. Marinero de profesión y el tabarquin que tuvo la paciencia de enseñarme a hacer el caldero de Tabarca. Y a su familia, Pepa, Esperanza, Tere y Jose, por lo feliz que me hace poder teneros en mi vida.

A Vicenta Valero, por la tarde en la que compartió conmigo recuerdos de su niñez con tanta generosidad y cariño.

A Gertrudis Bonmatí y a Paco López, por formar parte de mi vida en unos momentos muy especiales. Por la generosidad demostrada con creces de su amistad y porque, siempre, siempre, os tendré en mi corazón pasen los años que pasen.

A José Mora Más, por compartir sus recuerdos aquella mañana en la Glorieta junto con su hijo Marcelo Mora y Luisa Sempere, que son grandes amigos míos.

A Paqui Toñi Martínez Buades, secretaria parroquial y encantadora y maravillosa persona que tuvo la gentileza de enseñarme archivos antiguos de la Iglesia y de ponerme en contacto con personas que me pudieran dar información de la época. Mil gracias mi Ozú, según mi hermano Luis, por tu cariño y amabilidad.

A Alex Giner Martínez, por aquella mañana en la que tomándose un café, me sugirió que me encantaría escribir sobre unos submarinos que fondearon frente a nuestra costa durante la guerra.

A Antoni Más, profesor en la Universidad de Alicante y a Pascual Orts Sempere, exalcande de Santa Pola y a Juan Bautista Piedecausa García, funcionario del ayuntamiento y Oficial de 1ª de Recuperación de Piezas Históricas, por compartir sus conocimientos conmigo con tanta generosidad.

A Ulises Bértolo, porque conocer su obra La Sustancia Invisible de los Cielos fue un descubrimiento que se ha quedado en mi vida para siempre.

A Jose Lagartos Ruano, por todo.

A mi querida Rosa Grau, escritora. Por tantos y tantos momentos compartidos y por todo el cariño que me demuestras. Por ser mi gran lectora cero, porque mis sinopsis no serían lo mismo sin ti sin esas tres palabras, por tus buenos días... ¡En fin! Mil gracias por todo.

A Thelma García (eescritoriodelbuho.blogspot.mx)

Sol Taylor (rebeliondelibros.blogspot.com)

Dolors López (laprincesayaseve.wordpress.com)

Por su buen hacer y su gran profesionalidad. No puedo menos que agradecerles su gran trabajo y apoyo a los autores con su gran labor de promoción.

A Ramón Somoza, por su amabilidad al crearme el link directo de la novela.

A toda mi familia y amigos, porque teneros en mi vida me llena el corazón.



## BIBLIOGRAFÍA

- Tabarca. Utopía y Realidad. Canalobre (revista del instituto alicantino de cultura Juan Gil-Albert. 2012
- Los Marcerano. Los manzanaro. Estudio genealógico de un apellido tabarquino. Pascual Orts Antón y Jose Luis Gutierrez Arpide.
- Recuérdalo Tú y Recuérdalo a otros. Ronald Fraser. Crítica, 2016.
- La Guerra Civil Española. Pierre Vilar. Crítica, 2000.
- Pensar Históricamente. Pierre Vilar. Crítica, 2004.
- Armagedón: La derrota de Alemania 1944/1945. Editorial Crítica, 2005.
- U-Boote. El Arma Submarina en la Segunda Guerra Mundial. La Esfera de los Libros. Santiago Mata, 2015.
- El Hombre de las Manos Peligrosas. Kersten Félix. Reader Digest.1967.
- El Enigma del Almirante Canaris. Buenos Aires, 1952.
- Alan Turing (Noema), 2013.
- A Puerta Cerrada. Laurence Rees. Crítica, 2009.
- Das Boot. Lothar-Gunther Buchheim. Piper, 1999.
- La Revolución Alemana de 1918-1919. Inédita, 2005.
- De los Espartaquistas al Nacismo: La República de Weimar. Sarpe, 1985.

[1] Ciudad al norte de Alemania, situada en la parte occidental de la Bahía de Jade (Jadebusen). Un puerto muy utilizado por la armada alemana.

[2] Traducción: Viejos Camaradas.

[3] Traducción: Canciller. Hitler.

[4] Traducción: Imperio, dominio, reino.

[5] Artículo 175. Norma jurídica cuyo contenido penaba las relaciones homosexuales entre personas del sexo masculino. Estuvo vigente desde 1872 hasta 1994. En 1935 el régimen nazi lo endureció al añadirle un párrafo pensado para casos de agravante.

[6] La República Weimar: Fue el régimen político que abarcó desde 1918 a 1933, justo después de la 1ª Guerra Mundial. Este nombre se le ha aplicado por la historiografía posterior, porque realmente el país conservó su nombre: Deutsches Reich (Imperio Alemán). Fue un periodo democrático; aunque caracterizado por una gran inestabilidad política y social.

[7] Heinrich Himmler: (07/10/1900-23/05/45). Comandante en jefe de la SS, que llegaría a ser Ministro del Interior y Comandante de los ejércitos de Vistula durante el sitio de Berlín.

[8] Operación Colibrí o La Noche de los Cuchillos largos (30/06 al 02/07/34) Se trató de una purga en la que se llevó a cabo una serie de asesinatos políticos enmascarados en un marco homofóbico. La verdad es que, con esta acción Hitler consiguió acabar con sus enemigos políticos. En el balance total de aquella masacre, se estima que murieron más de cien personas.

[9] Ernst Röhm. Principal dirigente de la SA. Una organización paramilitar que se mantenía autónoma respecto al partido nazi.

[10] Los Camisas pardas. Una expresión que se utilizaba para referirse a los miembros de las SA, porque la camisa de su uniforme llevaba ese color; a diferencia de las SS, cuyo uniforme era negro con camisa blanca.

[11] Traducción: Mi Lucha. Autor: Adolf Hitler. Temática: Combinación de experiencias personales con una exposición de ideas propias de la ideología del nacional socialismo. 1ª Edición: 18/07/1925.

[12] Traducción: Cueva del León Marino.

[13] Planta acuática que pertenece a la familia Posidoniceae y es endémica del Mediterráneo. Ejerce un importante papel protegiendo a la costa de la erosión. Es un bioindicador de la calidad de las aguas.

[14] Tabarquín: Es un habla que pertenece a la lengua valenciana y que está enriquecido por connotaciones del italiano y castellano.

[15] Traducción: Señor. Desde el 30 de junio de 1688 al 22 de septiembre de 1756 este cargo lo desempeñó Ali I. Nombre completo: Abu I-Hassan Ali I. En 1741 tuvo diferencias con Francia por La Compañía de África que comerciaba trigo con la regencia de Túnez.

[16] Ali Pachá: el León de Yánina. (1741-1822).

[17] 01/08/1719-09/01/1798. Fue un noble e ilustrado estadista español. Presidente del Consejo de Castilla (1766-1773) y Secretario de Estado de Carlos IV (1792).

[18] Traducción: Pasillo.

[19] Responsable de la Matriculación de los tabarquinos, es decir, el encargado del primer censo de los habitantes de Tabarca. Al morir fue enterrado justo debajo del altar de la Iglesia.

[20] Traducción: Punta Falcó. Desde dónde se distingue en un primer plano La Naueta y un poco más alejada, su hermana mayor La Nau.

[21] Gabbiano. Gaviota en italiano. Formó parte de la primera flota de aviones que el gobierno italiano cedió a Franco durante la guerra.

[22] Traducción: Playa del Mediodía.

[23] Traducción: Triste, desagrada.

[24] Traducción: Las cuatro estaciones.

[25] Traducción: Calle de Maximiliano. Una de las avenidas principales de Múnich. Predomina en ella la combinación de elementos arquitectónicos de varias épocas, con un diseño urbanístico único en esa ciudad.

[26] Luger P08 (Parabelum). Pistola semiautomática accionada por retroceso. Peso: 890 g, descargada. Calibre: 9 mm Parabelum. Cargador: extraíble de 8 cartuchos. Fue el arma empleada por el ejército alemán tanto en la primera como en la segunda guerra mundial. Hasta 1938, cuando empezó a ser sustituida por la Walter P38.

[27] Traducción: Teatro Nacional de Múnich.

[28] Traducción: Hall del hotel.

[29] Traducción: Después de haber pasado (1927) Ruth Etting (23/11/1897-24/09/1978) fue una de las estrellas americanas más famosas en la década de los años veinte y treinta. Además de ser cantante, fue actriz de cine y de teatro. De hecho, durante aquella década fue considerada La Novia de América.

[30] Henri Deringer famoso fabricante de pequeñas pistolas de bolsillo en el siglo XIX. Era el arma ideal para la mujer por su pequeño tamaño.

[31] Nace en la región de Santo-Menehould (1638/1715). Se le atribuye la invención del método para fabricar champán. Proceso que se conoce como método champenoise.

[32] Sissi, emperatriz.

[33] Traducción: Sexo prohibido.

[34] Traducción: ¿Dime, preciosa?

[35] Situado en el nordeste de la capital Bávara, en la orilla occidental del río Isar. Es uno de los parques más grandes del mundo, más extenso que Central Park. Dispone, incluso, de un arroyo helado en

[36] Traducción: Nombre de la armada alemana en los tiempos de la República de Weimar.

[37] Traducción: Hola, buenas tardes. Mi nombre es Bastián Krumm.

[38] Traducción: Impotente. Apodo que le adjudica Bastián a Adolf Hitler y es el término que utiliza cuando se refiere a él.

[39] Traducción: Escarabajo pelotero.

[40] Traducción: ¡Basura racista!

[41] Traducción: Guiso de ternera con patatas.

[42] Traducción: Col blanca cortada en tiras finas y fermentada con vinagre y especias.

[43] Traducción: Cerveza oscura que nace en Bohemia y Baviera. Recibe ese nombre por su color de pardo a negro.

[44] Traducción: Un postre hecho con una masa enrollada de bizcocho y relleno de fruta. El más popular es el que está relleno de manzana.

[45] Traducción: Flaco.

[46] Dortmund, 1 de enero de 1887-Campo de concentración Flossenbürg, 9 de abril de 1945. Llegó a ser almirante y jefe de inteligencia de la Marina Imperial y el ejército alemán durante el nacionalsocialismo. También fue jefe de la Abwehr (defensa) y conspiró contra Hitler en varias ocasiones. Es condenado a la horca después de fallar en la última de ellas, conocida como operación Valquiria.

[47] Traducción: Impotente. Apodo con el que se refiere a Adolf Hitler.

[48] Traducción: ¡Mi Dios! ¡Locos fanáticos! ¡Malditos camisas pardas!

[49] Traducción: Flaco

[50] Unidades paramilitares que combatieron los levantamientos comunistas después de la Primera Guerra Mundial.

[51] Diminutivo de Salomón.

[52] Hitlerjugend. Abrev: HJ. Establecidas para crear un nuevo sistema de adiestramiento para los jóvenes alemanes en 1926.

[53] Traducción: En secreto.

[54] Traducción: Mi pequeño.

[55] Traducción: ¡Era una puta traidora!

[56] Traducción: Plaza central.

[57] Traducción: Señor.

[58] Traducción: ¡Será ramera!

[59] Traducción: Mi pequeño.

[60] Organización de Inteligencia Militar alemana que estuvo operativa desde 1921 hasta 1944. Creada poco después de que se proclamara la República Weimar y estuvo en servicio hasta la caída del gobierno nazi.

[61] Traducción: Mi amigo.

[62] 22/04/1866 al 27/12/1936. Participó en la Gran Guerra y fue considerado el padre del ejército de la República de Weimar y con cargo de Jefe de Estado Mayor.

[63] Fuerzas Armadas Alemanas desde 1919 hasta 1935.

[64] Firmado en la ciudad de Versalles por más de 50 países. Este tratado dio por finalizada la Primera Guerra Mundial. Se firmó el 28 de junio de 1919. Entre todas las disposiciones, quizás la más importante fuera que Alemania y sus aliados asumieran toda la responsabilidad moral y material de haber causado la guerra.

[65] Traducción: Mi amigo.

[66] Son los nombres de los perros tejoneros de Canarias.

[67] Traducción: ¡Perfecto!

[68] Servicio de espionaje alemán.

[69] Traducción: El Impotente.

[70] Berlín, 16 de septiembre de 1891- Hamburgo, 24 de diciembre de 1980. Participó en la Primera y Segunda Guerra Mundial. Comandó la Kriegsmarine de la Alemania nazi desde enero de 1943 hasta el final de la guerra con el rango de Großadmiral. El 30 de abril de 1945 Hitler lo nombró su sucesor como Reichspräsident, cargo que desempeñó hasta el 23 de mayo de 1945 cuando fue detenido para ser juzgado en el juicio de Núremberg. Fue condenado a diez años y veinte días de prisión. Sobre todas las acusaciones, prevaleció la de ser el causante de desarrollar extraordinariamente el potencial de la guerra submarina violando con ello todos los principios de la guerra naval y de haber instruido a sus tropas en tiempos de paz.

[71] Traducción: Un pueblo, un imperio, un líder.

[72] (18/01/1884-11/04/1972). Llegó a ser Almirante General en la 2ª Guerra Mundial.

[73] (10/01/1880-03/11/1940). Político y escritor español que fue presidente del gobierno de España en los años: 1931-1933, 1936 y Presidente de la 2ª República Española (1936-1939).

[74] (04/12/1892-20/11/1975). Ejerció como caudillo de España desde el término del conflicto hasta su fallecimiento.

[75] (28/04/1889-27/07/1970). Dictador de Portugal. Fue el máximo representante del Estado Novo, desde 1926 hasta 1974.

[76] Unidades militares formadas por militares de 54 países que participaron en la Guerra Civil junto al ejército de la II República.

[77] Traducción: ¡Así es la vida!

[78] (29/10/1906-12/12/1975). Fue uno de los integrantes de la corte de honor en el juicio contra Reinhard Heydrich, en el que se decidió su expulsión de la Armada por un lio de faldas.

[79] (02/05/1883-07/03/1953) Conocido por su papel como diplomático durante la Guerra Civil Española. En 1936 realiza la función de observador y espía del Gobierno de la II República. El 27 de agosto de 1937 presenta en Salamanca sus credenciales como embajador de Alemania ordenado por Berlín.

[80] (19/03/1912-09/02/1996). Militar, piloto de combate y As de la aviación. Llegó a ser general de la Luftwaffe con tan solo 30 años. Combatió en la Guerra Civil en la Legión Cóndor contra la República y fue un puntal imprescindible durante la Segunda Guerra Mundial para Alemania. Se trata también de uno de los poco elegidos para recibir la Cruz de Caballero con hojas de roble y brillantes.

[81] Traducción: El pecas.

[82] Traducción: ¡Mi Dios!

[83] Traducción: Sol.

[84] Traducción: El pecas.

[85] Traducción: El pecas.

[86] Traducción; Caperucita.

[87] Traducción: El pálido.

[88] Traducción: Pájaro loco.

[89] Castillo Fortaleza de Santa Pola. Situado frente a la Plaza de la Glorieta. Fue construido durante el s. XVI en estilo renacentista. En su interior, se encuentra el patio de armas y el aljibe, junto con la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, patrona de Santa Pola.

[90] Fuerza de intervención enviada por el III Reich para ayudar a Franco durante la guerra. Mayoritariamente, se trató de apoyo aéreo. Pero, también fue muy importante su apoyo logístico, transporte de tropas, de suministros, carros de combate (Panzer I) y artillería.

[91] Traducción: Ratón volador.